

INSPIRADO EN EL CLÁSICO DE
LA SIRENITA

Colección Érase una vez... Princesas Valientes

COLECCIÓN CON
+50.000
LECTORES

Rachel Bels

Ariel I
Diario de una
Sirena



 Colección *Érase una vez... Princesas Valientes*

Rachel Bels

Diario de una
Ariel I *Sirena*

Índice

[Prólogo](#)

[\(Capítulo 1\)](#)

[Capítulo 2](#)

[\(Capítulo 3\)](#)

[Capítulo 4](#)

[\(Capítulo 5\)](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[\(Capítulo 8\)](#)

[Capítulo 9](#)

[\(Capítulo 10\)](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[\(Capítulo 13\)](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[\(Capítulo 19\)](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[\(Capítulo 26\)](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[\(Capítulo 29\)](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[\(Capítulo 32\)](#)

[Capítulo 33](#)

[\(Capítulo 34\)](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[\(Capítulo 54\)](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Todos los libros de la autora](#)

El 10% de los beneficios irán destinados al proyecto Princesas Valientes

Título: *Diario de una sirena*

© 2017, [Rachel Bels](#)

De la edición y maquetación: 2017, [Romeo Ediciones](#)

De la composición de la cubierta: 2017, [Romeo Ediciones](#)

De la ilustración de la portada: 2017, Zsófia Mészáros (zsomeszi)

Última edición revisada: noviembre de 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Sígueme en mis redes y entérate primero que nadie de los sorteos,
promociones, fechas de firmas y mucho más



*Para todas a las que nos han dicho: «No eres suficiente» y nos lo hemos
creído.*

Esta historia es para vosotras.

Si no me muestro nadie puede amarme.
En todo caso amarán mi disfraz, como tú dices, y eso no me sirve.

Amarse con los ojos abiertos

JORGE BUCAY

Prólogo

Dos años antes...

Efectivamente, esa pareja que veis tumbados en esa cama, enredados entre estampados de flores silvestres somos nosotros. Y no, yo no he elegido las sábanas, que quede claro. Tampoco os dejéis despistar por las cajas de mudanza que hay alrededor y el desorden, no nos hemos ido a vivir juntos, pero quizá algún día...

¿Desde donde estáis vosotros parecemos una pareja feliz? ¡Esperad! Un momento... ¡Ya!, ahora sí. Podéis volver a mirar. Mi chica enseñaba demasiada piel, y si yo he tenido que esperar años para poder ver esos fragmentos escondidos bajo inservible tela, no vais a ser vosotros mejores que yo, ¡ni de puta coña vamos! Y digo lo de inservible, porque su bonita ropa interior ha quedado... pues eso, para limpiar llantas de coche. ¿Sabéis qué? Creo que prefiero no saber la respuesta a la pregunta. ¿Cómo que qué pregunta? Joder..., pues a la que os he hecho hace nada. ¡Dejad de intentar imaginar lo que hay bajo la sábana y estad más atentos! ¡Y las manos que yo las vea!, que aquí no estáis para pajearos. A lo que iba, en realidad prefiero no saber si parecemos una pareja feliz; admito que puede no esté preparado para conocer esa respuesta. Además, qué coño, me paso vuestra opinión por los mismi...

—¿Sebas?

Perdón, pero alguien solicita mi atención y parece que con ganas de repetir. Y no, no me refiero a mí, eso está más que cantado; la tengo dura desde que empecé a hablar con vosotros. ¡No penséis cosas raras joder! La causante es la preciosidad que ahora mismo está besándome ese rincón de mi cuello, entre el lóbulo y la clavícula que, no solo ha marcado como suyo hace apenas un rato, además ha conseguido que roce la puta locura. Si no fuera por el punzante dolor de cabeza que tengo clavado en la frente de todo el alcohol que nos hemos pimplado, esta noche hubiese sido simplemente perfecta. Sí, de ahí las dos botellas de Jägermeister que asoman bajo la cama, las latas de cerveza desperdigadas por el suelo de madera y bueno, si echáis un vistazo en el baño (saliendo del dormitorio a la izquierda) sobre el plato de ducha, encontraréis una de tequila. Mejor no preguntéis...

Jamás pensé que vería este día, pero aquí estamos, enredados entre sábanas que huelen a ella, como mi cuerpo, después de haberle hecho el amor dos veces: una contra los azulejos del baño y otra aquí, en la cama.

Intuyo que aún le dura la borrachera, a mí también. Bien es cierto, que el mareo que siento puede que se deba más a la emoción del momento, sabedor de que, aunque sea solo por esta noche, ella es solo mía. No sé si me conformaré solo con eso, pero por ahora, me

basta.

Con un gemido que acompaña una caricia de su mano sobre mi pecho, me coloco encima de ella con sus piernas rodeando mi cintura, paralizado. Contemplando cómo la tenue luz de la luna que entra a través de la ventana baña su belleza, esa que desprende sin saberlo, esa que insiste en denigrar constantemente. Y no dejo de preguntarme ¿por qué demonios no es capaz de ver lo mismo que yo?

Desciendo por su cuerpo, redescubriendo un camino distinto al que exploré la primera vez que me permitió hacerlo, entusiasmado por conocer otros nuevos lugares, pero sin saltar mi nuevo favorito: el delicioso vértice de sus piernas.

Mi nuevo puto paraíso.

He omitido la escena erótica que acaba de suceder aquí, como deduzco entenderéis, prefiero reservármela para mí.

Esta vez sí que duerme profundamente, no creo que nada sea capaz de despertarla hasta mañana. Y yo, que empiezo a ser consciente de la clase de gilipollas en que ella me ha convertido y, para dejar clara constancia de ello, recojo su mano, la que descansa en mi estómago, con sumo cuidado de no despertarla y la coloco sobre mi corazón. ¿Por qué hago esto? Porque si algo no lo retiene va a escapar de su lugar y bueno, ahora es literal que mi corazón está en sus manos.

No tengo sueño, pero decido dormirme, solo por el placer que me produce el poder hacerlo a su lado.

(Capítulo 1)

La visita de mi padre del domingo (cada mes y medio, dos meses) era de las mejores cosas que me podían pasar cuando era pequeña. Y no es que me llevara a hacer algo realmente emocionante; aunque cualquier cosa fuera de la cotidianidad en una niña de mi edad, era algo digno de guardar en esa caja de «Entrañables recuerdos de la infancia». Apenas me viene ahora a la mente una vez que me llevó a la feria en carnavales, y porque nos hicieron una foto (de las pocas que aún conservo), porque si no, sé que mi mente, que es de lo más selectiva, ya se habría encargado de borrar ese instante. En otra ocasión, el lugar elegido fue un circo; una de esas veces que estábamos de visita en Tenerife en casa de mi tía Clara. Y en la última que recuerdo como salida más especial (o digna de guardar en esa diminuta caja de recuerdos) fue la única vez que estuvimos juntos en una playa. Me compró unos cubos y unas palas y me dejó jugando bajo el sol hasta bien entrado el medio día en pleno verano en Fuerteventura. Volví a casa con una insolación; una alegría para mi madre.

Esos fueron todos los ratos compartidos con papá en toda mi infancia que salieran un poco de la normalidad. ¿Qué cuál era la normalidad? La visita habitual consistía en llevarme a un bar a cinco minutos de casa en coche, pedirse un whisky y sentarse a ver el partido de turno que retransmitían en la pequeña tele del maloliente bar mientras que yo, me «entretenía» con lo que mi padre me traía de regalo: cuadernos para pintar (los días buenos), o soporíferos cuadernos de ejercicios tipo Rubio (los días de mierda). Esos eran los peores, nunca se me han dado bien los números. Y para colmo de males, papá terminaba enfadándose conmigo ante mi nula capacidad para resolver los dichosos problemas. De ahí que yo me deshiciera en lágrimas por sentirme terriblemente inútil. Imaginad lo que era para una niña de seis años que no veía a su padre más que cuatro veces al año que, lo único que conseguía era hacerle enfadar el día que lograba que fuese a verla.

Y todo esto hablo de los días en los que aparecía, porque luego estaban aquellos en los que llamaba diciendo que iba a venir y no lo hacía. Yo me

pasaba todo el domingo raspándome las rodillas con el mimbre de una vieja silla que acercaba a la ventana de la habitación de mi madre esperando verle aparecer; durante todo el día, hasta que se ponía el sol. Aún recuerdo a mamá preguntándome con la palma de la mano sobre el pecho; deduzco que tratando de ocultar los pedazos quebrados de su corazón:

—¿Qué haces, cariño?

—Esperando a papá —respondía con la alegre ingenuidad de aquellos años.

Mamá disimulaba las lágrimas a duras penas, pero los pedazos de su alma rota no eran algo que pudiera ocultar con tanta facilidad, sus ojos castaños no engañaban siquiera a aquella niña ingenua. Aunque es cierto que, para ese entonces, comenzaba a construir mi propia idea de cómo era un padre, o lo que es lo mismo: la figura de un hombre. Me atrevería a decir incluso, que ahí fue donde se plantaron las primeras semillas de mi «problema». Pero vamos, que ya tengo más que asumido que, pase lo que pase, va a estar conmigo para siempre, demasiado enraizado como para poder hacer algo al respecto a estas alturas de la vida. Por ello es considerado una enfermedad, crónica en muchos de los casos.

Volviendo a lo que concierne, debo decir que no todo era malo en lo referente a papá. Por ejemplo, guardo un bonito recuerdo de mi séptimo cumpleaños y de la imagen de él bailando sobre su imponente metro noventa junto a mis diminutas amigas. También me viene ahora a la mente sus canciones y trabalenguas que tanto me hacían reír, y los dibujos caricaturescos que me hacía en ocasiones en ásperas servilletas de bar.

Igualmente, papá se fue hace ya dos años y lo hizo sin perder las buenas costumbres: me dejó esperando como cuando era niña en la ventana, hasta que no me quedó más remedio que asumir que no volvería a buscarme.

Así que esta es la clase de cosas que guardo en esa desvencijada caja que, a diferencia de la de los bonitos recuerdos, esta se presenta oxidada, mohosa y rancia. He tratado de deshacerme de ella en más de una ocasión, pero para mi desgracia no es como tirar de la cadena, este es un mojón del tamaño de un meteorito. No es algo que puedas tomarte a la ligera ya que siempre termina saliendo a flote. Y precisamente esa es la razón de que esté aquí, recuperando cada recuerdo allí escondido, cada trauma oculto, cada momento olvidado; desgranando de cada uno de ellos de qué manera me han afectado, descifrando y poniendo nombre a cada jodido sentimiento. Enfrentándome a todo lo que no he sido capaz en estos veintiocho años de

vida. De eso se trata esta nueva terapia, la cual debería haber empezado hace tiempo, exactamente cuando finalicé mi última sesión con la doctora Marín y de eso hace ya varios meses. Pero yo no he hecho más que postergar y postergar...

Y este tan solo es un adelanto de toda mi historia: un tráiler por así decirlo. Es por ello que siento esta inquietud removerse en mi interior plenamente consciente de que esta nueva terapia va a ser dura; por algo todo ese sufrimiento quedó relegado en una caja. No obstante, es lo que toca si pretendo superar algún día esta mierda, ¿no? Así que... empecemos ese diario, ¡abramos la maldita caja de Pandora!

Capítulo 2



—¡Buenos días!, ¿cómo está la sirena más bonita de la isla?

—Cansada —respondo dejándome caer sobre la oscura arena volcánica situándome entre mi tabla y mi viejo amigo.

Y lo de viejo es literal. Bueno, tampoco es que sea un anciano, pero tiene sus buenos años. La verdad es que nunca le he preguntado la edad, por eso de la educación..., puede que ¿sesenta y cinco?

—¿Os fue bien en Las Palmas? —Y aunque lo pregunta, lo cierto es que suena como si lo estuviera afirmando con esa seguridad que tanto le caracteriza. Como siempre dice: «Sabe más el diablo por viejo, que por diablo». Y el Gaviota, que es como insiste que le llame y como ya he mencionado hace un instante, tiene edad para conocer con certeza muchas verdades que solo se comprenden con el paso de los años.

—Tuvimos una buena acogida. De hecho, vino más gente que la última vez, aunque ya sabes que aquí nos quieren más. —Me levanto las gafas de sol y le guiño un ojo—. La cosa fue que después del concierto terminamos en casa de uno de los tantos amigos de Sebas, ya sabes...

—Con él siempre tienes el *tenderete*^[1] asegurado, *mi niña*.

—No lo dudes, nos dieron las tantas de la mañana y estuvimos incluso, a punto de perder el barco de vuelta. Me he pasado todo el domingo dormitando cual oso en hibernación.

El Gaviota me mira con esa entrañable sonrisa que siempre logra ponerme de buen humor. No sé cómo lo consigue, pero estar con él hace que me sienta en casa; aunque ni siquiera yo sepa con certeza cuál es el lugar que me corresponde en este mundo. No sabría decir si porque justo cuando le conocí estaba pasando una de esas temporadas de mierda. Una de tantas. Si por cada recaída, alguien hubiese comprado mi primera maqueta, ahora sería más famosa que Britney, Madonna y Lady Gaga juntas.

Se hace el silencio, entre nosotros quiero decir, como banda sonora tenemos el ruido del oleaje que hoy, por cierto, esta algo picado y ruidoso. La razón es que el Gaviota ha dejado de mirarme para centrarse en lo que le hace venir aquí cada día antes de que salga el sol, y no es que yo le vea llegar cada mañana, simplemente está. Sentado en su silla plegable a rayas multicolor, aunque ya descolorida por los años bajo el sol y el salitre, y siempre con la mirada perdida en el majestuoso horizonte marino. Lo primero que hago yo todas las mañanas es sentarme un rato junto a él para hacerle compañía. Miento, es él quien me la hace. Muchas de esas veces ni hablamos, tan solo permanecemos en silencio, perdidos en nuestros propios pensamientos. Aunque siendo completamente honesta... no suelo durar mucho esos días de reflexión silenciosa; suficiente tengo con aguantarme el resto del día, como para detenerme a escuchar lo que sea que tenga que decir Úrsula. ¡Ah!, ¿qué quién es Úrsula? Tranquilos, no creo que tarde en hacer acto de presencia, pronto la conoceréis. La cuestión es que esas jornadas de reflexión me invitan a lanzarme más temprano al agua, abandonando al Gaviota con su riquísima e interesantísima vida interior. Lamento decir que, de esa yo, no tengo mucha. Aun así, disfruto de su compañía, a pesar de que sea la única que lo haga, cosa que nunca he llegado a entender, dicho sea de paso. Una vez se lo comenté a Eduardo y me miró como si estuviera chiflada; quizá lo esté, tampoco pondría en duda esa posibilidad... Habrá que preguntarle a Úrsula a ver qué opina al respecto.

—¿Qué pasa, Ariel?, ¿se te han pegado las sábanas esta mañana?

Levanto la vista y me encuentro con tres pares de ojos puestos en mí: unos masculinos rasgados y oscuros, pero siempre rebosantes de claridad; otros más vivaces de un precioso azul azabache y, por último; unos preciosos de color avellana que esperan con impaciencia mi respuesta.

—Me temo que sí. No he dormido nada en todo el fin de semana.

—¡Es verdad, el concierto! —exclama Sonia (la de mirada azul cálido) apoyada en su tabla de surf—. ¿Cómo fue?, ¿os trataron bien los *canariones*?

—Nos trataron bien sí, mejor de lo que esperábamos. ¿Ya os vais? —pregunto comprobando la hora en mi móvil. Y sí, efectivamente es bastante tarde.

—Tenemos que abrir la escuela —responde Rayco.

Rayco y Eduardo tienen una escuela de surf aquí en Punta del Hidalgo. Sonia, que es la pareja de Rayco (ojos avellana) trabaja también con ellos.

—Así que me dejáis sola —arguyo haciendo un mohín.

—Tranquila, que te quedas bien acompañada —añade Rayco. Y no se me escapa el tono despectivo con el que lo hace.

Miro al agua buscando la razón de ese desprecio y no tardo en dar con ella. Bueno, más bien con él. Además de los gemelos Lucas y Álvaro subidos a sus *buggys*, un desconocido surfista logra llamar mi atención, principalmente porque aquí nos conocemos todos. Esta es una playa de difícil acceso y poco visitada por turistas, no es fácil dar con ella y el recorrido no es precisamente un paseo por los jardines de palacio. Hay que atravesar un viejo hotel abandonado e ir a pie por un camino de tierra, piedras y zonas con pendientes durante algo más de quince minutos. Por lo que no es común ver a gente de fuera.

—¿Quién es? —pregunto sin apartar la vista del forastero domador de olas.

—Ni idea, es la primera vez que lo veo —añade Eduardo rasgando más si cabe sus pequeños ojos negros en la misma dirección que yo lo hago.

—Lo cierto es que es bueno. Muy, muy bueno...

Ay, Sonia...

Da igual que Rayco esté delante y que, además, a este no le haga ninguna gracia encontrarse a gente nueva en «nuestra playa», porque ella, si detecta a un tío en condiciones no piensa disimularlo; y a mí me parece cojonudo, qué voy a decir yo. La diferencia es que Sonia tiene una relación estable con los ojos más bonitos de la isla y yo, vivo en libertad y sin ataduras dejándome llevar por cualquier mirada que me parezca mínimamente interesante. Así es Sonia y lo cierto es que a mí me cae muy bien, siempre hemos tenido buen *feeling*, se podría decir que somos algo así como amigas, y no es que precisamente yo tenga muchas. Pero sin duda, la que más se acerca a una es ella, a pesar de que todo el tiempo que compartamos sea bajo el sol en esta playa y en la escuela de surf alguna ocasión que voy a visitarla. La única vez que hemos hecho algo no relacionado con el surf, fue hace año y medio tras un concierto de mi grupo Cantos de sirena, cuando Eduardo, Rayco y Sonia fueron a vernos tocar. Ella y yo terminamos descubriendo entre copa y copa de ron miel que éramos como hermanas separadas al nacer, no físicamente, pero sí en alma, humor y en manera de ver la vida. Fue una gran noche. Obviando el tonteo entre Sonia y Sebas (mi mejor amigo) que fue algo incómodo con Rayco delante. Dejando a un lado ese detalle, me lo pasé como hacía mucho no disfrutaba, cantando y bailando encima de la barra del local como si no hubiera un mañana. Y creo que esa es la esencia de

que nos entendamos tan bien, y es que vivimos cada día como si fuera el último. La pena es que nunca hemos vuelto a repetir y sé, con casi absoluta certeza, que esa decisión tiene que ver más con Rayco, que con la alocada Sonia que conocí aquella noche. Lo que es una lástima, dicho sea de paso.

Volviendo al asunto, trato de atestiguar la insinuación de Sonia enfocando la mirada, pero desde aquí no puedo ver con claridad la cara al susodicho. Lo único que me atrevo a confirmar con plena seguridad es que bajo ese neopreno se esconde un cuerpazo de órdago. Pero vamos, nada nuevo bajo el sol... A estas alturas no me impresiona la espectacular figura de un surfista. Aclaro. Es digno de admirar, y sí, me gustan los hombres y si están de buen ver mejor que mejor; no vamos a poner pegas a estas alturas de la vida. Pero ya me conozco lo que se oculta más allá de ese caucho sintético y, sinceramente, no me interesa lo más mínimo. Da igual que sea surfista o domador de leones, la esencia, el resultado y la conclusión es la misma: cobardía disfrazada de buenas intenciones en unos casos, y vacua personalidad deslumbrada por radiante belleza masculina en otros.

—¿Habéis hablado con él? —me intereso.

—Se acercó a saludarnos cuando llegó. Nos ha preguntado si no nos importaba que cogiera un par de olas.

De nuevo es Sonia la que me informa. Al parecer, es la nueva representante de *Kelly Slater*[\[2\]](#).

Y que se haya acercado a hablar con ellos antes de meterse al agua dice mucho de él, al menos que es sensato. En playas como estas abundamos surfistas locales, y aunque ya no estamos en los noventa, donde los episodios violentos eran algo casi habitual entre locales y gente de fuera, demuestra que sabe cómo funcionan las cosas por aquí. No nos suele gustar el turisteo *surfil* y sí, me incluyo en ese grupo. No obstante, el que peor lo lleva es Rayco que, por si fuera poco, parece que además le ha salido un duro competidor. No solo porque esté de buen ver y su chica haya dado buena cuenta de ello (ya hemos dejado claro que Sonia tiene ojos en la cara y ningún reparo en pronunciarse al respecto). El verdadero punto de todo esto es que Rayco es el mejor cogiendo olas de la zona, diría incluso de toda la isla, y por lo poco que llevo observando al nuevo... no sería difícil que pudiera sentirse «destronado». Y esto al resto nos da exactamente lo mismo, nadie aquí se siente más que nadie. Excepto Rayco que, a sus treinta y siete años ha dedicado toda su vida al surf, y para él, eso incluye ser el mejor en lo que hace. Deduzco que por ello es palpable como sus bonitos ojos avellana

siempre enmarcados por unas bonitas arrugas, signo de su reinado bajo el sol, se han visto enmohecidos por los celos que le delatan sin remedio.

—¡Hasta mañana!

Se despiden ya con sus tablas bajo el brazo camino arriba.

—¡A ver si no se te pegan las sábanas mañana, pelirroja! —exclama Edu.

Les oigo alejarse absorta en la imagen de ese desconocido.

Sonia tenía razón: es bueno. Pero lo que de verdad me atrae es su elegancia, jamás había visto a nadie cabalgar como él lo hace, y la sensación de libertad que desprende es tan... nítida, tan real. Resulta de lo más balsámico. Contemplarle me recuerda a una de las épocas más felices de mi vida (por no decir la que más). Tenía ocho años y vivía en Fuerteventura con mi madre, en aquel entonces ya empezaba a despertárase el interés por este modo de ver la vida: por el surf. Me sentaba a observar a aquellas chicas que parecían volar sobre el agua con sus tablas, se les veía tan serenas, felices y despreocupadas... Tan perfectas. Tan seguras de sí mismas... Tan... todo lo que yo siempre he querido y nunca he conseguido ser.

—¿Cómo va el nuevo disco?

El Gaviota me saca con presteza de mi ensimismamiento obligándome a volver con él y, además, con un tema con el que siempre, irremediablemente, me siento molesta. Principalmente porque él (aparte de Sebas) es de las pocas personas que sabe que compongo mi propia música; aunque jamás haya tenido el valor de meter una de mis canciones en ninguno de los tres discos que hasta ahora hemos grabado.

—Pues ya tenemos cuatro temas: uno lo ha compuesto Darío y los otros dos Roland, y aunque aún hay que hacerles unos arreglillos están bastante bien.

Y sí, de hecho, están geniales. ¡Qué sería de Cantos de sirena sin ellos! Pero la realidad es que vamos con cierto retraso. Le prometí a Sebas que para este nuevo disco me animaría a aportar alguna de mis composiciones, cosa que no he hecho aún y, siendo honesta, dudo mucho que lo vaya a hacer. Lo que ya de por sí me provoca un estado de ansiedad bastante incómodo, porque obviamente le he mentado a mi mejor amigo y no estoy cumpliendo con mi palabra.

—Tienes que traer la guitarra y cantarme algo.

Me giro, apartando momentáneamente la vista del mar para centrar la mirada en mi sabio acompañante y sus afectuosos ojos azules. No es la

primera vez que me pide que le toque o le cante algo, y no es la primera vez que busco cualquier pretexto para no hacerlo. Para mi fortuna, una mole peluda que viene directa hacia mí, me salva de tener que inventarme una banal y ruin excusa.

El efusivo can se me tira encima y no tarda en esconder la cabeza bajo mi brazo buscando que lo acaricie.

—¿Y este grandullón?!

Me encantan los perros, aunque es cierto que soy más de gatos. Pero si no me equivoco... se trata de un enorme y peludo pastor inglés.

—Del nuevo surfista al que no le quitas el ojo de encima.

Sin querer y poder evitarlo pongo los ojos en blanco, pero no digo nada, porque es cierto, no le he quitado el ojo. Para que nos vamos a engañar.

Acariciando al chucho me encuentro con una chapa que cuelga de su cuello en la que tiene un nombre grabado.

—Así que te llamas Max, ¿eh?

En respuesta, y al escuchar su nombre, Max me da un lametazo en la cara, pega un ladrido y satisfecho, se sienta a mi lado como si acaso nos conociéramos de toda la vida.

—Parece que le caes bien. Ya tienes la mitad del trabajo hecho —se mofa el Gaviota de mí.

De nuevo lo ignoro, centrándome en cómo el «papá» del can baila sobre las olas.

Y así permanecemos todos: el Gaviota, Max y yo, observando en silencio. Una estampa de lo más variopinta.

No cabe duda de que esta es una de las mejores playas de la isla para surfear: olas de metrazo a dos metros, de *derechas* cortas y contundentes, agua poco contaminada... Excelente todo el año. Probablemente, lo peor sea el fondo de roca que, para alguien que no esté acostumbrado, es algo a tener en cuenta.

Percibo el paso del tiempo gracias al sol, cada vez más abrasador, que se desplaza por la piel de mis hombros hasta llegar a la de mi espalda desnuda, incapaz de apartar la vista del cada vez menos desconocido surfista. Su capacidad para embelesarme ha logrado que, por primera vez en mucho tiempo, no quebrante el momento zen del que escapo a diario. Pero conozco la razón, mi mente no se ha dejado desviar por los desastrosos pensamientos comunes que terminan conmigo en el agua en busca de un escape, porque

ahora, con más detenimiento, puedo ver en ese desconocido las mismas razones que me llevan a mí a ponerme sobre una tabla cada día: la imperiosa necesidad de ahuyentar fantasmas y eludir el miedo por un forzoso período de tiempo. Una coincidencia que jamás había experimentado y que, en lugar de complacerme, instaura en mí un intranquilo sentimiento de comprensión que no me siento capaz de manejar.

Me pongo en pie de un salto repentinamente sintiendo la escrutadora mirada de mis dos acompañantes sobre mí.

Tengo que irme.

Y no es Úrsula la que habla; aunque no creo que tarde en hacerlo.

Si algo no me falla nunca es mi sentido de la empatía. Porque no solo logra que me ponga en el lugar de otra persona, sino que y, por si fuera poco, absorba todo su dolor permitiendo que se filtre a través de mi piel atravesando sin ninguna clase de filtro mi ya quebrantado corazón. Da igual que el emisor de ese pesar esté a más de doscientos metros de distancia: soy como un jodido imán para comprender el dolor ajeno hasta hacerlo propio. Puede que sea alguna clase de hipersensibilidad odiosa. Sí, lo es, no tengo duda de ello.

Aún con la vista clavada en el agua y con las manos en mi tabla dispuesta a marcharme de aquí, me alarmo al percatarme de que Mister Sufrimiento Surfeador ha perdido la concentración, y ese es un error de novato que te puede salir muy caro. El surf es un deporte en el que lo más importante es el momento: el mar es rápido, libre, salvaje y no espera por nadie.

Efectivamente no me equivocaba. Ha hecho un mal *Wipe Out*^[3]. Tanto, que tras varios largos segundos en los que ha desaparecido bajo la espuma de las olas no parece dar señales de vida.

La socorrista que llevo dentro no se lo piensa y sale disparada al agua como una exhalación, al mismo tiempo que la insegura que hay en mí farfalle palabras inteligibles de rabia; la intención inicial era correr en la otra dirección, no dirigirme al foco desestabilizador.

Max, que ha permanecido atento, como el resto, con sus pequeños ojos negros puestos en su dueño, me acompaña hasta la orilla sin dejar de ladrar, mientras yo termino de ponerme el neopreno un segundo antes de zambullirme buscando urgente, con la mirada, la zona en la que se ve flotar su tabla.

Unas cuantas brazadas y cogiendo aire para sumergirme no tardo en dar

con él. Está inconsciente, boca abajo y gracias a su tabla que parece haberse encallado en una roca, no ha quedado relegado mar adentro. Suelto el *leash* [4] que le mantiene unido a ella, y cuando ya he conseguido liberarle, introduzco mis manos bajo sus brazos desde atrás y, sujetando además su cuello fuera del agua, comienzo a nadar de espaldas hacia la orilla en un camino que se me hace jodidamente eterno a pesar de que (y por suerte) rápidamente comienzo a hacer pie y puedo así impulsarme con los pies.

Sí, tengo el título de socorrista, pero para mi fortuna, jamás he tenido que salvar a nadie. Hasta hoy. Y un peso «muerto» de unos ochenta kilos y algo más de metro ochenta, no es como tirar del carro de la compra ni con una familia de ocho miembros a primeros de mes. Yo mido metro sesenta y peso cincuenta kilos, así que no, aquí el amigo no es peso pluma precisamente. Razón por la que llego a la orilla como si hubiese hecho el jodido Ironman.

Ya en tierra firme y con la lengua fuera Max no tarda en abalanzarse sobre su dueño ladrando nervioso junto a mi puñetero oído mientras, y afortunadamente, un par de personas se dignan a ayudarme llevando al desconocido hasta zona segura.

Mi cabeza va a mil por hora procurando rescatar del fondo de mi memoria todas las clases de socorrismo del pasado.

Ver, oír, sentir.

De rodillas y recuperando el aliento, bajo la cabeza posicionando mi oído en su boca cerciorándome de que no respira, ya que ni siquiera mueve el pecho. Era algo que ya tenía bastante claro, pero supongo que del pánico a cagarla no he querido saltarme ningún paso.

—¡¡Llamad a una puta ambulancia!! —exclamo a voz en grito consciente de que me toca hacerle una RCP a este pálido, pero atractivo desconocido del que pensaba huir antes de que decidiera olvidarse que se encontraba en el mar sobre una puñetera tabla de surf, y no en un bar ahogando las penas.

¿Y si no soy capaz de hacerla?, ¿y si se la hago mal y le rompo una costilla?

«Hace mucho que hiciste ese curso, ¿acaso crees que vas a salvarle la vida? ¿Tú, salvar una vida?»

¡Ya estaba tardando! Gente, os presento a Úrsula.

«Úrsula, ¡no seas hija de puta y cállate! Me estás haciendo perder tiempo y el control de la situación.»

Ya si eso en otro momento en el que la vida de un ser humano no dependa de mí, os cuento la razón de que reciba ese nombre tan... peculiar.

Mierda, mierda, mierda.

Con alguna clase de desconocida valentía y con decisión; aunque incapaz de ocultar mis dedos temblorosos, tiro de la cremallera del neopreno de este desconocido hacia abajo escuchando una voz irrumpir la escasa fe que tengo en mí misma y en que esto no acabe con este insensato cadáver en esta orilla.

—Ariel, ¿sabes lo que haces?

La mirada que le lanzo a Álvaro no podría ser más aniquiladora y no porque me moleste, más bien porque tenga el valor de darle voz a ese temor que todavía reverbera con insistencia en mi cabeza.

—¡Es socorrista capullo! —exclama Lucas dándole una colleja (bien merecida) a su hermano.

No era consciente de que los que me habían ayudado a arrastrar el cuerpo hasta la orilla eran los gemelos que, por otro lado, son los únicos que se encuentran en la playa aparte del Gaviota, de Max y de mí.

—¡¡Queréis callaros de una puta vez!! —bramo apartando un momento la vista del hombre al que debo salvar la vida.

No es que esté yo para muchas contemplaciones precisamente.

Parece que al fin, Zipi y Zape se dignan a echarme una mano ayudándome a retirarle el neopreno hasta la cintura, exactamente en ese punto en el que comienza a asomarse ese vello que indica el camino hacia... ¡Joder, pero qué narices estoy diciendo! Este hombre, porque sí, es un hombre hecho y derecho no un niño como estos dos que tengo enfrente, depende de mí, y yo aquí pensando en estúpidos músculos oblicuos.

Expulsando inservibles pensamientos de mi mente posiciono la cabeza de manera correcta y sin meditarlo mucho más, pego mi boca a la suya comenzando con las primeras insuflaciones para, y sin perder tiempo, seguir con las compresiones torácicas.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

Todo ocurre demasiado rápido y antes de que vuelva a insuflarle de nuevo...

(Capítulo 3)

Cuando tenía siete años tuve mi primera mascota, Ross, una pequeña tortuga de agua. Una mañana de verano apareció flotando tiesa como un corcho a la deriva en su pequeño oasis de agua: entre la palmerita artificial y la roca de plástico. Al menos, así me imaginé yo que había sido tras la confesión de mi madre años más tarde. Ese tenía que haberse convertido en mi primer contacto con la muerte. Pero debido al obsesivo instinto de protección que mi madre ejercía sobre mí nunca llegué a ver a Ross en tales circunstancias. A cambio, me obsequió con una entrañable historia sobre un reencuentro familiar entre Ross y su familia digna de una película Disney, en el que al parecer, mamá y papá tortuga buscaban encarecidamente a su hijo. Aquello me hizo sentir cruelmente egoísta por querer recuperar a mi tortuga, a mi pequeña Ross, cuando en realidad ella se merecía ser feliz y estar con su familia.

Con el tiempo descubrí que aquel hubiese sido un buen primer acercamiento con la muerte, un sincero aprendizaje sobre el ciclo de la vida. Sé que mamá lo hizo con la mejor de sus intenciones, no lo pongo en duda, no por ello fue una buena decisión.

Capítulo 4



El desconocido comienza a toser y expulsar agua por la boca. Álvaro, con presteza, le coloca sobre el costado de cara a mí.

—¿Estás... estás bien? —logro balbucir aún con el denso regusto de la adrenalina en mi boca.

Silencio.

Un pesado y pastoso silencio.

Una quietud extraña, efímera y temiblemente inquietante que consigue que mi mente habitualmente parlanchina quede en silencio. Como nunca antes.

¿Habrá muerto Úrsula...? No creo ser tan afortunada.

El corazón empieza a latirme rápido, muy rápido: pum-pum, pum-pum, pum-pum... Las palmas de las manos, ahora alejadas del exánime pero fuerte cuerpo de este desconocido, permanecen pegadas al neopreno que cubre la piel de mis muslos, que tiritan incesantes, imitando el nervioso movimiento que emite el resto de mi cuerpo.

Clavo la vista en sus ojos que contemplo abrirse con lentitud, desubicados y sin un claro enfoque. Observando inmóvil como estira un brazo hacia mí, para tocar con sus dedos mi larga melena roja. Su gesto me deja algo... desconcertada. Miento, es más que eso, es... cálido.

Me aparto, puede que algo brusca, escuchando de fondo el inconfundible sonido de una sirena y las voces y pasos agitados del equipo de salvamento. De pie, a salvo de su contacto, me alejo caminando de espaldas sin apartar la vista de él y de sus sublimes ojos que, no tardan en abrirse por completo, expandiendo a su vez un abismo en mi camino.

Me giro aferrándome a mi tabla, huyendo de este lugar a toda prisa, como quise hacerlo en un primer momento. Como debí hacerlo en un primer momento.

Otro enorme vaso de agua se desliza apresurado por mi garganta. Si no he perdido la cuenta es el tercero que me bebo desde que he entrado por la puerta, y quien dice entrar dice arrasarlo con todo a mi paso dando vueltas sobre mí misma hasta encontrar lo que he considerado alguna clase de punto de apoyo: la encimera de la cocina.

Suelto el vaso ruidosamente sobre la encimera de madera procurando respirar tranquila, aun sintiendo como la acuciante adrenalina fluye por mis venas. Ni siquiera logro deshacerme del extraño mareo que se ha instaurado en mi cabeza.

Cierro los ojos con fuerza, procurando restaurar la normal respiración de mi sistema y el cotidiano latir de mi corazón, pero la imagen de un impactante destello de colores golpea de nuevo el epicentro de mi pecho marcando otra vez un descontrolado retumbar. Esos ojos... Esa mirada...

Respira. Tranquila.

El sonido del teléfono me sobresalta.

—¿Sí? —respondo cogiendo una bocanada de aire aguantando el móvil a duras penas contra la mejilla.

—¡Ariel! ¡¿Estás bien?! —exclama Sebas, mi mejor amigo. Y lo que me inquieta no es la urgencia de sus palabras (que también), sino que use mi nombre completo, algo que solo sucede cuando la cosa es seria.

—Sí —respondo con escasa contundencia—, ¿qué pasa?

Puedo llegar a entender lo que me sucede a mí (o eso creo), pero a él...

—¡¡Qué susto joder!! ¿Seguro que estás bien?

—¡Que sí plasta! —exclamo ocultando mi obvia mentira— ¿Se puede saber qué te sucede?

—¡Eso me gustaría saber a mí, llevo una jodida hora tratando de localizarte! —Escucho sus pasos nerviosos al otro lado de la línea—. Sonia me llamó para decirme que había sucedido algo en la playa. Al parecer un surfista se había ahogado o no sé qué mierdas, y que cuando ellos se fueron de allí solo quedabais tú y los gemelos. En cuanto se enteró volvió, pero no había nadie y tú no contestabas al móvil, así que terminó por llamarme a mí preocupada —le escucho resoplar con fuerza tomándose su tiempo para continuar con la perorata—. He cerrado la tienda y me dirigía ahora mismo a tu casa, Ari.

—Lo... lo siento, Sebas. Lo cierto es que me largué de la playa al

momento de irse ellos, aún estaba cansada del fin de semana. —La mentira fluye de mi boca sin darme apenas cuenta—. Me metí en la cama y dejé el móvil en silencio. De verdad, todo está bien. Vuelve a la tienda y no te preocupes.

No me gusta mentir, y menos a él. Sebas es mi mejor amigo y probablemente el único que lo sabe absolutamente todo de mí, tanto lo bueno como lo malo. Lo mismo sucede al contrario, no tenemos secretos el uno con el otro. Pero en este momento no encuentro las palabras para explicarle lo sucedido o... puede que simplemente no me apetezca hacerlo. Quizá cuando deje de sentirme tan abrumada lo haga.

—¿No sabes qué susto me he llevado! Pensé que te había pasado algo.

—No tienes nada de qué preocuparte, ya sabes que soy como la Sirenita, querido cangrejo Sebastián —me burlo haciendo mención a la coña que siempre hemos tenido con el hecho de que yo me llame Ariel y él, causalidades de la vida, sea mi mejor amigo y se llame como el cangrejo de la película; aunque siempre le digo que le falta el acento cubano.

—Lo sé, pero...

—¿Qué pasa, Sebas? —reclamo severa, porque creo intuir a que viene esa sobrepreocupación que muestra por mí—. Suéltalo.

—Es por lo del sábado —admite al fin.

—Ya.

Sabía que era por eso.

—Sé que encontrarte con Hugo en casa de mi amigo Tony no fue precisamente un planazo.

—No, no lo fue. Pero así es la vida. Además, hace ya tres años que rompí con él, que no sea capaz de comportarse como un adulto no es mi problema. Si prefiere ignorarme, bien por él, Sebas, qué quieres que te diga. —El habitual nudo se instaura en mi garganta como un claro aviso de que es mejor abortar cuanto antes este tema de conversación—. No entiendo cómo hemos terminado hablando de él.

—Porque sé cómo te afecta.

—¿Que lo sabes, dices? ¿Y cómo si puede saberse?

—Te desestabiliza y... no quiero que empieces a hacer tonterías de nuevo.

—¿Tonterías de nuevo? ¡¿A qué cojones viene eso?!

—Solo me preocupo por ti.

—Mira, Sebas, mejor será que dejemos el tema. No necesito ningún

puto padre a estas alturas de la vida, ¿te queda claro? Te dejo que entro a currar en una hora y todavía no he comido. Nos vemos en el ensayo del viernes.

Le cuelgo sin darle lugar a réplica.

Él llama de nuevo a sabiendas de que no voy a contestar, me conoce lo suficiente como para saberlo. Dentro de un rato se me habrá pasado el cabreo, ambos haremos como si nada hubiese ocurrido y continuaremos como siempre. Lo sé, quizá no es la manera en que deben solventarse las cosas, soy consciente de ello, ambos lo somos. Pero no llevo bien los enfrentamientos, así que Sebas lo dejará estar y yo, francamente se lo agradezco, para qué nos vamos a engañar. Así es nuestra relación, no es perfecta, pero a los dos nos va bien. Más teniendo en cuenta que los últimos acontecimientos ya han comenzado a abrumarme más de lo que quizá me sienta capaz de soportar. Por un lado, tenemos a ese surfista y a la rabia que todavía me produce su jodida inconsciencia sobre la tabla: el terror que he pasado no creo que sea capaz de olvidarlo en la vida. Y por otra parte, el inesperado encuentro con Hugo, mi exnovio, del que aclaro NO estoy enamorada ni siento absolutamente nada por él más que lástima, porque puede que yo me autodestruya pero él, en su vaga ignorancia también lo hace. No obstante, su presencia me recuerda que la única esperanza que un día tuve en el amor se derrumbó gracias a toda y cada una de sus mentiras, su desdén y su manera de huir de todo, comenzando por mí. Es la primera vez que nos vemos desde que rompimos, él conoció a otra chica un par de meses después de romper definitivamente, una tal Cristina con la que se fue a vivir a Las Palmas. Y admito que, encontrarte de nuevo y por primera vez en tres años con tu primer y gran amor es cuanto menos inquietante. Pensar que has compartido seis años de tu vida con una persona a la que prometiste amar hasta el fin de tu existencia y, que ahora te ignora desde la esquina de una casa, tan desconocida como se ha vuelto vuestra relación, es tremendamente triste. Da igual que hayáis vivido bajo el mismo techo, dormido en la misma cama, compartido secretos, inquietudes y sueños; reído a carcajadas, u os hayáis desnudado con prisa y vestido con parsimonia, descubierto lugares e incluso viajado con ilusión. Porque ese al que un día decidiste regalarle tu primera vez, que aunque no fue perfecta, ni bonita, ni siquiera especial o placentera (encerrados en la parte de atrás de un Ford Fiesta en un descampado), no obstante, fue la primera, y eso no es algo que puedan borrar los años, ni tan siquiera el desprecio que otorga que esa persona, que se corría en tu

intimidad jadeando tu nombre, ahora decida ignorarte. Y es que él fue el primero en tu vida, y te marcó tan hondo que sabes no hay manera de que alguien llegue a donde él lo hizo, que roce siquiera el surco que talló en tu corazón, porque, de hecho, no estás dispuesta a ceder a nadie de nuevo ese poder.

Y de repente, un día sin más, os volvéis a ver y todo aquello queda relegado a recuerdos difusos de dos desconocidos y a una tímida sacudida en la boca del estómago a la que no le encuentras sentido alguno. Y es que sois historia, igual que la Expo del 92, las cintas de vídeo y la peseta; pero como todos esos acontecimientos tenéis algo en común, y es que siempre habrá alguien que recuerde su paso, porque estuvo allí y lo vivió en primera persona. A pesar de que uno de los coetáneos se comporte como si nunca hubiese vivido esa época y quizá, eso sea lo peor: el desdén. Como si lo que hubieses vivido no fuese importante, como si tú no lo fueras. Un buen resumen de lo que fue nuestra relación, no cabe duda.

Tras una larga ducha con esperanzadas pretensiones reparadoras que, como ya me temía, quedan relegadas por una batalla interna cargada de sentimientos de ardua asimilación para el estado en el que me encuentro, salgo del baño y a velocidad de vértigo me pongo un bañador, unos shorts, la camisa blanca con su SOS correspondiente y me recojo el pelo en una descuidada coleta. Salgo de casa como una exhalación tras mal comer un rápido sándwich vegetal que me he preparado sin mucho tino.

Tengo que irme, demasiada emoción para un solo día.

Me cuelgo el bolso sobre el hombro y salgo de casa rebotando rabia por cada poro. Consciente de que haberme quedado unos minutos más hubiese provocado que cometiese un grave error, uno del que llevo huyendo ya cerca de siete meses.

En el coche y de camino al trabajo parece que logro calmarme tímidamente gracias al aire que entra a través de la ventanilla y a la ardiente piel del volante que me atraviesa como agujonazos las palmas de las manos, resultando trágicamente placentera. Lo que me lleva a apretar con más ahínco sobre esa fuente de dolor, incluso a buscar pasado unos segundos, nuevos puntos donde el calor sea más intenso. Quizá suene a tortura, nada más lejos de la realidad, el verdadero tormento es ese con el que tengo que lidiar casi a diario cada vez que las cosas escapan a mi control.

Procurando cambiar el rumbo de mis pensamientos, esos que desbordan

mi mente, enciendo la radio como método de evasión: el único que me funciona a parte de la música, el surf y el sexo. Porque sí, esa táctica funciona (la sexual digo) por poco tiempo, pero sin duda es la más eficaz de todas. Me basta un desconocido que muestre mínimamente interés por mí y que tras varias copas se haya despertado mi interés por él. Así de sencillo.

Suena *Resolution* de Matt Corby justo cuando atravieso la zona de Los Rodeos, o también conocida por nosotros los isleños como Mordor. La razón de que reciba este peculiar nombre se debe principalmente a que lo usual de la zona es que esté cubierta por una espesa niebla acompañada habitualmente por una molesta llovizna. Y da igual en que estación nos encontremos, ya puede ser pleno verano que esto sigue resultando igual de frío y tenebroso, es lo que tiene vivir en una isla repleta de microclimas, que las temperaturas en corto espacio de tiempo y distancia contrastan de manera bastante notable. Y es aquí, en el lugar de «peor clima», donde se encuentra uno de los aeropuertos de la isla, un lugar perfecto para construir uno, no cabe duda... (véase la ironía). De hecho, existe algo así como una leyenda urbana al respecto en la que se dice que durante la segunda guerra mundial Hitler le pidió a Franco que construyera un aeropuerto en Tenerife que sirviera para dar soporte a sus tropas en África. Para ello, técnicos alemanes habrían hecho un estudio de la isla y de los lugares adecuados para construir el aeropuerto en cuestión; aunque al final las autoridades españolas decidieran posponer su construcción. Sin embargo, cuando años más tarde retomaron la idea, cogieron los planos que supuestamente habrían dejado los alemanes y se encontraron con una gran cruz roja marcada en el mapa, con lo que supusieron que ése era el sitio en el que habría que construir el aeropuerto. Y así hicieron. Pero en realidad esa cruz indicaba el único sitio de la isla en el que NO se debía construir un aeropuerto.

Hace poco leí en el periódico que esto tan solo era un bulo, aunque cuesta creerlo. El que pase por aquí entenderá a lo que me refiero. O eso, o al ingeniero que tomó la decisión le acababa de dejar la mujer. En serio, no le encuentro ningún sentido. Obviando la anécdota tengo que admitir que me gusta esta zona de la isla, es casi como un oasis de calma. Eso es lo que nos regala la niebla, parece que el tiempo se hubiese detenido y, por un momento, siento que deja de importarme todo lo que sucede fuera de aquí.

Aún me quedan unos veinte minutos de trayecto en coche hasta el Puerto de la Cruz, esta semana trabajo de socorrista en un pequeño hotel plagado de alemanes. Bueno para mí, suelen ser bastante precavidos y

cumplen las normas sin problemas. Ciertamente este trabajo es bastante aburrido, quizá lo que peor lleve sea la escasa distracción mental, pero admito que es mejor esta que ninguna teniendo en cuenta que trabajo meramente por mantenerme ocupada, sentirme útil y demás argumentos socialmente aceptados. Bien es cierto que podría trabajar de otra cosa, aunque no disponga de ningún título universitario sí que terminé el bachillerato, pero no me presenté a la Selectividad; diría que salí del instituto más perdida que cuando empecé (si acaso eso es posible). Al final me decanté por un F.P. de Grado Superior en Administración. Sin duda una experiencia, sobre todo para asegurarme a que no me quería dedicar en la vida. Pero fue cuando estaba realizando las prácticas correspondientes en una pequeña empresa de transporte cuando conocí a Isaac, un uruguayo zumbado como una maraca, pero que me hacía reír hasta el ahogo y fue quien me animó a sacarme el título de socorrista con él. A partir de entonces comencé a compaginar trabajos de socorrismo con ensayos y conciertos del grupo; época en la que empezamos a tomárnoslo algo más en serio.

Como decía, trabajo en esto por mantenerme ocupada, ni siquiera es que me haga falta el dinero. Hace dos años mi tía Clara, única hermana de mi madre, murió a causa de un coche que se saltó un semáforo. Adoraba a mi tía. Ella no tuvo hijos, siempre fue un alma solitaria y quizá un poco rara a ojos extraños; aunque para mí siempre resplandecía con alguna clase de halo místico. Solo leía libros sobre metafísica, se colgaba piedras en el cuello que dejaba en agua y sal las noches de luna llena en el quicio de la ventana, no comía nada que fuera de origen animal, y vestía solo con ropa comprada en tiendas de segunda mano y que fueran tejidos naturales (a poder ser ecológicos). No hablaba mucho, pero era divertida, y su edad nunca fue ningún impedimento para hacer todo lo que se le pasara por la cabeza. Un mes antes del horrible suceso y a sus cincuenta y dos años se compró una tabla de surf y con ayuda de Edu y Sonia le enseñamos algunas lecciones para que empezara a coger sus primeras olas. Siempre fue una valiente. Y de alguna manera, alguna clase de ejemplo a seguir para mí, simplemente porque emanaba una paz que era digna de admirar.

Su marcha supuso un repentino cambio en mi vida, no solo por la pérdida, sino porque fui la única heredera de sus bienes. En aquel momento llevaba ocho meses viviendo con Sebas en su elegante piso de Las Torres de Santa Cruz, muy bonito, pero muy alejado para mí de lo que significa la palabra hogar: sencillez. Heredé la casa de mi tía, además de su coche, un

antiguo Volkswagen escarabajo de color verde y todo el dinero que tenía ahorrado, que no era precisamente calderilla, tampoco era una millonada, no obstante, era más de lo que necesitaba. La mitad se la di a mi madre y de lo que me quedó, lo invertí en grabar nuestro último disco que, además ha tenido muy buena aceptación y estamos trabajando más que nunca gracias a él lo que, en cierta medida, considero fue el último regalo que Clara nos dejó con su repentina marcha.

Al fin he dejado atrás la tenebrosa niebla de los Rodeos, y el cambio se hace de lo más evidente: el aire vuelve a ser cálido y el sol que se cuele a jirones por mi ventana bañando mis piernas desnudas logra deshacer mi repentina piel de gallina. La visión de la isla desde este punto es espectacular, con el majestuoso volcán de fondo haciendo su gran acto de presencia bajo este radiante lunes de abril.

Según avanzo dejando el océano Atlántico a mi derecha, imágenes como flashes entran a zumbidos en mi mente: ese desconocido surfista bailando sobre la tabla, mi necesidad de alejarme de allí, su caída, mi rabia, el gusto del miedo en el fondo de mi garganta, las brazadas y la angustia. Todo se va sucediendo en mi cabeza como fogonazos, hasta el momento en que sus dedos se enlazan con mi pelo y abre los ojos: ahí, todo cambia. Esa angustia que se había clavado tan adentro parece desvanecerse en el instante en que me mira, y aunque no me ve, parece hacerlo como nadie lo ha hecho antes. Entonces, huyo. Esos ojos... Esa mirada...

¿Sabéis ese momento en el que el cielo rompe en mil colores? Seguro que alguna vez habéis sido testigos de una preciosa puesta de sol, una imposible de olvidar. Os pido que la recordéis, que la viváis solo un momento. Que os fijéis en los detalles, en ese asombroso regalo de la naturaleza. En esa calma que emana tal belleza. En la tranquilidad. Pues eso exactamente es lo que he visto yo en su mirada, eso es lo que he sentido cuando sus ojos se han posado en mí: paz. Calma. Y sé cómo suena esto, y no voy a tratar de convencer a nadie de que no estoy loca, ni siquiera yo pondría la mano en el fuego por mí misma. Pero si hay algo que tengo claro es el sosiego que por un instante ha traído ese desconocido a mi vida, sobre todo después de haberme hecho pasar el mayor miedo de toda ella. Especialmente porque ha logrado que me dé cuenta de lo sencillo que es descubrir aquello de lo que carezco, cuando me lo tienden y me lo arrebatan en un mismo instante.

Deduzco que habréis notado que tengo cierta obsesión con los ojos de la

gente y quizá es raro, no lo sé, siempre ha sido así. Los primeros ojos que recuerdo son los de mi madre, seguramente suene a obviedad por otra parte; sus ojos castaños bañándome de amor y protección. Los diminutos lunares negros que salpican ese dibujo de ingenua feminidad. Contrariamente, los que más me cuesta traer a la memoria son los de mi padre, sus matices quiero decir. Quizá esa dificultad se deba a que no pasé tanto tiempo con él para examinarlo, o puede que simplemente no me sintiera lo suficientemente cómoda para observarle con tal detenimiento. Papá era de ojos negros, oscuros, como todo lo que ocultaba. A mí, en cambio, me bendijeron con unos azules con los que no puedo identificarme con nadie a mi alrededor. Mi padre siempre me decía que yo tenía los ojos de su abuelo, un pescador de los de antes, un hombre trabajador, sabio y que según sus propias palabras: «Pertenece al mar». Nunca llegué a conocerlo, pero tampoco es nada nuevo, no conozco a mis hermanas, así que, qué más dará un viejo del mar al que poco le hubiese importado la hija bastarda de su nieto.

(Capítulo 5)

—¿Ariel? ¡Ariel, contesta!

Sus ojos cubiertos de vetas airadas me escrutaban con un temible odio acusador. Ni siquiera recordaba cuál era la pregunta, su insistente exigencia era suficiente para lograr que me bloqueara.

Yo la miraba aterrada, con manos inquietas bajo el pupitre, frotándome una contra otra, con fuerza: descargando la misma presión que ella ejercía sobre mí. Poco tardaba en echarme a llorar. Culpable. Era culpable de desconocer la respuesta.

—¿Acaso te estás riendo de mí? —espetaba con los brazos en jarras, hundiendo los puños entre los gruesos pliegues que desbordaban su cintura.

Iba a decir que para mi fortuna no tardaron en echarla del colegio, pero si de verdad hubiese tenido mejor suerte no la hubiese tenido como profesora y mi madre no hubiese tenido que reunirse con ella para escucharla decir que su hija (o séase yo) me reía de ella. Sí, claro, señorita psicótica, una niña de seis años que no responde a sus exigentes preguntas y se echa a llorar cuando le grita se está riendo de usted. Gracias por dejar un recuerdo tan bonito en mi niñez, gracias por formar parte de esa caja mohosa y rancia.

La terapia actual consiste en que trate de recordar, a ser posible cronológicamente, traumas, sucesos o hechos que de alguna manera me hayan marcado; algo que considere no esté cerrado. Este, sin duda, es uno de ellos. Ahora supongo que me toca adivinar qué siento al respecto.

¿Rencor?, ¿rabia?, ¿impotencia?

¿De verdad se supone que esta mierda me va a ayudar para algo aparte de generarme más ansiedad?

Ya oigo a la doctora Marín, tan amable y comprensiva, (lo sé, es psicóloga, es su trabajo) aun así, es su manera de actuar por naturaleza y, claramente, por eso la elegí. Después de pasar por un par de ellos que no lograban alejarme de mi habitual apatía y no sacaban de mi boca más que un: «No lo sé», terminé acudiendo a su consulta por recomendación de un primo de Sebas. Y una de sus últimas sugerencias para guiarme con esta nueva

terapia, consistente en encontrar la manera de perdonarme, y según palabras textuales: «Debes reconciliarte con tu niña interior, quererla. Habla con ella».

Hablar con ella...

Bueno, que no se diga que no lo intento.

—Hola pequeña Ariel, siento que tuvieras que ir a un colegio donde no solo los niños te hacían *bullying*, también los profesores, eso sí que es una putada. Siento que toda esa presión lograra que un día llegaras a odiarte a ti misma por ser como eres. Siento que creas que no eres suficiente. Siento que no vayas a saber nunca lo que es la confianza: ni en ti, ni en otra persona. Pero lo que más siento de todo es que tengas que escucharlo de mí, es decir, de ti misma.

Capítulo 6



—Hola, Dwayne.

Saludo con un sincero abrazo a Caleb, amigo y propietario del Laguna Negra, local en el que tocamos esta noche y en el que ensayamos cada semana.

—¿Cómo estás, preciosa? —pregunta alzándome entre sus fornidos y trabajados brazos de gimnasio y su metro noventa de puro músculo.

Caleb es algo así como el doble de Dwayne Johnson, pero con acento canario. Esa es la razón por la que muchas veces lo llamo de ese modo, usando el nombre del actor, algo que por cierto le encanta. De hecho, tiene una foto con Dwayne que se hizo en el dos mil doce cuando el actor se encontraba en la isla grabando la vigésimo quinta película esa de los coches; seguro que todos sabéis a cuál me refiero. A mí es que no me van mucho ese tipo de pelis. Aún recuerdo lo emocionado que estaba el día que colgó la dichosa foto en la pared que hay detrás de la barra. ¡Cómo para no verla!, hizo hasta una versión *warholiana* al lado de la original que, ya de por sí ocupaba unas dimensiones un tanto desmesuradas; recordemos que este es un local de conciertos, no el MOMA de Nueva York.

Recuerdo con claridad aquel día, en cuanto entramos por la puerta no hizo más que preguntarnos con una sonrisa de oreja a oreja: «¿No veis nada diferente?». En realidad, todos sabíamos lo de la foto con la Roca, era noticia en todo el jodido archipiélago, pero nosotros, que somos así de simpáticos, decidimos hacernos los locos. El que mejor se lo pasó con todo aquello fue sin duda Mateo que, cuando Caleb ya no pudo aguantar más y nos exclamó a voz en grito que se había hecho una foto con su mayor ídolo, nuestra batería siguió vacilándole por un buen rato: «¿De verdad no estaba antes? Juraría que ya la había visto». Y Caleb, que es igual de bueno que de grande nos dejó a todos atónitos cuando se la devolvió de la peor manera posible: difundiendo

el rumor de que Mateo había descubierto un nuevo mundo de sensaciones en el colectivo gay y se había cambiado de acera. Pasó una sequía muy jodida. Hablamos de Caleb, que tiene contactos hasta en la Casa Blanca. Mateo lo pasó tan mal que hasta me replanteé acostarme con él para que dejará de tocarnos las narices a todos con su mala hostia. Menos mal que Sebas me detuvo a tiempo antes de cometer semejante estupidez. Cuando le conté que lo estaba sopesando un día sentados en una terraza en la avenida de Anaga me dijo (palabras textuales): «¡A ti se te va la puta olla o qué!, ¡que es Mateo joder!». Sí, así es Sebas, todo delicadeza y finura, ya le iréis conociendo... En fin, el caso es que después de llamar la atención de toda la tripulación que bajaba de un crucero, escupió la cerveza que mantenía en la boca, todo muy peliculero.

—Bájame, por favor —le pido a Caleb revolviéndome entre sus brazos.

—Estás más delgada —afirma dejándome al fin en el suelo.

—¿Y mi beso?

Sebas aparece muy convenientemente dejando caer su brazo sobre mis hombros. Soy consciente de que esa irrupción ha sido más que premeditada.

—No te pongas celoso anda, que nos vimos ayer —arguyo antes de darle un beso en la mejilla.

—Estoy enamorado de ti, no puedo evitarlo —me vacila guiñándome un ojo en plan seductor.

—Tú solo estás enamorado de tu reflejo —le espeta Mateo.

Normal que lo esté. Sebas, quiero decir, porque es realmente guapo, además de alto, moreno y siempre con ese aire de perdonavidas con su chupa de cuero y su moto para todos lados. Se baja de ella o se sube a un escenario y sabes enseguida que te va a romper el corazón. Gracias a Dios yo lo tengo como amigo, como el mejor de hecho, así que me llevo la mejor parte: su compañía y mi corazón intacto.

Sebas y Mateo son como dos niños pequeños que se pasan el día peleándose y metiéndose el uno con el otro; aunque en realidad se quieren mucho, pero lo disimulan bien.

—Qué mala es la envidia... —le responde Sebas.

Lo cierto es que ambos son un par de *mojabragas* de manual, no sabría decir quién es peor de los dos.

—¿Envidia? Créeme, no follaré tanto, pero al menos sé que mis pequeños están a salvo —arguye Mateo con la mano en la entrepierna.

—¿Pequeños, en serio? Ahora entiendo por qué no mojas tío. —Sebas

no puede aguantarse la risa.

Y todo esto viene porque aquí Sebas, que está cañón y lo sabe, suele acostarse con todas las grupis que se le ponen a tiro; a diferencia de Mateo, que es más selecto con lo que deja entrar en su cama. Deduzco que por esa misma razón Sebas corre más riesgos y le ocurren cosas tan surrealistas como la del verano pasado en uno de los conciertos que dimos en el sur de la isla, cuando una loca guiri con la que se había acostado un par de veces se consideraba su dueña y señora, hasta que lo pilló comiéndole la boca a una preciosa morena y su rodilla terminó en la entrepierna de nuestro bajo. Esto fue durante el descanso: sí, Sebas no pierde el tiempo. Tuvo que terminar el concierto sentado en un taburete, con una bolsa de hielo en los huevos escondida tras el bajo. Fue bastante cómico, todo hay que decirlo, además Mateo (muy considerado él) siempre está ahí para cada vez que puede recordarle aquel día, como ahora.

—Por cierto, ¿y Darío? —pregunto pasando de los donjuanes.

—Mantis está detrás, en el almacén, ayudando a Caleb con unas cajas — me informa Sebas.

Nuestro teclista, es mejor conocido como Darío Mantis. Todo el mundo le llama de ese modo, excepto yo; para mí siempre será Darío, a secas. La supuesta razón de ese apodo es que es alto y delgado como el asqueroso insecto; aunque las malas lenguas dicen que es porque tras un encuentro con él (sí, volvemos a hablar de sexo) pierdes la cabeza. En fin, habladurías.

Acabo de darme cuenta que, salvando a Roland, que es el único con pareja estable, podríamos considerar la posibilidad de montar nuestra propia App tipo Tinder o Badoo: igual nos daba más dinero que los conciertos, quién sabe.

Nuestro guitarrista, Roland, está casado con María, una peruana de la que se enamoró cuando viajó a Perú a lo mochilero. Y no solo se trajo a la guapa peruana con él, también vino su inseparable poncho multicolor que no se quita ni *pa'cagar*. En serio, no sé si es que se compró todo un arsenal de coloridos ponchos en su viaje o es que se los teje su mujer entre clase y clase de matemáticas (lo digo porque es profe), pero en serio que siempre lleva exactamente el mismo. Menos mal que viven en el norte de la isla, que es una zona más fresca digamos, porque como que no le veo en Las Américas (zona más cálida de la isla) con uno de esos sin que le dé un *parraque* y se asfixie entre tela multicolor.

—¡Saca el vodka, Mantis! —exclama Roland viendo aparecer a Caleb y

a Darío que vuelven del almacén.

Tenemos un ritual antes de cada concierto, nos tomamos un chupito de vodka en honor a Roland, y no porque sea ruso, de hecho, es medio alemán. Esta chorrada empezó porque a María le atraían los rusos (vete tú a saber qué fantasías tenía ella con los Vladimir) así que él, cuando la conoció, no se le ocurrió otra cosa que hacerse pasar por ciudadano del Kremlin durante unos buenos meses. Y a ver, Roland pinta de ruso, ruso... como que no mucho. Ronda el metro setenta y poco, tiene el pelo oscuro y espeso, al igual que su frondosa barba y unos ojos pequeños de color miel: es lo menos ruso que puedas echarle a la cara vamos. El caso es que aquí la amiga se tragó que el medio hípster este había nacido en La Rusia y se llamaba Vladimir Smirnov; muy original el amigo. Hasta nos obligó a seguirle el juego, vale sí, no nos puso una pistola en la cabeza, pero... Pero es que a este grupo le gusta más un sarao que a los espectadores de Gran Hermano un *edredoning*. Así que, en aquella época, Roland nos obligaba a beber un chupito de Smirnoff (en honor a su falso apellido) justo antes de cada concierto. Al final aquello acabó convirtiéndose no solo en tradición, sino en obligación. Una vez no lo hicimos y el concierto fue un auténtico desastre: tuvimos problemas con el sonido, Darío se torció la muñeca y a diez minutos de acabar el concierto, hubo una redada policial porque al parecer el dueño del local en el que tocábamos era un narcotraficante de los gordos. Por lo que, a partir de aquel día, Cantos de Sirena se volvió supersticioso.

—Mejor chupito de vodka a que...

—¡Vuelva la guiri rompe huevos con un bate! —exclama Mateo burlándose de Sebas, justo antes de beberse el contenido de su diminuto vaso.

—¡A que Mateo pille una enfermedad venérea! —Sebas se la devuelve deleitándose con el contenido de su chupito.

—Gracias, hermano.

—Siempre pienso en ti.

—Que amable.

La idea de esta tradición, que sirve para alejar malos augurios en los conciertos, consiste en que cada miembro del grupo debe decir algo que considera sería malo que pasara en la actuación de la noche que corresponda y, seguidamente, beberse el contenido de su vaso. Consideramos que, de ese modo como con los deseos, si lo dices en alto hay menos probabilidades de que se hagan realidad; aunque siendo realmente sincera, al final no es sino una excusa barata para ponernos a tono antes de salir a tocar.

—¡A que me disloque de nuevo la muñeca! —añade Darío que ha vuelto de su rato como mozo de almacén.

—Entonces mejor deja las pajas para otro día —le sugiere Mateo guiñándole un ojo mientras se apodera de la botella de vodka.

—¡A que no nos paguen esta noche!

—Descuida, Roland, llevo pagándoos de más cerca de dos años a ver si logro que te deshagas del trapo ese que siempre llevas encima —arguye Caleb demasiado serio para considerarlo una broma.

A Roland se la resbala todo, y yo creo que se debe a que el poncho ese tiene algo así como súper poderes (puede que por eso no se lo quite) o quizá es que la cantidad de mierda incrustada a causa de los años tiene el efecto de que todo le importe una mierda. Igual debería hacerme yo con uno de esos, sería la solución a todos mis problemas.

Por cierto, tengo que decir que a pesar de que la *batamanta* esa haya tenido más experiencias vitales que yo, he de reconocer que no se observa un gramo de suciedad ni huele extraña; probablemente esté más desinfectada que las sábanas de Mateo. Bueno, solo quería que quedara claro ese punto, Roland puede ser algo hortera, pero es muy limpio y aseado.

—Ariel, faltas tú.

Yo lo tengo claro...

—¡Mejor chupito de vodka a que estos dos acaben midiéndosela encima del escenario a ver quién la tiene más larga!

Con estos dos me refiero a Mateo y a Sebas, por si alguien se ha perdido con mi extenso estudio sobre Roland y su poncho.

—Bueno, no creo que eso sea necesario —arguye Mateo regalándome una sonrisa canalla mordiéndose el labio inferior de espaldas a la barra con los codos sobre esta, las piernas estiradas y cruzadas por el tobillo —, ya sabemos que...

—¡¡Cállate!! ¡Dios, en serio no sé ni cómo os aguanto!

Me alejo haciendo aspavientos con los brazos harta de que estos dos tíos en vez de aparentar los treinta y tantos tacos que tienen, parecen que estén en plena edad púber.

—No te enfades, Ari, vamos.

Sebas trata de agarrarme por el brazo descojonado de la risa, lo que logra que me cabree aún más.

—¡Alejad vuestros miembros fálicos de mí, os aviso! —amenazo a ambos apuntándoles con el dedo—. ¡Y poneos a trabajar anda!

Hora y cuarto después el Laguna Negra está que no cabe ni un alfiler y para gozo de mis dos pichabravas hay una cantidad ingente de mujeres, lo que suele inflar los egos de Sebas y Mateo, por si acaso eso fuera necesario.

Sebas no pierde el tiempo y las dos rubias de la primera fila dan buena cuenta de ello. Trato de mandarle una mirada de advertencia, más que nada porque si mal no recuerdo ya se acostó con la de los tres piercings en la nariz y él, que en algún momento de lucidez con los huevos inflados como pelotas de baloncesto en la cama *kingsize* de su apartamento tras el famoso rodillazo en las pelotas debió encontrarle sentido al consejo de Darío: «En la vida no se repite ni aunque sea la mejor mamada de tu vida». Así que a partir de ese momento me pidió que le ayudara a recordar para no repetir con la misma y así no arriesgarse a que le venga otra como la guiri y que en vez de con la rodilla aparezca con una catana a lo Kill Bill.

Sí, es triste que yo tenga que confirmarle si una u otra tía se la ha beneficiado, pero lo cierto es que probablemente lo mío sea más triste aún (porque sí, es posible); aunque hay que hacer una salvedad, y es que yo no soy tan activa como él, aunque, y no es por poner excusa, suelo llevar una cantidad ingente de alcohol en sangre cuando termino acostándome con algún desconocido. Que, si no es porque Mateo se encarga de hacerle una foto, bastante borrosa, dicho sea de paso, pero más nítida que la de mi ceguera. Si no es por la instantánea, desconocería a un porcentaje bastante elevado de tíos con los que (al parecer) me he acostado.

Bueno, ya os pondré más al día sobre este tema, porque ahora me toca salir.

Se instala en mi estómago una mezcla placentera de entusiasmo y miedo a partes iguales, y como cada vez que estoy a punto de pisar el escenario recupero los recuerdos de las primeras veces, de aquellas tardes tocando en las calles de La Laguna pasando un *pelete*^[5] muy chungo, en reuniones con amigos o en los primeros conciertos en los que sumábamos más en miembros del grupo que en público asistente. Es bonito y alucinante pensar en el proceso, en cómo hemos llegado hasta aquí, y no es que seamos El sueño de Morfeo, y los nombro a ellos porque son canarios; aunque nada tiene que ver su música con la nuestra. No obstante, en poco tiempo sí que parece que nos hemos hecho un nombre en el archipiélago. El mes pasado incluso una chica me reconoció por la calle y me pidió que me hiciera una foto con ella, y eso

es algo que ya me resulta de lo más llamativo teniendo en cuenta que sobre todo yo, procuro que mi careto no aparezca en ningún lado. Decidimos un día que, como imagen en prensa, en el disco, cartelería, etcétera, tan solo aparecería nuestro logo: el de la sirena que yo misma tengo tatuada en el brazo izquierdo, bajo el hombro. Tampoco soy idiota, soy consciente de que en los conciertos nos hacen fotos y vídeos, pero aun así nunca me habían parado por la calle. Una vez hasta pensé ocultarme tras una peluca a lo Sia: ella sí que ha sido lista. Seguro que estaréis pensando: «¿Qué pasa con las redes sociales?». Pues bien, lo primero es que yo no tengo de eso, soy más de vivir la vida real que ya de por sí es bastante compleja sin tener que exponerla frente a millones de personas, pero sí que tenemos todo tipo de redes en lo referente al grupo, y gracias a los dioses, es Darío el que se encarga de todo ese submundo.

Subo al escenario parapetada tras mi guitarra sintiendo todos esos ojos escrutadores sobre mí. Odio este rollo de entrar sola, esto fue una idea de mierda de los chicos. Antes entrábamos todos a la vez, en plan piña, pero con este nuevo disco no sé qué les ha dado con «innovar». Así que se les ocurrió que yo apareciera en el último momento como para crear más expectación o para que aquí, una susodicha a la que le asusta el público, se cague viva cada vez que le toca salir. Sí, he dicho que me da miedo el público, puede incluso que tenga algo de miedo escénico. De chiste lo sé, podéis ahorrároslo, ya tengo a Úrsula trabajando a destajo para reírse de mí todo lo que sea necesario.

—Buenas noches, muchas gracias por acompañarnos esta noche. —El público comienza a jalear y yo no me alargo más con el saludo, cuanto antes empiece a cantar antes podré relajarme sintiendo a todos mis chicos apoyándome tras de mí—. Esperamos que estéis bien...

Y con esas palabras, como si fueran magia, la gente ya se anima (si no lo hace malo). La razón es que ese mensaje de bienvenida esconde el título de una de nuestras canciones más conocidas y más queridas por el público: *Espero que estés bien*.

Mis chicos no tardan en arroparme con las primeras notas de la rítmica melodía y enseguida me dejo envolver por la calidez del público.

Primera parte superada.

Pero en un momento en que abro y cierro los ojos dejándome llevar por la música, en un punto en concreto en el que la luz rosada ha barrido al público, me tropiezo con unos ojos que no he podido olvidar desde que los vi

por primera vez el lunes. En la playa.

Imposible.

Ha sido rápido, casi instantáneo, demasiado efímero como para poder asegurar que ha sido real y no una puñetera trampa de mi cabeza. Un engaño. Aunque si hay algo que tengo claro y para nada ha sido una falacia, es el extraño cosquilleo que ha despertado en mi estómago. Uno diferente a los nervios habituales de estar sobre el escenario. Uno que no sentía desde hacía tiempo. Uno que ha presionado de manera tan fugaz algún rincón olvidado de mi cuerpo, que me he visto obligada a elevar la comisura de los labios como una idiota.

¿A qué demonios ha venido eso?

Capítulo 7



Jueves noche y faltan dos días para mi treinta y tres cumpleaños. Jonay ha insistido en celebrarlo a pesar de que sabe que me cabrea este jodido día, pero para él cualquier excusa es válida para salir a beber y conocer a una tía que poder llevarse a la cama; así que solo por eso y porque es mi mejor amigo he dado mi brazo a torcer.

Me ha arrastrado hasta un local de La Laguna con intención de «celebrarlo», tomarnos una copa y de paso, ver un concierto. No es que me haga demasiada ilusión el plan, hace tiempo que esa clase acontecimientos dejaron de tener importancia en mi vida; especialmente mi cumpleaños. Lo normal es recluirme dos días en casa completamente desconectado del mundo exterior con intención de, en mi soledad, poder hacer frente a sentimientos como la rabia, la impotencia o el dolor que, tras trescientos sesenta y cuatro días contenidos me abandonan como un géiser en plena erupción. Esa es la razón de que mi madre haya decidido llamarme esta mañana para felicitarme y bueno, no solo porque sepa que no estaré disponible en los próximos dos días; aunque mañana tenga que hacer una excepción puesto que me toca currar, sino porque para ella también es una fecha complicada.

El lugar está hasta arriba de gente ya que el grupo, Cantos de sirena, es bastante popular en la isla y cada vez que tocan se llena hasta la bandera. Esto según palabras de Jonay, porque yo no tengo ni idea de quienes son.

Entre el gentío, Jonay y yo logramos finalmente hacernos un hueco junto a la barra donde nos pedimos unas garimbas, como dicen los canarios (o lo que es lo mismo: unas cervezas) mientras da comienzo el concierto.

De nuevo el teléfono vibra en el bolsillo de mi pantalón. Lo saco y tras leer el mensaje por encima y con desinterés, termino por apagarlo y olvidar que existe: el mensaje y el remitente del mismo.

Con los codos apoyados en la desgastada barra de madera miro al escenario estudiando a cada miembro de la banda: un flacucho con gafas de pasta se encarga del teclado; un melenas rubio de la batería; al bajo, el típico guaperas que apesta a arrogancia a kilómetros; y como aportación más indie, alguna clase de hípster con barba y poncho

hasta las rodillas se encarga de la guitarra. Se les ve muy concentrados a cada uno en su tarea afinando o preparando su propio instrumento, excepto al bajo, que está más atareado encandilando con su sonrisa de anuncio a las dos rubias de la primera fila.

—¿Qué música dices que tocan?! —grito a mi amigo para que pueda escucharme por encima del ruido.

—Es algo así como pop-indie .

Asiento dándole un trago al tercio de cerveza escrutando de nuevo el escenario, fingiendo de paso que la conversación con mi madre de esta mañana no ha aposentado un pesado nudo en la boca de mi estómago.

Reparo en un cartel que cuelga tras la banda y en el que, junto al nombre del grupo, se encuentra una ilustración que me pillá con la guardia baja: una intensa sensación de déjà vu despierta dentro de mí, afectándome de un modo que no soy capaz de discernir. Sentada de lado sobre una roca, una sirena pelirroja de cola azul verdosa con escamas hasta media espalda oculta su rostro bajo una mata de pelo que flota libre gracias a una brisa ficticia, pero con una realidad tan brutal que, y por un momento, me veo contemplando las palmas de mis manos recordando la sensación húmeda y pegajosa de aquellos cabellos entre mis dedos. No es la primera vez que la veo. Y no hablo del dibujo, sino de que esa misteriosa criatura parece volver a darme la espalda de nuevo.

—¡Mierda!

Ensimismado como estaba en ese misterio propio de un especial de Cuarto Milenio, no era consciente de que Jonay había recibido un mensaje, transformando su humor drásticamente en apenas unos segundos.

—¿Qué pasa tío?

—Mi hermana; el coche la ha dejado tirada de nuevo. ¡A ver si se deshace ya de ese trasto! —masculla exasperado.

—Ya se lo he dicho yo, pero se niega: es la persona más testaruda que conozco. Igualmente, va a dejar de necesitarlo a partir de mañana.

Teniendo en cuenta que se va a vivir a Madrid.

—Eso me recuerda... ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

Lo estoy, no es una decisión que haya tomado a la ligera, puesto que no soy de los que actúan por impulsos. Esa fue la razón que me trajo a esta isla, la misma que ahora mismo se va de ella, así que está decidido.

—¿No iremos a tener otra vez la misma conversación? Ya sabes que sí, haría cualquier cosa por...

—Solo digo que quizá deberías pensarlo un poco más —me interrumpe—, no estás obligado a hacer nada de esto.

—Tengo que hacerlo. ¡Venga, vámonos! —exclamo con la mano sobre su hombro.

—Lo siento, Eric, quería que celebráramos tu cumpleaños y...

—Da igual. Además, no te lo he querido decir antes, pero estoy agotado. He tenido una semana de mierda y lo que más me apetece es descansar.

Lo cierto, es que no solo se debe al trabajo, el suceso del lunes en la playa tiene mucho que ver con mi estado de ánimo general.

Repentinamente la gente comienza a vitorear con fuerza. Y es que, entre humo

blanco, destellos rosados y verdes aparece la cantante. Esto es algo que deduzco, puesto que desde mi perspectiva no llego a verla ya que Jonay se ha detenido junto a la puerta a saludar a una camarera mientras la líder de Cantos de sirena saluda y da las gracias a su público. Es entonces, mientras la escucho decir: «Esperamos que estéis bien» cuando todo parece tener sentido.

Es ella. Su voz.

Giro con ansia la cabeza hacia el escenario, justo cuando empieza a sonar una rítmica melodía que provoca que, con tan solo dos acordes, la gente empiece a enloquecer y yo, bueno, me rindo a escuchar «a ciegas» esa voz hipnotizado, percibiendo como una elocuente calidez me embriaga con cada nota que es susurrada por esta mujer. Me recuerda a la dulzura de la cantante Zahara, pero con un trasfondo más desgarrador que me incita a querer conocer más de esa sirena que tanto parece haber sufrido.

Antes de que me dé tiempo a darle sentido a este desbarajuste interior y de que logre ver su rostro, me encuentro fuera, y no solo del local, yo estoy claramente fuera de mí.

Acabo de encontrar a la mujer que me salvó la vida.

(Capítulo 8)

Esta noche he tenido un sueño de lo más extraño. Ha sido como un recuerdo con un añadido extra de algo que jamás ha ocurrido, pero que admito me ha dejado con ese regusto de amargo placer, porque una parte de mí desearía que fuera real y otra, se enfurece por desear un imposible.

La estampa era la misma que la que conservo de la niñez: papá sentado en el sillón del salón de casa con el brazo estirado sobre el borde de este, y junto a él mamá; ella siempre tan solícita. Era como una de esas tardes de verano en la que disfrutas de un espléndido día de playa y que, sin verlo venir, te estrella en la cara un aguacero del que no tienes tiempo a escapar. Mamá sostenía la mano de papá entre una de las suyas, con una fuerza innecesaria, con una entereza ya desgastada debido al exceso de uso a lo largo de los años. Yo era otra mera espectadora de aquel acontecimiento único que ocurría en este solsticio: tocaba hablar sobre Ana, Alicia y Alana. Es decir, sobre mis tres hermanas, esas que desconocían no solo la existencia de mi madre, sino también la mía. Y allí nos encontrábamos ambas, escuchando a mi padre hablar sobre sus hijas, las que sí lo eran y tenían el honor de llevar su apellido. Además nos mostraba fotos con orgullo de aquellas a las que yo no tenía el privilegio de llamar hermanas: pierde todo su sentido cuando es unidireccional. Tampoco olvidaba acompañar aquel muestrario de familia postiza edulcorándolo con la promesa de presentármelas algún día. Algún día. Dos palabras lapidarias; una intención cargada de una descomunal cobardía. Y esa es la palabra que precisamente siempre definió a mi padre: cobarde. Tanto es así, la certeza con la que me lo dijo y yo me creí que, cuando estaba haciendo la mudanza de casa de Hugo a la de Sebas, me encontré con esta carta escrita de mi puño y letra que mi madre me entregó un día de adulta y que jamás le dio a mi padre; aunque ni siquiera era a él a quien iba dirigida.

“Carta a Ana”

¡Hola Ana soi Ariel! Me gustaria conocerte ojala ubieses venido ami

cumpleaños yo tengo ocho años ¿tu cuantos tienes? ¿cuando cumples los años? yo lla e cumplido los años ya te lo e contao te e visto solamente en una foto eres muy guapa ¿cuando bendras a verme?

Esa carta permanece conmigo hasta el día de hoy, casi como ha permanecido mi existencia a ellas (mis hermanastras): olvidada en un cajón.

Hasta aquí el sueño estaba claramente basado en ese recuerdo, con la diferencia de que en esta ocasión llegaba a encontrarme con Ana en persona, la más mayor de ellas y la única que contestó en su día a la carta que escribí ya de adulta; aunque con escaso interés por conocer nada sobre mí. También entendible por otra parte.

En cambio, en manos de Morfeo, Ana tenía real interés por conocerme, tanto es así que llegaba a verla en un efímero carne y hueso (no olvidemos que era un sueño). Aun así, la misteriosa sensación de realidad permanece todavía en mí, igual que el azul de sus ojos en los que podía verme reflejada casi de manera idéntica. Quizá lo más llamativo de todo esto sea que, a pesar de tenerla frente a mí, no lograba tocarla, sentirla. Estiraba el brazo tratando de alcanzarla con la punta de mis dedos, pero ella era literalmente inaccesible.

¿Que qué puedo deducir de esto? Que ella siempre estará para mí en un plano distinto, uno al que por mucho que lo intente no alcanzaré jamás. Cuesta tratar de sentirse un igual con alguien que lo que te une es algo tan importante como la sangre, pero a la que te separa lo mismo. La decisión de ese alejamiento siempre fue de papá. Claramente no mía y menos aún de Ana, Alicia y Alana, que ni siquiera sabían de mi existencia.

Capítulo 9



Hablaré con Daura para que te sustituya en el ensayo del jueves que viene si sigues igual
16:41

Gracias Sebas
16:41

Daura es la prima de Darío (Mantis) la conocimos durante la grabación del último disco. Estábamos buscando otra voz femenina para unos coros y lo cierto es que encajó del diez. Tanto, que unas semanas antes de que fuéramos a lanzar el álbum, cuando ya lo teníamos todo listo, me dio una afonía aguda (bastante parecida con la que me he levantado esta mañana tras el concierto de ayer) y como los chicos necesitaban ensayar, a Mateo se le ocurrió que hasta que me recuperara Daura podría sustituirme en los ensayos: tenemos un tono de voz muy parecido, aunque diría que el suyo es más cándido. Y sí, Mateo se ha acostado con ella, por eso el interés de «usarla» para los ensayos, por cierto.

¿Qué te ha dicho exactamente el médico?
16:42

Tan solo es una afonía Sebas, no te rayes
16:43

Una mierda una afonía!! Estás muda Ari!!
16:43

Las exclamaciones a qué vienen exactamente?? Estoy muda, NO SORDA
16:44

JA,JA
16:44

Ya?
16:44

Ya qué?
16:44

Que si ya has terminado o vas a seguir desconfiando de mí?
16:45

Depende, respóndeme a una pregunta
16:45

...
16:45

Estás bien?
16:46

Teniendo en cuenta que estoy muda...
16:46

En serio Ariel, sabes a lo que me refiero. No te gusta que lo mencione, así que no me obligues a hacerlo
16:47

Ahí está ese «Ariel». La cosa se pone seria.

Te repito: tan solo es una afonía. No tiene que ver con nada de lo que estás pensando
16:47

Está bien
16:47

El médico me ha dicho que lo más probable es que en unos días recupere la voz
16:48

Voy a cerrar ya, me paso por tu casa y vemos una peli o algo?
16:49

Sé lo que trata, se le ve el plumero a kilómetros.

Tranquilo, no voy a hacer NADA. De hecho, me voy al veterinario que Flounder
está malo
16:50

Vaya dos! Qué le pasa?
16:50

Lleva toda la mañana vomitando
16:51

Pobre... Si quieres te acompaño
16:51

Lo dudo
16:51

Vale sí, lo siento, pero es que ese sitio apesta a perro muerto
16:52

No huele a perro muerto. Huele a veterinario, sin más
16:52

Pues eso
Hablo con Daura y te cuento
Ciao preciosa
16:53

Eres más pesado que el cangrejo de la Sirenita!!
16:53

Pero me quieres
16:54

Para mi desgracia
16:54

Pero no para la mía
16:54

Tras veinte minutos de lucha con Flounder para meterle en el trasportín (con arañazos y maullidos lastimeros varios), cincuenta de trayecto en coche y quince para encontrar aparcamiento, al fin logro llegar al veterinario. Sí, por supuesto que tengo veterinarios más cerca, varios además, pero Félix es para mí el mejor profesional que he conocido, y donde esté él, allá que voy. Quizá sea por la sabiduría que le otorgan sus sesenta y siete años o porque, ha nacido para ello. Por no hablar de que es el único al que Flounder soporta, aparte de Sebas y de mí (en ocasiones) sin lanzarse a la cara como un luchador de *Pressing Catch*.

Entro en la sala de espera agradecida de que no haya nadie esperando (valga la redundancia) lo que quiere decir que somos los siguientes. Félix no funciona con una recepción ni nada por el estilo: va por orden de llegada. Llegas, te sientas y esperas a que la puerta blanca se abra y entras. Tan fácil como eso.

No tarda en salir una chica joven y guapa de la consulta muy (muy) sonriente con un chihuahua entre sus escuálidos brazos. No es que parezca feliz, es que está... encantada.

¿A qué demonios viene tanta... fascinación?

De repente siento una inusual curiosidad por entrar, quizá Félix haya contratado a un joven ayudante (que ya me extrañaría), o tal vez se haya convertido en Benjamin Button, siempre he creído que de joven debía ser como el Brad Pitt de su época. Porque no me equivoco cuando afirmo que esa caída de pestañas y ese descaro por parte de ella...

—Adiós, doctor Estrada.

¿Doctor Estrada? ¡¿Cómo que Estrada?!

El misterio no dura mucho. No tardo en descubrir quién es el tal Estrada.

Tras la puerta por la que ha salido Miss Cara Bonita, aparece otra cara mucho más bonita: de mandíbula definida, labios suaves, piel tostada y de mirada incomparable. Con un aire informal y formal al mismo tiempo. Sí, lo sé, eso no tiene ningún sentido, pero tampoco lo tiene que el necio al que salvé la vida esté frente a mí en este instante, observándome con esos ojos dignos de museo.

¡Hijo de su madre!

—Hola —me saluda con afabilidad sin dejar de escrutarme y por la

manera en que lo hace deduzco que no me ha reconocido.

Por mucho que trabaje su memoria no parece ser consciente de que tiene delante a la persona que le ha otorgado la oportunidad de seguir recibiendo esas sonrisas desmesuradas por parte de las féminas que traen sus cachorros desvalidos hasta sus brazos.

No soy tonta, o al menos no las veinticuatro horas del día, aquí este príncipe las encandila a todas solo con mirarlas. Y para más inri, yo debo entrar dentro de ese grupo: se me descompasa la respiración ante su atenta mirada y algo en él hace que me sienta ligeramente cohibida. Consiguiendo que, de la rabia, aferre el trasportín con fuerza entre mis dedos y esta vez sí, haga lo que debí haber hecho la primera vez que le vi: huir. Ya puede ahogarse con pelo de gato, que no pienso hacerle ninguna maniobra de Heimlich, que también sé hacerla, por cierto.

Me giro, pero no llego muy lejos. Me sujeta del brazo y tira con suavidad hasta detenerme; con un contacto rápido, casi etéreo.

—Perdona, ¿nos... nos conocemos de algo? —pregunta dubitativo entronando los ojos.

¡Esos malditos ojos! ¡Y esa voz! Tan grave, tan varonil. No me la esperaba. En realidad, no esperaba nada de este tipejo.

«¡Sí, para mi desgracia! ¡Claro que nos conocemos!» Obviamente no se lo voy a decir, principalmente porque no tengo voz para hacerlo. Dato importante.

Meneo la cabeza de un lado a otro con rotundidad.

—Quizá te he confundido con alguien, disculpa. ¿Venías por tu gato supongo? —pregunta echándole un rápido vistazo al trasportín.

Asiento. Él frunce el ceño y me devuelve una media sonrisa que, aunque me jode admitir, me ha gustado, mucho. Más de lo que se merece.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua tu gato? —bromea.

En serio, será todo lo guapo que quiera, pero de humor andamos más bien cortito. Madre mía cómo se puede ser tan malo...

Me señalo el cuello y meneo la cabeza de lado a lado esperando que sea capaz de entenderme.

—No... no puedes hablar. Vaya, lo siento, ha sido un chiste horrible y de muy mal gusto —se disculpa avergonzado frotándose la nuca con la palma de la mano abierta en un gesto de lo más mono.

¿Mono? ¿En qué momento ha pasado de ser un capullo irresponsable a ser mono?

Saco el móvil del bolso marrón de flecos, ese que casi nunca me quito, busco la aplicación de notas y escribo bajo su atenta mirada:

Dónde está Félix?

Se lo muestro y de nuevo, aparece esa jodida sonrisa de seductor entre esas arrugas en forma de paréntesis que, de alguna enrevesada manera tratan de advertirte con un: «Nena, estás perdida».

—Se jubiló hace año y medio y me ha traspasado la clínica —me informa sin dejar de intimidarme con su imponente presencia.

¡¿Año y medio?! ¿De verdad hace tanto que no vengo?

Me invade no solo una repentina tristeza, también algunas trazas de rabia fluyen contundentes por mi torrente sanguíneo. Que este descerebrado (guapo sí, pero descerebrado, al fin y al cabo) sea el nuevo veterinario no me hace ni pizca de gracia.

Tienes algún teléfono en el que pueda localizarle?

Niega con la cabeza. Parece que ahora ha sido a él a quién le han comido la lengua.

—Ya que estás aquí puedo echarle un vistazo a tu gato. Sé que Félix era un gran profesional, pero aún no me han denunciado por maltrato. —Madre mía, madre mía... De lo que deberían denunciarte es por hacer un humor tan malo, hasta un niño tiene más gracia que tú. De verdad que este tío pierde todo su encanto (sí, lo tiene, no voy a negarlo a esta altura), pero en cuanto abre esa boca..., lo estropea sin remedio—. Quizá podrías darme una oportunidad.

«¡La oportunidad te la di cuando te salvé la vida, capullo sin gracia!»

Ni siquiera me molesto en menear la cabeza de nuevo, que a este paso me va a confundir con una mierda de esas que se ponen en el salpicadero del coche que no dejan de tintinear el cabezón con cada leve movimiento. Me doy la vuelta sin más y emprendo rumbo de huida. Pero los maullidos lastimeros de Flounder no solo consiguen detener mi fuga, también logran captar la atención de doctor Estrada que, sin miramiento alguno, me arrebató el transportín con una facilidad pasmosa.

—Creo que ya no es decisión tuya, no voy a permitir que este animal esté sufriendo —dice adusto regalándome una mirada de severidad que ni mi

padre cuando no lograba resolver aquellos cuadernos de matemáticas—. No soy tan mal veterinario, de verdad.

«Veterinario no sé, pero como cómico te mueres de hambre chaval, y como surfista ya quedó claro que tampoco sirves.» Vale, no estoy siendo justa, es bueno surfeando, perdió la concentración y punto: nos puede pasar a cualquiera. «¡A cualquiera que tenga dos dedos de frente NO!» Ok, ya paro. Es que no sé qué tiene que me enerva.

Alelada viéndole entrar en la consulta con el traidor de mi gato; yo quiero mucho a Flounder, probablemente más de lo que me quiera él a mí, pero siempre he creído que no le gusto como dueña (tampoco lo culpo) no es que yo sea Cruella de Vil en versión gatuna, simplemente es que no soy la mejor, y la manera en que suele decantarse por figuras masculinas antes que por mí, dice mucho de este judas felino.

Cierro la puerta a mi espalda apoyándome ligeramente sobre ella, manteniendo una distancia más que prudencial entre el tal Estrada y yo.

El espacio no es muy grande, tan solo está compuesto de una mesa con dos sillas a la izquierda, una pesa digital de gran tamaño a la derecha y de frente, una de esas mesas frías de metal rodeada por estanterías del mismo material hasta arriba del arsenal médico necesario que necesita un buen veterinario. En el caso de este, lo de «buen» está todavía por ver. También te topas con algún que otro cartel de publicidad de alguna marca de pienso o de pipetas antiparasitarias de esas que eliminan hasta las pulgas tigre y mosquitos araña. ¡O como narices se llamen los bichos esos! Y lo curioso de todo esto es que la habitación tiene exactamente el mismo aspecto que cuando Félix pasaba consulta, aún me cuesta creer que no lo haga.

Le contemplo moverse por la diminuta consulta con confianza, lo que convierte su confesión en cierta, eso de que lleva más de un año en la clínica; aunque sea vamos a darle el beneficio de la duda.

Le pillo mirándome con el trasportín sobre la mesa metálica, y no logro descifrar de qué manera lo hace. No sé si es curiosidad, precaución o alguna clase de interés que no entiendo.

—Quizá quieras ser tú la que saque a tu gato.

Vale Ariel, hoy no te has levantado muy avispada que digamos. Me acerco y con rapidez saco a Flounder y lo dejo sobre el frío metal tras pasar con cariño la palma de la mano por su lomo dorado.

—¿Qué es lo que le pasa? —me pregunta realizando una exploración a un desconocido Flounder que, si no fuera porque ya estoy muda, me hubiese

dejado sin palabras ante la sumisión que presenta frente al nuevo veterinario.

En respuesta a su pregunta realizo un gesto con la mano acercándomela a la boca y sacando la lengua en algo que acabo de bautizar como: mi gato vomita y yo soy una ridícula.

Él, obviamente no es capaz de ocultar la risa por mi vergonzoso numerito. Tampoco lo culpo. Yo, en cambio, no puedo ocultar la mirada asesina que le dedico. Gracias a ella opta por disimular con un carraspeo de esos que... ¿de esos que qué? No sé qué se supone que iba a decir, jamás el carraspeo de un hombre me había producido: ¿cosquillas?, ¿hormigueo? ¡Qué mal estoy...! ¡Tierra llamando a Ariel! ¡Tierra llamando a Ariel!

—Entiendo que con vómitos no hablamos de pelos.

Niego con la cabeza.

Mientras él sigue a lo suyo aprovecho para hacerle otro tipo de reconocimiento igual de exhaustivo. Bajo la impoluta bata blanca atisbo a ver una camiseta azul marina con un pequeño bolsillo sobre el pecho, unos *jeans* oscuros y unas zapatillas tipo Vans vaqueras con cordones marrones. Sencillo, pero con gusto. Y lo que esconde debajo... ya lo he visto, al menos una parte de él. Todavía me cuesta creer que sea este tío al que saqué inconsciente del agua y más me cuesta asumir, teniéndolo ahora tan cerca, que mi boca haya estado sobre la suya hace apenas...

—¿Ha vomitado sangre? —pregunta con ese tono profesional sacándome con presteza de mi ensimismamiento. Otro meneo con la cabeza de negación—. ¿Sabes si ha ingerido algún objeto o...?

Esta vez al meneo lo acompaño con un encogimiento de hombros y abriendo mucho los ojos en señal de... no tengo ni puñetera idea, ¡espero que no!

Tras un par de preguntas más, con las que he empezado a creer que lo estaba haciendo adrede para ver hasta qué punto llega mi habilidad mímica parece que ha sacado alguna conclusión en claro, aparte de haberse echado unas risas a mi costa.

—Lo mejor será que pase la noche aquí para descartar alguna infección; aunque lo más probable es que haya comido algo que le ha sentado mal.

Y ese comentario hace que me sienta culpable, porque lo más probable es que ese sea el caso, y yo la responsable de ello. ¿Que por qué? Porque cuando monto una de mis fiestas de comida en casa, esas en las que envases de alguna porquería acaban tirados en cualquier rincón, invitan a un Flounder la mar de curioso a investigar por los alrededores a ver qué encuentra

apetecible entre tanto paquetito.

El doctor Estrada o mejor conocido como el tipo al que salvé de morir ahogado, se acerca al ordenador al tiempo que Flounder mueve sus patitas sobre la mesa en dirección a mí que, ahora sí, y como si entendiera algo de ese idioma que hablamos los humanos, salta a mis brazos pidiéndome entre ronroneos que no le deje pasar la noche en este lugar ni muerto. Y yo lo acojo con cariño. Para una vez que se pone mimosón no vamos a desperdiciarlo, más teniendo en cuenta que me va a odiar para los restos cuando descubra que va a dormir en una de esas jaulitas frías y solitarias. Soy una mamá horrible. Pero si el doctor dice que es lo mejor... Habrá que darle una oportunidad a don ojitos. Es muy tarde y no creo que me dé tiempo a encontrar otro veterinario, sé que hay uno veinticuatro horas no muy lejos de aquí...; pero para cuando llegue Flounder puede haber echado hasta la leche que mamó de la teta de su madre.

Levanto la mirada y me encuentro de lleno con la del doctor. Le he pillado mirándome de pleno, inclinado sobre la mesa, con una mano apoyada sobre esta y la otra errática sobre el ratón.

—¿Tienes la cartilla?

Bajo su atenta mirada y con Flounder agarrado a mí como un koala, con zarpas clavadas incluidas, la saco del bolso y se la tiendo. Nuestros dedos se rozan y de una manera de lo más surrealista ese nimio contacto me arrastra con crudeza de vuelta a la playa, justo a ese momento de pánico en el que presionaba bajo sus costillas aterrada con la posibilidad de dejar morir a un hombre, y no uno cualquiera, hablamos de uno que logró que quisiera salir huyendo de la playa tan solo con una mirada. Me atrevería a admitir incluso, que él también lo ha sentido (esa especie de *flashback*) con la diferencia de que yo puedo encajar las piezas con claridad y su gesto adusto, junto con las nítidas arrugas de su frente, me animan a creer que él, en cambio, está algo perdido en lo que se refiere a ese recuerdo compartido.

Tras un par de largos y bruscos tecleos en el ordenador y con un rictus más frío e incluso tosco, se lleva a Flounder y me devuelve la cartilla evitando claramente, volver a cruzar no solo su mano con la mía, sino también su mirada. Y antes de mandarme a paseo con la actitud más borde y tosca que haya visto de este seudoprofesional, me pide de malas maneras que compruebe si mi número de teléfono es correcto, el que aparece en la base de datos y que ha garabateado con prisa e irritación en un pedazo de papel que ha arrancado de malas maneras de un cuaderno.

—Te mando un mensaje con la evolución, pero seguro que mañana ya te lo puedes llevar a casa. —Asiento sacando la cartera del bolso—. No voy a cobrarte nada.

Y eso podría sonar hasta qué sé yo, ¿amable? En plan: «Como es la primera visita y para que vayas cogiendo confianza, descubras que soy un buen profesional y veas que puedes traer a tus animalillos más a menudo, no voy a cobrarte la primera consulta», pero nooo... No os dejéis engañar. Nada más lejos de la realidad. Casi parece que le esté debiendo la vida, y no al revés como es el caso.

Así que, sin más dilación, viéndole ignorarme con la vista fija en la pantalla y porque puede que a veces no pille las indirectas, pero aquí está clarinete que sobro, salgo de la habitación sintiéndome estúpidamente incómoda. Además de extraña y con una creciente mala hostia por su repentino y hostil comportamiento. Sobre todo, y teniendo en cuenta que le he salvado la vida; aunque ese sea un detalle que él desconozca o al menos, no sea capaz de recordar.

De camino a casa una acuciante ansiedad me arrastra hacia un lugar al que no deseo volver. Si Sebas estuviera aquí, aparte de decirle cuatro cosas al doctor Estrada por su borde comportamiento final conmigo, sé, con total seguridad, que estaría comiéndome la cabeza para que no le ceda el poder a alguien que en realidad no me importa una mierda (hablando mal y pronto) permitiendo que influya de una manera tan contundente en cómo me hace sentir: pequeña, absurda e insignificante. Esas son emociones peligrosas para alguien como yo, un combo que de camino a casa me domina obligando a desviarme y hacer una parada que de verdad no deseo hacer, pero que por otro lado me veo incapaz de evitar. Lo peor es que tan solo me quedaban cinco minutos para llegar a casa. No obstante, cinco minutos pueden marcar la diferencia, pensemos en aquel día en la playa, cómo hubieran sido las cosas si me hubiese ido apenas cinco minutos antes, esto no estaría sucediendo y yo, no estaría cayendo de nuevo en este agujero.

(Capítulo 10)

Es fácil dejarse arrastrar por esta clase de recuerdos en una recaída, precisamente porque son los que más arraigados están dentro de mí. No es que trate de regodearme en ellos, es que son ellos los que se regodean en mí. Odio el autocompadecimiento, de verdad, por eso mismo no lo comparto con nadie, ya es suficiente con tener que soportarme a mí misma.

Noventa y tres días. Eso fue lo que estuve sin saber absolutamente nada de él.

Tenía diecisiete años por aquel entonces, llevaba meses sin hacer surf (mi única vía de escape) debido a una lesión en la rodilla, y luchaba por demostrar a aquella orientadora del instituto que tan consideradamente me había aconsejado que dejara de estudiar, porque no lograría sacarme el bachillerato que, a pesar de lo horrible que me hizo sentir esa férrea confianza que depositó en mí (véase la ironía) hice todo lo posible por hacerle ver que se equivocaba. Bien es cierto, que siempre me ha costado sentarme a estudiar y me despisto con el vuelo de una mosca, hasta en una ocasión me diagnosticaron TDAH (déficit de atención), pero bueno, simplemente creo que a mi mente le costaba concentrarse en temas que no le interesaban en absoluto, intuyo que por eso en Química suspendía y en Psicología sacaba sobresalientes. En definitiva y resumiendo, no era mi mejor época. Y fue en esa precisamente, cuando dejé de recibir noticias de papá durante tres largos meses, ni una llamada. Tuve que esperar a que despertara, tras una operación a corazón abierto, para recibir noticias tuyas. Y esto lo supe porque fue él, una vez tenía fuerzas suficientes, el que me llamó para informarme de lo sucedido. Es lo que tiene ser el secreto de alguien que, te conviertes en un fantasma para el resto.

Después de esto las visitas de mi padre seguían manteniéndose en una al mes (día arriba día abajo), aunque esta vez se resumían en una comida en un restaurante frente a mi casa y en las que el recurrente tema de conversación era el miedo que pasó cuando le dio aquel infarto. Y era duro, joder, lo era. Si nunca me había sentido cómoda como para mirarle a los ojos con completa

confianza, a partir de ese momento resultaba hasta doloroso hacerlo. Ver el miedo de alguien cada vez que te asomas a su mirada impacta, y yo era joven, débil e influenciable. Pero creedme que jamás se me irá de la cabeza ese primer encuentro tras su infarto, las primeras palabras que me regaló fueron: «Estás más gorda, ¿no? Deberías comer menos». Sí, era cierto, había ganado algunos kilos, tenía más peso que nunca. Siempre fui una niña muy delgada, pero en aquella época dejé de hacer surf de forma drástica, estaba estresada con los estudios lo que me empujaba a comer más debido la ansiedad que me producía, además de la preocupación por no saber nada de mi padre durante tantos meses, sin olvidar que arrastraba problemas de identidad ya diagnosticados por un psicólogo a los once años de edad. Y no estoy tratando de poner ninguna clase de excusa, tan solo expongo los hechos.

La razón de que en los momentos más bajos esto salga a flote entre toda esa colección que conservo con sumo talento en esa cajita de recuerdos, es simple y llanamente, porque es la prueba más nítida de mi inseguridad. Nunca creí ser lo suficientemente buena para nada: no lo era para la orientadora, nunca confió que pudiera sacar más allá del graduado y no lo era para mi padre, eso mostraba él ocultándome al resto, como si se avergonzara de mí, como si yo no fuera suficiente. ¿Suficiente para qué? No lo era para llevar su apellido. Supongo que eso ya era una muestra bastante declaratoria. Y por añadir más alicientes (si acaso fueran pocos ya) fue en esta época cuando apareció Úrsula, con una fuerza tan arrolladora, que me vi animada a bautizarla y todo. ¿Por qué ese nombre? Es sencillo, yo me llamo Ariel y ella me roba mi propia voz cada vez que puede, ¿se entiende la metáfora verdad? Además de que sus jodidos tentáculos saben deslizarse sigilosos atrapando todo lo que yo tenga que decir hasta que la única voz que escuche en mi cabeza sea la suya. Suena a jodida locura lo sé, pero nunca dije que estuviera cuerda, debisteis daros cuenta cuando os hablé por primera vez de ella y no me estaba refiriendo a ninguna persona de carne y hueso. Sino a una bruja imaginaria.

Es obvio que soy insegura, quien crea lo contrario es que es más influenciable que yo; tan solo es una cáscara de confianza fingida lo que muestro al mundo. Y digo cáscara, porque hablo de un deshecho. Ni siquiera yo me atrevo a llamarlo máscara, para llevar una hace falta tener más templanza y frialdad de la que yo dispongo. Por no hablar de que a mí, con rascar un poco ya se me cae el envoltorio. Soy fácil de leer y aunque he tenido épocas en las que he mentado como una bellaca, se me refleja todo en

la cara: límpida como el agua.

Sin olvidarnos de lo terriblemente sensible que soy, como un pedazo de hielo bajo el sol de mediodía. Puedo parecer dura a primera vista, pero bajo la presión justa y suficiente me desintegro, al igual que los ardientes rayos oprimen sobre una fría piedra de hielo.

Capítulo 11



Hoy es sábado y tras sumar una nueva recaída a mi vida la noche no ha ayudado a paliar la ansiedad y el asfixiante sentimiento de culpabilidad que apresa mi estómago hueco de tristeza, al que le acompañan palabras repletas de odio en mi cabeza con una conversación con Úrsula tal que así:

—Podía haberlo evitado. No tenía que haber parado el coche.

Ese resquicio que aún preserva alguna clase de creencia en mí hace acto de presencia para pelear (sin éxito alguno) contra el que tiene más poder en mi interior: el que pone las cartas sobre la mesa, el que habla claro, el que dice eso que yo me niego a escuchar, el que me mantiene presa en este círculo del que cada vez estoy más convencida va a ser imposible escapar algún día. Es difícil hacerlo cuando eres el carcelero y el preso al mismo tiempo.

—¿A quién tratas de engañar? No tienes la fuerza suficiente. Eres así, no vas a cambiar nunca, jamás. —Úrsula es directa, clara y firme en sus palabras.

—¡¡No!! No va a volver a suceder, puedo controlarlo.

—¿Controlarlo? ¡Ja! Tan solo ha hecho falta que el guaperas ese te tratara con desdén para que perdieras la escasa confianza que tienes en ti misma. ¿Qué esperabas?, ¿acaso creías que se iba a fijar en ti? Sabes bien que no eres suficiente.

—¡Yo no quiero que se fije en mí!

—Siempre quieres que se fijen en ti. Lo necesitas. Necesitas su aprobación.

Con este calvario bullendo por cada poro de mi piel y, teniendo en cuenta que desde lo acontecido en la playa no he sido capaz de volver a ella, la cosa empeora. El mar ahuyentaría todo eso, siempre que esté sintiendo las olas bajo las plantas de mis pies a través de la resina de la tabla. ¿Qué por qué

no he vuelto entonces? Porque aún no me siento capaz de hacerlo. Igual porque me encuentro al veterinario allí, igual porque solo la idea me produce ansiedad: no creo que tardara mucho en atar cabos.

Y, por cierto, si ha vuelto, teniendo en cuenta que los gemelos están día sí día también en la playa, tan solo le hace falta conversar con alguno para averiguar quién le salvo la vida: una pelirroja que canta en un conocido grupo de la isla no es difícil de encontrar. También digo, al igual le importa una mierda, quién sabe.

Componer. Esa es la siguiente opción que me queda si me quitas el surf: mi guitarra, papel, boli, y fluir. Dejar todo fluir. Admito que la música es terapia, aunque lo sería aún más si me atreviera a mostrar todo esto a alguien, a cantar todo lo que llevo dentro ante mi público y decir: «Aquí estoy». Esa sería la mejor terapia de todas. Pero para eso hay que tener valor y confianza, y ya hemos dejado claro que yo de eso ni lo uno ni lo otro. A pesar de seguir muda, logro sacar alguna melodía que no me disgusta, junto con pedazos de una letra a la que no dejo de darle vueltas una y otra vez.

Unas tres horas después, Sebas aparece por casa con pizza, cerveza y una peli. Un plan perfecto para cuando no puedes hablar: tener la boca llena y la vista ocupada. Pero primero hemos estado poniéndonos un poco al día.

Qué pasó con las rubias?

Tecleo en mi teléfono.

El jueves le vi irse con las dos rubias de la primera fila, a pesar de que ya le advertí sobre una de ellas.

—Si te lo cuento no te lo crees. —Niego con la cabeza, porque me lo puedo imaginar. Claro que puedo. El orgullo que exuda por cada poro habla por él de la misma manera que como ya dije antes, a mí se me lee todo en la cara sin necesidad de pronunciar palabra, y mis ojos en blanco son suficientes para expresar que no me sorprende que haya hecho (por cuarta vez si no me equivoco) un trío con dos mujeres—. Sí, un trío.

No tienes remedio. Ya lo sabe Mateo?

Conociéndolo no habrá tardado ni lo que dura un pestañeo en restregárselo.

Con la chulería propia de un tío que acaba de mojar con dos a la vez, me

muestra una foto de su móvil en la que aparecen sobre su cama tres cuerpos desnudos de los que afortunadamente y gracias a la propicia posición de un edredón, no se ve nada (me refiero a penes, tetas y vaginas). Las féminas yacen dormidas y tienen cara hasta de satisfechas. Y es fácil reconocer la habitación de Sebas en la imagen, más que nada porque tiene un espejo sobre su cama, y la foto la ha hecho gracias al reflejo que le devolvía este.

Dime que no le mandaste esta foto por favor?

—Una imagen vale más que mil palabras.
Leo el mensaje que le mandó de vuelta Mateo.

Tanto las aburriste que se quedaron dormidas??
9:23

Al que añade una foto de su dedo corazón.

En serio, a veces me cuesta creer que seáis adultos

—¿Quién ha dicho que lo seamos? —arguye metiéndose en la boca un ingente trozo de pizza, logrando sacarme una carcajada silenciosa—. ¡Esa es mi chica!

Tras ponerme al día de sus escarceos amorosos (más bien sexuales) cotillear un poco y demás, Sebas pone la película; aunque admito que yo tengo la mente algo dispersa para seguirle el hilo al argumento. En realidad, a mí me basta con su compañía que, en cierta manera me reconforta, y más después de la tarde de mierda de ayer, de la cual es completamente desconocedor y, que si supiera, no estaría tan relajado como lo está en este momento, repanchingado en el extremo opuesto del sofá como si fuera el emperador de Casa Ariel, descalzo, con una cerveza en la mano y un trozo de pizza enrollado en la boca. Y no puedo evitar observarle a hurtadillas, ignorando sin disimulo la película a la que no le he prestado ninguna atención desde que ha empezado, para poder contemplarle con detenimiento. Y tengo que decir que es guapo el *jodío*. No es que me haya dado cuenta ahora, a ver, nos conocemos desde hace ocho años. Lo que me lleva a pensar en todo lo que hemos vivido juntos y en lo mucho que lo adoro por estar a mi lado, aun cuando le digo que no hace falta, pero él insiste hasta colarse en mi casa para hacerme compañía si presiente que algo no va bien; es para adorarlo como

mínimo. Y reconozco que muchas otras veces cuando estoy mal le llamo para que me acompañe y me consuele en silencio, la mayoría de ellas no le cuento lo que me sucede, pero él lo deja todo para estar conmigo.

Y aquí está de nuevo, como un caballero andante, con la misma armadura que uno, aunque con un look más canalla rompiendo corazones allá por donde pasa. Y todo porque Alba, una camarera de la que estuvo muy colgado lo mandó a paseo sin miramientos; claramente no lo ha superado, aunque finja que todo le importa una soberana mierda. Sebas tiene sentimientos, aunque bien resguardados bajo esa coraza de chico malo, de estoy por encima de todo y de todos.

—¿Qué miras?

Niego con la cabeza, con una melancólica sonrisa cargada de culpabilidad. Y es que odio tener secretos con Sebas. No puedo ocultarlo por más tiempo, no valgo para ello.

—¿Qué sucede, Ari? —Sebas recoge el mando de la mesa y detiene la película con ese gesto intranquilo con el que parece más enfadado que preocupado.

Ya no tengo salida y bueno, la verdad es que necesito contárselo. Cojo de nuevo el teléfono que descansa sobre la mesa de madera de bambú frente al sofá, sintiendo la oscura y escrutadora mirada impaciente de mi amigo sobre mí mientras relato, sobre teclas táctiles, todo lo que necesito contarle y él necesita saber.

Estaba en la playa el lunes, fui yo la que salvó al descerebrado ese que casi la palma.
No te lo dije porque estaba muy nerviosa. Y tú también cuando me llamaste. En realidad, yo estaba en shock. Siento no habértelo contado antes. Lo siento. No te enfades. No te enfff

—¡Qué cojones estás poniendo ahí! ¡Anda, trae! —Sebas, que es el ser con menos paciencia del planeta Tierra me arrebató el teléfono de las manos. Tras unos segundos que se me hacen eternos mientras lee lo que he escrito con una arruga pronunciada sobre la frente, brama con demasiada efusividad —: ¡Estás de coña, ¿no?!

Niego con la cabeza cerrando ligeramente los ojos, porque si hay algo que odiamos los dos por encima de todo, son las mentiras. Y ocultarle esto..., entra sin duda dentro de esa categoría.

Sebas coge de nuevo la lata de cerveza y se la bebe de un trago, manteniendo unos segundos el contenido en la boca, con esa costumbre que

siempre me ha parecido asquerosa y que le he hecho saber en varias ocasiones.

—Pero... ¿estabas sola en la playa?

Meneo la cabeza de lado a lado.

—Le salvaste la vida —afirma, parece que tratando de hacerse a la idea. Asiento.

—¿Y quién era el tío ese? —pregunta mostrando cierto recelo.

Elevación de hombros.

—¿Sonia y estos no lo saben?

De nuevo, cojo el móvil para poder expresarme con más claridad. Esto de estar sin voz es un asco.

Solo los gemelos que fueron los que me ayudaron a sacarlo del agua

—¡Joder, Ari!

La verdad es que me asusté mucho Sebas

No hacen falta más palabras para que mi amigo me acoja entre sus brazos y yo me hunda entre ellos hasta que pueda sentirme ligeramente reconfortada.

—El tío ese no sabe lo afortunado que es de que estuvieras en esa playa. No creo que los gemelos hubieran hecho más de lo que tu hiciste Ariel, eres una jodida heroína.

Y escuchar esas palabras de él me emocionan y hace que me sienta valorada y querida: él es el único que logra hacerme sentir de esa manera. Soy consciente de que eso no debería ser así, que debería quererme más, valorarme, no permitir que nada ni nadie influya sobre mí y blablablá. Pero, ¿sabéis qué os digo? Que ayer tuve una recaída y que me importa una mierda.

No puedo evitarlo y la tensión de estos días me ha pasado factura: reencontrarme con Hugo, el pánico de tener una vida en mis manos, la mierda de la recaída... Las lágrimas no tardan en hacer acto de presencia y salir a borbotones.

—Shh... vamos, Ari...

Sebas me abraza con más fuerza mientras yo, con la cara hundida en su pecho, tiemblo como un pajarillo. Odio esta mierda, de verdad.

Así pasamos un buen rato, hasta que no me quedan lágrimas y dejo de

hipar como una niña pequeña.

Lo siento

Me disculpo en cuanto cojo fuerzas para hacerlo.

—Dios, Ari, ya te he dicho un millón de veces que no tienes que disculparte por nada. ¡Deja de pedir perdón por ser humana hostia! —La voz retumba en su pecho atravesando no solo mis oídos, sino todo mi cuerpo con una calidez que logra hacerme sentir en casa.

No sé qué haría sin ti. Un día te aburrirás, te cansarás de todo esto y te irás y la verdad es que ni siquiera te culparía por ello

—No me pienso ir a ningún lado. Además, tú también aguantas mis mierdas del curro, mis piques con Mateo y mi mal humor, además de mi falta de paciencia.

Me río sorbiendo por la nariz.

Eso es cierto

—¿Ves? Para eso están los amigos.

Pero no eres un llorica como yo

—Bueno, eso es porque lo hago cuando tú no estás —admite dándome un beso en la cabeza y yo no puedo más que separarme y mirarle poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué pasa? ¿No te creerás esa mierda de que los hombres no lloramos no?

Los hombres sí, ¿pero tú...?

—¡Serás! Vas a descubrir cómo lloro; pero de la risa.

Me sube a su hombro como si fuera un saco de papas mientras que yo trato de chillar, pero no puedo. Pataleo y le golpeo el culo con los puños comprobando que se dirige al baño cuando cambia mi visión del parque por el del suelo hidráulico en tonos azules del baño.

—Te vas a hacer daño —me advierte con voz severa.

Y ya me lo he hecho, porque el baño es un rectángulo minúsculo y me

he dado un golpetazo en el dorso de la mano contra la pared.

Antes de que sea plenamente consciente, Sebas me ha soltado sobre el plato de la ducha sujetándome ambas muñecas con una mano mientras que con la otra me enchufa en plena cara la alcachofa de la que sale agua helada.

¡¡Será hijo de su madre!!

Yo ladeo la cabeza de un lado a otro para poder coger aire y no ahogarme. Afortunadamente se apiada de mí y modifica la trayectoria del chorro más abajo. Tiene suerte de que esté muda, porque iba a tener que escuchar barbaridades sobre sus antepasados.

Varios minutos después de mucho patalear consigo que me suelte y apague el agua, pero solo para poder apoyar las manos en las rodillas y desternillarse como me prometió, llorando de la risa. Sin pensármelo demasiado cojo la alcachofa, abro el agua y se la enchufo, a pesar de que él esté fuera de la misma y vaya a inundar el baño. No se lo espera y trata de alcanzarme mientras yo me parto de la risa, sin voz, pero lo hago. Su cara de sorpresa ha sido sin duda lo mejor.

Pelemos un buen rato por enchufarnos el chorro cambiando además del agua helada a la caliente hasta que comienzo a ver que el nivel fuera del plato de la ducha es preocupante a no ser que queramos salir surfeando. Así que aprovechando que Sebas parece haberse rendido ya que me ha soltado, cierro la dichosa llave del agua.

Pero... ¿a qué viene tanto silencio de repente?

Levanto la vista y me encuentro a Sebas extrañamente paralizado frente a mí con la vista fija en mis... ¡Me cago en la puta! ¡Llevo un jodido vestido corto y blanco sin sujetador que, ahora mismo, está dejando bien poco a la imaginación! Y lo peor no es eso, lo que me impacta es la tremenda erección que Sebas no puede esconder bajo sus empapados vaqueros.

Salgo del baño con la cara del mismo tono de rojo que mi pelo pasando junto a Sebas como una exhalación. Él ni se inmuta mientras yo me meto en mi habitación procurando no morir de vergüenza.

¡¿Qué mierdas ha sido eso?!

Me pongo a dar vueltas en círculo por el cuarto tratando de asimilar lo que acaba de ocurrir.

Tras llegar a una conclusión vagamente coherente opto por cambiarme de ropa: me pongo unos pantalones anchos y rotos tipo *boyfriend*, un sujetador (y no sé por qué o quizá sí, termino cogiendo el más feo que tengo) y encima, me planto un jersey holgado de punto color crema con la parte baja

y las mangas de encaje blanco. Tras respirar un par de veces para tranquilizarme y bueno, también para que lo haga él y su... ya sabéis, ¿no me hagáis mencionarlo que hablamos de mi mejor amigo!

A ver, que somos adultos y esto..., pues son cosas que pasan, ¿no? Tampoco vamos a poner el grito en el cielo, ha sido una reacción natural. Sebas es un hombre, y yo estaba prácticamente enseñándole las tetas. Y para el que no lo sepa, Sebas es muy de tetas.

Abro la puerta y me lo encuentro con el cubo y la fregona limpiando el desastre que hemos montado muy concentrado en la tarea. En cuanto ve que me acerco detiene lo que está haciendo vagamente incómodo.

—Ari, lo siento.

Yo, que ya iba preparada con el móvil en la mano le contesto con celeridad.

No tienes que disculparte. Y deja eso, ya me encargo yo

Y lo hace, sin rechistar y en silencio de camino al salón. Agradezco que me ayude, de verdad, pero es cierto que soy algo maniática con el tema de la limpieza. Así que tras terminar de dejar el baño decente, lo que me lleva algo más de diez minutos, me reúno con Sebas al que me encuentro con el ceño fruncido y la vista fija en la pantalla del móvil con el semblante serio.

Todo bien?

—Sí, claro. —Responde con la naturalidad de un muñeco de cera—. Por cierto, y ¿Flounder? ¿Qué te ha dicho el veterinario?

«¡Mierda, Flounder!»

Estoy esperando que me mande un mensaje y me extraña que no lo haya hecho ya, de hecho

¿puedes llamar y preguntar?

—Claro, déjame el número.

Lo busco y le tiendo el teléfono. Tras varios segundos de espera parece que contestan al otro lado de la línea.

—Hola, llamo por Flounder, el gato que dejó ayer una preciosa pelirroja muda —añade guiñándome un ojo—. Aja... Ok... Perfecto entonces, gracias —. Me tiende el móvil—. Dice que puedes pasar cuando quieras, que

Flounder está estupendo. Que lo más seguro es que comiera algo que le sentó mal.

¿Y por qué narices no me ha avisado antes de que podía pasar a recogerlo? ¡Son las seis de la tarde!

—Por cierto, un poquito borde el amigo, ¿no?

¿Y debería sorprenderme que Sebas haya captado algo que descubrí yo misma ayer tarde? Lo que está claro aquí es que tengo que buscar un nuevo veterinario a la de ya.

—Como tenemos claro que no te voy a acompañar, y supongo que quieres ir a recoger a Flounder... ¿Qué te parece si terminamos de ver la peli otro día? —concluye ya de pie poniéndose la cazadora de cuero negro de la que no se separa nunca (es como un apéndice) para después depositar un beso casi etéreo en mi mejilla.

De repente presiento que lo de Flounder tan solo ha sido una banal excusa para poder marcharse. Porque no creáis que no me he dado cuenta de cómo ha esquivado mi pregunta cuando le he encontrado con la mirada pérdida en la pantalla de su teléfono y la mandíbula tan rígida como lo estaba antes su... Pues eso, mucha tensión. Por no hablar que no ha hecho más que esquivar mi mirada mientras hablaba. No tengo ni idea de si ese repentino cambio de actitud es debido a lo sucedido en el baño que, al fin y al cabo, una vez pasado el momento incómodo inicial tan solo ha sido una anécdota de la que reírnos en unas semanas. Así que me decanto más por el sospechoso mensaje que deduzco debe haber recibido y que le ha dejado esa cara de vinagre despertando en él, además, una repentina necesidad de huir de aquí.

Honestamente lo que de verdad me preocupa es que no sea capaz de decirme lo que en realidad le sucede.

Antes de verle desaparecer por la puerta articulo un «gracias» con los labios, al que Sebas responde con un:

—Cuídate, preciosa ¡hablamos! Ah no, que tú no puedes.

Como respuesta, le tiro un cojín que termina rebotando contra la puerta de la entrada.

Y aunque se ha ido bromeando, recalco: estaba jodidamente raro.

Gracias por todo Sebas

Te he notado algo raro

Va todo bien?

18:52

Casualidades de la vida (o no) recibo un WhatsApp de Sonia. A la que por cierto no he devuelto la llamada desde que lo hiciera ella el día que creyó que era yo la que me podía haber ahogado.

Hace días que los gemelos me contaron lo que pasó en la playa. Lucas dice que eres una jodida heroína (palabras textuales) Creo que te has convertido en su nueva princesa Leia

No has vuelto desde entonces, espero que todo vaya bien

Te echamos de menos. Sobre todo yo, aguantar a estos dos sin ti es un coñazo

19:02

Si te apetece que nos veamos fuera de la playa, salir un día (pero de verdad)

llámame

Un beso guapa

19:03

Gracias por preocuparte, todo está bien. Aunque admito que quizá me he visto algo sobrepasada. En unos días estaré de vuelta dando guerra. Y por favor dale las gracias a Lucas y Álvaro por echarme una mano

19:07

Me apunto a esa salida. En cuanto saque un hueco organizamos algo

Bss

19:08

Sebas ha leído mi mensaje, pero no ha contestado nada, por ello insisto y espero no tarde en responderme, no quiero empezar a preocuparme de verdad.

Estamos bien??

19:12

Capítulo 12



De camino en búsqueda y rescate de Flounder he caído en la cuenta de que es sábado y, por norma general, Félix no trabajaba en fin de semana. Bien es cierto que el negocio ahora es del tal Estrada y puede hacer lo que le venga en gana, simplemente me resulta llamativo. Pero llegar y ver la puerta cerrada azota en mí una corriente de ira que me veo incapaz de controlar. ¿Y sí me ha tomado el pelo haciéndome venir hasta aquí? Soy tremendamente desconfiada y más aún con la gente que no conozco y que además, se comporta de manera borde y arrogante. No parecía que mi presencia le hiciera mucha gracia ayer, aunque en realidad, lo que más me preocupa de esto es Flounder. Mi pequeño. ¿Y si lo he dejado con un psicópata de bonitos ojos verdes que en realidad ha asesinado a Félix para tener acceso a indefensos animalitos que luego igual...? Sí, quizá se me está yendo un poquito la olla.

Aparcada frente a la clínica me bajo del coche dando un portazo muestra de mi escepticismo hacia este tipo que cada vez me creo menos.

Incapaz de mantener esta incertidumbre pululando en mi interior un segundo más, golpeo la puerta de entrada a la clínica varias veces sin obtener respuesta alguna, lo que incrementa mis nervios ostensiblemente. Saco el móvil y marco el único número que tengo: el fijo de la clínica. Escucho que descuelgan, pero cuando voy a soltarle cuatro cosas al sociópata este, me doy cuenta de que estoy jodidamente muda. ¡Joder! Casi por inercia, me acerco al coche, enciendo la radio y con el volumen a tope, dejo que La Fuga que es lo que venía escuchando, lo deje sordo de algún modo, ya que no tengo la capacidad para hacerlo yo misma.

Y ahora cansado de mirar tu foto en la pared
Cansado de creer que todavía estás

He vuelto a recordar las tardes del café
Las noches locas que siempre acaban bien
Y me he puesto a gritar estrellando el whisky en la pared
Por verte sonreír he vuelto yo a perder

—¿Ariel?

Me giro sobresaltada y creo que ha sido más por la impresión de escucharle pronunciar mi nombre por primera vez, que porque me haya asustado su repentina presencia tras de mí y su mano sobre mi hombro. Y debido a la impresión me he quedado paralizada, lo que lleva al doctor a meter la mano por la ventanilla y bajar el volumen de la música.

—Siento si te he asustado. Flounder está dentro —me informa tranquilo mientras yo le observo recelosa con los brazos cruzados sobre el pecho—. Como le dije antes a tu novio. —Niego con la cabeza—. No era tu novio —deduce. Repito el movimiento con rapidez y tras un inquietante silencio continúa—. Como le dije a... tu amigo, lo más probable es que comiera algo que le sentó mal. No ha vuelto a vomitar, ha estado con suero toda la noche y ya está mucho mejor. Tan solo deberías vigilar lo que come.

Con la misma calma con la que él habla, se mueve y se expresa, saco el móvil del bolsillo del vaquero, escribo y se lo muestro.

Me traes a mi gato por favor

Y juro que me ha costado lo suyo teclear ese «por favor» en vez de un «capullo» o «borde de mierda».

—Antes de eso quería pedirte disculpas. Sé que ayer estuve un poco raro y aunque no me conoces, puedo asegurarte que no soy así normalmente.

«Qué bien, qué bonito... ¡Pero me importa una soberana mierda! Así que... lo siento amigo, a mí y a mi gato ya nos has perdido como clientes si es que es eso lo que te preocupa.»

Pero claro, todo eso se queda en una perorata interior ante mi nula y actual capacidad de pronunciar una mísera palabra.

—Por cierto, me llamo Eric.

Sigo sin entender porque no tengo a mi gato y no estoy ya en mi coche de camino a casa. Tener delante el careto del que provocó que ayer noche volviera a las andadas, no es que me haga especial ilusión precisamente.

¡¿A qué narices está esperando?!

Encantada Eric. Me puedes traer a mi gato

¿Se habrá notado mucho el sarcasmo? Sinceramente, me importa más bien poco.

Tras dedicarme una elocuente sonrisa, parece que ya lo ha entendido. Se da la vuelta y empieza a andar de camino a la clínica, ¡por fin! Abre la puerta y, muy caballeroso se echa a un lado para dejarme pasar y, tan solo ese gesto mezclado con el olor a jabón masculino que desprende, actúa sobre mí como una especie de bálsamo que no entiendo, pero que tampoco me disgusta.

De frente y enrollado como un donut me encuentro a Flounder durmiendo plácidamente sobre lo que parece un jersey que, a su vez, descansa en una de las sillas de plástico de esas ancladas a la pared que hay dispuestas en la sala de espera.

—Se le ve muy a gusto ¿verdad? —comenta orgulloso apoyando el hombro sobre el marco de la puerta y las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros estratégicamente desgastados.

¿Por qué me da la impresión de que esta situación le divierte? A Eric digo, Flounder efectivamente está plácidamente dormido con su hociquito escondido bajo la pata.

Me acerco para agacharme hasta que logro sentir el calor que desprende su cuerpecito bajo la palma de mi mano. No tarda en ronronear, lo que inevitablemente me produce una sonrisa repleta de calma al comprobar que está perfectamente, y que el tal Eric, no se ha hecho unas nuevas Vans color naranja con el precioso pelaje atigrado de mi hijo peludo.

Buscando la manera de obviar la intensa mirada que Eric mantiene estática en mi dirección, me yergo y saco la cartera acercándome a él, lo suficiente para que alcance a coger el dinero, pero lo justo para que su delicioso almizcle no me embriague de nuevo. Con la cartera abierta compruebo que no llevo nada de efectivo, tan solo tengo una moneda de cinco céntimos con el Drago Milenario impreso en ella, y una piedra de color gris que me regaló mi tía Clara y que me aconsejó que siempre llevara encima para que no me faltara dinero. Menuda ironía, ¿verdad? Quizá la piedra haya que recargarla, poniéndola en agua en luna llena; al menos eso es lo que siempre le vi hacer a ella. Al final saco la tarjeta y se la tiendo, aunque él no parece tener intención de cogerla. A decir verdad, ni siquiera ha movido un músculo, ni tan siquiera ha desviado la mirada que aún mantiene fija sobre

la mía.

—¿Qué te parece si me invitas a tomar algo?

Espera, ¿qué? ¡Que le invite a tomar algo dice! ¿Pero este que mierda se ha fumado?

—Lo digo porque el datáfono no lo tengo operativo en este momento y bueno, así quizá podría conseguir que cambies la imagen de tío borde que tienes de mí. Además, no creo que a Flounder le importe que pases a recogerle un poco más tarde.

Esto sí que no me lo esperaba...

—Hay un pub rollo irlandés aquí en la esquina, está bastante bien. No sé si lo conoces, pero...

Según hablaba yo escribía; creo que ya empiezo a saber cómo llevar conversaciones estando muda.

No sé si te has dado cuenta, pero no puedo hablar. No soy la mejor compañía para sentarse a tomar algo precisamente

—Pues a mí me pareces perfecta —sentencia profundizando la mirada. Mentiría si no dijera que esa afirmación parece haberla dicho con un sentido distinto y que me ha dejado algo... asombrada. Por su descaro especialmente—. Además, ahora mismo estamos conversando sin ningún tipo de problema. Aunque —añade desapareciendo un segundo tras la puerta que da a la consulta, para salir con un iPad en la mano derecha—, quizá esto nos resulte más cómodo.

Y de repente soy consciente de que (no sé cómo ni porqué) estoy reconsiderando su propuesta. Me parece una idea descabellada y absurda, no obstante, soy yo, Ariel Bethencourt, ¿cuándo demonios he hecho algo que tuviese alguna clase de sentido? Quizá el día que salvé la vida a Eric Estrada agoté toda mi sensatez y por ello mi cabeza, como si tuviera vida propia, asiente en un movimiento lento pero indudable.

Lo peor de todo esto es que este tío me da mucha rabia, y no porque ignore que le salvara la vida; no es que espere ningún reconocimiento por su parte ni por el de nadie, con ser una heroína para Sebas me basta. No obstante, las malas formas con las que me trató ayer no las olvido con una disculpa. ¡Joder! Tampoco se trata de eso. Venga, voy a ser sincera por una vez. El problema aquí, soy yo. Odio ser tan influenciable y haber permitido que su actitud de ayer me afectara hasta llegar a lugares a los que no quiero

volver. Eso me hace tremendamente vulnerable. ¿Y quién no odia ser así de débil?

Pero también soy consciente de que la culpa no es suya, sino mía, y es por ello acabo de aceptar su oferta, porque puede que Eric se equivocara con su actitud, pero la única responsable de recaer en los malos hábitos solo tiene un nombre, y es el mío. Esa es la única razón de que mis pies sigan a los de Eric de camino al pub que ha mencionado hace un momento. Y no, no le estoy dando una oportunidad a él, me la estoy dando a mí misma.

Llegamos en un sepulcral silencio caminando uno al lado del otro. El único ruido que se escuchaba, además del particular tintineo del tranvía a lo lejos era el de los tacones de madera de mis botines golpeando los adoquines de hormigón. Y extrañamente, los apenas cinco minutos que hemos tardado en hacerlo, me he sentido inquietantemente cómoda, y extrañamente taimada.

Ahora, ya sentados uno frente al otro y ambos con una fría cerveza entre las manos, él continúa sin pronunciar palabra alguna con sus escrutadores ojos sobre mí sin ninguna clase de disimulo, como si acaso tuviera delante alguna clase de especie animal completamente desconocida para él y eso le diera todo el derecho a mirarme de esa manera.

Puede que me haya ruborizado levemente o quizá sea mi mirada esquivo lo que le haya hecho darse cuenta de mi incomodidad, porque decide al fin dejar de observarme disponiendo esta vez la mirada en su cerveza que, no tarda en llevarse a los labios para un primer y largo trago.

Esa imagen evoca la de nuestros labios juntos en esa fatídica mañana en la que el cosmos decidió cruzar nuestras vidas, sumiéndome en un trance en el que por primera vez desde que lo conozco, siento un deseo inconfesable de tocar de nuevo sus labios, pero esta vez, en algo más parecido a un beso en el que él es más que consciente de que su boca y la mía se juntan.

¡Aleja ese pensamiento a la de ya, Ariel! Por ahí sí que no. No, no, no.

En esta ocasión soy yo la que aparto la mirada antes de que el rubor de mis mejillas me delate esta vez sí, sin remedio alguno. Joder, que una es de carne y hueso, tiene ojos en la cara, hormonas en el cuerpo y un conejito que necesita lo mimen de vez en cuando, y él pues... no está nada mal qué os voy a contar. Es la clase de tío con el que me daría un revolcón y si te he visto no me acuerdo, y si me acuerdo ya me encargaré de olvidarlo. Lo cierto es que para mí solo existen esa clase de hombres: las de un polvo rápido o quizá dos, si el susodicho sabe lo que se hace. Y este ejemplar amigas, ya os digo yo

que tiene toda la pinta de saber cómo le gustan las caricias a mi conejito. De relaciones no tengo ni puñetera idea, pero de empotradores sé un rato.

Me quedo absorta con la imagen en blanco y negro que se proyecta en el fondo del bar a espaldas de Eric, sobre una pantalla gigante aparece Axl Rose interpretando *Sweet Child O' Mine*, lo que rápidamente me trae a Hugo a la memoria. Sí, mi ex. Guns N' Roses era (y deduzco seguirá siendo) uno de sus grupos favoritos. Una vez me contó que esta canción se compuso en tan solo ci...

—¿Sabes que se escribió en cinco minutos? —Absorta como estaba no me había percatado de que Eric se había girado con el brazo sobre el respaldo de su silla para ver lo que yo estaba mirando—. Slash tocó el *riff* en una sesión de ensayo a modo de broma, y luego se le unió Axl cantando el poema que había escrito a su entonces novia y luego mujer Erin Everly.

Libido fuera en tres..., dos..., uno...

Si ya me dice que es su grupo favorito de verdad que implosiono.

Viendo que no tengo intención de agregar nada opta por continuar.

—De nuevo me gustaría disculparme —se pronuncia dejando la cerveza sobre la mesa—, como ya te dije, no soy así por norma general.

Cojo el iPad que dispone una funda de esa con teclado fingiendo ser un portátil y sin pensármelo mucho escribo lo primero que se me viene a la cabeza.

Te creo, la chica del chihuahua de ayer al menos parecía muy contenta cuando salió de la consulta

Mi sinceridad bañada de sarcasmo es recompensada con una sonrisa de esas de medio lado que siempre hacen los quarterbacks de las pelis americanas. Pero no estamos en una película, y yo no soy una animadora; aunque de repente me siento tan adolescente y alelada como una solo porque me haya sonreído de esa manera.

—Eres directa ¿eh?

Bueno, al final no has resultado ser tan malo. Así que quizá no cambie de veterinario

—Gracias, supongo. —Con calma, se toma su tiempo, meditando lo próximo que va a decir con los codos sobre la mesa, abrazando así con sus largos y elegantes dedos el vaso de cerveza—. En realidad, hoy no abría la

consulta. Suelo abrir los sábados hasta la una, pero hoy ha permanecido cerrada por motivos personales —confiesa extrañamente compungido—. Estaba a punto de llamarte cuando lo hizo tu amigo, de otra forma no habría contestado a la llamada.

Vaya, aquí el veterinario es una cajita de sorpresas. Únicamente se me ocurre una razón por la que hubiese venido hoy solo para que recogiera a Flounder.

Tanto te mataba la culpabilidad por cómo me trataste ayer?

Así soy yo, directa y sin rodeos. Para unas cosas huyo como un pavo en Nochebuena, pero para otras, prepárate si tengo algo que decir. Lo sé, es muy contradictorio, ni yo misma me lo explico.

—En parte.

Un mensaje de disculpa bastaba

—A mí no me bastaba —pronuncia con severidad calibrando con su mirada mi reacción.

Gracias entonces, por venir un sábado para que pudiera recoger a Flounder. Aunque podría haber esperado al lunes

—¿De dónde viene el nombre? El de tu gato quiero decir.

Se lo puso Sebas, mi amigo, con el que hablaste antes. Me acababa de mudar cuando me lo regaló para que me hiciera compañía. Se lo encontró en una caja en un contenedor cerca de su casa. Y el nombre viene por el pez de la Sirenita, y como yo me llamo Ariel... De ahí la gracia de ponerle ese nombre

—La verdad que tiene gracia. Me refiero a tu amigo, Sebas, de Sebastián ¿no? Como el cangrejo.

Muy agudo, aunque probablemente lo más chistoso de todo esto es que si seguimos haciendo referencia a la película, que él se llame Eric precisamente...

De dónde eres?

Decido cambiar de tema e indagar un poco.

—¿Tanto se me nota? —pregunta regalándome otra de esas bonitas sonrisas—. Soy gallego, de Ferrol.

Y sí, se le nota. En su caso lo que le delata sin remedio es el acento. El nuestro (el de los canarios quiero decir) es suave, y las ces y las zetas apenas suenan igual que una ese; además que nuestra manera de hablar suena más afable y cariñosa. No obstante, el acento de Eric es casi musical y no sé cómo, pero de repente, acabo de descubrir que me parece el más bonito y dulce que haya escuchado en mucho tiempo.

Madre del amor hermoso, ¿pero qué narices me pasa? ¡Qué moñas estoy por Dios...!

—Me vine hace dos años a vivir a la isla —continúa.

La pregunta que me intriga ahora es por qué hace dos años y no antes: venirse a una nueva ciudad, abrir su propia clínica... ¿es cosa mía o suena a empezar de cero? La curiosidad me pica y si pica...

Y qué te trajo hasta aquí?

—A los veintitrés años vine con mi hermano y me enamoré de Tenerife.

Ha sido muy rápido, pero por un instante he visto su mirada irse muy lejos y su semblante alejarse con él.

Tu hermano vive aquí también?

Ahora es su rictus el que se tensa y por mucho que lo intente le cuesta disimularlo. Un nuevo trago a la cerveza y...

—Tengo que admitirte una cosa, desde que entraste ayer en la clínica... tengo la sensación de conocerte de algo.

Encojo los hombros a modo de respuesta. Y sí, me he percatado de que ha esquivado la pregunta. Lo que quiere decir que el hermano es un tema delicado. Sí, definitivamente huye de algo y por lo tanto estaba en lo cierto cuando percibí su dolor en la tabla, no me equivocaba. No me dio tiempo a huir tal como pretendía, y ahora estamos aquí, otra vez, y en esta ocasión, algo me hace quedarme y querer conocer más sobre las razones que le han traído a esta isla. Lo que por cierto, es un completo error, más sabiendo mi extra sensibilidad para lograr que los fantasmas de los demás terminen por acabar conmigo. Estoy yo como para formar la asociación de las almas

perdidas.

—¿En qué trabajas? Si no es indiscreción.

Esta respuesta me la pienso mucho, puede que más de lo socialmente establecido para que no parezca que oculto algo o que me lo estoy inventando.

Trabajo en un hotel

Y omito lo de socorrista porque quizá eso le puede ayudar a atar cabos, más tras confesarme que siente conocerme de algo. Porque en realidad no sé si ha vuelto a la playa, no sé si alguien le ha dicho que una pelirroja le salvó la vida... Sé tan poco de lo que sabe y de lo que no sobre aquel día... Igual cree que el agua le empujó hasta la orilla y cuando llegó los del equipo de salvamento ya lo estaban esperando, quién sabe. Lo que tengo claro es que no quiero que sepa que fui yo la que le salvé la vida. ¿Que por qué no se lo digo y ya está? Pues sinceramente..., no tengo respuesta a esa pregunta.

—Y ¿cómo haces para comunicarte con...? Perdón, quiero decir, creo que he dado por sentado que trabajas en la recepción igual haces otra cosa...

No soy muda Eric. Al menos no de la manera en que piensas. Tan solo tengo una afonía aguda, espero en unos días poder recuperar mi voz

Giro el iPad y lo coloco frente a él antes de que termine de hablar.

—Ah, entonces no... ¿no eres sordomuda? —Niego con la cabeza—. Vaya, claro ahora entiendo... Había dado por sentado que bueno... Tu amigo dijo que eras muda, bueno en realidad solo... Y yo pensé... De acuerdo, está bien.

Está... perplejo, sería la palabra. Y a mí me resulta de lo más tierna esa perplejidad con el ceño fruncido y la manera en la que se rasca el cuello con la palma de la mano abierta. Aunque en el fondo no sé si se siente satisfecho o, por el contrario, le decepciona mi confesión. Pues si le ha impactado averiguar esto, mejor no me quiero imaginar si supiera la verdad sobre... nosotros. Quiero decir, sobre por qué nosotros... ¡por qué siente que me conoce, leñe!

Temo que este hombre me esté idiotizando.

Alargo el brazo sobre la mesa para recuperar la tableta en un pequeño movimiento que, para mi desgracia, hace que la manga del jersey de puños

bordados se me suba, dejando al descubierto la piel de mi muñeca derecha y con ella, la tinta que reza mi tatuaje. Y no es que sea nada para avergonzarse, pero la mirada de Eric hace que me sienta cohibida; miento, más que eso: desnuda, expuesta, como si acaso entendiera el significado que tienen esas dos palabras para mí. Instintivamente me cubro la muñeca con el jersey y la escondo bajo la mesa.

Atisbo arremolinadas en el borde de su boca miles de preguntas deseando lanzarse al vacío, porque en el fondo no está seguro de querer conocer las respuestas o mejor aún, quizá crea no estar preparado para entenderlas. ¿Qué cómo lo sé? Porque a mí me pasó lo mismo con él hace cinco días.

Madre mía... Pero... ¿en qué momento hemos llegado a esta intensidad?!

Lo que tengo claro es que conmigo las cosas siempre suceden de esta manera. Esa es la razón de que pase de salir con nadie (en plan romántico, me refiero) y que solo pase una noche con cada tío (a poder ser en posición horizontal y con las bocas ocupadas para no hacer preguntas innecesarias) y es que no estoy preparada para que nadie me conozca. Y puede que tampoco para conocer a otro alguien. Todos arrastramos nuestros propios fantasmas y si no soy capaz de lidiar con los míos, ¿cómo iba a hacerlo con los de otros? No, eso no funcionaría de ninguna manera.

—Voy un momento al servicio —anuncia levantándose repentinamente.

Quizá ha percibido mi incomodidad y quiere cederme algo de intimidad, o igual es él el que la necesita. Sea como fuere, se lo agradezco.

Viéndole desaparecer tras el pasillo que hay junto a la barra escucho un aviso que proviene del iPad. En la parte superior derecha aparece un recuadro proveniente de su correo electrónico en el que se puede leer, además del remitente (una tienda de ropa masculina) parte del cuerpo del mensaje: «¡Muchas felicidades, Eric! Te recordamos que los días previos y posteriores a tu cumpleaños, puedes beneficiarte de un 20% de descuento...». Espera, espera, para el carro ahí, ¿hoy es su cumpleaños?

Su cumpleaños.

Inconscientemente levanto la mirada hasta el punto exacto por dónde le he visto desaparecer.

¿Por eso no abría hoy la clínica? Pero entonces, ¿qué demonios hace aquí conmigo?, ¿en su cumpleaños? No sé, ¿acaso no tiene amigos con quienes pasar este día?

Esa posibilidad despierta en mí un repentino sentimiento de pesar por él. Y es que no hay nada que evoque más mi empatía que la soledad, deduzco, que porque sé bien lo que se siente.

Promovida por esa lástima, me veo impulsada a escribir un «Felicidades» entre un número quizá algo desmesurado de exclamaciones, y a mostrárselo con una sonrisa de oreja a oreja en cuanto lo veo aparecer. Pero mi gozo en un pozo. Algo me dice que he metido la pata, y no en plan: «Hoy no es mi cumpleaños es el quince de octubre» (recuerdo que estamos en abril) es algo más cercano a: «Odio este puto día». ¿Que cuál es la razón que me lleva a considerar esa posibilidad? A ver cómo os lo explico... Puede que cosas como la tensión de su mandíbula, sus bonitos labios fruncidos, la manera de mirarme: una mezcla perfecta entre rabia, aflicción y agonía... De verdad, os invito a que os la regalen alguna vez, esa mirada quiero decir. Sigamos, ¡ah!, que siga paralizado ahí de pie sin mover un músculo también me ha dado alguna pista. No sé, llamadme intrépida, pero puede que haya metido la pata hasta el fondo de los fondos.

La sonrisa se me escurre de la cara y con ella, mi entusiasmo inicial. Corro a escribir algo en el dichoso iPad.

Ha llegado un correo de esos de spam de una tienda felicitándote por tu cumpleaños

—Vamos, que te acompaño a recoger a Flounder —pronuncia entre dientes tratando de esforzarse por sonar amable conteniendo obviamente, lo que demonios sea que le ocurre.

Sé de uno que se ha puesto una máscara, y no de pestañas precisamente.

Me levanto, le tiendo la tableta... ¿Por qué demonios me siento mal?, ¿como si de verdad me importara un carajo haberle herido de alguna manera? Tratando de eludir esa sensación me dirijo a la barra para pagar las consumiciones, pero la voz de Eric me detiene.

—Ya está pagado —me informa con voz grave.

Le miro con el ceño fruncido. La idea era que yo... Bueno, ¿sabéis qué? Que paso. Si quiere pagar que lo haga, yo hace rato que he dejado de entenderle a él, a mí, de qué va todo esto y cómo he terminado en un bar con este tipo que, al fin y al cabo, no es más que un desconocido.

De camino a la clínica mi cabeza es un bullicioso caos de descabelladas hipótesis sobre lo que se supone que acaba de suceder en ese bar. Y he sido plenamente consciente de su esfuerzo por ser amable mientras me sonreía con

tirantez al sujetarme la puerta para entrar a la clínica; aunque haya resultado menos natural que la micropigmentación labial.

Yo no tengo nada más que decir y, aunque así fuera, no puedo; y como que paso de hacer el numerito del mimo y menos me apetece aún echar mano de algún aparato para decir lo que sea que se me pase en este momento por la cabeza.

Una vez con el trasportín en la mano me voy directa a mi coche. Con Flounder en el asiento del copiloto estoy lista para irme, pero la presencia de Eric tras de mí me detiene en el acto antes de que llegue a meterme dentro.

—Espera, Ariel —me pide en algo que suena como un ruego cogiéndome del codo con suavidad, pero también con firmeza.

Y yo espero, sosteniéndole la mirada, aunque no sepa muy bien para qué. Él parece debatirse en una batalla interna que, bajo la tenue luz anaranjada de estas farolas y esta calle libre de viandantes, tiñe este instante de una repentina intimidad que, al menos a mí, me hace sentir inquietantemente rara.

—Sí, es mi cumpleaños. —Veo como coge aire y lo suelta de golpe antes de decir—: Pero también es el cuarto aniversario de la muerte de mi hermano. No es un día que me guste celebrar, Ariel.

Eso es... horrible. Que su hermano haya muerto, y además el día de su cumpleaños. No puedo ni imaginar lo que debe ser eso. Y que haya pronunciado mi nombre con esa intimidad... me resulta casi igual de terrorífico. Pero su cara desfigurada, la humedad que se intuye en su mirada, la rigidez de su cuerpo, la repentina respiración agitada... Todo eso hace que perciba su dolor con una nitidez arrolladora.

Me gustaría decirle tantas cosas... al menos un: «Lo siento de corazón, Eric». Y como no se me ocurre otra manera... Me acerco, tanto, que no solo me invade su almizcle, también lo hace el calor que desprende su cuerpo; demasiado tentador para mi poca fuerza de voluntad. De puntillas, y con una mano sobre su pecho (para no tambalearme) le doy un beso en la mejilla: de esos que dejas a conciencia, con cierta intensidad y que alargas para que tengan presencia. La intención es conseguir expresar lo que de otro modo no puedo, y puede que el fuerte bombear que siento bajo la palma de mi mano sea una clara señal de que quizá, haya percibido de alguna manera, eso que he tratado de decirle con este beso.

Eric permanece inmutable, da la impresión de que hubiese dejado de respirar, tan quieto y en silencio, pero sus ojazos verdes siguen presos en la

amargura más patente de la que yo haya sido testigo jamás, aunque eso no le impide seguirme con la mirada.

Yo, regalándole una tímida sonrisa, me meto en el coche y esta vez sí, como debí hacer la primera vez que el cosmos decidió cruzar nuestras vidas, me marchó sin mirar atrás.

«Adiós, Eric.»

(Capítulo 13)

Una noche de fiesta en una discoteca de Las Palmas hace ya nueve años, y agobiada por la cantidad de humo que había dentro del local; hablamos de cuando estaba permitido fumar dentro de las salas de fiesta, bares y demás. Cuando era fácil sentirse como en un videoclip ochentero con la permanente sensación de que, de un momento a otro, aparecería Freddy Mercury con una aspiradora y una falda negra de vinilo cantando su mítico *I Want To Break Free*. Pues en una noche en concreto, en la que el ambiente era más insalubre de lo habitual y resultaba difícil saber si quien tenías al lado era tu amiga o al pesado de turno, me salí a lo que era algo así como el vestíbulo de la discoteca donde estaba dispuesto el guardarropa, además de tres porteros que charlaban y se reían a carcajada limpia. Dejé a la gente con la que había ido dentro, incapaz de aguantar ni un segundo más en aquel fumadero de opio. Me topé allí con un chico alto, delgado y de ojos azules frente a la máquina de tabaco y que, nada más verme aparecer se acercó pidiéndome cinco céntimos que le faltaban para comprarse una cajetilla. Yo, asqueada como estaba debido al ambiente, precisamente por culpa del tabaco, fui bastante seca e incluso algo borde con él. Aun así, él no dejaba de sonreír a pesar de mis malos modos. Tras cruzar un par de palabras con aquel chico que, además me dio una tarjeta para entrar gratis otro día (imaginad las ganas que tenía yo de volver a aquel antro) igualmente, lancé la tarjeta en el bolso y con la misma me fui directa al hostel en donde nos estábamos hospedando.

¿Que a qué viene ahora esta historia os estaréis preguntando? Pues es algo que me ha venido rondando desde mi reciente e inesperado reencuentro con el doctor Estrada. Meditando sobre si existen las casualidades ¿o acaso hay un ser superior que maneja los hilos?

Ese encuentro, el que tuve con el chico de ojos azules, no hubiese significado nada a mencionar en mi vida, sino fuera porque un mes después me lo volví a encontrar, pero esta vez en Tenerife y en un contexto bien diferente. Recordando nuestro primer encuentro me descubrí rebuscando en el bolso (el mismo que llevaba aquella noche) hasta que di con aquella tarjeta

arrugada en la que en el reverso, bajo el logo de la discoteca se leía: «Hugo». Aquella noche sí hubo una especie de conexión entre nosotros, una que no he vuelto a sentir en mi vida, a pesar de que ni siquiera llegáramos a besarnos. De hecho, tuvo que pasar una semana para que uno de los dos sacara la valentía para hacerlo. Diría que la misma que hizo falta para romper con la relación. ¿Sabéis quién tuvo el valor de hacer ambas cosas? Pues sí, la misma que salvó a un guapo veterinario de morir ahogado y, que al reencontrarse con él de nuevo, le dejó preguntándose por qué sentía conocerla de algo.

Capítulo 14



Tratar de olvidar a una mujer a través de otras no es tan placentero como pueda parecer. La mitad de las veces cuando abro los ojos y compruebo que la que tiene mi polla en su boca no es la que aparecía en mi cabeza, la cosa se tuerce hasta el punto de que ese miembro que hasta el momento permanecía más tieso que un soldado de la guarda inglesa, termina transformándose en un calcetín húmedo y correoso (que no corrido). Menos mal que las dos veces que me pasó (sí, dos veces; tampoco es necesario que os regodeéis en ello, que gatillazos hemos tenido todos) ¡que me liais joder! El caso es que en ambas ocasiones pude echar la culpa a la cantidad de alcohol en sangre. Lo mejor de todo, es que no ha llegado a oídos de Mateo, si no ya tendría diversión para un cuarto de siglo.

—No me van tus intenciones.

Que diga lo que le dé la gana, porque sus palabras dicen una cosa y sus gestos otra bien distinta.

—Deberías darte una vuelta por mis malas intenciones preciosa, puede que te gusten —le susurro al oído con la palma de la mano apoyada en la pared, junto a su hombro.

Solo necesito una frase elocuente, mi sonrisa rompecorazones (como diría Ari) y la seguridad de que va a acabar en mi cama jadeando mi nombre al menos un par de horas. ¿Engreído? No sé de qué os sorprendéis a estas alturas, seguro que Ari ya os ha puesto al día sobre mí. Y sé cuándo una mujer está interesada y cuando no. Y si no me creéis fijaros bien en esta bonita morena de piel clara y labios carnosos; como baja la vista para luego mirarme a través de las pestañas juguetona. Esperad, que os lo voy a poner más fácil, atentos ahora.

—Si no estás interesada tan solo tienes que decirlo, sé encajar un no por respuesta —alego apartando mi mano de la pared y por tanto de ella—. Terminaré mi copa, te dejaré tranquila y me subiré en mi moto de vuelta a casa.

—¿Ya te rindes? —pregunta enarcando una ceja que acompaña con una pícaro sonrisa—. Pensaba que te gustaba que te lo pusieran difícil.

¿Lo habéis visto? Y me refiero a la mano. Sí, esa que ha atrapado mi camiseta en un puño acercándose de nuevo a ella. Ya os lo he dicho, sé interpretar con claridad las señales. Como igual de claro tengo que no hay nada que hacer con la mujer que de verdad

me interesa.

En serio, no soy mal tío, a pesar de lo que pueda parecer. Y aunque no os lo creáis soy hombre de una sola mujer, ¡dejad de partiros la caja! ¡Hablo completamente en serio! El problema aquí es que no hay probabilidades con la que ocupa mi mente, así es la vida de jodida. Podríamos decir que para aplacar esa necesidad por ella (que es muy grande) casi tanto como el tamaño de mi po... Vale, vale, lo siento. Voy a tratar de cortarme un poco con las soeces. Bueno, como no tengo opciones con ella y obviamente me gusta el sexo, termino con la que se me pone a tiro y si no se pone, ya me encargo yo de ponerla en mi punto de mira. A ver, sí, también es por joder a Mateo (no lo voy a negar) y por joder yo, claramente.

Capítulo 15



Eric, no podía irme sin darte las gracias, has sido más que un hermano: has sido un amigo cuando lo he necesitado, un ejemplo a seguir, ese apoyo incondicional y un padre cuando hacía falta. Pero ya no somos niños, ya no tienes que seguir siendo ese adulto responsable en el que te viste obligado a convertirte a los doce años. Sé que ahora tienes treinta, y se supone que ahora sí eres ese adulto que todos esperan. El problema Eric, es que abandonaste a ese niño muy temprano. Y ese, hermano, es un error que pasa factura, porque es una parte muy importante para poder disfrutar y entender esta vida, que por si no te has dado cuenta aún, consiste en jugar y tú, has olvidado las reglas junto con aquel niño. ¿Qué cuáles son? La primera de todas es que no hay reglas, y eso precisamente es lo que hace a esta vida tan bonita, pero también efímera, no lo olvides. Yo soy clara prueba de ello.

Quiero pedirte algo, aunque sé que no estoy en posición de hacerlo y menos después de que lo último que te pedí nos alejara para siempre. Pero lo voy a hacer porque eres mi hermano mayor y te quiero. Me haría enormemente feliz (esté donde esté) saber que vas a seguir esta última voluntad. Soy consciente de que te va a llevar tiempo cumplirlo todo, pero por favor, no te saltes ni una de mis peticiones, te aseguro que cada una de ellas te enseñará algo importante.

¿Recuerdas nuestro viaje a Tenerife? Qué bien lo pasamos esa semana cabrón, se te iluminó la cara nada más pisar la isla y no dejaste de sonreír hasta que volvimos a casa. Los días que pasamos haciendo surf... Se nos hacía de noche sin que nos diésemos cuenta en aquella playa que tanto nos costó encontrar, esa a la que se accedía atravesando un hotel en ruinas. ¿Quién lo iba a decir? Y ese es, sin duda, uno de los regalos más bonitos que me llevo. De hecho, en casi todos ellos estás tú presente. Y eso, hermano, es lo único que nos vamos a llevar de este lugar al que vulgarmente solemos llamar vida: las vivencias que concibamos en ella. Así que aquí va lo que me gustaría que hicieras:

-Vuelve a aquella isla y crea nuevos recuerdos.

-Abre esa clínica que siempre quisiste tener. ¡Cumple tus sueños!

-¡Hazte ese tatuaje! ¡O dos! ¡O tres! ¡Llena todo tu cuerpo de tinta si es lo que deseas!

-Regresa a aquella playa y coge de nuevo la tabla; yo te acompañaré en cada ola. ¡Vibra! ¡Siéntelo de nuevo!

-Confiesa algo inconfesable.

-Haz aquello que más temas. Arriésgate.

-Baila, canta, ríe. Demuestra que no has olvidado cómo se hace y déjate llevar.

-Haz el amor y permite que te lo hagan a ti. Algo me dice que nunca te lo has permitido.

-Presta atención a tu corazón y, al menos, por una vez en tu vida, escucha lo que tiene que decir.

-Perdonar ha sido siempre de valientes. Y tú, querido hermano, eres el héroe más grande que jamás haya conocido. Y sabes bien que he recorrido mundo.

Y Eric, no te olvides de vez en cuando de levantar la cabeza y mirar a las estrellas, ellas te mostraran algo muy importante que yo no te voy a desvelar aquí y ahora, porque las mejores cosas de este mundo son las que descubre uno mismo. ¿Qué te parece subir al Teide y comprobarlo? Te aseguro que merece la pena.

Así que olvídate de todo, menos de ti. Y por Dios ¡¡VIVE!! Abre bien los ojos y déjate salvar. Todos lo necesitamos en algún momento, aunque es un proceso que se forja en cada uno de nosotros.

Tú aún estás a tiempo.

Vive la historia que quieras contar.

Nos veremos, y espero que sea dentro de muchos años.

Te quiero.

Berto.

Otro año más, cuatro hace ya y cada vez parece hacerse más difícil, al contrario de lo que uno pueda creer. Porque no es solo que su ausencia se llevara una parte de cada uno de nosotros, me refiero a esa estela que dejó atrás con su marcha y que se alarga hasta apresarme en una densa culpabilidad y un descomunal odio hacia mí mismo. Ese que parece engrosarse hasta el punto de transformarse en algo casi tangible, como una bufanda densa, espesa y pesada alrededor de mi cuello que, en esta fecha, se hace más contundente y real.

Y eso es ahora, porque al principio, cuando todo ocurrió y mi madre apareció con esa carta entre sus trémulas manos, con los ojos inundados en lágrimas, mi odio se enfocó en él con una intensidad que hasta yo me asusté de mí mismo. Detestaba la manera en la que se había ido, con esa celeridad tan calmada. ¿Cómo puede alguien hacer tanto ruido en vida y marcharse entre tanto silencio; uno que hacía te dolieran los oídos? Lo odié con todo mi ser por dejarme como recuerdo una puñetera carta de «viva la vida», como si acaso los que nos quedáramos aquí después de su paso nos tocara un boleto para un estupendo parque de atracciones. Maldito Berto. Hasta muriéndose tenía que ser tan positivo y entusiasta. Hasta muriendo tenía que ser tan buen hermano.

Y no, mi reclusión no consiste en encerrarme en casa y beber hasta la inconsciencia.

No se trata de evadir lo sucedido, sino de enfrentarse a ello. No busco una vía de escape, es algo más parecido a fustigarse a uno mismo, consciente, lúcido y lo más despierto que sea posible; y en vez de fusta bien vale esta carta. Porque las palabras que no dice, son las que más me afligen.

¿Cómo gestiono todo el dolor? Cada año varía.

El primero lo pagué con todo lo que me encontré por delante. Resultado: unos cuantos euros en daños materiales. El problema fue que esas cosas no eran mías. Por ello, el segundo decidí que lo mejor sería no salir y encerrarme en casa (en la mía propia); no pude dejar de llorar durante día y medio tirado en una esquina hasta que caí dormido por puro agotamiento. El año pasado le compré una cinta de correr a un primo de Jonay y me pasé la mayor parte del tiempo corriendo hasta la extenuación. Este año, no me he movido del sillón desde que llegué anoche a casa tras ir a llevar a Flounder a su dueña, porque sí, me lo traje a casa; así podía tenerlo más controlado, hasta hizo buenas migas con Max. Y Aquí sigo, aturdido, con la carta sobre mis rodillas y la imagen de esa pelirroja clavada en la sien, sumergido en alguna clase de trance tan misterioso como todo lo ocurrido en la última semana.

Vuelvo a la carta y a sus palabras, esas que me sé de memoria. Conozco cada punto, cada coma, el cambio de ritmo al mencionar nuestro viaje a Tenerife, la presión ejercida sobre el papel en esas peticiones entre exclamaciones y la pequeña mancha de tinta azul que hay junto a la frase: «¡Cumple tus sueños!».

Las peticiones, probablemente esas sean las palabras que más reverberan día sí, día también dentro de mí, en una lucha interna por acatar sus últimos deseos. He tratado de seguirlas, he pasado los dos últimos años en esta isla, y lo único que he logrado cumplir ha sido abrir la clínica y hacerme un tatuaje. Al principio, sentí algo de entusiasmo inicial, pero voló rápidamente. Aún continúo preguntándome en qué momento todo dejó de importarme una mierda, y no, no fue cuando Berto murió, eso tan solo fue algo más que sumar a las cosas que me arrebatava la vida. Soy consciente de las intenciones de sus palabras: empezar a hacer lo que de verdad siempre he querido, yo. Pero me vine aquí sin cerrar capítulos, sin resolver ciertos asuntos... Deduzco que eso es lo que no me permite seguir adelante.

Cuánto echo de menos sentir algo que no sea tristeza, pesar o rabia. Vine a esta isla con intención de cumplir todo lo que decía esa carta, cosas que en realidad siempre he querido, pero... no funciona. Sí, me he tatuado, pero la única razón para hacerlo era llevar a Berto lo más cerca que me fuera posible para no olvidar así los errores cometidos. Los míos. Y mejor no hablamos del intento de volver a subirme a una tabla, ha quedado patente que si él se encontraba en forma de ola tal y como sugería en su misiva, su mensaje fue algo así como un: «Que te jodan».

Y mientras yo, no puedo quitarme de la cabeza la voz de esa «sirena» que me salvó la vida. Tampoco la imagen de Ariel; ni su olor, ni su rostro salpicado de pecas, ni la ternura de sus labios en mi mejilla, ni su mirada, ni tampoco el tatuaje de su muñeca: uno de esos para los que no hace falta explicación, porque es obvio que tiene una fuerte historia de superación detrás y yo... quiero conocerla. A la historia, y a ella. Y... lo reconozco, he creado una imagen mental en la que la mujer que me salvó de morir ahogado y Ariel son la

misma persona. Principalmente porque ambas son pelirrojas, además de por el misterio que esconden y por el hecho de que hayan aparecido en mi vida la misma semana. Podría buscar en internet y salir de dudas, lo sé. La «sirena» es la cantante de un grupo más o menos conocido de la isla, no creo que me costara mucho dar con una foto de ella, pero admito que una parte de mí no quiere hacerlo, al menos no de esa manera. El sábado Cantos de sirena da un concierto en Santa Cruz según me ha comentado Jonay, y esta vez sí, me voy a quedar hasta que pueda hablar con ella cara a cara; y supongo que también tener la oportunidad de darle las gracias.

En cuanto a Ariel..., me siento ligeramente más confuso. El viernes cuando la vi aparecer en la clínica ya empezaba a aborarme la presión bajo la garganta por la pronta llegada del aniversario: el de mi nacimiento y el de la muerte de mi hermano. ¿Qué irónico verdad?, que todo eso pueda celebrarse en un mismo día. En fin... Pero su repentina aparición, deshizo como si se tratara de un soplete en llamas la presión que sentía, trayendo consigo otra clase de sensaciones, principalmente esa de *déjà vu*. Cuando nuestros dedos se rozaron casi lo tenía, pero no logré dar con ello, lo que despertó de nuevo toda mi rabia, esa que parecía haber anestesiado con su sola presencia y su fogoso cabello. Me porté como un capullo, pero no era un buen día para esa clase de juegos mentales. Y ayer, tras pasar una noche de mierda con pesadillas relacionadas con mi casi muerte en la playa, seguidas de un insomnio que me mantuvo en vela toda la noche, no pensaba ni salir de casa; sin embargo, le había dicho que me pondría en contacto con ella y cuando lo dije, juro que olvidé por un momento que era ese día en concreto. Y después de cómo me había comportado sentía la necesidad de disculparme, como mínimo debía decírselo a la cara. Si hay algo que no soy es un cobarde de mierda, puede que peque de orgulloso más de lo que me gustaría, pero no de cobarde, y más cuando afecta directamente a mi trabajo. Porque esa es otra, ¿en qué momento Ariel ha dejado de ser una clienta más? Deduzco que desde el momento en que decidí guardar su número de teléfono en mi móvil privado. Lo sé, eso no está bien, tampoco lo está darme ese beso y marcharse como si nada.

Por primera vez en cuatro años voy a romper mi aislamiento autoimpuesto. Enciendo el móvil, y obviando todos los avisos que aparecen en el dichoso teléfono recordándome que hay cosas que necesito solucionar, busco su número y con la inquietud de un quinceañero le mando un mensaje. Corto pero sincero, como el paso de Berto por esta vida. Quizá sea su espíritu el que me ha poseído impregnándome del valor necesario para hacer semejante estupidez.

Capítulo 16



No cabe duda de que esta ha sido la semana de las sorpresas por excelencia. La primera de ellas es que estamos a miércoles y yo continúo sin voz. Bueno, he mejorado, aunque levemente, ya puedo susurrar, pero teniendo en cuenta que el sábado tenemos uno de los conciertos más importantes estoy bastante cagada como la cosa no mejore de aquí a... ¿mañana? La segunda de las sorpresas vino de la mano de dos personas: Roland y María, que pasaron a verme el lunes con la excusa de traerme no sé qué mejunje peruano (receta de la tatarabuela de la mujer de mi guitarrista) que, según ella, me ayudaría con la recuperación de mi voz. No obstante, eso solo era el entrante, el plato fuerte vino después, cuando me soltaron así como quién no quiere la cosa mientras les servía el café en las tazas de colección de porcelana Bavaria de mi tía Clara que van a ser papás. ¡Padres! Muerta me quedé y más muerta se hubiera quedado mí tía si hubiese visto el estropicio que monté que, de la impresión, me llevé por delante dos platos y la azucarera. Pero es que son mis primeros amigos que van a ser padres. Aún estoy tratando de asimilar la noticia. María apenas está de dos meses y medio y, por alguna razón que desconozco, han decidido contármelo a mí únicamente, además de pedirme que guarde el secreto hasta nueva orden.

Y así se fueron, cogidos de la mano y con dos sonrisas prendidas y miradas llenas de ilusión y alegría. Y yo... yo me quedé con un regusto extraño y ni siquiera tiene que ver con que a mí, personalmente, no me vayan mucho los niños: suficiente tengo con cuidar de mí misma como para asumir la responsabilidad de otro ser vivo. Me alegro de corazón por ellos, porque sé que les hace felices y eso es más que suficiente para que yo comparta con ellos sus ilusiones. Sencillamente me huele en la nariz que haber sido la primera en conocer la noticia no es una decisión espontánea y que está muy, pero que muy estudiada. Pero bueno, no me quiero adelantar, esperemos a ver

cómo se suceden los acontecimientos; igual estoy pensando demasiado para variar.

La siguiente sorpresa me llegó esta mañana y tiene nombre de mujer, la de una rubia guapa, alta, de ojos azules e ideas más claras que nunca. Estoy hablando de Sonia. ¿Y qué es lo que tiene no poder expresarse con normalidad? Ya os lo digo yo, que tu amiga aprovecha para soltarlo todo, de sopetón, sin dar lugar a réplica.

Aprovechando el buen día, salimos a la terraza de casa y nos sentamos cada una en una tumbona con una cerveza para ella, y un vaso de brebaje peruano para mí. Llegó, se tumbó con sus esbeltas piernas desnudas sobre el mimbre, y antes siquiera de que me diera tiempo a apoyar la espalda en el respaldo, Sonia empezó a vomitarlo todo mirando al horizonte, con la vista fija en una nube que recuerdo pensar que tenía forma de piña.

—He roto con Rayco —lo dijo así, sin anestesia ni nada.

Yo la miré asombrada por su seguridad y templanza: no parecía triste en absoluto. Enseguida noté que era una de esas decisiones importantes que uno toma en la vida, esas que al principio te llevan a un estado en el que parece se va a acabar el mundo, pero que luego descubres que es lo mejor que podías haber hecho porque te has quitado un enorme peso de encima.

Tras llevarse la cerveza a los labios y después de un trago pausado me sonrió con complicidad y me soltó la siguiente bomba sosteniéndome la mirada.

—Me he acostado con Sebas, más de una vez de hecho. La primera fue el fin de semana antes de que os fuerais a Las Palmas. La idea era que se quedara ahí, pero... ha habido un par de veces más.

Desconcierto sería la palabra. En primer lugar, porque Sebas nunca, NUNCA repite; a no ser que eso le dé la oportunidad de hacer un trío, un cuarteto o un quinteto si se diera el caso. Y el mayor interrogante es: «¿Por qué demonios no me ha contado nada?». Cada vez que tiene ocasión me saca su *book* fotográfico de conquistas. Pero mira que bien calladito se tiene esto el zorro. Y eso, precisamente es lo que me huele, me huele... ¡rancio!

Empiezo a pensar que quizá esto tenga algo que ver con su comportamiento tan extraño de los últimos días. Pero bueno, ahora vamos con él, continuemos con Sonia: la nueva soltera que está colada por mi mejor amigo.

—Creo que siento algo por él... y no hace falta que me digas nada —alegó antes de que me diese tiempo a advertirla de nada—. Lo conozco y sé

lo que hay: no va a pasar nada más allá de un par de noches del mejor sexo que he tenido en mi vida, pero... no puedo engañar a Rayco. Le quiero, pero no... no estoy enamorada de él Ariel. Ya no. No le he contado lo de Sebas, no es plan de desatar la Tercera Guerra Mundial.

Y se lo agradezco, porque Rayco no es la clase de tío que se quedaría sentado sin hacer nada. Y bueno, Sebas..., él es un caso aparte. Tuvo una época, hace unos dos años cuando la camarera esa le dio calabazas que tuvimos que hacer una intervención de grupo para pararle los pies. Había conseguido que le rompieran la nariz más veces de lo que le gusta presumir, además de ponernos en algún que otro aprieto a todos con su agresivo comportamiento. Afortunadamente todo aquello es historia, pero evidentemente si alguien va a partirle la cara no es de los que espera a que le sujeten, y os aseguro que hacen falta tres o cuatro para contenerle, es como un Miura, y lo digo con conocimiento de causa que lo he visto con mis propios ojos. Para mi desgracia.

—Aquí no termina todo...

Ya me estaba resultando difícil procesar tanta información, miedo me daba que más me tenía que contar. Pero como buena muda en la que me he convertido no dije nada (obviamente) tampoco hice el amago de querer hacerlo. Ya que estaba, que terminara de soltarlo todo.

—Me han llamado para ofrecirme un puesto en Google como ingeniera de software en California.

Aquí ya me dejó muerta muertísima. Sobre todo porque sus siguientes palabras confirmaron su marcha, puesto que tras romper con Rayco y que con Sebas lo tiene más que difícil no tiene mucho que hacer en la isla y porque joder, ¡hablamos de Google!

Sé que Sonia dejó escapar hace unos años un puesto muy jugoso en una gran multinacional por apoyar y acompañar a Rayco en su sueño de montar una escuela de surf: gran error. Ella había estado viviendo en Londres por un par de buenos años. Unas navidades que vino de visita a ver a la familia conoció a Rayco, y después de eso lo dejó todo por amor y volvió a la tierra que la vio nacer. Fue justo en ese momento cuando los ingleses que son listos y saben cuándo alguien lo vale, le ofrecieron un ascenso y una prima muy interesante con el propósito de no perderla, pero *¡oh la, la!*, el amor es ciego y Rayco un atractivo surfista con algo de labia y mucho de empotrador (esto último según palabras de Sonia).

Soy de las que piensa que esa clase de decisiones terminan pasando

factura. Sí, son decisiones jodidas de tomar, pero dejar de hacer lo que realmente te gusta por alguien que en ningún caso sabes si será pasajero... Afortunadamente para ella parece que no solo pasa el tren una vez en la vida, aunque ahora es un Airbus con destino California el que le da otra oportunidad. Y es que Sonia que es como la hermana de *Mr. Robot* en cuanto a ordenadores se refiere, había quedado relegada a un puesto de secretaria-recepcionista en una escuela de surf en un pequeño pueblo de la isla de apenas dos mil habitantes. Y a ver, no me entendáis mal, que yo amo mi isla como la que más, pero para alguien como ella eso no es suficiente. Cualquiera que la conozca un poco sabe que esa relación tenía fecha de caducidad. Todo su potencial desperdiciado en llevar al día una página web y en la creación de un programa informático para ello. Que digo yo, con un Excel y una cuenta de correo como que se apañan, ¿no?

Lo sabe Sebas??

—¿Qué me voy o que me gusta?

En respuesta, levanté dos dedos de la mano y no en símbolo de victoria precisamente.

—No, ni una cosa ni la otra.

Piensas decírselo?

—¿Qué me marchó? Quizá. ¿Qué estoy enamorada de él? Ni de coña. Es un problema que tengo que comerme yo sola, los dos teníamos claro que era solo sexo. Vamos, conoces a Sebas, es tu mejor amigo, ¿crees que serviría de algo? Ya he aprendido de esta, dejar pasar una oportunidad como la que tengo ahora por alguien al que además no le intereso... Creo que paso.

La verdad, a veces creo que no lo conozco de nada

—Lo dices porque no te ha contado nada, pero yo le pedí expresamente que no lo hiciera. Estaba engañando a Rayco y no me sentía muy cómoda con ello. Así que no lo culpes, si te soy sincera agradezco que no lo haya hecho.

Igualmente, admito que me molesta mucho que no confiara en mí. Sebas, quiero decir.

Ahora sí que sí, necesitamos esa noche de chicas, porque se marcha en

dos semanas y la voy a echar mucho de menos. Para una amiga que tengo y se larga del archipiélago, del país y del continente para más señas. «*¡Au revoir ami!*» ¿No sé por qué me ha dado por el francés? Quizá porque suena más dramático y en el fondo siempre he sido una *drama queen*. Lo correcto sería decir: «*¡Bye, bye my friend!*» Aun así, me alegro muchísimo por ella.

Al final, entre una cosa y otra esta semana, que un principio se presentaba desesperante y eterna, ya que en mi estado no he podido ir a trabajar, no ha resultado ser tan horrible como pensaba. Probablemente lo peor haya sido Úrsula, que no ha parado de darme por saco.

El que también se ha pasado hace un rato para llevarse mi coche ha sido Mateo, porque me toca pasarle la ITV y como él es mecánico y yo... yo nada. Lo cierto es que siempre me hace el favor porque a mí me da una pereza terrible y yo se lo agradezco en el alma y se lo pago ayudándole con alguna tía cuando me lo pide; aunque ahora que pienso... hace mucho que eso no ocurre. No había reparado en ello hasta ahora.

A parte de las visitas he hablado por teléfono con mi madre y con Darío, que ha prometido pasarse mañana a hacerme una visita.

El único que no ha dado señales de vida desde que se largó de mi casa el sábado ha sido Sebas, y recuerdo que estamos ya a miércoles. Quizá no pueda parecer mucho, pero es que él y yo hablamos todos los días o nos wasapeamos al menos. Vale, no voy a engañaros, en realidad sí que me mandó un mensaje, después de que yo lo llamará como unas doce veces en estos días (me tenía preocupada) y le mandara además varios mensajes preguntándole si estaba bien o le sucedía algo. Estuve a puntito de llamar a Rosa, que es la mujer que le va a limpiar a casa, pero cuando vi que sí que leía los mensajes entendí que, por alguna razón, que aún no logro entender, simplemente no quería contestarme. Su respuesta llegó anoche y qué puedo decir... lo definiría como explícita y grosera; demasiado incluso para venir de Sebas.

Estoy perfectamente

Si no te cojo el teléfono será por algo, no crees??

00:52

Lo asqueroso del asunto es que mandó una foto de... a ver cómo explico esto. En realidad, no se veía más piel de la que le he visto con un bañador puesto. La imagen mostraba los dedos de Sebas enredados en una cabellera rubia que aparecía al final de su estómago (muy, muy al sur). Sí, vamos, que

me mandó la foto de la mamada que le estaba haciendo una tía.

Cada vez estoy más convencida de que Sebas tiene un jodido problema, uno muy grave de hecho. Porque una cosa es el pique que se trae con Mateo y otra, es eso de hacerle fotos a las tías como si fueran jodidos trofeos. No me gusta un pelo. Al principio me parecía relativamente bien porque según él, las chicas sabían que les estaba haciendo una foto, y más le vale porque si no yo misma me encargo de estrellarle un bate en los huevos. Además, siempre termina borrándolas, y esto lo sé con certeza porque muchas veces cojo su móvil y cotilleo. No busco nada en concreto, simplemente es que soy un poco maruja. ¿Qué pasa?, una tiene que buscar en qué entretenerse para callar a la bruja de Úrsula. La cuestión es que de un tiempo a esta parte parece que la cosa ha ido a más. No sé a qué demonios viene todo este paripé de macho ibérico que se trae. Se le está yendo de las manos y empieza a preocuparme. A veces sé que no lo parece, pero Sebas es muy buen tío, es cariñoso, respetuoso, atento...

No sé qué coño te pasa!!!

Espero que te hayas equivocado y que ese mensaje y esa foto fueran para Mateo y
no para mí
00:57

Igualmente, si quieres hablar de algo ya sabes dónde estoy
No pienso volver a molestar
00:58

Estuve tentada a preguntarle a Mateo cuando vino a por mi coche si había hablado con Sebas, pero estaba tan cabreada por su comportamiento que finalmente opté por obviarlo. Sí, como suelo hacer con cualquier cosa que me sobrepasa: hacer como si nada hubiese ocurrido. Soy plenamente consciente de que es un error, pero en mi fuero interno de verdad tengo la esperanza de: uno, recuperar la voz y dos, de reencontrarme con Sebas el sábado en el concierto (algo me dice que no nos vamos a ver antes) que me acoja entre sus brazos como siempre y me diga que lo siente, que estaba borracho o que había consumido peyote por error y estaba en un estado de alucinación permanente inmerso en un mundo de colores, destellos y fulgurante belleza. Al menos eso es lo que dicen que sucede cuando lo consumes. No es que yo lo haya hecho, no vayáis a pensar mal... que sí, es cierto que tengo a Úrsula, pero por ahora no se me ha aparecido

espectralmente ni nada por el estilo; apenas tengo una imagen mental de ella en dos dimensiones.

Y, por último, la sorpresa que se lleva la palma viene de (redoble de tambores)... Eric, el guapo veterinario. Y es que, entre visita, sorpresa y trago de líquido verde con sabor a rayos no he podido dejar de darle vueltas a su mensaje del domingo. Porque sí, me mandó uno y no, yo no le he contestado, ni pienso hacerlo. Por muy halagador que me resulte que un hombre tan atractivo se salte la ley de Protección de Datos para mandarme un mensaje por WhatsApp. Es tentador, de verdad que sí, pero mi único interés sería acostarme con él y aunque os suene demente, lo cierto es que ya le conozco demasiado como para dar ese paso. Ya sé lo que pensáis: «¿Demasiado?». Sí, demasiado, mucho, en exceso. Mis relaciones con los hombres, cuando las tengo, porque tampoco os creáis que soy la versión femenina de Sebas ¡ni por asomo!, son un aquí te pillo aquí te mato, hablando claro y pronto. Es cierto que me he acostado con algún que otro tío que no sabría reconocer ni en una rueda de reconocimiento, pero yo no entro en la liga de Sebas y Mateo. Sencillamente cuando cae alguno y tras un polvo rápido ¡hasta luego Lucas (Juan, Alberto, Santiago o como narices se llame el susodicho vamos)! Cuanto menos sepa mucho mejor, menos me involucro; así reducimos las probabilidades de enamoramiento por ninguna de las partes implicadas. Y lo admito, intuyo que Eric es alguien que podría gustarme más allá de lo que me permito. Hay algo en él...

«Vamos, niña, ¿a quién tratas de engañar? Un tipo como ese no se fijaría en ti mas que para echar un polvo, tampoco te hagas la divina, como si acaso se fuera a enamorar de ti.»

Pues pocas veces oiréis esto de mi boca, pero estoy con Úrsula, y si es un intento por parte de Eric para conseguir un polvo para sentirse mejor por la mierda que debe estar pasando, de verdad que lo siento, y probablemente más por mí que por él, pero el sexo para ahuyentar demonios queda descartado.

Me encantaría saber cómo suena tu voz

Eric

¿Por qué demonios ha tenido que escribirme? Por si fuera poco, con un mensaje tan... dulce, después de que sus últimas palabras fueran tan duras. Hablamos de muerte. La de su hermano. En el día de su cumpleaños. No

estoy preparada para eso, y de verdad que no entiendo por qué me ha escrito: era completamente innecesario.

Bajo la vista a mi muñeca, releendo esa tinta que de tanto rezarla debería estar más que borrada: «*Stay Strong*».

Mantente fuerte.

Mantente fuerte Ariel.

Capítulo 17



Lo primero que hago al entrar es buscar a Sebas con la mirada, lo reconozco, su comportamiento de la última semana me tiene confusa, y molesta, y preocupada. Probablemente sea esto último lo que me tiene en un estado que ha incrementado mi ansiedad de los últimos días generadas por todo lo relacionado con Eric, Sonia, y por supuesto con Sebas que, para añadir más leña al fuego aún no ha llegado. Tengo un presentimiento en forma de bola de dragón en todo el jodido centro de mi cuerpo. Pero claro, teniendo en cuenta que la última semana no es que haya comido especialmente bien, puede resultar hasta coherente incluso. La recaída del viernes pasado está estirándose como una goma elástica tensándose hasta el límite, y no sé hasta qué punto voy a ser capaz de aguantar: tengo las manos frías, el estómago vacío y de camino aquí he ignorado una arritmia considerable. Por no hablar de la zorra de Úrsula, a quien me está costando un mundo ignorar.

«¿Zorra?»

«Sí, querida bruja. No te hagas la ofendida a estas alturas que no te pega nada.»

«No me ofendo, tan solo te creía más original.»

¡Si es que así no se puede vivir...!

—¡Hola, Ariel! —Daura, la prima de Darío, que es puro entusiasmo, se lanza hacia mí para darme un afectuoso abrazo—. ¡Qué bien que ya estés recuperada!

—Sí, gracias. ¡Donde esté un brebaje peruano que se quite la medicina tradicional! —exclamo en dirección a Roland que está arrodillado en el escenario liado con el *cablerío*. Este me guiña un ojo y yo le sonrío, pero sobre todo porque en esa postura, con el poncho ocultando todo su cuerpo parece una gárgola hípster—. Por cierto, quería darte las gracias por salvarnos con los ensayos estos días.

—Ya sabes que lo hago encantada —admite ella siempre tan solícita con una sonrisa que no le cabe en la cara.

—Lo sé, y por eso te lo agradezco.

La verdad que Daura es un amor y a pesar de tener apenas un año más que yo, debido a su personalidad extrovertida, cariñosa y afable parece que tuviera diez menos. Quizá su aspecto aniñado también ayude a ese hecho. De altura andamos igual, aunque ella es más menuda y de complexión más delgada. Tiene unos vivaces ojos castaños, su cabello rubio corto y liso batalla con el sol por ver quién es el más reluciente, y cada vez que gira la cabeza las puntas rozan sus hombros con suavidad, y es que toda ella es... delicada. No sé cómo explicarlo, parece una florecilla a la que haya que proteger de las inclemencias del tiempo. No es que esté enamorada de ella; porque sí, yo también me estoy escuchando. Aunque también os digo que no sería difícil caer rendido a sus piecitos de hada, desborda tanta ternura...

—¿Qué tal en el curro? —me intereso.

Trabaja en una óptica de la calle Castillo, una que hace esquina y que tiene algo así como un siglo. Carmelo, que es el hijo del dueño está más que encantado con ella, y no solo porque es muy buena en lo suyo y venda gafas como si fueran caramelos a la puerta de un colegio, sino porque vendería su alma al diablo por salir con ella. No, no me lo ha dicho él, ni falta que hace, estas cosas se ven a la legua, especialmente cuando el susodicho la mira como si fuera la única mujer de la tierra. Y eso es demasiado bonito para no darse cuenta.

—Muy bien, como siempre. Además, la semana que viene cojo vacaciones.

—Qué bien, ya te las mereces. ¿Y piensas irte a algún lado?

No se me escapa cómo su suave tez adquiere un tímido rubor cuando le lanza una rápida mirada a Mateo, que está apenas a un par de metros de nosotras entretenido con la batería, pero que convenientemente levanta la vista y le devuelve una cómplice sonrisa a la pequeña hija del sol. Espera un momento... ¿Soy la única que ha visto eso?

Es verdad que ellos se acostaron hace ¿cuánto? ¿Un millón de años? Bueno no tanto, pero... ¿esto es en serio?

—Aún lo estoy mirando... Quizá me vaya unos días a Lanzarote, tengo un par de amigas viviendo allí. No sé...

—Buen plan —consigo pronunciar aún estupefacta ante tal descubrimiento.

Necesito tener una conversación con Mateo. Hoy mismo. Quizá penséis que me estoy montado una película, pero nooo... El miércoles, cuando vino a recoger mi coche estuvimos un rato hablando y como ahora vamos a estar un par de semanas sin tocar, me dijo que se había pedido unos días en el curro y que pensaba irse... ¿a ver si sabéis dónde?

—Ariel, ¿podemos hablar un momento? —nos irrumpe Darío.

—Claro.

—Voy a ver en qué puedo ayudar —añade Daura alejándose a saltitos.

—Dime, ¿pasa algo?

—Esperaba que tú pudieras decírmelo —arguye cruzando sus largos brazos sobre el pecho.

—No sé si me estoy perdiendo algo...

—Sebas —me aclara—. En el ensayo del jueves estuvo, pero como si no, además de la mala hostia que se gastaba que no había quién le soplara. Y no sé por qué me da que hoy trae el mismo plan. Eso si aparece, claro —apunta mirando la hora en el móvil.

—¿Le has llamado?

—Todos lo hemos hecho —refuta irritado como si fuera una obviedad de la que yo debería estar al tanto.

Sin embargo, y según parece, soy la única que no lo ha hecho; y es que después del otro día no he querido molestar al «señorito».

—¿Y?

—Lo tiene apagado. También le hemos llamado a su casa, y nada.

Vale, ¿empiezo a preocuparme ya o...?

—Démosle el beneficio de la duda —lo defiende. Y ni siquiera sé por qué lo hago.

—¿Tú sabes algo de lo que narices sea que le pase? Porque empiezo a ver los mismos síntomas de cuando andaba por la vida como pollo sin cabeza poniendo no solo en riesgo su integridad, sino también la del resto y el nombre del grupo.

—Hace días que no hablo con él, pero tranquilo, seguro que tiene explicación.

—Ya sabes que no me gustan estas movidas, Ariel. Si está en esto, lo mínimo es un compromiso de su parte, como el que ponemos el resto.

—Yo me encargo. No te preocupes.

—Lo sé, por eso te lo digo a ti y no a otro.

Darío es muy formal para estas cosas, probablemente sea de todos

nosotros el que se lo toma más en serio teniendo en cuenta que es el único que se dedica cien por cien a la música. Aparte de Cantos de sirena, Darío colabora con otros grupos ocasionalmente; además se está montando un estudio en la parte baja de su casa. Y la razón de que venga a comentarme lo de Sebas es porque al hablar primero conmigo le está dando una oportunidad a él, y es que Darío es todo lo contrario a Sebas: es muy paciente, hasta que deja de serlo. Y en ese caso ya te puedes agarrar, porque es brutal y aniquiladoramente sincero y sabe dar donde duele. Por lo que agradezco que haya hablado conmigo antes, no quiero malos rollos, porque Darío es implacable, pero Sebas es peor, puesto que es imprevisible.

Faltan veinte minutos para que abran las puertas y sí, Sebas aún no ha aparecido ni ha dado siquiera señales de vida. Excepto Darío nadie ha querido mencionar nada, aunque la tensión que se respira en el ambiente es indiscutible y crepita como las brasas de una hoguera la noche de San Juan. Yo me he pasado la última media hora mirando la hora en el móvil cada medio segundo y me he ido dos veces al baño y tres a fumarme un cigarro a ver si consigo localizarle. Y tranquilizarme.

En serio, estoy preocupada. En realidad, no sé si me pone más nerviosa que le haya pasado algo de verdad o que haya vuelto a las andadas con ese comportamiento de niñato con el que nos trajo muchos problemas a todos en el pasado, especialmente a él mismo. Porque en el caso de que sea esto último, no sé bien si sabré manejarlo.

—En serio, chicos, ¿alguien sabe dónde cojones está Sebas? —espeta Mateo sentado frente a la batería sujetando con los dedos uno de los platillos para silenciarlo.

—No puedes vivir sin mí, ¿eh? ¿No te bastaron todas las fotos que te mandé esta semana?

Todos giramos la cabeza a la izquierda viendo a Sebas aparecer la mar de tranquilo, soltando toda esa mierda que no hace más que enrarecer el ambiente, y que lo haga con su habitual seguridad, como si su comportamiento no estuviera más que fuera de contexto, despierta una palpable hostilidad general. Más todavía cuando se deja ver como si del mismísimo rebelde sin causa se tratara, escondiendo sus ojos tras unas gafas de sol de aviador, unos vaqueos oscuros, una camiseta blanca y con la chupa de cuero negra colgando de un hombro que sujeta con el dedo índice de la

mano izquierda.

Afortunadamente Mateo no contesta a su provocación, lo que ya de por sí es inusual, como la mirada de desprecio que le dedica. No muy diferente a la del resto de los aquí presentes, todo hay que decirlo.

Esto no me gusta. Tengo que hacer algo y tiene que ser ya.

Me bajo del escenario y les lanzó una mirada a todos de «yo me encargo», y me voy tras él. ¡Anda que tócate los *huevs*! Llega tarde, suelta una de sus perlas y con la misma desaparece para meterse en el servicio. ¿Qué tal una disculpa? De verdad, que a veces pienso que es como los cangrejos y en vez de avanzar va para atrás.

—¡Sebas!

Le pillo empujando la puerta del baño de hombres.

Se gira sin cambiar la postura y me mira a través del oscuro cristal de sus gafas.

—¿Puedes al menos quitarte las gafas para hablar conmigo? —siseo perdiendo la paciencia.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —inquire quitándose al fin las dichas Ray Ban.

Me río con sarcasmo con la mirada clavada en las sombras oscuras que tiene bajo los ojos.

—¿A mí? No soy yo la que ha llegado dos horas tarde.

—Tan solo ha sido una vez, ¡no me jodas anda! —espetta colgándose las gafas en el cuello de la camiseta.

Respiro y trato de calmarme. Tengo que hacer esto de otra manera. Para empezar no me gustan los enfrentamientos y menos aún con él.

—Sebas, ¿ha pasado algo? —pregunto suavizando el tono a la vez que coloco mi mano sobre la rigidez de su bíceps—. Me tienes preocupada.

Mira mi mano y cuando clava sus ojos de nuevo en mí, siento que ha cambiado algo, ya no es rabia lo que veo en ellos, es algo peor es...

—Perdona, he tenido una mala semana en el curro y he pasado mala noche. No quiero pagarlo contigo, lo siento, Ari. Ahora le pido perdón también a los chicos —añade un momento antes de desaparecer tras la puerta.

Y por mucho que se haya esforzado en demostrar que todo va bien y ofrecerse a pedir disculpas, es obvio que algo en él no anda bien: está raro, frío y distante. Y lo más preocupante es el abismo que he sentido abrirse entre nosotros mientras pronunciaba esas palabras y buscaba la manera de deshacerse de mi contacto y de mí.

¿Acaso estoy perdiendo a Sebas?

«Has tirado mucho de la cuerda, niña, y se ha cansado de ti y de estar consolándote cada vez que te vienes abajo. ¿Qué te crees, que iba a estar toda la vida aguantando tu mierda? Eres más tonta de lo que creía.»

«¡¡Cállate, vieja bruja!!»

Capítulo 18



Odio el estado en el que me encuentro con este latente nudo aferrado a mi estómago, y en serio que he tratado de dilucidar desde cuándo estoy con esta sensación de constante inquietud, pero es sumamente difusa. Cuanto más trato de concentrarme en ella buscando darle algún sentido, más se diluye. Igual que la imagen de la mujer que me salvó la vida.

Ahí está de nuevo, ese singular cosquilleo que parece acompañar a la presión de mi estómago cuando pienso en ella. Es como tener un puzle frente a mí, tengo todas las piezas, pero están tan dispersas y descolocadas que no logro encontrar la manera de hacer que encajen. Reconozco que tengo la esperanza de que, una vez resuelta esta incógnita, el estado en el que me encuentro desaparezca y yo pueda volver a mi triste e insulsa pero confortable vida.

Está bien, lo admito, existe también una pequeña probabilidad de que la causa de todo este desbarajuste interior se deba en gran medida, a que no he sabido nada de Ariel desde que desapareció de la clínica el sábado, es decir, hace justo hoy una semana; ni tan siquiera se ha dignado a contestar mi mensaje. También es verdad que mi comportamiento con ella ha sido más bien extrañete, como si me hubiera olvidado de tomar la medicación (que no, no tomo nada, era un suponer), porque mis cambios de humor no han estado muy acertados, eso es cierto. Pero es que ha sido tan raro e intenso... Si es que lo pienso y en realidad la entiendo y hasta la aplaudo. Puede incluso que por esa razón me guste más todavía. Porque me gusta sí, obvio. Y lo sé, solo nos hemos visto dos días. Creedme, soy plenamente consciente de ello.

Me estoy volviendo loco. Mierda. Porque no es solo que se me hayan pasado por la cabeza imágenes de ella besándome de nuevo, aunque en la boca, con mi mano enredada entre los mechones de su pelo... ¡Dios! Si es que es pensarlo y mi temperatura corporal se incrementa como ya no recordaba podía hacerlo. Mejor será que me relaje ya que, aunque los pantalones no son excesivamente estrechos, tampoco tengo excesivamente espacio para poder disimular una erección de tal magnitud.

Lo mejor de todo es que ni siquiera se debe a su peculiar belleza, que también, con ese rollo bohemio con prendas holgadas como si acaso no le prestara demasiada atención a

lo que se pone encima y, aun así, me parece la mujer más atractiva con la que me haya cruzado jamás. Su melena larga y roja de la que se esconde como si de una cortina de contención se tratara, probablemente sin tan siquiera ser consciente de ello. La facilidad con la que se sonroja, al menos yo he sido testigo de ello en más de una ocasión el poco tiempo que hemos compartido juntos. Y qué puedo decir de su rostro, salpicado por diminutas pecas enmarcando unos ojazos azules que recuerdan a un mar en tempestad: profundos, brillantes y vivaces. Así es imposible quitársela de la cabeza, cada día su imagen se ha vuelto más compacta en mi memoria, como si se negara a deshacerse de ella por mucho empeño que yo haya puesto para que así fuera.

Termino achacando toda esta mierda a que su aparición en mi vida coincidiera con una fecha tan señalada. Sí, es eso. Todo ese misterio, el que ella emana, no me ha permitido vivir mis dos días de luto como de costumbre y esto, claramente me ha desestabilizado.

Quizá se deba a eso, o a que es lo más emocionante que me ha pasado desde que decidiera abandonar Madrid para venirme a esta isla.

—¡Perdona! —llamo la atención de la camarera.

—Dime, guapo —contesta inclinándose sobre la barra.

—Creo que necesito pasarme a algo más fuerte —arguyo mostrándole el tercio de cerveza vacío.

Se yergue con las manos apoyadas sobre la madera que nos separa.

—¡Tienes pinta de beber ron! —vocea para que pueda escucharla sobre la música.

—¡Chica lista!

—¡Gracias! ¡¿Arehucas, supongo?! —arguyo viéndola

sonreír en respuesta al tiempo que ahoga los hielos en ron—. ¡¿Cuánto es?! —arguyo, aunque la respuesta correcta sería decir que no es mi mejor año, o mi mejor vida en tal caso.

—¡Invita la casa!

—¡Vaya, gracias!

—¡No siempre una atiende a un chico guapo que no intenta ligar con ella!

—¡No es mi mejor día...! —arguyo, aunque la respuesta correcta sería decir que no es mi mejor año, o mi mejor vida en tal caso.

—¡Tranquilo, se agradece! ¡Más que nada porque a mí me va más una belleza como la preciosa...! —La música pega un subidón y no logró escuchar lo último que dice, aunque mi subconsciente parece que ha querido meterse en el juego, porque jura que le ha escuchado decir ¿«Ariel»?

—¡¿Cómo quién?! —arguyo, aunque la respuesta correcta sería decir que no es mi mejor año, o mi mejor vida en tal caso.

—¡Como la solista del grupo, esa es la clase de compañía que me gusta!

Que le gustan las mujeres lo he pillado desde antes de que le pidiera la copa. Lo he intuido cuando la he cazado mirando el escote de una rubia de pechos generosos que va acompañada de otras dos chicas a mi derecha. Y luego dicen de los tíos...

—¡¿Cómo dices qué se llama?! —le pregunto... al aire, porque he tardado demasiado y la camarera se ha ido rauda y veloz a atender a la del escote.

Me pimpla la mitad de la copa en un par de sorbos apaciguando esta ansiosa necesidad en cuanto compruebo la hora en mi reloj de pulsera, una de las dos únicas cosas que conservo que pertenecían a Berto, y es que apenas quedan quince minutos para que dé

comienzo el concierto, pueda de una vez salir de dudas y el mundo siga girando.

Un tipo, un par de centímetros más bajo que yo, moreno y con una embaucadora sonrisa, se pone a mi lado llamando la atención de la camarera y... espera un momento, ¿de qué me suena...?

—¡Perdona!, eres el bajo de Cantos de sirena ¿verdad?

—¡¡Gara!! ¡¡Una botella de Smirnoff!! —le pide a la camarera antes de girarse hacia mí tendiéndome la mano.

—¡Sebas!

—¡Eric!

—¿Quieres una foto o algo así? —pregunta con arrogancia.

—Si te soy sincero solo os he escuchado una vez, en el Laguna Negra. En realidad, quería hacerte una pregunta.

—Lo siento tío, lo mío son las mujeres. Pero, ¿ves al larguirucho del teclado? —dice señalando al susodicho sobre el escenario—. Es Mantis, puedes probar con él. No le hace ascos a nada.

Este tío es un engreído. Ya desde la primera vez que lo vi no me gustó, y eso que fue de lejos, pero es que acabo de confirmar que es un auténtico gilipollas. Su rollo de macho alfa apesta a kilómetros.

—En realidad mi pregunta tiene que ver con la cantante —le aclaro.

La mirada con la que me apuntala cuando pronuncio la frase cambia por completo de un estado despreocupado a otro de desconfianza. Ahora parece que le interesa más lo que tengo que decir.

—Con ella lo tienes más difícil que conmigo, créeme —asegura dándome una fuerte palmada en el hombro.

—Tan solo quiero saber su nombre.

—¿Vienes a un concierto, por segunda vez, y no sabes ni cómo se llama la cantante? Tío, existe internet, las redes sociales y toda esa mierda.

—Lo sé.

—No es esa clase de mujer.

—¿De cuál?

—De las que se enamoran.

Ciertamente me sorprende su respuesta.

—Solo te he preguntado su nombre —arguyo a la defensiva.

—No eres el primero, ni serás el último. Si aceptas el consejo de alguien que sabe de lo que habla: olvídala ahora que estás a tiempo.

Se bebe un chupito echando la cabeza hacia atrás justo antes de dejar el diminuto vaso con fuerza sobre la barra para exclamar:

—¡Gara! ¡Ponle otra de lo mismo y me lo apuntas! Disfruta del concierto tío —se despide dirigiéndose a mí de nuevo.

Agarra la botella y se larga filtrándose entre la multitud.

—¡Sebas! —exclamo, y según lo hago y antes siquiera de que se giré lo sé, todo encaja. Un puzzle perfecto.

—¡¡El grupo se llama Cantos de sirena y ella es la que canta!! —vocifera

desapareciendo entre la gente.

«Ariel.»

Agradezco la copa que Sebas, el mejor amigo de Ariel, ese que le regaló un gato abandonado y con el que hablé por teléfono le ha pedido a Gara que me sirva, porque la necesito. Joder que si la necesito.

Caen otros dos cubatas más justo antes de que comience el concierto; a pesar de que, bajo mi pecho, ya haya empezado a escucharse uno.

(Capítulo 19)

Hugo siempre fue un hombre bastante callado, reservado e irritantemente tranquilo. Una personalidad que, precisamente en aquella época, casaba a la perfección conmigo: se comportaba de manera amable, caballerosa y hasta parecía que yo le importaba; aunque esto fuera algo que mostraba a su manera. Le añadimos a aquella sonrisa sincera y pícara, la mirada brillante de sus ojos claros, y no necesité más para caer sin que tuviera que hacer mucho esfuerzo.

Fue la primera vez en mi vida que me sentía cómoda con un hombre, uno que rezumaba bondad en cada tímida palabra con la que trataba de cortejarme. ¿Cortejarme? Ni siquiera yo sabía que podría utilizar esa palabra jamás en una frase, pero quizá es lo que hacía, porque a veces era un poco clásico.

En casa de Hugo mandaba su padre, un exlegionario, duro y algo autoritario que marcaba las normas de aquella casa sin tener apenas que esforzarse por dictar las palabras. Se mostraba algo desapegado a sus hijos, especialmente a Hugo, el mayor de dos hermanos que eran como la noche y el día. Miguel, el menor de los dos, siempre dejó muy claro quién era él y lo que esperaba de la vida. Hugo, por el contrario, era como una veleta que iba allí donde soplara el viento, sobre todo si el viento soplaba en dirección al símbolo del dinero; pero ese es otro tema que ya tocaremos en otro momento. Hugo y la pasta dan para un capítulo entero.

Miguel comenzó a estudiar magisterio, pero tan solo necesitó un curso para darse cuenta de que eso no era lo que quería hacer en esta vida. Se largó de casa tras una fuerte discusión familiar y, a partir de aquí, se convirtió en esa persona que quería ser: se dejó unas rastas que la última vez que le vi traspasaban la línea de la cintura sobre una piel curtida por el sol de todas esas horas que pasaba en festivales de música en diferentes partes del mundo. Era un hippie en toda regla. Se compró una máquina de coser y se dedicó a hacer ropa que vendía en festivales o a amigos y conocidos. Nunca olvidaré una vez que su hermano y yo fuimos a recogerle al puerto y le vi bajar del

barco con una sonrisa de completa felicidad, vestido de arriba a abajo de marrón (siempre vestía el mismo color) caminando descalzo. Reconozco que aquella imagen me impactó sobremanera, pero en cuanto me rodeó con sus escuálidos brazos con cariño y comenzó a hablar con esa calma tan plena que desprendía continuamente se me olvidó que caminaba sobre el asfalto como el que lo hace en el parque de su casa. Y es que Miguel, nunca dejó que nadie le dijera cómo tenía que vivir su vida, a diferencia de su hermano, tal y cómo descubriría más adelante.

La minuciosa educación que había recibido Hugo se reflejaba en cosas como una exquisita puntualidad, la excesiva pulcritud con la limpieza, la manera en que enrollaba los calcetines y los colocaba todos mirando en la misma dirección, e incluso, la impecabilidad con la que se liaba el porro cada noche antes de acostarse. Sin olvidarnos de un estoicismo que parecía venir implantado en su cabeza como un jodido microchip; jamás le vi soltar ni una lágrima en cinco años en los que vio morir a su abuela (a la que adoraba) ni tan siquiera la primera de las cuatro veces en las que rompí con él (las otras nos la cuento porque oye, uno quizá se acostumbra a esa clase de cosas). Y no es que Hugo fuera frío, que no lo era, de hecho, se comportaba de manera cariñosa conmigo; con el tiempo entendí que quizá como yo, decidiera que era mejor enterrar sus sentimientos en una caja como esa a la que trato de enfrentarme yo ahora.

Hugo jamás de los jamases discutía y sé que esto puede sonar surrealista teniendo en cuenta que estuvimos cinco años juntos. Creedme, lo era: ni, una, sola, vez. Dos no discuten si uno no quiere, él no quería y yo, que nunca he llevado muy bien los enfrentamientos, tampoco ponía mucho empeño. La única ocasión que Hugo levantó la voz y además con severidad, fue un día que estábamos con el grupo tomando unas cervezas en un bar y, delante de todos me mandó a callar. Yo me quedé tan sorprendida como el resto, no supe ni reaccionar, porque obviamente aquello estaba más que fuera de lugar y había sido como un hito. Sebas no tardó en apartarme del grupo y de Hugo para decirme que no le iba a volver a permitir que me hablara de esa manera, además de insistir en que le confesara si eso era algo habitual. Pero no, no lo era. De hecho, fue algo así como un milagro ;milagro, Hugo ha despertado de su letargo! ;Milagro, se ha vuelto más capullo aún!

Siempre contemplé a sus padres con cierta admiración, la manera en que su padre profesaba amor en una simple mirada a su madre y besaba el suelo que pisaba, me hacía creer que ese amor para toda la vida de verdad existía.

Algunas veces me quedaba observando a su padre, cómo hablaba a su mujer con temple y cariño, o la agarraba de la cintura desde atrás para depositar un tierno beso en la curva de su cuello. No sé, era bonito, aunque al mismo tiempo me daba cierta lástima, porque quizá le faltaba expandir parte de ese afecto más allá de su esposa; una mujer encantadora, por cierto, que además siempre me trató como a una hija.

Y es que todo eso que yo tan solo contemplé en la distancia: la exigencia de Hugo padre hacia Hugo hijo, la falta de cariño, la carga que exigía ser el hijo mayor y no comportarse con la «inmadurez» de su hermano pequeño... El no poder, al fin y al cabo, ser él mismo y además no exteriorizar nada de toda esa frustración lo minaba por completo. No cabe duda de que todo eso forma parte de ese Hugo que se autodestruía y me mentía, aunque se engañaba más a sí mismo que a mí. A pesar de lo que creí durante mucho tiempo.

La primera mentira que le pillé fue escasamente un año después de que empezáramos a salir. Una fiesta en un enorme chalet en casa de un amigo suyo fue el escenario de ese primer engaño, un lugar en el que yo no conocía ni a la gente, ni tan siquiera la música que sonaba. Recuerdo sentirme incómoda desde el primer momento, a pesar de que me esforzaba por encajar en todo aquello: en el mundo de Hugo. Y es que si algo he hecho toda mi vida (erróneamente) es amoldarme a los demás para conseguir sentirme aceptada y querida: especialmente por los hombres. Como iba diciendo, tratando de adaptarme a aquel entorno bebía lo que Inés, la novia del tío que había organizado la fiesta me traía a cada poco; creo que esos eran los únicos momentos en los que aquella desconocida no se separaba de mí. Y eso fue lo primero que me mosqueó. Una tía a la que apenas conocía no cejaba en su empeño de darme tema de conversación constante y me seguía si me movía apenas tres pasos. Y luego estaba el hecho de que mi novio desaparecía a cada rato, dejándome allí entre gente que como poco me llevaban siete años y que, además, no había visto en mi puñetera vida. Algo no me olía bien.

En una de esas ocasiones que Inés fue a buscar algo para rellenarme la copa, me deslicé entre el gentío colándome en el interior de la casa; hasta ese momento tan solo había pululado por el jardín de la misma. No sabría decir cómo, algo instintivo supongo, pero fui directa a la planta de arriba mientras escuchaba a aquella chica gritar mi nombre pisándome los talones. La puerta de una habitación se abrió delante de mí, y lo que vi me dejó estupefacta por completo: Hugo, inclinado sobre una mesa con ayuda de un billete enrollado

esnifaba una de las cuatro líneas de coca que había dispuestas sobre la madera oscura de una mesa de estudio. Justo en ese momento, apareció aquella petarda disculpándose a Hugo por no haberme retenido. ¡Por no haberme retenido! Sí, por si no me había quedado claro, mi novio le había pedido que me vigilara para que no le viera hacer... lo que acababa de contemplar. Me había puesto una jodida niñera.

Quizá lo que peor llevé fuera la sonrisa que desplegó Hugo mientras se erguía, pasándose el pulgar por la nariz inspirando con fuerza, plenamente consciente de mi presencia; como si acaso todo aquello le resultara divertido. Lo más probable es que se debiera al número de rayas que ya debería llevar en el cuerpo, pero yo era demasiado ingenua para saber eso. Con los años y para mi desgracia, aquel escenario se convertiría en algo demasiado habitual y normalizado.

Salí disparada de aquella casa como si hubiese visto al mismísimo diablo, ni siquiera lloré, estaba tan impactada con la escena que mi sistema no sabía qué es lo que se suponía debía sentir al respecto.

Hugo me alcanzó cuando andaba en medio de la carretera (era un lugar residencial por lo que no pasaban muchos coches y menos a esas horas) me agarró del brazo y me pidió que me detuviera, dejara de montar un número y de comportarme como una niña. A continuación, se disculpó con una salvedad, y es que, en realidad, «no era para tanto». ¿Lo era? Claro que sí, pero tenía demasiado miedo a perderle, a parecer infantil. Yo tenía veintiún años, él veintiocho y... volví a aquella fiesta como si nada de aquello hubiese ocurrido. Simulando que no me importaba que desapareciera de mi lado a cada rato, obsequiándome antes de marcharse una mirada veteada en rojo, desenfocada y más perdida de lo que lo estaba yo en aquella fiesta infernal.

Jamás volvimos a hablar sobre el tema, yo lo encerré en mi cajita destinada para lo propio y él bueno, deduzco que estaría demasiado colocado como para recordar haberse comportado como un cabrón.

Capítulo 20



Hace rato que ha terminado el concierto, hemos recogido y tras una votación silenciosa consistente en asentimientos de cabeza y un «me apunto» por parte de Daura, todo con una sobriedad cuanto menos turbadora, hemos decidido pasarnos a la sala contigua en la que hemos dado el concierto: una de las tres que conforman el Triplex Sound, y a la que suele animarse la gente a terminar la noche después de los conciertos. La tercera sala que conforma este macro espacio de fiesta y música ubicado en plena capital isleña es la destinada a los amantes de la salsa y la bachata que, a pesar de ser la más pequeña de todas y abrir solo los jueves, es la que más éxito cosecha.

Después de todo podemos decir que el concierto ha ido muy bien, mejor de lo que probablemente esperábamos tras ver cómo se presentaba la tarde. Podría decirse que hemos estado a la altura: mi voz parece haberse recuperado en toda su plenitud, Darío se ha guardado sus miradas de escepticismo hacia Sebas, y este último ha dado el callo sin que nadie pudiera notar que, y aunque no me lo haya dicho directamente (lo conozco demasiado para no darme cuenta) no haya dormido más de cinco horas seguidas en toda la semana.

Iba a decir que todos contentos; nada más lejos de la realidad. Ha sido terminar el concierto y ha regresado de nuevo una incómoda tensión con un silencio inusual que, especialmente consistía en hacerle el vacío a Sebas. Aunque como cada uno aparentaba estar inmerso en sus propias movidas mentales, casi parecía no estar hecho con premeditación. Casi.

Yo he tratado de acercarme a él una vez finalizado el concierto con la esperanza de que quizá, estuviera menos susceptible y más sociable, pero antes de que me dejara pronunciar una mísera palabra ha salido por la puerta con la excusa de fumarse un piti. Cuanto más trato de acercarme a él, él parece alejarse más de mí. Tengo que buscar la manera de averiguar qué

demonios le sucede, se me pasan un millón de teorías descabelladas por la cabeza (a imaginativa no me gana nadie, para muestra tenemos a Úrsula) y ninguna de esas hipótesis me gustan un pelo. No sé si tiene que ver con lo que pasó en mi casa con el agua, aunque de nuevo declino enseguida esa posibilidad, no le encuentro ningún sentido a que pudiera actuar de la manera que lo está haciendo porque me haya visto las tetas y yo haya presenciado una erección a causa de ello. ¡Ni de coña vamos! Otra posible causa es que pueda sentir algo por Sonia y... no, no me cuadra. Y si no me dijo nada es porque ella se lo pidió, y a pesar de lo que parezca Sebas puede ser discreto si se lo piden, sino pues eso, se considera con el derecho a exhibir sus conquistas como si fueran cabezas de ganado. Y referente a ese tema, cada vez me resulta más repulsivo ese comportamiento suyo, por lo que no creo que tarde mucho en decirle lo que pienso al respecto. Y como última teoría sobre su actual comportamiento y por la que más me declino es que tenga que ver con Alba. De hecho... su actitud comenzó a cambiar tras el incidente de la ducha en mi casa, justo después de que lo encontrara en el salón con la vista clavada en el teléfono móvil, y algo me dice que la camarera que tanto daño hizo en su día a mi «cangrejo Sebastián» tiene algo que ver con todo este comportamiento de gilipollas integral que se ha traído desde entonces. Lo que por otro lado me aterra, porque ya pasamos todos por esto una vez y... entre otras cosas, casi logra que el grupo se separe.

Este recuerdo despierta en mí una amarga ansiedad que impide pueda tragar con normalidad.

«No vuelvas a eso, Sebas, por favor.»

Se me ocurre como alternativa tratar de averiguar algo a través de Mateo que, a pesar de lo que pueda parecer, es su mejor amigo y se lo cuentan todo (todo lo que puedan contarse dos hombres).

Como no, Sebas es el primero en desaparecer en cuanto entramos a la enorme sala, ni siquiera tiene la decencia de buscarse una excusa, simplemente se larga sin mirar atrás entre la marabunta de gente que se contonea a ritmo de algún tema de reguetón de moda. Por un momento me tomo esto como una oportunidad para hablar con Mateo, pero Daura parece ser su único interés. ¿En serio?, ¿cuándo ha pasado esto, y por qué soy la última en enterarme?

«¿Quizá es que tienes la cabeza demasiado metida en tu propio culo como para ser capaz de ver algo que no seas tú?»

Úrsula es clara, siempre lo es.

Admito que me cuesta ser buena amiga, no soy esa clase de personas que son capaces de captar lo que les sucede a sus amigos antes de que estén metidos en la mierda. No al menos como parece hacerlo Sebas conmigo que, no me digas cómo, sabe interpretar cada una de mis acciones, palabras e incluso movimientos, intuyendo antes siquiera de que yo lo haga cómo me encuentro, si he recaído o estoy a punto de hacerlo. Según parece no sucede de forma recíproca. Pero es que ¿cómo se supone que voy ayudar yo a nadie, si ni siquiera soy capaz de salir de mi maldito agujero de mierda o el agujero de mi culo (como bien dice Úrsula)? No es una excusa. Es la realidad.

—Parece que Sebas ha estado a la altura —me acerco a Darío para tantear el terreno, y aunque se trataba de una afirmación ha terminado sonando como una pregunta.

Clava sus ojos verdes sobre mí a través de los cristales de sus gafas negras de pasta y la lástima que leo en ellos no me gusta.

—¿Puedo darte un consejo?

Se me había olvidado contaros que Darío es algo así como el consejero del grupo, supongo que porque es el mayor y a sus treintaisiete años siente que debe comportarse como el hermano mayor de todos nosotros, especialmente conmigo. Por ello, que me quiera dar a mí uno de sus valiosos consejos cuando se supone que la cosa va sobre Sebas... es cuanto menos inquietante. Más si tenemos en cuenta que Darío, que suele ser bastante parco en palabras, si tiene algo que decir mejor escucharle, porque puede ser importante o al menos, algo que deba ser tenido en cuenta.

—Ya sabemos que me lo vas a dar de todas maneras... —Trato de sonar resignada, aunque en realidad me muero de curiosidad por saber qué es lo que me tiene que decir.

—Dejar conversaciones pendientes nunca lleva a buen puerto.

—¿Qué... a qué...? No sé de qué me hablas.

Sé perfectamente a qué se refiere, pero no me apetece una mierda hablar sobre ello. Además, no entiendo a qué viene ahora sacar ese tema.

—Claro que lo sabes —afirma con dulzura con su enorme manaza sobre mi cabeza, acercándose a él para darme un beso en la coronilla.

Ese gesto ya me rompe.

—¡Mantis!

Una rubia tetona tira de él dándole un efusivo abrazo mientras que yo simplemente me quedo escuchando como reverberan no solo sus palabras en mi cabeza, sino también las de Úrsula.

«Vaya, alguien que te dice las cosas claras.»

«Cállate.»

«Que yo me calle no va a cambiar la realidad, niña. Y que tú finjas que no sabes por qué te lo dice tampoco.»

«¡Cállate joder!»

Doy media vuelta buscando a Mateo y Daura, pero parece que la parejita ha debido encontrar algo mejor en lo que entretenerse y han hecho mutis por el foro. Y bueno, Roland directamente no quiso quedarse cuando hicimos la singular votación repleta de asentimientos silenciosos poniendo como excusa el cansancio; aunque la verdad pase porque quiere estar más tiempo con su mujer y futura madre de su hijo. Quién va a culparle por ello, yo, desde luego, que soy la única que lo sabe no iba a hacerlo.

Comienzo a sentir cómo me desborda todo el tema de Sebas: no saber cómo actuar con él, que me ignore premeditadamente y más todavía ese consejo con el que Darío tan amablemente ha decidido obsequiarme, porque ha logrado aplastarme como a una pequeña mosca. Sé que es algo a lo que hace tiempo debería haberme enfrentado, pero es que esa conversación: «La conversación», no es algo que me tome a la ligera, principalmente porque me aterran las consecuencias que esta pudiera acarrear, las cuales no me siento en este momento capaz de enfrentar. Bueno, ni ahora ni nunca. Siempre termino aplazándola, y por lo visto Darío tiene la certeza de que eso que le sucede a Sebas puede ser precisamente debido a «La conversación».

No paro de darle vueltas a todo esto, lo que asienta una pesadez amarga en la boca de mi estómago, consciente de que quizá yo sea la responsable directa de algo a lo que prefiero ignorar mirando para otro lado, porque de ninguna de las maneras me siento capaz de enfrentar esto ahora. Y solo conozco dos maneras de apaciguar esta ansiedad; y ambas harán que me odie por la mañana, soy plenamente consciente de ello. Pero cuando estoy en este punto de no retorno no consigo pensar con claridad, y lo que suceda más allá de este instante es completamente irrelevante, solo importa encontrar la manera de acallar la voz de Úrsula además de anestesiar esa inseguridad que recorre mi cuerpo disfrazada de una falsa entereza.

Tras mi recaída después de encontrarme con el veterinario hace una semana, todo se ha convertido en una lucha a cada hora, cada minuto, cada jodido segundo. Sé que puede resultar complejo de entender para alguien que no padezca lo mismo que yo, solo puedo explicarlo como una espiral delirante de la que resulta difícil escapar. Por no decir imposible. Y soy

consciente de que si hago lo que mi estado ansioso ya ha decidido que va a suceder sí o sí, porque no hay otra salida (al menos ninguna que yo reconozca) mañana me odiaré a mí misma de una manera tan brutal, que me veré arrastrada a repetir el ritual de nuevo. Ese odio será insoportable, pero yo vivo por momentos, y el que me toca manejar ahora es lo suficientemente intenso como para que no me importe una mierda lo que suceda mañana. Encontrar la forma de paliar este instante es imperativo.

«Así será toda tú vida, no te enfrentaste en su momento a lo que tocaba esperando que todo se arreglara solo como por arte de magia. Pero deja que te diga una cosa, y es que este no es un estúpido cuento por mucho que te empeñes en ponerme nombre de bruja o caricaturizar a tu mejor amigo. Esto es la vida real, niña, y aquí no se arreglan las cosas con besos de príncipes, hadas madrinas, pájaros cantores ni lámparas mágicas. Así que ¡venga, busca algo con lo que puedas hacerme callar! ¡Ya estás tardando! Ah, pero recuerda que estaré a la vuelta recordándote todo eso que vas a empeñarte en borrar con todas tus fuerzas las próximas horas.»

¿Qué queréis que os diga? Diría que Úrsula lo ha dejado bastante claro, ¿no?

Con la entereza de alguien que tiene claras sus razones me dirijo a la barra en donde, y sin mayor dilación, empiezo por pedirme un cubata que tardo en bebérmelo lo que el camarero en atender a dos personas más. Me pido otro y este me lo bebo buscando con la mirada algún tío que muestre tener interés en mí y que a mí no me resulte demasiado repulsivo; aunque después de otra copa eso no será un problema. Con el cuarto sobre los labios parece que ya he encontrado un candidato. Más bien es él quien da conmigo, porque viene directo hacía aquí y yo, simplemente doy gracias de haber bebido lo suficiente como para que no me importe nada de su aspecto. Apenas me importa el mío, por qué iba a importarme el de un desconocido.

Capítulo 21



Me deberían dar un premio por esto. Más teniendo en cuenta que ¿cuánto llevo sin echar un polvo? ¿Más de un año? Joder, que uno no está hecho de acero y por muy cabreado que esté con ella es una mujer que está de buen ver. ¿De buen ver?, ¿que tengo ahora, setenta años? ¡¿Qué coño?! Es preciosa, el sueño de cualquier hombre heterosexual. Solo de pensar que está desnuda en mi cama, impregnando su olor a flores silvestres en mis sábanas hace que la sangre me pique con desesperación bajo las venas.

Quién me iba a decir cuando me dirigía esta tarde a ver el concierto de Cantos de sirena que la noche acabaría de esta manera. Y ha resultado bastante abrumador dar con la verdad sobre Ariel, por no hablar de tener que lidiar con el creciente cabreo durante la hora y media que ha durado el concierto, la hora que he esperado a que apareciera y los cincuenta minutos más en los que he permanecido en una debacle interior debatiendo si debía acercarme a hablar con ella o no. Finalmente no fui yo quien tomó la decisión, o al menos no directamente. Todavía me pregunto dónde demonios estaba ese amigo suyo que tan bien se dedicó a advertirme sobre que me olvidara de Ariel. ¡Ah, sí! Convenientemente ocupado con una gogó mientras Ariel... Bueno, prefiero no hablar sobre eso, porque en serio que me pongo de muy mala hostia. Ahora, si la manera de Sebas para ahuyentar a los tíos es advirtiéndoles que no es de las que se enamoran..., me temo que lo que provoca es precisamente el efecto contrario. Yo no sé si es gilipollas o se lo hace. De verdad, mejor que Ariel se busque otros amigos porque agüita con este (como dirían los canarios).

—¿No me acompañas?

Levanto la vista y ¡mierda! ¡Esto es una jodida tortura! Sé que probablemente no he hecho muchas cosas bien, pero es que esto me lo tienen que estar mandando del más allá por algo muy chungo que hice en otra vida, como torturar cachorros o sacrificar niños. La imagen que me está regalando ahora mismo no ayuda precisamente a aliviar la tirantez que tengo en la entrepierna.

De pie, bajo el marco de la puerta, iluminada por la tenue luz de las farolas que se cuelga entre la estrecha unión de las cortinas, Ariel me escruta con esos brillantes ojos azules, descalza y tan solo vestida con un sujetador a juego con unas bragas que, a mi

entender, son demasiado pequeñas para considerarse siquiera como prenda de vestir. Aparto la vista a la velocidad que descubro que son de encaje color amarillo y demasiado transparentes como para apreciar que está perfectamente depilada y ¡joder! Yo no sé dónde demonios meterme o peor, no sé dónde mirar sin tener la sensación de que soy un perverso aprovechándose de una mujer que, claramente está demasiado perjudicada para ser consciente de que está desnuda frente a mí, que soy prácticamente un desconocido. Y qué decir de sus pezones que me apuntan como dos fusiles de asalto entre los mechones rojizos y rebeldes que caen sobre ellos bajo la fina tela del sujetador.

¡Por amor de Dios!

Sé lo que puede parecer, pero en serio que he tratado de no recrearme, han sido apenas unos segundos los que me he parado a observarla. En mi defensa tengo que decir que un año es mucho tiempo para tener tal exuberante mujer desnuda (porque Ariel es eso, exuberancia) y no recabar detalles como sus generosos pechos o sus insinuantes caderas. No está excesivamente delgada, y solo puedo decir que eso me gusta. ¡Qué demonios, me encanta! Tiene una figura preciosa, y yo aún estoy demasiado borracho como para fingir que soy inmune a ella, o que no me impresiona tener, por primera vez en mucho tiempo, una mujer semidesnuda en mi casa. Y no una cualquiera precisamente.

Me levanto del sofá cogiendo la manta con la que pensaba taparme para dormir y abriéndola frente a mí me acerco a ella con la vista fija en sus pies que, para mí escasa fortuna, son de lo más sexis que he visto nunca, y más me parecen aun cuando los veo frotándose uno sobre otro con las uñas pintadas de un amarillo que me impele en un segundo a la imagen de sus bragas... ¡Tengo que acabar con esto!

Logro cubrirla al fin con la delgada manta de microfibra, instándola a entrar de nuevo en mi dormitorio con la mano en su espalda mientras rescato de mi mente la imagen de la cirugía triple osteotomía en displasia de cadera de Dusty, un Golden Retriever al que operamos la semana pasada.

Es la primera vez en mi vida que recurro a algo como esto con la intención de desviar el rumbo de mis pensamientos. Imágenes de Ariel cabalgando sobre mí o yo sobre ella mientras me pide que no pare me asaltan sin descanso, y con una intensidad tan arrolladora, que a cada segundo que pasa me siento más tentado a hacer realidad.

Eso sería un error. Uno que no estoy dispuesto a cometer.

Pero de poco sirve la displasia de cadera de Dusty con esta pelirroja, incluso con el pedal que lleva es más rápida que mis reflejos que han debido quedarse en algún lugar entre la tela de sus bragas y su perfecto culo de diosa, porque la destreza con la que logra deshacerse de la manta dejándola caer por sus hombros y agarrar mi camiseta en un puño tumbándose de espaldas sobre el colchón y arrastrándome a mí con ella es digna de estudio. Menos mal que en el último momento me da tiempo a, con las palmas de mis manos a los lados de su cabeza, frenar el impacto de mi cuerpo contra el suyo. Además de lograr que sean sus piernas las que queden entre las mías, porque si fuese al contrario... estaría completamente perdido.

Ella, que a pesar de su estado (o gracias a él) debe ser consciente de mi ostensible erección, desliza su mano hacia abajo entre el escaso espacio que hay entre nuestros cuerpos. Un centímetro antes de que sus dedos rocen apenas la tela de mi vaquero y no

haya vuelta atrás, recobro algo de cordura y atrapo su muñeca. Deteniéndola a ella. Y a mí, ya de paso.

Hago lo mismo con su otra mano que continúa apresando la tela de mi camiseta, y con premeditada calma las arrastro por el colchón frenando cuando quedan ambas sobre su cabeza.

Tengo su boca a escasos diez centímetros de la mía, estamos tan cerca que puedo sentir la calidez de su aliento sobre mis labios, lo que provoca que me los humedezca con la lengua y tiene la posibilidad de pasearla también por los suyos. Opto por apartar la vista de ese punto para rodarla hasta sus ojos que me escrutan desvelando una curiosidad que parece haberla sumido en alguna especie de trance.

—Tienes unos ojos preciosos —dice en un susurro, casi como si hablara para sí misma—. Son... verdes y... amarillos por la pupila... ¡No! Son de color bronce. Bronce y verde —concluye arrastrando las palabras de una manera tan tierna que, de alguna enrevesada manera, me conmueve prendiendo una sonrisa en mi cara—. Son los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

Sus palabras consiguen que necesite inspirar profundo, lento. Consciente al soltar el aire de la intensa vibración bajo mi pecho, una que no recuerdo haber sentido nunca antes.

—¿Por qué haces esto, Ariel?

Las palabras salen de mi boca, aunque no espero ninguna respuesta, no creo que disponga de la suficiente lucidez como para dármela.

—No te gusto, ¿es eso? —contesta haciendo un puchero con la boca completamente actuado, como si fuera algo tras lo que esconderse.

Pero, ¿de qué se esconde?

Levanto la mirada de vuelta a sus ojos y ahí está, un suplicante terror en su mirada: un claro miedo a ser rechazada.

—¿Acaso no es eso lo que buscabas cuando me mandaste ese mensaje?

Puedo percibir el reproche en su pregunta.

Frunzo los labios porque sí, una parte de mí deseaba estar con ella de esa manera, no voy a negarlo a estas alturas. Pero ese no era mi verdadero propósito cuando mandé ese mensaje. De verdad que no lo era. Tan solo quería, no sé... ¿escucharla?, ¿saber cómo sonaba su voz?

¿Irónico verdad?

—¡No! —exclamo en un tono más alto de lo que en realidad pretendía y con una brusquedad que no se merece.

Pero es que esa negativa no es solo la respuesta a su pregunta, es una advertencia que me arrojo a mí mismo consciente de la calidez que desprende su cuerpo bajo el mío, de que a nuestros pechos tan solo los separa el algodón de mi camiseta y el encaje de su sostén, de que puedo sentir la dureza de sus pezones con una abrumadora realidad presionando mis pectorales, y que mi erección está rozando la parte baja de su ombligo peligrosamente.

—Mantente fuerte, Ariel —le pido aflojando instintivamente sus muñecas, pronunciando en voz alta lo que un día decidió tatuarse en la fina piel de su brazo.

—¿Qué?

Parece que eso le hace reaccionar, como si le hubiese tirado un cubo de agua fría y se

le hubiese bajado el pedo instantáneamente. Se revuelve debajo de mí, pero esta vez con unas intenciones diferentes, logrando que me quite de encima. Se tapa con el nórdico y se queda en silencio, apoyada sobre el costado derecho y la vista fija en la tinta de su muñeca.

Aprovecho para alejarme y poner distancia entre nosotros, tomando asiento a un metro de la cama, en el sillón orejero color marrón que suelo usar para leer.

—¿Por qué ese tatuaje?

La curiosidad me puede.

—No... no quieres saberlo —asegura mirando la pared.

—Si te lo pregunto, es porque quiero —arguyo tratando de sonar amable e incluso dulce, y no ansioso como en realidad estoy por querer conocer la respuesta.

Permanece callada varios largos segundos en los que yo opto por no decir nada, porque veo cómo mientras los dedos de su mano izquierda acarician la tinta del tatuaje, su cerebro maquina si darme o no la respuesta que tanto ansío.

—Soy muy débil —pronuncia al fin con una sinceridad aplastante.

Para nada creo que eso sea así, pero claramente ella sí que tiene esa pésima visión de sí misma. Lo que me resulta terrorífico.

—No lo eres.

—Eso es porque no me conoces.

«Lo suficiente como para saber que arriesgaste tu vida para salvarme.»

Pero eso no se lo digo, no es el momento de tener esa conversación.

—Pues déjame conocerte.

—Eso no... —un bostezo interrumpe lo que sea que fuera a decir, haciendo que deje la frase en suspenso.

Cierra los ojos y en apenas un par de minutos escucho como cambia su respiración, tornándose más calmada y el gesto de su rostro, la arruga que se le forma en la frente cuando algo parece afligirle, ha desaparecido. Yo, en cambio, me siento inundado por una avalancha de interrogantes que presiento no me van a permitir pegar ojo. Igual no son solo todas esas dudas, puede que la presencia de Ariel, su olor que aflora libre colmando el aire de la habitación y su imagen, desnuda en el interior de mi cama, sean demasiado como para siquiera, replantearse dejarse dormir.

—¿Por qué te haces esto, miña serea ?

No soy consciente de que lo he dicho en voz alta hasta que me escucho como un eco en la penumbra. Pero es que esa es, entre todas las preguntas, la que sin duda más me inquieta.

Capítulo 22



Me quiero morir.

«Bueno, parece que la señorita ya se ha despertado. Y qué, ¿conseguiste ahogar bien las penas, niña?»

«Mierda, cállate. Ahora no, por favor, Úrsula, te lo ruego. ¿Por qué tienes que estar jodiendo desde tan temprano?»

Cómo es posible que sea un invento de mi cabeza y parezca que está gritando a pleno pulmón la *jodía*.

Si no fuera por el dolor que martillea en mi sien, no se me pasaría por la mente siquiera la idea de bajar un pie de la cama. Estoy extrañamente a gusto, el tacto de las sábanas en mi piel es suave y el olor... Ay... Eso es lo que hace que aspire contra la almohada de nuevo, profundamente, como si fuera alguna clase de yonqui inhalando su dosis. Mi cama no huele así, este es un almizcle demasiado varonil para provenir de mis sábanas de flores y algodón; una mezcla maderada con toques de agua de mar y alguna nota especiada que desprende fuerza e intimidad. Ni siquiera yo sabía que un olor pudiera decir tanto.

Abro los ojos comprendiendo al fin que no estoy en mi casa así que, con un sentimiento de miedo y curiosidad a partes iguales, recorro con la mirada la habitación en la que me encuentro. Unos rayos de luz entran desde mi espalda, donde supongo estará dispuesta la ventana, iluminando a su paso un espacio que me resulta extrañamente acogedor. Junto a mi cabeza, un escalón de dos peldaños de madera parece hacer su función como mesilla de noche y, sobre ella, descansan una pila de libros usados, releídos y algunos tan maltrechos que sería difícil averiguar el título tan solo por el lomo. Aun así, consigo distinguir un ejemplar de 1984 que, por la pinta, debe de ser de ese mismo año; sobre este, una edición de tapa dura de *El guardián entre el centeno*; alguno de Paulo Coelho; aunque sin duda, el que más llama mi

atención es el que corona la torre y que además, dicho sea de paso, es mi libro favorito, me refiero a *El Gran Gatsby*, de Francis Scott Fitzgerald. Este descubrimiento despierta un curioso cosquilleo bajo mis costillas que, a su vez, logra que despliegue una sonrisita inevitable.

Junto a esta especie de mesilla y en una esquina, hay varias cajas de cartón de mudanza cerradas que, por su aspecto algo polvoriento y abandonado, deben llevar tiempo en ese estado. Y en la pared contigua y frente a mí, una impresionante cómoda antigua de cinco enormes cajones de madera maciza oscura le aporta al espacio una gran personalidad; es sumamente bonita. Sobre ella, dos marcos de fotos (desafortunadamente desde mi perspectiva no logro ver con claridad a los protagonistas que aparecen en ellas) y una cámara compacta y moderna completan la encimera del mueble. En la pared opuesta a la mesilla y las cajas hay un pequeño armario de dos puertas de madera en color oscuro. Las paredes pintadas de un color azul apagado casi gris se muestran prácticamente desnudas a excepción del pedazo de pared que hay sobre la cómoda, en donde tres fotografías en blanco y negro llenan ese amplio espacio.

Me paro a observarlas con detenimiento y no es que sea una experta en fotografía, pero sí sé lo que me transmiten esas imágenes: una apabullante soledad. En la primera, aparece una tabla de surf blanca preciosa con dibujos maorís en negro clavada sobre la arena con el mar de fondo; en la segunda, gotas de lluvia rodean mar adentro esa misma tabla; y en la última, ya no hay tabla, pero el contraste de la espuma blanca en la orilla sobre la arena negra volcánica logran que inmediatamente pienses en la tabla como si estuviese en espíritu, aunque no en esencia. Sobrecogedor.

El olor, los libros, la calidez, hay algo en todo esto que expande en mí cierta pereza ante la idea de abandonar este lugar. Creo que el mareo que siento propagarse en mi cabeza no ayuda a darle sentido a todo esto, y por mucho que me esfuerce por tratar de recuperar los recuerdos de anoche... no paso más allá del segundo cubata y mi férrea decisión de acabar con toda la ansiedad que se desataba dentro de mí. Mejor no darle más vueltas al asunto y tampoco a la curiosidad sobre quién será el dueño de esta habitación.

Pongo un pie en el suelo tratando de hacer el menos ruido posible, y cuando estoy a punto de plantar el otro a su lado..., una voz a mi espalda hace que casi se me salga el puto corazón por la boca.

—¿Así es cómo sueles hacerlo? ¿Huyes a hurtadillas de la casa del tío de turno?

—¡¡Joder!! —exclamo girándome sobre el colchón con los pies de vuelta sobre la cama—. ¡¿Acaso me quieres matar de un susto?! —Me quedo muda al percatarme de que estoy prácticamente desnuda, con un sujetador que deja poco a la imaginación y que mi acompañante es menos desconocido de lo que yo, ingenua de mí, creía—. ¿Eric? ¿Pero qué...?

Agarro el edredón y tiro hasta cubrirme tratando de poner a su vez algo de orden a mis pensamientos. En realidad, me vuelvo loca rescatando en mi memoria lo que sea sucediese ayer para no sé cómo narices acabara en lo que deduzco debe ser la casa de aquí el doctor Estrada.

—Anoche no tenías tanta vergüenza —arguye pagado de sí mismo. Aunque no con especial ilusión.

—¿Tú y yo nos...? Es decir, ¿hemos...?

A decir verdad, llevo las bragas puestas; pero nunca se sabe con estas cosas.

—No, Ariel. No nos hemos acostado, pero no sería porque no pusieras empeño en ello —añade con sorna y con una sonrisa burlona dibujada en la cara que, si no fuera porque no me encuentro en las condiciones óptimas para hacerlo con la agilidad y dignidad que me gustaría (debido a mi penoso estado de embriaguez y que estoy medio desnuda) se la quitaría de un guantazo bien rapidito.

Tierra trágame.

Quiero morir.

Por favor que se abra una zanja ahora bajo el suelo y me trague cual niño en una piscina de bolas.

«¿Ahora te pones mojigata?»

¡Si Úrsula no dice algo revienta!

—Deduzco que no recuerdas nada de lo que pasó —agrega Eric sin rastro de diversión en su voz.

Niego con la cabeza incapaz de mirarle directamente a la cara, con la mía hundida en la funda de su nórdico de cuadros que, como si se estuviera burlando de mí, me noquea con su delicioso aroma. Eso hace que me sienta peor, así que, colocándome mi mejor disfraz de fingida dignidad, saco el valor para mirarle directamente a la cara.

Está sentado en un sillón orejero de Ikea, es el modelo *Strandmon* que salía en la portada del catálogo del dos mil trece (lo sé porque me encanta, y siempre he querido hacerme con uno) vestido con un polo Fred Perry en color verde oscuro con rayas en blanco, unos vaqueros oscuros y las mismas

zapatillas que llevaba el primer día que nos conocimos oficialmente en su consulta. Sus codos descansan en los apoyabrazos, con las manos unidas frente a él y sobre estas, reposan sus labios escrutándome con calma, como acostumbra a hacer desde que le conozco; aunque ahora también capto un gesto severo en su mirada.

Noto algo diferente en él, por un lado, el aspecto cansado que refleja con unos marcados surcos bajo los ojos, además de una incipiente barba de apenas un par de días que sombrea su mentón y le aporta un aire de lo más sexi que le queda francamente bien. No es de esos hombres de barba abundante y espesa, pero qué puedo decir, le dota de una masculinidad extra; aunque tampoco creo que le hiciese falta ningún añadido. Un mechón de pelo le cae por la frente rompiendo con su habitual peinado con todo el cabello hacia atrás, y ese gesto de rebeldía premeditada, o no, despierta en mí una intensa curiosidad por descubrir cómo sería sumergir mis dedos entre su pelo.

—¿Cómo he terminado aquí? —Saco el valor de preguntar enfrentándome a sus ojos. ¡Ay, esos ojos!—. Supongo que esta será tu casa y... tu cama.

—Después de contemplar cómo te emborrachabas sin sentido durante algo más de media hora...

—¿Me estabas vigilando? —le interrumpo arrugando la nariz ante esa idea.

—Más bien estaba decidiendo si era un buen momento para acercarme hablar contigo.

—Ah.

—¿Continúo? —pregunta incapaz de ocultar la molestia que visiblemente le produce todo este asunto.

—Por favor.

«Déjame en evidencia.»

Esto no lo digo en voz alta, pero lo pienso. Úrsula y yo en eso estamos de acuerdo.

—Un tío fue directo hacia ti cómo si acaso llevaras un cartel en la frente que pusiera: «BUFFET LIBRE». Y probablemente no me hubiese inmiscuido, ya que no es asunto mío lo que hagas con tu vida, sino fuera porque se te veía claramente incómoda —asegura apretando la mandíbula.

Ahora que lo menciona... había un tipo delgado, no muy alto y de pelo largo queapestaba a una colonia tan densa que, tan solo su presencia me revolvió el estómago. Pero lo que recuerdo de verdad son las náuseas que me

produjo cuando trató de besarme y yo le esquivé mientras cruzaba por primera vez en mi mente la idea de que efectivamente, ese comportamiento camicace mío era un completo error, y que en ningún caso haría que me sintiera mejor. Puedo imaginar el espectáculo que Eric debió contemplar. Lamentable es lo más suave que me viene ahora mismo a la cabeza.

—¿Qué pasó? —pregunto rascando en mi memoria qué es lo que sucedió después de mi negativa a aquel desconocido.

—Que tuve que pararle los pies.

Lo dice tan serio, apartando su mirada de mí y con una repentina tensión reflejada en la vena de su sien, que se me pasan ideas de lo más descabelladas por la cabeza.

—¿Le... le pegaste? —pregunto aterrorizada.

—No hizo falta. Aunque después de ver tu cara de alivio una vez se largó, creo que lo habría hecho si hubiese sido necesario.

Admito que no sé cómo sentirme al respecto. Quizá lo más sensato sea darle las gracias, pero por otro lado...

—Decidí que lo mejor sería llevarte a casa teniendo en cuenta tu estado —continúa, dándome ya de paso el tiempo suficiente para decidir qué me parece todo esto—, pero como me fue imposible sonsacarte tu dirección opté por venir a la clínica y obtenerla directamente de la base de datos. Pero resulta que vives a cincuenta minutos de aquí, era muy tarde y mi casa está encima de la clínica, así que pensé que lo mejor sería dejarte dormir la mona y llevarte a casa por la mañana.

Pues no sé muy bien qué decir. Miento, aún tengo una pequeña duda.

—¿Me... me desnudaste tú?

—Oh, no, cariño, eso fue cosa tuya. Eso, y tratar de besarme, quitarme la camiseta, bajarme los pantalones, tocarme el culo, alagar mis ojos y mi sonrisa...

—¡Vale, vale, ya lo he pillado! Ha quedado bien claro que sé humillarme sola.

Eric no dice nada, logrando que se forme un espeso silencio entre nosotros, y puede que esté esperando le dé las gracias o algo por el estilo, pero es que yo aún estoy sopesando si me molesta que se haya inmiscuido donde no le llaman, a pesar de que una parte de mí le agradezca que lo haya hecho.

—¿De verdad no pensabas decirme nada, Ariel? —inquire rompiendo esta incómoda quietud que se había instaurado entre nosotros.

Cuando levanto la mirada me encuentro con que su semblante ha cambiado y su rictus se ha vuelto temiblemente serio. Es cierto que aún siento esa desagradable sensación de estar ligeramente ebria, no obstante, creo intuir que hemos cambiado de tema de conversación.

Bonito momento para hablar de esto, sí señor. Y lo peor es que Eric parece mostrarse realmente dolido con el asunto.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? No sé, por ejemplo: ¿cuando lleve algo más de ropa o no tenga una jodida fiesta punzante taladrando mi cabeza? —El tono sarcástico se escapa de entre mis labios casi sin pensarlo.

—Haberlo pensado antes de beberte, en apenas media hora, lo que una persona normal bebería en tres días de fiesta.

Decido obviar la daga envenenada cargada de reproche que acaba de lanzarme, al fin y al cabo he dormido en su casa.

—Mira, Eric, yo..., no sé, no me siento cómoda con esto. Lo siento.

Es lo único que se me ocurre. No estoy muy lúcida en este momento.

—Entonces, es cierto que no pensabas decirme nada —afirma, y capto con claridad el cabreo y la decepción que cargan sus palabras.

Obviamente no piensa dejarlo estar, y yo...

«¿Tanto te cuesta enfrentarte a la vida real, niña?»

«Eso parece, Úrsula, eso parece...»

—Al principio, cuando fui a la clínica y te encontré allí estaba demasiado impactada, Eric. No me podía creer que el tipo al que había sacado inconsciente del agua apenas unos días antes estuviera frente a mí. — Agacho la mirada en busca de alguna clase de introspección que me ayude a encontrar la respuesta sincera que Eric espera, y con la vista fija en mis manos, que no dejo de frotar una contra otra con insistencia continuo—: Y luego, simplemente no... No lo vi necesario, la verdad, Eric. Lo importante es que estás vivo ¿no? ¿Qué más da quién te sacara del agua?

—¿Ni siquiera cuando te pregunté si nos conocíamos de algo? ¿Ahí tampoco lo viste necesario? No entiendo qué es lo que realmente te asustaba de todo esto. ¿Qué te daba tanto miedo, Ariel?, ¿que te diera las gracias? — añade con ironía envenenada.

No es bueno mezclar la ironía, con la resaca y la voz de Úrsula que, quizá vosotros no la escuchéis, pero yo sí y no ayuda una mierda.

—¿Quieres saber la verdad? —espeto ajustando el edredón bajo mis brazos con firmeza.

—¿Todavía lo preguntas? —pregunta con chulería.

Lleno los pulmones de aire y... allá voy.

—Pues no te dije nada, Eric, porque estaba muy, pero que muy cabreada contigo. Porque no he pasado nunca tanto miedo, que la vida de una persona penda en manos de uno no es agradable, créeme. De verdad pensé que no sería capaz de hacerlo. He estado tan conmocionada que no he sido capaz siquiera de volver a la playa. ¡Yo! ¡Que hago surf cada día! No he vuelto a pisar ni la arena, solo pensarlo me aterroriza. Y no puedes imaginar hasta qué punto necesito el surf. Lo ocurrido no ha hecho más que desestabilizarme de tal manera que todo lo que he logrado avanzar estos últimos siete meses de terapia se ha ido a la mierda, a la basura. Y todo porque olvidaste un precepto tan básico cuando te subiste a esa tabla como vivir el momento y dejar todos los problemas fuera. Así que sí, Eric, lo que menos me apetecía es que me dieras las gracias por algo que lo único que he tratado de hacer desde que sucedió es olvidar con todas mis fuerzas.

No dice nada y casi que lo prefiero, porque me he envarado con mi discurso y estoy un poco nerviosa. Ni siquiera sé cómo se lo ha tomado, aunque también os digo que eso es problema suyo.

—¿Por qué te haces eso?

La lástima que percibo en su pregunta me cabrea más todavía e intuyo que estamos hablando de otra cosa.

—¿De qué estás hablando?

—Tirarte al primero que pasa por delante.

—¿A qué demonios viene eso ahora? —Hago una pausa esperando una respuesta, pero veo que no tiene intención de añadir nada—. ¡Lo que haga con mi vida es asunto mío! —Me levanto llevándome conmigo el nórdico arrastrándolo por el suelo mientras busco mi ropa por la habitación bastante agitada. Y cuanto más tardo en encontrarla, más me voy envenenado. Al fin encuentro una de mis botas, y con ella en la mano, me acerco hasta donde está él, y apuntándole con ella le espeto—: Nadie te pidió que vinieras a rescatarme, ¡no necesito un jodido caballero andante! Sé cuidarme sola.

—¡No te equivoques, a mí me la suda con quién te acuestes! —exclama elevando la voz e irguiéndose sobre su metro ochenta frente a mí, obligándome a levantar la cabeza para poder mirarle directamente a la cara—. Tan solo lo digo porque está claro que no te quieres una mierda y me da bastante lástima la verdad.

—¡¿Quién cojones te crees que eres para hablarme así?!

Me alejo varios pasos de él porque me están entrando unas irrefrenables ganas de calzarle una hostia o un botazo ya puestos.

—Soy alguien que no puede ver cómo una persona se autodestruye.

—Pues quizá te equivocaste de profesión, y lo que deberías ser es loquero en vez de curar animalitos —espeto con inquina.

—Si me he equivocado en algo, ha sido claramente en haberme subido a esa tabla hace dos semanas —arguye con un pesar que no me espero y que tampoco entiendo. Una declaración que me deja sin palabras—. Siento haberte causado tantos problemas. Tu ropa está sobre la silla —me informa antes de salir de la habitación cerrando tras de sí con una suavidad que pone los pelos de punta.

Me quedo paralizada con la vista clavada en la puerta tratando de darle sentido a lo que acaba de ocurrir. ¿Alguien entiende algo? Y no me refiero a ti, Úrsula, ya sabemos que tú tienes respuesta para todo, eres como un puñetero oráculo. Y por otro lado ¿quién cojones se cree que es este tío? Vale que no le dije que fui yo quien le salvó la vida, eso quizá estuvo un poco feo, más cuando me preguntó si nos conocíamos de algo (en más de una ocasión) y yo me hice la loca. Pero vamos, tampoco es que yo estuviera obligada a decírselo, así que no sé a qué viene tanto mosqueo por su parte. ¿Y todo ese rollo de psicoanalizarme...? Eso ya es de traca.

Busco la silla, de la cual no era consciente de su presencia hasta este mismo instante, ubicada en la única esquina de la habitación que no había prestado atención hasta ahora. Sobre ella, perfectamente dobladas descansan mi falda larga y roja estampada con flores y mi camisa vaquera. Y como si despertara de un letargo, la imagen de mi ropa trae un recuerdo de anoche, nítido y esclarecedor. De nuevo la boca de aquel tipo buscaba la mía cuando apareció Eric con una mirada oscura que ensombrecía sus maravillosos ojos verdes, y no recuerdo haber escuchado lo que le dijo a aquel tío, la música estaba muy alta y yo demasiado perjudicada, solo sé que este se largó mostrando las palmas de las manos en alto dando varios pasos atrás como si acaso Eric le hubiera sacado una pistola. Incluso me suena haberle visto pronunciar a aquel tipejo un: «Lo siento».

Está bien, quizá deba darle las gracias por eso, aunque sigo pensando que yo sola podía haberme deshecho de aquel tío sin problemas si hubiese querido, simplemente él no me dio la oportunidad de hacerlo.

Ya vestida parece que siento recuperar un resquicio de mi dignidad. Bueno, esto porque no me he mirado en un espejo, porque estoy segura de

que debo ser una mutación entre un mapache mojado y Marilyn Manson de resaca. Mejor no pensar en ello...

Me acerco a la cómoda abrochándome los últimos botones de la camisa porque sí, la curiosidad me puede y quiero ver esas fotos. La primera está tomada en una playa, y no cualquiera: es «mi playa», esa en la que le salvé la vida. En ella aparece junto a otro chico algo más bajo que él, de pelo rubio largo y con un atractivo muy al estilo de Eric. Los dos tienen los brazos sobre los hombros del otro, y mientras el desconocido apoya su otro brazo en una tabla que no tardo en reconocer, es la mayoría de las fotografías de la pared, Eric hace la señal de *shaka*[\[6\]](#) con su mano izquierda en alto. Parecen muy felices.

Es su hermano, no cabe duda, recuerdo que me dijo que vino con él con veintitrés años, y por el aspecto de Eric... deduzco que esta foto se tomó en aquel viaje. Se me encoje el corazón, no puedo apartar la vista de su hermano, se le ve tan lleno de vida y pensar que ya no está... Las palabras de Eric se cuelan como eco en mi cabeza, esa confesión que me hizo antes de que me subiera al coche: su hermano murió el mismo día que él cumplía años. Eso debe ser una mierda muy jodida. Y yo me siento infantil y una estúpida. Lo sucedido en la playa no solo ha debido ser difícil para mí, obviamente para él también, y en ningún momento me he parado a pensar en ello; unos días antes del aniversario de la muerte de su hermano, y supongo que tan solo esperaba de mí algo de sinceridad.

Le echo un vistazo a la otra foto, salen ellos rodeando con sus brazos (uno a cada lado) la cintura de una mujer. Son jóvenes, algo más que en la otra foto probablemente. La mujer posa sonriente con un destello de dulzura de lo más entrañable. Sus ojos son de un castaño oscuro similar al del hermano de Eric y ya sabemos de quién ha sacado esos hoyuelos y ese pelo negro el doctor Estrada.

Detrás de los marcos veo una hoja escrita a mano. Deslizo el sobre que hay sobre este apartándolo con un dedo ligeramente, consciente de que no debería estar haciendo esto, pero la curiosidad me puede y con el corazón latiendo a prisa bajo mi garganta leo lo que queda al descubierto:

[...] es lo único que nos vamos a llevar de este lugar al que vulgarmente solemos llamar vida: las vivencias que concibamos en ella. Así que aquí va lo que me gustaría que hicieras:

-Vuelve a aquella isla y crea nuevos recuerdos.

-Abre esa clínica que siempre quisiste tener. ¡Cumple tus sueños!

-¡Hazte ese tatuaje! ¡O dos! ¡O tres! ¡Llena todo tu cuerpo de tinta si es lo que deseas!

-Regresa a aquella playa y coge de nuevo la tabla; yo te acompañaré en cada ola. ¡Vibra! ¡Siéntelo de nuevo!

-Confiesa algo inconfesable.

-Haz aquello que más temas. Arriésgate.

-Baila, canta, ríe. Demuestra que no has olvidado cómo se hace y déjate llevar.

-Haz el amor y permite que te lo hagan a ti. Algo me dice que nunca te lo has permitido.

-Presta atención a tu corazón y, al menos, por una vez en tu vida, escucha lo que tiene que decir.

-Perdonar ha sido siempre de valientes. Y tú, querido hermano, eres el héroe más grande que jamás haya conocido. Y sabes bien que he recorrido mundo.

Y Eric, no te olvides de vez en cuando de levantar la cabeza y mirar a las estrellas, ellas te mostraran algo muy importante que yo no te voy a desvelar aquí y ahora, porque las mejores cosas de este mundo son las que descubre uno mismo. ¿Qué te parece subir al Teide y comprobarlo? Te aseguro que merece la pena.

Así que olvídate de todo, menos de ti. Y por Dios ¡¡VIVE!! Abre bien los ojos y déjate salvar. Todos lo necesitamos en algún momento, aunque es un proceso que se forja en cada uno de nosotros.

Tú aún estás a tiempo.

Vive la historia que quieras contar.

Nos veremos, y espero que sea dentro de muchos años.

Te quiero.

Berto.

Con la mirada empañada y una angustia expandiéndose bajo las costillas instintivamente giro la cabeza a la izquierda, topándome de lleno con las cajas apiladas y polvorientas en las que se puede ver escrito en rotulador negro «Berto». Un fantasma que sobrevuela esta habitación y la vida de Eric. ¿Cuánto hace que murió? Y esas cajas están... intactas. ¿Y esta carta? ¿Acaso su hermano sabía que iba a morir y le escribió esta despedida repleta de sugerencias y peticiones?

Tras esta, una hilera de dudas infinitas se forma en mi cabeza y no sé por qué, pero siento la urgencia de darle respuesta. Inconscientemente desvió la mirada a la puerta cerrada, como si necesitara mirar esos ojos verdes para decirle cuánto lo siento. Ahora comienzo a comprender a ese hombre que surfeaba aquel día en la playa, el mismo que estaba en cuerpo, pero no en mente, ya sé dónde se encontraba esa parte de él. Un hombre repleto de grietas, puede incluso que más profundas que las mías.

No, definitivamente no estoy preparada para esto. De repente soy verdaderamente consciente de que acabo de invadir una intimidad que me ha golpeado súbitamente, que me ha dejado en un estado de no retorno respecto a Eric. Con manos trémulas coloco el sobre en el mismo lugar, y tragando con fuerza abandono la habitación como si hubiese visto un fantasma. Y puede que no lo haya visto, pero claramente aquí vive uno.

No sé qué esperaba encontrar al cruzar la puerta, menos después de tal descubrimiento, pero admito que no era esto; no es bueno ni malo, simplemente es... distinto a lo que había imaginado.

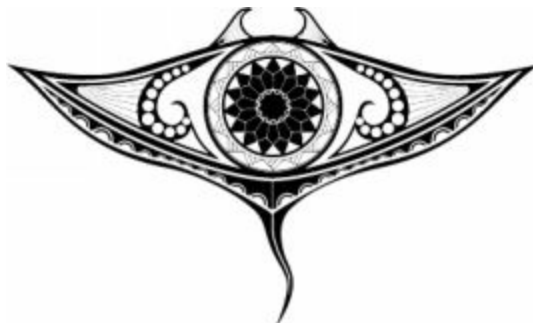
Un espacio más bien pequeño se abre ante mí, un piso amplio pese a sus dimensiones, viejo y parco en decoración, pero reconozco que con cierto halo encantador. Evidentemente es una casa de construcción antigua, de techos altos y suelos de baldosa de dudoso gusto. A la izquierda, separado por un arco, atisbo a ver la cocina y a mi derecha, otra puerta que intuyo será un baño. El resto es un espacio cuadrado que hace función de salón, compuesto por una tele de plasma anclada a la pared y enfrentada a esta, una fotografía de una ola que rompe rizándose sobre sí misma de tal forma que define un espacio cilíndrico completo, o lo que es lo mismo, una ola *tubera*. Una ajada mesa con más fotografías desperdigadas sobre la madera, una lámpara de pie de latón antigua en la esquina, y un sofá de unas tres plazas a su lado, en donde Eric permanece sentado muy serio y con la mirada perdida.

—¿Puedo usar el baño? —pregunto quebrando con mis palabras su intimidad.

—La puerta de la derecha —responde sin tan siquiera mirarme.

—Gracias.

Capítulo 23



En cuanto Max ha notado la presencia de Ariel justo cuando cerraba la puerta del baño ha bajado trotando de la azotea. Al parecer, con intención de conocer a nuestra invitada y ya es raro, porque no suele hacer ese esfuerzo por nadie. Lo normal es que se pase las horas en la azotea tomando el sol o durmiendo en el cuarto que hay en la misma y que yo habilité con colchones, alguna que otra manta, comida y agua para él. Desde que Berto murió le cambió el carácter y se volvió un ermitaño. Deduzco que eso es algo que nos sucedió a ambos, aunque en su caso es bastante comprensible teniendo en cuenta que él era su dueño.

No consigo quitarme de la cabeza lo que Ariel me ha confesado hace un momento, eso de que salvarme le ha trastocado la existencia. Bueno, esas no han sido exactamente sus palabras, pero básicamente esa era la idea. ¿Y cómo se supone que me tengo que sentir después de escucharle decir eso? Apenas nos conocemos y resulta que ¿le he jodido la vida? Me he cabreado, mucho, pero admito que ese sentimiento no ha tardado en convertirse en una tediosa culpabilidad y más tarde en alguna clase de lástima desbordante. El parecido con algo ya vivido ha sido demasiado crudo como para poder permanecer en esa habitación ni un segundo más, de ahí que decidiera abandonar la habitación. No me siento preparado para afrontar esto, no de nuevo al menos. Es obvio que Ariel no está bien, tiene algún problema que no sé si será de drogas, quizá sea algo relacionado con el sexo, el alcohol, o puede que sea una mezcla de todo, quién sabe. Y aunque me parece una mujer inquietantemente hermosa y misteriosa que admito me gustaría conocer más a fondo, lo mejor será que después de hoy me olvide de ella.

Con intención de relajarme me he dado una ducha y he podido cambiarme de ropa gracias a que afortunadamente, tenía tendidos en la azotea un par de vaqueros y una camiseta de algodón ya secos que me han salvado tener que ponerme de nuevo la misma ropa de ayer.

Escucho abrirse la puerta del baño y Max, que obviamente tiene el oído más fino que yo, sale disparado hacia allí. Yo me levanto para detenerlo, pero a pesar de que su edad perruna supera con creces la mía no logro alcanzarlo, así que me quedo a medio camino viéndole ponerse sobre sus patas traseras saltando y buscando la atención de la preciosa

Ariel.

Chico listo.

Para mi sorpresa, ella se agacha para recibir complacida sus atenciones.

—¡Maaax! ¿Cómo estás grandullón?

Yo me quedo embobado mirando la estampa. No sé si me impresiona más él o ella. Ariel irradia una felicidad tan sincera, con una sonrisa que no le había visto hasta ahora que, de nuevo, despierta esa vibración bajo mi pecho. La misma que sentí anoche cuando la tenía atrapada bajo mi cuerpo, en mi cama, mientras aseguraba sin dejar de mirarme que mis ojos eran los más bonitos que había visto nunca.

—Lo conocí en la playa —me informa mientras le acaricia tras las orejas. Intuyo que mi cara de incompreensión ante la escena le ha animado a hacerme dicha aclaración—, el día que... bueno, ya sabes. Estuvo un rato sentado conmigo en la arena.

—Le gustas.

—A mí también me gusta —asegura clavando sus bonitos ojos azules sobre mí—. ¿Te importaría que hiciera una llamada? No tengo móvil, ni dinero... Le dejé el bolso a Gara, una camarera, y por lo que veo..., me fui de allí sin pedírselo.

Me acuerdo de Gara, fue la misma que me sirvió ayer, la que conocía también a Sebas. De él también me acuerdo. Y la idea de que lo llame a él para que venga a buscarla no me hace mucha gracia. No por nada, no tengo nada en contra suya, simplemente me parece un capullo engreído.

—Yo te llevo —le informo cogiendo las llaves del coche que descansan sobre la mesa.

—No es necesario, de verdad. Ya te he ocasionado demasiadas molestias.

¿Me llama la atención que después de lo que me ha dicho y de cómo ambos hemos perdido ligeramente los papeles en la habitación ahora se dirija a mí con tanta amabilidad? Sin ninguna duda. Esperaba verla salir de la habitación echando espuma por la boca, insultándome o tirándome una de esas botas suyas a la cara. Pero lo que no imagina era verla así, tan... mansa. O puede que me equivoque y esté siendo condescendiente.

—Dije que te llevaría a casa y lo haré, me gusta cumplir con mi palabra. Además, tengo que salir igualmente —puntualizo con sequedad.

—De acuerdo —accede sin réplica apartando la mirada.

—Todos los domingos Max y yo subimos al Teide.

No sé lo que me impulsa a añadir esto, como si acaso le debiera algún tipo de explicación.

Menuda estupidez.

—¿Todas las semanas? —pregunta con sincera curiosidad acariciándome de nuevo con el azul de su mirada.

—Si nada nos lo impide, sí.

—Es un buen plan para hacer un domingo —confiesa con una franca sonrisa y la mirada perdida en una de las fotografías que hay sobre la mesa.

Se me pasa por la cabeza ofrecerle acompañarnos, pero ya hemos dejado claro que eso sería un error. Así que, antes de que diga algo de lo que me pueda arrepentir...

—¿Estás lista?

—Claro, vamos.

Capítulo 24



Saco el último piti de esa cajetilla que compré antes de venir hace ya cosa de dos horas, lo enciendo e inhalo una primera calada larga y profunda que parece me ayuda a calmar, aunque sea por una milésima de segundo, la sensación de angustia que me atenaza bajo la garganta con una contundencia arrolladora.

¿Dónde demonios se habrá metido? ¡Joder!

Aplasto el paquete de tabaco en un puño y lo lanzo sobre la encimera de la cocina con un fuerte sentimiento de repugnancia y desdén hacia mí mismo, y un cabreo monumental hacia ella que no ayuda una mierda en estos momentos.

Gara me mandó un mensaje esta mañana para decirme que anoche Ari nunca pasó a recoger su bolso y que si hablaba con ella le dijera que se acercara por su casa a buscarlo; cosa que ya he hecho yo, tras despertarme con una resaca espantosa en el dormitorio de una exuberante gogó con la que me lie anoche.

Porque a ver, que Ari se largue dejándose el bolso es raro de cojones, pero que sean las dos de la tarde y no haya llegado a casa es para, como mínimo, tener en cuenta. Ari jamás se queda a dormir en casa de un tío al que acaba de conocer. ¿Se acuesta con él? Sí, pero una vez finiquitado el asunto se larga. Cada uno en su casa y Dios en la de todos, como bien diría mi madre. Y sabéis qué os digo, ella es mayorcita para hacer con su vida lo que le dé la real gana, pero saber por boca de Gara que la última vez que la vio estaba con el tío ese que me crucé anoche y me preguntó por ella..., no me da buena espina precisamente. Lo que ha empezado a inquietarme más de lo que quizá me vea capaz de soportar.

Y es que con Ari todo es así, vivo en un permanente estado de preocupación por ella que cada vez se me hace más difícil soportar. Más teniendo en cuenta que yo también tengo mis propias mierdas y que precisamente a ella, a pesar de ser mi mejor amiga no se las puedo contar. Ari me necesita fuerte y yo, ahora mismo, no soy lo que ella necesita.

Ha llegado a un punto que, como ahora, nada más colarme en su casa usando para ello la llave que esconde en el hueco que hay tras el buzón, puesto que tras una búsqueda en su bolso no he encontrado su juego de llaves por ninguna parte, lo primero que he hecho ha sido hacer un registro de su casa digno de un funcionario carcelero: bajo la cama, el

armario, un vistazo en el baño, los armarios de la cocina y la basura; e incluso, la antigua habitación de su tía, a pesar de que sé perfectamente que desde que falleció no ha vuelto a entrar en ella. Así que, imaginaos hasta donde llega mi paranoia y mi preocupación por ella. Sí, a colarme en su casa; pero eso es algo que ambos ya tenemos normalizado. Y el hecho de no haber encontrado nada sospechoso tampoco es que me deje más tranquilo; son muchos años y Ari es cuidadosa, al menos lo es desde que sabe que estoy al acecho. Sin embargo, sé que el reencuentro con Hugo no ha sido de su agrado (por mucho que trate de fingir) y el tema ese de tener que salvar a un tipo de morir ahogado... La conozco lo suficiente como para saber que un par de cosas como esas son suficientes para desestabilizarla.

En lo único en lo que podía pensar en este rato mientras ponía patas arriba su casa, es en que necesito distanciarme de ella una temporada, y en serio que lo hago por su bien; no sé cuánto tiempo voy a poder contener todo esto que bulle dentro de mí y que cada vez se hace más evidente y real. Ahora vamos a estar un par de semanas sin conciertos ni ensayos, cosa que nadie sabe cuánto agradezco. En serio que separarme de Ari es para mí un jodido infierno, pero si no quiero ponerla en una situación incómoda que sé acabaría por romper nuestra amistad, no me queda otra que tomar distancia.

Pero por otro lado...

¡No, no puedo hacerle eso! Ella me necesita y yo... yo también la necesito a ella.

Capítulo 25



—¿Vives en esa casa desde que llegaste a Tenerife? —me intereso tratando de disimular lo peligrosamente atractivo y varonil que me resulta verle conducir. Más aún si cabe.

—En realidad estuve un par de meses afincado en casa de Jonay, que es mi mejor amigo, hasta que Lola, la perra de su hermana, se puso de parto y estuve echándoles una mano. Pero surgió un problema y tuvimos que llevarla a que le hicieran una cesárea de urgencia, ya que yo no tenía el material necesario para atenderla. Fue entonces cuando conocí a Félix, que en cuanto descubrió que yo también era veterinario me confesó que estaba buscando a alguien para traspasar la clínica. Estuve un par de meses trabajando con él y después me quedé con el negocio. Además me alquila también el piso a muy buen precio.

—De todo lo que me ha contado yo no puedo dejar pasar cierta información... Recuerdo que el primer día que fui a la clínica le pregunté si tenía el teléfono de Félix, y su respuesta fue una clara negativa.

—¿Qué pasa?

No soy de las que saben disimular, a mí se me nota todo en la cara, y ahora mismo mis facciones deben estar mostrando sin disimulo todo lo que me estoy callando.

—El que me acusaba de mentir... —le recrimino con diversión—. Te pregunté si tenías su teléfono y me dijiste que no. Y no esperes que me crea que os comunicáis por dos envases de yogur unidos por un hilo, porque eres su inquilino.

—Igual si hubieses sido sincera conmigo, yo lo habría sido contigo —arguye apartando un momento la vista de la carretera para clavar sus mágicos ojos en mí.

—Eso no tiene ningún sentido y lo sabes.

Le cazo una sonrisa pillándole en un renuncio que no es capaz de ocultar.

—A lo que me refiero es a que es irónico que exijas lo que no das. No creo que sea comparable que yo no te dijera que tenía su teléfono, con el hecho de que tú ocultaras que me salvaste la vida: tan solo intentaba ganar una clienta.

—Las mentiras son mentiras aquí y en la China, no creo que haya grados por mucho que trates de excusarte. Tampoco es que te fueras a morir de hambre si yo decidía llevarme a Flounder a otro veterinario. Tu mentira estuvo mal y, obviamente, la mía también.

Me pregunto si habrá captado la disculpa que iba implícita en todo el rollo que acabo de soltarle. Lo que le dije hace rato en su casa era completamente cierto, no le dije que fui yo la que le salvé en la playa porque una parte de mí aún le culpa de mi reciente recaída. Pero seamos sinceros, la única responsable soy yo, por mucho que me cueste aceptarlo. Mis palabras no fueron justas y siento que debería disculparme, aunque lo más correcto sería hacerlo de manera más directa.

—Tienes toda la razón —reconoce, y yo no puedo más que mirarle como si fuera Max el que hubiese pronunciado esas palabras—. ¡¿Qué?! —exclama con el ceño fruncido.

—Lo último que hubiese esperado es que me diceses la razón —respondo con sinceridad.

En el poco tiempo que nos conocemos me he dado cuenta de que Eric es una persona muy templada, y que a pesar de los acontecimientos suele mostrar un carácter tranquilo y comedido. Además, suele medir sus palabras antes de hablar, pero no de una manera que resulte fría o calculada, al contrario, creo que simplemente espera a dar con las palabras adecuadas, le lleve el tiempo que le lleve. Y lo más llamativo de todo es que no hace que me sienta incómoda, de hecho, consigue todo lo contrario; es como si tuviera la certeza de que sus palabras son las más sinceras que vaya a escuchar jamás. Como cuando me contó lo de su hermano el día de su cumpleaños, no se inventó ninguna banal excusa, sencillamente esperó a estar preparado para decírmelo. Y lo hizo.

—¿Por qué no iba a darte la razón si la tienes? Pedirte algo que no te he dado es bastante incongruente, y más aún echártelo en cara.

—Lo siento, pero es que no estoy acostumbrada a hablar con alguien tan... coherente.

Y maduro, pienso. Pero eso mejor me lo guardo.

—Soy yo el que trabaja con animales —bromea con esa sonrisa de medio lado que provoca cosquillas en mi estómago.

—Yo también, no te creas.

—¿Lo dices por Sebas? —adivina entornando los ojos al tiempo que frunce ligeramente los labios.

—Mayormente.

—¿Hace mucho que sois amigos?

—Ocho años.

—Tienes una relación muy cercana con él. —No es una pregunta.

—No sé qué matices engloban para ti la palabra «cercana» —apunto entrecomillando la palabra en el aire con los dedos—. Es mi mejor amigo, pasamos mucho tiempo juntos, es un gran apoyo y la persona que mejor me conoce. Su aparición en mi vida fue algo así como un salvavidas, así que si esa es tu definición de «cercana». Entonces sí, lo es.

De nuevo, alarga el silencio enredado en sus pensamientos.

—Dilo —le pido.

—¿Cómo?

—Lo que sea que estés pensando. Dilo.

Me intriga sobremanera qué es lo que le pasa por la cabeza y porque duda tanto si soltarlo o no. Puedo escuchar los engranajes de su cabeza trabajando a destajo desde aquí.

—Me pregunto a qué te refieres con que fue un «salvavidas». Bueno, en realidad, me intriga de qué se supone te salvó, si soy completamente sincero.

No necesito tiempo para darle esa respuesta.

—Me mostró que el amor incondicional existe, a pesar de que provenga de un hombre; y que además soy merecedora de ello. Por no mencionar que me ha salvado de mi misma más veces de las que puedo contar.

Hace un ligero asentimiento con la cabeza casi imperceptible mientras reposa mis palabras permitiendo que el silencio vuelva a envolvernos de nuevo.

—Comprenderás que esa respuesta me genera aún más preguntas.

—Lo comprendo —admito; entiendo que quizá he sido algo ambigua—. ¿Puedo hacerte yo ahora una a ti?

—¿Así que solo querías que te preguntara para poder hacerlo tú?

—Extrañamente... no. En realidad, es algo que me ha surgido ahora.

—Dispara.

—¿Qué hacías anoche en el Triplex?

—Sabía que la cantante de Cantos de sirena era la mujer que me salvó la vida —confiesa observándome; diría que esperando ver mi reacción.

—No entiendo. Entonces... ¿ya sabías que era yo?

—No, no tenía ni idea. El jueves después del suceso en la playa, mi amigo Jonay me llevó al Laguna Negra con intención de celebrar mi cumpleaños. Justo cuando empezó el concierto tuvimos que irnos, pero antes de abandonar el local te escuché, y lo supe; sabía que la mujer que cantaba era la misma que me sacó del agua cuatro días antes. Pero desde mi perspectiva no pude ver tu rostro, igual que tampoco lo hice el día en que me salvaste.

Recuerdos del día de ese concierto emergen a la superficie. Sus ojos. Me pareció haberlos visto. ¡Y yo pensando que era un engaño de mi mente! ¿Quién me lo iba a decir?

—¿Y ya está, te fuiste y punto? Quiero decir, ¿sabes que hay algo llamado Google verdad?

—En cierta medida tenía miedo a ponerte cara. Todo sucedió tan rápido..., en un momento estaba sobre la tabla y al siguiente me desperté en la cama de un hospital. Tenía vagos recuerdos de mi despertar escupiendo agua en la orilla: una mujer, un cabello rojo, una voz... Ponerle cara suponía que de verdad eso había sucedido, afianzar que efectivamente fue una idea estúpida e irresponsable meterme aquel día en el agua. No sé en qué estaba pensando.

Deduzco que estaba siguiendo una de esas «peticiones» que su hermano dejó escritas en esa carta que descansa en la cómoda de su habitación como una parte más de la decoración, como algo pendiente de solucionar.

—En seguir adelante.

Mis palabras consiguen que despliegue una sonrisa franca como si le hubiese quitado un peso de encima al pronunciarlas en voz alta.

—El día después apareciste tú por la clínica —prosigue—, y si fue raro para ti, para mí no fue mucho mejor, especialmente cuando...

—Te di la cartilla y nos rozamos—le interrumpo recordando ese instante.

—Era como esa sensación de estar a punto de alcanzar algo, rozándolo con la yema de los dedos, pero que por mucho que te estires no eres capaz de dar con ello. Sentía una terrible impotencia que además no entendía, lo que ya empeoraba la situación.

—Por eso me trataste así al final de la consulta —concluyo. Y a pesar de lo mal que me hizo sentir en aquel momento no le guardo ningún rencor.

—Sí, y créeme que lo siento, Ariel —dice con ojos suplicantes.

—Lo sé.

¿Lo sé?

Eso parece. Esa afirmación abandona mis labios con una certeza que ni siquiera yo sabía que sentía. Es como si no me costara creer nada de lo que dice. Como si, de hecho, ni siquiera necesitara esa disculpa. ¿Tiene esto acaso alguna clase de sentido?

—No hay nada que me altere y me dé más que no entender lo que sucede a mi alrededor —arguye casi bufando—. Acudí al concierto ayer para salir de dudas y cuál fue mi sorpresa...

—Siento que te enterarás así, debí habértelo dicho.

Porque sí, ahora que entiendo sus circunstancias, entiendo lo egoísta que he sido.

—La verdad es que lo supe incluso antes de verte sobre el escenario. Y reconozco que me cabreé, mucho, por eso estuve esperando un buen rato en la distancia decidiendo si era buena idea hablar contigo. Y bueno, el resto de lo que pasó... ya lo sabes.

—Lo siento, Eric. Especialmente lo que dije en tu casa, tú no tienes culpa de nada. Me sentía vulnerable y lo he pagado contigo. Me he despertado con resaca, medio desnuda, con lagunas de lo que sucedió anoche y en una casa que no conozco. Aunque no lo creas, no acostumbro a dormir en casa de desconocidos. De hecho, es la primera vez que lo hago. No he sido justa contigo, obviamente tú también tienes tus propios problemas y...

Eric frena el coche de repente, frente a un semáforo que apenas acaba de ponerse en ámbar; le hubiese dado tiempo a continuar respetando las normas de circulación sin problema, lo que le vale algún que otro bocinazo y que yo deje mis palabras suspendidas en el aire. Suelta la palanca de cambios ignorando las voces exteriores que, a pesar de que el semáforo ya se ha tornado rojo, no desisten en su empeño por mostrar su malestar. Con paciencia, estira su brazo hacia mí para arropar mi mano con la suya, calmando en el acto ese tic nervioso que me empuja a frotar mis manos insistentemente, y que, para variar, no era consciente hasta que él ha detenido con sus largos dedos transfiriéndome un profundo sentimiento de paz y seguridad. Uno cercano a ese que me embargó cuando me miró a los ojos por primera vez. En la playa. El día que le salvé la vida.

Aparto la vista de ese punto para mirarle a la cara, disfrutando de la calidez que me aporta no solo su piel sobre la mía, también la franqueza de sus ojos verdes clavados en mí. Es más que insólito lo cómoda que parezco sentirme a su lado, como si nos conociéramos de siempre. A decir verdad, es incluso más que eso, porque, por primera vez en años, no me siento obligada a fingir algo que no soy; lo que ya de por sí es sumamente desconcertante. Eso solo me había ocurrido con Sebas, y aún así continúa siendo algo completamente distinto, teniendo en cuenta que hasta este instante no me había percatado de que su presencia logra silenciar a Úrsula, y eso es algo que ni mi mejor amigo ha sido capaz de conseguir jamás.

—No lo hagas —me pide.

—¿El qué?

—No te disculpes. No lo necesito.

Parece turbado, tanto como me sentí yo antes, cuando me di cuenta de que tampoco necesitaba sus palabras. Su disculpa.

Nos envuelve un silencio cálido y reconfortante que ayuda a afianzar más si cabe esa evidente atmósfera de comodidad en la que nos hemos visto envueltos y de la que ambos somos más que conscientes.

—Es raro —admite en voz alta.

—Lo sé —reafirmo bajo su escrutadora mirada.

Es raro y al mismo tiempo es como si fuera lo más natural del mundo.

El semáforo se torna verde, bien es cierto que no es algo a lo que le estemos prestando especial atención. No obstante, la hilera de coches que tenemos detrás nos lo hacen saber obligándonos a abandonar nuestra burbuja con sus impacientes bocinazos. Como es lógico, Eric se ve forzado a soltarme la mano y el sentimiento de pérdida que me embarga cuando lo hace me deja sorprendentemente desolada.

¿Cómo puedo ansiar el contacto de alguien a quien apenas acabo de conocer?

Es delirante.

Un disparate.

Sea como fuere, deja de importarme ese misterio en cuanto nuestras miradas se cruzan de nuevo.

—Hace al menos tres años que no subo al Teide —confieso pasados un par de minutos de evasión reflexiva mirando por la ventanilla.

Sinceramente no sé a qué viene esta declaración por mi parte, pero desde que mencionó que va todas las semanas no he dejado de pensar en ello.

—¿Tanto tiempo? ¿Y eso?

—Buena pregunta. Supongo que hace tiempo que mi vida es una sucesión de acontecimientos mecánicos: trabajo en el hotel, ensayos, conciertos y... poco más.

—Si quieres unirme a nosotros estás invitada; aunque quizá hoy no sea el mejor día teniendo en cuenta la resaca que debes tener y...

—¿Has ido alguna vez por la noche? —le interrumpo. Y de verdad que no soy consciente de que es algo que le proponía su hermano en esa carta hasta que lo he dicho en voz alta.

—No.

—Dicen que la vista de las estrellas es espectacular.

—¿Y tú? ¿Has ido alguna vez de noche?

—Tampoco.

De nuevo se instala el silencio entre nosotros: despreocupado, templado y confortante. Como el de esos amigos que se conocen lo suficiente como para saber que no es necesario rellenarlo con banalidades ni ruido innecesario. Esto hace que vuelva al hecho inaudito de que Úrsula lleva rato sin pronunciarse, cuando la norma es que mine mi cordura con pensamientos que logran hacerme sentir más insegura de lo habitual, más con alguien como Eric. Quiero decir, con un hombre que además de ser claramente atractivo, despierta en mí algo más que las ganas de pasar un buen rato bajo las sábanas. Es incluso algo más íntimo que eso, estoy hablando de que esas ganas pasan por compartir tiempo con él.

Comienza a sonar *Cosquilleo* de Diego Ojeda y Rayden en la radio del coche, y aunque apenas se oye, ya que la música está más bien baja, instintivamente mis labios se mueven siguiendo la letra de la canción. Exactamente la parte que canta Rayden que es la que más me gusta. Eric sube el volumen elevando la comisura de los labios, consolidando de ese modo la misteriosa complicidad que existe entre nosotros.

Y yo que perdí el billete de vuelta y el amor estaba en otra parte
Entendí que lo bueno te encuentra cuando dejas de buscarte
Que tiene metro setenta, caliente con solo mirarme
Derrite mi karma a la piedra y de piedra no soy si la tengo adelante, no
Me ciego con los focos de sus ojos color miel
Y se juntaron el fuego con la pólvora a la vez
Quise soplar dientes de león y en ella pensé, ahora ya sé porque el huracán a

veces tiene nombre de mujer
Ella tan cuerda flojea, y yo tan globo herido, volando a la pata coja, conseguí
hacer equilibrio
No sé pasar de hoja, soy más de tirar libros
Pero esta es nuestra historia y juntos la reescribimos
Me encanta que ría de todo y a la vez de nada, a carcajadas
La tenga al lado de la cama mientras a mi lado con mi brazo de almohada
Le encante conocer mundo, y no sea mi mundo, no, sea mí galaxia, mi agua,
mi cala

—Tienes buen gusto.

—Y tú una voz preciosa.

No suelen gustarme nada los halagos, principalmente porque no me los creo, a mi forma de ver siempre llevan alguna clase de interés oculto detrás. Pero hay algo genuino cuando se trata de Eric, y el ligero rubor que ha prendido mis mejillas y la tímida, pero agradecida sonrisa que aparece en mi cara, no me deja pensar que no sea sincero.

—Gracias —respondo con franqueza por vez primera en mi vida tras haber recibido un cumplido.

(Capítulo 26)

Mononucleosis infecciosa por VEB, complicada con hepatitis y anemia hemolítica autoinmune.

Ese fue el diagnóstico que me mantuvo quince días ingresada en un hospital en el verano que cumplí veinte años; tres meses después de que empezara a salir con Hugo. Nunca me había asustado tanto en mi vida, hasta entonces no había sentido lo frágil que era mi existencia.

Acababa de llegar a Fuerteventura de visita ya que en aquella época vivía en Tenerife. La cara de mi madre nada más verme es difícil de olvidar: asustada cuanto menos. Y no por la evidente pérdida de peso que achaqué a los nervios de los primeros meses de enamoramiento que me quitaban las ganas de comer. Lo que provocó que mamá decidiera llevarme al hospital fue la ictericia, mi visible agotamiento y debilidad, además de una gripe que arrastraba desde hacía más de una semana a la que yo no le había dado mayor importancia. Menos mal que ella sí que se la dio.

La dogmática seguridad con la que el médico pronunció aquel «hepatitis», logró que empezara a tomarme aquello en serio. En mi mente se había estancado el recuerdo de un profesor que tuve en el instituto un par de años antes y que de repente, un día, ya no volvimos a ver: falleció por una hepatitis. En ese momento tenía la certeza de que yo no saldría de aquello.

Me ingresaron de inmediato y desde ese día hasta el mismo que me dieron el alta no me dejaron levantarme de la cama ni para ir al baño, temían que pudiera desmayarme debido a mi debilidad. Al médico le costaba entender cómo me había mantenido en pie hasta ese momento. A puntito estuvieron de hacerme una transfusión, afortunadamente el tratamiento con corticoides y no sé qué más maravillas de la medicina surtió efecto y no fue necesario.

Mi madre no se separó de mí, tampoco mi tía Clara que se plantó allí al día siguiente.

Mi padre apareció al tercer día con una despreocupada sonrisa que poco tenía que ver con la incertidumbre que se respiraba entre aquellas paredes.

Soltó alguna que otra frase en plan: «En realidad no es para tanto» que decoró con palabrería barata que había obtenido después de hablar con uno de sus hermanos que era médico. Y a saber qué le contó mi padre para conseguir esa información, principalmente porque las únicas hijas que su hermano conoce son las que mi padre engendró con su mujer. Puede que le soltara un rollo del estilo: «La hija de un amigo está ingresada, al parecer tiene una mononucleosis y blablablá». ¡Vete tú a saber! Tampoco es algo que vaya a saber nunca como sucedió; con la muerte de papá se fueron muchas incógnitas y quizá esta, es la que menos me interese resolver. El hecho es, que tras esa erudita exposición y una visita que duró apenas diez minutos, lanzó un par de billetes sobre las níveas sábanas de hospital y desapareció. No fue una aparición estelar, no vamos a engañarnos, pero al menos hizo acto de presencia que ya es algo teniendo en cuenta que no puedo decir lo mismo de Hugo.

Las palabras exactas de mi entonces novio fueron: «No me siento cómodo». La presencia de mi madre y mi tía le cohibían. Veintisiete años y dos mujeres de mediana edad eran para él como un monstruo de seis cabezas. Pobrecito, *mi niño*.

Me dolió, pero jamás dije nada. Encerré esa decepción en el fondo de esa cajita de la que ahora me dedico a rescatar cada uno de los recuerdos dolorosos a los que en su día no tuve el valor de enfrentar y que ahora, me esfuerzo por darle alguna clase de sentido; ya no vale ignorar su existencia. No al menos, si pretendo salir de todo esto.

Pero es un fastidio descubrir que, al parecer, me había convertido en aquella mujer complaciente en que solía transformarse mi madre cuando de mi padre se trataba. Yo, que odiaba esa actitud, y resulta que parecía estar repitiendo ese comportamiento.

Dicen que el amor es ciego, especialmente cuando es el primero, eres joven e insegura y eso te ayuda a encontrar todas las excusas necesarias para conseguir darle sentido hasta lo que no lo tiene. ¿Cómo iba yo a enfrentarme al único hombre que había querido y más aún, al único que me había dicho esas palabras a mí? Porque sí, un mes antes dijo que me quería; aunque su amor por mí no fuese suficiente como para venir a hacerme una visita al hospital. Y si hablamos de cobardes quizá yo lo fuera más que él, teniendo en cuenta que me aterraba más enfrentarme a Hugo, que quedarme con esa desilusión enquistada para siempre. Si antes me parecía a mi madre, en esto, obviamente lo hacía a mi padre, que era el más astutos de los cobardes.

¿Acaso esa era la clase amor que merecía? No lo sé, pero admito que por mucho tiempo asumí que así era. Mejor eso que nada. Decidí que al menos debía contentarme con ello. Hoy en día no me hace falta, al menos no como creía necesitarlo en aquella época.

Afortunadamente al poco de salir del hospital conocí a Sebas, formamos Cantos de sirena y todo ese dolor pareció diluirse con un cariño, generosidad y fidelidad que, hasta entonces nunca había conocido antes en ningún hombre.

Todavía hoy me cuesta entender a aquella Ariel que no era capaz de enfrentarse a lo que le molestaba o simplemente no le parecía bien. No cabe duda que la perspectiva que te da el tiempo no es comparable a nada, y que obviamente, ya no soy la que era.

Capítulo 27



Tras un par de indicaciones entre canciones de Ojeda, Ferreiro y Russian Red; Eric aparca con diligencia frente a la puerta de mi casa, apaga el motor y se gira en su asiento quedando frente a mí. Estos minutos musicales hasta aquí, en los que cada uno ha permanecido sumido en sus propios pensamientos, he notado que él parecía especialmente concentrado; y algo me dice que no era porque se le hubiesen olvidado algunas señales de tráfico, a pesar de lo sucedido antes con aquel semáforo.

—Siento que necesito darte las gracias —dice claramente compungido pasándose la mano por el pelo con el codo apoyado sobre el volante—, me salvaste la vida, Ariel. Comprendo que para ti no fue agradable, pero entiende que no puedo hacer como si nada hubiese ocurrido: me salvaste la vida — repite con firmeza, como si se tratara de algo que no admite discusión.

Vale, lo entiendo. Es decir, que necesite darme las gracias y también que lo haga con cierto temor teniendo en cuenta lo que le he dicho en su casa: prácticamente le he dado a entender que ha sido lo peor que me ha ocurrido en la vida. Y no es cierto. Tampoco justo.

—Lo entiendo.

—No eres débil, Ariel —afirma inesperadamente.

No era consciente de que había dejado de mirarle para centrarme en el tatuaje de mi muñeca hasta que ha pronunciado esas palabras. Y como es obvio, esa confesión me descoloca.

—¿Cómo?

—Anoche me dijiste que eras débil. Pero eso no es cierto. Ni siquiera entiendo por qué te ves de esa manera. —Hasta parece turbado cuando lo dice.

—Alguien fuerte no hubiese hecho lo que yo estuve a punto de hacer anoche.

—¿El qué?

—Buscar una vía de escape a través del sexo con un desconocido —reconozco. Y empieza a no sorprenderme lo sincera que puedo llegar a ser con este hombre de ojos verdes.

—¿Eso es lo que haces?, ¿para eso es la terapia? —pregunta con flagrante interés.

Pero esto de la sinceridad tiene su límite, porque me asusta el hecho de no tener ningún reparo en contestar a todas sus preguntas. Y tan solo hace dos segundos que lo conozco.

—Gracias por todo, Eric —me despido dispuesta a abandonar el coche sujetando la manilla de la puerta.

—Espera, Ariel —me pide rodeando mi antebrazo con sus dedos.

Un gesto inocente, y ya sé que estoy perdida.

Me giro y nos mantenemos la mirada mientras le observo acercar su otra mano a mi pelo que cae revuelto sobre mi hombro, para enredar sus dedos entre algunos mechones en un ademán demasiado íntimo y, que a su vez, soy consciente de que nos arrastra a ambos a aquel día en la playa.

—Creo que lo que de verdad te da miedo es saber que eres más valiente de lo que creías —susurra en mi oído antes de acariciar con el pulgar mi mejilla.

Su cercanía me acelera el pulso y sus palabras erizan mi piel.

Se separa apenas unos centímetros, en los que no solo su aliento acaricia mis labios, también lo hace su mirada sobre la mía. Su mano intrépida ha alcanzado mi nuca y parece establecerse ahí, mientras nosotros, sin pronunciar palabra, nos perdemos cada uno en los ojos del otro.

Asediada por el cansancio, hipnotizada por la magia de sus ojos y embriagada por su cercanía, comienza a resultarme difícil mantener mis barreras en alto por mucho más tiempo. Ni siquiera soy consciente de que estoy en un estado hipnótico contemplando su boca, hasta que se humedece el labio inferior despacio y demasiado sensual como para que mi cuerpo no reaccione con un cosquilleo bajo mi vientre. Porque claramente esa provocación es un aviso de lo que está a punto de ocurrir.

¡Guau! ¡Guau!

Pero Max, del que sin duda tanto Eric como yo nos habíamos olvidado, me ayuda con sus ladridos desde la parte de atrás del 4x4 a no dejarme llevar y cometer lo que hubiese sido un grave error. Es más que evidente que Eric me atrae demasiado para que un beso sea suficiente; empiezo a creer que

incluso un polvo me sabría a poco. Y no porque Eric no fuera a estar a la altura: estoy segura de que sabe lo que se hace. A lo que me refiero es que mi instinto exige más de este hombre que tan solo un rato de buen sexo.

—Me parece que alguien reclama su visita al Teide —bromeo percibiendo como esa intimidación que parecía habíamos creado, termina por desvanecerse con el sonido de mis palabras.

Eric eleva las comisuras de los labios en algo que probablemente pretenda ser una sonrisa, pero que tan solo se queda en una mueca fingida.

—Gracias por todo, Eric —me despido, y esta vez sí, abandonando el coche con su silencio como única respuesta—. ¡Adiós, Max! —Hago lo mismo con el peludo que me mira con la lengua fuera desde la parte trasera del coche.

Caminando los apenas diez pasos que me separan de la puerta de mi casa intento no mirar atrás, pero no soy tan fuerte; aunque no hallo nada diferente. Eric se mantiene en la misma posición mirando en mi dirección con un semblante que me cuesta bastante descifrar.

¿Qué demonios estará pasando por su cabeza?

Necesito atravesar el umbral de mi casa para sentirme segura y volver a una realidad que al menos, me resulte conocida. Dudo que vuelva admitir esto de nuevo, pero creo que hasta echo de menos a Úrsula.

Muevo el buzón para sacar la llave que allí escondo, pero... ¿qué narices? No está.

«Sebas.»

Lo averiguo enseguida y no porque sea él mismo en carne y hueso quien me abra la puerta, sino porque es el único que conoce donde escondo esa llave. Esto se está convirtiendo ya en una costumbre demasiado normalizada.

—¿Qué haces aquí? —pregunto pasando por su lado, y no me pasa desapercibido que no soy la única que lleva puesta la misma ropa que ayer, aunque en su caso es algo ya habitual—. ¿Acaso has dormido en mi casa?

—Lo que está claro es que tú no.

Me giro ya en el centro del salón sorprendida por ese inesperado reproche.

—¿Perdona?, ¿a qué narices viene eso?

—Llevo unas cuantas horas esperando por ti, ¡he estado a punto de llamar a la policía! —exclama demasiado alto para que mi cerebro pueda procesar la razón de ese grito: aún persiste la resaca.

—Perdona, Sebas, pero creo que sigo sin entender nada —arguyo con

sinceridad llenándome un enorme vaso de agua que me bebo de un tirón con la cadera contra la encimera escrutándole con detenimiento.

Mi aspecto no pasa por ser el más radiante que haya tenido, eso está claro, pero es que el de Sebas, cómo decirlo... Las sombras oscuras que mostraba ayer bajo los ojos son hoy ojeras bien pronunciadas; apesta a tabaco como si se hubiera fumado tres cajetillas seguidas; su pelo es un caos, y ya es decir, porque lo lleva más bien corto; y su pasotismo, se ha transformado en una irritación que junto con el cansancio que claramente arrastra, yo, precisamente ahora, no me veo con la paciencia necesaria para lidiar.

—¿Por qué demonios ibas a llamar a la policía?

—Anoche te fuiste sin tu bolso —me informa como si fuera una obviedad irrefutable y yo, una idiota por no darme cuenta. Acompañando además sus palabras con un movimiento de cabeza hacia la pequeña mesa de la cocina en donde, como no, descansa mi bolso bordado a mano, ese que compré en el rastro artesanal que hacen todos los años en la Plaza de la Candelaria de Santa Cruz en la noche de Reyes y que opté por llevar ayer—. Gara me mandó un mensaje esta mañana para decirme que no pasaste a recogerlo.

—Sí, fue una noche un poco... extraña —admito—. Pero sigo sin entender qué demonios haces en mi casa: me llamas a casa como todo hijo de vecino diciéndome eso mismo y punto. No hace falta que te cueles y me esperes dentro, que, ya que estamos, este rollo empieza a darte aspecto de acosador —bromeo con intención de romper un poco la tensión que se respira.

—¡¡No me toques los cojones!! ¡¡He venido para asegurarme de que habías llegado bien y al no verte...!! ¡¡Qué son las tres de la tarde, Ariel!!

—Perdona, ¿es que ahora tengo toque de queda y no me he enterado?

—Gara me dijo que te vio marcharte con un tío —masculla entre dientes—, supongo que será el del Suzuki que acaba de dejarte.

¿Me sorprende que me haya espiado a través de la ventana de la cocina? A estas alturas... creo que no.

—Sí, ¿acaso tienes algún problema con eso?

—¿Y puedo saber qué le hace tan especial para que decidas pasar la noche con él?

—El tonito te lo puedes ahorrar... —espeto apuntándole con un dedo—. Y aunque no te debo ninguna explicación, te diré que es el veterinario de Flounder, además del tío al que salvé en la playa —le aclaro valentona.

—¿Y qué ha venido?, ¿a darte las gracias con un buen polvo? — pregunta simulando incredulidad.

—¡En serio, ¿por qué tienes que ser tan gilipollas?! Te mereces una hostia por ese comentario.

—Simplemente me sorprende... ¿Ahora resulta que pasas la noche con desconocidos? —pregunta alzando las cejas con palpable desdén.

—¡Hum! ¿De verdad estás diciéndome eso? ¿Tú, precisamente?

—Ya sabemos cómo soy yo, pero tú eres diferente... —responde con una sonrisa socarrona con la que acaba de ganar todos los boletos para la hostia que se está rifando.

—¿Te das cuenta de lo machista que es eso? —exclamo estupefacta y asqueada a partes iguales con este comportamiento suyo que, a cada minuto que pasa entiendo menos.

—Estaba preocupado por ti, claramente sin sentido. Ambos sabemos que no es normal que te quedes a dormir en casa de un desconocido, eso es todo.

—¡No es asunto tuyo lo que haga con mi vida! —le grito. Sí, porque ya no puedo contenerme más— ¡Parece que no puedo dar un paso sin pedirte permiso!

—Tienes razón, no es asunto mío. Ahora, no me llames cuando estés hecha mierda. Estoy cansado de ser tu jodido paño de lágrimas.

—¿Perdona? ¿A qué narices viene eso ahora?

—Sabes perfectamente a qué viene. No te hagas la tonta que no te pega nada.

Vale, sé a qué se refiere, pero sigo sin entender a qué viene ahora. En este preciso momento.

—No estás siendo justo, Sebas, y lo sabes.

—¿Qué no estoy siendo justo? —exclama mostrando una risa sardónica—. ¿No es cierto acaso que estoy aquí cada vez que me llamas a la hora que sea, a pesar de que jamás me cuentas una mierda de lo que te sucede? ¿No es cierto acaso, que dejas todas las conversaciones pendientes porque no tienes cojones a enfrentarte a ellas? ¿No es cierto acaso, que jamás te presiono, y hago lo que me pides a pesar de que sabemos que hay cosas pendientes sin resolver entre nosotros? —Con cada pregunta ha ido acercándose más: imponiéndose frente a mí—. Y todavía hoy, después de ocho años, sigo sin entender a qué cojones le tienes tanto miedo, Ariel.

—¿A qué narices viene tanto reproche de repente? —farfullo con los ojos anegados en lágrimas. Pero por mis cojones que no pienso dejar escapar

ni una; aunque sus palabras acaban de atravesarme como putos alfileres bajo las uñas.

—A que yo también tengo mis problemas, Ari, y no es que pueda contar contigo precisamente.

—¡Eso es porque tú no quieres! —le reprocho a la defensiva—, no eres mucho más expresivo que yo. No te dejas ayudar, y de verdad que lo intento, Sebas. Pero no me dejas. —Hago una pausa rescatando ese momento en el que su comportamiento empezó a cambiar—. No sé qué es lo que ha pasado, lo que tengo claro es que estás así desde el otro día en mi casa...

—¡Lo que pasa es que tengo muchas cosas de las que preocuparme! —me irrumpe con una severidad desconocida en él.

Jamás en su vida me había hablado de esa manera.

—Y yo soy una molestia —concluyo.

—Más bien, sí —responde con inquina—. Por eso es mejor que le demos un tiempo a esto.

—¿Esto? *Esto*, se llama amistad, Sebas.

—Es mejor para los dos.

—¡Habla por ti, que eres el que estás tomando esta decisión por los dos! ¡Está visto que soy un estorbo! —arguyo irónica—. Ya sabes dónde está la puerta.

—Es mejor para los dos, créeme.

—¡¡Vete a la mierda!! ¡¡Y *mándate a mudar* [\[Z\]](#) ya de mi casa!!

No añade nada más, cosa que agradezco, porque me empieza a picar la mano desmesuradamente. Con una frialdad que helaría lava volcánica recoge su chaqueta del sofá y se larga sin mirar atrás. Eso sí, con paso firme y un buen portazo de regalo.

¿Mi respuesta? Un corte de mangas de lo más infantil que como único testigo tiene al pequeño Flounder, que aparece en el momento exacto escrutándome con sus ojitos azules en la distancia.

Y con el eco de la puerta todavía clavado en la cabeza, me acerco a la estantería y cojo con dedos temblorosos la pequeña caja de madera que pinté a mano con mi tía Clara cuando tenía diez años, y que ella usaba para guardar cogollos de María y, que ahora yo, uso para guardar tabaco (pero del legal) para emergencias, que son las únicas ocasiones en las que fumo. No cabe duda de que ahora es una de esas veces, y si no recuerdo mal había un paquete sin estrenar... ¡¡Me cago en el puto Sebas!! Ahora ya sabemos porque olía como un jodido camionero: no ha dejado ni un jodido cigarro.

El calor de la rabia no solo me enciende peligrosamente despertando a su paso a la desaparecida Úrsula que, además, parece venir con fuerzas renovadas y ganas de juerga. Eso es malo. Muy pero que muy malo.

«Ya te lo advertí, niña, mucho te ha durado...»

«Ni siquiera entiendo aún qué se supone que ha ocurrido. No, no lo entiendo. Nadie le ha pedido que venga a traerme el bolso, ni que se preocupe por mí.»

«Sabes perfectamente que no se trata de eso. Le has perdido porque eres una cobarde y una egoísta. Precisamente, no enfrentarte a esa conversación que tanto has evitado por temor a perderle ha terminado apartándolo de tu lado, ¿no es irónico?»

«¡¡Cállate!!»

Doy vueltas por la casa sin rumbo, sin sentido alguno más que el de esquivar todo lo que me está empujando a hacer eso que en realidad no deseo, y que hará me arrepienta antes siquiera de que haya empezado. Porque sí, es poderoso, tanto que asusta, tanto como para conseguir anestesiar todo el ruido interno: a esa bruja, a mí y al que más necesito acallar ahora: a Sebas. Porque sus palabras han ido abriendo una brecha en mí mientras escuchaba atónita, eso que vertía sin que le temblara el pulso ni el tono inflexivo de su voz; era difícil encontrar a mi amigo en esa incompasiva fachada tan poco propia en él. Estoy conmocionada, acabo de echar de mi casa a mi mejor amigo. A gritos.

Me siento en el suelo con las piernas cruzadas, permitiendo ahora sí, derramar todas esas lágrimas que se agolpaban en mis ojos por puro orgullo: de ninguna manera iba a permitir que me viera llorar. Flounder se sube en mi regazo hasta formar una bola peluda encargada de amortiguar cada gota que derramo. Me sujeto la cabeza con dedos crispados haciendo un enorme esfuerzo por contener la ira y esa necesidad que...

«Hará que te olvides de todo.»

Úrsula tan adecuadamente termina el hilo de mi pensamiento.

—¿Qué hago, Flounder? —le pregunto ignorando las palabras de Úrsula, aunque con escasa esperanza.

Pero Flounder, como si me hubiese entendido a la perfección, me abandona llevándose su calor para encaminarse hacia la puerta deteniéndose junto a mi tabla de surf, obsequiándome además con un expresivo maullido.

Cada vez estoy más convencida de que este gato habla castellano y de que su cociente intelectual supera con creces el mío; que sepa mejor que yo lo

que necesito me pone los pelos de punta, aunque en el buen sentido.

—Está bien, *peque*.

Una lata de comida más tarde, pero de las que le gustan, no cabe duda de que se lo ha ganado; una ducha, y envuelta en un bañador, unos vaqueros cortos rotos y una sencilla camiseta blanca salgo de casa con la tabla bajo el brazo.

La playa está realmente frente a mi casa: cruzar la carretera, atravesar el hotel abandonado y bajar los quince minutos de camino pedregoso en completa soledad dejándome embriagar por el olor a mar y salitre que, no tarda en adherirse a mi piel como una capa protectora. Y para regocijo de Úrsula, no he sentido en ningún momento ese pánico que ambas pensamos me invadiría; mis pies ya están envueltos en arena negra y lo único que me inunda es una agradable paz. Respiro profundo con los ojos cerrados y, sin importarme nada más, dejo que todo el barullo de mi cabeza se meza con el sonido de las olas hasta el punto en que todo deja de tener verdadera importancia.

No hay duda, necesitaba esto.

«Gracias, Flounder.»

—Se echa de menos, ¿verdad?

No necesito girarme para reconocer al Gaviota. Igualmente me vuelvo y para no perder las buenas costumbres me siento a su lado tras tenderle una sincera sonrisa. Echaba de menos el surf; no más que la tibieza que me aporta su compañía.

—No recordaba cuánto.

—Mucho tiempo sin venir.

—Han pasado muchas cosas —confieso observándole con el detenimiento que se le hace a alguien con el que tienes la suficiente confianza como para que no signifique nada en concreto, nada raro, ni sea incómodo para ninguno. Como si en realidad tratara de comprobar que nada ha cambiado desde mi ausencia: su piel, la de un marinero que dejó de navegar y aun así exuda mar por cada poro, curtida por el sol y el salitre; no obstante, con una sabiduría que te piensas dos veces antes de desestimar.

—¿Con ese joven al que salvaste?

El Gaviota pregunta y yo continúo contemplándole, ahora centrada en el tono azul de sus ojos que se mimetiza inexplicablemente con el del estado del agua, casi como si siguiera la *Escala de Douglas*[\[8\]](#): en calma, con marejada,

gruesa, arbolada, montañosa o enorme. Pasa de una mirada nítida, transparente y taimada, a una más desafiante hasta llegar a una más turbada e indomable. Y hablo de su mirada, porque él siempre permanece en calma, paciente y reflexivo antes de hablar y... ¿acaso no me recuerda a alguien?

—En parte —admito—. ¿Quieres que te lo cuente?

—¿Quieres contármelo?

Siempre me ha molestado soberanamente que me respondan a una pregunta con otra. Excepto cuando la hace él.

Me tomo unos segundos para decidir si de verdad quiero hacerlo, emulando en cierta manera ese rasgo que acabo de descubrir que tanto Eric como el Gaviota comparten y que, de alguna manera, admiro en ambos por igual.

—Se llama Eric, y resulta que es el nuevo veterinario de Flounder. Hoy me desperté en su casa, pero no pasó nada. —No busco excusarme, tan solo trato de ser sincera—. Ha sido... raro, pero extrañamente en el buen sentido.

Lo cierto es que más que una explicación, se ha quedado en algo parecido a una divagación.

—¿Y lo que de verdad te preocupa?

Porque sí, el tema de Eric me inquieta de cierta forma, pero tras lo sucedido con Sebas ha pasado sin lugar a dudas a un segundo plano.

—Cuando he llegado a mi casa Sebas estaba dentro esperándome, preocupado y enfadado. Por una parte, le entiendo, me dejé el bolso con todas mis cosas: teléfono, llaves, cartera..., y no he aparecido hasta hace un rato. Gara, creo que te he hablado alguna vez de ella... Bueno, pues le mandó un mensaje diciéndole que anoche no llegué a recoger mi bolso. Sebas sabe de sobra que jamás paso la noche en casa de un tío al que acabo de conocer y, claramente estaba preocupado. Aunque todo esto me parece algo desmesurado, si te soy sincera. —Hago una pausa tratando de recordar las palabras de mi mejor amigo—. Dice que necesitamos tomarnos un tiempo, según parece está cansado de hacer de niño conmigo.

La única respuesta que obtengo es un ligero asentimiento que prolonga entre nosotros una ausencia de palabras que, por norma general, no me importa en exceso; pero que en este momento y tras todo lo ocurrido con Sebas y demás, logra despertar una inquietud que me lleva a frotarme las manos con nerviosismo.

De nuevo ese tic nervioso.

—¿Qué opinas? —pregunto con temerosa ansiedad.

—Lo mejor es que lo dejes estar una temporada.

Asiento, porque por mucho que me cueste y a pesar del daño que me han hecho las palabras de Sebas, no cabe duda de que es lo mejor para los dos; más si tenemos en cuenta que él casi me lo ha exigido.

—Pero si de verdad quieres arreglarlo, tendrás que hablar con él y sincerarte. Sin dejarte nada en el tintero.

Los dos sabemos qué supone eso.

—¡Cuánto tiempo, pelirroja!

Frente a mí, empapado y con el pelo adherido sobre la cara se planta Edu, enfocando sus rasgados ojos oscuros y esa sonrisa que siempre le acompaña.

—¿Qué tal, Edu? —le saludo por inercia, porque mientras mis palabras y mis gestos muestran un irreal interés, mi cabeza opta por darle vueltas a lo que acaba de aconsejarme el Gaviota.

—Se te ha echado de menos.

—He estado a tope de ensayos —miento buscando desviar el tema de conversación, y ya que estamos, huronear un poco—. ¿Y Rayco?

—No sé si sabes que Sonia y él han roto. No lo está pasando muy bien que digamos...

—Vaya, cuánto lo siento.

Es más que asombroso no encontrar a Rayco en la playa; le he visto surfear hasta con cuarenta de fiebre. Sí, *está como una chola*[\[9\]](#). Pero estaréis conmigo en que el desamor es la enfermedad más aniquiladora, hasta para un adicto al surf como Rayco.

—¿Te animas o qué? —me invita con ese ímpetu y energía que tanto le caracteriza.

—En un rato.

Hasta yo me he dado cuenta de la vaguedad de mis palabras. Y él, que no es bobo, decide no presionarme y opta por despedirse.

—Bueno, espero que no vuelvas a desaparecer tanto tiempo, porque sin ti y ahora también sin Sonia ya no es lo mismo.

—Sí, la verdad —afirmo; aunque yo me refiero más concretamente a Sonia, que la voy a echar mucho de menos.

Cuando me giro para continuar la conversación con el Gaviota descubro que se ha ido en una de sus desapariciones misteriosas y silenciosas que tanto le gustan. Lo que me da la oportunidad de sopesar en soledad lo que me ha sugerido que me guste o no, se acerca bastante a lo que Úrsula piensa. Y es

que no hacer frente a las cosas ha tenido como resultado lo que más temía: perder a Sebas.

Saco el móvil del bolsillo y quizá sin reflexionarlo demasiado, dejándome llevar por un impulso le escribo un mensaje. Y puede que sea el último.

No sé qué he hecho para que quieras hacerme tanto daño, pero si de verdad tienes esa visión de mí, lo mejor será que dejemos de ser amigos
No pienso molestarte más si es lo que deseas
16:23

Con todo el dolor del mundo le doy a enviar.

El doble *check* no tarda en tornarse azul.

Apago el teléfono y recorro el camino de vuelta a casa con una enorme oquedad expandiéndose en mi interior, con la absoluta certeza de que la reciente recaída no se va a quedar en algo anecdótico. ¡Oh no, claro que no! Y más lamentable aún es saber que los siete meses pasarán a sumar un número más en mi larga lista de fracasos e intentos fallidos de ser una «persona normal». Ya siento la culpabilidad de lo que sé va a ocurrir en cuanto abra la puerta de casa, y es que solo existe una manera de calmar la creciente ansiedad, una que ya consigue que me odie a mí misma y me desprecie hasta lo más dañino por no haber sido la amiga que Sebas se merecía que fuera.

Existen ocasiones como estas en las que ni siquiera es necesario que Úrsula haga su papel de bruja malvada, mi propia voz grita demasiado alto como para poder escuchar nada que provenga de ella. Ni de ningún otro lado.

En este punto no existe nada que pueda detenerme.

Nadie que pueda detenerme.

Ya no tengo a Sebas.

No tengo nada.

Nada.

Capítulo 28



—¡Hola, Bizcochito!

—¿Qué pasa, Delincuente? —saludo a mi hermana sin perder la atención del portátil y de la importante subasta que estoy siguiendo.

—Aquí, descansando un poco.

—¿En serio que ese trabajo te da dinero? —pregunto con escepticismo.

—Lo suficiente para vivir y darme algún que otro capricho; es lo que tiene ser freelance, brother .

Ya me la imagino... Tirada en el sofá con un enorme bol de cereales rebuscando y seleccionando entre la prensa digital algo jugoso a lo que hincarle el diente y poder sacarle aún más jugo. En especial a la prensa rosa y sus entresijos, que es su especialidad. Dice que es lo que da más dinero, aunque siempre está sin un duro.

Ali es periodista y escribe sobre todo artículos de sociedad y cultura para diferentes periódicos y revistas. Vive en Madrid, aunque no sé muy bien en qué zona, ya que se mueve más que un nómada. La última vez que fui a hacerle una visita a la capital me hizo dormir en una colchoneta en el suelo de su habitación ya que no había manera de hacerlo en el salón, a no ser que lo hiciera en vertical. Compartía piso en la zona de Argüelles con dos universitarias que no creo pasaran de los veintiuno; ella encantada, a pesar de los quince años de diferencia que les llevaba.

—¿Cómo va el tema de la tienda? ¿Sigue papá con la misma idea?

—Terco como él solo, ya le conoces.

Deduzco que de un primer y rápido vistazo y, gracias a la espesa capa de polvo, el olor a viejo y la mezcla diversa de objetos habréis deducido que trabajo en una tienda de antigüedades. Bueno, no solo trabajo, es mía. Me hice con ella cuando mi abuelo murió y mi padre quiso deshacerse de ella. Ese fue el pistoletazo de salida a una nueva relación padre-hijo de tira y afloja o de a ver quién los tiene más grandes.

La tienda se llama Antiques Artiles, como bien podéis leer, en el rótulo blanco sobre negro de la fachada de piedra gris, si os asomáis fuera. El nombre se lo puso mi abuelo Sebastian (sin acento, que viene del inglés); aunque en realidad era irlandés, pelirrojo y de ojos azules: los mismos que tuvo la suerte de heredar la delincuente de mi hermana. Por

cierto, lo de los motes tiene su historia, ella fue la primera en ponerme ese odioso «Bizcochito», y tengo que reconocer que al principio me agarraba unos cabreos que agüita, luego no me quedó más remedio que acostumbrarme. La idea de llamarme así la sacó de Tania, una novia que tuve (la única, en realidad) a los dieciséis años, y que no se le ocurrió otra cosa que llamarme de ese modo tan ridículo delante de mi hermana y todos sus colegas; aquella fue la última vez que lo hizo. Quizá arrastre un trauma y por eso no he vuelto a tener novia, ¿quién sabe?

A mí me llevó su tiempo, pero al final encontré el mote idóneo para mi hermana que, teniendo en cuenta su trayectoria, claramente, «Delincuente» era la elección más acertada; hasta pasó una noche en el calabozo con veintitrés años. Nunca supe por qué, y prefiero seguir sin saberlo.

Y es que aquí mi hermanita siempre ha sido la oveja negra de la familia. Sé lo que pensáis, ¿creáis que era yo, verdad? Para que veáis que no se puede juzgar por la primera impresión. De toda la vida yo he sido el hijo modelo y mi hermana una descarriada sin solución. Os hago un breve resumen... Con doce años, la pequeña y rebelde Yurena se había cortado el pelo a tazón ella sola, apareció con un ojo morado en casa por una pelea con un niño dos cursos mayor y había desafiado a mi madre para que la quitara de las clases de ballet y la apuntara a las de fútbol. A los trece, se cogió su primera borrachera y terminó vomitando en mitad de la cocina un domingo que vino toda la familia a comer: primos, tíos, abuelos... La escena fue tan cómica e incómoda como un capítulo de Mr Bean. A los quince, la echaron dos semanas del colegio porque la pillaron besando a una chica en el patio, y no una cualquiera, hablamos de la hija del director. Además, íbamos a un colegio católico, imaginaos el panorama... A los dieciséis, se perforó el ombligo y la lengua; a los dieciocho los pezones (esto, obviamente no lo saben mis padres). A partir de este momento comenzó con un reguero de tatuajes que actualmente cubren su cuerpo: cuello, espalda, pechos, brazos e incluso un «just love» bajo los nudillos. Cumplida la mayoría de edad se largó de casa, eso sí, terminó el instituto con unas notas brillantes, porque ella tenía claro que quería ser periodista, y para ello, de toda la vida ha hecho falta aprobar. Así lo hizo. Porque mi hermanita además de guapa es un cerebritito, de esas personas que con poco empeño aprueban y que con algo más de interés sacan matrícula. Se fue a Madrid a estudiar periodismo, pero factores como la fiesta, las mujeres y una libertad desconocida hicieron mella en ella, y le costó sacarse la carrera algo más de lo que jamás ha querido admitir. Pero lo logró, como no podía ser de otra manera.

—Y mamá está de acuerdo, por supuesto —afirma mostrando un desprecio que ni siquiera trata de fingir.

—¿Acaso crees que iba a llevarle la contraria a papá?

Ambos sabemos que eso no ocurrirá jamás.

Somos una familia rara, lo sé. O quizá no sea esa la palabra... aséptica, esa es la definición correcta. No es muy alentador lo sé, pero tanto Yurena como yo sabemos dónde encontrar el verdadero afecto: ella tiene a su Bizcochito y yo a mi Delincuente. Es así, mis padres no se han caracterizado jamás por ser especialmente cariñosos. Al contrario, su educación siempre fue estricta y autoritaria. Y a pesar de ello, y de que una parte de mí desearía guardar algún recuerdo entrañable de familia, no los culpo. Al fin y al cabo, nos

han educado lo mejor que han sabido: hicieron con nosotros lo que sus padres con ellos, aunque Yurena discrepe al respecto. De lo que no cabe duda, es que esa educación nos ha influenciado de alguna manera: somos algo despegados y fríos, y ninguno de los dos ha tenido una relación sentimental reseñable en toda su vida.

Papá y mamá están chapados a la antigua: al Paleolítico diría yo. Tan solo nos reunimos en «familia» una vez al año: en Navidad. Estas ocasiones en las que nos reencontramos existe un acuerdo silencioso en el que no se aceptan los calificativos sobre la vida de Yurena, que es a la que suelen atacar más; aunque de unos años a esta parte la balanza ha ido inclinándose exponencialmente hacia mi lado. A cambio, tanto mi hermana como yo cedemos a este encuentro anual, y a veces ni yo sé muy bien porqué, al menos en mi caso. En el de Yurena, y aunque no sea algo que me haya dicho directamente, sé que tiene la esperanza de que cambien en algún momento y nos acepten tal como somos. Mis padres tienen alto poder adquisitivo, bajo poder de persuasión y pensamientos e ideas retrógrados. Que a Yurena le gusten las mujeres no es algo que le haga demasiada ilusión a ninguno. No obstante, diría que el peor que lo lleva es mi padre que, por otro lado, también es el más estricto.

—Te ayudaría con esta movida, pero estoy pelada de pasta.

—No te he llamado para eso. Solo quería asegurarme de que mi hermana mayor sigue tan irresponsable como siempre.

—Eso no necesita confirmación. El día que me veas con un hombre, ese día entonces sí, preocúpate.

—¿Y cómo va el tema amoroso?

—Si te cuento no te lo crees...

—¿Alguien que yo me tiraría?

—Puede...

Yurena es mi versión femenina. O quizá sea yo sea la suya...

—¡Canta ya, Delincuente!

—Monika Li.

—¿Esa es la preciosa diseñadora que parece una modelo de Victoria Secret?

—Esa misma.

—¡No sé cómo demonios te lo montas! ¿Y le gustan las mujeres o la engañaste para que se acostara contigo? —me burlo.

—Le gustan más que a ti, Bizcochito.

—Venga, cuenta.

—Conseguí hacerle una entrevista que, por cierto, me ha dado mucha pasta, pero era casi la totalidad de lo que le debía a Bárbara. —Una ex a la que casi arruina. Y quien dice ex, dice bombón con el que estuvo de idas y venidas durante seis largos meses—. Lo supe desde la primera pregunta, pero en la tercera lo confirmé.

—¿Qué coño le preguntaste?

—Que si no le resultaba difícil trabajar rodeada de tanta tentación...

La imagino. Mordiéndose el labio inferior con ese aspecto entre sexi y temeraria, con su pelo corto pixie (así dice ella que se llama, yo la verdad no tengo ni idea de polladas de esas) solo sé que lo tiene rapado en la sien y más largo por el otro lado. Y que es la tía con

más personalidad que haya conocido en mi vida. Y no lo digo porque sea mi hermana, es cierto, tiene mucho carisma.

—Eres un caso... ¡Ni yo tengo tanta cara!

—Lo mejor fue su respuesta.

—¿Qué dijo?

—¡Ah, ahora quieres oírla!

—¡Deja de hacerte la interesante!

—Tardó en dármela, supongo que flipó un poco con mi descaro.

—Raro es que alguien no lo haga.

Porque sí, yo soy algo sinvergüenza, pero lo de mi hermana no tiene nombre.

—Básicamente dijo que yo sí que era una tentación. Bueno, ¿y a ti cómo te va? — Cambia rápidamente de tema. Nuestras conversaciones suelen ser así, pasamos de una cosa a otra con completa normalidad.

—Mejor no preguntes...

Aparto la vista del ordenador en cuanto escucho el singular tintineo que hace la campanita que cuelga sobre la puerta de la tienda.

—Te tengo que dejar —la informo.

—¿Es morena? —Ha debido escuchar el ruido de la campana, intuye que ha entrado un cliente y su imaginación que es tan libre como ella opta por dibujar en su mente la imagen de una mujer de pelo oscuro; vive obsesionada con ellas—. ¿Tiene buena delantera? —Y con las de tetas grandes, por supuesto—. Debe tenerla porque te has quedado mudo. ¡La próxima me llamas por Facetime joder!

—Ojalá... —la interrumpo—, pero me temo que es el sargento.

—Buff... Buena suerte —me desea como despedida justo antes de colgarme.

—¿Tu hermana? —pregunta mi padre a modo de saludo mirando con desdén la figura de bronce de la sirena que tengo sobre el mostrador—. ¿Aún no la has vendido?

—No está a la venta —mascullo entre dientes tratando de contenerme—. ¿Qué quieres?

Sabe perfectamente que esa sirena es especial para mí y que le guardo un gran cariño: en ella se inspiró Ariel para hacerse el tatuaje de su brazo, del que sacamos luego el icónico logo para el grupo. Y esa precisamente es la razón de que le desagrade, todo lo relacionado con ella no le gusta: Ariel, el grupo y la persona en la que cree que me he convertido. Como si este pedazo de cobre fuera mi kryptonita.

—¿Tienes un momento?

—Lo cierto es que estoy algo liado —le indico echando un rápido vistazo a la pantalla del ordenador comprobando que aún nadie ha superado mi puja.

—Yo te veo bastante tranquilo.

No hay nadie en la tienda, de ahí ese comentario.

—Estoy pendiente de una subasta.

Concretamente de la de un par de columnas de mármol policromadas italianas para las que ya tengo comprador, y que si pudiera conseguir a buen precio, sería la baza perfecta para saldar parte de la deuda que tengo ahora con mis padres. Y si mi intuición no me falla... esa es exactamente la razón que ha traído a mi padre hasta aquí.

—Solo será un momento —me informa con ese tono anodino tan característico estirándose las solapas de la impoluta chaqueta azul marino.

—Está bien, dime. ¿A qué debo la visita?

Termino cediendo a su presencia cruzándome de brazos y retándole a su vez con la mirada. Hace tiempo que para él soy un enemigo, lo que no me deja otra opción que mostrarme con esta actitud defensiva.

—Tenemos un comprador interesado.

—¿Cómo un comprador? Dijiste que tenía hasta el día uno de mayo, y estamos a diecinueve de abril —espeto airado dejándome dominar por un ardiente azote de rabia.

No dice nada, me observa desde la arrogancia de alguien que sabe tiene la sartén por el mango. Y ese es el verdadero problema de mi padre: siempre gana. Da igual lo sucio que tenga que jugar para conseguir lo que desea, aunque sea acosta de la felicidad de su propio hijo.

—¿Disfrutas con esto verdad? —Una mezcla espesa entre ira y tristeza dan voz a mis palabras—. Sabes que voy a tener que vender mi moto, y aun así no me llegará el dinero. Pues siento decirte que aunque logres echarme de aquí no voy abandonar Antiques Artiles. Y ten por seguro que jamás volveré a trabajar como arquitecto.

—Ya veremos —sentencia con una seguridad que me revuelve las tripas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Usar tus amistades e influencias para prohibir que me alquilen un local? ¿En qué puto siglo te crees que vivimos papá!? ¡Acéptalo joder! ¡Acéptame como soy de una puta vez!

Toda esta mierda porque se ha visto obligado a vender el yate por unas inversiones que no le salieron como esperaba, y todo mal aconsejado por un «amigo». Ahora busca recuperarse a mi costa vendiendo este local. Con ello falsamente cree que mataría dos pájaros de un tiro: deshacerse de esta tienda que tanto odia y «obligarme» a mí a ejercer de nuevo como arquitecto.

A mi padre nunca le gustó esta tienda, y sé que en cierta medida mi abuelo se sintió defraudado por ello. En cambio, a mí siempre me atrajo, era el único lugar en el que me sentía feliz y querido dado que mi abuelo se portó como un padre conmigo (uno de verdad). Creo que de alguna enrevesada manera mi padre odiaba tanto la devoción que mi abuelo sentía por mí, como la que yo sentía por él. Cuando murió y decidí que me quedaría con la tienda El Sargento se negó en rotundidad. Supuse que era por el desprecio que sentía hacia su propio padre, pero en este punto en el que nos encontramos sospecho que ese sentimiento se expande hasta llegar a mí.

—El día uno tendrás el jodido dinero en tu cuenta. Ya le puedes decir a ese comprador, si es que es real, que se vaya olvidando.

—Qué triste que hayas acabado así —escupe con amargura, como si acaso mi vida fuera algo denigrante de lo que avergonzarse.

—¿Así cómo?, ¿haciendo lo que me gusta? ¡Hum! Ese es el verdadero problema de todo esto ¿sabes? Que te crees que me descarrié en algún momento, cuando en realidad siempre he sido así. Trataba de ser el hijo bueno, porque era consciente de lo que habíamos sufrido con Yurena, y no porque ella fuera mala hija, sino porque no encajaba con lo que sus padres querían que fuera. Nunca la aceptasteis como es. Y yo, papá, siempre he sido

así. Quizá mi error fue tratar de encajar en esa vida que habíais dibujado para mí. Me gusta mi grupo, tocar la guitarra, mi moto, llevar cuero y esta tienda: todo eso suma para mí la auténtica felicidad. ¿Eso es lo que quieres? ¿Robarle la felicidad a tu propio hijo?

—No te eduqué para esto.

—Claro que no lo hiciste. Pero siento decirte que ese fue un gran error, pero tuyo. No se educa a los hijos para que sean lo que uno quiere, se les da la libertad para que sepan elegir por sí mismos lo que les hace felices.

—¿Lo dices por algún hijo que tengas por ahí? —pregunta acompañando las palabras con una sarcástica sonrisa.

Hace años la ira y la rabia por su actitud me habrían vuelto loco. Con el tiempo esos sentimientos han ido viéndose desplazados por una tediosa tristeza. Eso es lo que su actitud despierta en mí: pena. Por él y por mi madre.

—Eso es lo que crees de mí y de Yurena. Lo peor de nosotros. Siempre —afirmo—. Cuando deberías sentirte orgulloso, porque a pesar de todos los obstáculos, y no solo los que pone la vida, sino los que tú mismo nos has impuesto, hemos logrado alcanzar nuestros sueños. Tu hija es una gran periodista y es feliz con lo que hace. Y yo también soy feliz, aunque te empeñes en hacerme creer lo contrario.

—Tienes hasta el día uno —sentencia como despedida saliendo por la puerta con esa solemnidad que siempre le acompaña.

Me quedo absorto con la imagen de su espalda clavada en mi retina, e inevitablemente sonrío dejándome arrastrar por la ironía. Y es que es así como tengo la certeza de que vamos a ver siempre a nuestro padre: dándonos la espalda. Esa va a ser la estela que nos deje su recuerdo.

Ruedo los ojos hacia el ordenador, pero en el camino me tropiezo con la estatuilla de la sirena y lo sucedido el domingo con Ariel emerge con facilidad del lugar donde la tengo apartada.

Confiaba en que una vez arreglado este asunto con mi padre (algo que veo cada vez más difícil) lograría centrarme de nuevo y así, Ari y yo podríamos volver a nuestra amistad con normalidad. Pero no, no puedo, y es que en este momento no solo me siento incapaz de ser el Sebas que ella necesita; me he replanteado incluso la posibilidad de que quizá no quiera volver a serlo. Mi intención siempre ha sido ayudarla, no obstante, puede que hasta ahora haya suscitado todo lo contrario cediendo constantemente a sus ruegos. Muchos de los cuales ni siquiera me los pide directamente. Pero yo, que la conozco demasiado, cedo sin que le haga falta pronunciar mi nombre. Es obvio que así no la estoy ayudando. Ahora lo sé. Reconozco que tener tan solo la sospecha de que puede estar pasándolo mal y no hacer nada al respecto me cuesta un mundo. He pasado noches sin dormir a causa de ello. Y es que Ariel es más que una amiga, es mucho más.

Por lo que el mensaje que me mandó unas horas después de que me echara de su casa me ha afectado, hasta las entrañas; sería impensable que no lo hiciera. La quiero demasiado para negar que esta decisión que he tomado es un puto asco y que lo más probable es que nuestra conversación le haya hecho recaer. Lo que me hace sentir como una mierda. Pero ahora mismo considero que esta es la mejor manera de ayudarla. Necesita estar sola, pero de verdad. Es urgente que se enfrente de una vez a todo eso de lo que ha estado

escondiéndose los últimos... ¿veintiocho años de su vida? Debe ser consciente de que esa actitud no le lleva a ningún lado. Tiene que aceptar las cosas como son. Y lo más difícil de todo: tiene que aceptarse a sí misma.

Una parte de mí se deja arrastrar por la melancolía y los recuerdos, como el de aquella Ariel entusiasta, despreocupada y atrevida que quería comerse el mundo. Esa que conocí hace ya ocho años pegando carteles en una parada de guaguas[10] buscando integrantes para formar un grupo. Terminé acercándome a ella interesado y algo fascinado con el intenso rojo de su cabello y el azul profundo de sus ojos. Varias cañas y mucha conversación después me enteré de que apenas un par de semanas antes había estado ingresada en Fuerteventura, y que fue esa experiencia, la que le había dado el empujón para lanzarse a cumplir su sueño de cantar en un grupo; aunque en realidad, y como descubriría más adelante, tan solo fuese una excusa para no hacerlo ella sola.

Pero esa Ari ha ido desapareciendo con el paso de los años. Actualmente se oculta bajo una fachada de fingida seguridad e irreal exceso de confianza, una coraza que va endureciendo con el paso de los años y que no solo la aleja de mí y del resto del mundo, también lo hace de sí misma. Reconozco que siempre fue algo insegura y desconfiada, pero la ruptura con Hugo, la muerte de su padre y posteriormente la de su tía Clara terminaron por quebrar la escasa confianza que no logró ser corrompida en su niñez y su juventud: palabras y hechos de todos aquellos que la hicieron creer que no era suficiente. Y este tema es algo que me parte el alma y me enfurece descomunadamente a partes iguales. Más cuando recuerdo el gran apoyo que ha sido ella para mí. Si no es por Ariel, no creo que hoy estuviese regentando el negocio de mi abuelo y hubiese dado el paso para hacer todo aquello que siempre había deseado como tocar en un grupo o comprarme una Harley. Fue ella la que me animó a hacerme con la tienda cuando falleció mi abuelo; tan poco tiempo, y ya me conocía como nadie antes. Me infundió de la fuerza que necesitaba para hacer con mi vida lo que siempre había querido.

Fue entonces cuando saqué un valor que hasta ese momento desconocía para hablar con mi padre, hasta terminé convenciéndole. Aún no sé cómo lo hice, pero llegamos a un acuerdo y logré que me vendiera la tienda. Yo le iría pagando una cantidad acordada mensualmente y una vez alcanzada, la tienda pasaba a ser de mi propiedad.

Veinticinco mil euros, esa es la cifra que me aleja de Antiques Artiles en este momento. Tirando de los ahorros y si consigo esas columnas italianas y aun con el beneficio de la venta de las mismas, me faltarían diez mil euros. Y este es el quid de la cuestión, ya que mi única alternativa sería vender mi Harley, y hay que estar muy desesperado para eso. Yo lo estoy. El que tenga una me entenderá, el resto..., imaginad que os amputan las piernas y las manos: la sensación se acerca bastante. Igualmente, tampoco creo que pudiera llegar al monto total incluso vendiendo la moto.

¡Claro que he ido al banco a pedir un crédito! ¡A todos los de la jodida isla! Pero no me dan una mierda.

Conclusión. Tengo exactamente doce días para conseguir veinticinco mil euros.

Lo sé, estoy jodido.

Y por si no fuera suficiente, echo de menos a Ari. Demasiado.

(Capítulo 29)

Puedo asegurar sin miedo a equivocarme que lo peor en esta vida es no entender, y no hacerlo además por falta de información.

Me llamo Ariel Bethencourt González, pero mis primeros años de vida mi nombre había sido Ariel González Martín, y fue así porque hasta ese entonces llevaba los dos apellidos de mi madre. Hasta que a la edad de tres años, mi madre, cansada de pelear con mi padre para que me diera su apellido, decidió comprar uno. Sí, esto se puede hacer, o al menos antes se hacía. Ibas al registro, pagabas veinticinco mil de las antiguas pesetas y te daban a elegir uno entre un innumerable listado de apellidos para «hijos bastardos»; como el que elige entre carne o pescado en el menú del día. Ella se decantó por «Bethencourt». Con el tiempo me confesó que le sonaba a artista. Tampoco es que sea muy original, aquí en Canarias hay a patadas, con sus diferentes variantes además: Betencur, Bethencour, Betencourt y un largo etcétera.

Tened en cuenta que hablamos de otra época, cerca de treinta años atrás, cuando solo había dos canales en la televisión, aún no se había aprobado la ley del aborto en España, Michael Jackson todavía conservaba color en su piel, no existían los móviles (mucho menos Internet como lo conocemos en la actualidad) y los niños (y no tan niños) soñaban con viajar en el tiempo en un DeLorean. Dentro de este contexto y teniendo en cuenta que ser madre soltera no estaba tan normalizado como ahora, ella pensó que era la mejor opción. Y hasta cierto punto la entiendo. El problema de este asunto es que yo no me enteré de que mi padre no se apellidaba Bethencourt hasta que tuve veinte años: perdí la virginidad y descubrí la verdad de mi apellido casi al mismo tiempo. Sí, veinte años, como lo oís. Es lo que sucede si nadie te saca de tu error.

¿Qué cómo me enteré? Pues de la manera más tonta. Uno de esos días que quedé a comer con mi padre en ese mismo restaurante al que íbamos siempre, a pesar de que sabía de sobra que soy vegetariana y el menú se reducía para mí en ensalada y como mucho una tortilla. Pero bueno, era

nuestro lugar, podríamos decir. Papá siempre sacaba todo lo que llevaba en los bolsillos y lo depositaba sobre la mesa antes de sentarse a comer: cartera, móvil y llaves del coche. No fui consciente de que la cartera había quedado abierta sobre el mantel de papel granate hasta un par de minutos después de que se hubiese marchado al servicio, fue entonces cuando vi que en su DNI ponía: «Manuel Cabrera» y no «Manuel Bethencourt», como se supone debía ser.

Literalmente sufrí un cortocircuito cerebral. Instantáneo, como las sopas de sobre: mi cerebro se diluyó tan rápido que las palabras se transformaron en inconexos jeroglíficos. Ideas descabelladas sobrevolaron mi cabeza. Desde que no era mi verdadero padre hasta que era un actor pagado por mi madre. Lo sé, una locura, pero ¿qué sabía yo en aquel momento que se podían comprar apellidos?

En aquella época vivía en Tenerife, así que llamé a mi madre por teléfono en cuanto llegué a casa, mi cerebro se condesó de nuevo y pude recordar cómo se formaba una frase con sentido.

—Mamá, ¿cuál es el apellido de papá?

La pillé desprevenida, pero no preocupada, más bien divertida como si le resultara curioso ese repentino interés.

—Cabrera —arguyó con una obviedad en su tono y una naturalidad que no llegaba a entender.

—¿Cómo que Cabrera? ¿Y Bethencourt?

Al día siguiente estaba volando a Fuerteventura a casa de mi madre. Ella aseguraba que yo era conocedora de esa información. Por mi parte, era la primera noticia.

Así fue como me enteré de que mi apellido era comprado y que mi padre, en realidad, nunca me había reconocido como su hija legítima. Legalmente yo no era su hija. Y esto fue duro.

Mamá me mostró una carpeta repleta de papeles relacionados con papá, de la que mejor hablaré más adelante, porque tiene tela...

A esa edad ya tenía claro que mi padre tenía otra mujer y otros hijos. En resumen: otra familia. Pero no era consciente de que mi lugar en su vida era más insignificante de lo que yo creía.

Poco después de ese descubrimiento hice una entrevista para una gran empresa para mis prácticas de administrativa. Era la primera seria de verdad que hacía, de esas para las que te ponías esa chaqueta tipo blazer que cogías a tu madre o en mi caso, la que ella misma se empeñó en comprarme porque

«era un fondo de armario» y que yo rescaté ese día agradecida porque hubiese insistido en que llegaría el día en que me haría falta. Ojalá hubiese sido una capa de invisibilidad y no una elegante, pero sobria chaqueta negra.

Entré en aquel cuarto pequeño, tres paredes de ladrillo y una de pladur con una puerta en el centro por la que se accedía a aquel espacio tan solo ocupado por una mesa y dos sillas enfrentadas. Vagos son los recuerdos que puedo rescatar de aquel día, excepto eso, y que una mujer, la que me hacía la entrevista, y tras una breve presentación me tendió un sencillo formulario para que rellenara con mis datos personales. ¿Y qué sucedió...? Que en la casilla que debía poner el nombre completo de mi padre dudé, hasta tal punto que comencé a llorar allí mismo. Sin sentido alguno terminé arrastrada por un repentino ataque de ansiedad.

Fue raro, incómodo y me hizo sentir como una estúpida.

Como decía al principio, no hay nada peor que la falta de información y aquel día, el reciente descubrimiento me llevó a un estado de confusión que terminó engrosando mi inseguridad.

La doctora Marín me dijo una vez que mi reacción había sido completamente normal, que el ser humano necesita conocer su procedencia para poder así conocerse a sí mismo. Y yo, me sentía estafada y engañada, como si hasta entonces hubiese vivido una gran mentira. Lo que provocó que se forjara en mí esa crisis de identidad ya diagnosticada a los once años.

Huelga decir que no conseguí aquellas prácticas, me dieron otras que hice junto a Isaac, el uruguayo del que ya os hablé que fue con el que me saqué el título de socorrista. Época en la que ocurrió otro suceso, y como no podía ser de otra manera..., relacionado con mi padre.

Mes y medio después mi padre me mandó un mensaje diciéndome que su madre había fallecido, y que por tanto, no nos íbamos a poder ver ese día como teníamos previsto. Me abandonó un llanto tan primario y profundo que hasta yo me sorprendí de la intensidad.

De nuevo, resulta arduo de explicar.

Llevo días pensando sobre ello, no sé muy bien porqué. Bueno, quizá sí lo sepa, y es que en una recaída los recuerdos de otros momentos difíciles se cuelan sigilosos sin que apenas te des cuenta. Reflexionando sobre ello y teniendo en cuenta que esa señora (la madre de mi padre) no me conocía, ni yo a ella, podría resultar absurdo que me pusiera como lo hice por alguien que en realidad no había visto en mi vida. Pero la razón de esa reacción algo desmesurada residía en que una parte de mí se rompió de verdad aquel día.

Porque fue entonces cuando fui plenamente consciente de que no solo nunca llegaría a conocer a esa familia «mi familia» (le gustara o no a mi padre también era mía) sino que cada uno de ellos irían desapareciendo, abandonando este mundo sin saber nada sobre mi existencia. Porque papá no iba a decir nada. Porque de nuevo, yo no era nada.

Una parte de mí guardaba la esperanza de que un día papá le contaría al mundo que tuvo una hija. No obstante, mi abuela María (a la que nunca conocí) se llevó con ella mi último resquicio de esperanza. Y, probablemente, esta sea una de las recaídas más amargas que recuerdo, se me quedó grabada con una fiereza que todavía hoy, cuando pienso en ello, sobrevuela en mí una amarga impotencia.

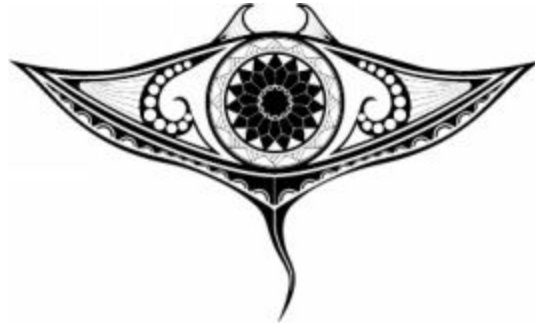
Soy consciente de que esto es algo que a día de hoy no he resuelto, porque cómo dice la doctora Marín: todo eso me hizo tambalear y replantearme mi propia existencia, mi propio yo. Ya me sentía insegura respecto a mí misma con anterioridad, conocer todo eso derrumbó los pocos cimientos que había conseguido levantar.

Llevo a la deriva desde entonces.

No sé quién soy en realidad. ¿Y no es acaso una pregunta importante que hacerse? Aunque, reconozco que probablemente lo que me asusta no es la pregunta en sí, sino la respuesta. Más bien la ausencia de ella.

«¿Quién eres, Ariel?»

Capítulo 30



Crees en las señales?
12:32

Adjunto al mensaje una foto que he hecho al periódico y en la que se puede leer: «Este sábado, la noche perfecta para subir al Teide a ver las estrellas».

Y es que no he dejado de pensar en Ariel desde que la dejé en la puerta de su casa el domingo pasado. Aunque, siendo completamente honesto, diría que comenzó a dominar mis pensamientos mucho antes, probablemente el mismo día que me sacó del agua, o puede que fuera cuando escuché su voz en aquel local de La Laguna. Tal vez el desencadenante fue el día que atravesó la puerta de la clínica por primera vez, o cuando me sinceré con ella en mi cumpleaños hablándole de la muerte de mi hermano. A lo mejor me equivoco, y este sinsentido surgió a raíz de traerla a mi casa, de permitir que durmiera en mi cama impregnando no solo mis sábanas de su exquisito olor, también el ambiente de su arrolladora presencia. Sí, no cabe duda, consentir que invadiera mi espacio pasó a ser un punto de no retorno.

Bien es cierto que poco importa ya cuál fuera el momento exacto, lo verdaderamente relevante es que no he podido dejar de pensar en ella. Ni siquiera la inesperada visita sorpresa que recibí el lunes ha cambiado un ápice mi necesidad de saber de ella. Y prefiero no entrar en detalles respecto a eso, tan solo serviría para darle más importancia de la que realmente tiene. Ya puede venir quien quiera con todas las amenazas que le dé la gana, pero al final del día, es ella es la que tiene la última palabra.

Estamos a jueves y aún no he sido capaz de deshacerme de esa atmosfera de insólita confianza y comodidad en que nos vimos envueltos, y de la que además, ambos éramos plenamente conscientes. Incapaz de olvidar su sinceridad, su franca sonrisa, las pecas que dotan de ternura su rostro, esa nariz ligeramente arqueada con una suave curva en la punta que me entran ganas de besarla cuando la miro, la facilidad con que su voz me eriza la piel las escasas veces que la he escuchado pronunciar mi nombre, la dulzura que esconde bajo una espesa capa de falsa seguridad y la tristeza que me embargó cuando abandonó el coche;

llevándose no solo su cálida esencia, también arrebatándome lo cerca que estuve de besarla. No pienso permitir que nadie me arrebate esto.

Lo malo es que la semana se me ha hecho terriblemente eterna. La tentación de llamar a Ariel o escribirle ha estado presente insistentemente. Así que ayer, después de cometer un error que podría haber tenido graves consecuencias con una pitón, debido a mi obsesión con esa pelirroja y mi falta de concentración, decidí que debía tomar una decisión al respecto. O iba a por ella con todas las consecuencias o, por el contrario, la dejaba marchar definitivamente. Pero este limbo en el que me encuentro está afectando a mi trabajo, y eso es algo que no me puedo permitir.

Esta mañana cuando me levanté, creía tener más o menos clara mi decisión; no con toda la contundencia que esperaba, pero algo es algo. No obstante, una visita inesperada me ha hecho cambiar de opinión: no directamente, pero lo ha hecho. Hace escasos veinte minutos un señor mayor de amables ojos azules ha entrado en la consulta preguntando por Félix, al parecer eran viejos amigos y hacía años que no se veían. Tras una escueta conversación y antes de que pudiera despedirme, el tipo desapareció dejándose olvidado sobre mi mesa el periódico que llevaba en una mano, casualmente, doblado por la página con el artículo que acabo de mandar a Ariel.

No creo en las señales, pero admito que quizá, por primera vez y sin que sirva de precedente, he aceptado esta como una. Lo que me ha llevado a pensar en Berto y en que si estuviera aquí, me estaría animando a descubrir qué es este revuelo que siento en mi interior cuando de Ariel se trata. ¿Y no lo ha hecho acaso a través de su carta? Animarme digo. Yo tan pragmático y realista; él, tan soñador y bohemio. Para Berto todo tenía siempre una razón de ser. Yo, en cambio, siempre he necesitado ver para creer. Y... en cierta medida, he visto: un artículo que dice que dentro de dos días es la noche perfecta para subir al Teide.

Es una invitación?

No estoy segura de que sea buena idea...

12:42

Prometo que Flounder tendrá a su madre de vuelta sana y salva

12:42

No es Flounder quien me preocupa

12:42

A Max no le importa, siempre que tenga su salida del domingo

12:42

Tampoco es él

12:44

Empiezan a agotárseme las ideas...

12:44

Mentira. No me rindo fácilmente, ni soy de los que tira la toalla a la primera de cambio, ni a la segunda, ni siquiera a la tercera. Quiero más de Ariel. A pesar de que ese «Escribiendo...» que llevo leyendo en la pantalla por varios minutos ya, me anime a pensar que quizá, no vaya a resultar tan fácil.

Lo cierto es que me apetece

12:46

¿O puede que sí?

Ahora me pregunto si tendrá las mismas ganas que yo de descubrir a dónde nos lleva esto.

Eso es un sí?

12:47

Es un sí

12:47

«Está bien, Berto. Probablemente esta sea la última vez que siga uno de tus consejos: espero no terminar en un hospital como la última vez tratando de retomar el surf de nuevo. Sabes que no creo en estas cosas, pero si eres tú el que ha mandado esta señal, pienso intentarlo. Subiré al Teide, veré las estrellas y espero averiguar qué es eso que tenía que descubrir por mí mismo. No te aseguro que vaya a bailar, ni que mi cuerpo termine repleto de tatuajes, lo de hacer el amor lo veo jodido también; pero prometo intentarlo. Eso de reír y cantar..., ¿te vale que sea Ariel la que lo haga? Porque resulta que a mí sí.»

Capítulo 31



Me he cambiado un total de cinco veces antes de que llegara Eric, para al final, terminar poniéndome lo primero que había elegido: unos vaqueros desgastados (que no rotos, como el resto de los que han quedado relegados en el armario), una camiseta lencera rosa pastel y, sobre ella, un jersey de punto *oversize* en color crudo; un par de collares con diferentes cuarzos blancos y rosas y un fular en colores pasteles para cubrir el cuello. Me he calzado las viejas y desgastadas botas camperas, el bolso cruzado de flecos que siempre me acompaña, pelo suelto, maquillaje suave y unas gotas de agua de colonia de flor de loto. Me encanta el olor suave y sutil que deja sobre mi piel.

Hace mucho que no me sentía tan nerviosa, al menos, no en este sentido. El poco tiempo que hemos compartido juntos ha sido eso: escaso. No obstante, intenso y cómodo. Y precisamente es ese hecho, el haberme sentido tan cercana a él lo que me ha empujado a aceptar su invitación. Bueno, eso, y que me parece sumamente atractivo. Puede que no sea el hombre más guapo que haya visto en mi vida, pero tiene algo que me atrae como ningún otro que haya conocido antes. Y, por si acaso se me había olvidado, el impacto de la visión de verle apoyado en un lateral de su coche frente a la puerta de mi casa, con la mirada perdida en el mar a su izquierda, tan guapo, masculino y tan seguro de sí mismo, me ha conmocionado.

Ataviado con un jersey de punto gris con capucha, bajo el que asoma una camisa de cuadros; conjuntado con unos pantalones mostaza (no es un color fácil de llevar) pero cuando eres alto, tienes buena percha y los ojos del verde más alucinante que yo haya visto en mi vida, puedes ponerte unas medias de rejilla que me vas a seguir pareciendo el hombre más impresionante que haya tenido el placer de conocer. Y ya cuando me sonrío nada más verme, y se le forma ese hoyuelo... ¡Está para pedir doble ración!

—Hola, ¿llevas mucho esperando?

—Un par de minutos nada más.

—Lo siento, es que...

—Da igual —me calla cogiéndome de la cintura acercándome a él para darme un beso en la mejilla (por un momento he creído que iba a la boca)—, merece la pena la espera.

Una sonrisa es lo único que obtiene como respuesta una vez me recompongo de su inesperado saludo, su cercanía (para la que no estaba preparada) y ese almizcle que desprende y al que presiento me estoy volviendo adicta.

Me abre la puerta y la sujeta esperando a que entre, con la vista clavada en la bolsa de tela marrón que llevo en la mano.

—Una sorpresa —le informo mientras tomo asiento con una pícaro sonrisa dibujada en la cara.

—No me gustan mucho las sorpresas si te soy sincero...

Se le nota, ha cambiado el semblante a una velocidad que da que pensar. Opto por distender el ambiente con un comentario que pretendo suene divertido a la par que sincero:

—¡Pues a buena te has ido a arrimar!

—¿Y eso?

Parece que funciona. Al menos, eso aparenta con las cejas alzadas expectantes a mi respuesta.

—Mejor te dejo que lo descubras por ti mismo...

Creo que ya voy percibiendo cómo es Eric. Le gusta tenerlo todo bajo control, y quizá, si tuviera que buscarle una pega con lo poco que lo conozco, diría que le falta espontaneidad y precisamente yo, soy claramente su antítesis. Yo hago las cosas, luego ya si eso las pienso.

—Empiezas a darme miedo —bromea. O no.

—Ya estabas tardando en darte cuenta que soy peligrosa.

—¿Por qué dices eso? Y más importante, ¿qué llevas ahí dentro? —demanda señalando la bolsa que descansa ahora sobre la alfombrilla y entre mis pies.

—Un termo, Eric; un simple termo.

Cierra la puerta obsequiándome con una larga carcajada que le dura hasta que llega al otro lado, se sienta tras el volante y cierra la puerta.

—Creo que necesitas relajarte —le sugiero.

—Creo que tienes razón, *serea*.

La inexplicable sensación de inmensidad nos ha dejado perplejos, mudos, en un estado de asombrosa admiración.

Diría que llevamos cerca de veinte minutos tumbados sobre esta enorme manta que Eric ha extendido en una planicie rocosa bajo un sepulcral silencio, acompañados tan solo por la profunda oscuridad de este colosal cielo abarrotado de diminutas luces. Es difícil de explicar con palabras. Nos encontramos a más de dos mil metros de altura rodeados de estrellas. Millones de ellas.

—¿Sabías que Tenerife es la décima isla más alta del mundo?

Lo creáis o no es lo primero que ha dicho Eric desde que salimos de mi casa aparte de: «Hemos llegado», «si tienes frío tengo un abrigo» y, alumbrando con el móvil una roca alta «¿te parece bien aquí?». Aunque puede que mis respuestas hayan sido más decepcionantes, si es que es posible: «Eso parece», «estoy bien, gracias» y un asentimiento de cabeza que, teniendo en cuenta la oscuridad en la que estamos sumidos, Eric ha terminado por intuir.

El camino hasta llegar aquí ha sido desconcertante. En un momento dado me he visto preguntándome qué demonios hacía en el coche con un desconocido. Porque seamos sinceros, ¿hace cuánto que conozco a Eric? Obviando que he dormido en su casa a causa de una borrachera monumental, ¿cuántas veces hemos hablado? Y sí, soy consciente de lo irónico que resulta, acostumbrada a irme con tipos que conozco en una noche y en esta ocasión con Eric, probablemente con el desconocido «más conocido» con el que me he sentido más cómoda en lo que va de mi existencia, me asalta esa inseguridad cargada de temor.

Y es que por alguna razón que no llego a discernir, ha desaparecido esa misteriosa comodidad que ambos sentimos hace una semana, e igual que el domingo pasado estoy segura de que él ha sido tan consciente de ello como yo.

El recorrido en coche ha sido más bien tenso, algo frío y por qué no decirlo, bastante incómodo. En cuanto Eric ha arrancado el motor el ambiente se ha enrarecido tan rápido cómo el coche incrementaba de velocidad. Ninguno de los dos ha dicho nada. He visto en una ocasión cómo las palabras trataban de abandonar su boca, pero, lo que sea que fuera a decir, murió entre sus labios como se apaga una llama a la que privas de oxígeno. Yo ni siquiera he hecho el amago de iniciar una conversación. Pasados cinco minutos de

incómodo silencio Eric ha optado por subir el volumen de la radio y quizá de esa manera, silenciar la más que palpable tensión que se había instaurado entre nosotros. Así hemos pasado todo el viaje: los sesenta minutos más largos de mi vida. Sí, ¡una maldita hora! ¿Quién lo iba a decir? Puede que hayamos puesto las expectativas demasiado altas en algo inexistente y en alguien al que en realidad no conocemos en absoluto.

Una hora da para pensar en eso y en cómo el poder de absorción de las compresas desafía las leyes de la gravedad cuando estás tumbada o haciendo el pino: siempre me ha resultado un misterio. La única conclusión que he sacado (sobre Eric y yo, no sobre las compresas) es que la he cagado aceptando venir. Que sí, me puede resultar todo lo mono que quiera, pero lo más seguro es que haya más química entre las capas de una compresa que entre nosotros dos.

No sé si es debido a la semana de mierda que he pasado tras la bronca con Sebas, del que no recibí ningún mensaje de vuelta, dicho sea de paso. Aún no soy capaz de asumir que lo más probable es que haya perdido a mi mejor amigo; me cuesta ver ese hecho como una realidad. He estado estos días demasiado ocupada tratando de aparentar ser una persona normal en horas laborales; aunque la realidad pase porque el resto del tiempo haya estado autodestruyéndome escondida en casa con la única compañía de Úrsula. Aplacar el vacío que me ha dejado Sebas a costa de echar por tierra los últimos meses de terapia y recuperación ha sido mi único cometido. El de Úrsula: insistir una y otra vez que no valgo para nada; aunque también ha sabido unirse al resto de voces, como a la de Darío, recordándome que esto se podía haber evitado si hubiese hablado con Sebas en su momento, y no hubiese dejado las cosas pasar esperando que se arreglen solas. Claramente no lo hacen. Nunca lo hacen.

—Es sobrecogedor —reconozco, no muy segura de si me refiero a la altura de esta isla («mi isla») a la que Eric ha hecho referencia, a lo impresionada por esta inmensidad en la que estamos inmersos o a la certeza de que efectivamente, he perdido a Sebas. O quizá no se deba a nada de eso, sino a que por primera vez, esta quietud a la que tan sutilmente me he visto empujada no me aterra como lo haría normalmente—. Nunca imaginé que sería así.

—¿Así cómo? —se interesa y puede que, a pesar de no vernos las caras, en mi voz se refleje mi fascinación ante tal descubrimiento.

—No pensé que pudiera sentirme tan... pequeña. No me malinterpretes,

es precioso, pero de una manera tan abrumadora que hace que me cuestione un sin fin de cosas.

—Sé a lo que te refieres —le escucho decir con esa asertividad grave y vibrante que aporta el tono de su voz.

A pesar del silencio parece que soy capaz de escuchar los engranajes moviéndose en la cabeza de Eric.

—Mi hermano fue el que me animó a subir de noche a ver las estrellas y averiguar... Bueno, no lo sé muy bien la verdad. No tengo ni idea qué esperaba que encontrara aquí; aunque reconozco que estoy bastante de acuerdo con tu impresión. Te das cuenta de la inmensidad del universo y de la parte tan ínfima que somos dentro de ella, tan insignificante.

—Mi tía Clara siempre me decía: «Lo que hagas en esta vida será insignificante, pero es muy importante que lo hagas porque...»

—Nadie lo hará por ti —termina de decir Eric por mí—. Es de Gandhi.

—Eso creo.

—Berto tenía esa frase tatuada.

Ok, se me acaban de poner los pelos de punta y sí, la temperatura ha descendido desde que hemos llegado, pero todos sabemos que no se debe a un efecto del tiempo atmosférico.

—No sé si puedo o, mejor dicho, no sé si debo preguntar, pero... ¿qué le pasó a tu hermano?

Escucho un ruido, como si cambiara de postura.

—Ingresó un domingo en urgencias con fiebre alta convencido de que tan solo era una gripe. Cinco días después falleció por una leucemia fulminante.

¡Dios! ¿En serio?

—Lo siento. No..., no puedo ni imaginar cómo tuvo que ser —tartamudeo con la férrea certeza de hasta dónde puede llegar mi nivel de estupidez.

¿A quién se le ocurre la genial idea de preguntar por su hermano muerto que, por si se me había olvidado, además, falleció el mismo día de su cumpleaños? Si es que soy la leche. Me extraña que Úrsula no aparezca para regodearse de mi instinto camicace.

Y con esta anodina disculpa ambos nos sumimos en nuestros pensamientos de nuevo. Deduzco que Eric cerca del recuerdo de su hermano, mientras que yo... simplemente me puede la culpabilidad.

—Leí la carta —admito—. La que te escribió tu hermano y que descansa

en la cómoda de tu habitación. Lo siento. Lo siento mucho. Cuando me quedé en tu casa y después de nuestro pequeño enfrentamiento y de que me dejarás sola en la habitación la vi y bueno, leí parte de ella. Me siento fatal de verdad, es algo muy personal... No debí haberlo hecho, Eric.

No sabría decir cómo se ha tomado mi pequeña confesión. Su respiración continúa tranquila, no ha variado y no escucho nada fuera de esta silenciosa normalidad.

—¿Eric? —le llamo temiendo alguna represalia teniendo en cuenta su mutismo.

—No pasa nada —confiesa. Pero yo necesito mirar a través de sus ojos verdes para reconocer sus palabras como ciertas—. Yo diría que estoy en desventaja, y desde hace una semana ya por lo que veo. Así que, ¿qué te parece si me cuentas algo de ti que yo no sepa?

Sí que se lo ha tomado bien... A eso lo llamo yo aprovechar la oportunidad. ¿Y cómo voy a decirle que no?

—¿Qué quieres saber?

—¿Sigues yendo a terapia? —pregunta más rápido de lo que es habitual en él. Lo que me indica que es una pregunta que llevaba tiempo esperando la ocasión para hacérmela.

—No exactamente. La terminé hace siete meses, pero la doctora Marín me encomendó una tarea para continuar con ella desde casa.

—Y..., ¿puedo saber en qué consiste?

Teniendo en cuenta la indiscreta pregunta que le he realizado yo hace escasos minutos, no voy a negarme a responder.

—En escribir un diario recopilando cada uno de esos acontecimientos de mi vida que he dejado relegados, con la absurda esperanza de hacerlos desaparecer. En resumen: enfrentarme a todo lo que en algún momento me hizo tanto daño como para cederle el control sobre mí.

—¿Y te está ayudando?

—Puede que sea demasiado pronto para darte esa respuesta —reconozco.

—¿Por qué aceptaste venir, Ariel?

—¡Ah no, ahora me toca a mí!

—Está bien. Venga, pregunta.

—Las fotografías que hay en tu casa... ¿son tuyas? Quiero decir, ¿las has hecho tú?

—Sí.

—Permíteme que te diga que son geniales.

—Hace tiempo que no cojo la cámara, si te soy sincero.

—Pues es una lástima, porque eres bueno. A ver, tampoco es que yo sea una entendida en fotografía, pero a mi tía Clara le gustaba y aprendí algo de ella. Tenía talento, como tú.

—Tras la muerte de mi hermano no he sido capaz de coger la cámara de nuevo.

Repentinamente siento una imperiosa necesidad por saber cómo está sentado, cuál es su postura en este momento, a dónde mira y cómo lo hace. Si está tenso, si le brillan los ojos o por el contrario tienen aspecto apagado. Quizá su mandíbula esté tirante, o le hayan salido unas pequeñas arrugas en la frente o igual, su aspecto sea más cercano al de alguien agotado por el dolor del recuerdo que deja un ser querido al marcharse de manera tan repentina. El lenguaje corporal dice mucho. y ahora mismo somos dos extraños confesando secretos en una oscuridad tan penetrante que, de manera insólita, nos sentimos lo suficientemente cómodos para sincerarnos sin reparo y sin miedo a ser juzgados. Intuyo que el no ver a la otra persona y no ser testigo de sus reacciones, te permite expresarte cómo si estuvieras solo en tu propia habitación hablando en voz alta; aunque aquí, ahora, en este instante fugaz, se perciba un matiz difícil de explicar que lo hace más acogedor todavía. Esto es más natural. Fluido. Más... orgánico.

—Me siento inquietantemente cómoda contigo —reconozco dándole respuesta a su pregunta anterior—, por eso acepté venir. Porque sentía curiosidad por esa extraña conexión que ambos sabemos existe entre nosotros. Mis relaciones con los hombres se basan en... bueno, creo que ya sabes en qué. Y hay algo en ti que me hace sentir segura. No sé, es raro. Hasta el punto de tener el valor para ser tan sincera contigo en este momento, por ejemplo.

Nuestros hombros han permanecido rozándose, poco, muy sutilmente, con nuestras espaldas relajadas sobre la dura roca y la mirada perdida en el firmamento. Hasta ahora, que Eric ha buscado mi mano en la oscuridad para enlazar nuestros dedos, permitiendo que le siga un elocuente silencio y con él, una naturalidad inexplicable.

Resulta chocante como puedes sentirte tan cómoda al lado de alguien que apenas acabas de conocer. De alguna manera me sucedió algo parecido con Sebas, aunque sigo creyendo que esto va mucho más allá. Y es que, por primera vez en mucho tiempo, me agrada tener la mano de un hombre

sujetando la mía. Además de no sentir la imperiosa necesidad de demostrarle que merezco la pena.

—¿Cuándo fue la última vez que subiste al Teide? —pregunta pasado un rato. Largo o corto no lo sé, lo que sí puedo asegurar es que ha dejado de preocuparme desde el trascurso del tiempo, hasta el silencio que da paso al barullo en mi cabeza; ese del que trato de evadirme usando el surf, la música o el sexo con un desconocido cuando la cosa se pone muy confusa.

Repentinamente no me asusta dar respuesta a su pregunta, no es que sea nada reseñable dentro de una anécdota pasada que ya nada tiene que ver conmigo, pero no suelo hablar de mí, y ahora, en este paréntesis en el que solo estamos Eric, las estrellas y yo, poco me importa contarlo. Quizá se deba a que a pesar de que no me guste hablar sobre mí misma lo necesite, todos lo requerimos en algún momento, y empiezo a estar convencida de que no hay mejor escenario que este para atreverse a hacerlo por vez primera.

—Antes de escuchar esa respuesta necesito mi termo. Pon la linterna del móvil y enfoca aquí —le pido ya sentada palpando junto a mi pierna derecha, lugar en el que dejé la bolsa.

—¿Tengo que preocuparme por el contenido de ese termo? —pregunta en tono burlón.

—Depende, ¿eres alérgico a los frutos secos?

—No.

—Entonces no lo creo. Es chocolate caliente hecho con leche de avellanas. Es que soy vegetariana.

—Vaya.

—¿Vaya? Espero que no seas de esos que piensa que los vegetarianos somos unos *raritos*.

Si Eric pudiera verme la cara en este instante se llevaría de recuerdo una profunda mueca de asco de mi parte, ya sabemos que no puedo ocultar lo que pienso. No sé si es un defecto o una virtud, pero en mi cara se lee todo lo que me pasa por la cabeza, siento o padezco. Y aún estoy tratando de discernir de qué manera ha sonado ese «vaya».

—Sería extraño que un vegano pensara de ese modo.

—¡¿Eres vegano?! —exclamo gratamente sorprendida.

Iba a decir que ha sumado puntos, aunque no sé muy bien para qué...

—Tengo que probar ya ese chocolate.

Saco las dos tacitas de plástico y vierto cantidad en cada una de ellas.

—¡Eso está hecho! Te aseguro que va a ser el mejor que pruebes en tu vida. Es una receta secreta.

Dicho esto, le guiño un ojo. Absurdo, teniendo en cuenta que no puede verme.

—Ahora que ya me has embriagado con este dulce elixir, ¿vas a contestar a mi pregunta? —arguye tras un ronroneo sensual que ha emitido tras darle un trago al cacao caliente.

—¿Cuál era tu pregunta?

—¿Cuándo fue la última vez que subiste al Teide?

—Mmm... Hace cuatro años.

—¿Y cómo se llama la razón de que no hayas vuelto?

—Qué perspicaz.

—Seguro que si te pregunto sabes hasta el día, el mes, y probablemente hasta la hora de la última vez que viniste. Muchas veces lo que hacemos no tiene un porqué significativo. Pero detrás de lo que sí dejamos de hacer existe una intención, una razón. Yo he dejado de hacer fotos porque fue mi hermano quien me enseñó todo lo que sé de fotografía y su recuerdo está demasiado presente cuando cojo una cámara. Así que tú no has vuelto aquí... ¿porque te recuerda a alguien quizá? Ambos hemos dejado de hacer cosas porque de alguna manera nos resulta demasiado doloroso.

«*Touché.*»

—Hugo es esa razón.

—¿Y Hugo es...?

—Mi exnovio.

—¿Puedo preguntar qué es lo que sucedió?

—Puedes —respondo sonriente recopilando esos recuerdos para dejarlos así emerger y compartirlos por vez primera con alguien que no sea Sebas—. Vinimos con sus padres que estaban de visita en la isla.

—¿No eran de aquí?

—No, de Las Palmas. Hugo se vino a Tenerife a los seis meses de conocernos, le salió un curro aquí y sencillamente fue la excusa para irnos a vivir juntos.

Abrazo la taza entre mis manos acogiendo agradecida los restos de calor que aún desprende. La misma calidez que siento aporta mi acompañante tan solo con la manera que tiene de escuchar, tan paciente y comprensivo a su manera.

—Estábamos llegando cuando el padre de Hugo le dijo que tenía tres

semanas para volver a Las Palmas.

—¿Volver? ¿Para qué?

—Eso fue lo mismo que me pregunté yo, y no tardé mucho en interrogar a Hugo para averiguarlo. Resulta que su padre, al que habían echado de la empresa en la que había trabajado toda la vida le indemnizaron con un montón de pasta. Llevaba tiempo buscando algo en qué poder invertir ese dinero y que a la vez le sirviera para darle un trabajo más estable a su hijo. En aquella época Hugo había trabajado de camarero, reponedor, comercial y hasta de relaciones públicas; aunque su sueño era ser auxiliar de vuelo. Su padre le pagó el TCP^[11], pero después de varias entrevistas fallidas y diversas discusiones con él, que es el que había puesto el dinero desistió.

—Así que su padre encontró en qué invertir el dinero de la indemnización—discierne.

—Sí, compró una licencia de taxi para Las Palmas. Hacía semanas que Hugo lo sabía y no me había comentado nada. Imagínate mi cara de gilipollas. Y esa es otra, siempre tuve la certeza de que a sus padres no les hizo nada de gracia que su hijo se viniera conmigo a Tenerife; así que les salió la jugada redonda para llevarlo de vuelta a casa. Lo más gracioso es que mi evidente sorpresa ante el desconocimiento de la noticia Hugo la achacó a que no me gustaba que fuera taxista. Se le daba muy bien darle la vuelta a la tortilla... ¡A mí me daba lo mismo! ¡Cómo si quería ganarse la vida tocando la flauta en tanga subido a un monociclo! Creía fervientemente que me consideraba mejor que él. Nunca me lo dijo, pero a veces no hacen falta las palabras para saber leer entre líneas.

—¿Y qué pasó?, quiero decir: ¿se fue?

—Se fue, y viví entre barcos y aviones de Tenerife a Gran Canaria durante un largo periodo de tiempo. Fue un año complicado y las últimas coletillas de aquella desgastada relación.

—Menudo capullo, además de cobarde. Si se me permite decirlo.

—Lo cierto es que siempre le faltó valor para enfrentarse a todo: a mí, a sus padres y a todo aquello que no le gustaba.

Hugo.

Desdén.

Hugo.

Cobardía.

Hugo.

Mentiras.

Hugo.

Amor. El que yo sentía por él y él despreció como todo lo que pasaba por su vida.

Hugo.

Aún duele.

(Capítulo 32)

Ariel, diecinueve años.

—¿Qué pasa, Ariel?

Aún me tiemblan las manos, el corazón me va a mil por hora, estoy al límite de echarme a llorar y sopeso incluso la posibilidad de no decirle nada, porque igual no ha sido para tanto, porque igual... ¡No! No pienso dejar que se salgan con la suya.

—Hay algo que... mientras estabas en el baño...

Comienzo a frotarme las manos con fuerza con la vista al frente. Aunque en realidad no estoy viendo nada, el tacto y las palabras de lo ocurrido hace apenas diez minutos en esa mierda de discoteca es lo único que veo y siento.

—¿De qué estás hablando? —aparta un momento la mirada de la carretera y me cuesta encontrar el azul de sus ojos entre las vetas rojas que lo rodean.

Entonces lo sé, Hugo no está aquí, nunca lo está. Demasiadas sustancias lo alejan de mí.

—El hermano de Samuel y su amigo... Bueno, me, me han acorralado en una esquina y... han comenzado a tocarme... Cuando me quería quitar a uno de encima tenía al otro... Me estaban proponiendo que me fuera con ellos y que...

Hugo continua en silencio centrado en la carretera. Apenas tiene pinta de que le importe lo que le cuento, o es lo que podría suponer a excepción de que sus dedos algo crispados parecen aferrarse con más fuerza al volante.

—¿Por qué narices no me lo has dicho antes?!

—Me amenazaron —confieso llevándome las manos al cuello sintiendo aún la presión de aquellos ásperos dedos sobre mi piel.

Pasan varios minutos en los que Hugo sigue sin pronunciar una palabra.

—¿No vas a decir nada?

—¿Quieres que dé la vuelta y me lie a puñetazos con ellos? ¿Eso es lo que quieres?

—Yo no he dicho tal cosa. Tan solo necesitaba contártelo.

Ariel, veinticuatro años.

Hemos quedado en el parque que hay detrás de casa de sus padres, según me ha dicho ha terminado su jornada de hoy con el taxi por lo que me imagino que estará con algún colega fumando (probablemente un porro «para relajarse»). Yo acabo de desembarcar y estoy agotada, lo único que me apetece es que nos acurruquemos en casa viendo una película.

Antes de aparcar lo veo y no, no hablo de Hugo, aunque, que esté junto a ese hijo de puta es lo que ha hecho que haya puesto mi atención en él.

Me quedo dentro del coche esperando, y degustando ya el sabor de una horrible decepción (otra más que sumar a la lista) emergiendo del fondo de mi garganta.

Terminan de hablar, se despiden con un apretón de manos, una palmada en la espalda y una sonrisa que me revuelve el estómago. Al fin Hugo se queda solo y yo con el regusto del desencanto en la boca y una profunda rabia crepitando en mi interior me bajo del coche y voy directa a por él.

—Hola, cariño —me saluda con un escueto beso en los labios—. No te había visto, ¿qué tal el viaje?

—¿Qué hacías?

—Estamos buscando a alguien que cubra el otro turno con el taxi y...

—¿Y se lo estabas ofreciendo a él? —pregunto perpleja.

—Sí, al parecer estuvo currando hace un par de años como taxista, así que tiene experiencia —me suelta así, como si tal cosa.

—¡Estás de coña ¿no?! —exclamo separándome de Hugo—. ¡Después de lo que hizo!

—¿Todavía estás con eso? ¿Qué es lo que quieres, que le pegue una paliza?

—¡No se trata de eso joder! —Ni se me pasa por la cabeza que haga algo así. Primero, porque estoy en contra de cualquier tipo de violencia y segundo, porque tampoco es que él tuviera valor para hacerlo—. ¡Ese tío... ese tío se sobrepasó conmigo ¿y tú le vas a dar un curro?! ¡Con que no le dirijas la palabra me basta, Hugo! ¿Acaso es tan difícil de entender?

—¡El problema aquí es que odias mi trabajo, eso es lo que te jode!

—¡¿Pero qué narices dices?! ¡Estoy hablando de respeto! ¡Del que

obviamente no tienes por mí!

Capítulo 33



—Así que la razón de no volver aquí es por Hugo, tu ex.

—Eso parece, creo que ni siquiera era consciente de ello. Y es cierto que su comportamiento no estuvo muy brillante, pero no era mala persona. Solo creo que estaba casi tan perdido como yo. Y ya que estamos y siendo honesta..., tampoco es que yo me comportase mucho mejor cuando lo dejamos —reconozco trayendo a la memoria más recuerdos de aquella etapa de mi vida—. Guardé mucha rabia en mi interior que había dejado macerar demasiado tiempo y eso es malo, créeme, porque se transforma en ira y exceso de rencor. Me dejé llevar por esos sentimientos equivocadamente impulsada por su desdén y su pasotismo por todo. No soy una santa, Eric, no te lleves a error.

—¿Siempre eres tan dura contigo misma?

—He hecho muchas cosas mal de las que para nada me siento orgullosa.

—¿Cómo qué? —me reta. Y no sé si porque quiere demostrarse a sí mismo que no es algo realmente grave o bien, porque de verdad siente curiosidad por saber qué es eso tan malo que he hecho.

Así que si desea saber quién es en realidad Ariel Bethencourt vamos a mostrárselo. Cuanto antes lo sepa, antes terminaremos con este teatro. No sé qué es lo que espera Eric de mí, pero cuanto antes pongamos las cartas sobre la mesa mejor. Mejor será que esto termine ahora que todavía no ha pasado nada entre nosotros, y quizá aún esté a tiempo de olvidarme de su encanto y sus mágicos ojos verdes antes de que no haya vuelta atrás.

—Poco después de romper con él me acosté con un amigo suyo tan solo con la intención de verle reaccionar por una maldita vez en su vida —confieso trayendo de nuevo esa decepción que siento por mí misma ante ese comportamiento completamente estúpido de mi pasado.

—¿Funcionó?

Juro por lo más sagrado que jamás hubiese esperado esa pregunta.

—Para nada. Bueno sí, recibí más desdén de su parte: dejó de hablarme definitivamente. —De nuevo se estira el silencio, más de lo que suele ser normal con Eric, deduzco que ya empieza a darse cuenta de quién es la verdadera Ariel—. Como bien te dije antes, conmigo las sorpresas están aseguradas. Así que ahora que ya sabes cómo soy, si quieres nos podemos ir.

—¿Qué? Acaso... ¿quieres irte?

—Mira, Eric, se ve a la legua que eres buen tío, y acepté venir porque reconozco que me intrigaba esta extraña conexión que parece haber entre nosotros, como bien te he dicho antes. Y yo no sé las razones que te han llevado a invitarme a venir, pero sean cuales sean ya has visto cómo soy y hasta donde soy capaz de llegar. Y eso es lo que ya sabes, pero ¿y qué hay de lo que aún no te he contado? Vamos, Eric, ¿no me vas a decir ahora que no te inquieta lo más mínimo no saber por qué voy a terapia? A ti, que dices que no te gustan las sorpresas. O qué es lo que me lleva a como bien me dijiste en tu casa: «Despreciarme tanto como para acostarme con el primer tío que se me pone delante». Opino que lo mejor es que lo dejemos aquí.

Lo suelto todo a la espera de que se pronuncie dándome la razón para hacer lo que yo no soy capaz (como buena cobarde) y es dar esta extraña relación por terminada. A pesar de que solo pensar en ello y según he pronunciado cada palabra, un nudo ha ido aferrándose a mi garganta con una contundencia difícil de obviar.

—Cuando Berto murió llevaba dos años sin hablarme con él —le escucho decir entre dientes.

—¿Qué?

Esa confesión acaba de dejarme, literalmente, estupefacta.

—Estaba de viaje en Australia cuando mi madre me llamó para contarme lo sucedido. Cuando llegué era demasiado tarde, lo único que quedaba de él era una carta que llevaba mi nombre. La misma que viste en mi habitación.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque quiero que seas consciente de que todos hemos hecho cosas de las que nos arrepentimos, Ariel. Y porque está claro que esta extraña conexión entre nosotros te asusta tanto que estás buscando la manera de que esto se acabe ahora, antes de que vaya a más y te haga daño.

—¡Anda, si el doctor Estrada, experto en traumas emocionales ha vuelto! —El sarcasmo es un buen recurso cuando me siento atacada—. ¿Te

sacas el título por las noches o lo haces a distancia? ¿O quizá es que te pone esto de psicoanalizarme?

—Puedes usar todo el sarcasmo que quieras, no voy a molestarte — dice muy tranquilo agarrándome del brazo impidiendo que me aleje, que es lo que estaba tratando de hacer—. No quiero psicoanalizarte, te estoy exponiendo la verdad, Ariel. Te has sincerado conmigo y me gustaría hacer lo mismo. Venga, pregúntame lo que quieras.

Me tomo un momento, respiro y vuelvo a sentarme donde estaba con resignación. Miento, con ganas de preguntarle muchas cosas. Y tras varios segundos en los que consigo deshacerme de esa rabia porque sea capaz de leerme tan bien, me lanzo a preguntarle.

—¿Estabas de vacaciones? En Australia quiero decir, cuando tu hermano...

—De luna de Miel.

¿Luna de Miel?

—Vale, eso sí que no me lo esperaba —reconozco en voz alta—. ¿Estás... casado?

—Como te he dicho antes, todos cometemos errores, y esa boda no fue una buena decisión. Pero no porque no estuviese enamorado, sino porque no fue esa razón la que me llevó a hacerlo. La verdad es que me casé muy joven, en cuanto terminé mis estudios de veterinaria. En su momento no pudimos irnos de viaje porque a Nadia le salió una oportunidad que no podía rechazar en Madrid, y decidimos posponer la Luna de Miel para más adelante.

«Nadia.»

Y aunque ella no tenga culpa de nada, escuchar su nombre en los labios de Eric me irrita en cierta manera.

Demencial.

—¿Y hace cuánto que te separaste o te divorc...

—Ya antes de que mi hermano muriera las cosas no estaban bien entre nosotros —me interrumpe—, y aquello simplemente fue el detonante de una relación que no se sostenía. Dejé Madrid y me vine a Tenerife.

Siguiendo las directrices de su hermano, deduzco.

—Siento mucho lo de tu hermano, Eric. Y también que tu matrimonio no funcionase.

—Yo también —admite con hastío.

Aún estoy decidiendo si me sorprende más todo lo que acaba de confesarme, o que tenga una capacidad innata para conseguir que me quede

arriesgando que esta conexión vaya más allá, cediéndole además el poder para que acabe conmigo. Porque Eric me gusta, y una parte muy poderosa de mí me impele a quedarme y descubrir qué es esto que hay entre nosotros.

Todo es tan jodidamente perfecto que asusta.

—¿Tenías otra manta por ahí? —pregunto sintiendo un inesperado tiritar dominar mi cuerpo. Presiento que no se debe a la temperatura exterior.

—¿Tienes frío? Perdona —se disculpa apresurado cubriéndome los hombros con una manta que me trae su olor a traición.

—Gracias.

Dejamos que nos envuelva el silencio de nuevo por largo rato, y entre alguna que otra estrella fugaz, nuestro desastroso intento de encontrar las constelaciones entre el millar de estrellas y un extraño ruido que comienza a escucharse a lo lejos, y al que le encontramos gran parecido con el de una aspiradora, bromeamos y nos desternillamos de la risa.

—¡Ay, Dios, me duele la barriga de tanto reír! —exclamo apretándomela con fuerza.

—En serio, ahora de verdad: ¿qué demonios es ese ruido?

—No sé, pero cada vez suena más cerca —advierto olvidando por completo que hace nada estaba buscando la manera de disgustar a Eric lo suficiente como para que quisiera marcharse de aquí, alejarme de él y no querer volver a verme nunca más. Y lo más sorprendente es que de eso tan solo hace un rato, y a mí me parece como si hubiesen pasado años.

—¿Quieres quedarte a descubrirlo?

—Por supuesto, ¡necesito desvelar este misterio!

Y esperamos, enfocando con la luz de nuestros móviles en derredor. Muertos de la risa, y asustándonos el uno al otro.

—¡Ariel! ¡Detrás de ti!

Y yo grito, porque la situación es divertida pero también da un poco de cague. Por si no ha quedado muy claro estamos sobre una roca en el mirador del Llano de Ucanca en pleno corazón del Parque Nacional de Las Cañadas del Teide, una explanada de unos ciento noventa kilómetros cuadrados en completa oscuridad, sin señal de vida en, por lo menos quinientos metros, que es la distancia a la que se encuentra el Parador. Si obviamos el misterio de la aspiradora que parece estar cada vez más cerca, estamos prácticamente solos.

Con lágrimas de reír y agujetas en la barriga recogemos para irnos antes de que terminemos por ser absorbidos por ese aspirador inmenso.

—Creo que no me reía tanto en mi vida —reconozco ya dentro del

coche.

—Entonces lo he conseguido.

—¿El qué?

—Dejar un nuevo recuerdo para la posteridad.

—Sin duda. Ha merecido la pena.

Veo aparecer ese hoyuelo junto a su boca con un rápido desliz de su dedo sobre la pantalla del teléfono móvil justo cuando comienza a sonar mi voz, en un *cover* de *So payaso* de Extremoduro.

—¿Y esto?

—Me he puesto al día: una búsqueda en Google, otra en Youtube y por supuesto, una en Spotify.

—¿Y qué? ¿Has encontrado algo interesante?

—No tanto como lo que he descubierto esta noche —confiesa regalándome una mirada profunda logrando que el aire crepite entre nosotros —. Pero admito que me encanta tu versión de esta canción.

—Pues... gracias.

—¿Puedes cantármela?

—¡¿Qué?! ¡Tú estás loco!

Aunque lo he dicho casi sin pensar, ya que es mi reacción natural ante esta clase de peticiones, lo cierto es que una parte de mí se siente halagada; hasta parece que lo esté sopesando...

—Vamos, solo un poco —insiste poniendo una carita adorable. Más si cabe.

Claramente él desconoce mi terror a cantar fuera de un escenario y menos aún sin la compañía de mi grupo.

Vuelve a insistir, pero esta vez sin palabras, lo hace a través de sus ojos verdes que llevan la esperanza grabada para toda la eternidad, y en su mano sobre la mía con un gesto íntimo que parece estar convirtiéndose en una fascinante costumbre. En respuesta, cierro los ojos saboreando el suave cosquilleo que su contacto despierta en la boca de mi estómago, permitiendo que trepe hasta mis labios para deslizarse suave a mi garganta invocando mi voz, logrando que se acople sin miedo entre los límites que impone su coche.

Acércate y ya verás
Que no sé cómo hacerlo peor
Despacito pero muy mal
A ver qué me dice después

Hago casas de cartón
Ayer bebí hasta jurar
Pero hoy no me levanta ni Dios
A ver qué me dice después

So payaso
Me tiemblan los pies
A su lado
Me dice que estoy descolorido
Y la empiezo a besar
A ver qué me dice después
So cretino
Me tiemblan los pies
A su lado
Me dice que estoy descolorido
Y empiezo a pensar
A ver qué me dice después

—No tienes idea de lo fascinante que eres —asegura con una honesta admiración que, aunque no llego a entender, agradezco como nunca antes.

Despacio y sin dejar de mirarme a los ojos se lleva nuestras manos entrelazadas hasta sus labios, dejando en el dorso de la mía, el beso más íntimo que me hayan dado nunca. Y no porque haberle cantado sea una de las cosas más personales para mí, ni porque obviamente nos gustemos, ni siquiera por todo lo confesado y compartido esta noche. En realidad, es por la suma de todo eso. Es el resultado de dos personas que, por un momento, han apartado todos sus miedos e inseguridades, y se han atrevido a ser ellos mismos.

A falta de seis minutos para que den las tres de la mañana Eric detiene el coche, y a falta del balanceo que me regalaba que como un bebé me ha mecido hasta llegar a casa, he terminado por abrir los ojos y despertarme.

Eric sigue con el motor encendido, el brazo izquierdo sobre el volante y la vista clavada en mí proyectando un halo entre curioso y fascinado.

—¿Qué pasa? —pregunto nerviosa irguiéndome en el sillón pasándome

también el dorso de la mano por la boca, rezando por no haber babeado como un bulldog.

—Acabo de descubrirlo.

¿El qué?, ¿qué soy como uno de tus pacientes? ¡Espero que no!

—¿Qué? ¿De qué está hablando?

—Lo que Berto dijo que necesitaba descubrir por mí mismo.

—¡¿Sí?! No me dejes con la intriga, por favor —le animo a contármelo irguiéndome en el asiento abriendo mucho los ojos.

—La compañía —me revela con una sonrisa satisfecha—. De eso se trata. No importa lo impresionante que pueda ser una noche estrellada como la que hemos disfrutado si no hay nadie con quien compartirla. —Veo como se acerca ligeramente, pero se detiene a medio camino para decir—: Gracias por aceptar vivir esta experiencia conmigo, Ariel.

Como respuesta a su confesión mi ritmo cardíaco se acelera, lo noto latir con fuerza bajo el pecho, pero no es el único que tiene algo que decir... Sí, Úrsula. Un murmullo que no tardará en escucharse con más fuerza y que necesito mitigar con urgencia. Más aún tras las palabras de Eric.

Me acerco a él clavando las rodillas en la tela del asiento. Mi mano, que tiene vida propia, la misma que muestra en la muñeca ese «mantente fuerte» para ocasiones como estas, me traiciona deslizando los dedos entre los mechones de pelo de este hombre de ojos misteriosos, y yo, se la devuelvo ignorando su mensaje imperativo escrito en tinta negra bajo mi piel.

Y me dejo llevar entre el placer de mi mano en íntimo contacto con Eric, el repentino despertar de mis labios con unos ligeros calambres que cosquillean expectantes y su enigmática mirada, la cual he conseguido captar con plena expectación.

«Es un error, niña. Te gusta demasiado para que un polvo sea suficiente. Y nadie con dos dedos de frente iba a querer más allá de eso contigo.»

De un impulso, puede que demasiado brusco y algo forzado, recorro el camino hasta sus labios con el ímpetu y la ansiedad de alguien que sobrevive esquivando permanentemente esas dos sensaciones.

Me enredo en su boca con un intenso pellizco amarrado al fondo de mi estómago que me impele de tal manera que, antes siquiera de que la idea tome forma en mi cabeza, me encuentro sentada en su regazo clavándome el volante en la espalda y su erección en la entrepierna. Que digo yo, para lo rápida que he sido, su «dureza» me pilla francamente por sorpresa; deduzco

que tanto como ha debido de parecerle a él mi arrebatado de pasión.

Nuestras lenguas se enredan al compás de las voces en mi cabeza: exigentes, revolucionadas.

Enardecida de un deseo repentino y en aumento, no alcanzo a disfrutar esos pequeños detalles que sé me gustaría tener en cuenta. Lo más sutil que llego a percibir son las suaves manos de Eric que andaban perdidas entre mis costados y mi espalda, y que han decidido cambiar de rumbo hasta llegar a mi nuca, para tomarla con cuidado, no obstante, con firmeza. Con la clara intención de intercambiar papeles, tomar las riendas y de ese modo, aminorar el ritmo para llevarnos a uno más pausado y menos exigente. No lo consigue. Termina por detenerme rodeando mi muñeca con dedos inflexibles, obligándonos a romper el beso y, por consiguiente, todo lo demás.

No me cohíbo y muestro mi disgusto con un gemido ahogado que suena a queja sin remedio. Por no hablar de los rescoldos de pasión que soy consciente se pueden leer con claridad no solo en el azul de mis ojos que, en este preciso instante, podría deforestar el Amazonas con solo una mirada; también en nuestras respiraciones agitadas y algo desacompasadas que nos dejan a ambos en evidencia.

—Así no, Ariel —me pide con una mirada dulce y compasiva aún con los dedos anclados en mis muñecas, imprimándole más firmeza a su ruego—. Créeme, quiero esto tanto como tú, pero no tiene que ser de esta manera. No quiero convertirme en uno más de esa lista. No pienso ser uno de ellos —sentencia esto último con dureza.

Y no lo es, claro que no. Aunque es comprensible que crea podría convertirse en uno de ellos; ni siquiera yo puedo asegurar que no vaya a ser así.

Me rindo a sus palabras y termino por bajar los brazos y él, por soltar mis muñecas.

—Sé que hace poco que nos conocemos, pero me gustas, mucho, y yo no quiero ser un tío más con el que pases una noche. No me gusta esa desesperación que siento cuando me besas, esa necesidad tan arraigada que tienes de alejarte de ti misma —admite ahora acariciando mis labios con su pulgar, además de con su mirada—. Cuando estemos juntos quiero que estés aquí, conmigo. Quiero conocer a la verdadera Ariel.

—Tú no sabes lo que estás pidiendo. Yo... Me gustas, reconozco que más de lo que me esperaba, pero... No puedo prometerte algo como eso. No sé estar con alguien de otra manera, yo soy así.

—*Miña serea...* —pronuncia con ese acento que me derrite.

Algo sucede de repente. Algo difícil de explicar (como todo en mi vida). Me veo reflejada en sus ojos, en ese color tan claro que emula un espejo. Me veo a mí, dibujada con nitidez en el marco de sus iris sentada sobre sus muslos desubicada por ese rechazo, pero agradecida al mismo tiempo por él. Confusa, porque nadie nunca me había detenido, jamás me habían hablado con esa franqueza, ni mucho menos me habían pedido nada más allá que un rato de sexo. Y lo más llamativo, es que esa vulnerabilidad que supone no me hace sentir insegura; más bien todo lo contrario, me invita a quedarme junto a él.

Y lo hago, por varios minutos hasta que decido quitarme de encima haciendo caso a su sugerencia de aflojar esto.

Eric sale del coche y hasta que no aparece por mi lado, me abre la puerta, y me tiende la mano para salir, no soy consciente de que, por una vez, no hay ruido en mi cabeza. Se ha quedado completamente en blanco.

Como un autómata acepto su mano y permito que me guie hasta la puerta de mi casa, en donde y como única despedida recibo un beso en la frente y un:

—Buenas noches, *miña serea*.

(Capítulo 34)

¿Recordáis que os dije que mi madre había guardado una carpeta con información sobre mi padre? Bien. Pues poco después de haber descubierto la verdad sobre el apellido y en la siguiente visita a Fuerteventura, mi madre se sentó conmigo, aclaró todas mis dudas y me la entregó.

En ella, mamá había ido recopilando a lo largo de los años numerosos documentos con la intención de entregármelos de adulta y que le ayudaran a apoyar su versión de la historia: el cambio de apellido en el registro, la carta que le escribí a mi hermana con ocho años, notas que papá le había escrito, una rosa seca en un sobre junto con la nota de: «¡Enhorabuena es una niña!», algún que otro dibujo... También me contó cómo se conocieron. En una cabina telefónica (época en las que existían y se usaban) y papá, que había terminado de usarla, le dejó a mi madre algo de dinero para que ella, que estaba esperando su turno tras él pudiera utilizarla. Coincidencias del destino (o no) rato después volvieron a encontrarse: ambos habían quedado con diferentes personas en el mismo bar. Y bueno, una cosa llevó a la otra, mi padre le dijo a mi madre que estaba separado (cosa que no era cierta) y ocho meses después ¡chin pum! Nací yo. Prematura sí, al parecer tenía ganas de venir al mundo.

Con esa carpeta de vuelta a casa (Tenerife) y tras estudiarla con detenimiento llamé a papá y le dije que quería verle. Le pedí explicaciones sobre las razones por las que no me había dado su apellido. Sus palabras fueron claras: «Tengo una familia, y no hay ninguna necesidad de hacerles daño de esa manera». También dijo que me quería tanto como a sus otras hijas. «Que me quería.» Tuve que esperar a tener veinte años para escuchárselo decir. Al final la cosa se nos fue de las manos y terminó echándome en cara que a mí me había dado cosas que a sus otras hijas no. Como pagarme un verano estudiando inglés en el extranjero o comprarme mi primera guitarra.

Sus palabras fueron devastadoras.

Mi primer instinto tras la desastrosa conversación con papá fue ir a ver a

Hugo; lo mismo que hablar con una palmera vamos. Razón por la que terminé en casa de Sebas contándole todo. Incluyendo mi realidad con Úrsula. Paradójicamente, su abuelo paterno murió esa misma semana y puede que, a causa de nuestras propias y coincidentes desdichas, conectáramos a un nivel más profundo aquel día. Yo terminé convenciéndole para que hiciera todo aquello que siempre había soñado, como luchar por el Antiques Artiles. Él, a su vez, hizo lo mismo conmigo. Fue entonces cuando nos pusimos en serio y decidimos formar Cantos de sirena. Nombre que le dimos tras encontrar una pequeña escultura de esa criatura mitológica en el almacén de la tienda mes y medio después. Aunque esa misma tarde, y de un impulso, decidimos tatuarnos. Una sirena en mi caso, para no olvidar así una de las pocas cosas que verdaderamente me hace feliz, que es cantar. Sebas optó por escribirse bajo la piel, en la parte interna del brazo derecho y también en tinta negra el nombre del grupo. En su caso, no había una razón personal tan profunda, dijo que lo hacía simplemente porque era una forma de apostar por mis sueños; en aquel momento el grupo tan solo lo formábamos él, yo y un nombre artístico inventado apenas unas horas antes. Pero él se arriesgó, por mí, como nunca antes nadie lo había hecho.

Aquello nos unió más todavía. Aunque esa relación, al parecer, tuviese fecha de caducidad.

Capítulo 35



¿Sabéis ese momento cuando estás viendo una película de miedo y reconoces que algo chungo va a suceder? Las pistas están ahí: la acción se ralentiza, la música instrumental de tensión cobra protagonismo y el personaje de turno se dispone a hacer una clara estupidez que nadie en su sano juicio haría. Es entonces cuando apartas la mirada de la pantalla cubriéndote los ojos con las manos, aunque al mismo tiempo el morbo te empuja a observar a través de los ángulos que dejan libres tus dedos, consciente de lo que viene y, aun así, necesitas verlo sabiendo que no te va a gustar. Ese punto en el que no estás segura si tira más aventurarte o, por el contrario, mirar hacia otro lado esperando que pase el susto.

Pues ese quiero, pero no, es el estado en el que llevo debatiéndome desde hace días. A pesar de que claramente la culpa sea mía, si no quería esto no debería haber pagado la entrada y haberme acomodado en una butaca con un enorme bol de palomitas. O más concretamente (y para que me entendáis) haber aceptado la invitación de Eric de subir al Teide.

¿Que de qué estoy hablando? Muy sencillo, pues ¡que de perdidos al río! Que en el momento exacto en el que acepté su invitación sabía dónde me estaba metiendo, y que haberme lanzado a besarle no tiene vuelta atrás. Os engañaría si no reconociera que no he dejado de pensar en él los últimos tres días, que son los que han pasado desde que me dejara en la puerta de mi casa con un beso en la frente.

¡En la frente! Madre santísima...

Lo peor es que me sentí reconfortada de una manera que roza lo ridículo cuanto menos.

Así que aquí estoy, plenamente consciente de mi real atracción por Eric y segura de que ya no hay vuelta atrás; aunque sepa con certeza que acabará por romperme el corazón de alguna manera. Y es precisamente esa razón, la

que me lleva a huir de relacionarme con el sexo opuesto más allá de una noche. Esa es la misma razón por lo que no quiero conocer ni que me conozcan más allá de lo justo y necesario; y es que no soy de medias tintas. Soy de todo, o nada.

Y cuando digo todo, hablo de abrirme en canal sin pensar en las consecuencias, de entregar más de lo que me piden, de ser por y para la otra persona. No es sano, soy consciente de ello, pero en cuanto a Eric..., ya es demasiado tarde.

Sé que soy difícil de entender, probablemente os cueste darle sentido a mi escasa coherencia a la hora de actuar, pero ya os advertí desde el principio que soy tan complicada que ni yo misma me entiendo; no olvidéis que tengo conversaciones con una bruja imaginaria llamada Úrsula. Si habéis seguido leyendo después de eso, una de dos: os puede el morbo, o estáis tan mal como yo. Porque ahora en serio, ¿en qué momento habéis creído que la cordura era lo mío?

Reconozco que una pequeña parte de mí realmente guarda la esperanza de que todo eso que confieso en ese diario no solo me ayude a recuperarme, también espero que toda esa franqueza que plasmo (y aunque en ocasiones me desgare) consiga que logréis entenderme, poneros en mi piel y quizá, de ese modo, ese rollazo que arremolino entre hojas a las que a veces me cuesta darle algún sentido lo tenga. Aunque solo sea porque por primera vez alguien me comprenda a mí, y a todos los que sufrimos este trastorno acusados de ser egoístas, caprichosos o que solo queremos llamar la atención; a pesar de que en muchas ocasiones nadie a nuestro alrededor ni siquiera se percate de que sufrimos un problema que, poco a poco, va acabando con nosotros, nuestra autoestima, nuestra salud y hasta nuestra cordura. Hay días en los que de verdad tengo la certeza de que voy a poder acabar con ello, pero entonces sucede algo que consigue desestabilizarme, mostrándome que es él el que va a acabar conmigo. Con lo poco que queda de Ariel.

Algo que me ha ayudado a paliar la ansiedad estos días, esa que a veces me invade sin tener siquiera una razón de ser, han sido los momentos en los que mi mente se ha perdido repasando la visita al Teide, en los pequeños detalles y en la manera en que desde que Eric ha aparecido en mi vida, ha instaurado una tranquilidad que ya no recordaba (miento, una que ni siquiera sabía que existía). No cabe duda de que ha sustituido el recuerdo de Hugo y me ha dejado uno que desee guardar para siempre.

Y precisamente ese hecho despertó en mí una idea ayer mismo, tumbada

en la cama con la vista perdida en el tocador que hay frente a mi cama y en el que además de algunos potingues de maquillaje, collares y anillos varios, se encuentra la cámara polaroid color turquesa que me regalaron los chicos (Sebas, Roland, Darío y Mateo) por mi último cumpleaños. Y recordando que los jueves Eric solo abre hasta la una, le llamé por teléfono para proponerle que nos viésemos hoy en San Telmo: un paseo peatonal y comercial junto al borde costero en el Puerto de la Cruz que da acceso a una cala del mismo nombre. Y es que es, sin lugar a dudas, el escenario perfecto para lo que tengo en mente.

Lo que más llamó mi atención de nuestra conversación telefónica, es que a pesar de que no habíamos vuelto a hablar desde el domingo, aceptó mi propuesta sin hacer preguntas, encantando con la idea y con una naturalidad más propia de dos personas acostumbradas a esta rutina, que a dos desconocidos a los que un incidente en la playa cruzara sus vidas, un concierto levantara ampollas, un gato enfermo despertara un inusual interés y otro concierto pusiera todas las cartas sobre la mesa.

Así que aquí estoy, con un par de trenzas en el pelo cayendo sobre los hombros, un vestido largo y floreado, unas sandalias atadas al tobillo con largas tiras marrones, la cámara colgando del cuello y un cálido cosquilleo en la boca del estómago en espera del príncipe Eric.

«Sí, tú continúa creyendo que él es tú príncipe. Vamos a ver cómo acaba el cuento...»

«¿La verdad? Espero que con una bruja muerta.»

Sonríó y me sonrojo escuchando como sus palabras brotan en mi mente (las de Eric, no las de Úrsula) como si las estuviera pronunciando ahora mientras se acerca con esa mirada que provoca tormentas y tempestades dentro de mí: «No tienes idea de lo fascinante que eres».

Se detiene muy cerca, tanto, que el viento que acaricia su cuello me regala el delicioso aroma de su piel mezclado con el de la brisa que trae el mar, provocando que vibre y me pregunte, mordiéndome el labio inferior, cómo sabrá la sal en su cuello después de un baño en este océano que, nos guste o no, cruzó nuestras vidas poniéndolas patas arriba. Al menos la mía.

—Voy a besarte —me advierte con una preciosa sonrisa de medio lado rozando ya con sus dedos el lóbulo de mi oreja.

—Me ofendería si no lo hicieras.

Y me besa.

Y esta vez sí, él manda, sin que yo me oponga. No rechisto, tan solo

disfruto y me dejo llevar.

Un beso taimado, presionando sus labios sobre los míos, ni mucho ni poco, lo suficiente para que memorice como besan los príncipes que no tienen prisa, que no apuestan a alcohol y que les interesa algo más que encontrar si tu sujetador tiene broche trasero, delantero o se abrirá con solo mirarlo como solo conseguiría hacer Joey Tribbiani.

Se separa despacio, con esa calma tan propia de él, disfrutando hasta el último segundo de esta conexión que parece incrementarse después de un beso.

—¿Puedo preguntar ya? —Y lo hace, mirando la polaroid que cae sobre mi pecho.

—¿Y yo? —contesto mirando sobre su cabeza—. ¿Y esa gorra?

Y como me gusta hacerme la interesante (para que nos vamos a engañar) y hacerle sufrir un poco, teniendo en cuenta que ya me dejó claro que no le gustan demasiado las sorpresas. Igualmente decido alargar un rato su agonía antes de confesarle la razón de que estemos aquí y, que además, nos acompañe la misteriosa cámara.

—¿Qué tal si damos un paseo y te cuento?

—Claro. ¿No te gusta? —pregunta encajándose la gorra en un ademán la mar de sexi.

Lo admito, lo que es sexi en realidad son sus bíceps, su tríceps, sus manos...

—La verdad es que no me gusta —digo muy seria—: me encanta.

Mi confesión le saca una sonrisa sincera, de esas que se reflejan desde sus ojos hasta el centro de mi estómago. Y es que tengo que reconocer que está muy guapo así con una camisa blanca sencilla con cuello de pico, pantalones negros más ajustados de lo que me tiene acostumbrada y esa gorra negra con el logo de los Chicago Bulls sobre un gris claro que parece ha nacido para llevar.

Sí, sin duda lo suyo es llevar gorras; ni siquiera era consciente hasta este momento de lo sensual que puede resultar una en el hombre adecuado.

—Más te vale, fue un regalo de Berto —confiesa guiñándome un ojo mientras echa a andar.

La comisura de mis labios se eleva ante esa respuesta tan natural y despreocupada al mencionar a su hermano.

Caminamos uno junto al otro en silencio por varios minutos, rozando deliberadamente el dorso de nuestras manos buscando sentir en cada pequeño

contacto unas deliciosas descargas eléctricas de las que sin duda, ambos somos conscientes. Regalándonos sonrisas furtivas, miradas cómplices (aun sin tener idea de qué clase de complicidad existe entre nosotros) y un guiño de ojo por parte de Eric, que ha despertado un cosquilleo tan profundo dentro de mí, que creo haberme visto levitar por una deliciosa milésima de segundo. Cada vez estoy más convencida que esa magia que un día descubrí en su mirada no queda relegada solo a sus ojos; Eric me ha echado alguna clase de hechizo. Quizá si solo me hubiese echado un polvo no me encontraría en este estado, y además sabría cómo tienen los hados la varita... Vale, dejémoslo ahí. Sí, mejor dejemos estar ese tema.

Me detengo de repente consciente de que hemos dado con el rincón adecuado del paseo.

—Este lugar es perfecto.

—¿Perfecto para...?

—Soy plenamente consciente de que esta no es la mejor cámara para lo que te voy a pedir... —Teniendo en cuenta que es una instantánea de esas que te imprimen fotos al momento en plan *vintage*—. Pero quería hacer unas fotos y que tú me dijeras qué te parecen. Siempre he querido aprender algo de fotografía, y ya sé que no has vuelto a coger una cámara desde hace tiempo..., tan solo me gustaría que me dieras algunas directrices.

—¿Quieres que sea tu profesor? —pregunta arrugando el entrecejo, como si acaso le estuviera pidiendo que hiciera aparecer un conejo de su (sexí) gorra de los Chicago Bulls.

—Algo así.

—Tan solo soy un aficionado, no un experto. Por no mencionar que hace cuatro años que no cojo una cámara, Ariel —responde con escepticismo.

—Solo un par de consejos. Además, tú dirás lo que quieras, pero yo he visto tus fotos y son... mágicas.

—¿Mágicas?

—Sí, cómo tus ojos —reconozco sin ninguna clase de pudor. Deduzco que a esta altura ha quedado claro que carezco de él.

Escuchándole reírse le doy la espalda y comienzo a buscar un objetivo de entre la multitud que se cruza frente a nosotros.

—¿Si fueras a fotografiar algo qué sería? —Me giro y lo descubro mirándome con ¿curiosidad?—. ¿Qué te parece aquella pareja de allí? —pregunto ignorando el efecto que sin proponérselo tiene sobre mí—, ¿no son adorables?

Me vuelvo hacia ellos, una peculiar y atractiva pareja que intercambian palabras cómplices, sonrisas sinceras y miradas tan repletas de cariño, que es imposible no envidiar esa aura que desprenden sin pretenderlo. Ella, que es más bien bajita, luce cabello corto de un negro tan intenso que contrasta con la tez clara de su bonito rostro con aire angelical. Junto a ese duendecillo que brilla con luz propia, el hombre de pelo cano y de atractivo incuestionable, que claramente le saca unos años, la mira colgado de sus ojos acariciando su mejilla con el dorso de la mano con completa devoción.

Un amor tan real que impacta en mí de manera que, antes de que escuche mi propio suspiro escapar de entre mis labios, me veo deseando vivir algo como eso. Sin embargo, y por mi propia salud mental, aparto esa clase de pensamientos y me concentro en mirar por el diminuto objetivo, enfocar y ¡clic! Unos segundos después aparece la imagen impresa.

—¿Qué tal? —pregunto sujetando la instantánea a la altura de los ojos de Eric.

—La verdad es que es un desastre —admite con una mueca que no consigue ocultar su desagrado—. Está borrosa.

—Pues a mí me gusta, le da un rollo *viejuno* que mola.

—¿*Viejuno*? Mejor inténtalo de nuevo anda... Cambia la perspectiva, no tengas tanta prisa en sacarla; tómate tu tiempo, y procura no moverte. ¡Espera! —me pide quitándome un momento la cámara para mover la ruedita cambiando el modo de la polaroid—. Prueba de nuevo.

¡Clic!

—¿Y ahora?

—¡Lo estás haciendo aposta! —me acusa.

—¡Que no, de verdad! He hecho lo que me has dicho y mira...

—Pues entonces esa cámara está mal. ¡Pero si está torcida!

—Se han movido cuando he disparado.

—No te creas que no me doy cuenta de lo que estás haciendo, *serea*. — Trata de ponerse serio, pero no lo consigue, como si no quisiera admitir que esto le divierte.

—¡¿Qué?! No sé a qué te refieres.

Yo, mientras, me hago la loca.

—Prueba de nuevo, pero esta vez tómate el tiempo que necesites, busca algo que consideres...

¡Clic!

¡Clic!

¡Clic!

¡Clic!

Cuatro intentos más después...

—¿Qué tal ahora?

Esta vez de verdad que he tratado de hacer una buena foto siguiendo sus directrices, le he visto tan comprometido que me estaba dando hasta pena; pero claramente no estoy hecha para esto y no sé cómo mi dedo ha terminado tapando parte del objetivo. Un desastre vamos.

—¡Anda, trae ese trasto! Me estás poniendo de los nervios. —Realmente parece crispado.

Me arrebató la cámara y con diligencia y una paciencia innata, y antes siquiera de que él mismo sea consciente, ha hecho su primera foto tras cuatro años sin tocar una cámara que no sea la de su teléfono móvil.

—¡¡Qué bonita, Eric!! —exclamo con total franqueza en cuanto la instantánea llega a mis manos.

No lo elogio por darle ánimos para que siga fotografiando, aunque esa hubiese sido la intención inicial, es que es capaz de conseguir que una sencilla foto hecha con una cámara poco profesional sea pura emoción; nadie diría que es la misma pareja a la que hace un momento yo estaba fotografiando. Ciertamente es que ha tardado más que yo en hacerla, supongo que esa es la razón de que haya conseguido capturar en una instantánea, la franqueza del amor en una sonrisa inocente que él le ha regalado a ella.

Es sencillamente preciosa.

Se la muestro aún asombrada por ese don innato del que todavía Eric no termina de ser consciente. Lo digo porque la mira con escepticismo encogiendo los hombros antes de decir:

—En realidad ha saltado el flash y...

—¡Me da igual lo que digas! Es perfecta —lo interrumpo quizá algo molesta porque no sea capaz de verlo—. ¡Espera un momento!

Se la quito de la mano y dejándole ahí plantado con cara de no entender nada, me acerco a los protagonistas de dicha imagen.

—¡Hola! Disculpad que os moleste —ambos me miran sonrientes—. Es que mi amigo está practicando con mi cámara nueva y les ha hecho una foto que ha quedado tan bonita... que la verdad nos gustaría que se la quedaran. Espero que les guste —le digo tendiéndosela.

La mujer la recoge entre sus pequeños dedos contemplando la imagen más tiempo del que hubiese imaginado. Lo que me da a mí la oportunidad de

escrutarla con más detenimiento y, por su mirada, diría que debe rondar los cuarenta; aunque su aspecto físico sea más el de una veinteañera, y no porque vista como una (de hecho, sus prendas son bastante atrevidas) sino porque desprende un aura jovial y desenfadada con un *je ne sais qoui* especial.

—¿Qué te parece, Víctor? —pregunta a su atractivo acompañante.

Él con la excusa de ver la foto aprovecha para rodearle la cintura con el brazo acercándola más a su cuerpo.

—Tiene talento —concluye tras un rápido vistazo.

—Será un buen recuerdo de nuestro viaje —confiesa con una cariñosa sonrisa. Y nada más pronunciar esa frase percibo que no es española, probablemente de habla francesa y es que las erres la delatan—. Dale las gracias a tu amigo.

—Lo haré.

Vuelvo con una sonrisa de oreja a oreja completamente satisfecha con mi fechoría.

—¿Qué has hecho? —espeta Eric tratando de fingir que le molesta, cuando en realidad se muere de curiosidad.

—Yo nada; tú les has hecho un regalo. Por cierto, gracias de su parte. Dicen que tienes talento; ya te lo dije. No soy la única que sabe apreciarlo.

—¡Estás loca!

—Bueno, ¿qué te parece si regalamos un par de fotos más? —le animo tirando de su brazo hacia otro extremo del paseo.

No sabría decir en qué momento ha transformado todo ese miedo e incomodidad en entusiasmo, ilusión y una sonrisa en su cara que no ha desaparecido en todo el rato que ha pasado capturando todo lo que ha llamado su atención: un niño jugando con su padre, un camarero, un perro, un vendedor ambulante, una familia de alemanes, otra de japoneses... Y por supuesto, todos se han llevado su foto de regalo. Excepto el perro, esa me la he quedado yo de recuerdo.

De vuelta de entregar una instantánea a una niña que ha posado encantada para Eric, me fijo en que se ha guardado una de las fotos en el bolsillo trasero del pantalón.

—¿Y esa foto?

—Ha salido mal —farfulle sacudiendo la cabeza.

—No te creo, déjame verla que tú eres un quisquilloso y seguro que está perfecta.

—¿Tienes hambre? —me pregunta de repente.

—No mucho.

—Pues yo tengo un agujero enorme en el estómago. ¿Qué te parece si te invito a cenar?

—No sé...

—¿Conoces El limón? Es un restaurante vegetariano y está bastante cerca.

—Está bien —claudico girándome con intención de dirigirnos a dicho restaurante, pero Eric me detiene antes de que dé un paso tirando de mí.

—¡Espera!

—¿Qué...?

Me calla con un inesperado beso que me deja literalmente sin aliento.

—Gracias —añade en cuanto se aparta con lentitud con una de sus enormes manos sobre mi cintura—. Diría que tu plan ha salido a la perfección.

—Mejor de lo que esperaba incluso —reconozco mostrando mi mejor sonrisa de orgullo—. Es mi manera de darte las gracias.

—¿Las gracias por qué?

—Por negarte a ser uno más —confieso colocando las palmas de mis manos sobre su pecho.

—Eres demasiado fascinante para dejarlo en una noche, *serea*.

—Y tú demasiado perfecto para ser real, príncipe Eric.

Mis ojos siguen el camino de mi mano direccionada por Eric que la lleva hasta su boca, entonces me topo con el verde de sus ojos y mientras nuestras miradas se reúnen, presiona con sus labios el centro de la palma con un beso pausado, tierno y tan lleno de cosas indescriptibles, que mi cuerpo vibra en respuesta desde ese punto, hasta alcanzar el vértice de mis piernas. Obligándome a cerrarlas con fuerza.

Un gemido de sorpresa se escapa de entre mis labios sin que pueda hacer nada por evitarlo, lo que lleva a Eric a esbozar una sonrisa de medio lado cargada de orgullo masculino. Con ese hoyuelo que me derrite asomando en su mejilla.

Sin añadir nada por ninguna de las partes el príncipe perfecto deja caer nuestras manos enlazadas y retomamos el camino de nuevo hacia el mencionado restaurante. Pero antes se detiene junto a un arbusto sobre el que trepa una florida buganvilla de color blanco, en donde recoge una ramita y con sumo cuidado me la coloca en el pelo, justo sobre la oreja.

—Preciosa —sentencia deslizando sus largos dedos por toda la longitud de mi melena.

—¿Crees en las señales, Eric? —pregunto casi en un susurro completamente prendada de la forma en la que me mira—. Resulta que la flor de buganvilla es mi preferida —reconozco—, específicamente la de color blanco.

—Empiezo a creer en ellas, en el destino y en la magia que parece rodearnos cuando estamos juntos.

—Voy a besarte —repito las mismas palabras que dijo él cuando nos reencontramos hace unas horas.

—Me ofendería si no lo hicieras.

De puntillas acorto la distancia que nos separa con la imperiosa necesidad de sentirle, de demostrarme a mí misma que esto es real y que no se va a evaporar; aunque siga percibiendo lo efímero de esta extraña relación aun con su lengua invadiendo mi boca con una caricia suave, pero cada vez más exigente. Y... sí, su varita mágica (que hace acto de presencia agolpándose entre nosotros) me devuelve a una realidad en donde los príncipes hacen que crea que el amor romántico existe.

La pregunta ahora es: ¿cuánto tardará en desvanecerse? ¿Y cómo acabaré yo cuando eso suceda?

El restaurante hace esquina y se distingue enseguida por sus toldos a rayas blancas y azules. Al entrar, lo primero que llama mi atención son sus techos altos y sus paredes azul celeste decoradas con una larga cenefa blanca con limones en rama dibujados; todo muy hogareño que, sin duda, te invita a quedarte y probar una de esas deliciosas tartas caseras que se ven en la vitrina de cristal que hay al fondo. Emite cierto aspecto rústico con sus mesas de madera y sus sillas blancas sobre un bonito parqué oscuro; es pequeño, pero acogedor, y luminoso gracias a sus altos ventanales blancos y a los arcos de medio punto que hay sobre estos.

Nos sentamos en una mesa para dos junto a una de las ventanas y tras leer en el mantel del papel que hace de menú la selección de platos, nos decantamos por una hamburguesa para él, una ensalada para mí y dos batidos Exóticos a base de mango, limón y parchita.

—¿Por qué te hiciste vegano? —me animo a preguntar en cuanto la camarera desaparece tras tomarnos nota.

No se me escapa el elevado rubor que despierta en la susodicha cuando el paréntesis de Eric hace acto de presencia junto a su boca, ese que reza: «Nena, estás perdida». Por lo visto no soy la única que se queda en estado comatoso cuando aparece. Esa sonrisa sumada al color mágico de sus ojos y su inquietante atractivo, hacen de Eric un cóctel molotov en toda regla para cualquier mujer que tenga ojos en la cara y un mínimo gusto para los hombres.

—Fue por Pablo, uno de mis mejores amigos. Nos conocimos en la universidad, en nuestro mi primer año de veterinaria. Pablo es vegano desde que era pequeño, lo que llamó sumamente mi atención; había conocido alguno, pero nunca alguien que lo fuese desde que nació. Despertó en mí mucha curiosidad. No me entraba en la cabeza cómo había vivido toda su vida con una dieta a base de plantas; no entendía cómo podía mantenerse en tan buena forma. Y créeme, Pablo estaba más que sano; hacía boxeo y estaba fuerte como un toro. El primer año estuve avasallándole a preguntas sobre el tema, y él se pasó todo ese año aclarando todas mis dudas. Jamás trató de imponerme ni convencerme de nada, tan solo solventaba todas mis inquietudes respecto al tema. Un día, deduzco que hartado de mí, me regaló el libro *Comer animales* de Jonathan Safran Foer. Fue un antes y un después en mi vida. Descubrí no solo de dónde procede lo que comemos, su elaboración y el trato que se le da a los animales; además fui realmente consciente del impacto ambiental que la dieta tradicional tiene en el planeta. A partir de ahí empecé a tomar conciencia y a poner en entredicho lo que la cultura, la tradición y la sociedad impone al ser humano como algo irrefutable. Comencé a interesarme en serio por todo el tema. Y cuantas más cosas iba destapando y conociendo, más quería saber, y así lo hice; a través de documentales, libros, testimonios, artículos... Seis meses después había dejado de comer lácteos, huevos, carne, pescado y empezaba a preocuparme por que todo lo que consumía fuera libre de crueldad animal; asimismo eliminé cualquier tejido en mi ropa que no fuera natural. Respeto cualquier opinión de verdad, Ariel, pero no sentía congruente hacerme veterinario para salvar unas especies animales, traspasar la puerta de la clínica, y comerme otras porque la sociedad en la que vivimos rige que unas son alimento y otras mascotas. Lo que se traduce como *especismo*, es decir, la discriminación de quienes no pertenecen a cierta especie. Así que básicamente, me replanteé todas las creencias que me habían sido inculcadas desde que nací. Y bueno, supongo que ese es el resumen.

Me descubro con el codo sobre la mesa y la barbilla apoyada en la palma de la mano disfrutando de la pasión con la que habla. Descubriendo a través de sus palabras a un hombre bondadoso, honesto, y sumamente compasivo. Un hombre de principios; y no puedo negar que eso me gusta.

—Suenas bastante coherente y sumamente interesante. La verdad es que te admiro. Admiro tu valor, porque no tuvo que resultar nada fácil esa transición.

—No lo fue, pero es que una vez abres los ojos..., no existe manera de volver atrás. No podría aunque quisiera, Ariel. Con esto no quiero decir que no eche de menos la comida tradicional, pero a cambio descubrí un mundo de sabores increíbles en la alimentación vegana. Por no mencionar la cantidad de cambios positivos que tuvo la nueva dieta en mi vida, tanto físicos como emocionales.

La camarera aparece con nuestra comida, plantándole a Eric su hamburguesa que, reconozco huele deliciosa; cualquiera diría que está hecha tan solo con vegetales.

—¿Tiene o no buena pinta esta hamburguesa? —pregunta frotándose las manos con entusiasmo esbozando a su vez una amplia sonrisa.

No tarda en hincarle el diente a la jugosa carne vegetal y, mientras le observo, no puedo dejar de pensar que nunca me ha parecido tan infantil como ahora. Pero no en el mal sentido, todo lo contrario, es la parte más bonita que he visto en él desde que le conozco. La más honesta.

—¿Bueno y tú? ¿Desde cuándo eres vegetariana? —se interesa en cuanto se traga el bocado y se limpia los restos de *veganesa* de la boca con la servilleta de papel.

—A los veinte años estuve ingresada una temporada...

—¿Qué te pasó? —me irrumpe abruptamente con evidente preocupación.

—Mononucleosis infecciosa por VEB, complicada con hepatitis y anemia hemolítica autoinmune —suelto de un tirón casi sin pensar; es lo que tiene haberse memorizado el diagnóstico.

Se hace un silencio extraño que hace que me paralice. La razón tiene que ver con Eric y con el velo de urgencia que cubre su mirada mientras deja la hamburguesa sobre el plato antes de pedirme que continúe. Casi como si fuera una orden.

—Sigue.

Me arrepiento al instante de haberlo dicho. No es que sea secreto de

sumario, pero debería haber caído antes en que Eric tiene conocimientos de medicina y que quizá, esta pequeña confesión, le haya dicho más sobre mi problema que cualquier otra cosa.

—Después de eso me hice vegetariana, en gran medida por mi tía Clara que fue la que me animó. Ya te conté que ella era vegana. Lo fue de hecho por algo así como treinta años. Y ahora que lo pienso... nunca llegué a preguntarle cuáles fueron las razones que le llevaron a hacerse vegana.

Es curioso, pero nunca lo hice. Y ahora, después de haber escuchado las razones de Eric, soy consciente de que me apena no haberlo hecho con ella. Es cierto, que de vez en cuando, me hablaba sobre lo que comía, vestía o sobre sus piedras y sus excentricidades, pero también es verdad que nunca puse un real interés por conocer la historia que le llevó a ser como era.

Deduzco que eso dice mucho de mí, ¿no?

—Creo que me gustaría leer ese libro del que has hablado —confieso.

—¿*Comer animales*? Es tuyo cuando quieras.

—Gracias.

—¿Qué le sucedió a tu tía? Si no es indiscreción.

—Creo que a estas alturas no existen preguntas indiscretas entre nosotros, Eric.

—Coincido.

—Estaba cruzando la calle cuando un coche se saltó un semáforo. Murió en el acto.

—Cuánto lo siento, Ariel.

—Bueno, fue un palo, pero qué te voy a contar a ti... Al menos sé que vivió como quiso.

—Entonces en eso se parece bastante a Berto, siempre hacía lo que le apetecía en cada momento. Igual se iba a Suramérica a recorrerla en bici, que le daba por la escalada. Pocas veces sabías en qué parte del mundo se encontraba.

—¿Cómo se ganaba la vida? —me intereso.

—Era fotógrafo, aunque en realidad se lo tomaba más como un hobby para poder financiarse los viajes y el deporte extremo al que estaba enganchado. Cuando necesitaba pasta, conseguía curro para alguna sesión de fotos, una boda e incluso hizo un par de exposiciones que, por cierto, tuvieron gran repercusión. Una de hecho en Nueva York.

—¡Guau, menuda vida! ¿Cuántos años tenía cuando...?

—Veintiséis. Ahora tendría treinta; la edad que tenía yo cuando murió.

Lo que quiere decir... que Eric tiene treinta y cuatro recién cumplidos, y me saca entonces... seis años. No pensaba que fueran tantos; aunque tampoco es algo que me importe demasiado. Y en cuanto a su hermano me voy ahorrar el comentario tipo: «¡Qué pena, con lo joven que era...!» Prefiero sustituirlo por otro pensamiento del que además tengo férrea confianza de que así era.

—Debía ser un tío genial.

—Lo era, aunque también tenía sus movidas, como todos.

—Sus movidas —repito en una afirmación que en verdad suena más a pregunta.

—Sí. Berto era cariñoso, divertido, generoso y a pesar de que estaba constantemente de viaje, era muy familiar y disfrutaba compartiendo todas sus experiencias con mi madre y conmigo. Pero tenía cambios de humor muy bruscos y pasaba de una felicidad absoluta a un estado de depresión preocupante. Cuando esto sucedía no salía de casa en días y no quería saber nada de nadie. Su vía de escape eran los deportes de riesgo extremo. Eso era lo que le mantenía cuerdo; al menos así afirmaba él mismo. Esas fuertes dosis de adrenalina, estar al borde de la muerte, era lo que le otorgaba paz, irónicamente. Vivía en un estado permanente de autodestrucción que le servía para evadirse de la realidad.

—¿A que realidad te refieres?

—Mi padre nos abandonó. Literalmente se fue a por tabaco y nunca regresó. Berto tenía nueve años cuando se marchó y jamás llegó a superarlo.

—¿Y tú? —le interrumpo. Pregunto casi sin pensar—, ¿tú lo superaste?

—A mí no me quedó más remedio, era el hermano mayor y el único capaz de sacar esa familia adelante.

—¡Tan solo eras un niño! —exclamo horrorizada.

—Mi madre no estaba bien y Berto era muy pequeño.

—¿Y no tenías más familia?

—El hermano de mi madre y su mujer nos echaron una mano durante una temporada, pero al año y medio se tuvieron que ir a Madrid por trabajo.

La camarera aparece de nuevo aprovechando que Eric se ha terminado su batido y así, con la excusa, captar algo de atención. Yo apenas hago caso, aún estoy asimilando la historia de Eric, esas palabras han conseguido colarse dentro de mí como un eco insondable, despertando a su paso sentimientos como la tristeza, el enfado o la impotencia a partes iguales. Pasan incluso varios minutos desde que la camarera ha desaparecido, Eric casi ha terminado

su hamburguesa y yo, no he sido capaz ni de levantar el tenedor para tocar una hoja de lechuga. A lo único que puedo hincarle el diente es a sus palabras.

—¿A qué te referías con que Berto era autodestructivo? Quiero decir, yo tengo un par de conocidos «adictos» a la adrenalina y al deporte extremo, pero no por ello considero que tengan un problema.

—Por supuesto, no por gustarte el deporte extremo vas a tener un problema psiquiátrico. No estoy diciendo eso. Ahora, en el caso concreto de Berto no es solo que necesitara con más frecuencia mayor dosis de adrenalina, sino que incrementaba el riesgo hasta un punto preocupante. No tenía límite. Tuvo conmociones cerebrales múltiples, se rompió la parte posterior del cráneo, se fracturó la nariz ni recuerdo ya la de veces, se dislocó ambos hombros, tenía problemas severos de rodilla debido a la degeneración del cartílago... Lo irónico fue que no muriera por estamparse contra el suelo haciendo *parkour* a veinte metros de altura, sino de una leucemia fulminante.

Duras palabras.

—Entiendo lo que quieres decir. Igualmente era su vida, y si eso le hacía sentir mejor... no le veo nada malo si te soy completamente sincera — confieso con toda la sinceridad del mundo.

Y no es que trate de quitarle hierro al asunto, es que es lo que pienso al respecto. También soy consciente de que quizá mi franqueza puede no ser bien recibida, porque realmente Eric se comporta como si fuera su padre en vez de su hermano. Y hasta cierto punto entiendo que le preocupara el comportamiento camicace de su hermano, pero al fin y al cabo era su vida, y no creo que nadie tenga derecho a opinar sobre cómo debe vivir una u otra persona.

Continuo sin saber cómo se ha tomado mi comentario, especialmente porque además de sus habituales silencios antes de hablar, parece que aquí el «hado madrino» es un profesional en poner cara de póquer.

—Ahora que ya hemos destapado todo mi truculento tema familiar te toca a ti. ¿Tus padres son de Punta del Hidalgo también? —pregunta tras decidir dejar el tema de su hermano a un lado.

—En realidad soy de Fuerteventura, mi madre vive allí. Voy a cada poco a verla.

—¡Anda! Y yo dando por sentado que eras *chicharrera*.

—En realidad solo los de Santa Cruz son *chicharreros* —le corrijo.

—¿Y tu padre? —pregunta haciendo caso omiso a mi aclaración.

—Murió —respondo dando vueltas a la ensalada con el tenedor.

—Lo siento Ariel. Joder, nuestras conversaciones mejoran por momentos, ¿eh?

Ciertamente cada vez son más tétricas teniendo en cuenta que solo hablamos de muertos. En respuesta encojo los hombros absorbiendo el batido por la pajita con la vista perdida en las tartas que hay en el mostrador tras Eric.

—Tema delicado —apunta dando en el clavo—, intuyo que no había muy buena relación... ¿Puedo saber por qué?

—¿Puedo saber yo por qué no te hablabas con tu hermano cuando murió? —respondo muy directa apartando la vista de una hoja de rúcula que ha quedado pegada al borde del plato.

—Sí. Si contestas antes a mi pregunta.

Claudico con facilidad. No me hace especial ilusión hablar de mi padre, pero saber más sobre Eric puede más que cualquier otra cosa en este momento.

—De acuerdo —me llevo unas cuantas hojas de ensalada a la boca, aprovechando para buscar la mejor manera de abordar el tema—. Digamos que fui un error para mi padre.

—¿A qué te refieres? —pregunta frunciendo el entrecejo algo... perplejo.

—Mi padre era un hombre casado cuando conoció a mi madre, dato que ella desconocía —le aclaro. No sé por qué, pero siempre siento que necesito aclarar este punto—. Él tenía mujer, tres hijas y una vida en Gran Canaria.

—¿Tenías relación con él?

—Por épocas.

Esta confesión es como abrir esa caja de Pandora a la que trato de enfrentarme desde hace semanas. La diferencia es que escribirlo no es lo mismo que contarlo. Al menos, no parece tener el mismo impacto. Admito que decirlo en voz alta tiene un efecto más... sanador, incluso balsámico. Sin embargo, parece más difícil hacerlo de esta manera.

—¿Y qué tal con tus hermanas?

—Teniendo en cuenta que hasta hace un año desconocían mi existencia... Mi padre nunca tuvo el valor de decir la verdad sobre mí a su familia. Fui yo la que tuve que hacerlo, un año después de su muerte a través de un correo electrónico.

—Y... ¿cómo se lo tomaron? —pregunta con cautela.

—Solo contestó una de ellas. Y bueno, se lo tomó bien dentro de lo que cabe esperar. Apenas nos intercambiamos dos emails y tras el último no he vuelto a saber nada.

—Debió ser un palo para ella.

—También lo fue para mí enterarme dos semanas después de su muerte que había fallecido por la esquila de un periódico viejo que un cliente dejó en la tienda de Sebas. —Me siento incapaz de esconder la rabia y el dolor que todo este episodio de mi vida me provoca—. Fue él mismo quien me dio la noticia.

—Mierda, Ariel. Debió ser muy duro para ti.

—No tanto como tomar la decisión de escribir a mis hermanastras para no solo contarles lo que nuestro padre nunca fue capaz en vida, sino para enterarme un año después de qué le había sucedido: si había sido enterrado, incinerado y dónde se había celebrado la misa.

—¿No dejó ningún tipo de testamento?

—No. Tampoco yo reclamé nada ya que, aunque hubiese querido hacerlo no me hubiese resultado nada fácil teniendo en cuenta que en vida ni siquiera me reconoció como su hija. No llevo su apellido.

—Creo que voy entendiendo muchas cosas...

—La verdad es que es la primera vez que le cuento todo esto a alguien, aparte de Sebas que es la persona que mejor me conoce y lo sabe todo sobre mí. Y no puedo negar que es sorprendente como en apenas un par de semanas has conseguido que me abra tanto a ti.

El largo silencio que se instaura entre nosotros me invita a ponerle más interés a mi plato y, sin añadir nada más, darle buena cuenta a mi ensalada a ver si soy capaz de acallar el permanente vacío de mi estómago.

Unos minutos después, tras limpiarse concienzudamente con una servilleta de papel reciclado, un carraspeo y un sorbo a su batido, Eric se anima a hablar con una confusión inesperada que me deja más que perpleja completamente absorta en sus palabras.

—Mi padre se marchó de casa cuando yo tenía trece años: salió un día por la puerta y no volvió jamás. Tras ello mi madre entró en una profunda depresión, estaba tan medicada que prácticamente se convirtió en un mueble más. Tuve que hacerme cargo de pagar las facturas, hacer la compra, preparar la comida, estudiar, cuidar de mi hermano pequeño... A diferencia de Berto, que en cuanto cumplió dieciocho se largó de casa, yo me quedé hasta que terminé la universidad. Tres días después de graduarme estaba celebrando mi

boda con Nadia, y la realidad es que me empeñaba en convencerme a mí mismo que estaba enamorado de ella. Es verdad que la quería, pero para nada sentía lo que se supone debía para dar semejante paso. La realidad es que casarme solo fue la excusa perfecta para macharme de casa sin sentirme culpable por dejar a mi madre sola. Por abandonarla. Y Berto siempre lo supo. En cuanto le di la noticia de mi precipitada boda así me lo hizo saber. Trató de hacerme cambiar de idea amenazándome con no asistir si seguía adelante con ese disparate del que no pensaba formar parte. «Esa boda es un error y Nadia no se acerca ni lo más mínimo a la mujer de tu vida. Ni mucho menos a la que te mereces». Esas fueron sus últimas palabras. Las últimas que escuché de su boca. La boda se celebró y como bien prometió, no asistió. Después de eso dejé de hablarle.

Vale. Esto acaba de ser... *too much* para mí.

—Yo tampoco le he contado nunca esto a nadie, Ariel.

Como no se me ocurre otra cosa qué decir, porque necesito tiempo para procesarlo...

—Dos cosas han quedado claras: una, que nuestros padres no han sido precisamente ejemplares...

—¿Y la segunda?

—Que acabamos de comprimir lo que dos personas se contarían en al menos la quinta cita, en apenas... ¿está es la segunda?

—Depende, ¿la noche que dormiste en mi casa cuenta como una? —pregunta burlón.

—Esta es la segunda cita —zanjo sin darle lugar a réplica.

—¿Puedo serte sincero?

—Sabes que sí.

Creo que lo he dicho demasiado rápido; espero no arrepentirme.

—No sé siquiera si esto que te voy a decir... en realidad no debería, pero...

—Suéltalo ya que me estás poniendo nerviosa.

—Cuando vi por primera vez el tatuaje de tu muñeca... —instintivamente ambos dejamos caer la mirada sobre la zona mencionada—... lo supe. Y después de ser testigo de cómo te emborrachabas para después irte con cualquier tío me quedó bastante claro.

—¿El qué? ¿De qué estás hablando?

—Me recordabas a mi hermano.

—No creo que emborracharse e irse con el primero que aparezca sea

como hacer motocross precisamente.

—Ahí tienes la respuesta.

—¿Qué... qué respuesta?

—Que sí, lo es. Es bastante más parecido de lo que crees, y que no sepas por qué demuestra que eres igual de camicace que él. —Sé que no lo está diciendo a malas, pero a mí me está sentando como una patada en la espinilla—. Es un modo de escape para eludir la realidad. Berto no solo necesitaba ver la muerte desde un precipicio, también le urgía cada golpe, fractura o hematoma. Siempre se sintió culpable de la marcha de nuestro padre y esa era su manera de castigarse. —Se detiene haciendo una pequeña pausa. Intuyo que ahora viene lo realmente relevante (por si lo dicho ya, no fuera lo bastante contundente)—. Tú también te castigas, puede incluso que aún desconozca la forma real en la que lo haces. Y si algún día estás preparada, me lo dirás. Pero Ariel, vales mucho y... mantenerse fuerte —dice haciendo clara referencia a mi tatuaje— no siempre es fácil. Así que no te sientas culpable si no lo consigues. Te lo dice alguien que asumió el rol de padre con tan solo doce años.

—¿Quieren algo de postre?

De nuevo la camarera aparece retirando nuestros platos irrumpiendo las conclusiones a las que ha llegado aquí el doctor Estrada, psicoanalista en sus ratos libres.

—¿Ariel, quieres algo?

Niego con un leve movimiento de cabeza.

—No, muchas gracias —le informa Eric. Al parecer me ha comido la lengua el gato. Pero esta vez de verdad.

—¿Café, infusión...?

—La cuenta, por favor —le espeta con sequedad sin apartar sus ojos de mí.

Finalmente estira el brazo sobre la mesa ahora despejada de platos, cubiertos y vasos, lo que le permite alcanzar sin obstáculos mis manos. Y por un momento temo que se haya dado cuenta de las marcas en mis nudillos...

—Son todos del mismo color.

—¿Cómo?

—Las piedras de tus anillos —arguye pasando el pulgar por el más pequeño de ellos, el que tiene forma de corazón y el único que no fue un regalo.

—Sí, son turquesas. Piedras turquesas quiero decir. Todos regalos de mi

tía, excepto el que estás tocando. Ese me lo compré yo unos tres meses después de que muriera, lo vi en un escaparate y algo me impulsó a comprarlo. Probablemente el hecho de que, si hubiese estado viva, ella misma me lo habría regalado.

—Me gustan. En realidad, me gusta mucho tu estilo con ese estilo bohemio... Tienes mucha personalidad.

—Gracias. Supongo —musito apartando ambas manos de su contacto para buscar algo en mi bolso con repentina urgencia.

Capítulo 36



Ariel vuelve del servicio y a pesar de que haya esquivado mi mirada no me pasa desapercibido la rojez que presentan sus ojos, y que por supuesto, antes de irse no tenía.

¿Habrá llorado?

A veces tengo el tacto de una piedra, en serio.

Se fue sin añadir nada tras mi repentina franqueza, que digo yo: igual me he pasado de sincero. Esto de sentirnos tan cómodos el uno con el otro es un arma de doble filo, cuando en realidad lo único que yo pretendía era que supiera que puede contar conmigo.

—¡Hola!

Estaba tan pendiente de Ariel que no era consciente de que acaba de entrar por la puerta la pareja a la que regalamos la primera foto. Esa que, por cierto, me sonaba tanto.

Y de nuevo regresa esa sensación, la de que a ella la conozco de algo...

—Tú eres el artista que nos ha hecho esta foto, ¿verdad? —me pregunta con una radiante sonrisa de la que es difícil no sentirse abrumado.

—Sí, aunque no creo que artista sea la palabra adecuada precisamente.

—¿Nos preguntábamos si no te importaría firmarnos la foto?

—¿Firmarla? —repito sorprendido.

—Toma —indica tendiéndomela junto con un rotulador negro.

En cuanto se gira hacia su acompañante y este pronuncia un «Chloe», desaparece de mi mente ese velo espeso y caigo enseguida en la cuenta.

—Perdona, ¿eres... Chloe Pinaud? ¿La artista?

—La misma —responde él dejando caer el brazo sobre los hombros de ella estrechándola contra su cuerpo.

—¡Madre mía, no me lo puedo creer! Me encanta tu trabajo. La colección de «Mujeres al desnudo» fue francamente...

—Hola.

Ariel aparece saludando con una timidez poco propia en ella, aferrando el bolso contra su cuerpo y tirando de las comisuras de los labios fingiendo esbozar una sonrisa que no me deja indiferente. Esta singular actitud despierta en mí un inesperado sentimiento de

preocupación.

Me deshago un instante de esa desazón para entregarle la foto firmada a Chloe, alucinado aún con el hecho de tener a una artista de tal calibre frente a mí, y que además, le haya firmado una foto. Yo, a ella.

Surrealista.

—Así que, Eric... —dice Chloe leyendo la firma.

—Estrada.

—Encantada, Eric Estrada, y gracias de nuevo por este regalo. Gracias a ti también —añade esto último dirigiéndose a Ariel, que parece estar... ausente.

Se alejan y no puedo dejar de pensar en Berto y en que desde que Ariel ha aparecido en mi vida, las coincidencias y las señales se han convertido en algo de lo más usual. ¡Hablamos de Chloe Pinaud!

—¿La conocías? —me pregunta Ariel en cuanto salen por la puerta del restaurante arrancándome de mis pensamientos.

—No personalmente. Antes no caí en la cuenta, es una afamada artista; mi hermano estaba enamorado de su trabajo y también de ella. Aún estoy haciéndome a la idea de que acabo de firmarle una foto a Chloe Pinaud. Es flipante.

—¿Nos vamos? —pregunta con una brusca sequedad.

—Espera que pague la cuenta —le pido poniéndome en pie.

—Ya la he pagado yo.

—Vaya, gracias.

Cuando me quiero dar cuenta ya ha abandonado el restaurante y yo estoy paralizado meditando sobre su extraño comportamiento. Salgo tras ella y en un par de largas zancadas la alcanzo fuera junto a la puerta.

—Ariel, espera. —Se detiene ante mi contacto—. ¿Estás bien?

—Claro —arguye con fingida normalidad.

Ariel no es la clase de persona que pueda ocultar lo que siente, es como un libro abierto. Y quizá este anormal comportamiento suyo se deba en cierta medida a mi poco tacto. Creo que le debo una disculpa por el exceso de confianza con la que le he hablado hace un rato, comparándola con el zumbado de mi hermano.

—Te has quitado la flor —advierto llevando la mano a su pelo.

Y por su respuesta y su incomprensible nerviosismo (el cual no logro entender) intuyo que no era consciente de que ya no la tenía.

—Me estaba molestando y he decidido quitármela —miente claramente esquivando mi mirada.

O yo me estoy perdiendo algo (que es lo más probable) o desde que me convertí en hombre casado, las mujeres se han convertido en un jeroglífico demasiado complicado para mi escasa experiencia. En fin...

Echamos a andar sin destino establecido en un rancio silencio que nada tiene que ver a los que hemos compartido desde que nos conocemos. Puedo percibir su ausencia y la distancia que ha impuesto entre nosotros por mucho que trate de disimular devolviéndome alguna que otra vaga sonrisa.

—¿Dónde has dejado el coche? —se interesa.

—En los aparcamientos del muelle, ¿y tú?

—También.

—¿Te quieres ir ya?

Está huyendo de nuevo, como cuando estuvimos en el Teide y trató de alejarme de ella. Si algo he descubierto de Ariel es que cuando hay algo que le incomoda trata de huir.

—La verdad es que estoy algo cansada.

Vuelve a mentir.

—Está bien, te acompaño al coche entonces —claudico resignado. Puede que lo mejor sea no presionarla.

Instintivamente le cojo de la mano, supongo que de alguna manera busco acercarme a ella para derribar el muro que ha decidido levantar entre nosotros.

Se deja, ahora es ella la que claudica con resignación.

Paseamos en silencio cada uno perdido en sus propios pensamientos. Y no sé si debido a la suave brisa del mar que nos acompaña, a este bonito atardecer de abril, a la música de algún cantante callejero que se escucha de fondo o a que simplemente existe algo especial entre nosotros; pero siento como Ariel termina cediendo entre mis dedos y logra deshacerse de la tensión que había impuesto.

—Espera —me pide deteniéndose repentinamente frente al que acabo de descubrir era el origen de esa música que veníamos escuchando.

Hay unas seis personas formando un semicírculo alrededor del cantante: un veinteañero de pelo largo, alto y delgado que justo acaba de terminar de tocar un tema y empieza con otro que no tardo en reconocer. Use Somebody de Kings of Leon.

Contemplo como Ariel admira al cantante con su guitarra como único acompañamiento mientras que yo, la admiro a ella. Como empieza con un inocente tarareo y termina elevando más la voz dejándose llevar por la melodía con timidez, pero con una pasión que presiento no aguantara mucho tiempo contenida. La manera en la que deja que la música la invada, se adentre en ella... Y por un momento siento unos incoherentes celos por no ser como esas notas que filtran su cuerpo hasta la parte más íntima, más profunda de ella. Esa que presiento me va a costar un mundo alcanzar.

Eso si algún día llego a dar con ella.

No soy el único que se da cuenta del sonido de su dulce voz, el joven cantante que la mira casi tan embelesado como yo (completamente comprensible por otro lado) se acerca con precaución hacia ella, como si acaso fuera un pajarillo al que no quiere asustar, consciente de que de hacerlo con brusquedad podría asustarla. Y con un gesto de cabeza la invita a que le acompañe, pero ella se niega con una sonrisa de disculpa. Y es que mi fascinante Ariel no se siente capaz, ni segura, aun subiéndose a un escenario a cada poco.

Reconozco esta como una oportunidad para demostrarle que puede contar conmigo, que estoy aquí y que, de vez en cuando, hay personas en las que se puede confiar. Y es que tras esa fachada de mujer súper segura de sí misma se esconde una persona con un fuerte miedo al rechazo. Tiene la autoestima por los suelos, y no hay que ser muy avisado para darse cuenta de ello. Tan solo falta poner un poquito de atención, esa que los tíos a los que conoce de una noche no les importa lo más mínimo. Quizá que yo confíe en ella sirva de algo, aunque sea en esta ocasión.

—Si yo he podido coger una cámara de nuevo tú puedes cantar. Aquí y ahora.

Le cojo de nuevo de la mano y tiro con suavidad hasta que llegamos junto al cantante, que no tarda en cederle el micrófono de este escenario improvisado. Y con los ánimos y vítores de la gente allí congregada Ariel... se deja llevar.

Y es fascinante.

En cuanto su dulce voz suena sobre el micrófono y la calidez de su desgarró se expande... se hace el silencio. Una quietud en donde solo hay sitio para Ariel. Para su voz. Porque es capaz de construir solo con ella una burbuja cálida, confortable y única.

Algo se enciende en mi cabeza.

Es un don.

Su don.

Y es que Ariel es especial de una forma de la que ni siquiera es consciente.

Miro a mi alrededor y los espontáneos que se han sumado a escucharla embelesados han crecido hasta el punto en que ya no hay nadie caminando por el paseo; todo el mundo se ha detenido a escuchar el canto de esta sirena.

«Miña serea.»

Las voces de ambos empastan a la perfección, con una complicidad que crea una atmósfera casi mágica. Como todo lo que «toca» Ariel, que se convierte en magia.

No puedo apartar los ojos de ella, de la calma que me transmite. Y ya cuando abre los párpados y me muestra la honestidad azul de su mirada, el mundo se detiene y con él mi corazón, que no recupera el aliento hasta que me regala una sonrisa plena, honesta.

Pum-pum, pum-pum, pum-pum.

De adolescente alguna que otra chica hizo que me latiera el corazón a mil por hora, incluso era algo que me ocurría con Nadia las primeras veces cuando empezamos a salir. Pero solo una mujer ha conseguido detenerlo y devolverlo a la vida tan solo con una mirada y una sonrisa. Y es que esta no es la primera vez que consigue que mi corazón lata de nuevo, es gracias a ella que estoy vivo; no obstante, no es hasta ahora que soy consciente de que es más que atracción y curiosidad lo que siento por ella. Hablamos de algo más intenso. Algo que no creo haber sentido nunca.

Me llevo la mano al pecho buscando retener el sentimiento de culpabilidad que amenaza con desgarrarme de manera fulminante. Y es que...

Tengo que decírselo.

No puedo hacerle esto.

Estoy dándole vueltas a esos pensamientos cuando Ariel vuelve junto a mí con un aspecto completamente distinto al que tenía cuando salimos del restaurante. Es otra persona. Ha estado un rato hablando con el chico, además de con varias personas que se han acercado a hablar con ella.

—A esto me refería cuando hablaba de conocer a la Ariel de verdad —le digo pegando mi boca a su oído con la mano en su cintura.

—Gracias —responde poniendo las palmas de sus manos sobre mi pecho con un brillo especial en la mirada.

Algo que he descubierto es que su pelo es como una obsesión para mí, tengo una

necesidad casi enfermiza por acariciarlo. Es por ello que termino deslizando mis dedos entre sus largos mechones buscando en ese bálsamo la entereza para hacer lo correcto.

—Siento lo que dije antes, eso de compararte con mi hermano no...

—Bueno, no es nada que no fuera cierto, Eric —me interrumpe—. Pero siempre es difícil escucharlo.

—Sé que nos conocemos hace poco, pero puedes confiar en mí.

—Soy consciente de ello y quizá sea ese el problema, Eric.

—¿Qué problema?

—No me siento cómoda con la vulnerabilidad que eso supone.

Me gusta mucho, creo que eso ha quedado claro hace ya rato, y lo menos que quiero es hacerle daño. Por eso mismo sé que debería sincerarme con ella y contarle la situación: mi situación actual. Seguro que lo entenderá.

Al menos eso me gustaría creer.

—Ariel, en realidad hay algo que...

—Lo sé, puedo confiar en ti —pronuncia con certeza y yo... no me siento capaz de romper esa confesión que sé, tanto le ha costado admitir.

Y es que esa vulnerabilidad que esconde tras esa fachada de seguridad es la que hace que me cueste dar el paso, por miedo a perderla antes siquiera de haberla tenido. Hay algo en ella que me hace sentir que se me escapa de entre los dedos poco a poco, como un puñado de arena que tratas de mantener entre tus manos testigo de cómo va desapareciendo a cada grano. Hasta que ya no queda nada.

Cuanto más se de ella, menos la tengo y el tiempo juega en mi contra.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Capítulo 37



Vuelvo a colocarlo de vuelta a su estante mirando a ambos lados con nerviosismo comprobando, además, que nadie me haya visto.

Nadie lo ha hecho.

«Gracias.»

Con la cabeza gacha y demasiado ruido en ella como para fingir que no oigo el murmullo, opto por cambiar de pasillo.

«Sabes de sobra que no te va a servir de nada, solo hay una razón por la que has venido hasta aquí. Vas a hacerlo. Así que date la vuelta y deja de hacernos perder el tiempo a las dos.»

Efectivamente una de las razones que me ha traído aquí tiene que ver con el día libre que me han dado hoy en el hotel; hay previsiones de lluvia y solo van a abrir la piscina cubierta. Y para esa ya tienen a Yeray. Así que me he despertado esta mañana con una de las cosas que más terror me da: no tener nada que hacer. La otra razón que ha hecho que me encuentre ahora en este lugar con el ya conocido delirante debate que tanto me hastía es que, y a pesar de que la tarde de ayer con Eric fuera cuasi perfecta, escucharle decir que le recuerdo a su hermano no me hizo especial ilusión precisamente, y no porque no tuviera razón; no voy a fingir a estas alturas que mi comportamiento no es autodestructivo; pero que sea plenamente consciente de ello y que hasta tenga el valor de hacérmelo saber... A ver si me explico, con que lo sepa mi psicóloga, Sebas y yo misma, tengo más que suficiente. Así que no, no me gusta.

No me siento cómoda hablando sobre ello, mucho menos con la vulnerabilidad que supone y menos todavía hacerlo con él, que me gusta demasiado como para asustarle desde tan temprano. Aunque aún no sepa cuan profundo es mi pozo y espere tal y como dijo que, en algún momento, llegue a confiar lo suficiente en él como para confesarle la manera real con la

que me autodestruyo.

Oh no, eso no va a pasar. Creedme.

Una cosa es que me haya desviado un poco de mi norma de «solo sexo de una noche» debido a la inusual comodidad que siento cuando estamos juntos, permitiéndole husmear un poco en mi vida; otra bien distinta es presentarle a Úrsula e invitarle a tomar un té con ella. Esto no es *Alicia en el país de las maravillas*, aunque como en la fiesta del té el tiempo parece haberse estancado, teniendo en cuenta que soy yo la que pasa cada día atrapada en ese lugar desde hace tantos años que ya ni me acuerdo. Una lástima que como compañía tenga a una bruja con tentáculos y no al sombrerero, la liebre y el lirón.

Claramente me encanta lo bien que me siento a su lado (al de Eric me refiero), pero algo dentro de mí no deja de darle vueltas a lo que dijo ayer sobre el hecho de que le recordaba a su hermano y en si quizá, de alguna enrevesada manera, eso que le ha acercado hasta mí no ha sido más que el fantasma de un hermano muerto; uno al que no tuvo la oportunidad de decir adiós. Dato importante.

¿No está acaso buscando solucionar conmigo lo que no pudo hacer con él? Como... ¿cerrar un capítulo? Y ya de paso, cumplir con cada palabra de esa carta que empiezo a creer que tiene el efecto más parecido al de una losa para Eric que, probablemente, la intención liberadora de culpa que buscaba su hermano cuando la escribió.

«De acuerdo Eric, ¿no estarás acaso tratando de redimirte conmigo?»

¿Qué pensáis?, ¿me estoy volviendo loca o tiene sentido lo que digo? Porque yo tengo mis momentos.

Una parte de mí no puede dejar de sentirse como alguna clase de experimento, y puede que lo peor de todo esto es que otra parte (la que va ganando terreno) parece importarles poco que mis teorías vayan a ser ciertas.

Pues esta es la línea de pensamiento a la que no he parado de darle vueltas desde ayer. ¿Quién quiere Netflix teniendo una vida como la mía? Puro entretenimiento, sí señor. Y sin planes mensuales.

Como ahora que, sin darme apenas cuenta, he llegado a casa con la bolsa de tela marrón cargada hasta arriba (era de esperar) y nada más girar la esquina me encuentro con Eric. Un Eric guapísimo y ausente, por cierto, vestido únicamente con un bañador negro, una camiseta verde con el logo SANTA CRUZ y unas *cholas*[\[12\]](#) oscuras. Le acompaña también su tabla de surf; apoyados ambos sobre el muro junto a la puerta de entrada de mi casa.

Aún no se ha percatado de mi presencia, algo que remarca más mi teoría de que vagabundea por este mundo sin saber que forma parte de él. No está al cien por cien aquí, ahora.

A ver cómo os explico esto...

Es como si no fuera consciente de que hace tiempo que su hermano bajó del tren, pero él sigue empeñado en caminar en dirección contraria, recorriendo cada vagón esperando encontrar... ¿el qué? ¿El final del vagón quizá?

Lo que quiero decir con esta extraña metáfora es que no solo no está en sincronía con la vida, sino que se está perdiendo el viaje.

—Hola.

—Hola, *serea*.

—¿Qué haces aquí? —pregunto deteniéndome frente a este hado de ojos mágicos que, solo con un destello de su mirada logra que me tambalee. Y la cosa no mejora cuando me regala esa sonrisa... ¡Esa sonrisa, madre de Dios! Creo que está directamente conectada con un punto demasiado sexual de mi sistema.

¿Se puede jadear por una sonrisa? Ahora sé que sí.

—Esperarte —responde tratando de ocultar una pequeña elevación de la comisura de sus labios; supongo que no he conseguido ocultar las sensaciones que me produce su presencia y él ha dado buena cuenta de ello.

—¿Me has llamado?

Teniendo en cuenta que he pasado bastante del móvil, igual lo ha hecho y no me he enterado.

—Con las prisas me he dejado el móvil en casa —reconoce impulsándose con las manos para alejarse del muro y acercarse a mí.

—¿Prisas? ¿Pero tú no trabajas hoy?

—Están haciendo unas obras en la calle frente a la clínica y con el ruido he tenido que cerrar antes. A mis pacientes no es que les entusiasme demasiado el martillo neumático. Así que se me ha ocurrido darte una sorpresa.

Ahí está de nuevo, la sonrisa que te advierte entre paréntesis que va a conseguir lo que quiera de mí.

—No, si me la has dado, te lo aseguro.

—¿Bueno qué, nos vamos a coger unas olas? Me gustaría que cambiaras la percepción que tienes de mí encima de una tabla la verdad.

—Si lo que quieres es que te haga el boca a boca de nuevo solo tienes

que decírmelo.

—Quiero —arguye alzando una ceja con chulería dando además un paso para acortar la distancia que nos separa y dejarla en apenas unos pocos centímetros.

Siento su aliento fresco sobre mi cara, pero me niego a mirar más arriba: como me asome a sus ojos estoy perdida. Más aún.

—No veo que la necesites en realidad, la última vez estabas más azul y no sonreías precisamente.

Le hago la cobra a lo «Bisbal» echándome a un lado con la excusa de sacar la llave que hay bajo el buzón.

¿Qué por qué le he dejado como a Chenoa en el concierto de «O.T el reencuentro»? Muy fácil. Porque como bien he dicho antes, a una parte de mí le jode la posibilidad de que solo me esté utilizando y quizá quiera castigarle por ello. O al menos asegurarme de que mi teoría no es cierta. Hay que testarla antes.

—¿Siempre dejas la llave ahí? —pregunta fingiendo que no le importa que acabe de rechazarle— ¿No tienes miedo a que entre alguien?

—El único que entra no volverá hacerlo. Créeme.

—Hablamos de Sebas, ¿me equivoco?

—Y ahora eres el único aparte de él que conoce este escondite, así que espero pueda confiar en ti —le amenazo apuntándole llave en mano.

—Siempre —asegura con severidad—. ¿Te ayudo con eso? —se ofrece percatándose del peso que cargo sobre el hombro derecho, y que llevo tratando de ocultar de su vista desde que le he encontrado esperándome.

—No, gracias —respondo empujando la puerta y alejando la bolsa de tela lo máximo posible de su curiosidad—. Me cambio y nos vamos ¿vale?

—Perfecto.

—Como en tú casa.

—Gracias. Muy bonita, por cierto —añade echando un rápido vistazo en derredor.

—Lo sé —respondo yo guiñándole un ojo antes de desaparecer por el pasillo a toda prisa.

Ya en la habitación escucho de fondo el ronroneo de Flounder que, conociendo el buen rollo que se traía con el doctor Estrada, no habrá tardado nada en conseguir acaparar su atención. Así que mientras mi hijo peludo le tiene entretenido aprovecho a guardar la bolsa de tela bien al fondo del armario, bajo una pila de jerséis viejos que se mantiene apenas erguida en

uno de los estantes inferiores. Tras varios minutos contemplando la montaña de ropa desde todas las perspectivas y asegurarme que no hay nada que me pueda delatar, doy por terminada la misión.

A los nervios por tener al «príncipe» Eric en mi casa, tengo que sumarle la ligera aprensión que su presencia ha traído, y no solo porque esté en mi salón como si tal cosa, hablamos de que ha logrado aguar mis planes de desahogo en solitario. Y eso me molesta, lo admito. Más aún tener que volver al juego de esconderme en mi propia casa. De ocultar las pruebas. Ahora precisamente que no me tengo que preocupar por Sebas y sus registros inesperados.

¡Joder!

Comienzo a vestirme, llevo demasiado tiempo parada frente a la puerta del armario y lo que menos necesito es que Eric sospeche algo. Además que una parte de mí no está tranquila con la presencia de Eric pululando por mi casa a su antojo.

«El problema no es la casa, es lo que ocurre dentro de ella. Lo que sientes se llama vergüenza. Vergüenza a que descubra el contenido de la bolsa de basura que hay bajo el fregadero, o a que encuentre la de tela marrón que acabas de esconder en el armario.»

«¡¡Cállate!!»

El tiempo que he perdió con todos estos pensamientos los gano arreglándome a la velocidad de un rayo. Me enfundo el neopreno de manga larga tipo short en color negro, unas cholas, pelo suelto y tras un fugaz vistazo en el espejo me doy por satisfecha.

—¿Nos vamos? —pregunto derrapando al entrar en el salón con la jodida Úrsula presionándome sin descanso.

«...vergüenza a que sepa la clase de persona que eres en realidad. Lo débil que eres...»

—¡Para!

Mierda, eso lo he dicho en alto ¿verdad?

—¿Qué? —pregunta Eric girándose hacia mí con su precioso ceño fruncido.

—Flounder, que me estaba arañando la pierna —miento como una bellaca mirando al susodicho sobre la encimera que me mira con reproche.

Afortunadamente Eric permanecía de espaldas concentrado en el mural de fotos que cubre una de las paredes del salón, y no se ha percatado de que a veces, mis conversaciones con Úrsula traspasan lo ilusorio. Lo que quiere

decir que no me ha visto gritarle a la nada con un gesto de rabia lanzado al aire que solo me coronaría como la zumbada que soy.

—¡La que no sabía utilizar la cámara! —me reprocha señalando la pared repleta de instantáneas sacadas con la cámara que usamos ayer.

—¿Quién te ha dicho que las he hecho yo? —Su respuesta me llega en forma de un alzamiento de ceja de lo más elocuente a la par que sensual—. Está bien, pero funcionó, que es lo que realmente importa. Y gracias a mí conociste a la artista esa... ¿Pino se llamaba?

—Pinaud —me corrige con una deliciosa carcajada y un perfecto ¿francés?

—Pues eso. ¿Nos vamos o qué?

Con nuestras tablas bajo el brazo recorreremos los quince minutos que nos separan de la playa en una cómoda conversación sobre temas banales relacionados con el surf hasta que...

—¿Sebas también surfea?

Sé que lleva rato buscando la manera de sacar el tema de mi traidor amigo; aunque sigo sin entender muy bien por qué.

—Lo suyo son las motos.

—Así que motero, ¿eh? —añade con cierta sorna que prefiero ignorar—. Tiene más sentido...

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que le pega ese rollo de tipo duro que está por encima de todo.

—La verdad que sí —afirmo— ese es un poco su estilo.

Unos pasos más en completo silencio y antes de que hable de nuevo lo veo venir a la legua. Su rostro según parece (y en ocasiones contadas) puede ser un gran delator de lo que sucede en su mente; como le suele pasar a una servidora. Así que he podido contemplar sin ninguna clase de duda su debate interior en si hacerme o no la dichosa pregunta.

—¿Tú y Sebas...?

—¿Yo y Sebas qué?

Me apetece hacerle sufrir un poquito, así que me hago la loca, como si acaso no supiera a qué se refiere.

—Que si habéis estado juntos.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Eso es un sí —afirma con la mirada al frente y gesto adusto.

—De hecho, es un: estás muy equivocado. Ya te lo he dicho, es un buen

amigo que ha estado en los momentos más difíciles de mi vida.

—Está bien.

—Sigues sin creerme.

—Te creo, en serio. Si me dices que no habéis tenido nada te creo. Era simple curiosidad, nada más.

—Ya... Igualmente es tu problema si no lo haces.

—Soy consciente de ello —pronuncia haciendo una pausa casi en cada palabra.

Para distender un poco el ambiente y alejarnos de este tema de conversación tan poco interesante, opto por cambiarlo ahora que ya casi estamos llegando a la playa.

—¿Y no vas a pasar frío sin neopreno?

—Te recuerdo que surfeaba en Ferrol, el agua suele estar a unos cuantos grados menos. Podré con ello —añade con chulería.

—¿Qué te crees ahora: el hombre de hielo? ¿Acaso tengo que recordarte que la última vez que nos encontramos en esta playa estabas inconsciente y flotando como un corcho? Ah y, por cierto, llevabas neopreno.

—No sé a qué te refieres... —arguye haciéndose el loco enderezando a su vez la espalda.

Pisamos la arena descubriendo que hoy la playa está bastante concurrida, habrá cerca de una treintena de personas haciendo surf y *bodyboard*, entre los que distingo a Sonia y a Edu. Y este último viene directo hacia nosotros. Concretamente hacia mí.

—¡Pelirroja! ¡¿Dónde te metes?! Nos tienes de lo más abandonados — exclama haciendo un mohín de lo más dulce mientras me envuelve entre sus brazos.

No me da tiempo a contestar, Eric aparece dejando caer su largo brazo sobre mis hombros como si tal cosa. Cuando en realidad no es «tal cosa». Lo que me deja bastante perpleja. Porque por mucho que Eric me guste no me van nada (pero nada de nada) esas demostraciones de macho marcando territorio. Tampoco le tomaba por uno de esos... ¡¡Ni siquiera nos hemos acostado, por amor de Dios!!

No puedo evitar echarle una mirada repleta de estupor, pero parece resbalarle. Profundamente. Toda su atención está puesta en Edu.

—¿No nos presentas? —añade Eric con un tono de voz tan grave que me parece haber escuchado las palabras salir de su pecho, y no de su boca.

—¡¡Arioca!! —Levanto la vista y me encuentro a Sonia corriendo hacia

aquí. No sabe cuánto agradezco su presencia—. Pensaba que no podías venir —me reprocha la rubia más guapa que conozco—. Es mejor venir con un moreno de ojos verdes, claro... ¡Hola, yo soy Sonia! —Se presenta sin ningún tipo de pudor lanzándose a darle dos besos que han escuchado hasta sus futuros compañeros de trabajo allá en California.

—Eric —responde este.

—Encantada.

Ella no se corta un pelo y le hace un escaneo que hasta a mí me ha incomodado.

—Igualmente —responde aquí mi príncipe-hado-macho alfa.

A cada poco se van sumando nuevas acepciones a su nombre.

—¡Ejem! —carraspeo cubriéndome la boca con la mano a la vez que atravieso a mi amiga con la mirada ¡Pero la tía no se da por aludida oye!—
¿Sonia?

—Dime. —Parece que consigo al fin captar su atención.

—¿A qué hora nos vemos mañana entonces?

A ver si cambiando de tema...

—¿Qué te parece si te paso a buscar sobre las nueve?

—¿Cómo es que no sé nada de ese plan? —se entromete Edu cambiando la mirada de una a otra. Apartando por primera vez la vista de Eric y de mí.

—Porque tú no vienes; es noche de chicas chaval —le espeta aquí mi amiga con una palmada en el hombro.

—Uy... qué peligro, vosotras dos solas... Sí, creo que mejor no quiero saber nada —añade Edu mostrando las palmas de las manos en alto y dando varios pasos atrás para darle más dramatismo.

Es casi imperceptible, pero logro captar el tenue cambio en el semblante de Eric, como se le tensa la mandíbula mientras sonrío con tirantez.

Un par de comentarios sobre el agua, el tiempo y algo de surf y terminan desapareciendo. Y lo agradezco, porque como Sonia siguiera mirando a Eric iba a desgastarlo como a unos tejanos.

—¡Adiós, pareja!

—¡Hasta mañana! —me despido viéndoles alejarse.

—¿Calentamos? —me pregunta Eric clavando la tabla en la arena de un solo movimiento: firme, limpio y profundo.

¿Lo clavaré todo igual...?

No cuela si digo que eso lo ha dicho Úrsula, ¿verdad?

—Claro. —«Calentemos.»

En los minutos que dedicamos a preparar nuestros músculos, permanecemos en silencio concentrados en cada tarea. Hasta que aquí el amigo se quita la camiseta y me quedo sin aliento. Y no solo porque se pueda rallar queso en su estómago (qué también), sino porque un enorme tatuaje en color negro cubre todo su pecho descendiendo hasta el punto donde dan comienzo esos bonitos abdominales.

—¿Cuán... cuándo te has hecho ese tatuaje? —Tengo que tragar varias veces antes de formular la pregunta.

Se pasa la mano por el pecho y me mira como si no entendiera de qué estoy hablando.

—Fue lo primero que hice al venirme a vivir a Tenerife ¿por qué lo dices?

—¿Ya lo tenías? Quiero decir, cuando te saqué del agua no lo vi —digo rascándome la cabeza—. Te quitamos el neopreno y juro por mi vida que yo no vi ese tatuaje.

—Pues te aseguro que no me lo he hecho en las últimas semanas. Probablemente fuera por la adrenalina y el estado de shock por lo que no lo recuerdas.

¿Cómo demonios no iba a darme cuenta de semejante dibujo?

Me acerco como un mosquito atraído por la luz, incapaz de apartar la vista de los intrínsecos dibujos que cubren la tersa piel de su pecho. Y sin pudor ni control alguno, me dedico a pasear mis manos por cada trazo, consciente de cómo su respiración se intensifica y un retumbar despierta bajo la palma de mi mano.

—La tabla de Berto... —murmuro.

Este dibujo forma parte de la tabla de su hermano, y él se la ha tatuado. Recuerdo haber visto a Berto en aquella foto con ella. Además es la misma que componía dos de las tres instantáneas de la pared del cuarto de Eric. Ahora comprendo la soledad que aquella tabla representaba anclada en la arena.

—Es una mantarraya —me aclara—, siempre le pareció un ser fascinante y misterioso. El dibujo es maorí y sí, efectivamente es el mismo que estaba en su tabla.

Las grandes aletas de este majestuoso animal marino se pierden por los costados de Eric como si le estuviera abrazando. En el centro, una flor en intensos colores negros dentro de un círculo capta toda mi atención. Del mismo modo que lo hace el final de la cola del animal que, alcanza justo el

inicio del ombligo de Eric.

—Es precioso —me escucho decir en voz alta completamente embelesada por la belleza de este reciente descubrimiento.

Eric apresa mi mano colocando la suya encima logrando que perciba no solo el marcado latir de su corazón fuerte y vivo, además siento un intenso calor emanar de su cuerpo. Uno que arde.

Todo lo contrario a la última vez que mi mano estuvo en ese lugar.

La primera que ambos coincidimos en esta playa.

—Creo que el calentamiento ya ha terminado —arguye rompiendo deliberadamente este momento de alta conexión.

Me la está devolviendo por lo de antes en mi casa cuando ha intentado besarme y yo me he apartado haciéndole la cobra.

—Eso parece —respondo tratando no solo de ocultar mi decepción, también el hecho de que su mano sobre la mía haya despertado un irrefrenable deseo hacia él.

¿Qué simplona que soy no? Tan solo le ha hecho falta quitarse la camiseta y dejarme pasear la mano por su torso para ponerme como una moto. Vamos, cachonda perdida.

Deduzco que lo mejor será que me meta al agua para apagar este jodido fuego que Eric tan cruelmente ha despertado dentro de mí. A pesar de que comienzo a ser más que consciente de que cada vez que hay un contacto entre nosotros, esa llama se hace más difícil de apagar. Por mucho que yo juegue a hacerme la fuerte... ¡Ja! ¿Fuerte yo? ¡Menudo chiste!

Acompañados de nuestras tablas nos zambullimos remando mar adentro en busca de las mejores olas.

En cuanto cojo la primera me doy cuenta de lo mucho que echaba de menos esto, y lo que agradezco que Eric me haya animado a venir. De ahí que decida hacérselo saber sentada sobre mi tabla con las piernas colgando a ambos lados, esperando a estar lo suficientemente cerca para robarle un beso y darle las gracias. En realidad, es él mismo el que se hace con el control de la situación en cuanto se da cuenta de mis intenciones, colocando su mano en mi coronilla consiguiendo que me aferre a sus labios casi tanto como lo haría a mi tabla.

Un beso húmedo, salvaje y perfecto.

Cómo cabalgar la ola perfecta.

Capítulo 38



«Regresa a aquella playa y coge de nuevo la tabla; yo te acompañaré en cada ola. ¡Vibra! ¡Siéntelo de nuevo!»

He vibrado.

Lo he sentido.

«Te he sentido, Berto.»

No sabría decir cuánto ha pasado, ¿dos horas?, ¿quizá tres? Lo que sé con seguridad es que el tiempo se ha volatilizado.

Cuando nos metimos en el agua había cerca de una veintena entre surfistas y bodyboarders; ahora solo quedamos Ariel, yo y la lluvia que acaba de hacer acto de presencia, al menos de manera más intensa. Durante todo este rato ambos nos hemos olvidado de todo, y de nuevo, hemos creado nuestra propia burbuja; aunque en esta ocasión cada uno ha orbitado en la suya propia. Hasta este momento, en el que sin apenas darnos cuenta, esa conexión a la que ninguno de los dos le encontramos explicación alguna, acaba de volver a unirnos bajo el manto de una suave lluvia.

Dejamos que el agua ahora más oscura, nos meza a su antojo. A Ariel sumergida con los brazos abiertos y la vista hacia el cielo con los ojos cerrados, permitiendo que las gotas dibujen en su rostro pecas efímeras que destellan al contacto de su piel, y resplandezcan casi tanto como ella. Sin proponérselo.

—¿Qué es el surf para ti, Ariel? —le pregunto sin dejar de contemplarla.

No parece que mi pregunta le sorprenda o le incomode lo más mínimo.

En silencio, aunque como banda sonora el ruido de la lluvia al golpear contra el agua, Ariel se sube a su tabla y se sienta con una pierna a cada lado, adoptando la misma posición que yo. Finalmente, y cuando parece que ha dado con la respuesta, clava el azul de sus ojos en mí, provocándome el mismo efecto que parece ya convertirse en una abrumadora costumbre: que mi corazón se pare para después bombear con más fuerza que nunca.

—El surf es sentirme parte de algo y a la vez de nada. Es libertad. Amor. Respeto. Pero más allá de todo eso, es una necesidad vital y lo único que me permite seguir adelante

con la vida.

Asiento agradecido por su sinceridad, encontrando el significado a sus palabras y al mismo tiempo buscando mi propia respuesta.

—¿Y para ti?

—Gratitud. Porque me ha dado los momentos más felices de mi vida. Y respeto, porque he aprendido a no desafiar su poder. —Obviamente esto va con segundas, es por ello que Ariel eleva la comisura de sus labios de manera cómplice—. Nunca me había sentido tan vivo, Ariel. Nunca. Jamás.

—¿Aquel día en la playa...? —pregunta con cautela refiriéndose a ese en el que me salvó la vida—. ¿Cuánto tiempo llevabas sin surfear?

—Ya conoces la respuesta.

No porque yo se lo haya dicho, pero está claro que la sabe.

—Pues eres bastante bueno y más si tenemos en cuenta el tiempo que llevabas sin subir a una tabla.

No puedo negar que me agradan sus palabras.

—Gracias. Yo tengo que admitir que me ha sorprendido tu dominio; hacía mucho que no veía a nadie caminar por la tabla como tú lo haces.

—Teniendo en cuenta el tiempo que hace que llevabas sin hacer surf... no es muy alentador que digamos.

—Pues también tienes razón —concluyo.

Nuestras miradas se reúnen y sonreímos con complicidad.

—En realidad te lo agradezco. ¿Sabes? Es raro. Porque por primera vez hoy me he sentido como si fuera una de aquellas chicas que hacían surf y que yo admiraba cuando tenía ocho años.

Casi puedo ver como esos recuerdos de los que me habla emergen de algún lugar recóndito de su cabeza. Percibo la melancolía en su voz, pero también soy testigo de cómo esa satisfacción la coge completamente por sorpresa.

—No tienes nada que envidiarlas —afirmo con rotundidad.

—¡Pero si nunca las viste!

—No me hace falta, con verte a ti tengo suficiente.

—Ya... Adulador.

—Te cuesta mucho aceptar un cumplido.

No es una pregunta, aunque admito que espero una respuesta de su parte.

—Me cuesta creérmelo, que es bien distinto.

—El problema de eso es que restas valor a mis palabras y si te soy sincero, no me gusta. Porque no soy la clase de tío que dice las cosas por quedar bien, no tengo ninguna necesidad de hacerlo. Lo hago porque las siento.

Puede que me haya pasado de severo, pero en serio que me repatea que desestime lo que digo, que considere que todo es una falacia o algún truco para llevármela a la cama. Y creo que si quisiera solo acostarme con ella ya lo habría hecho, oportunidades he tenido. No soy esa clase de tío, ni tampoco tengo la intención de serlo.

—Tienes razón. Lo siento, Eric.

Una parte de mí se rompe con esa respuesta, porque es como si acabara de abrir los

ojos y darse cuenta en este instante de la honestidad que cargan mis palabras.

—No quiero tener razón, Ariel. Tan solo me gustaría que tomaras en cuenta lo que te digo. Creo que ha quedado más que claro que no estoy contigo por ningún tipo de interés más que porque me pareces la mujer más fascinante que haya conocido en mi vida.

—Gracias, aunque...

—¿Qué? —grazno sin dejar que termine. Temo lo que vaya a decir.

—Que la confianza hay que ganársela, Eric.

Lo gracioso de todo esto es lo sorprendente que nos parece a ambos como de sinceros podemos ser el uno con el otro. Al mismo tiempo, y a pesar de que conociendo un poco de su pasado pueda entender su desconfianza, me enfurece que me cueste ganarme tanto su confianza. ¡No! Lo que me cabrea es que yo no sepa cómo hacer para ganármela.

—Es difícil cuando para ti ya está perdida antes de darme la oportunidad.

—Eso no es cierto —arguye esquivando mi mirada. Lo que no hace más que darme la razón.

—Entonces, dime una cosa: ¿lo que escondías hoy en esa bolsa tiene algo que ver con lo que te sucede?

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Ya sabes de qué estoy hablando.

Claro que lo sabe y yo cada vez estoy más cerca del problema. No tengo ninguna duda.

—No...

—No hace falta que me lo cuentes, ya te lo dije una vez: lo harás cuando estés preparada.

Ella baja la cabeza concentrándose en los movimientos que hace su dedo sobre la tabla; parece estar dibujando algo con él.

—¿Y puedo hacerte yo ahora una pregunta? —arguye clavándome el azul de sus ojos con determinación, ahora que parece la ha encontrado. No digo nada, tan solo le sostengo la mirada esperando—. ¿Qué harás cuando termines de cumplir con todas las directrices que expuso tu hermano en esa carta? —espeta a la defensiva.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Le está dando demasiados rodeos y ambos sabemos de qué punto exacto está hablando.

—¿Qué te queda hacer de esa lista? —No espera mi respuesta—. Clínica abierta, hecho; tatuaje, hecho; subir al Teide, hecho; surfear, hecho...

—¿Tanto tiempo te dio que memorizaste la carta? —ironizo.

—¿Qué te queda por hacer, Eric? —insiste.

—Diría que ya lo sabes; te conoces esa carta mejor que yo. Así que dímelo tú.

Me reta sopesándolo, pero Ariel no es de las que se echa atrás fácilmente.

—¿«Hacer el amor o que te lo hagan», no es eso?

—¿Y qué es lo que te preocupa de esa parte exactamente?

—Diría que ya lo sabes.

—Pues averigüémoslo.

—¿Cómo?

Acabo de descolocarla.

También a mí mismo.

Esa respuesta ha sido de lo más impulsiva. Yo no soy impulsivo. O al menos no lo era.

Hasta ahora.

—¿No quieres saberlo? Hagámoslo —De nuevo, cuando se trata de Ariel parece que todo lo que creía saber de mí mismo se desvanece—. Tienes miedo a saber qué pasara después de que nos acostemos, ¿no es así? Vamos a descubrirlo.

Su cara de incrédula sorpresa despierta en mí unas irrefrenables ganas de besarla así que... no me contengo. Me he vuelto camicace, temerario.

—Me parece que...

Con la mano en su cintura tiro de ella para atraerla más hacia mí con demasiado ímpetu, olvidando por un momento qué estamos sobre nuestras tablas.

Terminamos dentro del agua muertos de la risa.

—Estás zumbado.

—Bueno, no se puede ser perfecto.

No me preguntéis cómo, pero hemos llegado a la puerta de su casa empapados y completamente excitados. Y a pesar de las ganas de llegar para poder hundirme en ella, no hemos hecho más que alargar el trayecto. Diría que ha durado el doble de lo normal teniendo en cuenta que, a cada dos o tres pasos, uno de los dos ha frenado al otro para besarnos con desenfreno y desesperación. Incluso una de las veces hemos tenido que volver atrás porque nos habíamos dejado las tablas en el camino. Demencial. Pero también sumamente excitante. No recordaba lo que era esta sensación de urgente necesidad. Aunque siendo honesto, creo que nunca antes la había sentido. Al menos, no con esta magnitud.

Lo que está claro es que o nos tenemos muchas ganas, o hay demasiada ansiedad por conocer la respuesta a la gran pregunta. ¿Qué pasará cuando haya cumplido todas y cada una de las premisas que mi hermano expuso en esa carta? Supongo que habrá que esperar para descubrirlo. Ahora mismo yo solo puedo pensar en el sabor de su boca, los gemidos desesperados que emite cuando le beso el cuello, la manera en que entierra las manos en mi pelo erizándose la piel y lo jodidamente loco que me vuelven las curvas de su cuerpo.

Parece que a la tercera logra meter la llave en la cerradura, y tiene bastante mérito, podéis creerme, no ha sido una tarea fácil con mis labios succionando el lóbulo de su oreja y mi mano derecha buscando el volumen de su pecho. He tratado de contenerme aferrado con mi otra mano al marco de la puerta para no bajarle la cremallera del neopreno y montar un espectáculo en la calle (sí, uno más escandaloso). Por no hablar de la dolorosa erección que se ha pasado todo el camino buscando su atención. Aunque parece que ahora, mientras empujamos la dichosa puerta consigue liberarse levemente contra el bonito trasero de Ariel.

En cuanto logramos entrar se deshace de mi agarre y yo, con resignación, cojo ambas tablas y las coloco contra la pared antes de cerrar con más control de lo que ni yo mismo me hubiese imaginado.

Me giro consciente de que Ariel se ha alejado y... todo cambia.

En la penumbra del centro del salón a unos cuantos pasos fuera de mi alcance, aún con la respiración agitada, sus ojos, cubiertos por un velo de temor, me escrutan en una lejanía autoimpuesta dejándome plenamente desconcertado.

El tiempo parece dilatarse como una goma elástica y a cada segundo siento como se va enfriando la llama que hace apenas unos segundos no podíamos contener en nuestro interior. Mi corazón se estremece bajo mis costillas. Me aterra verla en esas circunstancias. Ariel, el huracán implacable y arrollador, se presenta repentinamente frente a mí como un ser pequeño, frágil y tremendamente vulnerable. Y la única forma que se me ocurre para igualar esto es... siéndolo yo también.

Exponerme.

—Solo he estado con una mujer —confieso sin apartar la vista de sus grandes ojos. Buscando en ellos alguna reacción.

Tuerce la cabeza entornando la mirada: acabo de descolocara. Me mira como si me hubiesen salido dos cabezas. Parece que yo también puedo convertirme en una incógnita, del mismo modo que lo es ella para mí. Puro misterio.

—¿Nunca...? ¿Ni siquiera después de separarte?

«Si tú supieras, serea ...»

—No lo he deseado hasta ahora.

No creo haber dicho una verdad tan grande en mucho tiempo. Supongo que esto me ayuda a no sentirme tan mal por no haberle contado todo con respecto a...

—Yo tampoco —reconoce irrumpiendo y quebrando el hilo de mis pensamientos.

—¿A qué te refieres?

Mientras medita su respuesta va acercándose despacio, rompiendo al fin con este horrible abismo autoimpuesto.

—Que nunca había deseado a nadie de esta manera, Eric.

Esas palabras acarician mis oídos junto con sus dedos, que lo hacen sobre mi mejilla con suavidad. Y solo ese gesto vuelve a prendernos de nuevo, aunque parece que en esta ocasión somos nosotros los que controlamos la llama, y no al revés. Lo que es de agradecer, porque creo que podría arder por combustión espontánea.

Tras un beso corto pero desbordante de tantas emociones que no sabría explicar, se aparta para poder mirarme a los ojos. Y mientras lo hace descubro que nadie, en toda mi vida, me ha mirado nunca como acaba de hacerlo ella, y que daría todo lo que tengo para que volviera hacerlo de nuevo. No sabría decir si ha sido premeditado, pero acaba de infundirme ese pequeño aliento que necesitaba; porque yo también tengo miedo, flaqueo y me aterra no estar a la altura. A la de ella. A la de Berto. No obstante, ahora mismo tengo una cosa clara, y es que no quiero perder ni un minuto más.

Cuelo un brazo bajo sus rodillas mientras que con el otro rodeo su espalda levantando sus pies del suelo con decisión. Mi arranque la pilla tan desprevenida que un rubor de lo más adorable tiñe sus mejillas con delicadeza, y lo capto gracias al destello de una farola que se cuelga por una de las ventanas. Si añadimos a esto la risita tonta que le acompaña, no puedo más que expandir el pecho henchido de orgullo de camino al dormitorio.

—La primera puerta a la izquierda —ronronea en mi cuello erizándome la piel con su

aliento.

Al atravesarla su característico y personal olor a flores me noquea con una dulzura que no espero. La habitación está prácticamente a oscuras, aunque gracias a la franja de luz que se cuelga bajo el estor atisbo a ver la cama que está prácticamente pegada a la ventana. Me acerco y clavando las rodillas en el colchón la tiendo con cuidado. Como si repentinamente fuera de cristal. Para mí lo es.

—Espera —me pide estirando el brazo hacia la ventana para tirar de un cordel y ahora sí, dejarnos a oscuras por completo.

Delicados hilos de luz atraviesan las láminas de bambú iluminando apenas formas abstractas en la habitación. De hecho, me hacen falta varios segundos para que mis ojos se habitúen a esta nueva oscuridad.

—No te veo —reconozco.

—No es indispensable la vista para lo que vamos a hacer.

—Lo siento, pero discrepo. Al menos a mí me gusta involucrar todos los sentidos cuando lo hago. Especialmente con las ganas que tengo de estar contigo, de sentirte, de verte de...

—Pues ya lo siento por ti, pero es lo que hay —me corta con sequedad.

—No entiendo...

—No hay nada que entender, Eric, así me siento más cómoda. Si te gusta bien y si no, ya sabes dónde está la puer...

—Espera, espera. Por favor, no termines esa frase —la interrumpo dejando escapar un suspiro—. Está bien Ariel, como quieras. Lo que más me importa es que tú estés bien.

Vislumbro a ver que se pone de pie y se quita el neopreno quedándose con lo que supongo será un bikini (no me preguntéis el color porque apenas puedo asegurar que sea ella la que tengo frente a mí y no su vecina).

Cuando me quiero dar cuenta está de pie entre mis piernas abiertas con intención de quitarme la camiseta. Algo en mí sabe que decir algo ahora sería jugar con fuego, pero no puedo continuar, no al menos hasta que solvente algunas dudas. La detengo agarrando sus muñecas con suave firmeza.

—¿Siempre es así? —No dice nada, así que me devano los sesos por encontrar las palabras adecuadas—. Con otros tíos quiero decir.

—¡Ya sé lo quieres decir! —me irrumpe claramente molesta separándose de mí empujándome para ello con las palmas de las manos sobre mi pecho—. ¿En serio vamos a hablar de esto ahora, Eric? ¡Eres la hostia! Creo que empiezo a entender porque solo te has acostado con una mujer en tu vida.

Sí, eso ha dolido. Aunque supongo que me lo merezco.

Igualmente puede usarme de saco de boxeo todo lo que quiera, no pienso permitir que se aleje de mí. Si algo tengo es que a cabezota no me gana nadie y cuando se trata de Ariel y, según parece, la cosa se multiplica por mil. Un misterio.

—Vale, está bien. Reconozco que me lo he ganado. Espera —le pido tirando de su muñeca buscando traerla de vuelta entre mis piernas abiertas—. Lo siento, tienes razón. Soy un capullo.

—Lo eres —afirma cruzando los brazos sobre el pecho.

Y antes de que me dé tiempo a volver a disculparme me sorprende con esta confesión:

—Sí, es siempre así. ¿Contento?

De nuevo intenta huir. Y de nuevo la detengo; esta vez consigo que se siente sobre mis piernas.

—Ni mucho menos.

Se aloja entre nosotros un espeso silencio y yo no puedo dejar de pensar que necesito romper esta barrera de alguna maldita manera. Pero antes de que dé con ella, Ariel se me adelanta.

—¿Y ahora qué? —espetta incapaz de ocultar su inquietud retorciendo las manos sobre su regazo, con esa peculiar manía que inconscientemente utiliza cuando tiene que hacer cara a algo que le disgusta. O que sencillamente no sabe cómo enfrentar.

Pero para eso estoy yo aquí. Para afrontarlo con ella.

Arrastro la mano por su espalda hasta llegar a su nuca, y enredando los dedos en esa cabellera que me vuelve loco digo el único pensamiento sensato que se me ocurre en este momento:

—Ahora te voy a besar, miña serea, y después te voy a venerar como te mereces. Aunque tenga que ser a oscuras.

Deslizo dos dedos bajo su barbilla rompiendo la distancia que nos separa para colarme entre sus labios, hundiendo con posesión la lengua en su boca. Lo hago despacio, tomándomelo con calma, permitiéndome saborear el dulce néctar de su boca, ese al que me estoy volviendo un adicto sin remedio.

—Siento si te has sentido presionada —aseguro en cuanto doy por finalizado el beso con un gemido de protesta por su parte—, lo único que deseo es que estés cómoda conmigo. Supongo que una parte de mí no quería formar parte de...

—¿De qué? ¿De mi harén de hombres? —pregunta y a pesar del sarcasmo no lo hace con inquina, más bien con tristeza—. No lo eres, Eric, créeme. Y probablemente eso sea lo que más me aterra de todo esto. —Hace una pausa que le sirve para, al parecer, soltar todo el aire que estaba conteniendo—. Jamás he traído uno de esos tíos a mi casa.

Esa confesión logra que la desee con más ganas y que sienta la sangre en mis venas confinada con una primitiva necesidad. Y ¡mierda! Debería plantarme aquí y ser ese tío por el que me he caracterizado siempre: honesto y de principios. ¿Dónde diablos se ha metido? Pero... no me siento capaz. Sus palabras en vez de empujarme a sincerarme antes de que cometa un gran error de terribles consecuencias, me impelen a saciar primero esta necesidad por ella. Con urgencia.

Cuanto más cerca estoy de Ariel, más efímera la siento. Nunca había formado parte de una conexión de este calibre con nadie, y temo perderla antes siquiera de haberla tenido.

«Después de esta noche» me prometo a mí mismo. Ambos necesitamos esto, cruzar esta barrera y descubrir que hay tras ella. Puede que por primera vez en mi vida vaya a anteponer el placer al deber.

¿Y no es acaso lo que me sugería Berto que hiciera? ¿Qué me dejara llevar?

Una vez me cerciore de que no se va a desvanecer entre mis dedos hablaré con ella.

Mañana seré el hombre que se merece que sea.

Ahora seré el amante que necesita que sea.

Capítulo 39



Decir que lo que ha sucedido en esa cama hace unas horas ha estado bien sería un bonito eufemismo que no me pega nada. Así que lo siento, pero no va conmigo eso de utilizar palabras bien sonantes aptas para todos los públicos, soy más de hablar en plata, especialmente si tenemos en cuenta que ha sido el mejor puto sexo de toda mi existencia.

¡Que a gusto me he quedado, oye!

Lo que demuestra que para ser buen amante no hace falta haberse acostado con todo bicho viviente.

Sí, como yo. Pero eso no viene al caso.

Me ha dejado francamente sorprendida. Por no mencionar que ha logrado que mi cuelgue por él se haya multiplicado por un millón. ¿Qué digo un millón? ¡Por un billón! Lo que no hace sino acrecentar el desastre que se avecina... La crónica de una muerte anunciada.

Diría que lo que más me ha llamado la atención ha sido su plena confianza y seguridad en lo que hacía. Francamente no era lo que esperaba de alguien que solo ha tenido una pareja sexual en su vida. Lo que me demuestra una vez más que a veces juzgamos demasiado rápido a las personas. Está bien, yo juzgo demasiado rápido. Como decía, mis expectativas no eran muy altas a pesar de lo mucho que me gusta Eric; pero es que mi experiencia me ha enseñado a esperar poca cosa. Y con él no iba a ser diferente, puede que debido a nuestra inexplicable conexión guardara un resquicio de esperanza algo más optimista, pero vamos, ¡no hasta ese punto!

Bravo por Eric. Voy a ascenderle de «príncipe» a «puto dios del sexo».

Intuyo que me toca dar alguna clase de explicación..., no ha pasado de «príncipe» a «dios del sexo» por cualquier nimiedad precisamente. De lo que estoy hablando aquí es de que, a pesar de mi larga lista de relaciones con diferentes hombres nunca, ningún tío, había conseguido que me corriera sin

ayuda logística. No sé si me explico... Vamos, que lo de ver las estrellitas tan solo con sexo tradicional había sido para mí (y hasta ahora) una auténtica quimera. Lo sé, bastante triste por otro lado. Por si alguien no ha entendido todavía mis sutilezas, me refiero a que eso de correrse únicamente con penetración era algo que tan solo había visto en el cine o leído en los libros. Bueno, pues aquí Eric ha roto todos mis esquemas consiguiendo que me corriera hasta tres veces. Repito (por si alguien se ha saltado la línea anterior): TRES VECES sin que le supusiera un gran esfuerzo; más que el normal de un acto sexual vaya. Seguiditos, como el corredor que salta un obstáculo y con la inercia ya puede con todos los que vengan. ¡Ahora resulta que soy multiorgásmica fíjate tú! Eso sí que no me lo esperaba.

Ya lo dije una vez y no me equivoqué, lo que tiene aquí el amigo es una varita mágica (con proporciones que entran dentro de la media sí), pero con unos poderes que ya los quisieran muchos. Podéis creerme.

¡Ah! Y el truquito ese de poner un cojín bajo mi cadera... ¡¡Guau!! Una cajita de sorpresas aquí mi príncipe Eric. Perdón, mi puto dios del sexo.

Así que después de semejante maratón hemos caído exhaustos y en apenas unos segundos me he quedado grogui sobre su pecho, deseando no despertar de ese magnífico sueño. Pero lo he hecho, como cabía esperar. Y aquí estoy a las cuatro de la mañana tumbada en una de las dos hamacas de la terraza cubierta únicamente con una manta rodeándome el cuerpo, dándole tiento al último cigarro de la cajetilla que compré después de que el cerdo de Sebas se fumara los que tenía guardados para emergencias.

Suelto una bocanada de humo gris contemplando embelesada la preciosa noche que hace y la manera en que la soberana luna brilla en todo su esplendor bañando el inmenso océano y, por un instante, si cierro los ojos y me concentro, parece que siento ese poderoso haz de luz acogéndome en su calidez, renovándome de dentro a fuera; que buena falta me hace. Y aprovechando este falso bautismo trato de hacerme una promesa a mí misma, esa que me he hecho ya tantas veces que perdió su significado hace demasiado tiempo. Y es que, si nada ha sido diferente en veintiocho años, ¿por qué demonios iba a serlo ahora?

Aun así, hay algo que me ha hecho creer por un instante que así podría ser, y no solo se debe a la magia lunar, la brujería viene de otro lugar, más concretamente de los enigmáticos ojos de Eric. Ni siquiera la oscuridad que reinaba en el dormitorio ha permitido que perdiera un ápice de su poder y es que, ha hecho que me sintiera cómo nunca antes. Única. Como la criatura

más especial de la faz de la Tierra. Lo más fascinante de esto es que ni siquiera me ha hecho falta verlo, me ha bastado con sentirlo.

Tras asumir y aceptar que no iba a dar mi brazo a torcer en cuanto a la iluminación, me ha tumbado de espaldas sobre el colchón para deshacerse con paciencia infinita de su camiseta, echándose una mano a la espalda y sacándola así de un solo movimiento por la cabeza. El bañador fue detrás y con este sí se dio más prisa. Por primera vez en mi vida sexual me he lamentado (y me he reñido a mí misma) por imponer esa estúpida regla de sumisión a la oscuridad. Reconozco que me hubiese gustado contemplar su cara durante todo el proceso de exploración exhaustiva de su atrevida lengua: primero, mi barbilla; después, mi cuello; las clavículas llegaron a continuación (primero una, luego otra); mis pechos, colmándolos de una deliciosa atención tras deshacerse de la parte de arriba de mi biquini con una destreza asombrosa. Su boca rodeando uno de mis pezones, mientras que con su otra mano amasaba el otro. Siempre con paciencia, esa que me faltaba a mí que no hacía más que arquearme buscando más de su atención, gimiendo sin pudor con cada roce suave pero intenso con el que decidía deleitarme.

Sus dedos se internaron entonces bajo el borde de las braguitas de mi bañador, pero antes de decidir eliminar esa barrera detuvo su rostro entre la unión de mis piernas, sobre la tela del biquini, clavándome los dedos en las caderas para posar los labios en ese lugar y aspirar con un gruñido animal que no solo consiguió que me humedeciera como nunca antes, es que estuve a punto de correrme. ¿Curioso verdad? Hasta hace apenas unas horas jamás había tenido un orgasmo por penetración, y ahora resulta que Eric gruñe, me toca o me lame y ya estoy perdida. Su nombre se escapó de entre mis labios en un silbido jadeante que se mantuvo en el aire hasta que decidió, al fin, deshacerse de un tirón de la única barrera que le impedía acceder por completo a mi cuerpo. ¡Dios, hubiese pagado un tributo por haber echado un vistazo a sus verdes ojos en ese momento! Miento, por haberle contemplado durante tooodo el proceso.

—No puedo más, Ariel. Necesito estar dentro de ti —reconoció sin ninguna clase de pudor. No pudo sorprenderme (y excitarme) más su repentina urgencia bramada sobre mi cara al tiempo que sostenía su peso con los puños clavados sobre el colchón, a la altura justa de mi cabeza—. Ahora —gruñó exigente.

Pero de nuevo, como cuando entramos en casa, algo cambió y volví a ese momento de pánico. En esta ocasión no iba a entrar en mi casa, sino en

mí. Y eso es algo que nunca me ha importado con otros tíos. Probablemente porque estoy bastante ebria cuando eso sucede y lo más relevante, porque nunca me han importado lo más mínimo. Eric claramente es diferente. Eso me hizo ser plenamente consciente de que iba a dejarle invadir algo más que mi cuerpo al permitir que eso sucediera. Sentía que esto iba a asentar un precedente.

Eric percibió mis dudas al instante. Es como un sabueso en lo que a mí se refiere.

—¿Estás bien? Necesito que me lo digas. ¿Seguro que estás bien? — repetía pasando su enorme mano por mi pelo con una ternura que, a pesar de lo que él podría creer, no ayudaba en absoluto.

—Sí.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Completamente.

Esto no era del todo verdad. Quería que ocurriera, pero me aterraba pensar en las consecuencias. Aunque, ¿cuándo me ha importado a mí lo que suceda después?

—Entonces dime lo que deseas, *serea*.

Y a pesar de la oscuridad reinante podía sentir la calidez de sus ojos acariciándome.

—¿Cómo?

—¿Qué deseas que haga?

Tenía claro lo que no quería que hiciera: ser tierno, dulce y cariñoso. Equivocadamente pensaba que si me colmaba de dulces atenciones me terminaría de enamorar de él.

Qué equivocada he estado; ya estoy loquita por sus huesos.

—Quiero que me folles.

Como me pasó por la cabeza lo solté. Sin florituras ni medias tintas. Yo, en estado puro.

Mi franqueza le fascinó. No le vi la cara; tampoco hizo falta.

—Que te folle —repitió con esa voz grave que había usado esta tarde en la playa para dirigirse a Edu.

—Sí, fuerte y duro.

—Fuerte y duro.

Apenas había terminado de decir «duro» cuando deslizó su lengua dentro de mi boca al tiempo que dos de sus dedos invadieron mi cuerpo en un movimiento jodidamente perfecto. Ni siquiera yo era consciente de lo

húmeda que estaba hasta ese momento. Eric absorbió con una pretenciosa sonrisa el gemido que emití ante esa doble invasión.

—Tomo la píldora. —No sé qué me hizo decir esto—. Y siempre he usado preservativo. —Esto en cambio sé que me llevó a decirlo, y fue lo que claramente terminó por convencer a Eric.

—Hasta ahora. —Sentenció hundiéndose en mí de una embestida perfecta y posesiva—. ¡Perfecta...! —bramó sobre mi cuello.

Fui una completa inconsciente; Eric tampoco actuó mucho mejor. Pero que tan solo con dos penetraciones más me tuviera al borde de mi primer orgasmo hizo que me olvidara de todo. Que me importara todo una soberana mierda vamos. Porque si una cosa he descubierto de mi dios del sexo, es que cuando se trata de eso mismo, de sexo, se vuelve intenso, dominante e incluso una pizca arrogante. Pero lo más sorprendente del asunto es que he descubierto que esa actitud suya me fascina, hasta límites insospechados.

Me vi recorriendo con mis manos sus fuertes brazos, su espalda definida, su torso atlético. Asombrada por la potencia de sus sólidos músculos en acción trabajando sobre mí.

Marcaba un ritmo casi doloroso, retirándose despacio para entrar de golpe y con solidez; la que yo le pedía jadeando.

—¡Más fuerte!

—¿Esto es lo quieres?

Tuvo que repetirme esta pregunta en varias ocasiones porque estaba tan abrumada por todo lo que me estaba haciendo sentir, que me costaba un mundo escuchar su voz entre tantas sensaciones que comenzaban a arremolinarse bajo mi vientre. Se detuvo al borde de mi primer orgasmo reclamando una respuesta a su pregunta.

—¿Esto es lo que querías?

—¡¡Dios, sí, pero no pares ahora!!

—Lo que mandes, *serea*.

Así llegó la primera función de fuegos artificiales. Me pilló tan desprevenida que por un momento creí que me ahogaba cuando mis extremidades recibieron esa tensión previa a la explosión.

No, no fui silenciosa.

—Respira, *serea*, aún no hemos terminado. —Se detuvo bien enterrado en mí hasta que mis músculos internos dejaron de latir. Mientras, Eric aprovechaba para colmarme de besos por el cuello, las mejillas, bajo el lóbulo...

—Ahora vas a reglarme otro de esos preciosos gemidos mientras te corres. Pero esta vez me gustaría escuchar mi nombre. Bien alto.

Dicho y hecho. Y como me gustan sus exigencias, por no hablar de ese engreimiento suyo; estaba plenamente seguro de que lograría hacerme llegar de nuevo.

El segundo llegó cuando dispuso un cojín bajo mi cadera, lo que hizo que sus penetraciones fueran mucho más profundas y vehementes.

Y el tercero me alcanzó cuando me dio la vuelta para ponerme boca abajo, alzando mis caderas mientras yo me aferraba a las sábanas completamente deshecha entre sus manos.

—Eres perfecta —pronunció tras un duro golpe de sus caderas contra mi trasero—. Encajamos a la perfección. —Otra arremetida—. ¿Te has dado cuenta? —Una más—. Perfecta.

Me llevó al límite, y sentir la calidez mientras se derramaba en mi interior al tiempo que gruñía mi nombre fue algo indescriptible. No creo que haya parangón a ninguna otra experiencia sexual que haya vivido antes. Aún me asombra que aguantara tanto después de ¿cuánto tiempo sin tener relaciones? He tenido empastes dentales que han durado menos.

Eric. En estado puro.

Eric. Príncipe. Hado. Macho alfa. Dios del sexo.

No tardamos en quedarnos dormidos. Realmente yo perdí el conocimiento con la cabeza sobre su pecho escuchando el latido de su corazón recomponerse. Actuaba como una nana.

La cuestión es que ni sus miradas de plena admiración, su preocupación por mí, su «confía en mí», su «*miña serea*» han conseguido paliar la ansiedad interna con la que lidio a diario. Tampoco es que esperara que fuera a cambiar nada esta noche porque me haya acostado con él (a pesar de haberme corrido tres veces como una actriz porno) o porque sea el único capaz de anestesiar a Úrsula el noventa por ciento del tiempo.

La confirmación ha llegado al despertarme de golpe, asfixiada, como si alguien estuviera estrangulándome la yugular mientras yo misma apresaba mi muñeca derecha con fuerza, ahogando con las yemas de mis dedos las letras ahí tatuadas. «*Stay strong.*»

Eric debe ser de los que no se despierta ni con un terremoto, teniendo en cuenta que ni mi repentino despertar agitado ni el estruendo del bote que se me ha caído al salir del baño le han hecho inmutarse. O al igual es que estaba agotado, vete tú a saber. Bien es cierto que razones tenía para estarlo. La

cuestión es que descansaba como un angelito desnudo boca abajo sobre el colchón y apenas cubierto por la funda nórdica, tan mono que me han entrado unas ganas irrefrenables de despertarle de nuevo para repetir. Al final me he apiadado, especialmente porque la desazón que me ha invadido con el repentino despertar ha sido demasiado vívida como para obviarlo por cualquier cosa. Aunque esa otra «cosa» me guste tanto que esté dispuesta a romper reglas autoimpuestas sabiendo de antemano que va a acabar mal. No sé cómo, pero lo sé. Tampoco sé cuándo, pero lo hará.

Lo bueno de tanta emoción es que casi no he encontrado hueco para pensar en el desgraciado de Sebas. Hasta ahora. Y el dolor por su comportamiento no me va a ayudar una mierda en este momento.

—¿No sabía que fumaras?

—¡Joder! ¡Qué susto! —exclamo llevándome la mano al pecho soltando de golpe el humo que mantenía en los pulmones tosiendo ligeramente.

Quizá lo que me haya sobresaltado no solo sea su repentina y silenciosa presencia, puede que el hecho de que esté apoyado en el marco del ventanal como Dios lo trajo al mundo, con los brazos cruzados sobre el pecho como si tal cosa me haya dejado más impactada.

Una vez repuesta de tal exhibicionismo de hombría me deshago de lo que queda del piti tirándolo en una lata que encuentro sobre la mesita entre las dos tumbonas. Lo que me recuerda que a la casa le hace falta una buena limpieza.

—Me encanta que no tengas ninguna clase de complejo —manifiesto girándome de nuevo ante semejante espectáculo.

—¿Por qué iba a tenerlo? Dispongo de dos brazos útiles, dos piernas fuertes, un...

—Una varita mágica... —murmuro.

—¿Cómo? —pregunta elevando la comisura de los labios con diversión.

—Nada. Que tienes razón: eres perfecto.

No sé por qué, pero las palabras las pronuncio con cierto hastío. Como si la excesiva seguridad en sí mismo me irritara. Y sé que él lo ha percibido, no obstante, decide dejarlo pasar. Chico listo.

—¿Qué haces aquí?

—Me he desvelado —arguyo volviendo la vista al vasto océano.

—¿Va todo bien?

No sé si es por el sexo, la preciosa noche, que echo de menos a Sebas o que a pesar de su compañía me siento terriblemente sola lo que me anima a

que le cuente algo, lo que sea. A que me deshaga, aunque sea ligeramente, de este pesar. Pero en cuanto vuelvo la mirada hacia él para sincerarme y lo primero que me encuentro es su... varita mágica, pierdo rápidamente la intención.

—La verdad es que no me siento muy cómoda hablando de esto contigo mientras estás ahí desnudo. No te ofendas, estás tremendo, pero...

Se le escapa una sonrisa socarrona y me contagia sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—¿Me haces un hueco? —me pide acercándose con cierta cautela.

Me muevo a un lado, pero él continúa de pie, estático, enarcando una ceja con elocuencia.

—¿Podemos compartir la manta? —Mi nula respuesta le alienta a insistir y, tras pasarse la mano por el pelo, se anima a hablar de nuevo—: De verdad, Ariel, ¿tan terrible es que te vea?

¿Tan terrible es? No lo sé; comprobémoslo.

Ni siquiera sé que me lleva a hacer esto. Pero... allá voy. Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad me pongo en pie y cerrando los ojos con vigor, abro la dichosa manta y le cedo el tiempo suficiente para que pueda comprobar al detalle lo que se oculta debajo. Y mientras siento su escrutinio sobre cada centímetro cuadrado de mi piel, mi ritmo cardíaco va en aumento hasta el punto en que comienza hacer presión bajo mi garganta angustiosamente. Me veo obligada a tragar con fuerza para deshacerme de esa presión que, además, me corta el oxígeno.

—¿Por qué...? —comienza a decir recorriéndome con la mirada, pero antes de que termine la frase veo como se atraganta y, tras un severo movimiento de su nuez y algo de dificultad vuelve a formular la pregunta—. ¿Por qué me has privado de esto? —me reprocha, esta vez sí con la vehemencia que antes le faltó. Aunque con una voz más ronca de lo habitual.

—Porque quizá no es lo que esperabas —arguyo cubriéndome de nuevo volviendo a respirar con normalidad, al menos eso me hago creer a mí misma, ya que la presión bajo mi garganta parece no querer cesar.

—¿El qué? ¿Un cuerpo precioso? —pregunta incrédulo abriendo los ojos con desmesura.

—¿Para pasar el rato? Puede ser —agrego con un desdén que me sale con la misma naturalidad con que lo siento.

—¿De qué estás hablando?!

—¡Vamos, Eric! Ambos sabemos que aquí —arguyo señalando mi

cuerpo de arriba abajo con una mano—, no hay nada más interesante que una noche de sexo.

—¿Por qué demonios crees que un hombre solo busca eso en ti?!

Verdaderamente parece confundido, incluso el ángulo de su mandíbula parece tensarse de alguna manera. Diría que está cabreado.

—¿Qué iba a querer si no? ¿Quedarse a mi lado? No me hagas reír anda. Le doy la espalda echándome la manta sobre los hombros.

—Claramente tienes una pésima visión de los hombres, de eso no hay duda. Pero la forma en que te ves a ti misma... eso claramente me preocupa más.

—Te preocupa. —No puedo evitar una risa irónica—. Tranquilo, sé cuidarme solita —le suelto pasando por su lado con intención de meterme en casa y dar esta estúpida conversación por finalizada.

—¡Una mierda! —brama con la mano rodeando mi brazo impidiéndome entrar y girándome hacia él, de tal forma que la manta termina en el suelo y yo, de cara contra su pecho. Tan pegada a él, que el calor que emite parece envolverme con una ternura que me descoloca y me deja por unos largos segundos sin palabras, mientras todo mi cuerpo reacciona a esa calidez instintivamente. Lo que me molesta más aún.

—¿Qué cojones haces?! —espeto revolviéndome para alcanzar la dichosa manta empujándole con las palmas de las manos sobre sus pectorales.

Pero es completamente inútil, y no solo porque sea más fuerte que yo, que obviamente lo es. El problema es el dilema que bulle dentro de mí impidiéndome tomar una decisión con claridad. Esto de sentirme tan inquietantemente cómoda desnuda bajo la mirada de un hombre es una locura que claramente colisiona con la rabia que siento porque me hable de esa manera, como si acaso se creyera que lo sabe todo de mí. Cuando no tiene ni puta idea. ¡Ni idea de lo que es vivir con la jodida Úrsula y sus tentáculos dominándolo todo en mi mente!

Así que solo se me ocurre repetir lo último que he dicho intentando de nuevo y sin éxito apartarlo de mí.

—¿Qué cojones haces, Eric?!

—Ayudarte a entender algunas cosas. —No puedo dejar de contemplar la llama encendida que prende en el verde de su mirada; una fuerza que nunca antes había visto. Tornándose oscuro y profundo, como el tono de las palabras que le escucho pronunciar a continuación—: Probablemente esto es

lo que despiertas en muchos hombres —arguye llevándome la mano a su potente erección—, pero también estamos a los que nos provocas esto. — Ahora me arrastra la mano hasta su pecho, presionando la suya encima para mantenerla firme sobre el pesado latir de su corazón—. Si los hombres no se han quedado es porque simplemente no les has dado la oportunidad. Y no tiene nada que ver con tu cuerpo, solo con tu baja autoestima. Con la manera en la que te desprecias a ti misma acostándote con cualquiera que se te pone por delante. ¡Quiérete un poco!

—¡Suéltame! —le pido con los ojos anegados—. ¡¿Quién coño te ha pedido tu opinión?!

—No voy a soltarte hasta que admitas que eres preciosa. Más que eso joder, Ariel... ¡Eres perfecta!

—¿Qué cojones dices? ¡Suéltame te digo! —clamo amenazante, pero mi voz que suena a punto de quebrarse no me ayuda a afianzar mis palabras.

Al menos logro que afloje su agarre.

—Dilo.

—Eric, para.

Él me lo pide, pero yo se lo ruego.

—Eres perfecta. —Ahora lleva su mano a mi mejilla para torturarme con una caricia que me invita a cerrar los ojos conmovida—. Vamos, dilo.

—No...

Voy perdiendo fuelle y me cuesta un mundo seguir replicándole. Lo que daría ahora mismo por volver a hace un rato, cuando dormía sobre su pecho después de haber *orgasmado* como una loca.

—Te lo repito: eres perfecta. Y si no quieres verlo te lo voy a mostrar ahora mismo.

Con mi mano apresada bajo la suya tira de mí arrastrándome por el pasillo hasta el baño. Enciende la luz y con mi espalda pegada a su pecho me obliga a levantar la vista.

—Mírate, por favor —me pide suavizando el tono esta vez.

Pero no puedo. Menos aún con él delante. Todavía menos con la potente luz del baño exponiendo cada diminuto defecto de mi estúpido cuerpo. Y mucho menos percibiendo la voz de ultratumba de Úrsula que parece empieza a despertarse.

«Ahora no, Úrsula, por favor.»

—Vamos, Ariel.

El tono suplicante con el que me lo pide en esta ocasión me anima a

intentarlo; aunque lo hago ladeando la cabeza para así no verme directamente. Como el que lo hace a la luz del sol. Como si acaso eso fuera a cambiar algo.

Ahí estoy.

Desnuda.

Vulnerable.

Aterrada.

—Eric, por favor —suplico jadeando estremecida por unos repentinos sudores fríos.

Eric los percibe, pero no cesa. De hecho, continúa apremiándome a pesar de ello.

—Eres perfecta. Preciosa. ¿Acaso no lo ves?

Insiste deslizando las palmas de sus grandes manos por mi cuerpo, con cuidado y con una ternura tan íntima que me anima a abrir los ojos, consiguiendo que me rinda a sus caricias. Pero lo único que yo veo son las estrías que rodean mis caderas, la flacidez de mis piernas y la firmeza que había conseguido devolver a mi estómago hace unos meses y de la que ya no hay ni rastro. Soy consciente de que no tengo obesidad, no es ese mi verdadero problema, pero tampoco hay nada que disfrute al mirarme en un espejo.

—No... —balbuceo.

—Preciosa.

—¿Hasta cuando vas a repetirlo? —ruego asqueada cerrando los ojos con fuerza.

—Hasta que te lo creas —susurra en mi oído permitiéndome al fin darme la vuelta y esconderme entre sus brazos.

Con la misma fuerza de un vendaval que no ves venir, un llanto me asalta sin que pueda controlarlo. Las lágrimas abandonan mis ojos sin control en una llorera tan profunda, que hasta llega a ser dolorosa físicamente, como si llevara enquistada demasiado tiempo. Aunque resulta inquietantemente sanador. Inquietantemente reconfortante.

Eric pasea la palma de su mano por mi espalda de arriba abajo en silencio, mientras que los dedos de su otra mano se entierran en mi pelo para así poder acercarme hasta sus labios que, sobre mi frente, se mantienen suaves y firmes, con un beso que aporta todo lo que puedo necesitar en un momento como este: confianza y protección. Algo que tras la marcha de Sebas se había evaporado con suma rapidez. Y que en Eric parece diferente,

porque en este caso me rindo y lo acojo. No me escondo.

Cuando empiezo a recuperarme, la respiración parece normalizarse y las lágrimas comienzan a agotarse varios minutos después, Eric me conduce a la ducha sin pronunciar una palabra. Abre el grifo y con una mano bajo el agua controla la temperatura para, en cuanto considera oportuno, guiarme hasta la lluvia cálida que agradezco como nada más en el mundo en este preciso instante. Y con ese chorro sanador deslizándose sobre mí cuerpo desnudo permanezco frente a Eric y, por primera vez, no estoy pensando en mis imperfecciones; mi príncipe me tiene completamente embelesada con cada uno de sus movimientos. Como coge el champú depositando una generosa cantidad en la palma, frota sus dos manos sin prisa y comienza a enjabonarme, empezando por el pelo con diligencia, pero con una delicadeza y una mirada protectora emanando de sus ojos que termina por desarmarme.

—Gracias —logro pronunciar en cuanto normalizo la respiración.

—No hay nada que agradecer.

«Ya lo creo que sí.»

De verdad que no puedo apartar los ojos de él, es hipnótico, relajante... Contemplo como coge el gel esta vez y se prepara para enjabonarme el cuerpo comenzando por los brazos; siguiendo por los hombros, obsequiándome con un pequeño pero relajante masaje; los pechos, que abarca con solo una mano y que limpia casi con veneración; el estómago, haciéndome vibrar por dentro tan solo por el poder que tiene sus manos en ese punto; la espalda... Y yo no puedo evitar observar maravillada como su erección ha ido aumentando hasta el punto en que empiezo a creer que quizá había subestimado el tamaño de su virilidad. Negaría si no dijera que sus manos resbaladizas sobre mi piel húmeda, el vapor, su mirada, la manera de cuidarme, cada pequeño detalle ha ido excitándome a mí también, como el que va ganando terreno poco a poco y cuando quieres darte cuenta ha conquistado todas tus fronteras. Y ya cuando se pone de rodillas frente a mí para deslizar sus manos resbaladizas por mis piernas de forma ascendente, deteniéndose y torturándome cuando lo hace en la parte interna de mis muslos, siento que me voy a deshacer entre sus manos. Mi excitación no es tan visible como la suya, no obstante, es igual de real. Lo que me lleva a emitir un gemido dejando caer la cabeza atrás en cuanto siento sus dedos perderse entre los pliegues de mi sexo.

—Eric...

Lo que empieza con dos dedos deslizándose en mi interior, termina con

su boca entre mis piernas y mi espalda contra la fría pared de baldosas, mi pierna izquierda sobre su hombro y mis manos enterradas en su pelo como punto de apoyo.

Según parece Eric ha decidido afianzar su título como puto dios del sexo. Y está haciendo buen honor a su nombre.

Resulta tan erótico, que solo imaginarme la imagen que debemos proyectar logra que un delicioso calambre me atraviese la espina dorsal obligando a que me arquee haciendo que la lengua de Eric profundice más aún en mi interior, lo que ya consigue que roce la puta locura. Más cuando decide invitar a la fiesta a uno de sus dedos para alcanzar lo que para algunos es «El arca perdida», comúnmente conocido como punto «G». Nuestras miradas se cruzan y ver en sus ojos un placer tan grande como el que me está produciendo y sentirlo en mi interior... Especialmente las vibraciones que emite gruñendo contra mi sexo, que me empujan a un orgasmo sin vuelta atrás: intenso, largo y delicioso.

Creo que en mi vida había gemido tan alto y con tanta alevosía; porque sí, esto no era algo que pudiera contener cerrando la boca. Oh, no... Esto ha sido algo que contaré a mis nietos. Bueno a mis nietos no, vale; pero es que es algo que hace falta que trascienda.

Mi cuerpo languidece hasta el punto en que me cuesta un mundo mantenerme en pie. Gracias a que mi dios del sexo está atento a todo y me sujeta con una mano rodeando mi cintura a tiempo, antes de que mis piernas inservibles decidan dejar de hacer el trabajo para el que fueron creadas, no me como el bonito plato de ducha de milagro.

—Perfecta —añade con una espléndida sonrisa que alcanza sus bonitos ojos verdes. Y la franqueza que leo en ellos cuando pronuncia esa palabra consigue que me cosquillee el corazón. Ni siquiera sabía que eso fuera posible.

Hasta ahora.

Cuántas cosas no sabía posibles hasta ahora, ¿eh?

—Ahora sí me siento perfecta.

Mi comentario suscita una carcajada que deriva de lo más profundo de Eric con una sensualidad difícil de ignorar. De esas que te dan ganas de comértelo de arriba abajo, porque no se puede ser tan encantador.

—¿Qué te parece si nos vamos a dormir?

—¿Y qué tal si me ocupo de eso? —agrego sugerente señalando su hambrienta erección.

—Esta es tu noche, *serea*.

—Me gusta cómo suena eso —reconozco. Y no voy a ser yo la que le lleve la contraria.

—Me gustaría que te sintieras como la princesa que eres —susurra colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Ahora soy una princesa? —pregunto incrédula arrugando la nariz.

—Cuando estés conmigo sí.

—Eso suena muy... bonito, pero la verdad es que ese rollo del príncipe que salva a la princesa no va nada conmigo. Llámame feminazi si quieres, pero es de lo más sexista.

—Te gusta ponérmelo difícil, ¿eh?

—Es que tú me lo pones muy fácil.

—No creo que seas débil, ni que te haga falta un hombre para salir de la mierda en la que estás metida, Ariel. Y esto es algo que vale tanto para ti como para mí. Pero tienes que admitir que a veces nos hace falta un toque de atención de la persona indicada en el momento adecuado. Y no hablo de hombres salvando a mujeres. Me refiero de gente ayudando a otra gente. Que si nos ponemos quisquillosos de hecho eres tú la que literalmente me salvó a mí de morir ahogado.

—¿Crees que eres la persona indicada? —pregunto curiosa.

—Creo que es el momento adecuado. Si soy o no esa persona tendrás que decidirlo tú. Y que estoy dispuesto a ayudarte en lo que sea necesario deduzco que ya lo sabes.

—¿Consideras que a ti también te hace falta un toque de atención?

—Cada vez estoy más convencido, y tú eres la persona indicada.

¿Pero no el momento adecuado? ¡Pues sí que nos complementamos bien!

—Está bien príncipe Eric, vayamos a la cama.

Nos sumergimos en silencio en ella y esta vez, Eric me abraza desde atrás.

—A pesar de lo mal que lo pasé volvería a salvarte de nuevo —confieso.

—Lo sé.

—¿Qué significa *miña serea*?

Hace tiempo que llevo preguntándome que son esas dos palabras con las que suele dirigirse a mí. Deduzco que es gallego, pero no tengo ni pajolera idea de lo que significa. Tampoco alcanzo a escuchar su respuesta, los párpados se me cierran y pierdo la noción de la realidad en el momento que

su aliento acaricia mi cuello. Intuyo que dándome una respuesta.

Capítulo 40



—¡Sonia, de verdad que no puedo más!

—¡Solo un chupito más! ¡No seas muermo anda, que no sabemos cuándo podremos repetirlo!

No le hacen falta más argumentos para convencerme; hace siglos que no me lo pasaba tan bien.

Sal. Tequila. Limón. Y *pal* gáznate.

Me arde la garganta. No solo por el alcohol, las risas que nos hemos echado a mandíbula batiente durante toda la noche parece que empiezan a tener sus consecuencias.

Ahora estamos en el Laguna Negra, pero antes nos hemos recorrido todos los locales de la Laguna. Sonia ha insistido en que tenía que despedirse de todos y cada uno de los bares besando el suelo antes de salir como si del mismo Papa se tratara. Una de las veces un portero que pensaba que estaba tan ciega que estaba comiéndose el linóleo, la ha levantado sujetándola de la cintura y Sonia, que ya de por sí es peligrosa sobria, le mandó un rodillazo en sus partes nobles dejando al «armario de dos puertas» besando el suelo que ella misma acababa de acariciar con sus labios.

—¿Entonces ya tienes casa?

—Sí, un pisito de una habitación y un baño en Santa Clara. ¡Espera, que te lo enseño!

Se saca el teléfono del bolsillo trasero del short negro y tras un par de torpes movimientos con el dedo sobre la pantalla me planta el móvil delante.

—¿Un pisito dices?! —exclamo pasando las fotos flipando con cada cosa que voy descubriendo.

Un apartamento luminoso de grandes ventanales, suelo de madera oscuro, cocina americana (como no podría ser de otra manera) encimera de granito y amueblado con lo básico. Sencillo a la par que elegante.

—¿Tienes gimnasio?! —farfallo abriendo mucho los ojos que, con la ceguera que llevo no estoy segura de si lo que estoy viendo es real.

Porque hablamos de gimnasio de categoría, no uno cutre en plan: «Ponemos una cinta de correr, un par de mancuernas, una pelota de Pilates, un espejo y arreando. Con esto ya podemos cobrar trescientos dólares más por el alquiler».

—Es comunitario, igual que la piscina. Mira.

Al menos la piscina es más modesta, supongo que se habían dejado todo el presupuesto en comprar máquinas con pantallas de televisión incluidas.

—Lo vas a pasar fatal —me burlo—. Me das una pena, *mi niña*...

—¿Qué puedo decir! Ya me lo merecía ¿no? —arguye la mar de feliz.

—Por supuesto, ya te merecías algo como esto. Y seguro que el trabajo va a ser la hostia.

Teniendo en cuenta que su nueva empresa es como un parque de atracciones para adultos.

—Y más después de la que tuve anoche...

—¿Anoche? —me intereso rápidamente—. ¿Qué me he perdido?

—Rayco.

Reconozco que por una milésima de segundo es Sebas el que se me ha pasado por la mente.

—¿Rayco?

—Sí Rayco, Ariel, Rayco.

—Creo que alguien está un poquito susceptible... —canturreo dándole un sorbo a mi copa.

—Se plantó en mi casa rogándome que no me fuera a California. Pero literal, que se puso de rodillas y todo.

—¿Qué mal!

Menuda escena tuvo que ser aquello. Rayco no es el tipo de tío que te imaginarias lloriqueando y suplicando por nada ni nadie. Y a pesar de que me cae bastante bien, siempre he pensado que se da unos aires un poco altaneros en plan: «Estoy por encima de todo y de todos». Diría que estaba demasiado centrado mirándose su propio ombligo y... no lo vio venir. Y no es mal tío, pero es cierto que se lo tiene un poco subido. A ver, está bueno, pero tampoco es que sea Chris Evans.

—Espera, que ahora viene la mejor parte.

—¿Más?

—Me pidió que me casara con él.

—¿Cómo?! —escupo (literalmente) el ron de la boca. Pero no en rollo aspersion, más bien en plan babeo por toda la barbilla.

—Lo que oyes.

—¿Pero con anillo y todo? —me intereso sacando un clínex del bolso para limpiarme con urgencia.

—En realidad..., no creo que fuera nada que tuviera planeado. Llegó apestando a alcohol pidiéndome por favor que no le dejara, que haría lo que fuera, que no puede vivir sin mí...

—Tía, qué lástima.

—Cuando comenzó a darse cuenta de que el discurso no le estaba funcionando me cogió una mano con la rodilla hincada en el suelo y me dijo que era la mujer de su vida y que no podía vivir sin mí.

—¿Y qué hiciste?

—Le rechacé lo mejor que pude: fue una de los peores momentos de mi vida. Hasta que repentinamente, como si se le hubiese encendido una bombilla, empezó a preguntarme que si había alguien más.

—¿No se te ocurriría decirle nada? —Me sorprende preguntándole aterrada. Como si acaso me importara una mierda que Sebas se haya metido en medio de una relación.

—¡Estás loca! Ya dejamos claro que lo de Sebas fue un error y contándoselo a Rayco no solucionamos nada. Me pasé el resto de la noche en vela hablando con él, tratando de explicarle que hacía tiempo que nuestra relación para mí era más una amistad que otra cosa. Aun así, creo que se huele algo.

—¿De Sebas?

—No sé si de Sebas o de quien, pero me parece que no acabó de convencerle mis argumentos. Sé que tiene la mosca detrás de la oreja.

Una pequeña (y malvada) parte de mí estaría encantada con que Rayco se enterara del lío de su exnovia con Sebas; pero no por él, y mucho menos por Sonia. Sé cómo acabaría eso: con una pelea monumental entre los dos especímenes. Ambos son de lo más temperamentales y están en forma: dudo mucho que salieran ilesos de un enfrentamiento. Pero igual sería un buen toque de atención para mi examigo. Y no solo por acostarse con una tía con pareja (esto le concierne más a ella que a él, que al fin y al cabo es la que tiene que responder ante alguien) lo digo por su conducta promiscua y especialmente machista. Y por supuesto, por su mierda de comportamiento conmigo, por haberme hablado como lo ha hecho y por haberme abandonado

como si nuestra amistad fuera una puta colilla.

Quizá es el alcohol, o quizá soy así y el ron tan solo lo amplifica, pero se ha despertado en mí una sed de venganza hasta entonces desconocida.

—¿Y has esperado hasta ahora para contarme todo esto zorrón? —le espeto a Sonia tratando de echar a un lado todos estos pensamientos.

—Necesitaba mucho alcohol para asimilar los llantos de Rayco antes de exponerlo en voz alta. Probablemente me quede con un trauma después de esto —reconoce haciendo un pequeño puchero con la boca.

—¡Vamos a bailar anda!

Es sábado, cerca de las dos de la mañana y el Laguna Negra está hasta arriba de gente. Eso es lo único que necesito para cambiar el humor de la rubia. Aunque rezo porque esta vez no le dé por besar el suelo antes de llegar a la pista. Tiro de ella después de atravesarme el gaznate con otro nuevo chupito. No sé cuánto llevo, pero reconozco que estoy ya algo pasada de copas.

—¡Cuánto te voy a echar de menos, pelirroja!

Nos hacemos un hueco entre la multitud. Bueno, exactamente entre dos grupos de chicos, porque Sonia no deja nada al azar y me da que ya le ha echado el ojo a uno. Según parece está recuperando el tiempo perdido; menos mal que Rayco no está aquí. ¿Y qué puedo decir? Porque entre los meneos de culo en sus mini shorts, las sonrisas traviesas, las miradas descaradas y el cuerpo de infarto no hay hombre que se resista. El rubio alto y en forma con cara de niño travieso al que Sonia estaba buscando con sus contoneos nada discretos, no tarda en plantarse frente a ella con decisión dispuesto a darlo todo. Porque sí, sabe bailar. Como un jodido bailarín profesional. Al igual le pido que me dé unas clases.

Sonia y yo intercambiamos una cómplice mirada en un momento que parece que el Chayanne rubio le da un respiro, y enseguida sé que estamos pensando lo mismo: como sea igual en la cama... Y esto de pensar en sexo con tanto alcohol en sangre trae a mi mente unas imágenes de lo más calenturientas de Eric ayer noche. Mucho más interesantes, no cabe duda.

—¡Hola, guapa!

Me giro y mis ojos se topan con un chico de pelo castaño peinado sin ningún sentido en concreto, con varios mechones cayendo sobre su frente. Ojos marrones, sonrisa de anuncio con una dentadura perfecta y un mentón que solo podría definir como varonil. Vestido con un polo color lima y unos chinos beige que cubren sus piernas infinitas. Es guapo, si te gustan los tíos

con cara de Ken.

—Hola. —Tengo que echar la cabeza atrás para poder mirarle a la cara
—. ¡¿Cómo te llamas?!

—¡Ariel!

—¡Encantado, Ariel! ¡Yo soy Leo!

—¡¿Cómo?!

—¡Leo, me llamo Leo!

—¡Ah! —exclamo asintiendo con una sonrisa que no sé muy bien de dónde ha salido.

Sin añadir nada más me coge una mano y tirando de mí me acerca a su cuerpo como una invitación para que baile con él; no es el rubio de Sonia, pero se defiende bien. Cosa que no puedo decir de mí que le piso en un par de ocasiones, pierdo la cuenta a la cantidad de personas a las que empujo y para cerrar nuestro último baile le tiro la copa a una chica de un codazo. Menudo estilo el mío. Diría que me he pasado de largo con los chupitos de tequila.

Pasamos un buen rato bailando, cambiando de parejas, pruebo con el rubio que me maneja como si fuera un trompo a su antojo. Cuando Sonia tira de mí con demasiado ímpetu creo que voy a echar la pota, pero suena una de Jennifer López y la rubia loca hace que me olvide de todo e incluso, parece que se me asienta el estómago de nuevo. Dos canciones más tarde regreso con... ¿cómo se llamaba? Bueno, con el larguirucho vestido con el polo de dudoso gusto. Ciertamente me pregunto qué imagen proyectaremos desde fuera. Y es que, a pesar de que me haya plantado los únicos pitillos ajustados que hay en mi armario (con sus correspondientes rotos estratégicos, por supuesto) el resto de mi look, con una camiseta de los Ramones y unas botas negras bajas con una enorme hebilla, pues... no pegamos ni con cola. Ni con cemento te imaginarias a dos personas tan dispares juntas. Él parece sacado de un mitin del P.P y yo de ¿un concierto de The Pretty Reckles? Hoy me ha dado por un estilo muy *grunge* con el pelo suelto algo despeinado, labios en un granate intenso y un *chocker* en el cuello que, básicamente, es una cinta de terciopelo negra más o menos ancha. Igualmente, tan solo estamos bailando, tampoco es que sea muy relevante.

Pierdo la noción del tiempo hasta que siento mi teléfono vibrar en mi trasero. Quiero decir, en el bolsillo trasero de mi pantalón. Cuando voy a cogerlo Leo intercepta mi mano y me arrastra hasta tenerme muy, muy cerca. Lo que me provoca una arcada debido al olor denso y dulzón de su colonia:

no hay nada que quisiera recordar mañana de ese perfume.

Mi corazón empieza a latir con fuerza bajo el pecho, inquieto, perturbado. No es una sensación agradable. Más cuando siento un sudor frío apoderarse de mi organismo.

No me gusta adonde se dirige su mano, ni la manera que tiene de mirarme. Menos aún la sonrisa delatadora que esboza en su rostro ligeramente distorsionado: la ebriedad no permite que vea su aspecto más nítido de lo que ya lo hago.

—Tienes un pelo precioso —susurra junto a mi oído cubriéndome el cuello con su aliento al tiempo que enreda uno de mis mechones entre sus dedos.

Me aparto de golpe a causa del repulsivo escalofrío que se cierne sobre mí al sentir a este desconocido tocándome el pelo. Va a sonar absurdo, pero en algún momento ese gesto se ha convertido en algo demasiado íntimo que solo me veo capaz de compartir con una persona. Con Eric.

—Lo siento —me disculpo con una apremiante necesidad de alejarme y dejar de perder el tiempo con este desconocido para ir a hablar con quien realmente importa.

Cuando Eric me despertó esta mañana temprano porque se tenía que marchar a trabajar todo parecía ir bien, sobre ruedas. Ya estaba vestido cuando se acercó para darme un beso y decirme que tenía que darse una ducha, dar una vuelta a Max y abrir la clínica. Me propuso hacer algo esta noche, pero luego le recordé mi salida con Sonia y, repentinamente, todo pareció cambiar entre nosotros. Su semblante se volvió adusto, distante y seco. En realidad, no dijo nada al respecto. Solo asintió y con un «luego hablamos» salió por la puerta dejándome con una amarga sensación que no he conseguido anestesiar hasta que he acudido a la bolsa que me esperaba bajo la pila de jerséis dentro del armario. ¿Me ha hecho sentir mejor? Por un rato, que ya es algo. Me ha costado entender a qué venía esa reacción, no es que estemos saliendo, y tampoco es que yo le deba ninguna explicación de lo que hago o dejo de hacer con mi vida. Así que igual, simplemente cumplió con la premisa de su hermano y punto. Bueno, eso es lo que me he estado haciendo creer a mí misma durante todo el día. Hasta ahora, que acabo de verlo todo claro.

Que equivocada estaba...

Busco a Sonia con la mirada para decirle que voy a salir un momento fuera, pero está demasiado ocupada recibiendo atenciones del bailarín.

Desisto y me alejo.

De camino a la puerta saco el móvil del bolsillo.

Tengo un mensaje.

Es de Eric. De hace diez minutos.

Siento haberme marchado de esa manera esta mañana

2:50

Mi respuesta no se hace esperar y con un pie ya en la calle escribo lo primero que se me pasa por la cabeza.

Puedo acompañaros mañana a Max y a ti al Teide?

3:01

Me está llamando.

—Hola.

—*Serea*... —suspira aliviado, como si escuchar mi voz le tranquilizara.

—¿Estabas durmiendo?

—¿Va todo bien? —pregunta haciendo caso omiso a mi pregunta.

—Sí, lo estamos pasando bien.

Soy consciente de que no sueño muy convencida.

—¿Ariel, qué sucede? —Realmente suena preocupado. Y yo tardo en encontrar las palabras para darle una respuesta. Lo que para mi sorpresa lleva a Eric a perder su imperturbable paciencia—. ¿Ariel? —Exige con voz grave.

—Lo siento.

Es lo único que se me ocurre y no es que mi disculpa precisamente le tranquilice.

—¿Qué es lo que sientes? —silba entre dientes. Puedo percibir la tensión de su mandíbula desde aquí.

En realidad, no ha pasado nada con el larguirucho, y en el caso contrario... tampoco es que le debiera ninguna explicación ¿no? ¿Acaso estamos saliendo? ¡Pero si apenas acabamos de acostarnos!

Demasiadas preguntas a las que no sé darles una respuesta clara. Lo que es innegable es que sea lo que signifique para él esto que hay entre nosotros a mí me importa; porque hay una conexión especial. Una de la que ambos estamos de acuerdo.

Repentinamente la sensación del mareo a causa del alcohol se evapora silencioso y entonces, lo veo todo con una nitidez arrolladora. No por ello es

fácil traducirlo en palabras; en voz alta quiero decir. Cojo aire y... lo suelto todo del tirón.

—Siento estar tan acostumbrada a esta mierda. Ni siquiera tengo que pensar, y supongo que ese es el problema: mi cuerpo trabaja como por inercia. Beber y beber hasta conseguir ese punto en el que parece que consigue anestesiar todo el dolor, la rabia y la jodida impotencia. Lo suficiente para que me importe una mierda con quien voy a terminar en la cama. —El silencio al otro lado de la línea es aterrador—. No ha pasado nada, Eric.

—Pero ha estado a punto —adivina.

—Sí —le confirmo. Solo tenía que haberme dejado llevar y hubiese ocurrido. Pero después de todo lo que acabo de reconocer por primera vez en mi vida ante alguien, eso casi me parece una nimiedad—. ¿Qué hay entre nosotros, Eric? Quiero decir..., ¿qué esperas de mí?

A pesar del silencio al otro lado de la línea yo solo escucho el frenético latir de mi corazón.

—Que te parece si me llamas cuando hayáis acabado, te traigo a mi casa y mañana hablamos sobre ello con tranquilidad. Me gustaría hacer esto bien, Ariel.

—No sé hasta qué hora estaremos...

—Llámame. —No es una petición—. Da igual la hora.

—De acuerdo.

Presiento que Eric va a añadir algo más.

—¿Ariel?

—Dime.

—Nunca se ha tratado de lo que yo espero, sino de lo que esperas tú de nosotros. —No me da tiempo a decir nada, se despide y cuelga—. Llámame luego.

Me quedo mirando la pantalla del móvil embobada, tratando de asimilar esas palabras.

—¿Qué haces aquí fuera?!

Sonia se me echa encima rodeándome con sus brazos.

—Salí un momento a hablar por teléfono.

—¿Hablabas con el sexi veterinario? —pregunta alzando las cejas con cara de pícara. Ya conoce la respuesta—. Mucho mejor que el señor Lima, ¿dónde va a parar!

—¿En qué momento pensó que ese color era buena idea? —arguyo

contagiándome de su humor.

—Madre mía que horror. Es algo así como... deslumbrante. Pero no en el buen sentido precisamente. Bueno qué, ¿estáis saliendo?

De nuevo volvemos al tema Eric.

—Es complicado.

—¿No podrías decir algo menos trillado que: «Es complicado»? — espeta poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué tal algo como: «Me gusta. Me divierto con él y folla de puta madre»?

—En realidad es una definición muy acertada —reconozco.

—Ya lo sabía yo, es que tengo buen ojo para los tíos. A mí también me gusta, quiero decir, que me gusta para ti; en realidad también para mí. Pero claramente solo tiene ojos para la despistada pelirroja a la que no le gusta ser el centro de atención. Creo que no eres consciente de cómo te mira.

—¿Cómo me mira? —pregunto intrigada.

—Como si le hubieses salvado la vida —responde burlona.

—Ja, ja, qué graciosa.

—No, ahora en serio. Está coladito por tus huesos.

—¡Anda y deja de decir paridas que solo nos has visto una vez juntos! Creo que lees demasiadas novelas de empotradores. —Porque sé a ciencia cierta que le chifla esos libros eróticos.

—Imagínate, que solo me ha bastado una vez para darme cuenta.

—Bueno, ¿y el bailarín?, ¿dónde lo has dejado? —Igual no se nota mi repentino cambio de tema...

—Quería descansar un poco de tanta vuelta, me tenía mareada. Volvamos dentro, que quiero probar uno de esos combinados que prepara Caleb —añade frotándose las manos.

—Yo he terminado hoy con el alcohol.

Puede incluso que para siempre.

«Eso está por ver...»

«Gracias por la confianza, Úrsula.»

Alcanzamos la barra más rápido de lo que hubiese esperado teniendo en cuenta que el Laguna Negra está a tope y tengo que tirar de Sonia como si fuera un trineo de lo pesada que es, porque quiere detenerse a bailar cada canción que suena al grito de: «¡Me encanta este tema!»

—¿Johny? —llamo a uno de los camareros apoyada sobre la barra.

—Dime, preciosa.

—¿Dónde está Caleb?

—Hace rato que se fue al almacén con Mantis, creo que están en la oficina. Me parece que iban a cuadrar fechas para los próximos conciertos.

¿Darío está aquí?

En realidad, no sé por qué me sorprende, podría decirse que vive en este lugar.

—Gracias, Johny.

—Nada. ¿Te pongo algo?

—No, gracias.

—¿Y mi combinado? —pregunta Sonia poniendo morritos.

—Estoy en ello, voy a ver si saco a Caleb de la oficina.

—Pero no tardes —me advierte apuntándome con un dedo.

—No creo siquiera que me echés en falta —arguyo contemplando como el bailarín aparece para reclamarle un nuevo baile. Afortunadamente viene solo, según aprecio desde mi perspectiva, su amigo, el señor Lima, no ha tardado en encontrar una morena con la que entretenerse.

Les dejo moviendo las caderas de manera bastante explícita (al menos para mi gusto) y tras unos cuantos empujes y pisotones alcanzo la puerta del almacén. Entro sin problema como Pedro por su casa ya que este es precisamente un segundo hogar para mí. Me he pasado los últimos tres años metida en este lugar. Atravieso el estrecho pasillo del húmedo almacén esperando encontrarme con Caleb y Darío sentados sobre alguna caja discutiendo fechas mientras se pimplan una botella de algún wiski caro que el doble de la Roca suele esconder entre estos rincones, pero no hay rastro de ellos, y aparte del sordo retumbar de la música parece todo bastante tranquilo, no se oye nada. ¡Espera! Ahora que me fijo... Sí, que se escucha algo.

—¿Caleb?! ¿Darío?!

Los sonidos van en aumento cuanto más cerca estoy de la puerta de la oficina que, por cierto, no está cerrada del todo. Es como un golpe seco que... En cuanto mi mano se posa sobre la madera sé lo que me voy a encontrar, pero ya he empujado la puerta y es demasiado tarde para detenerla. Una escena que ojalá no hubiese tenido el placer de contemplar en mi vida.

—¿Cale...? ¡Joder! ¡Mierda! Lo siento. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! —exclamo saliendo a toda prisa tropezándome en la huida con una caja de botellas que hay en el suelo y que no había visto—. ¡Au, mierda!

Creo que en mi vida había corrido tanto.

—Chica, ¿qué te pasa? ¿Acaso has visto un fantasma?

Sonia me intercepta cuando llego a la barra contemplándome con el

ceño fruncido y... muerta de curiosidad. Ya sabemos que lo mío no es disimular precisamente.

No contesto, y es que... aún estoy en shock.

— ¡¿Ariel?!

¿Caleb y Darío? ¿En serio?

¡¿Pero qué narices le pasa a todo el mundo a mi alrededor?! Primero Mateo y Daura, luego Sebas y Sonia y ahora estos dos. Ya sé que vivimos en una isla y la variedad puede ser algo limitada, pero... ¡qué manía tienen de liarse todos entre ellos leñe! Empiezo a creer que vivo en un capítulo eterno de *Al salir de clase*, donde todos se enrollaban con todos.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —ladra la «dulce» Sonia.

—Nada, en realidad... no es nada —zanjo algo ausente—. Johny, ¿me das una botella de agua, por favor?

—Claro.

Antes siquiera de que llegue a soltarla se la arrebato y me la bebo casi del tirón.

—Si me cuentas lo que pasa; porque obviamente algo pasa, yo, a cambio, te cuento otra cosa bien jugosa —me suelta Sonia muy resuelta mirándome a través de sus pestañas mientras apura su copa con suma paciencia. Lanzando la caña, esperando a que pique.

Cómo le gusta a ella un buen cotilleo y hacerse la interesante. Y a mí, picar en su anzuelo.

—¿De qué estás hablando?

—Cuéntame lo que narices sea que has visto y yo te cuento algo que igual te interesa —me anima ávida de información.

—¿No me digas que todavía hay más cosas que no sé?

—Algo hay...

—Está bien, me rindo —bufo dejándome caer sobre un taburete—. Me he encontrado a Caleb y Darío en la oficina... Ya sabes...

—¡¿Cómo?!

—Digamos que Darío estaba aprendiendo a tocar un nuevo instrumento; pero en esta ocasión de viento.

Sonia ríe con ganas y yo termino uniéndome a ella contagiada.

—¿Y era más tipo flauta, trompeta o estamos hablando de una buena tuba? —La última referencia la acompaña con un nada discreto gesto de sus manos y una descarada sonrisa.

—¡Eres un caso! Estaba yo como para fijarme en eso.

—Osea: flauta. Con lo grande que es Caleb... ¿Tú crees que es cierto eso de que guarda relación el tamaño del pie con el del rabo? —pregunta pensativa apoyando los codos sobre la barra y con la mirada perdida como si acaso estuviera tratando de recordar la raíz cuadrada de Pi—. Voy a tener que fijarme la próxima vez que le vea para sacar una conclusión en claro.

—¡Déjate de pitos y flautas y cuéntame ese gran secreto!

—¡Nunca mejor dicho! Acabas de darle verdadero sentido a esa expresión.

—Suéltalo —le exijo.

Odio que me tengan en ascuas. Y Sonia es una experta.

—Me he vuelto a acostar con Sebas —reconoce escondiendo la cara bajo las palmas de sus manos.

Pues... no sé si era eso lo que esperaba escuchar, sinceramente.

—¿No vas a decir nada? —pregunta mirándome con ojitos de cordero degollado.

Lo primero en qué pienso es en ella y en que lo único que va a lograr es hacerse más daño.

En cuanto a Sebas..., no tengo nada que añadir.

—Eres mayorcita, sabes cómo es él y... tú sabrás lo que haces.

Quizá ha sonado un poco tosco. No obstante, es la realidad. Y Sonia lo sabe.

—Es que le vi tan jodido con lo de la tienda y lo de tener que vender su moto... Que sí, caí de nuevo como una estúpida. Pero esta vez sí que se acabó. Lo prometo —arguye tratando de mostrarse decidida—. Bueno, más que nada porque me mudo de continente y...

¿La tienda ¿Vender la moto?

—¿El qué de la tienda dices? —Creo que he dejado de escucharla cuando ha dicho «moto».

—Con lo del dinero que tiene que pagarle a su padre antes del lunes para que... Vale. No sabes nada, ¿verdad?

Sacudo la cabeza sin decir una palabra. Mi cara de pánfila primero y mis ansias de coger un bate para romper pelotas después le han debido dar una pista.

La sangre me hierva en las venas y es que... Ahora todo cobra sentido.

—¡¡Será gilipollas!! —estallo a voz en grito. Pero gracias a la música no creo que nadie excepto Sonia, y Johnny, que me mira asustado con ojos como platos, se haya enterado.

—Intuyo que acabo de meter la pata...

—¡Tú no, Sonia! Él. Él la ha metido hasta el fondo.

—Mejor no pregunto, ¿verdad?

El rubio vuelve a la carga rodeando a Sonia por la cintura desde atrás hundiéndola además la cabeza en su cuello. Creo que en algún momento estos dos han debido de pasar de los bailes a los besos y yo, que estoy a otras cosas, claramente me lo he perdido.

Miro la hora en el móvil, son casi las cuatro de la mañana. Es tarde, pero me da exactamente igual.

—Me tengo que ir, Sonia —anuncio con urgencia.

—¿Cómo, ya?

Ella parece estar bien entretenida y sé a ciencia cierta que en su mente había urdido un plan para acabar la noche descubriendo si es cierto eso que dicen de que los tíos que bailan bien también follan de lujo. Conque no me siento tan culpable por largarme un poco antes de lo esperado.

—Sí, lo siento —el rubio no lo siente tanto. No lo siente nada en realidad.

Mi amiga se quita a la lapa de encima para acogerme en un estrecho abrazo.

—Gracias por esta noche.

—Lo he pasado muy bien —reconozco.

—Excepto por mi última confesión.

—Lo cierto es que te lo agradezco. Así que... gracias por acostarte de nuevo con Sebas.

—¡Idiota! —exclama fingiendo hacerse la ofendida arreándome con la excusa una buena colleja.

—Quiero noticias tuyas lo antes posible, ¡te doy una semana para que te asientes y me mandes un informe!

—Haré lo que pueda.

—Disfruta a tope y... vive la vida que quieras contar.

Y así, sin darme cuenta, me despido de mi amiga parafraseando a Berto. Quién me lo iba a decir, ¿eh?

El taxi está a punto de llegar a casa de Sebas y yo todavía estoy con el móvil en la mano, paralizada, sacando el valor para hacer la llamada. ¿O mejor le mando un mensaje? No, eso sería demasiado cobarde.

«Eso es lo tuyo.»

«Es cierto, es lo mío. Herencia de mi padre supongo.»

«¡Deja de buscar excusas y haz la llamada de una vez!»

Son casi las cinco de la mañana...

—¿Ariel? —No ha tardado ni medio tono en contestar.

«No voy a ser capaz de hacer esto. No voy a ser capaz de hacer esto. No voy a...»

—¿Ariel?, ¿estás ahí?

—Sí, perdona, Eric.

—¿Ya habéis terminado? Dime en que sitio estáis y en diez minutos estoy ahí.

—En realidad... estoy en un taxi —confieso cerrando los ojos con fuerza.

—Quedamos en que yo iría a buscarte.

—Sí, lo sé. Verás, es que... No voy a tu casa.

—¿Cómo? ¿Ha pasado algo? —inquieta con una mezcla entre preocupación y enfado.

—Me preguntaba si no te importa que lo dejemos para otro día. —Silencio. Mucho silencio. Demasiado silencio—. ¿Eric?

—¿Adónde estás yendo?

Pillada. Esto no va a ser fácil.

—Verás, es que tengo que solucionar algo.

—¿Adónde estás yendo, Ariel? —repite tomándose su tiempo para remarcar cada palabra.

—A casa de Sebas —confieso al fin tensando todos los músculos de mi cuerpo hasta un punto que roza lo doloroso.

—¿Estás de coña, no?

El que no parece estar de broma es él.

—No es nada de lo que estás pensando, en serio.

—¿No? Me dejas tirado para ir a casa de otro tío a las cinco de la mañana. ¿Qué es lo que quieres que piense, Ariel?

—Tengo que solucionar una cosa. Además, no es cualquier tío, es mi mejor amigo. Confía en mí, Eric, por favor.

—No es de ti de quien no me fio, Ariel —sisea.

¿Cómo? ¿A qué viene eso? ¡Pero si ni siquiera conoce a Sebas en persona! Aunque bueno, mejor no voy a entrar ahora en ese tema. No me conviene demasiado.

—No hay nada de lo que tengas que preocuparte.

—Permíteme que discrepe.

—Eric...

—¡Maldita sea, Ariel!

—Eric, de verdad que no es nada de lo que crees. Solo voy a hablar con él.

—Tú y yo también tenemos que hablar, ¿o ya te has olvidado?

—Lo sé. No me he olvidado, pero es que esto es importante.

¡Mierda! ¿por qué he dicho eso?

—Importante —repite en un irónico bufido—. Queda bastante claro cuáles son tus prioridades.

—Esto no puede esperar. No me lo pongas más difícil, en serio que me siento fatal.

—¿Puedo serte franco? —No me da lugar a responder—. Creo que estás buscando cualquier excusa para que no tengamos *esa* conversación, porque claramente estás aterrada. Así que sí, está bien, de acuerdo, haz lo que tengas que hacer, Ariel. Ya eres mayorcita. Yo estaré esperando como un gilipollas a que decidas sacar un momento de tu preciado tiempo para hablar conmigo, que decidas hacerme un hueco en tu vida.

—Eric... no estás siendo justo —murmuro llevándome la mano a la frente.

—¡Eres increíble joder! Mira, llámame cuando tengas las cosas claras.

—¡Eric! ¡Por favor!

Demasiado tarde. Ha colgado.

Acabo de añadir una nueva CONVERSACIÓN que necesita resolverse con urgencia con otro hombre en mi vida. Primero Sebas, ahora Eric. Se me van acumulando. A este paso van a tener que empezar a pedir la vez como en la pescadería. El problema es que conmigo «está todo el pescado vendido».

—¿Señorita? Ya hemos llegado.

El taxista que está parado junto a las Torres de Santa Cruz me mira impaciente golpeteando con la yema de los dedos el centro del volante. Pero no le hago demasiado caso, me siento repentinamente embelesada mirando a través de la ventanilla la imponente altura de los edificios gemelos pensando que, irónicamente, me va a tocar enfrentarme con dos grandes torres: Eric y Sebas. ¿Es esto acaso alguna metáfora de mierda?

Capítulo 41



—¡Me cago en la puta! ¡¡Ya voy!!

Voy a coger al desalmado que está aporreando la preciosa puerta de mi casa y le voy a quitar las ganas de volver a tocarla en su maldita vida. Ya más tarde tendré una charlita con Gabriel, el conserje que, aunque me llevo bastante bien con él, va a tener que explicarme a quién cojones ha dejado entrar en el edificio a estas horas. ¡Qué son las cinco joder!

Ni siquiera echo un vistazo por la mirilla, estoy demasiado furioso como para detenerme a observar por un agujero de mierda. Abro con brusquedad con los ojos llameantes de furia y no porque me hayan despertado, llevo días sin dormir apenas, quizá hasta semanas; pero eso no impide que no me haga ni puñetera gracia que tiren mi puerta abajo a estas horas. Ni a ninguna otra.

Sin embargo, todo lo que estaba preparándome mentalmente para soltar a bramidos por mi boca, se desvanece en cuanto descubro al responsable de semejante escándalo.

—¿Ariel? Pero... ¿qué coño haces aquí? —me siento incapaz de ocultar mi incredulidad ante su presencia.

Está preciosa, como siempre, y... furiosa. Sí, de eso no tengo ninguna clase de duda.

—¿Estás acompañado? —me pregunta con las manos en jarras mientras sus ojos divagan por mi cuerpo tan solo cubierto con unos calzoncillos blancos de Calvin Klein.

—¿Cómo?

Aún estoy tratando de entender qué diablos hace Ariel en mi casa a las cinco de la mañana. No es un buen momento para recibir visitas, en menos de veinticuatro horas se cumple el plazo impuesto por mi padre y no tengo humor para esto (sea lo que sea).

—¡¿Que si estás acompañado?! —exclama mostrando su impaciencia.

Su actitud no ayuda, teniendo en cuenta que yo no soy lo que se dice una persona... serena.

—¿Por qué? ¿Acaso tengo pinta de haber estado follando? —contesto mirándome el pecho desnudo y paseándome una mano por él.

Si por norma general soy algo grosero ahora, que no es mi mejor momento, puedo ser un auténtico capullo arrogante. No obstante, hablamos de Ariel, eso no es algo que vaya a

hacer que se amilane. Lo más probable es que suceda todo lo contrario. Y... efectivamente, mis palabras han logrado que la rabia nuble sus bonitos ojos azules. Entra como una exhalación cerrando la puerta con poca delicadeza sin dejar de fulminarme con la mirada.

—¡Pasa, no te cortes!

Da un paso al frente acortando la distancia y con una fiereza que ni reconozco, ni mucho menos espero, viene a mí y me cruza la cara de un bofetón que retumba en todo el piso. O quizá en todo el edificio.

—¿Acabas... acabas de pegarme? —Estoy tan desconcertado que hasta ha conseguido que tartamudee por primera vez en toda mi vida.

—¡Que no se te ocurra volver a apartarme de tu vida de esa manera! —exclama apretando la mandíbula tras apuntarme con un dedo amenazador.

—¿Qué?

Aún estoy flipando. Trato de pensar con rapidez, pero mis neuronas no parecen tener la agilidad que uno podría esperar de ellas.

—Tenemos que hablar. Te espero en el salón mientras vas a ponerte una camiseta.

Con la misma se da la vuelta y desaparece por el pasillo pisando con fuerza el bonito parqué color wengué de mi piso.

—¿Perdona?

—Que tenemos que hablar y ponte una...

—Ya, ya de eso me he enterado —la interrumpo, a pesar de que ella prosigue su camino si tan siquiera girarse—. Aunque no entiendo a qué viene todo este... numerito.

—¡No me hables de numeritos! —me advierte girándose, esta vez sí—. ¡No soy yo la que se cuele en casa de nadie esperando a escondidas para luego pedir explicaciones!

—No tengo humor para esto, Ariel.

De verdad que no.

—Pues ya somos dos, créeme. Así que coge una jodida camiseta —añade tras una profunda respiración que le ayuda a calmarse—. Te espero en el salón.

Terca como ella sola.

Desisto. A ver si averiguo de qué va la movida.

—Vamos, tengo una allí.

En cuanto llega al salón se detiene en seco y con la nariz arrugada contempla el desastre que tengo montado.

—Tienes la casa hecha un asco —advierte mirando el sofá repleto de ropa, la mesa de centro con envases de comida y cerveza; además de un par de ceniceros hasta arriba de colillas dispuestos en puntos estratégicos de la estancia: uno en el apoyabrazos del sillón esquinero, otro en la librería que hay pegada a la tele y el último, sobre la cabeza de la escultura que hay junto a la pared del fondo que, básicamente, es un enorme ventanal con vistas al mar. Aquí paso mucho tiempo fumando y dándole vueltas a todo. Y me están entrando unas enormes ganas de fumarme el cigarro que queda en la cajetilla que hay en mi habitación. El último que me queda.

—¿Qué has venido? ¿A tocarme las pelotas? —espeto ante su insolencia, pero reculo en cuanto me devuelve una mirada iracunda. Ok, ninguno de los dos estamos para tonterías —. Perdona, Ari —me disculpo—. Y ahora, ¿puedes explicarme de qué va todo esto y qué

haces aquí? Creí que había quedado claro que lo mejor era separarnos una temporada.

Cojo una camiseta azul (no sabría calcular la de días que lleva ahí) y me la pongo.

Ariel continúa de pie de brazos cruzados con esa mirada entre furiosa y reflexiva que me está poniendo de los nervios. Aparto la ropa del sofá, trasladándola a otro nuevo lugar y tras sentarme le pido que haga lo mismo palmeando la piel del asiento.

—¿Por qué no me contaste lo de la tienda?

Mierda.

—No vas a andarte por las ramas por lo que veo.

—¿Acaso creías que no podías contar conmigo?

No suena a reproche, más bien a decepción y eso hace que se amplifique ese sentimiento de odio hacia mí mismo con el que he tenido que lidiar desde que la dejé en su casa hace ya justo una semana. Me inclino hacia delante apoyando los codos sobre las rodillas arrastrando las manos por la cabeza hasta terminar enlazando los dos dedos en la nuca. Estoy buscando la mejor manera de darle esa respuesta con la sinceridad que espera sin parecer un capullo. Aunque claro, puede que sea demasiado tarde para eso.

—No... —Levanto la cabeza hasta dar con el punto en el que nuestras miradas se encuentren y entonces sí, le doy la respuesta que ha venido a buscar—. No puedo contar contigo, Ari. No cuando estás hecha una mierda y encima no eres capaz de reconocerlo.

—Estoy bien, Sebas —susurra y parece que trate de convencerse más a sí misma que a mí.

—¡Una mierda, Ariel! Y no trates de hacerme creer que la afonía no se debía a...

—Estoy perfectamente. Cuántas veces tengo que decírtelo. —Se crea un tenso silencio entre nosotros; ambos estamos tomándonos nuestro tiempo para coger aire y tranquilizarnos un poco—. ¿Has vendido la moto? —pregunta tras elevar la vista de su regazo en donde sus manos no paran de retorcerse con ese tic nervioso que tanto revela de ella. De su estado. De lo que no es capaz de admitir.

—He quedado mañana con el comprador.

—¡Sebas! Tenías que habérmelo dicho. Yo puedo ayudarte.

—No quiero tu dinero —mascullo levantándome de un salto para alejarme de ella. Y de su jodida caridad.

Me acerco al ventanal apoyando las manos sobre el cristal con la mirada perdida en la oscuridad que reina en el océano que tengo frente a mí.

—Me da igual que no lo quieras Sebas, no pienso permitir que vendas la Harley.

Está justo detrás de mí, puedo ver la amargura en su mirada a través del reflejo del cristal; le mata no poder ayudarme. Le sobrepasa ver a alguien pasarlo mal y no poder hacer nada por evitarlo. Y a mí me mata que insista en salvar al resto y no sea capaz de hacer una mierda por sí misma.

—No quiero tu ayuda —mascullo de nuevo arrastrando una mano por la cabeza con exasperación. De verdad que estoy tratando de mantener la calma, pero me está costando un jodido mundo—. No quiero la ayuda de nadie, Ariel. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—¡Deja de ser tan malditamente orgulloso! —exclama plantándose delante de mí para poder mirarme a la cara—. ¿Por qué no puedes entenderlo tú? —Suena casi como un ruego. Lleva su mano hasta mi antebrazo, tirando de él con suavidad para romper la barrera

que he cimentado sobre mi pecho—. Por favor, ¿podrías contarme de qué va todo esto? — me pide más conciliadora—. Apreciaría una respuesta sincera de tu parte. Soy yo, Sebas. Ari. Tu Ari.

Es ella. Lo sé. Y no tengo escapatoria.

Termino cediendo.

Empiezo contándole la verdadera razón por la que mi padre ha decidido que, justo ahora, necesita el dinero que le debo del local al verse visto obligado a vender el yate por unas inversiones que no le salieron como esperaba. Y cómo busca recuperarse a mi costa. A la de su hijo. La impotencia porque crea que puede manejar el mundo a su antojo. Que no le importemos ni Yurena ni yo lo más mínimo. Le confieso también que he hecho todo lo posible para conseguir ese jodido dinero, pero que ni vendiendo la moto mañana conseguiré la pasta que me falta, y que tan solo quedan unas horas para que se cumpla el puñetero plazo impuesto por el tirano de mi padre.

—Pero..., no puede hacer eso. Me refiero, tenéis un contrato y...

—Es mi padre, Ariel. Y es más corrupto que un jodido político. Así que no hay nada que pueda hacer más que saldar la deuda.

—Pero ¿y si lo hablas con un abogado? Al fin y al cabo, está incumpliendo el contrato. ¿Eso no te permitiría ganar algo de tiempo?

—Todo lo que tenga que ver con él, cuanto antes quitárselo de encima mejor. Solo conseguiría que me hiciera la vida imposible durante una buena temporada. No pienso volver a pasar por eso.

—¿Y qué pensabas hacer? Si tal como dices no te iban a pagar por la moto el dinero que necesitas.

—Supongo que llegar a un acuerdo con el comprador de la moto o, en su defecto, intentarlo con mi padre.

—Pero...

—No lo sé ¡joder! ¡No sé cómo voy a solucionarlo! —exclamo abriendo la ventana de golpe.

Siento que me falta el aire.

—Yo sí. Vas a aceptar mi dinero, te vas a quedar con tu moto y con tu tienda. Y no se habla más del tema.

No se puede ser más jodidamente terca que ella.

—No puedo hacer eso, Ariel. Ni siquiera sé cuánto tiempo tardaría en devolvértelo — arguyo pasándome las manos por la cabeza—. Es mucha pasta.

—El dinero es dinero, Sebas. Viene y va. Y yo lo tengo muerto de risa desde hace años en una cuenta corriente.

—Siempre has dicho que es para emergencias —le recuerdo.

—Y esto es una emergencia.

—No sé...

—Es que no te estoy pidiendo permiso —afirma muy seria.

Su obstinación consigue que eleve la comisura de los labios en lo que probablemente sea el primer conato de sonrisa desde hace semanas. Algo que obviamente solo podría conseguir ella.

—Joder, casi olvido lo testadura que eres.
—Pues si has estado a punto de olvidarlo tan rápido es que no lo soy suficiente.
Me acerco y la abrazo. En realidad... es ella la que lo hace estrechándome entre sus brazos.
—Está bien —claudico—. Buscaré la manera de devolvértelo lo antes posible.
—No me importa eso ahora, ni tampoco es que lo necesite.
—Gracias.
—De gracias nada —añade apartándose de su cuerpo para poder mirarme directamente a la cara—. Aún me debes una disculpa.
—Lo siento —me disculpo con una seductora sonrisa.
—Ya sabes que conmigo no funciona esa sonrisa.
—Es una lástima —reconozco chasqueando la lengua contra el paladar.
—Sigo esperando.
—Eres la leche.
—Vamos, quiero oírlo. ¿Qué es lo que sientes?
—Siento no haberte contado nada de esto.
—¿Y?
—Y todo lo que dije en tu casa hace una semana. Estaba cabreado con mi padre y lo pagué contigo.
—Falta algo.
—¿El qué?
—¿No te preguntas cómo me he enterado?
Solo hay una persona que puede habérselo dicho, por lo que intuyo me va a tocar dar aún más explicaciones.
—Sonia —resuelvo.
—Tampoco pensabas contarme eso, ¿verdad?
—Ella me pidió que no lo hiciera.
—Como se entere Rayco de que te has acostado con ella...
—¡Qué se joda Rayco! Si no fuera tan capullo su novia no habría venido a mí buscando echar un buen polvo.
—¡Sebas! —me recrimina poniendo los ojos en blanco.
—¿Qué? Sabes que hablo en serio. Rayco no la trata como se merece.
—¿Y tú sí claro? —ironiza cruzándose de brazos.
—Por supuesto.
—Bueno, yo solo digo que, por tu bien, más vale que no se entere. Y, por cierto, otra cosa.
—¿Qué pasa ahora? —pregunto receloso enarcando una ceja.
—Tenemos que hablar de todo ese rollo machista que te traes haciendo fotos a las tías con las que te acuestas como si acaso fueran trofeos. No me gusta un pelo.
—En reali...
—¡Ah, ah, ah! Déjame acabar. Da igual que las tías estén de acuerdo, es repugnante —afirma con cara de asco—. Te has convertido en alguien a quién no reconozco. Tú no eres así, Sebas.

—¿Puedo hablar?

—Puedes.

—Gracias. Y sí, tienes razón, me he comportado como un cerdo —reconozco haciendo un aspaviento en el aire con los brazos—. La verdad es que no sé en qué he estado pensando estas últimas semanas. ¿Ya estás contenta?

—Ni mucho menos. No soy la única a la que debes una disculpa —arguye muy seria—. Tu actitud en el concierto no fue muy brillante que digamos, y por lo que Darío me contó, el ensayo no es que fuera mucho mejor.

—No volverá a repetirse —aseguro.

—Oh, claro que no. No pienso volver a salvarte el culo delante de todo el grupo de nuevo.

Es mentira. Lo haría, todas las veces que fueran necesarias. Al igual que yo lo haría por ella. Obviamente no es algo que Ari vaya a admitir en este momento.

—Lo sé y lo siento, no he estado muy centrado las últimas semanas. Hablaré con los chicos. Y también con Mantis.

No es muy difícil averiguar a quien de todos es el que le preocupa más mi actitud, y no solo porque es el que se toma más en serio el grupo, sino porque es el único que sabe la verdadera razón de lo que me sucede.

—¿Seguro que no hay nada más?

—¿A qué te refieres?

—El día de la ducha en mi casa... cuando te encontré en el salón estabas diferente, y mirabas el teléfono como preocupado. ¿Era por lo de la tienda o... tenía algo que ver con Alba?

Vaya ironía, claro que tiene que ver con Alba. Todo mi jodido mundo gira entorno a ella.

—Es por ella, ¿verdad? —inquire hastiada.

Nos sostenemos la mirada, mientras yo trato de buscar a través del azul de sus ojos una señal que me diga que es el momento, que debo decírselo, pero... solo encuentro miedo. Un temor atroz a escuchar una verdad para la que sigue sin estar preparada. Cada vez dudo más que llegue el día en el que lo esté.

—De una u otra manera ella siempre está presente en mi vida.

—Tienes que superar eso ya. ¿Cuánto hace?

—Tres años y medio.

—Necesitas pasar página.

—¿Y tú? —La pregunta escapa de mi boca con una rapidez que ya ni me sorprende.

—¿Yo qué?

—Vamos, Ari, que no soy estúpido. ¿Qué hay de ti y el pibe ese al que salvaste la vida? —Ni siquiera me preocupo por ocultar el desdén que ese tío despierta en mí.

—Me gusta —admite encogiendo los hombros.

—Eso ya lo sé.

—Pues no sé qué quieres que más te diga. No hay mucho que contar.

A ella este tema le incomoda. Y bueno, tampoco es que a mí me entusiasme.

—Ariel —le digo en señal de advertencia.

—Sé que suena estúpido, pero... hay una conexión especial entre nosotros. No sé, es difícil de explicar.

—¿Estáis saliendo?

—Eso también es difícil de explicar.

—Pues busca una manera de hacerlo —replico impaciente.

—Ya sabes que lo mío no son las relaciones precisamente. —Asiento animándola a que continúe—. Y él... está separado, se casó muy joven y ella ha sido la única mujer con la que ha estado. Además, hace cuatro años murió su hermano pequeño y... aún no lo ha superado. Así que es complicado.

—No me gusta.

—¿Qué, no te gusta?

—Él. Hay algo en él que no...

—¡Pero si no lo conoces! —exclama con una incrédula sonrisa en la cara.

—De hecho, sí que lo conozco.

—¿De qué estás hablando?

—Me lo encontré por primera vez la noche antes del concierto en el Triplex. Estaba muy interesado en saber cómo te llamabas, por cierto.

—¿Y?

No parece que eso le sorprenda, deduzco que es algo que él ya ha hablado con ella. Pero algo me dice que no le ha contado lo de nuestro segundo encuentro. En ese caso Ariel habría venido a partirme la cara mucho antes.

—Eso fue todo.

—¿Y solo con eso ya puedes dar una opinión sobre él?

—Eso fue todo, esa noche.

—¿Qué quieres decir?

—El lunes siguiente le hice una visita en la clínica.

—Espera, ¿qué? —Sacude la cabeza incrédula—. ¿Que hiciste qué?

—No me fiaba de él —confieso.

—¿Qué narices hiciste, Sebas?

Al fin se abre la maldita puerta. Llevo cerca de veinte minutos en esta sala de espera que apesta a perro muerto y ya estaba empezando a perder los nervios.

Veo salir a un chico con un enorme pastor alemán que no puede evitar echarme una indiscreta mirada repleta de curiosidad antes de desaparecer calle abajo. Tampoco lo culpo. Un tipo vestido de negro sin un animal que lo acompañe, fumando en la sala de espera y con cara de pocos amigos da para replantearse mi presencia en una clínica veterinaria. Y tal como desaparece, la razón de mi presencia en este lugar sale de la consulta.

Su cara de sorpresa inicial se transforma rápidamente en otra de fría desconfianza y hastío.

Me pongo en pie, con calma, dándole una última y larga calada al piti.

—Aquí no se puede fumar —me informa visiblemente irritado.

Tiro el cigarro al niveo suelo de baldosas y lo apago aplastándolo con una de mis botas sin romper en ningún momento el contacto visual mientras observo cómo me estudia con detenimiento; lo estoy provocando, y no puedo fingir que disfruto con ello. Apenas

conozco a este tipo, diría que mi antipatía surgió en el momento exacto que Ari reconoció que había pasado la noche con él como si tal cosa. Y aumentó a límites insospechados cuando descubrí que aún seguía aparcado frente a casa de Ari con la vista clavada en mi dirección cuando salí de ella tras nuestra acalorada discusión; lo menos que me apetecía era encontrarme con ese capullo espiando desde su coche. Tras un intercambio de miradas nada amistoso desapareció despertando en mi un recelo que nunca antes había sentido hacia nadie. Ahora que Ari y yo vamos a tomarnos un tiempo de nuestra relación, no puedo permitir que crea que tiene vía libre para hacer lo que le venga en gana con ella; algo me dice que no es de los de «si te he visto no me acuerdo». Ari no está preparada para eso, solo empeoraría su constante inestabilidad, y es algo que no voy a permitir.

—Espero que tengas intención de recoger eso —dice entornando los ojos en dirección a la maltrecha colilla.

Ignorando sus palabras me acerco despacio echando un rápido vistazo a mi alrededor antes de añadir con un cinismo que ni ensayado me habría salido tan falso:

—Bonita clínica.

—¿Qué quieres? —espeta con una calma admirable, pero con severa inflexibilidad.

—Que dejes a Ariel en paz —le informo a escasos dos metros de él y su impoluta bata blanca.

—¿Perdona?

La sonrisa de incredulidad que se le dibuja en la cara me divierte y cabrea a partes iguales. Y eso es una mala combinación para la irascibilidad con la que estoy tratando de lidiar desde hace unas semanas.

—Ya has oído.

Para mi gusto tarda demasiado en pronunciarse, pero lo hace finalmente con un estoicismo admirable.

—¿Sabe ella que estás aquí? —pregunta con flagrante interés cruzando los brazos sobre el pecho.

Acorto la distancia. Tan solo un paso.

—No sé qué clase de mierda te piensas que estás haciendo con Ariel, pero ya puedes olvidarte.

—Deduzco por tu respuesta que no tiene ni idea. ¿Te dedicas a amenazar a todos los tíos que se acercan a ella o solo a los que tiene un interés real que no consista solo en sexo de una noche?

—Es la primera vez que hago esto —siseo entre dientes.

Tampoco sé por qué le doy ninguna clase de explicación. Pero lo hago.

¡Mierda, claro que lo sé! Es como si repentinamente comprendiera algo de lo que Ari ha visto en este capullo: el temple con el que controla la situación es irritantemente admirable, como si la cosa no fuera con él. Su respiración parece ser profunda y tranquila, mientras que la mía es superficial e inestable. Las manos han comenzado a sudarme desde que ha aparecido, me arde todo el cuerpo debido a la impotencia y me están entrando unas irrefrenables ganas de lanzarme a su yugular. ¿Será eso lo que Ariel encuentra en él?, ¿alguna clase de estabilidad?

—Nadie lo diría, parece que hasta lo hayas ensayado frente al espejo. ¿Lo del cigarro

lo tenías preparado o ha sido algo improvisado?

—La paciencia no es mi fuerte, así que no juegues con fuego.

—Qué irónico, porque yo tengo una pacieeencia infinita.

Yo no. Y lo mejor será que me largue antes de que tenga que arrepentirme de algo.

—Deduzco que te ha quedado claro —zanjo comenzando a darme la vuelta para pirarme, pero escucho que comienza a hablar de nuevo y me detengo.

—No, en realidad no he entendido nada. —Su seguridad me revuelve las tripas, y la calma con la que se toma el tiempo que cree necesario para hablar me pone jodidamente nervioso, más si le añadimos cómo se pasea por el espacio: su espacio, divagando con las manos dentro de los bolsillos de los vaqueros—. Quiero decir, te importa una mierda que se emborrache hasta la inconsciencia y se vaya vete tú a saber con qué desgraciado. Ahora, sacas tu mejor disfraz de mafioso y vienes a amenazar a un tipo que no conoces de nada a su lugar de trabajo, ¿solo porque ha dormido con ella? No cabe duda de que los tienes bien puestos. Eso te lo reconozco.

—Ariel es una de las personas más importantes de mi vida, pero lo que haga con la suya no es asunto mío. Si a ella le funciona actuar de esa manera, a mí también me vale.

—Que te vale —repite irónico antes de dar los pasos suficientes para que entre nuestras caras apenas corra aire fresco—. Eres un amigo de mierda —afirma cada palabra despacio para que, amablemente, asimile su significado.

Ninguno se mueve, permanecemos quietos retándonos con la mirada: él, taimado; yo, respirando como un toro a punto de embestir, apretando los puños hasta que, de la fuerza contenida, comienzan a temblarme los brazos.

—Quedas avisado —le advierto.

Y con el mayor autocontrol que he mostrado en toda mi jodida existencia me doy la vuelta y desaparezco de este pestilente lugar, llevándome un ostensible ataque de ira como única compañía.

—¿Sebas?! ¿Qué hiciste?! —El grito de Ariel me arranca de mis pensamientos y de ese desdeñable recuerdo.

Esto no va a ser fácil, no le va a gustar.

Igual tengo que preparar la otra mejilla.

Capítulo 42



—¿Qué hiciste, Sebas? —repito ya por tercera vez.

—Hay algo en él que no me gusta.

—¿Y eso lo dedujiste cuándo: durante los tres minutos que le viste en el Triplex o en tu *visita*? En serio que estoy alucinando contigo.

—Solo tuve una pequeña charla con él.

—Ya, una charla. ¿Por quién narices me tomas? Es decir, que después de decidir por tu cuenta que lo mejor era mandar *esto* a la mierda — puntualizo señalándonos a ambos y utilizando la misma palabra (despectiva) que usó él mismo para referirse a nuestra relación—, se te ocurrió ir a hacer una visita a Eric. ¿Pero quién coño te crees que eres?

—Tu mejor amigo —afirma petulante.

—Pues permíteme que te diga que a veces confundes tus funciones como mejor amigo.

—Como ya te he dicho, no me gustaba y no me gusta. Así que después de que decidiéramos darnos un tiempo...

—Decidieras —le corrijo.

—*Decidiera* que lo mejor era estar un tiempo separados, no iba a permitir que ese tío entrara en tu vida como si tal cosa. No es trigo limpio, lo sé.

—Ese tío se llama Eric y lo que haga con mi vida y a quien deje entrar tan solo es asunto mío. No sé en qué momento has creído que puedes opinar al respecto.

—En eso tienes toda la razón. Pero desde que te conozco jamás has dormido en casa de un tío al que acabas de conocer y, de repente, aparece Eric y tu...

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo, Sebas —respondo muy chula.

—Sí. Y está más que claro que te gusta y... lo sé, no tengo excusa, pero tengo miedo a verte sufrir Ari. Eres una persona muy pasional, lo das todo y entregas demasiado. Yo no quiero que te hagan daño. No me lo perdonaría.

—No voy a escalar el jodido Everest, Sebas, es un tío al que he conocido y ya está. Y pase lo que pase entre nosotros no es tu responsabilidad y, de hecho, que lo veas de ese modo... no me gusta un pelo.

—Lo intento créeme, pero no puedo evitarlo.

—Pues inténtalo más fuerte, porque esto no me ayuda y lo sabes. No puedes protegerme de todo.

—No quiero que sufras —añade cogiéndome las manos.

—Yo tampoco quiero que sufras tú, pero es que eso es inevitable.

—Y eso es lo que me mata.

—Aún no me has contado qué le dijiste a Eric —le recuerdo apartando mis manos de su contacto.

—Le pedí que te dejara en paz.

—*Le pediste* —repito escéptica—. No sé por qué me da, que no fue precisamente amable esa petición.

—No, no lo fue —reconoce.

Su sinceridad me desarma. Me dejo caer hacia atrás en el sofá cubriéndome la cara con los antebrazos intentando asimilar todo esto.

—¿Qué te dijo él?

No sé hasta qué punto quiero conocer esa respuesta.

—¿Cómo?

—Le pediste que me dejara en paz —asiente—. ¿Qué dijo él?

—Has vuelto a verle, ¿no es así? —Asiento entendiendo a dónde quiere llegar—. Ahí tienes tu respuesta.

La tengo. Y reconozco que, que las «peticiones» de Sebas no le hicieran amilanarse me agrada, sería una estupidez negarlo. Igualmente me cabrea soberanamente lo que ha hecho Sebas, aunque sus intenciones fueran las mejores del mundo. Sus buenas intenciones no le eximen de responsabilidad, y así pienso hacérselo saber.

—Te has pasado.

—Lo sé. Aunque en esta ocasión no pienso disculparme, porque no lo siento lo más mínimo.

—Eres un gilipollas de lo más arrogante. ¿Eso también lo sabes?

Le quiero, pero a veces es un auténtico cretino.

—Eso no cambia lo que pienso de él, ni mucho menos lo importante que

eres en mi vida.

Soy importante para él cuando le viene en gana. En cuanto a la opinión que se ha creado sobre Eric no voy a entrar en eso, es problema suyo. El mío ahora es arreglar la cagada que he cometido yo con él dejándole plantado para venir a casa de mi amigo, el mismo que pasó por su clínica a «pedirle» que me dejara en paz. Y deduzco que debe tener una opinión de nuestra amistad bastante tergiversada, tampoco lo culpo. Si consigo que me vuelva a hablar después de esto será un milagro.

—Tengo claro que mis padres no van a cambiar y lo asumo. Es triste, pero querer que sean de otra manera no va a arreglar nada, tan solo me va a hacer más infeliz. Dentro de lo que cabe yo veo lo afortunado que soy, he tenido una familia, unos padres que, aunque no me han dado el cariño y el apoyo que hubiera deseado me han dado estabilidad, los mejores colegios, comida, una casa y una buena vida. Solemos centrarnos en la parte más negativa, en vez de en todo lo bueno que nos rodea. Esto nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a ti; pero, todos los días por la mañana doy las gracias por todo lo que tengo. —Esa confesión me recuerda cuanto echaba de menos nuestras charlas—. Aunque quizá la parte que peor lleve sea la de gestionar todo el tema sentimental, ya sabes que ese es el mayor reto para mí. Mis padres nunca fueron especialmente afectuosos, y vagamente recuerdo un «te quiero» en boca de mi madre.

—¿Y tu padre?

—He llegado a creer que nunca ha conocido la existencia de esas dos palabras juntas —arguye chasqueando la lengua contra el paladar—. La cuestión es que los sentimientos son algo a lo que no sé cómo enfrentarme, no se lidiar con ellos. Así es como termino cometiendo la clase de estupideces que he hecho estas últimas semanas. Como bien sabes.

—No quiero que vuelvas a aquello —confieso mirándole a través del espejo que hay que sobre la cama.

Los dos estamos tumbados boca arriba, uno en cada extremo, Sebas con las piernas cruzadas por el tobillo y los brazos tras la cabeza. Yo he cogido uno de sus quinientos cojines para dejarlo descansar sobre mi estómago enlazando los dedos sobre este. Por supuesto le he obligado a cambiar las sábanas. Conociendo su vida sexual y viendo el desastre del salón no he querido arriesgarme. Me ha hecho caso, a regañadientes, pero lo ha hecho.

—¿A qué no quieres que vuelva?

Lo sabe, no sé por qué me hace decírselo.

—Al Sebas fuera de control.

—¿Y por qué iba a volver a eso?

—Porque ella ha aparecido de nuevo en tu vida.

Nunca llegué a conocer a Alba en persona, pero la odio. Detesto todo el daño que le ha causado y ese poder que ejerce sobre él.

—No volverá a suceder —asegura.

—¿Cómo lo sabes?

Su teléfono comienza a vibrar sobre la mesilla de noche y no solo me quedo sin conocer la respuesta, sino que contemplo la sonrisa que se le dibuja en la cara al leer el mensaje.

—¿Es Sonia? —Es la primera que me viene a la mente que pueda escribirle a estas horas. Pero teniendo en cuenta lo bien acompañada que estaba..., como que no me cuadra.

Tengo que esperar a que termine para conocer la respuesta ya que realmente parece absorto en la conversación que mantiene.

—Perdón, ¿qué decías? —dice apartando el teléfono a un lado.

—¿Que si era Sonia?

—No.

¿No, y ya está? ¿Eso es todo lo que piensa decir?

—¿Y quién es la que consigue que sonrías de esa forma?

—¿De qué forma? —pregunta girando la cabeza sobre la almohada para mirarme directamente, frunciendo además el ceño en un gesto de completo desconcierto que hasta le hace parecer adorable.

—Con sinceridad —arguyo mirándole a los ojos.

—Una amiga —añade así, sin más, dejando que de nuevo nuestras miradas se reúnan a través del espejo.

—¡Joder, Sebas, eres más cerrado que una tumba! ¡Cuéntame algo más! No sé, ¿cómo se llama?, ¿cuántos años tiene?, ¿y qué ha hecho para que sonrías así?

—Se llama Nayra, tiene veintisiete años, trabaja en una inmobiliaria, hace colección de radios antiguas, le gustan las motos y Linkin Park es su grupo preferido.

También el de Sebas.

—¿Linkin Park, motos y radios antiguas? ¿Seguro que no lo has soñado?

—Espero que no —añade llevándose la mano al pecho con dramatismo.

Igual lo que más me ha sorprendido es que no haya mencionado nada sobre su físico, que hubiese sido lo más normal tratándose de él.

—¿Te has acostado con ella? —Pregunto intrigada. Y su respuesta me llega con una negación silenciosa de cabeza—. ¡¿En serio?! No me lo creo. Estás de broma.

—No, en serio —asegura elevando la comisura de los labios con cierta... ¿timidez?

—¿Y qué le pasa? No te gusta físicamente o...

—En realidad es una preciosidad.

Por como agrava la voz al decirlo sé que es cierto.

—¿Entonces?

Algo no me cuadra.

—Quizá podría intentarlo.

—¿El qué?

—Eso de asentar la cabeza —dice así, resuelto, sin más.

—¡¿Hablas en serio?! —Me siento de golpe con las palmas de las manos abiertas sobre el colchón.

—Sí.

—Me estás vacilando.

Lo siento, pero sigo sin creérmelo.

—No. ¿Tan descabellado suena? —me pregunta entornando los ojos.

—¿A ver cómo te lo explico...?

—¿Acaso te parece mal?

—¿Mal? ¡Me parece un milagro maravilloso! —exclamo poniéndome de rodillas—. Creo que me gusta Nayra.

Detecto una mueca extraña en su rostro que no sé cómo interpretar.

—Pero si no la conoces —me reprocha.

—Tú tampoco conoces a Eric y ya le has sentenciado —le recuerdo—. Y cualquier mujer que consiga que te replantees algo en serio por primera vez en tu vida después de Alba me va a gustar.

—No existe mujer que pueda hacer que la olvide —sentencia con repentina brusquedad.

—Quizá no es cuestión de olvidarla Sebas, sino de encontrar a alguien que supere con creces lo que sientes por ella. Y Nayra parece la candidata perfecta.

—¿Eso es lo que sientes tú por Eric?

—Siento que el primer amor es único, inolvidable, irrepetible; porque es

el primero y las primeras veces nunca se olvidan. No obstante, también creo que es inmaduro, errático e influenciado.

—No estoy de acuerdo —refuta escondiendo las palmas de las manos bajo las axilas con los brazos cruzados.

—Porque aún estás herido, pero estoy segura de que te darás cuenta de ello antes o después. Que te replantees tener algo más serio ya es un gran paso. Y, por cierto, ¿qué narices os ha dado a todos con asentar la cabeza? ¡Parecéis una plaga!

También es cierto que mis amigos están todos ya en «edad casadera». Algunos hasta la han sobrepasado.

—¿A quién te refieres con todos?

—Agárrate que vienen curvas. ¿A que no sabes a quién me he encontrado esta noche en el Laguna Negra...?

—¿Estabas en el Laguna Negra? —me interrumpes.

—Sí, he salido con Sonia. Era algo así como una noche de chicas para despedirnos. Bueno, que me lías. El caso es que Darío y Caleb están liados.

—Tampoco sería la primera vez.

—¿Cómo? ¿Ha habido más veces?

—Llevan años así, Ari —dice tan tranquilo.

—¿Y cómo es que yo no me he enterado hasta ahora? —La respuesta a esa pregunta ya me la dio Úrsula una vez—. Ya, suelo tener la cabeza metida en mi propio culo.

—¿A qué viene ese comentario?

—Nada, cosas mías. ¿Y lo de Mateo y Daura también lo sabías?

—Me lo olía. ¿Te lo han dicho ellos? —se interesa.

—No ha hecho falta, es más que evidente.

—Me alegro por ellos.

—Yo también. Hacen buena pareja —reconozco reteniendo un bostezo a duras penas.

—Te estás cayendo de sueño.

—La verdad es que sí.

—Ven —me pide retirando la sábana metiéndose dentro y animándome a que lo haga junto a él.

Me tumbo de lado de cara a él que, de nuevo, vuelve a colocarse boca arriba con las manos detrás de la nuca. Yo en un extremo de la cama, Sebas en el otro.

—Duérmete, Sebas —susurro pasados varios minutos cediendo al peso

que ejercen mis párpados.

—No podría aunque quisiera.

No le veo, pero juraría que me estaba mirando cuando lo ha dicho.

Capítulo 43



Parece que al fin he conseguido dejar de frotarme las manos, aunque mi pierna izquierda ha decidido tomarle el relevo: se mueve de arriba abajo incesante sobre la punta del pie con demasiada evidencia como para que la exuberante morena que está sentada justo a mi lado, con su diminuta rata peluda sobre su regazo, no deje de lanzarme miradas de desaprobación. Yo la ignoro, a pesar de que soy plenamente consciente de que estoy haciendo temblar como un seísmo toda la fila de asientos.

Por mucho que trate de mostrar calma, mi cuerpo encuentra nuevas formas de dejarme en evidencia.

La rata lanza un ladrido repentino deteniendo por un instante el ritmo de mi pierna al anticipar la salida de un nuevo paciente de la consulta y, cada vez que esa puerta se abre, siento que voy a vomitar de los nervios. Pero no, Eric no hace acto de presencia. Al menos me quedo sola en la sala con mis propios temblores incontrolables. Lo agradezco. Llevo aquí desde la una menos diez, y son más de las dos y cuarto, supuestamente Eric los jueves cierra a la una, pero hoy lleva un infernal retraso. No ha dejado de entrar gente y él, que es de lo más profesional, no piensa dejar a nadie sin atender. A los diez minutos de que llegara y me sentara en una de las incómodas sillas de la sala descubrió mi presencia cuando salía para hacer pasar al siguiente paciente. Y sí, me vio. Me lanzó una rápida mirada impasible que hizo despertar mi tic nervioso en cuanto cerró la puerta. Frío, distante y... poco sorprendido ante mi presencia. Y quién iba a culparle por ello después de que le dejara plantado hace cinco días para irme con Sebas y no haya tenido noticias mías desde... ahora.

Soy una cobarde.

«Eres más que eso.»

«“Gracias”, Úrsula.»

Diría que el karma se está tomando muy en serio su labor y está tratando de equilibrar la balanza haciéndome sufrir todo lo posible con esta espera que se está haciendo infernalmente eterna.

¿Qué por qué no me he puesto en contacto con él en estos días? Es una buena pregunta. Y la respuesta es que he necesitado todo ese tiempo para asimilar... la realidad.

El domingo hubiese sido un buen momento para acercarme hasta aquí y aclarar con Eric... muchas cosas. Pero no lo hice. En cambio, lo pasé con Sebas. Estuvimos poniéndonos al día y haciendo todo aquello de lo que él nos había privado esta última semana. A última hora me llevó a casa tan solo para coger un par de cosas y dar de comer a Flounder. Admito que por un momento temí que Eric pudiera estar allí y al vernos juntos, sacara alguna conclusión sobre algo que no es. Pero no estaba. Y una parte de mí se sintió decepcionada por ello. Finalmente logré apartarle de mi cabeza. Pero por poco tiempo.

De nuevo dormí en casa de Sebas. Y no fue hasta la noche siguiente, cuando me tuve que enfrentar a la soledad de mi propia casa, cuando di con la razón por la que estaba huyendo de ella.

El lunes Sebas y yo fuimos juntos al banco para hacer el movimiento del dinero, pero transferir tal cantidad no es como sacar veinte euros del cajero. Es por ello que más tarde le tocó a mi amigo conciliar con su padre y demostrarle que disponía de la cantidad acordada para saldar la deuda, explicándole que esta tardaría unos días en hacerse efectiva y, por lo tanto, en quedar liquidada. Después de eso decidimos que había que celebrarlo, sin saber muy bien «qué había que celebrar». Con un par de cervezas en una terracita de Santa Cruz aprovechando de este primer y soleado lunes de mayo Sebas concluyó que, a pesar de que el local sería finalmente suyo, era un triunfo con sabor agridulce; una batalla en la que, de nuevo, su padre había logrado su objetivo sin importarle nada más que él mismo y su propio beneficio.

Sebas me dejó en casa a las nueve de la noche.

Fue entonces cuando todo se vino abajo.

La barrera que había levantado para apartar a Eric de mis pensamientos se derritió como si fuera hielo en cuanto puse un pie en el suelo de mi hogar. En ese momento sin nadie que me dispersara de la realidad y sin los problemas de Sebas, me tocaba enfrentarme a los míos propios. Cuando me metí en la cama los recuerdos de la noche con Eric comenzaron a inundarme

y un llanto profundo y doloroso me sobresaltó sin consuelo. Su manera de hablarme con completa sinceridad, de mirarme como fascinado, su insistencia por querer ayudarme a pesar de que no tenga ni idea de a lo que se enfrenta. Todo él: sus ojos mágicos, sus «*miña serea*», su infinita paciencia, la serenidad que me aporta, nuestra extraña conexión sin sentido... No pude detener las lágrimas hasta que me quedé dormida por puro agotamiento. Y es que, era la primera noche que dormía en mi casa después de que Eric pasara la noche en ella.

Lo echaba de menos.

Lo echo en falta demasiado. Y duele.

Entonces, por segunda vez en pocos días lo entendí. La primera vez en que lo hice fue el sábado cuando salí con Sonia y me arrastré a mí misma a ese pozo en el que bebo hasta que nada importa y termino rebajándome acostándome con cualquiera al que yo le importe menos todavía. Pero sí importa. Claro que lo hace. Los actos tienen importancia, porque no solo me hago daño a mí misma, también se lo hago a otros. Como a Eric. O a Sebas. Tanto lo que hago: irme con Sebas dejando a Eric plantado, como lo que dejo de hacer: esa conversación que Sebas y yo aún tenemos pendiente. Ambas cosas importan. Todos nuestros actos tienen cierta relevancia y consecuencias. Cada vez que me encierro en casa para apartar todo aquello que me supera hiriéndome a mí misma, estoy tomando una decisión que no solo me perjudica a mí, aunque así haya creído siempre. Al igual que, el hermano de Sebas que, cada vez que se subía a un puente y saltaba de él, o se lanzaba de un avión, tenía cierta repercusión a su alrededor. A pesar de que ambas cosas solo conciernen a los protagonistas de las mismas, ya que es nuestra vida y nuestra decisión. Pero ahora soy consciente de algo, y es que si somos valientes para llevar a cabo esos actos, lo deberíamos ser también para enfrentarnos a las consecuencias de los mismos.

Pero la realidad de esta conclusión es que es algo que en el fondo de mí ya sabía, pero no quería aceptar. Y es que mis actos hieren a la gente a mi alrededor, es por ello que me escondo y lo oculto, que miento diciendo que estoy bien cuando no se acerca para nada a la realidad. Es por ello que me aterra tener esa conversación con Sebas, porque sé que mis palabras podrían herirle. Es por ello que me he negado a volver a tener una relación. No solo es que me cueste confiar en otra persona, es que especialmente en el caso de Eric que ha sufrido tanto, lo que menos deseo es hacerle más daño, y yo no creo estar aún preparada para asegurarme de que mis actos no vayan a herirle.

Es duro cargar con mi propio dolor, no quiero ni pensar tener que enfrentarme con el que mis acciones pueden provocar al resto. Es el principio del egoísmo. Por eso estoy donde estoy. Evidentemente hasta que no empiece a importarme el daño que me causo a mí misma, no podré dejar de herir a los demás. Ese es el punto más difícil de todos: apreciarme, quererme y aceptarme tal y como soy. Es la primera vez que me replanteo la posibilidad de hacer algo por cambiar las cosas en serio, precisamente porque es la primera vez que me replanteo la posibilidad de intentar algo con alguien después de Hugo. Quiero estar con Eric. Pero al mismo tiempo no puedo cargar con la posibilidad de hacerle algún daño; eso me mataría. Esto supone que tengo que hacer un sobreesfuerzo para el que en realidad no sé si estoy preparada. Y esa es la razón de que haya buscado cualquier excusa para no aceptar esta realidad. Pretextos como que Eric solo se ha acostado conmigo para cumplir las peticiones de su hermano (cuando sé que nada tiene que ver con eso y me lo demuestra en cada beso o en cada mirada) o aplazar esa conversación sobre lo «nuestro» porque me urgía repentinamente hablar con Sebas. Simples y llanas excusas. Y algo me dice que Eric también debe saberlo.

Rota en lágrimas me desperté la mañana siguiente admitiendo que, por vez primera me importa el daño que mis acciones puedan causar en los demás. Hasta ahora mi vida había sido un sinsentido de innumerables actos impulsivos sin fin alguno, más que el de mantenerme a flote lo suficiente para coger el aire justo que me permitiera continuar respirando; aunque a cada brazada terminara tragando grandes cantidades de agua. ¿No es irónico? Una socorrista capaz de salvar a un hombre de morir ahogado, pero incapaz de salvarse a sí misma ni fuera del agua. Esa soy yo.

Estos pensamientos me arrastraron hacia un bucle de autodestrucción durante dos días; tan solo salía para abastecerme. Eso es lo único que importaba. Total, nadie iba a saberlo, así que en esta ocasión no hería a nadie. Sebas estaba ocupado con su futuro proyecto de relación de pareja. Y Eric, deduzco que esperando a que yo tomara la decisión de dar algún paso en su dirección.

Conque aquí estoy, parece que finalmente he sido capaz de tomar una decisión, no por ello va a ser fácil. Nadie dijo que lo fuera. Clara señal es que mis manos han vuelto a las andadas y no parece que tengan intención de apaciguarse esta vez.

La puerta se abre para dejar salir al que espero sea el último de sus

pacientes en el día de hoy.

—¿Entonces todo está bien? —escucho que la morena le pregunta a Eric comiéndoselo con los ojos descaradamente.

—No hay nada de qué preocuparse. Tienes mi número si necesitas cualquier cosa.

—Ahora tú también tienes el mío —añade melosa tendiéndole una tarjeta que él acepta de buen grado, con esa sonrisa de medio lado no apto para cardíacas. No satisfecha con que le haya dedicado la mejor de sus sonrisas, se despide deslizándose sus garras de arpía por el bíceps de Eric sin cortarse un pelo—. Muchas gracias, Eric.

¡Será zorra!

Eric no añade nada más, pero no duda en recrearse en las curvas de la monada cuando esta se da la vuelta para largarse embutida en su vestido negro, demasiado ceñido para mi gusto, claramente no para el de un hombre. Eso y sus piernas infinitas desaparecen taconeando por la puerta; aunque Eric parece que pueda verla todavía a través de las paredes, porque aún continúa con la mirada clavada en el mismo lugar en el que ella ha desaparecido.

No tengo ninguna duda de que esto ha sido otra buena dosis de karma, aunque en esta ocasión ha sido el propio Eric el que ha decidido darme una lección que, aunque no digo que no me la tenga merecida, me ha molestado. Más que eso, me ha dolido.

Y mientras se guarda la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón me doy cuenta (más aún) de lo idiota que he sido. Mi primer instinto después de ser testigo de la dichosa *escenita* es huir de este lugar para después culparle entre las cuatro paredes de mi casa por empujarme a una nueva recaída por hacerme sentir pequeña e insignificante. ¡Pero no! No voy a seguir ese camino. Para variar voy a cambiar la ruta y me voy a enfrentar a esto; a las consecuencias de mis últimas decisiones.

Así que me pongo en pie, estiro la parte delantera de mi vestido blanco ibicenco, me coloco el asa del bolso sobre el hombro y doy un paso: el primero que me llevará a una nueva Ariel. Voy hacia él buscando la decisión que me ha traído hasta aquí al tiempo que procuro omitir los agitados latidos de mi corazón, además de desoír las órdenes de Úrsula que exclama que lo deje estar, que no haga el ridículo después de haber sido testigo de la escena con la preciosa morena.

«*Esa es la clase de mujer que alguien como Eric tendría en su vida.*»

Y por si acaso había olvidado la razón que me ha traído hasta aquí, en

cuanto la magia de sus ojos se posa en mí y leo en ellos la fascinación que siempre muestran cuando me encuentran, sé que no necesito más que eso para estar segura de la decisión que he tomado. Es suficiente para acallar a Úrsula y espero que por mucho tiempo.

Sabía que esto no sería como cerrar los ojos para olvidar el miedo escénico, es por ello que he optado por ponerme el vestido blanco y largo con pequeños botones en el frontal que te permiten jugar tanto con el escote como con la apertura en la pierna y hoy, he optado por ser un poco más atrevida mostrando algo más de lo que es habitual en mí. Sebas siempre dice que estoy preciosa con este vestido, así que, y sin que sirva de precedente, he decidido hacerle caso. También me he maquillado más de lo habitual, además de plancharme el pelo consiguiendo un extra de brillo dejando caer mi melena estratégicamente por la espalda y los hombros. Y ha surtido efecto. O al menos eso diría después de escuchar a Eric carraspear tras haberse ¿atragantado?

—¿Podemos hablar? —pregunto intentando esconder lo satisfecha que me siento de que la primera parte de mi plan haya surtido efecto.

—Pasa —responde ya recompuesto y con palpable sequedad.

Que haya logrado descolocararlo por un segundo no quita que no continúe enfadado conmigo por mi reciente actitud.

Entro escuchando como cierra la puerta tras de mí mientras que con un gesto silencioso me pide que me siente en una de las dos sillas que hay dispuestas junto a la mesa. Lo hago observando como él hace lo propio en la que hay justo en frente retrepándose en la silla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tú dirás.

Nos mantenemos la mirada por varios segundos, diría que cada uno buscando algo en el otro: él, tratando de averiguar qué es lo que voy a decir; y yo, esperando que lo que diga sea suficiente. Así que cojo aire y...

—El día que me dejaste en mi casa después de que durmiera en la tuya, tuve una fuerte discusión con Sebas, y no hemos vuelto a hablar desde entonces.

—Él estaba dentro de tu casa cuando te dejé ese día.

¿Me sorprende que sepa que Sebas estaba allí? Creo que ya nada lo hace a esta altura.

—Sí, lo estaba. Y... sé lo que puede parecer, Eric, pero de verdad que no es nada de lo que estás pensando —le aclaro, aunque sé que no termina de

creerme—. El caso es que no le encontraba ningún sentido a su comportamiento. Pero comenzaba a recordarme a hace años cuando Alba, una camarera de la que se enamoró, le partió el corazón y no supo cómo gestionar todo lo que sentía. Se volvió agresivo, imprudente y... un gilipollas.

—¿Has venido a contarme la vida de Sebas?

—No. He venido a que conozcas la verdad sobre mi relación con él.

—Puede que esa explicación se la estés dando a la persona equivocada.

Ignoro sus palabras y continúo.

—Cuando salí el sábado y después de llamarte y que quedáramos en que vendrías a recogerme, me enteré de que Sebas estaba a punto de perder su tienda de antigüedades que, básicamente es su vida. Entonces lo entendí, esa era la razón por la que me había apartado de su lado. El día que discutimos me acusó de no poder contar conmigo en los malos momentos y es cierto, no sé equivocaba, porque no he sido muy buena amiga que digamos. —Hago una pequeña pausa antes de concluir—. Necesitaba ir a su casa y hablar con él, demostrarle que soy esa amiga que se merece.

—¿Y funcionó?

—Sí.

—Muy bonita tu historia, me alegra que hayáis arreglado vuestra amistad.

—No te pega nada el sarcasmo —le recrimino.

—La verdad, Ariel, sigo sin entender para qué narices has venido.

—Aún no he acabado, Eric. No me has dejado llegar a la parte en la que reconozco que ir a casa de Sebas fue un error. Un terrible desacierto que no puedo deshacer, pero es que creo que necesitaba equivocarme para darme cuenta.

Le sostengo la mirada paciente, dándole por lo tanto más profundidad a mis recientes palabras y, principalmente, esperando a que me haga la pregunta.

—¿Darte cuenta de qué?

—De que quiero estar contigo. De que quiero un nosotros, Eric. —Esta es la verdad que me ha traído hasta aquí, y la respiración profunda que emite Eric mientras deshace el nudo de brazos sobre su pecho me dice que es exactamente lo que él estaba esperando. Bien es cierto que aún hay mucho que necesitamos hablar, quedan cosas por resolver—. Sebas me contó lo de su visita. Lo siento muchísimo, jamás había hecho nada parecido.

—¿Y eso no te dice nada? —pregunta entornando los ojos.

—¿De qué estás hablando?

Puedo ver cómo sopesa si darme o no la respuesta.

—Mira, Ariel, la visita de Sebas la verdad que me importa bien poco. Voy a serte sincero. Me preocupaba lo que podría ocurrir el sábado, no te voy a mentir. Estuve incluso tentado a pasarme por La Laguna a ver...

—A asegurarte de que no hacía alguna tontería —concluyo la frase por él.

—Sí. Todo esto entre nosotros ha sido tan rápido y tan intenso... Se me hace difícil manejarlo. Especialmente porque eres un completo enigma para mí y no sé por dónde vas a salir. Eres como un puñetero ciclón. Y se me pasan mil ideas descabelladas por la cabeza. Cuando me llamaste y me confesaste lo que estuvo a punto de suceder... ¡Dios, Ariel! Quise plantarme allí y matar al desgraciado y luego comerte a besos por no solo haberte rendido a la verdad, sino por haberme llamado para contármelo.

Hay fuego en su mirada. Llamas, y algo más que no sé cómo interpretar.

—Eric...

—No, espera. Déjame terminar, por favor—asiento y me callo. Quiero saber lo que va a decir—. Después me llamaste para decirme repentinamente que anulabas nuestros planes para irte a casa de... tu *amigo*, el mismo que estaba en tu casa el día que te dejé en ella y que pasó poco después por la clínica amenazándome para que te dejara en paz. Perdóname si interpreto lo que según tú no es. No tienes ni idea de cómo me sentí. No podrías siquiera hacerte una ligera idea.

—Te hice daño.

—Más que eso, Ariel. Me sentí decepcionado.

—Y no sabes cuánto lo siento, Eric. Lo último que quiero es hacerte daño. A ti no. Pero... es cierto que ha tenido que suceder todo esto para que me diera cuenta. Es la primera vez después de lo de Hugo que me he replanteado la posibilidad de tener algo con alguien, y es cierto que una parte de mí no quería admitirlo. Desde el principio no he hecho más que poner excusas: como que solo estabas conmigo para cumplir las peticiones de Berto, o que era urgente arreglar las cosas con Sebas; incluso, en algún momento, me he convencido a mí misma de que no soy suficiente para ti.

Se inclina hacia delante con los codos sobre la mesa y los labios apoyados en el puño que forman sus manos. Cerrando los párpados un instante se toma su tiempo antes de pronunciarse de nuevo.

—No recuerdo haberme sentido así por nadie antes, Ariel —confiesa volviendo a centrar toda su atención en mí—. Pero esto no va a funcionar si no aceptas y te abres a mí. Si no permites que suceda.

—Esa es la razón por la que estoy aquí, Eric, quiero que suceda.

Me levanto para rodear la mesa y de pie me detengo a su lado, esperando que aparte los brazos. Lo hace permitiendo que pueda sentarme sobre sus piernas mientras le doy vueltas a lo que voy a decir. No soy consciente de que mis manos han comenzado a revolverse sobre mi regazo hasta que él las detiene arrojándolas con las suyas. Levanto la cabeza y sin apartar la mirada de sus ojos y dejándome guiar por ellos me desnudo, no literalmente, pero sí de la manera más íntima que me haya permitido jamás.

—Cuando era pequeña era el centro de burla y diversión de los demás niños. También tuve una profesora que la tomó conmigo y me hacía la vida imposible con tan solo seis años. Esto me creó una gran inseguridad en mí misma con la que aún estoy luchando hoy en día. Mi padre nunca me reconoció como su hija, y yo me esforzaba por ser como sus hijas legítimas, pero nada de lo que hacía era suficiente para él. Lo que me llevó a creer que nunca sería suficiente ni para él, ni para ningún otro hombre. Hasta que conocí a Hugo, y por primera vez le di una oportunidad al amor. Sin embargo, esa relación no era lo que aparentaba ser, Hugo me mentía constantemente y después de seis años juntos no sabría distinguir lo que era verdad de lo que no. Terminó por eliminar los últimos vestigios de confianza que me vería capaz de depositar en un hombre. Y como colofón tengo una voz dentro que me habla. —Me señalo la sien con un dedo—. Se llama Úrsula, y es una bruja que domina cada uno de mis pensamientos. Es la que se dedica a recordarme todo esto cuando yo trato de olvidarlo con intención de seguir adelante. Estas son verdades que no le he contado a nadie, ni siquiera a Sebas.

Cierro con fuerza los ojos notando como dos tímidas lágrimas recorren mis ardientes mejillas. Eric atrapa una de ellas con su pulgar con una intimidad al hacerlo que me desarma. Más todavía.

—Mírame —me pide invitándome a levantar la cabeza con un dedo bajo mi barbilla. Y es que había dejado de hacerlo, de mirarle, porque admito que me aterra enfrentarme a lo que pudiera ver en sus ojos. —Ariel, mírame. Por favor.

Obedezco mientras sus manos me apartan el pelo de la cara encontrando en sus ojos esa tranquilidad que necesito.

—Gracias —pronuncia dotando esa palabra de algo mucho más profundo: honestidad.

—Lo estoy intentando, Eric.

—Lo sé. Eres muy valiente, ya te lo dije una vez —añade recorriéndome el rostro con la magia de sus ojos verdes hasta detenerse en mis labios haciendo que vibren implorando su contacto.

Con una mano en mi cuello me guía muy despacio hacia su boca, en donde me retiene para sellar este momento con un beso suave, que no solo consigue que el mundo deje de girar por un instante, también despierta de nuevo esa conexión única que existe entre nosotros; y espero que con intención de quedarse por mucho tiempo.

Rompemos el beso para recuperar el aliento, pero no llegamos a separarnos del todo, nuestras frentes se mantienen unidas mientras él no deja de adorarme acariciándome el cuello con las yemas de sus dedos, y yo no paro de agradecerse enredando los míos en su pelo.

—Yo también necesito contarte algo.

Pero no me da tiempo a averiguar qué es lo que necesita decirme, porque su teléfono comienza a vibrar con insistencia sobre la mesa. Y en cuanto estira el brazo tras de mí para alcanzarlo algo cambia en su mirada que se cubre por un velo oscuro, al igual que su rictus que parece tensarse casi de inmediato.

—Tengo que cogerlo —arguye obligándome a levantar de su regazo.

Sale de la consulta cerrando la puerta a su espalda farfullando alguna que otra maldición dejándome con una sensación extraña aquí, de pie, en la soledad de su consulta. Instintivamente me rodeo el cuerpo con los brazos y, antes de que mi cabeza de la orden a mis piernas estoy junto a la puerta agudizando el oído tratando de escuchar algo de esa llamada que le ha apartado de mí de manera tan abrupta.

Pero no entiendo nada de lo que dice, alguna que otra palabra suelta, nada amistosa, por cierto. Pero nada que me ayude a sacar algo en claro, aparte de que no le agrada demasiado la persona con la que mantiene la conversación.

Pasan varios minutos en los que no se oye nada al otro lado, así que decido abrir la puerta. Y lo que me encuentro me desconcierta. En el centro de la sala de espaldas a mí y con las manos en alto sujetándose la cabeza descubro a Eric emanando de su cuerpo una palpable tensión. Lo que rápidamente me pone en alerta.

Me acerco rápida, aunque cautelosa.

—¿Eric? —No se mueve—. ¿Va todo bien?

Baja los brazos y se gira. Pero el miedo que veo en sus ojos cuando se detienen en mí me estremece.

—Lo siento —murmura extrañamente apesadumbrado.

—¿El qué?

Deduzco que se refiere al hecho de haberse marchado de esa manera tan brusca hace un momento para contestar la llamada.

—Pareces un ángel con ese vestido —aprecia repasándome con la mirada en algo parecido a una acaricia—. Estás preciosa.

—Gracias —Esbozo una sonrisa y doy un paso hacia a él—. ¿Qué pasa, Eric? ¿Quién te ha llamado?

Niega con la cabeza. No quiere decírmelo, y yo no voy a insistir. Si quiero que esto funcione tengo que empezar por aprender a confiar. Cuando esté preparado me lo contará, sea lo que sea.

Su mano vuela hasta mi mejilla mientras me contempla con adoración recorriendo mi rostro con sus largos dedos. Como si me estuviera memorizando.

—Mi vida antes de conocerte era insulsa, gris. —Hace una pausa conteniendo un suspiro—. No tenía ninguna razón por la que levantarme cada mañana. Me aferraba a la carta de Berto como única motivación para seguir viviendo. Pero entonces apareciste tú..., y le diste sentido a todo. Me has salvado de tantas maneras... y ni siquiera eres consciente de ello. Has hecho que mi vida brille, como nunca antes lo había hecho.

—Eric...

Esa confesión desata algo dentro de mí completamente desconocido. Algo cálido, agradable. Algo de lo que no quiero deshacerme jamás. Me llevo las manos al estómago, al punto exacto donde noto el efecto de sus palabras con más fuerza. Quiero retenerlo y que no desaparezca nunca.

—Ahora mismo lo único que me gusta de mí eres tú, *serea* —confiesa apartándome un mechón de la cara—. No llores, por favor. No soporto verte llorar.

Ni siquiera era consciente de que lo estaba haciendo.

—Son lágrimas de felicidad. Lo que acabas de decir... —confieso antes de morderme el labio inferior tratando de contener toda la emoción que ha despertado en mí.

—Es la verdad. Así que gracias por concedernos esta oportunidad.

No me da tiempo a añadir nada más, Eric se lanza a besarme con desesperación, perdiendo la calma que normalmente lo acompaña. Y a mí no me importa porque, de hecho, prefiero que nuestros encuentros sean así: intensos, delirantes e impulsivos. De otra manera, estaría completamente perdida.

Camina obligándome a hacerlo a mí de espaldas hasta que siento algo tras mis piernas y descubro, mientras me deshago de su impoluta bata, que me ha arrastrado hasta la mesa de su consulta.

—Me vuelves loco—reconoce besándome el cuello deslizando las mangas del vestido por mis hombros.

—En cambio tú consigues que esté más cuerda que nunca.

Mi confesión le divierte y lo sé porque siento el aliento de su risa en mi clavícula mientras me ayuda a sentarme sobre la mesa.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Lo es.

Me deshago de su camiseta un segundo antes de que descubra que no llevo sujetador y se lance sobre mis pechos con voracidad, no obstante, prestándoles la atención que cada uno de manera independiente se merece. Aprovecho para recostarme ligeramente hacia atrás buscando con mis manos un punto de apoyo para poder arquearme y darle a Eric (mi dios del sexo) todo el acceso que necesite. Se detiene repentinamente separándose un poco para contemplarme.

—No vuelvas a privarme nunca de tu belleza. —Una petición vocalizada con cada parte de su cuerpo.

Con Eric es todo tan natural que ni siquiera recordaba mi regla de mantenernos en la oscuridad.

—Prométemelo —me pide aún en la misma posición contemplativa.

—Solo tú podrías lograr que te prometiera algo como eso. Es como si de algún modo una parte de mí te perteneciera.

Esboza una de sus preciosas sonrisas destinadas solo para mí, y yo me rindo a él.

No tarda en volver a inclinarse sobre mí saboreando el gemido que la calidez de su duro pecho contra el mío me provoca. Tentando con su roce la sensibilidad de mis pezones. Cuando recupero algo de cordura y mientras nuestras lenguas se reconocen y bailan al mismo compás, yo aprovecho para deshacerme de sus pantalones y él, que parece no tener la misma paciencia, opta por romper mi tanga de un tirón.

—¿Acabas de romperme el tanga?

—Daño colateral, lo siento —responde chasqueando la lengua.

Deja de importarme en el mismo instante en que la impaciencia que siento entre los dedos de mi mano se serena al rodear con ellos su erección bajo la suave tela de algodón de su ropa interior. Más aún escuchando el gruñido que mi atrevimiento le provoca. Y solo acabo de empezar. Aprieto ejerciendo cierta presión hasta que adivino por la respuesta de los músculos de su mandíbula cuál es el punto exacto de mayor placer para él. Entonces sí, sabiéndome conocedora de cómo lo desea, deslizo mi mano hasta la base con lentitud para regresar de la misma manera (sé que tortuosa) de nuevo hasta la punta roma. Vuelvo a repetirlo, pero acelerando la velocidad contemplando cada una de sus reacciones: como el suspiro que deja escapar de entre los labios cuando con la otra mano atrapo sus testículos. O lo sensual que me resulta cuando eleva la barbilla y me mira entre sus espesas pestañas con un deseo tan animal que consigue humedecerme casi en el acto.

Abandono ese juego por un momento y es que, ahora que hay luz, yo también quiero disfrutar del esculpido cuerpo de mi príncipe. Le empujo con las palmas de las manos hasta que me ayuda a ponerme de pie.

—Tampoco tú me privaras de todo esto, ¿verdad? —digo recorriendo con las yemas de los dedos sus pectorales, siguiendo el camino de tinta hasta llegar de nuevo a... su varita mágica.

—No hay nada de lo que yo quisiera privarte, *serea*. Créeme.

Una respuesta más que valida que me impele a llevar a cabo algo que tengo en mente desde el día que me hizo un preciado regalo bajo el agua de la ducha de mi casa. El recorrido que hace un instante había hecho con mis manos es sustituido por mis labios y mi lengua, comenzando por su cuello, pasando por los pezones, la piel fina y firme de sus abdominales, hasta alcanzar «el cinturón de Adonis» de mi propio dios del sexo. Me arrodillo frente a él bajando en el proceso sus bonitos calzoncillos negros pudiendo así contemplar, y en primer plano, su potente erección; su más que tentadora varita mágica. Mis manos, que tienen vida propia cuando se trata de Eric, no se demoran y vuelan libres hasta rodear con los dedos de una mano la envergadura desde la base, al tiempo que la otra opta por acariciar sus testículos de nuevo. Eric no ha tardado en comenzar a mascullar palabras sin sentido cuando en realidad aún no ha empezado el verdadero espectáculo. Y en cuanto veo una gota brillando en la punta decido no hacerle sufrir más y darle lo que ambos estamos deseando.

Primero un suave roce con la lengua. No puedo evitar mirar a través de mis pestañas y observar como Eric, que tiene sus ojos clavados en mí, aprieta con fuerza la mandíbula e incluso, parece esbozar alguna clase de pícaro sonrisa que me anima a metérmela de golpe, sorprendiéndole en el acto. El ritmo que establezco es suave pero constante y a Eric parece satisfacerle. No ha tardado en llevar ambas manos a mi cabeza para apartar el pelo de mi cara y con él en un puño, dejarse llevar con confianza. No tardo mucho en notar mayor tensión alrededor de mis labios, levanto la vista y sus abdominales han comenzado a marcarse mucho más. Eric está cerca. Pero no tiene intención de que esto termine de esta manera y así me lo hace saber.

—Para, Ariel —sisea entre dientes.

Me detengo y tira de mí hasta ponerme de pie.

—¿Te ha gustado? —le pregunto con picardía.

—Más que gustar, *serea*. Haces maravillas con esa boca y espero disfrutar muchas otras veces de ella. —No puedo evitar que se me escape una sonrisa—. Pero ahora tengo otros planes.

Antes de que me dé tiempo a reaccionar me ha empotrado contra una pared y una de sus manos se ha colado entre mis muslos, invitándome a separarlos para facilitarle el acceso. Echo la cabeza hacia atrás cuando siento uno de sus dedos deslizarse en mi interior con facilidad mientras que con el pulgar aprovecha para acariciar mi clítoris.

—Eric —gimo percibiendo como despierta en mí un intenso calor que alcanza mis mejillas.

—Dime, *serea* —susurra en mi odio erizándome la piel—. ¿Te gusta?
—pregunta socarrón repitiendo la pregunta que yo mismo le he hecho hace un momento.

—Sabes que sí.

—Lo sé. Pero a mí también me gusta oírlo.

Me aferro a sus hombros cuando siento como añade otro dedo más al tiempo que lame mi cuello. Mis músculos internos también reaccionan a sus movimientos apresándolo con fuerza.

—Estás muy cerca. Lo noto.

Sí, lo estoy. No preguntéis cómo, pero ese es el efecto que este hombre tiene en mí. Es magia, porque si no, no me lo explico.

En un rápido movimiento estoy rodeando su cintura con mis piernas y sus manos ahora sujetan mis muslos con firmeza.

—Desde que entraste por primera vez por esa puerta he fantaseado con

hacértelo aquí —reconoce con voz grave.

—Es usted un perverso, doctor Estrada.

—Aún no sabes cuánto, *serea* —masculla penetrándome de una estocada que consigue dejarnos a ambos sin aliento—. Dios... estás... tan... apretada. ¡Joder!

Se detiene un momento y vuelve a la carga con otra embestida implacable. Y otra. Otra más. Y otra. Tomándose su tiempo entre cada una para besarme con paciencia o deslizar su lengua por mi cuello. Me está torturando.

—Más rápido, Eric... Por favor.

—¿Ya estás suplicando? —inquire con una sonrisa socarrona.

—Eric... —gimoteo con impaciencia tirándole ligeramente del pelo.

—Qué exigente mi chica.

—Más... Más rápido...

No me deja terminar, su boca se estrella contra la mía sin paciencia ni cuidado, se vuelve más salvaje al tiempo que sus envites aumentan en ritmo y en fuerza. Y ahora sí, sin descanso. Solo puedo decir que me encanta este Eric que se deja llevar por su parte más primitiva.

—¿Mejor así? —gruñe deliciosamente.

Mi respuesta le llega envuelta en una larga serie de gemidos que no necesitan traducción. Cierro los ojos dejándome llevar por cada pequeña sensación que el roce de nuestros cuerpos despierta dentro de mí. Perdiéndome en el placer de sus profundas penetraciones, porque Eric alcanza lugares que hasta el momento desconocía que existieran.

—Abre los ojos Ariel,. Mírame.

No necesito que me lo pida dos veces. Ahora que tengo la posibilidad de contemplarlo bajo la luz no voy a perderme semejante espectáculo. Sus ojos que no se apartan de mí están más brillantes, y su color es más cercano al del musgo en este instante; su cuello parece haberse ensanchado, al igual que sus brazos, que sostienen mi peso; y su piel perlada de sudor por el esfuerzo completan una combinación demasiado erótica, exquisita y perfecta como para desperdiciarla cerrando los ojos de nuevo.

—Más fuerte... Eric... —jadeo enterrando las manos en su pelo.

Un intenso calor comienza a recorrer mi cuerpo, empezando por los pies, pasando por la cabeza y centrándose bajo mi vientre. Estoy a punto y Eric lo sabe, es por ello que aumenta el ritmo hasta hacerlo devastador. No quiero perderme la expresión de su rostro y sé que él tampoco la mía, así que

hago un gran esfuerzo por mantener los ojos abiertos y no romper el contacto en el instante en que mis músculos internos se aferran a él mientras comienzo a convulsionar en un orgasmo eterno, hasta segundos después de que Eric se haya corrido con un «*serea*» gruñido sobre mis labios que yo continúo siendo arrasada por mi propio placer. Es probable que le haya dibujado un bonito mapa en su espalda con mis uñas.

Siento que estoy a punto de caerme al suelo, he perdido toda la fuerza y hasta creo que me he mareado. Pero Eric que está en todo, y aunque aún no ha levantado la cabeza que tiene apoyada junto a la mía con la frente sobre la pared, no deja que vaya a ningún lado y me sujeta con más fuerza.

—¿Qué esperas de mí, Ariel? —Su repentina pregunta me pilla algo... desprevenida.

—¿Cómo?

Trato de girar la cabeza para poder mirarle a la cara, pero está complicado en esta posición. Afortunadamente Eric decide moverse para que podamos mirarnos directamente a los ojos.

—¿Quiero saber qué es lo que esperas de mí? —requiere—. La verdad.

—Que no me rompas el corazón.

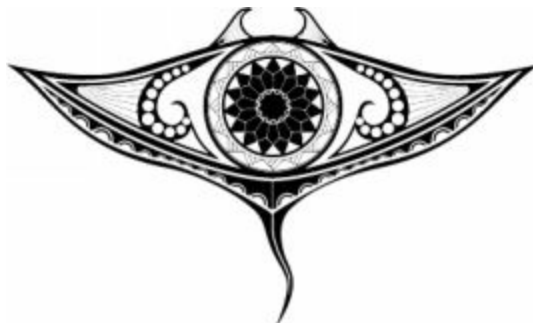
La respuesta me llega sin que apenas necesite pensarla.

—No puedo prometerte eso —arguye con una seguridad aplastante.

—¿Por qué?

—Porque primero tienes que ponerlo en mis manos y, Ariel, aún no estás preparada para hacerlo.

Capítulo 44



—¿Te queda mucho?

—¡Ya casi estoy! —exclama saliendo del baño con la toalla enroscada al cuerpo y el pelo empapado cayéndole por la espalda mientras corre hacia mí para darme un rápido beso en los labios.

—¿Aún estás así? Vamos a llegar tarde, Ariel —le reprendo comprobando la hora en el reloj de muñeca—. Tenemos que salir en diez minutos.

—Tranquilo, estaré lista para entonces. ¿Puedes ponerle comida a Flounder, please ? —me pide desapareciendo por el pasillo.

Han pasado más de dos semanas en las que apenas nos hemos separado y todavía se me para el corazón cada vez que la veo, volviendo a la vida cuando me mira, me sonrío o sencillamente me toca. Un misterio. Mi misterio. Y es que, una vez puestas las cartas sobre la mesa y expuestos nuestros sentimientos las cosas han ido más fluidas. En realidad, han ido a la perfección. Bien es cierto que todavía hay algo que tengo que hablar con ella y hacerlo antes de que me explote en la cara. «Lo voy a hacer, cuando vuelva de viaje y lo haya solucionado se lo contaré todo.» Me repito una y otra vez.

Estos días me han permitido conocer más de Ariel, como algunas de sus manías: esa de poner el volumen siempre en número pares, la de canturrear constantemente canciones en voz baja, la de caminar descalza siempre que está en casa o esa tendencia a morderse la lengua cuando hace algo que requiere concentración como cuando se pone rímel, por ejemplo. De hecho, eso me resulta de lo más sexi. Una de las cosas que más me ha sorprendido es lo extremadamente sensible que es y, como cosas tan nimias en primera instancia, como un anuncio, una canción o incluso una imagen, la emocionan hasta hacerla llorar. En realidad, me encanta eso de ella. También he detectado que a veces, mientras duerme, se agarra una muñeca con repentina urgencia; aún estoy tratando de averiguar si está despierta o no cuando lo hace. Y aunque sé que trata de disimularlo, le sigue costando aceptar un cumplido.

He descubierto en ella una mujer generosa, pasional y algo impulsiva en todos los aspectos de su vida. En cuanto al tema sexual podemos decir que hemos dado un paso.

Bueno, ella lo ha dado. Y aunque sé que hay momentos en los que aún no se siente del todo cómoda, podemos hacerlo sin necesidad de sumirnos en una tétrica oscuridad. Poco a poco ha ido abriéndose a mí y soy consciente del enorme esfuerzo que está haciendo porque esto funcione. Bien es cierto que no me pasa desapercibido su imperiosa necesidad porque cada uno de nuestros encuentros sean lo más cercano al «sexo duro» y menos a «hacer el amor». Claramente no está preparada para que la venere como se merece, yo en cambio, lo estoy desde el minuto uno. Pero la decisión es suya, y su felicidad es mi única prioridad.

Durante estos días hemos creado incluso una rutina con nuestras tardes de surf, sábados de expedición en busca de nuevos restaurantes veganos y domingos en el Teide con Max. Animado por ella he desempolvado la cámara de fotos y ahora es un apéndice más de mi cuerpo. Como ella. Para decidir dónde dormir ha habido más conflicto, porque yo no he querido separarme de ella. Ariel, en cambio, que aunque no me lo ha querido decir directamente (sigue costándole enfrentarse a las cosas) prefería quedarse en su casa. Sola.

Desde el principio me ha resultado muy fácil leerla: es como un libro abierto.

Una de las cosas que podríamos decir ha facilitado que todo fuera sobre ruedas es que Sebas apenas ha estado presente. Según parece está plenamente comprometido en su nuevo «proyecto de relación»; así al menos es como lo llama Ariel. A mí mientras no influya en el bienestar de Ariel puede convertirse en gigoló que, con el dinero que le debe bien podría replanteárselo. Igualmente, eso no es asunto mío, aunque yo sigo manteniendo mi propia teoría al respecto en cuanto a su relación se refiere, y es algo que podré confirmar en cuanto mi pelirroja termine de arreglarse.

Ariel está buscando la manera de acercar posturas entre nosotros, así que se le ha ocurrido preparar una noche de cena y copas en parejas. Entiendo lo que trata de hacer a pesar de que no me haga especial ilusión. No obstante, Sebas es su mejor amigo y ella y yo pues... estamos juntos. Esta es su forma de buscar un acercamiento entre ambos, lo que hace que sea importante para ella y, por lo tanto, que lo sea también para mí.

Para que no fuera tan incómodo, porque lo va a ser y todos lo sabemos, se le ocurrió que podría invitar a Jonay aprovechando que desde que ella ha hecho aparición en mi vida lo tengo algo abandonado. Y como la noche va de parejitas y Jonay no vendría ni muerto a algo como esto, Nayra, «el proyecto de novia» de Sebas va a llevar a una amiga. Miedo me da cómo pueda salir esta noche.

—¡Flounder!

Dejo el comedero sobre la alfombra de colores vivos junto al bebedero que lleva su nombre grabado, pensando en lo raro que es que no esté ya aquí asaltando el paté. Echo un rápido vistazo en la cocina, nada; el salón, desierto y en la terraza, pero no hay señal de vida.

—Psssss... Psssss... Psssss... ¡Flounder...!

En el pasillo me quedo parado frente a la puerta que siempre permanece cerrada, la que queda de frente a la habitación de Ariel. Me dijo una vez que está llena de trastos, cajas y que es imposible moverse ahí dentro. Obviamente Flounder no está dentro, a no ser que haya aprendido a abrir puertas y a cerrarlas. Sin embargo, siento una repentina curiosidad, así que a riesgo de morir aplastado por un sin fin de basura giro el pomo y empujo la

puerta.

¿Pero qué...?

—¿Qué narices haces?! —Ariel aparece bloqueando la entrada con un pánico atroz sujeto a su mirada.

—No entiendo...

—No hay nada que tengas que entender —refuta.

—Pero... ¿por qué me has mentido?

No es que me sienta estafado ni nada por el estilo, es más sorpresa que otra cosa.

—Porque no es asunto tuyo —responde con sequedad.

Y es que esta habitación no es un «trastero» repleto de bártulos y cajas como me quiso hacer creer. Ni mucho menos. Es un dormitorio espacioso, ordenado, limpio, pero sobre todo intacto.

—Era la habitación de mi tía —me aclara tras un largo suspiro.

—¿No la utilizas?

—No hay ninguna necesidad, con el resto de la casa me sobra—responde cerrando la puerta con cuidado a su espalda.

—Podrías hacer algo con ella, es bastante más grande que la tuya.

—Por ahora se queda como está —arguye encaminándose al baño. Esta es su manera de dar el tema por zanjado.

—Solo digo que es una pena que no la aproveches.

Mis palabras logran detenerla en su intento de huida.

—No creo que tú, precisamente, estés en condiciones de darme ningún consejo de ese tipo.

—¿A qué viene eso?

No me gusta nada cómo ha sonado lo que ha dicho.

—A que tienes una pila de cajas de tu hermano cogiendo polvo en tu habitación.

—Eso es diferente. —Una respuesta demasiado impulsiva viniendo de mí.

—Ah sí, ¿por qué si puede saberse? —me reta con las manos en las caderas envalentonada. Nos sostenemos la mirada con poca amabilidad, casi desafiantes, mientras este silencio cada vez más elocuente se densifica a nuestro alrededor. Está esperando una respuesta... que no le voy dar—. Bien, te diré yo entonces cuál es la diferencia. Yo no uso esa habitación porque me entristece, me recuerda mucho a ella y en cierta medida todavía me duele ya que ese era su dormitorio y esta su casa, pero acepto que se ha ido. Al igual que acepté en su momento la muerte de mi padre que, como tú, yo tampoco tuve la oportunidad de despedirme. De ninguno de los dos. En cambio tú, ni siquiera aceptas que tu hermano ya no está. Le mantienes con vida a través de esa carta aferrándote a él. Y... Eric, cuanto antes abras esas cajas, antes empezaras con ese proceso de duelo al que te toca enfrentarte y que has estado evitando desde que se fue.

A pesar de lo que pueda parecer no ha tratado de atacarme con su discurso. En realidad, había cierta dulzura en sus palabras; no por ello ha sido menos doloroso escucharla. Por no hablar de la angustia que ha despertado bajo mi pecho y que no parece dejar de expandirse por dentro.

Opto porirme antes de decir algo de lo que pueda arrepentirme.

—Te espero en el coche —le informo pasando por su lado llevándome la mano a la fuerza que oprime mis costillas con la esperanza de calmarla ejerciendo cierta presión con la palma.

Cuando estoy levantando el otro brazo para abrir la puerta de la calle, Ariel me detiene con sus dedos sobre mi bíceps.

—Eric, espera —me pide. Yo no me muevo, permanezco quieto escuchando lo que tiene que decir de espaldas a ella—. Lo siento. No te vayas así, por favor. Lo que he dicho ha estado fuera de lugar. Perdóname.

El sonido de su voz actúa esta vez como un bálsamo deshaciendo la presión de mi pecho, lo que logra detenerme. Me doy la vuelta obligando a que me suelte del brazo que deja caer a un lado de su cuerpo en un expresivo gesto de arrepentimiento; el mismo que muestran sus ojos mezclados con el de una intensa congoja.

—Ven aquí —le pido con los brazos abiertos. No duda un instante y lo hace de prisa para abrazarme con fuerza. Enmarco su cara con mis manos y la levanto para poder mirarla directamente a los ojos.

Me quedo hipnotizado por sus labios entreabiertos que se ha pintado de un color rojo intenso que hace juego con su pelo. Esa mezcla es suficiente para olvidar sus palabras, las mías y las reacciones de mi cuerpo a toda esta intensidad. Esboza una tímida sonrisa que ya logra desarmarme y mi corazón, que tampoco es inmune a ella, opta por tomar las riendas con un latido duro y exigente. Hundo mi lengua en su boca que me recibe cálida, dispuesta y con un suave y delicioso gemido al que respondo profundizando el beso enredando mis dedos entre los mechones de su larga melena. Ahora es otra parte de mi cuerpo la que se impone entre nosotros dura y exigente.

—Vamos a llegar tarde —le advierto separándola de mí con una fuerza de voluntad que ni sabía que tenía. Sin embargo odio la impuntualidad, no me gusta hacer perder el tiempo a nadie de igual manera que no me gusta que me lo hagan perder a mí. Según mi forma de verlo si no valoras su tiempo, tampoco a esa persona. Aunque tratándose de Sebas...—. En serio, Ariel, nada me gustaría más en este momento que hundirme en ti mientras suplicas que te lo haga más fuerte, pero...

—Sabes que hablando así no lo estás arreglando ¿verdad? —me irrumpe arqueando una ceja.

—Lo sé.

—Eres malvado.

—¡Anda vamos! —La apremio atizándola en el culo.

—Auuuu... —se queja frotándose la zona con la palma de la mano—. ¡Eso ha dolido!

—¿Qué te falta?

—Nada, voy a coger el bolso.

—Espera —digo tirando de ella hasta tenerla pegada contra mi cuerpo.

—¿Qué pasa?

—Que estás preciosa y aún no te lo había dicho.

Lleva un vestido negro con un estampado en colores vivos, el pelo le cae sobre los hombros en elegantes tirabuzones y creo que ya he mencionado el color de sus labios

¿verdad?

—Tú estás para comerte con esta camisa —arguye tirando de las solapas de la misma para poder hundir la nariz en mi cuello—. ¿Y por qué hueles tan bien? Eres una adicción. Yo creo que me has embrujado —me acusa haciendo un delicioso mohín con los labios.

—Puede que lo haya hecho con mi varita mágica —me burlo.

—¡Idiota!

—Eres tú la que lo ha bautizado de esa manera. La verdad que yo preferiría un nombre más... masculino.

—¿Cómo cuál?

—No sé... Terminator, Rocky, la Bestia...

—Y qué más, ¿Jack el Destripador?

—Oye, pues no está mal...

—Me quedo con mi varita mágica, lo siento.

—Y algo como ¿Palo de fuego?

—¿Palo de fuego? Acaso quieres quemarme el ...

—Pues anda que hacer magia con una varita... No es que sea muy varonil que digamos.

—¿Es que dudas de tu masculinidad?

Enarco una ceja mostrando a conjunto una sonrisa malvada. Y como respuesta a su insolente pregunta la cojo de la cintura y me la subo al hombro en dos perfectos movimientos.

—¡Eric! ¡¿Qué haces?! ¡Suéltame burro! —exclama golpeándome en el culo.

—¿Dónde está tu bolso?

—En la entrada.

—Perfecto. —Me acerco hasta allí—. Cógelo. ¿Tienes las llaves?

—Sí. ¿Me puedes soltar, por favor?

Pero no lo hago hasta que en un par de zancadas largas alcanzamos mi coche.

—Eso no es ser masculino, es ser un cromañón —refuta recolocándose el vestido haciéndose la indignada.

—Pero te ha encantado, reconócelo.

Le guiño un ojo. Ella se ríe y me saca la lengua.

—Abre anda —me pide dándome la espalda.

—A sus órdenes.

Pero cuando voy a dar la vuelta al coche para abrirlo su voz me detiene consiguiendo que vuelva junto a ella.

—¿Eric?

—Dime.

—Antes de ir quería decirte una cosa —añade jugando con los botones de mi camisa.

—Cuéntame.

—Sé que no vais a ser los mejores amigos..., aunque bueno, nunca se sabe.

—Yo no sería tan optimista —le advierto ya de antemano.

En respuesta pone sus adorables ojazos en blanco en un gesto de completo agotamiento. Y eso que aún no ha comenzado la cena.

—Lo que quiero decir es que va a ser la primera vez que os veáis desde su visita a la clínica, así que me gustaría que hicieras un esfuerzo por intentar llevaros bien.

—Por mí no tienes de que preocuparte.

Vale esto no es del todo cierto, voy a tener que hacer un esfuerzo titánico, porque Sebas no me gusta un pelo. No me gusta una mierda hablando en plata.

—También he tenido esta conversación con Sebas.

—¿Eso quiere decir que la pistola la va a dejar en casa?

—¡Eric!

Capítulo 45



—Ya tenía ganas de conocer a la mujer que le ha robado el corazón a mi mejor amigo.

—Yo también, ¿quién es la afortunada? —bromeo mirando a Eric interrogativa consiguiendo una carcajada por parte de ambos.

—Me gusta —dice Jonay dirigiéndose a Eric.

—Yo la adoro —asegura dedicándome una de esas sonrisas solo para mí.

—Eric me ha hablado mucho de ti.

—Entonces no te habrá contado nada bueno, eso seguro —arguye dedicándole una sonrisa cómplice a su amigo.

Me gusta Jonay, apenas acabo de conocerle, pero presiento que es alguien con el que podría llevarme muy bien, y eso me tranquiliza en cierta manera. Dicen que puedes saber cómo es alguien por sus amigos y tener a Jonay como referencia es un punto a favor.

—Eric me ha dicho que trabajas en publicidad.

—Sí, en una agencia de comunicación. Ya sabes: prensa, eventos, televisión, radio... Ese tipo de cosas.

—Parece interesante —reconozco.

Aprovechando que Eric interviene en la conversación, yo le hago un exhaustivo repaso a su amigo. Es alto, no tanto como mi chico, pero tiene buena planta. Ojos y pelo castaño, barba espesa y bien cuidada, además de una enorme sonrisa sincera tras la que se esconden unas paletas visiblemente separadas que le aportan un aire más desenfadado y algo añorado. Calculo que debe tener la edad de Eric, es decir, unos treinta y tres. Una de las cosas que más me gustan son sus pendientes, dos pequeñas dilataciones en color negro en cada oreja; le aportan personalidad.

—¿Y qué sabemos sobre Marta? —se interesa Jonay frotándose las

manos. Literalmente.

—Que ya deberían estar aquí —responde Eric comprobando la hora en el teléfono móvil por décima vez.

Aún no sé cómo Eric consiguió que llegáramos puntuales, pero aquí estamos, media hora después esperando a Sebas, Nayra y Marta (la cita de Jonay) que llegan tarde. Y eso que estamos en la Noria, una conocida calle de Santa Cruz famosa por sus terrazas en las que poder comer y tomarse una copa y con una afamada vida nocturna que, por cierto, está a escasos cinco minutos en coche de la casa de Sebas.

—Eres un obsesivo de la puntualidad —le reprocho.

—Lo que tengo es respeto por los demás —espeta esbozando una sonrisa, a pesar de que no haya nada de divertido en ella.

Mal empezamos la noche...

—¡Mira, ahí están! —exclamo viendo a Sebas aparecer muy bien acompañado.

Con su look habitual: vaqueros oscuros, camiseta con cuello de pico negra (parece que mis dos hombres hoy han optado por el mismo color) y botas marrones; no es que salga mucho de los básicos, a decir verdad. A su izquierda le acompaña una morena espectacular que reconozco como Nayra, y es francamente más guapa de lo que esperaba. Y a su derecha, una rubia tatuada que deduzco debe ser Marta.

No soy creyente, pero reconozco que ahora mismo me estoy santiguando mentalmente para que esto salga bien. Sebas es impredecible y Eric está dotado con la paciencia suficiente como para sacar de sus casillas a mi mejor amigo. La perspectiva para esta noche no es muy alentadora y para colmo no atisbo a ver ningún rasgo amistoso en el rostro de ninguno. Y por la manera en que Eric sujeta mi mano puedo asegurar que su estado no es el de alguien relajado precisamente. Va a dejarme la mano en un muñón inservible.

—Por favor, Eric —le ruego con un apretón de mis dedos esperando que recuerde lo que hemos hablado.

A Sebas le hago la misma advertencia, aunque en su caso se trata de una mirada bañada de amenazas silenciosas. Espero no haber pecado de ilusa al creer que podría sacar una relación cordial entre este par. Tampoco es que piense darme por vencida.

—Ariel, ¿qué tal?; soy Nayra.

Estaba tan abstraída imaginando ideas descabelladas (o no) de lo que podría salir mal esta noche, que no había reparado en que la atractiva morena

que acompaña a mi amigo se ha acercado a saludarme con una enorme sonrisa y dos besos.

—Encantada.

Sebas no podría haber elegido mejor, al menos físicamente, tengo que reconocer que es una auténtica preciosidad. Creo que jamás había visto un rostro tan odiosamente perfecto, tan... radiante. La asimetría en sus facciones parece haber sido cincelada, es casi antinatural. Y su larga melena negra y brillante que roza el final de su espalda desprende una sensualidad que debería estar prohibida. No he dicho nada de sus ojos que, obviamente no se quedan atrás: azabaches, grandes y en este instante están estudiándome de la misma minuciosa manera que lo hago yo.

Tras ella se presenta la cita de Jonay con mucha amabilidad.

—La amiga de Sebas, ¿verdad?

—Ariel, sí.

—Y la cantante de Cantos de sirena.

—Esa soy yo —digo con diversión sorprendida por esa inesperada referencia al grupo y a mi papel en él.

—Os sigo desde hace años. ¡Sois la leche! —exclama con franca sinceridad.

—Muchas gracias —respondo agradecida.

—Estás preciosa, Ari. —Sebas me coge repentinamente de la cintura y me acerca a él con firmeza para darme un largo beso en la mejilla—. Siempre me ha gustado como te queda este vestido —añade casi en un susurro, pero lo suficientemente alto como para que mi acompañante lo escuche sin problema.

—Sebas —siseo lanzándole una mirada de advertencia apartándome de él y su insolente provocación.

De reojo observo como Jonay se acerca a Marta con intención de presentarse, y digo de reojo, porque mi atención está plenamente centrada en Sebas y Eric.

—Creo que ya nos conocemos —añade esta vez tendiéndole la mano a Eric, que la acepta con una falsa sonrisa (ambos lo hacen) mientras que con la otra me separa de mi amigo y me aferra de vuelta a su cuerpo.

—Si te refieres a cuando apareciste por la clínica para amenazarme entonces sí, diría que ya nos conocemos.

—¡Eric!

—No te enfades, pelirroja, es la verdad —añade mi amigo guiñándome un ojo. Así, como si tal cosa—. Se ha hecho un poco tarde, ¿no? ¿Entramos

ya? Porque me muero de hambre.

Con la misma, deja caer el brazo sobre los hombros de Nayra, nos dan la espalda y se largan.

—Te dije que haría todo lo posible, pero me lo está poniendo muy difícil, Ariel —masculla Eric mientras contemplamos la chulería con la que aquí mi amigo y su novia desaparecen tras la puerta del restaurante.

—Anda, vamos.

Es lo único que se me ocurre decir. Porque sí, Sebas apenas acaba de llegar y ya se está comportando como un auténtico cretino. Le pedí como un millar de veces que no llegara tarde, porque sé cómo es Eric con todo el tema de la puntualidad y para él esto se traduce en una grave falta de respeto. O lo que es lo mismo: empezar con muy mal pie. También yo parezco estúpida, dile a Sebas que haga algo, y hará todo lo contrario. Obviamente lo ha hecho con toda la intención, no me cabe la menor duda. De hecho, se ha dedicado a provocarle desde que ha llegado con esa apreciación sobre mi vestido, la mirada amenazadora pasando por el comentario sobre lo tarde que es. No le gusta Eric para mí, es lo que más me ha repetido durante estas semanas las veces que hemos hablado por teléfono. Y en realidad no tiene ninguna razón de peso por la que odiarle y, precisamente, eso es lo que más le jode. Está demasiado acostumbrado a cuidar de mí y ahora tan solo se está dejando llevar por su instinto de sobreprotección.

Iba a dejar que presenciárais la cena, pero finalmente he optado por saltarme lo que esperaba que fuera una tranquila comida, pero que se ha convertido en un sangriento campo de batalla en donde Sebas y su seudonovia se han convertido en el enemigo. Voy a hacer un breve resumen, aunque no me apetece explayarme mucho teniendo en cuenta que los cuchillos han pasado rozando como dagas voladoras.

Dicen que dentro de lo malo siempre hay algo bueno y viceversa, ¿no? La filosofía esa del *yin* y el *yan*, vamos. En este caso en concreto Jonay y Marta han sido la parte buena y, por cierto, esta última nada tiene que ver con su amiga (de la cual hablaré un poco más adelante) y es que ella es un encanto y el amigo de Eric parece haberse dado cuenta de ello. Se han sentado juntos en un extremo de la mesa (la mejor decisión que podían haber tomado) y han permanecido sumergidos en su propia conversación, risas y complicidad. Me alegro por ellos, alguien se merecía sacar algo bueno de esta mierda de noche.

¿Queréis que entre en el meollo verdad? Os morís por escuchar la carnaza. Bueno, pues básicamente Sebas se ha pasado toda la cena buscando diferentes maneras de ofender a Eric para provocarle y hacerle perder su infinita paciencia. Y no, no lo ha conseguido, por si os lo estáis preguntando. Yo, en cambio, sí que he estado a punto de mandarle a la mierda en un par de ocasiones, agarrar a Eric y largarme. Pero sorprendentemente ha sido el propio Eric el que, cuando ha detectado mis intenciones, me ha detenido con una mano sobre el muslo y una mirada cómplice que me pedía que confiara en él. Y lo he hecho. Porque confío en él.

Menudo amigo tengo, ¿eh? ¿Todavía me creéis si os digo que no es mala persona?

Lo cierto es que hasta yo estoy empezando a ponerlo en duda.

Por cierto, no he comentado que hemos venido a cenar al Bulan, uno de los dos restaurantes en los que trabaja Noemí, una muy buena amiga de Eric. Ambos restaurantes, tanto el Bulan como el Lagar pertenecen al mismo dueño y están pegados el uno al otro ubicados, además, en dos casas centenarias reformadas. Nos hemos decidido por el primero de ellos porque es el que más nos gusta de los dos. Representado en su fachada por un sol y una luna, en El Bulan se mezcla lo moderno con lo antiguo, de ahí que juegue con esa premisa con una carta repleta de platos típicos españoles, pero con un toque más transgresor. En El Lagar en cambio, la carta está centrada en la comida mediterránea e internacional, aunque con toques orientales. Noemí que también es vegana, como Eric (además de ser un cielo de persona) y sabiendo que veníamos a cenar ha tenido el detalle de prepararnos un menú especial (y vegano) fuera de carta que, dicho sea de paso, estaba francamente delicioso. Todos se han animado a probarlo y han quedado gratamente satisfechos. Hasta Sebas, que ha tenido que reconocerlo, aunque no ha dudado en hacerlo con un comentario de bastante mal gusto.

—Al final parece que la comida esta para cabras no está tan mal.

—Es lo que suele pasar cuando juzgas demasiado rápido: que te equivocas.

No he podido contenerme y ahí que la he lanzado. Ya que iban a volar los cuchillos, que alguno al menos no tuviera que esquivarlo ya que lo había lanzado yo misma.

Los mejores momentos han sido los que he podido compartir con Marta que estaba sentada a mi derecha; a mi izquierda, Eric, presidiendo la mesa; Sebas, frente a mí, y junto a él Nayra. Jonay presidía el otro extremo

disfrutando de la compañía de la rubia tatuada de pelo corto.

Yo apenas he intercambiado un par de palabras con Nayra, entre otras cosas porque me pillaba más bien lejos como para mantener una conversación fluida y... no ha sido lo que me esperaba precisamente. Tengo la sensación de que no le caigo demasiado bien, aunque reconozco que es algo recíproco. Me atrevería a decir que me considera alguna clase de amenaza. Y no sabe lo que equivocada que está. La única amenaza es Sebas y su comportamiento impertinente e infantil.

—Ariel me ha dicho que tienes una Harley.

Eric trató, en más de una ocasión, llevar una conversación normal y con la cordialidad que una esperaría de dos adultos. Bueno, de un adulto y de... Sebas.

—¿Y lo preguntas por...?

—Mi hermano tenía una y...

—Ya, tu hermano —le irrumpió Sebas de malos modos—. Me gusta hablar del tema con gente que sabe lo que significa tener una Harley. Así que ya si eso, el día que me presentes a tu hermano...

—¡Su hermano está muerto! —zanjé (algo exaltada) antes de que siguiera con su estupidez poniéndose en evidencia. Más todavía.

Aunque la realidad pasara por querer estamparle su bonita cara contra la enorme tele de plasma que colgaba de la pared a su derecha. Y es que no estaba cumpliendo su promesa, no estaba haciendo todo lo posible por llevarse bien con Eric, ya no solo porque su conducta dejase mucho que desear, sino porque conocía lo de su hermano: se lo conté el día que me planté en su casa a las cinco de la mañana. Espero por su bien que se le haya olvidado y no haya sido a propósito, porque ahora mismo sería capaz de salir y darle en donde más le duele: patear su jodida Harley y hacerla arder como una hoguera de San Juan, por ejemplo. Eric, en cambio, no iba a rebajarse a su nivel y darle a Sebas lo que está buscando desde que ha llegado; ni de lejos iba a montar un número. Es más inteligente que eso. No por ello estaba cómodo con la situación, dudo mucho que alguien lo estuviera a esa altura. El tenso silencio que se instauró después de mis palabras duró hasta que Sebas se guardó su estúpido orgullo para pedirle disculpas a Eric que este aceptó con un adusto asentimiento. Parece que Sebas puede ser compasivo y todo, hasta hizo el esfuerzo de comportarse con la cordialidad que hubiese esperado de él desde un principio. Aunque algo me dice que no será por mucho tiempo. Y esa es la razón de que en cuanto tenga la oportunidad voy a cogerle

por banda y dejarle un par de cosas bien claritas; eso si la perfecta Nayra deja de acapararlo y relamerse como si fuera una jodida tarta de chocolate.

La tediosa cena ha terminado al fin, y Jonay, en un intento por calmar las aguas (y seguir disfrutando de su cita) ha propuesto subir a la terraza para bailar y tomarnos una copa, que buena falta nos hace a todos. Mi padre siempre decía que «la música amansa a las fieras», no sé si servirá con la fiera de mi amigo, pero no vayamos a perder ahora la esperanza.

Eric acaba de irse al servicio, por un momento se me ha pasado por la mente la posibilidad de que haya decidido huir, y tampoco es que pudiese culparle teniendo en cuenta toda la situación. Pero luego he recordado que su padre los abandonó cuando aún era un niño con una elegante marcha a la francesa y sé que Eric jamás haría nada semejante.

Me quedo embelesada mirando a Marta, casi tanto como lo está Jonay mientras se contonea frente a él con una copa en la mano enfundada en sus pitillos rotos y su *body* oscuro, seduciéndole con una mirada que... Aparto instantáneamente la vista en cuanto percibo que la cosa sube de tono y presiento que necesitan intimidad. Al menos yo no me siento cómoda actuando como una mirona. Opto por cambiar de perspectiva haciendo un barrido al lugar con mi botella de agua en la mano. Sí, agua. Después de mi último descubrimiento sobre mi relación con el alcohol he optado por dejarlo a un lado hasta solucionar el asunto. La terraza ha comenzado a llenarse de gente e intuyo que dentro de poco no cabrá un alfiler. Quizá se deba a eso el esmero de Nayra por no dejar un milímetro de espacio entre su cuerpo y el de Sebas, ¿será un generoso acto altruista para dejar más espacio al resto? Por no hablar de que no es únicamente a mi amigo al que está poniendo cardiaco con su actitud y su medida selección de modelito. Algo me dice que no solo buscaba impresionarle a él, especialmente después de haber intercambiado un par de palabras con ella. *Croptop* de encaje blanco que deja al descubierto su perfecto estómago plano (y poco a la imaginación) vaqueros y sandalias de tacón. No cabe duda de que Sebas ha sabido encontrar a la mejor novia que un recién llegado en esto de las relaciones pudiese desear.

—Hacen buena pareja.

Me giro y me encuentro con un Jonay muy sonriente con la vista puesta en el mismo punto que yo: en la pareja de moda.

—Marta y tú también —le digo con una sonrisa elocuente.

—Si te soy sincero no tenía mucha esperanza en que esta cita a ciegas fuera a salir bien, ya me han preparado alguna en otra ocasión y ha sido un

auténtico desastre. Pero reconozco que es una tía genial.

—No sabes cuánto me alegra saber que algo esta noche ha salido bien —reconozco—. ¿Y dónde está la afortunada, por cierto?

—Saludando a unas amigas —señala con la cabeza a la izquierda en dónde Marta habla animadamente con un grupo de cuatro chicas.

—¿Es tu exnovio?

Me vuelvo descubriendo a Jonay observando de nuevo a Sebas y Nayra.

—¿Quién, Sebas? No, no, que va —arguyo repentinamente incómoda porque crea algo como eso—. Mi mejor amigo. —le aclaro. Jonay asiente en silencio dándole un sorbo a su copa—. ¿Hace mucho que conoces a Eric?

Opto por redirigir la conversación a otro tema más interesante. Al menos para mí.

—Su hermano era uno de mis mejores amigos.

—¿Conocías a Berto?

No sé por qué, pero me sorprende y me intriga al mismo tiempo.

—Estuvo viviendo aquí en Tenerife cerca de dos años, que fue el tiempo que estuvo saliendo con mi hermana.

—¿Tu hermana y él...?

—Mi hermana melliza, sí.

¿Tiene una hermana melliza?

Vaya, cuánta información. Eric no me había contado nada, ni siquiera sabía que Berto había vivido una temporada en la isla. Aunque sí que conozco su «fobia» a establecerse en un lugar concreto por más de un par de meses. Supongo que por eso me llama la atención lo de los dos años.

—¿Y a Eric le conociste en aquella época también?

—Años después, cuando vino con Berto en un viaje exprés.

Asiento, porque sé a qué viaje se refiere.

—Parecía buen tío —concluyo.

—Lo era. Uno de los mejores que yo haya conocido —confiesa esbozando una triste sonrisa. Una de esas que te llevan hasta un bonito recuerdo compartido.

—Lo siento mucho.

—Gracias —responde antes de darle un sorbo a su copa—. Eric ha cambiado mucho, ¿sabes? Aunque es cierto que siempre ha sido bastante reservado, tras la muerte de Berto se volvió taciturno, se encerró más en sí mismo y no parecía que nada le importara lo más mínimo. Hasta que te conoció. Y Ariel, te aseguro que nunca le he visto sonreír tanto, ni mirar a

nadie de la manera que lo hace estando contigo. Eres como magia para él. — Un cosquilleo sacude mi estómago—. Le has ayudado mucho, ha dado un gran cambio.

—Es mutuo, te lo aseguro. Él también me ha ayudado a mí. Hay una conexión especial entre nosotros que al menos yo nunca antes había sentido.

—Él tampoco —afirma—. Eres muy importante para Eric. No lo olvides, Ariel.

¿Y por qué iba a olvidarlo?

—¿Te lo puedo robar?

Marta aparece con su corte de pelo a lo Bob con un mechón deslizándole por su pequeño rostro redondo que se ilumina en cuanto despliega su amable sonrisa.

—Todo tuyo —respondo haciendo un gesto con la mano.

No tardan en desaparecer entre el gentío.

—¿Dónde está tu guardaespaldas?

La voz en mi cuello y la mano en mi cintura elevan mi mal humor de categoría uno a cinco, como la de los huracanes.

—¿De qué vas?! —espeto apartando a la piraña social de Sebas de un empujón.

Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no patearle su culo de motorista engreído.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Y todavía tienes los santos cojones de preguntarme lo que me pasa! A ver por dónde empiezo... ¿Qué tal el hecho de que has llegado tarde o lo borde que has estado durante toda la cena? O mejor, ¿a qué ha venido lo de su hermano?

—Joder, Ariel, ya me he disculpado por eso. No me acordaba, he bebido mucho vino en la cena y se me ha ido la olla.

—A mí también ha estado a punto de irseme la olla y partirme la cara en un par de ocasiones, pero a diferencia de ti he sabido contenerme. Algo que tú, por supuesto, no sabes ni lo que significa. Es que no entiendo qué narices te pasa, no podías hacer un esfuerzo, por mí Sebas.

—Tampoco es que tú estés haciendo mucho por darle una oportunidad a Nayra —me reprocha claramente a la defensiva.

Lo que me faltaba por oír.

—¿Y cuando quieres que lo haga? ¿Mientras tienes la lengua en su boca o la mano en su culo? O no, mejor creo que voy a esperar a hacerlo cuando

deje de mirarme con superioridad y desprecio.

—¿De qué hablas? Estás paranoica.

—¡Claro, como no! —exclamo riéndome con ironía—. Seguro que el problema lo tengo yo, así no perdemos las buenas costumbres ¿verdad, Sebas?

—Siempre me has necesitado, aparece él y ¿ya estás bien?, ¿estás curada? —añade con sarcasmo.

—Yo no he dicho semejante estupidez, pero me ayuda, de alguna manera me hace estar en calma, tranquila. Y supongo que eso es lo que de verdad te molesta: no ser tú la causa de mi felicidad. Eres tan egoísta que no eres capaz ni de alegrarte por mí.

Se mantiene muy callado, permitiendo que su silencio hable por él y diga lo que no es capaz de pronunciar en voz alta. Contemplo incrédula como frunce los labios, conteniéndose, incapaz de encontrar el valor para reproducir todo lo que pasa ahora mismo por su mente.

Dejo la botella de agua en la barra de un golpe seco de tal manera que rebota y termina cayendo al suelo; ni siquiera hago el intento por recogerla, la decepción acaba de clavármese en el pecho como un puñal paralizándome. Tenía que haber previsto que al menos una de esas dagas terminaría por alcanzarme.

—Ariel, espera —me pide agarrándome del brazo.

—¡¿Tanto te cuesta verme feliz?! —exclamo ahogando el nudo que me apresa la garganta. Cierro los ojos y respiro hasta encontrar la entereza que me permita mirarle de nuevo con más calma—. De eso se trata. Si no estoy compadeciéndome de mi misma dejas de tener misión en la vida ¿verdad? A ver cuándo te entra en la cabeza que sé cuidar de mí misma, que no te necesito.

Veo como el dolor y la rabia traspasan el umbral de mi boca para instalarse en el de su mirada. Ahora estamos empatados, ambos nos sentimos igual de decepcionados.

Me alejo de él y de las palabras que no ha tenido el valor de pronunciar, y es que esas, son las que más hieren.

—Ariel, ¿estás bien? —Eric me encuentra entre la multitud que baila y charla animadamente deteniéndome con sus manos sobre mis hombros visiblemente preocupado. Ha debido de ver la desilusión que refleja mi rostro tras la esclarecedora conversación con Sebas—. ¿Qué ha pasado? —pregunta con urgencia. Y yo sigo sin decir nada, estoy tratando de aclarar mis ideas.

Llevo mi mano hasta su pecho buscando la calidez que emana de él y que de una manera casi mágica consigue calmarme. Porque es eso, ¿no? Esto es magia.

—¿Quieres que nos vayamos?

Mi primer impulso es gritar un «SÍ» rotundo, pero pensándolo mejor no pienso darle esa satisfacción a Sebas. Voy a demostrarle con hechos lo que acabo de decirle con palabras: él es el que añade caos a mi vida, mientras que Eric es el que aporta la calma. Pienso quedarme y disfrutar de lo que resta de noche.

—No, vamos a bailar.

—Tus deseos son órdenes para mí —añade haciendo una graciosa reverencia con la palma de la mano hacia arriba esperando que la acepte. Y lo hago.

—Me gusta cómo suena eso.

—A mí me gustas tú. —Su respuesta me llega con un beso para el que necesito recobrar el aliento cuando decide apartarse.

Una parte de mí agradece que no trate de averiguar qué es lo que ha pasado y solo busque hacerme sentir mejor sin hacer preguntas.

Comienza a sonar *Fruta fresca* de Carlos Vives y no solo descubro en Eric a un bailarín bastante desenvuelto; su manera de guiarme con plena confianza es lo que logra que, entre paso atrás, giro, un desliz rápido de su mano por mi espalda, vuelta a la derecha, otra a la izquierda, movimiento de cadera y beso en el cuello, me olvide de todo por un momento.

—¡No sabía que bailaras tan bien! —reconozco gratamente sorprendida.

—He pensado que era un buen momento para demostrarte una de mis habilidades secretas —confiesa orgulloso.

—¿Una? ¿Entonces escondes más?

—Tendrás que quedarte para averiguarlo. ¿No pretenderás que te las desvele todas de una vez? Tengo que guardarme algún as en la manga, *serea* —susurra en mi odio antes de guiñarme un ojo.

—En serio, ¿dónde has aprendido a bailar?

Me puede la curiosidad, uno no obtiene esa seguridad de copas con los amigos.

—Ya te lo contaré algún día... —arguye con una vuelta que me deja de espaldas contra su pecho, obligándome a ladear la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Como te gusta hacerte el misterioso.

Se ríe, pero no dice nada. Ni afirma, ni desmiente.

—Lo siento —le digo en cuanto le tengo de frente de nuevo.

No es necesario que explique a qué me refiero, porque lo único que puedo asegurar es que Eric ha sabido capear el temporal como nadie.

—No hay nada que sentir —opina sujetándome con firmeza entre sus manos.

—De verdad que no lo entiendo...

—Debes ser la única que no lo ve, Ariel.

—¿Ver el qué? ¿De qué estás hablando? —Me detengo repentinamente intrigada.

Pero me temo que me voy a quedar con las ganas de saberlo. Su teléfono le irrumpe antes de que tenga oportunidad de darme la respuesta y de nuevo, ahí está, el cambio en su semblante, la tensión en su rictus y el velo oscuro que cubre su mirada justo antes de deslizar un dedo por la pantalla para guardarse de nuevo el móvil en el bolsillo. Las mismas señales que descubrí por vez primera cuando fui a hablar con él a la clínica, las mismas que se han repetido cada vez que ha recibido *esa* llamada.

Decido obviarlo, ya me lo contará cuando esté preparado. Jonay dice que soy importante para él y que no lo olvide. Pues a eso es a lo que pienso aferrarme.

Aunque..., no siempre es fácil mirar hacia otro lado.

—Voy al baño —anuncio.

Capítulo 46



—Perdona, ¿tienes un cigarro?

Fuerzo mi sonrisa, esa con la que sé puedo conseguir todo lo que me proponga, como ahora, que busco un cigarro de la amable camarera que sé va a hacerme el favor de dármelo.

—Claro —responde sonriente acercándose el paquete para que me sirva junto con el mechero.

—Gracias.

Me llevo uno a los labios y tras una primera y profunda calada se lo devuelvo todo alejándome; no busco conversación. Hoy no es uno de esos días.

He optado por salir a la calle tras la charla con Ari a ver si así conseguía despejar la mente y aclararme un poco que, con todo lo que ha pasado esta noche francamente lo necesito. Y la realidad es que mi comportamiento es tan solo el resultado de muchos años acumulando emociones, forzándolas a permanecer a un lado, porque nunca he sabido cómo gestionarlas, y me temo que he llegado a un punto de no retorno. He alcanzado mi límite. Me siento desatado, todos esos sentimientos que permanecían reprimidos han despertado con afán aniquilador con la aparición de Eric y su perfecta calma. Me cuesta sentirme yo mismo en este momento, ¿o puede que lo sea más que nunca? ¡No lo sé joder! Esta mierda me sobrepasa. Estoy descontrolado como nunca antes. Y probablemente la razón sea porque él es la prueba de todo lo que he hecho mal con Ariel durante demasiado tiempo. Y es que, por no hacerle pasar un mal trago en su debido momento, estoy haciéndonoslo pasar ahora a los dos. A todos, sin importarme lo más mínimo los daños colaterales.

Debería entrar y hablar con ella antes de que pierda por completo la poca razón que me queda. Podría empezar quizá por una disculpa, una sincera y que no suene a mierda barata.

Le doy una última y larga calada al cigarro y vuelvo adentro con la urgente necesidad de encontrar a Ariel. Pero mi propósito se ve momentáneamente pospuesto por una conversación que escucho sin premeditación junto a la barra y sin que ninguno de sus dos protagonistas se percate debido a que están demasiado concentrados en el tema que concierne. Agudizo el oído acercándome lo máximo posible sin ser visto.

—¿Cuándo piensas contárselo, Eric?

—Lo voy a hacer —responde este con cierta hostilidad.

—Tiene derecho a saberlo.

—¡No me agobies, ¿vale?! Ya te he dicho que lo voy a hacer.

—Mira, lo que hagas es cosa tuya, tan solo lo digo porque soy tu amigo y no quiero que luego te arrepientas por que sea demasiado tarde —añade Jonay dándole una palmada de ánimo en la espalda antes de irse.

Y su marcha me descubre ante Eric, y por su cara diría que soy la última persona a la que le apetece ver en este momento. Ya somos dos. Probablemente una de las razones sea porque es consciente de que he escuchado la conversación, al menos parte de ella.

Nos miramos como dos auténticos rivales, dudo que pueda pasar desapercibido la tensión que se respira entre nosotros. Somos dos polos opuestos: yo soy más explosivo; él, en cambio, es pura frialdad.

—No me gustas nada.

Soy el primero en hablar y es que yo no dispongo de su autocontrol. Ni mucho menos de su paciencia.

—El sentimiento es mutuo, aunque diría que eso ya lo sabes. ¿Has venido a disculparte o solo a decirme lo que piensas sobre mí? Porque no te ofendas, pero me importa una soberana mierda.

Trata de fingir que no sabe que le he escuchado, cuando ambos sabemos perfectamente que le he pillado con el carrito de los helados. Por lo visto le está ocultando algo a Ariel. Mal asunto.

—Voy a dejarte una cosa clara —mascullo acortando la poca distancia que ya nos separa—. Cómo le hagas sufrir lo más mínimo, aunque sea un mínimo rasguño, te saco de la isla a hostia limpia. ¿Te queda claro?

Deja escapar una pequeña carcajada, como si acabara de descubrir algo que no tarda en hacerme saber.

—¿Lo sabe Ariel? —inquieta de esa forma suya tan petulante, como si supiera todo lo que pasa en el jodido mundo.

—¿El qué? ¿De qué cojones estás hablando?

—Que si sabe que estás enamorado de ella.

Me sostiene la mirada muy tranquilo dándole un trago a su copa mientras estudia cada uno de mis movimientos obteniendo su propia conclusión sobre la insinuación que acaba de hacer.

—¡Que te jodan! —mascullo con la mandíbula tan apretada que temo me vayan a saltar los dientes dentro de la boca.

Decido largarme antes de que se me vaya la olla y le reviente la cara. Pero no llego muy lejos, Nayra me intercepta al doblar la esquina que da acceso a las escaleras.

—¿Sebas? ¿Adónde vas?

—Fuera, a fumarme un cigarro —espeto con poca amabilidad.

—¿Pero no acabas de volver de allí?

—¿Qué haces con eso? —pregunto fijándome en que lleva el collar de Ariel en la mano.

—Ah, sí. —Lo alza entre sus dedos como si acabara de recordar que lo llevaba—. Es que se lo ha dejado en el baño. Ha salido tan rápido que no me ha dado tiempo a darse...

No dejo que termine la frase, le arrebato el dichoso collar permitiendo que toda la furia que había tratado de mantener a raya se apodere de mí.

—¡Sebas!

La ignoro. El fuerte pitido que ensordece mis oídos es lo único que escucho. Eso, y a Ariel, que la alcanzo antes de que llegue a donde se encuentra el capullo de su novio.

—Con qué todo va bien, ¿eh?

La abordo de manera algo brusca interponiéndome en su camino y sujetándola de la muñeca para que no se me escape. Ella mira primero la mano con la que la retengo con incredulidad, para después ascender hasta mis ojos retándome con furia.

—¿Qué haces? ¡Suéltame!

—Todo perfecto en el paraíso, ¿no? —ironizo.

—No sé qué narices te pasa, pero te estás pasando.

Esta vez baja la voz, no quiere llamar la atención.

—¿Que me estoy pasando...? Has salido tan rápido del baño que no te has dado cuenta de que te has dejado esto —arguyo sujetando el collar con el dedo índice de mi mano frente a ella.

En una milésima de segundo desaparece todo color de su rostro: se ha quedado pálida. Su reacción lo dice todo. Y el terror que muestra su mirada vuela rápido tras de mí, en dirección a Eric, con una respiración agitada y nerviosa revelando lo que ya imaginaba.

—Él no lo sabe, ¿verdad?

—Sebas, por favor —suplica inquieta arrebatóndome el collar de la mano mientras contemplo como se le desfigura la cara.

Pero he entrado en ese estado de no retorno, es como darle al interruptor y cuando eso sucede me resulta imposible detenerme sin haber cumplido antes mi objetivo; aunque este sea el de herir al a...

—Ariel, ¿qué pasa?

La voz grave de Eric entra en acción concentrándose en ella que no aparta la mirada de mí ya que está rogándome en silencio que no lo haga.

«Demasiado tarde, pelirroja.»

—Eso, Ariel, ¿qué pasa? —pregunto con chulería cruzando los brazos sobre el pecho presionándola.

Es mi orgullo el que habla, porque necesito demostrar algo.

—No hagas esto, por favor.

Esta vez su ruego va acompañado de una lágrima que desciende por su mejilla en busca de mi piedad; pero la chispa ya ha prendido la llama y no hay extintor en el mundo que pueda sofocar la rabia que arde mi interior. Solo escucharla admitirlo frente a él hará que me detenga.

Eric cambia la mirada de uno a otro sin decir nada. Está claramente descolocado, lo que alimenta aún más mi ansia por lograr mi objetivo.

—Vamos, Ariel, cuéntaselo —la apremio sin ninguna clase de compasión—. Está bien, viendo que está un poco cohibida mejor voy a hacerlo yo —arguyo dirigiéndome a

Eric esta vez, observando como frunce los labios sosteniéndome la mirada visiblemente tenso—, lo que Ariel quiere decirte es que tiene...

¡Zas!

Debería haberlo visto venir, pero reconozco que la bofetada me ha pillado de improviso, al igual que la fuerza que ha puesto Ariel haciéndome girar la cara debido a la inercia. Aunque reconozco que quizá, lo que más me ha dolido es la tortura a la que la he sometido y que he visto reflejada en sus ojos anegados en lágrimas antes de que saliera corriendo como si el diablo fuera tras ella.

¿Y acaso no es eso mismo lo que ha sucedido? ¿No es cierto que acabo de arrastrarla hacia su propio infierno?

Eric no tarda un segundo en plantarse frente a mí con una mirada dura e intensa y, aunque no me toca un pelo, su postura es intimidatoria y peligrosa: la de alguien al que no te gustaría enfadar. Más aún.

—Qué irónico que me amenaces con romperme la cara si le hago daño a Ariel y no te des cuenta de que el único que la está haciendo sufrir eres tú. Tienes suerte de que la respete demasiado como para partirle la cara a su mejor amigo. A pesar de que me muera por hacerlo.

Me empuja con tanta fuerza que acabo golpeándome contra una pared que no sabía de su existencia hasta que mi cabeza ha rebotado sobre ella. Reponiéndome ligeramente del golpe veo a Eric alejarse siguiendo los pasos de Ariel.

Soy un cretino, y ni siquiera porque Eric tenga toda la maldita razón del universo. Lo soy porque me jode no haber logrado lo que pretendía. Lo soy porque me jode no haberla escuchado reconocer que tiene un problema y que él, no es la persona capaz de ayudarla.

Capítulo 47



Lo único que logra que ahora mismo no me caiga al suelo no son mis piernas, sino la puerta del coche de Eric contra la que tengo apoyada la espalda: ese es mi único sostén.

Me limpio con rabia y de un manotazo las últimas lágrimas que pienso derramar, y es que Sebas no se las merece. Aunque por la manera en la que aún me arden los pulmones quizá no va a resultar tan sencillo. Por más que trato de normalizar la respiración el dolor que se expande por dentro no permite que obtenga oxígeno suficiente. Siento que me voy a desmayar. Y es que aún no soy capaz de asimilar lo que acaba de suceder, de creer que la persona que acaba de tratarme de esa forma, de herirme y ridiculizarme sea mi mejor amigo. No lo entiendo.

«Claro que lo entiendes. Le conoces perfectamente, es una persona impredecible incapaz de gestionar las emociones; esas mismas que lleva conteniendo demasiado tiempo. Está desbordado y sabes la razón. Tenía que estallar por algún lado, y la verdad es que se lo has puesto en bandeja, niña.»

No tengo fuerzas ni para llevarle a Úrsula la contraria. Y diga lo que diga la odiosa bruja no hay excusa para su comportamiento. No conozco a ese Sebas cegado por su orgullo. Alguien irreconocible. Ni tan siquiera quiero hacer el esfuerzo por tratar de entenderlo, especialmente después de contemplar la oscura tenacidad que desprendía su desconocida mirada, tan férrea que no le ha importado lo más mínimo por encima de qué o quién tuviera que pasar para lograr su objetivo.

¿Quién dijo que no podía acabar peor esta noche?

—¿Ariel?

Siento la presencia de Eric mucho antes de escucharle pronunciar mi nombre, mucho antes de que me haya rodeado con sus brazos; mi cuerpo

apenas tarda unos segundos en dejarse absorber por el suyo y por la calma que solo él es capaz de aportarle, esperando encontrar esa conexión que hace de esto que existe entre nosotros algo perfecto, único, casi mágico. Y es que no hay nada como esta cúpula de seguridad.

No quiero separarme de él, y no solo porque al hacerlo descubriré que no ha sido un mal sueño. La realidad es que me aterra enfrentarme a todas esas preguntas que me va a pedir le responda y para las que no me siento preparada para enfrentar en este momento. De hecho, es una cuestión de orgullo, del mío concretamente, porque esto es lo que estaba buscando Sebas, quería empujarme a contarle *todo* a Eric. Ni mucho menos estoy dispuesta a darle esa satisfacción. La decisión de hablar sobre mis demonios, esos que me llevan acompañando demasiados años y que me avergüenzan tanto es solo mía, y no le incumbe a nadie más. Mucho menos a Sebas.

Cuando al fin parece que consigo calmarme gracias a su magia, la de Eric, quiero decir, este decide separarme de su cuerpo y apartarse lo suficiente para que podamos mirarnos a la cara con comodidad. Ya no existe ningún contacto entre nosotros, solo hay frío. Al menos eso es lo único que siento.

Obligándome a hacer lo que más temo, le miro a los ojos y... ahí está, el Eric al que no le gustan las sorpresas, el que necesita tenerlo todo bajo control. Sabía que acabaría apareciendo en algún momento, tenía plena certeza de que no aguantaría mucho sin exigirme una respuesta, aunque reconozco que jamás imaginé que fuera a ser de esta manera.

—¿Puedes explicarme de qué iba eso?

Veo como busca mantenerse tranquilo y sereno; aunque lo hace con cierta dificultad. La rigidez que muestra en su precioso rostro haciéndolo parecer mucho más anguloso le delata sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Sabes que no puedo decírtelo —contesto en un penoso hilo de voz.

—No puedes no, no te da la gana, Ariel —espeta con severidad.

—No estoy preparada.

—¡Joder, Ariel! —exclama dándome la espalda perdiendo parte de esa calma que le hace ser quien es.

Cojo aire preparándome para pronunciar esas palabras que estaba segura que antes o después terminaría dándole.

—Ya sabías lo que hay conmigo Eric, así que si no te gusta...

—¡Deja de echarme de tu lado cada vez que hay un problema! —brama volteándose hacia mí con la mirada encendida—. ¡No me voy a ir a ningún

lado! No soy tu padre, Ariel, tampoco tu exnovio. No extrapoles tu experiencia con un hombre al resto, porque no es justo.

Sus palabras despiertan de nuevo un mar de lágrimas en mí, aunque estas tienen un origen más profundo.

—Mierda, Ariel. Lo siento.

Vuelve a acogerme entre sus brazos, aunque con más fuerza que antes, como si temiera fuera a desvanecerme entre ellos. Un sentimiento que, por cierto, es mutuo. Y es que en esta ocasión la razón de mis lágrimas no es otra que una inesperada felicidad, porque me siento tremendamente afortunada por haber encontrado a alguien como Eric, pero hay cierto recelo en esa dicha, porque ese sentimiento va de la mano de un irracional terror ante la posibilidad de perderle, porque estoy completamente enamorada de él.

—Vámonos a casa —escucho las palabras retumbar bajo su pecho gracias a que tengo el oído pegado en él.

Asiento haciendo un gran esfuerzo por dejar de llorar para separarme mientras me sujeta la puerta manteniéndola abierta esperando a que entre. Él no tarda en sentarse tras el volante en un inquietante silencio y visiblemente pensativo concentrándose en la carretera.

Diez minutos después ninguno de los dos ha dicho una palabra, y a pesar de que a una parte de mí le aterra averiguar qué es lo que le está pasando por la cabeza, otra teme mucho más no conocer qué es lo que le tiene en ese estado tan meditabundo y distante. Han pasado demasiadas cosas esta noche como para sacar una conclusión en claro. Y la verdad, no estoy para teorías.

—¿A qué le estás dando tantas vueltas?

—Hay algo que necesito contarte —arguye sin apartar la mirada de la carretera—. Cuando lleguemos —me informa antes de que pueda preguntar nada.

Vale, eso no me ha dejado más tranquila. Ni mucho menos. ¿Tendrá que ver con Sebas? ¿Con mi secreto? ¿O quizá con las llamadas misteriosas? Espero que sea esto último, porque por mucho que trate de fingir que no me preocupa lo hace; las teorías disparatadas de una sola dan para mucho, imaginad si añadimos a una bruja con tentáculos a la ecuación. A veces ni yo misma logro entender como continúo manteniendo la cordura.

—Siéntate, por favor.

Lo hago sin dejar de observarle con cierta curiosidad, especialmente porque está... nervioso, y eso no es propio en él.

Nos ha traído a su casa, no sé por qué esperaba que me llevara a la mía, no obstante, la suya se encuentra a unos diez minutos de Santa Cruz, lo que quiere decir que el recorrido era mucho más corto que si nos hubiese llevado a la mía. En resumen, necesita soltar lo que sea a lo que ha estado dando vueltas desde que nos subimos al coche.

Así que aquí estamos, en el minúsculo salón de su casa yo, sentada en el sofá tal como me lo ha pedido con Max a mis pies, que no ha tardado ni medio segundo en venir a saludarme en cuanto hemos entrado por la puerta y, Eric, tomando asiento junto a mí, en el otro extremo del sofá después de haber entrado en la cocina y tras ofrecerme un vaso de agua que he rechazado.

—Unas tres semanas antes de que le detectaran a mi hermano la leucemia vino a Tenerife, solía hacerlo a menudo para ver a Yaiza, la hermana...

—Melliza de Jonay —termino por él.

Eric asiente y continúa. Intuyo que su amigo le ha puesto al día sobre las preguntas que he estado haciéndole y lo que con palabras medidas ha decidido contarme.

—Era el amor de su vida —confiesa con cierto pesar y una mueca triste que trata de asemejar a una sonrisa. Eso me cuadra y me ayuda a entender las razones que llevaron a Berto a quedarse más de lo que era habitual en él aquí en la isla—. La cuestión es que en ese último encuentro que tuvieron Yaiza se quedó embarazada, y mi hermano abandonó este mundo sin saber que iba a ser padre. —Instintivamente me llevo la mano a la boca conteniendo una exhalación de asombro y de tristeza al mismo tiempo—. Sé que crees que lo que me trajo a la isla fue la carta de Berto. En realidad...

—Fue por tu sobrino, ¿o sobrina? —le irrumpo de nuevo.

—Por mi sobrino; Berto —me aclara—. No podía permitir que ese niño creciera sin una figura paterna. No después de lo que sufrió mi hermano cuando nuestro padre se marchó.

—¿Eres...? —Las palabras se me atascan porque la idea me turba en cierta medida—. Quiero decir, ¿estás actuado como su padre?

—Berto sabe que soy su tío, el hermano de su padre. Tan solo estoy ayudando a Yaiza en todo lo que necesite.

—Pero hace dos años que te viniste y él nació hace cuatro, ¿no? ¿Qué es lo que te hizo decidirte a venir dos años después?

—El penoso estado de mi matrimonio.

—Así que esa fue la razón que te trajo a la isla —concluyo.

—Y por la que pensaba irme.

—¿Irte?

—Yaiza acaba de mudarse a Madrid. Le ofrecieron una muy buena oportunidad laboral que no podía rechazar.

—Pero... Espera, no lo entiendo. ¿Pensabas dejarlo todo para volver a Madrid solo porque ella se iba?

—Ella y mi sobrino —matiza.

No hace más que cargarse de responsabilidades que realmente no le corresponden. Está demasiado acostumbrado a hacer lo «correcto», a hacer lo que se espera de él. O lo que cree se espera de él.

—Ya, pero... ¿y qué hay de lo que tú quieres? Quiero decir, entiendo tus razones para venirte aquí y estar más cerca de tu sobrino, pero ¿acaso vas a seguirle allá donde vaya?

—Creo que no has escuchado lo que he dicho.

—Sí, te he oído perfectamente. Has dicho que...

—*Iba*, Ariel, en pasado. Ya no me voy.

—Ah.

Vale sí, creo que eso no lo había oído.

—Efectivamente me he dado cuenta de que no puedo perseguirlos allá donde vayan, como bien has dicho tú. Además, Yaiza está saliendo con alguien; digamos que mi compañía está de más. Viajaré cada poco para ir a ver a Berto.

—Y... ¿cuándo decidiste que no te ibas a marchar? —Esta cuestión verdaderamente me intriga.

—El día que me subí a aquella tabla y que prácticamente casi muero si no es porque una sirena me saca del agua —arguye guiñándome un ojo al que rápidamente correspondo con una sonrisa cómplice—, ese fue el día que tomé la decisión de marcharme de la isla. Pero el destino tenía otros planes para mí... Al final, creo que Berto sí me acompañaba en aquella tabla.

—Pretendías cerrar la lista antes de irte.

—Al menos intentarlo.

—Entonces, ¿no te vas por... mí?

—Mi sobrino me dio una razón para seguir viviendo, pero tú me has recordado lo que era sentirse vivo. ¿De qué sirve estar vivo si no lo disfrutas? No me voy porque estoy locamente enamorado de ti, Ariel. Sería impensable marcharme, porque te quiero. Sé que es una completa locura, pero es que eso

hace que te quiera aún más.

—¿Cómo puedes...? Aún no lo sabes todo de mí. —Mis palabras suenan a reproche, porque me parece una locura y porque eso supone... demasiada responsabilidad.

—¿Eres una asesina en serie? —pregunta muy serio.

—No.

—¿No comerás pequeños cachorros de labrador a escondidas?

—¡No! —exclamo entre risas.

—Entonces no hay nada de qué preocuparse.

—Eso no lo sabes —arguyo. Esta vez no estoy de broma.

—¿De verdad crees que dejaría de quererte sea lo que sea eso tan malo que te sucede?

—Supongo que no y eso me aterra más todavía.

—Estoy aquí para lo que necesites. Y Ariel, yo tampoco soy perfecto.

—¿No lo eres? —bromeo chaqueando la lengua—. Vaya, que decepción.

—Aunque tienes que saber que me voy unos días a Madrid, necesito arreglar un par de cosas.

—Está bien. Me alegra saber que no te vas a ir... definitivamente.

—¿Qué sientes por mí? —pregunta sin rodeos.

No me incomoda que lo haga, pero sí que me cuesta dar con la respuesta adecuada; la que se acerque más a la realidad.

—Es difícil describir algo que no he sentido nunca antes.

—¿Qué tal si haces un intento? —me anima cogiendo mis manos entre las suyas anticipándose al tic nervioso que se avecinaba y que tan bien ha sabido predecir.

Tan solo necesito levantar la mirada y dar con sus magníficos ojos verdes para que me alcance la abrumadora realidad.

—Siento que podrías romperme el corazón en mil pedazos —confieso.

—Es bueno saber que sentimos lo mismo.

Y por la manera de completa devoción con la que me mira sé que es completamente cierto. Por si acaso necesitara una prueba tangible sus labios afianzan su mirada con un beso sentido mientras su mano me aparta el pelo de la cara con sumo cuidado. Con una ternura que me desarma.

—Ya estoy preparada, Eric —murmuro sobre su boca.

Él sabe perfectamente a lo que me refiero.

—Dilo en voz alta.

En este momento, es tan real que sería absurdo y sumamente incoherente afirmar lo contrario.

—Estoy preparada para poner mi corazón en tus manos. Pero necesito que me prometas que cuidarás de él.

Sé que lo hará, no obstante, tengo una primitiva necesidad de escuchárselo decir.

—A cambio tú tienes que prometerme algo.

—¿El qué?

—Que vas a estar al cien por cien en esto, que no vas a huir a la primera de cambio. Prométeme que no me vas a apartar de tu lado en cuanto algo no sea como tú esperas.

Me muerdo la mejilla por dentro. Está claro que me conoce demasiado bien.

—De acuerdo.

Me parece completamente justo, y soy consciente de que eso conlleva un gran compromiso por mi parte. Pero, ¿qué es el amor sino un fuerte compromiso entre dos personas por ser la persona que el otro se merece?, ¿por ser la mejor versión de nosotros mismos? Algo que junto a él, ya de por sí, me resulta más sencillo de lo que es habitual en mí.

—¿Confías en mí, Ariel?

—Sabes que sí.

Aunque no entiendo muy bien a qué viene ahora esa pregunta.

—Trata de no olvidarlo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque no puedo controlarlo todo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que no puedo permitirme perderte.

La ambigüedad de sus palabras deposita un resquicio de inquietud en mí. ¿Sabéis cuando te pintas las uñas y crees que te han quedado de lujo, pero repentinamente reparas en que hay una esquinita de una uña a la que le falta color? Pues algo así. No está mal, pero tampoco está perfecto. También digo que una uña en comparación con sus manos sobre mi cuerpo, que es donde están en este momento es una nimiedad teniendo en cuenta que podría conseguir lo que desee. Como tenerme a su merced tan solo con un roce. Así es como logra que en apenas unos segundos estemos completamente desnudos comiéndonos a besos entre las sábanas de su cama. Y que por supuesto, me resulte lo más coherente que haya hecho en toda mi vida. Él es

lo más cuerdo de toda mi existencia: es real, honesto y leal.

—No lo entiendo —confieso con los dedos enterrados en su pelo.

—¿El qué?

—¿Cómo puedes quererme sabiendo que te oculto la peor parte de mí?
Es una locura, Eric.

—Lo sé, pero es que eres la locura más bonita de mi vida.

Mi corazón se ha resistido, incluso después de haberle escuchado decir que me quiere, pero esta confesión ha conseguido que se me salga del pecho abrumada por su franqueza.

—Te quiero, Eric —reconozco al fin.

—Lo sé, *serea*. Jamás lo pondría en duda.

Me dejo llevar y por primera vez permito que me haga el amor, a su manera, lento, mirándonos a los ojos. Permittedo que termine por hacerse real nuestra mágica conexión. No hay gruñidos exigentes, besos insaciables, prisas, ni pulsaciones llevadas al límite. Todo eso es sustituido por penetraciones a las que les preceden exhalaciones profundas para las que Eric se toma su tiempo, atento a cada respuesta que despierta en mí de este íntimo contacto perfectamente controlado. Y yo me dejo hacer, como nunca antes, permitiendo que decida adónde nos lleva, cuándo, cómo y hasta le dejo decidir el porqué. Si eso no es confianza... que se manifieste Úrsula y me arrastre mar adentro.

—Eres todo lo que necesito —susurra Eric hundiéndose en lo más profundo de mi cuerpo. Y no es algo únicamente literal—. Perfecta.

Rodeo su cintura con mis piernas logrando así una penetración más intensa y que el control que habíamos conseguido mantener hasta este momento se precipite por segundos. No obstante, hablamos de Eric, el hombre que sería capaz de mantener la calma en la llegada del fin del mundo.

Ambos estamos al límite, siento el abismo porque estoy a punto de precipitarme de él, pero Eric disfruta manteniéndome en ese estado lo máximo que su aguante le permita. No puedo negar que hay algo sumamente erótico en ello.

—Eric... por favor —le ruego jadeante.

—Dilo... —me susurra al oído.

Apenas acabo de decírselo, pero sé perfectamente qué es lo que quiere escuchar.

—Te quiero —jadeo dejándome arrasar deliciosamente por un orgasmo demoledor que Eric trae con sus últimas embestidas, justo antes de sentir

como se derrama en mi interior con un «*miña serea*» que absorbo de su boca presa de su cuerpo. También de su corazón.

Capítulo 48



Si alguien me dice hace un par de meses que iba a tener dentro de mi cama a esta preciosa pelirroja lo hubiese tomado por loco.

Pensé que no volvería a sonreír, ni a sentir el corazón latir bajo el pecho, que subirme de nuevo a una tabla no tendría sentido, que no existiría nada que quisiera capturar en una foto, ni tampoco que las clases de baile que Nadia me obligó a tomar durante meses antes de la boda fueran a servir de algo. Obviamente aún no había conocido a Ariel, la mujer menos accesible en cuanto a sentimientos se refiere, pero de la que me he enamorado como un demente. Y dicen que uno no elige de quien se enamora, aunque si fuera algo que estuviera en mi mano decidir sería de ella, no tengo ninguna clase de duda. ¿Quién si no iba a tenerme embobado contemplando su espalda, deslizado la yema de mis dedos sobre cada peca que salpica la piel bajo sus hombros, embelesado en semejante constelación?

—La vista de las estrellas desde el Teide era inigualable, pero las que decoran tu piel no tienen parangón.

Se sonroja deliciosamente escondiendo la cara bajo la almohada con vergüenza. Aún me sorprende cómo le cuesta aceptar un cumplido. Afortunadamente en ese aspecto hemos avanzado un poco, antes los rechazaba, ahora hace el esfuerzo por aceptarlos y eso, es un gran paso para ella. Aún necesita creérselos y esa será probablemente, la parte más difícil de todas.

—¿Qué pasa? —pregunto apartando la almohada para sacarla de su escondite.

—Que todavía no me acostumbro a que me digas esas cosas —reconoce apoyándose sobre el costado derecho para mirarme de frente.

Y que lo admita en voz alta, sin duda es un gran paso.

—Pues empieza a hacerte a la idea, serea —sentencio besando su frente.

—¿Por qué me llamas así?

Acomodo la cabeza sobre la palma de mi mano recolocando el codo en un ángulo que me permita observarla mejor e, inevitablemente esbozo una sonrisa. Ya me lo preguntó una vez, pero se quedó dormida antes de escuchar la respuesta.

—Porque me gusta.

—Eso no es una respuesta —refuta poniendo los ojos en blanco—. ¿Y qué quiere decir?

—Es gallego.

—Eso lo imaginaba, pero ¿qué significa?

—Que eres «mi sirena», la que me salvó la vida.

Despliega una radiante sonrisa provocando que aumenten los latidos de mi corazón de forma considerable.

Magia. Ariel es pura magia. Por algo es «miña serea» .

—Me gusta cómo suena —confiesa.

—Me alegra que te guste, porque pienso seguir llamándote así.

—Eso espero —arguye deslizándose sus preciosos labios por mi cuello erizándome la piel.

—Mmm...

En un par de rápidos movimientos me tiene de espaldas contra el colchón y se ha acomodado sobre mi cadera jugueteando sobre la piel de mi pecho, trazando con sus dedos cada línea del tatuaje. Yo me dejo hacer con las manos enlazadas detrás del cuello contemplando como se muerde el labio inferior plenamente concentrada en no saltarse un rincón de tinta. Y en como cuando se inclina para acercarse más, roza mi estómago provocándome maravillosas cosquillas con las suaves puntas de su fascinante cabello cobrizo intenso.

Paso los minutos disfrutando de sus hipnóticas caricias, de la visión de su desnudez, sin dramas; contando cada lunar, marca o peca que redefine su piel; memorizando los diferentes rincones de su cuerpo tan solo con la mirada; pendiente del cambio de su respiración cuando descubre que la he pillado mordiendo el labio inferior con picardía o, simplemente, disfrutando del melódico sonido de su respiración que me mantiene en un agradable estado de calma.

—¿En qué estás pensando? —Su voz me empuja rápidamente fuera de mis pensamientos.

Porque efectivamente en cierto momento me he dejado arrastrar por la confesión que le he hecho sobre la verdadera razón que me trajo a esta isla. Y es que hay algo en mí que siente una urgente necesidad por conocer su opinión al respecto.

—¿Cómo sabes siempre cuando hay algo rondándome la cabeza?

—Porque puedo escuchar los engranajes de tu mente a pleno rendimiento desde aquí —alega deteniendo sus caricias.

—¿Qué piensas sobre lo que te he contado? —pregunto sin rodeos estudiando su reacción a mis palabras.

—Me parece que vas a tener que concretar.

—Sobre haberme venido a vivir a Tenerife por mi sobrino.

—No parece que seas la clase de tío que necesite una opinión sobre lo que hace o deja de hacer con su vida —arguye sorprendida por mi petición.

—Una opinión cualquiera no —le aclaro cogiendo las palmas de sus manos que descansan sobre mi pecho invitándola a que vuelva a acariciarme con ellas de nuevo—, quiero conocer la tuya.

—¿La de verdad?

—No esperaría menos.

—¿Seguro que estás preparado?

—¿Acaso tengo que asustarme?

Hace un movimiento negativo con la cabeza, retoma las caricias esta vez por los abdominales y entonces sí, se anima a hablar y darme su sincera opinión.

—Creo que llevas tanto tiempo haciendo lo correcto, siendo la persona que crees debes ser, que has olvidado lo que quieres y quién eres en realidad. Porque, y ¿qué hay de lo que esperas tú de la vida Eric? No me mal intérpretes, es muy loable por tu parte cambiar toda tu vida para estar más cerca de tu sobrino, es admirable, de verdad.

—¿Pero...?

—Sin embargo —me corrige sustituyendo mi «pero» por otra palabra más... elegante, como si acaso eso fuera a cambiar la parte «negativa» de su discurso—, creo que tu sobrino no fue lo único que te trajo hasta aquí, como has afirmado antes. Más bien fue el empuje que necesitabas para cumplir cada una de las premisas que te pidió tu hermano. Creo que una parte de ti va tachando cosas de esa lista esperando que una vez hecho ocurra algo. No sé, puede que desaparezca el dolor por la pérdida o quizá ese difícil sentimiento egoísta con el que tienes que lidiar, porque puedes disfrutar de la vida cuando tu hermano pequeño ha abandonado este mundo antes de lo que le tocaba.

—Vaya, parece que lo tienes bastante claro —reconozco asombrado por su aplastante sinceridad.

—Conjeturas nada más —añade restándole importancia apartando la mirada para concentrarla en el jugueteo de sus dedos sobre mi piel—. ¿He acertado en algo?

—Te ha faltado una cosa.

—¿El qué?

—Es cierto que vine por Berto y sí, también lo hice por esa carta. Pero soy plenamente consciente de que cumplir esas estúpidas premisas no va a hacer que desaparezca el dolor, ni la rabia, ni mucho menos la culpabilidad. Especialmente porque esa carta es la prueba de que no solo no me hablaba con mi hermano cuando murió, que ya de por sí es bastante lamentable, sino que no llegué a tiempo para despedirme de él.

Con mi última palabra se instala un espeso silencio entre nosotros, y lo que contemplo me golpea pillándome completamente de improviso. Ariel tiene la mirada perdida en algún punto de mi cara que no consigo detectar y me mira de manera extraña, algo turbadora. Puedo ver en ella la voracidad de mi dolor, ese que acabo de exponer con plena claridad. Como si pudiera mirar mi tortura personal a la cara. Como si se hubiese convertido en la de Ariel.

—¿Ariel? —susurro llevando mi mano a su mejilla buscando traerla de vuelta con una caricia.

Mi tacto consigue expulsarla de ese angustioso estado en el que parecía haberse sumido.

Su primer instinto es buscar mi mirada.

—¿Cuántas cosas te faltan por cumplir? —pregunta de manera repentina eludiendo lo que acaba de suceder.

—Ninguna.

—¿Cómo que ninguna? —pregunta incrédula mirándome con recelo—. ¿Dónde está?

—¿Cómo?

—La carta, ¿dónde está?

Ariel se levanta directa a la cómoda para coger el dichoso papel que, en realidad sabe perfectamente su paradero. Me levanto y se lo arrebato de las manos para enumerar en alto cada una de las cosas ya cumplidas.

—He vuelto a Tenerife, hecho; he abierto la clínica, hecho; tatuaje, hecho; surf, hecho; bailar, hecho; confesar algo inconfesable, hecho.

—Espera un momento. ¿Qué has confesado que sea inconfesable?, porque no me queda muy claro.

—Que te quiero.

—¿Eso es algo inconfesable?

En realidad lo es, aunque ella desconozca hasta qué punto.

—Visita nocturna al Teide, hecho —continúo ignorando su mirada reprobatoria—; hacer el amor, mucho más que hecho y por supuesto he prestado atención a mi corazón.

—¡Te has saltado una cosa!

—¿El qué?

—¡Trae aquí! —Con dedos rápidos se hace con la carta releyendo para sí con rapidez buscando...— Cantar. Yo no te he escuchado cantar.

—Que no me hayas escuchado no quiere decir que no lo haya hecho.

—Para que sea válido tienes que hacerlo delante de alguien.

—¿Dónde pone eso? —refuto buscando esa norma con burla sobre el papel.

Ariel desaparece tras la puerta sin añadir nada más para volver varios segundos después guitarra en mano. La dejó hará un par de días en casa aprovechando para trabajar en algunas canciones mientras yo estaba abajo en la clínica.

—Dime una canción, alguna que te guste cantar —me ordena sentándose en mi sillón de leer.

—No me gusta cantar —digo haciendo un mohín algo infantil—. Me gusta escucharte a ti hacerlo, me fascina, de hecho. Además, nadie ha dicho que haya que seguir toda la lista al pie de la letra.

—Creo que Berto no estaría de acuerdo. Así que venga, dime una. —Me cruzo de brazos negándome a seguir con esta tontería—. Está bien, entonces elijo yo.

Sentada en el borde del sillón con la guitarra sobre sus piernas oculta su desnudez tras ella. Nunca volveré a ver ese sillón de la misma manera, no creo que sea capaz de concentrarme para leer con esta imagen grabada en mi retina.

—Más te vale cantar, aunque sea una mísera estrofa —me amenaza viendo como me apoyo contra la cómoda frente a ella aún con los brazos cruzados sobre el pecho.

Solo necesito un par de acordes de la guitarra para reconocer la canción, Por verte sonreír de La Fuga. La misma que sonaba cuando estaba muda y vino a recoger a Flounder. Una de las cosas que hemos descubierto el uno del otro es la cantidad de cosas que tenemos en común, como el gusto musical, y es que después de aquel día esta canción siempre me recuerda a ella y suelo ponerla muy a menudo en el coche, en casa... Cuando

está ella y cuando no.

Hace tiempo prometí escribirte una canción
Como siempre, mal y tarde, la tienes aquí
Sabes bien, como soy, que no suelo mentir
Siempre que lo hice fue por verte sonreír

Llámame, te quiero escuchar
Ya lo ves, no siempre me va bien
Al cantar me duele el corazón
Y enloquezco cada noche
En cada actuación

Se detiene bruscamente.

—No pares, por favor —suplico indignado porque me haya arrebatado de su dulce voz abruptamente.

—Esto no es un concierto privado, ¿sabes? —me reprende arqueando una ceja.

—Pensé que acostarse con la cantante de Cantos de sirena me daba ciertos privilegios —me burlo.

—Idiota. Sé que te sabes la letra.

Claudico con un asentimiento de cabeza y con todo el dolor del mundo (por ensuciar con mi voz la suya) hago el esfuerzo de seguir la letra en voz medianamente alta.

Fui yo quien dijo no, y ahora en la misma mesa
Se me enfría el café mientras dices que te va bien
Tranquila, ya no volveré a llamar, no me volverás a ver
Esta vez me marchó para no volver

Llámame, te quiero escuchar
Ya lo ves, no siempre me va bien
Al cantar me duele el corazón
Y enloquezco cada noche
En cada actuación

Y ahora cansado de mirar tu foto en la pared
Cansado de creer que todavía estás
Me he puesto a recordar las tardes del café,
Las noches locas que siempre acababan bien
Y me he puesto a gritar estrellando el whisky en la pared

Por verte sonreír he vuelto yo a perder

—¡Ves como no era tan difícil!

—Es que tú haces que todo sea más sencillo —arguyo plenamente consciente de que esto de la canción tan solo ha sido una táctica para alejarme del dolor. Ha sido su manera de ayudarme a darle esquinazo por un momento.

—¡Deja de hacerme la pelota anda!

—¡Es cierto!

Giramos la cabeza a la vez al escuchar el timbre de su teléfono sonando en el salón con insistencia. Ella me mira con la culpabilidad asomando bajo el brillante celeste de sus ojos, y la razón es porque ambos sabemos quién es: solo hay una persona que la llamaría a las tres de la mañana. Y obviamente no me hace ni puñetera gracia, especialmente porque a pesar de que ella no quiera admitirlo, él tiene cierto poder sobre ella.

Desaparece en busca del dichoso aparato que no tarda en dejar de sonar volviendo al momento con una disculpa al tiempo que coge una de mis camisetas para cubrirse con ella.

—Lo siento, ya lo he apagado.

—Esa es la clase de cosas que no ayudan.

—¿A qué te refieres? —inquire girándose mientras se recoloca la camiseta.

—Que te cuesta enfrentarte a las adversidades.

—Perdóname si no pienso permitir que el que creía mi mejor amigo arruine lo que queda de esta noche —espeta con palpable irritación.

—No me refiero a eso. En realidad, te lo agradezco.

—Entonces, ¿de qué estás hablando?

—Sabes que está enamorado de ti, ¿verdad?

—¡¿Qué?! No. No lo está. —Casi parece que estuviera tratando de convencerse ella misma de sus propias palabras.

—Y es más que obvio que en algún momento ha habido algo entre vosotros. Después de tantos años juntos... sería lo esperable incluso.

—¿Qué demonios te ha contado?

—En realidad nada, pero tú acabas de confirmar mis sospechas. —Sonrío satisfecho; que no feliz, que quede claro. Un matiz que abarca una gran diferencia.

—No es lo que crees, Eric.

—La verdad es que lo que yo crea no importa. Pero claramente tenéis algo sin resolver y él está confuso al respecto, así que deberías aclarárselo. Porque intuyo que esa es la razón que le lleva a actuar de esa manera. Al menos prefiero aferrarme a que sea eso, y no el capullo al que he tenido el placer de conocer esta noche.

—No lo es, o no de manera tan... pronunciada.

—Bueno saberlo.

—¿Adónde vas? —me pregunta intrigada.

—A dejarte sola para que hagas esa llamada.

—¿Ahora?

—¿No has aprendido nada después de todo lo que ha sucedido estas últimas horas?

—No creo que sea el momento... Además, mañana le voy a ver, te recuerdo que

tengo reunión del grupo en el Laguna Negra.

—Seguro que una llamada diciéndole que hablarás con él mañana del tema ayudará a que se calme.

—Eric —me llama con suavidad—, ¿por qué haces esto?

—Porque por poco que me guste Sebas es tu mejor amigo, y estar mal con él no te ayuda. Además, quiero que le dejes claro quién es la persona a la que amas y cuál es el lugar que ocupa él en tu vida. Necesita que se lo recuerdes. Con urgencia, Ariel.

Le doy un beso en la frente antes de abandonar la habitación cerrando la puerta tras de mí.

Confío en ella y en que sabrá hacer lo correcto.

Capítulo 49



Por si aún no me despreciaba lo suficiente tras mi errático comportamiento de las últimas semanas, el de estas últimas horas acaba de colocarme al frente en el ranking de lo más estúpido que haya hecho en mi vida.

El móvil vibra en mi mano.

«Es ella.»

Apago el tercer piti que me he fumado en apenas quince minutos sobre la escultura de madera y con el corazón latiendo a toda velocidad bajo el pecho contesto a la llamada.

—¿Ari?

Soy plenamente consciente de cómo suena mi voz: desesperada y nerviosa. Demasiado, en realidad.

—Hola, Sebas —responde con sequedad.

—Lo siento, Ari, no sabes cuánto. Me he comportado como un auténtico cretino. No sé en qué...

—Sebas, no —me corta—. Tan solo te llamo para decirte que creo que necesitamos hablar en serio. Sobre nosotros. He sido egoísta por mucho tiempo y la culpa de que hayamos llegado a esta situación es únicamente mía.

—¡Eso no es cierto! No digas eso, por favor.

Me mata escucharla pronunciar esas palabras.

—Déjame terminar, por favor—me pide muy tranquila—. Mañana después de la reunión del grupo me gustaría que nos sentásemos a hablar y... pongamos las cartas sobre la mesa. Los dos lo necesitamos. Principalmente porque necesitamos seguir adelante.

—¿Eso qué quiere decir?

—Mañana hablamos.

—¡Espera, Ariel! Yo... jamás te haría daño.

—Yo tampoco a ti, y sin embargo te lo he hecho. Igual que tú a mí.

—Ari...

—Hasta mañana, Sebas.

Cuelga sin que me dé tiempo a añadir una sola palabra más.

—¡¡Mierda!! —bramo lanzando la escultura de madera al suelo de una patada.

—¡Sebas! ¿Qué sucede?

Había olvidado que Nayra seguía aquí.

Me giro restregando las palmas de las manos con fuerza por la cara exhalando a su vez un bufido que me ayude a asumir que esto es real y no una puñetera pesadilla. Irónicamente solo necesito abrir los ojos y ver a Nayra frente a mí para descubrirlo. Y me niego a creerlo, pero es lo que yo, y la suma de mis decisiones (a cuál más estúpida) hemos traído a mi vida.

No puedo lidiar con esto ahora mismo, con mis actos, las palabras de Ariel... Me abrumba la acuciante necesidad que me domina exigiéndome que me deshaga de todo esto. Ya. Ahora. De manera inminente.

Y voy a empezar por algo que me suele funcionar: música. Hago una rápida búsqueda en el teléfono y no tardo en dar con la canción adecuada. In The End. Simplemente perfecta. Conecto los altavoces y permito que el sonido nu metal de Linkin Park me ayude a deshacer el nudo de pensamientos que desbordan mi cabeza en este instante.

Recorro los escasos pasos que me separan de Nayra con ferocidad esperando abrasar con besos toda la mierda que nubla la escasa cordura que me queda. Parece que funciona. Solo lo parece.

Me cuesta mantener los ojos abiertos y cerrarlos es un completo error teniendo en cuenta que cada vez que lo hago la imagen de... ella me asalta con una naturalidad aterradora. Y de verdad que estoy luchando contra ello, pero no estoy consiguiendo nada. Sé que llevo demasiado tiempo jugando a imaginar que es mía cuando estoy con otras mujeres. Y ahora ya no funciona.

¡No! No voy a permitir que suceda.

Arrastro a Nayra hasta el sofá tumbándola de espaldas para hacerlo yo sobre ella. Por mucho que trate de mantener la calma no lo consigo, mi boca no tarda en deslizarse por su cuello hasta llegar hasta sus pechos en donde me entretengo en un juego en el que participan tanto mi lengua como la destreza de mis dedos. Y es que ambos estamos prácticamente desnudos y sin barreras, ella con un diminuto tanga y yo en calzoncillos. Cuando llegamos a mi casa tras la desastrosa cena y con intención de esquivar sus preguntas, me dediqué bien a fondo en dejarla tan exhausta y satisfecha, que no tuviera fuerzas ni siquiera para formular en su cabeza una mísera pregunta sobre lo que había sucedido. Pensé que esto funcionaría para ambos: no lo hizo. Ella cayó dormida en apenas unos segundos, en cambio a mí, la culpabilidad no me permitía ni cerrar un párpado siquiera: terminé abandonando la cama para llamar a Ari hasta doce veces seguidas, consiguiendo, finalmente, que me devolviera una de la docena de mis desesperadas llamadas.

Volviendo al presente, no sé en qué momento ha ocurrido, pero ahora soy yo el que está de espaldas contra la piel del sofá y Nayra sobre mis caderas lamiendo mi estómago en camino descendente. Cierro los ojos echando la cabeza hacia atrás en cuanto siento sus labios entrar en contacto con suavidad con la parte más sensible de mi erección. Y esto es algo que no me quiero perder, así que abro los ojos de nuevo buscando...

...el profundo azul de su mirada que, al igual que yo, me busca con ansia

contemplándome a través de sus pestañas mientras me permite disfrutar de la perfecta visión de la voracidad con la que entierra mi polla en su boca una y otra vez en un ritmo deliciosamente mortal.

Enrosco mis dedos en su fogoso cabello incapaz de creer que esto sea real, que esté sucediendo de verdad. No sé si es porque lo deseaba demasiado, pero pienso disfrutarlo como si fuera mi puto último día en la Tierra.

—Dios... Ari... No pares.... Sí...

—¿Qué has dicho? —Esa voz no es la de...— ¿Acabas de llamarme Ariel?

Abro los ojos de golpe repentinamente desubicado. Y es que mi mente me ha jugado una mala pasada traicionándome al arrastrarme a un recuerdo del que he tratado de huir demasiado tiempo. No obstante, después de todo lo sucedido creo que he colapsado y ha saltado sin que pueda hacer nada por detenerlo.

—Nayra, ¡joder! ¡Lo siento!

Es lo único que se me ocurre decir. Una mierda de disculpa, pero es que aún no me creo que haya sido tan capullo como para pronunciar el nombre de otra mujer mientras me estaba haciendo una mamada. Y no sé en qué momento se ha vestido, aunque mientras lo hacía chillaba dedicándome algunas lindezas que nadie negaría que me tengo bien merecidas.

Tiene las aletas de la nariz dilatadas, la cara desfigurada y una mirada de querer romperme las pelotas con un bate de béisbol. Y permitidme que os diga que eso ya lo he vivido, pero la diferencia es que no estaba peligrosamente desnudo en aquella ocasión.

Encuentro mis calzoncillos, me los pongo con rapidez y me acerco a ella sujetándola del brazo.

—Nayra, espera.

—¡Cabrón! —grita cruzándome la cara.

Ves, por eso no he tenido antes ninguna relación. No sirvo para esta mierda. Y, por cierto, ya van dos bofetadas en menos de qué, ¿seis horas?

—¡Lo sabía, soy una imbécil! ¡Sabía que estabas enamorado de ella! ¡Me negaba a creerlo, pero en el fondo lo sabía! —exclama casi como si hablara para sí misma mientras da vueltas por el salón intuyo que buscando su bolso.

Lo veo tirado en el suelo junto al sofá, lo recojo y me acerco tendiéndoselo y aprovechando así la oportunidad para que me escuche y pueda decirle que... ¿Que soy un hijo de puta sin remedio? ¿Y que lo mejor que le podría haber pasado sería no haberse cruzado en su vida conmigo?

—Nayra, de verdad que lo siento —me arrebató el bolso de la mano afilando la mirada con furia—. Y en serio que quería que funcionara. Eres una mujer maravillosa...

—¡Vete a la mierda, Sebas! ¡No necesito que ningún hombre me diga lo que valgo, lo sé perfectamente!

Se da la vuelta y se aleja con el ruido de sus tacones marcando cada paso. Yo estoy paralizado en el mismo sitio contemplando como se desmoronan mis últimos meses de falsa felicidad. O al igual está poniéndose todo en su lugar, es algo que tampoco pondría en duda.

Con la mano en el pomo se detiene un momento, pensativa (miedo me da) diría que

aún tiene algo que decir antes de salir por la puerta.

—¿Sabes qué? —arguye clavándome la mirada—. Ni siquiera voy a desearte nada malo, no creo que haya peor castigo que ver lo locamente enamorada que está ella de otro hombre. Uno que, por cierto, nada tiene que envidiarte. Ojalá hubiese tenido yo la suerte de encontrarlo antes que ella.

Lo siguiente que suena es un portazo; detrás se escucha el ruido de mi arrogancia estrellándose contra el suelo.

Y qué puedo decir más que... me lo merezco. No sé si será cosa del karma, de Dios o del cosmos. Pero después de cómo he tratado a todas las mujeres que se han cruzado en mi camino los últimos meses, que mi mejor amiga, esa mujer a la que amo en secreto desde hace años se haya enamorado del tío que realmente se merece es, sin duda y como acaba de afirmar Nayra, lo peor que podía sucederme. Mi castigo. Sin embargo, es lo mejor que podía ocurrirle a ella: no enamorarse de un tipo como yo.

Capítulo 50



Ha sido una noche... turbadora, en la que apenas he logrado pegar ojo. Mezclar en un mismo día lo mejor que podía ocurrirme: Eric y su declaración de amor y, por otro lado, la crueldad de Sebas, tiene sus consecuencias. La devastación llegó con Eric y ese: «Sabes que está enamorado de ti, ¿verdad?». Es triste que haya tenido que ser Eric el que me haya abierto los ojos. ¿Y lo está? No lo sé, ni tampoco he querido pararme a pensar demasiado en ello. Tan solo me he dedicado a hacer eso que tan bien se me da: eludir. A ver, no soy estúpida, aunque a veces prefiera comportarme como tal, sé que hay algo no resuelto entre nosotros, pero de ahí a estar enamorado... ¡qué hablamos de Sebas! Si por alguien tiene sentimientos es por aquella camarera, Alba, esa que le rompió el corazón.

La cuestión es que el poco rato que he conseguido dormir he permanecido en un estado límbico en el que ni estaba en manos de Morfeo, ni en este plano llamado realidad. Lo que por lo visto ha servido para que ese recuerdo que he tratado de mantener bloqueado por años haya conseguido colarse asomando su patita primero, arrasando con todo como un huracán después.

Me estoy refiriendo a la primera noche que pasé en casa de mi tía tras su muerte, yo estaba sobrepasada por el dolor de su pérdida tratando de acostumbrarme al hecho de que ella ya no volvería y que ese sería mi hogar a partir de entonces. Sebas decidió acompañarme tras un día duro de mudanza. Pedimos algo de comer y compramos mucho alcohol: primer y fatídico error. Aquí fue donde empezaron los problemas; ya sabemos la clase de tonterías que suelo hacer con unos grados de más en sangre. Y bueno, aquella noche se nos fue de las manos. Lo peor (o puede que sea lo mejor) es que apenas recuerdo lo que sucedió tras la segunda botella de Jägermeister. Solo sé que me desperté la mañana siguiente con un terrible dolor de cabeza, desnuda y

abrazada a Sebas; mi mejor amigo. Y lo que hizo que aquella cagada se convirtiera en algo más horrible todavía fue encontrarme con una botella de tequila en el baño que solo hizo acrecentar mis remordimientos y sacar el látigo mental para fustigarme porque, obviamente, y según las evidencias, no fue algo de una sola vez, al parecer decidimos estrenar la casa haciéndolo en cada maldito rincón de ella.

—Buenos días, preciosa.

Nunca pensé que para abrir los parpados pudiera necesitar tanto empeño. Y cuando al fin parece que lo logro, el punzante dolor que me atraviesa la cabeza me obliga a cerrarlos de nuevo gruñendo de dolor.

Más difícil es el esfuerzo que estoy haciendo por tratar de averiguar qué día es hoy, dónde me encuentro y por qué me he despertado babeando sobre el firme pecho de un tío que en este momento está acariciando mi espalda con la cara hundida entre los mechones de mi pelo.

—Te recuerdo que Darío está a punto de llegar para ayudarnos a montar las estanterías, así que más te...

¡¡NO!! ¡¡No puede ser!! Mi mente se niega a seguir escuchando lo que sea que esté diciendo esa voz.

Me incorporo de golpe para encontrarme de pleno con la atractiva cara de Sebas, que pasa de una espléndida sonrisa, a una de auténtico temor.

—¡Mierda! —espeto cubriéndome con la sábana al percatarme de que estoy completamente desnuda—. ¿Qué...? ¿Cómo...?

—¿De verdad no te acuerdas de nada?

Niego en silencio con un movimiento de cabeza que, aun estando sentada, casi logra que me desmaye del espantoso mareo que lo acompaña

—¿Nada de nada?

—¿Hemos...? —Vale, esta pregunta es de lo más absurda.

—Está todo bien, Ari, no te preocupes—insinúa incorporándose sin importarle que le esté viendo todo el asunto.

—¡¿Qué no me preocupe?! ¿Y puedes taparte, por favor?

—Ari, no pasa nada —arguye con voz tranquilizadora (lo que me pone de peor humor) mientras se cubre con una camiseta que no sé de dónde ha salido. ¡No era esa parte la que me preocupaba precisamente!—. Vamos a darnos una ducha, comer algo y hablamos sobre ello ¿vale?

—¡No! vete, por favor.

—Ari...

—Esto ha sido un error. Un completo error —concluyo cubriéndome la

cara con las manos.

—Sabes que no me va eso de colarme en casas ajenas, pero teniendo en cuenta que no me abres la maldita puerta... —Darío irrumpe en la habitación mirándonos con diversión para echar después un rápido vistazo a la desastrosa habitación—. Vale. Intuyo que os acabáis de despertar de una terrible borrachera. Creo que voy a ir preparando algo de café, que creo os va a hacer falta...

Quiero morirme. Si quería borrar esto de mi mente ahora tenemos un testigo del que me voy a tener que encargarme.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunto a Sebas entrando en un estado de pánico todavía mayor.

Saco la fuerza para mirarlo a la cara de nuevo y su expresión es... indescriptible.

—¿Qué tal ignorarlo y seguir adelante como si nada hubiese ocurrido como haces siempre? —espeta poniéndose el pantalón con brusquedad—. Teniendo en cuenta lo acostumbrada que estás no creo que te resulte tan difícil.

—Sebas, yo no...

—Tranquila, no tienes que preocuparte por mí, no volveré a mencionarlo. Eso es lo que quieres, ¿no? ¿Que finjamos que esto nunca ha sucedido?

—Yo... No sé qué decir.

—No, si ya lo has dicho todo.

Se pone las botas y sale de la habitación dando un sonoro portazo.

Tras un mortificador paso por el baño y haciendo acopio de toda la dignidad de la que dispongo en mi estado actual, me dirijo al salón para encontrarme con la única persona que me va a obligar a hacer de esto, algo real a lo que enfrentarme.

—¿Y Sebas? —pregunto al encontrarme a Darío solo en la cocina peleándose con la cafetera.

—Se ha largado echando humos.

¿Es cruel si digo que me alegra que se haya ido?

—¡Dios... he metido la pata hasta el fondo! —me lamento dejándome caer sobre el taburete de la cocina escondiendo la cara entre las manos.

—¿Dejándole escapar en ese estado o acostándote con él? —pregunta alzando una ceja inquisitivo, a lo que respondo poniendo los ojos en blanco—. Entendido, lo último entonces. Deja pasar un par de días y habláis con

calma y sin resaca. Ahora no es el mejor momento.

—No. Este tema no va a volver a salir nunca —zanjo tajante a lo que él responde lanzándome una mirada reprobatoria—. Prométemelo —esta vez lo amenazo apuntándole con una cucharilla que no sé de dónde ha salido.

Soy toda una terrorista, sin duda.

—Es tu vida —arguye mostrando las palmas de las manos—, pero si se me permite decir algo... No enfrentarte a ello va a terminar pasándote factura.

—¿Vamos a montar esas estanterías o qué?

Me levanto irritada ignorando esta conversación y ya de paso, todo lo ocurrido las últimas horas.

—¿Ya te vas?

Me aparto la toalla de la cara para encontrar tras de mí a Eric deliciosamente impecable con el hombro apoyado sobre el marco de la puerta de brazos cruzados inundándome con su fragancia, y mirándome con esa preciosa sonrisa capaz de deshacer el hielo de los polos. Ni el cambio climático amenaza tanto el planeta como cuando Eric eleva la comisura de los labios solo para mí.

—Quería haber pasado antes por casa, pero no me has despertado —le reprocho.

Le pedí que lo hiciera cuando se levantó de la cama para abrir la clínica esta mañana.

—Después de que te pasaras toda la noche en vela... Te merecías descansar un poco —arguye acercándose para darme un beso en la nuca.

—Y ¿qué tal ha ido la mañana?

—Tranquila, la verdad.

Me echo un poco de corrector tratando de disimular las ojeras, algo de colorete y un poco de rímel bajo la atenta mirada de Eric.

—¿De qué te ríes?

—Me encanta cuando te concentras y te muerdes la lengua; eres toda una provocadora.

—¿Me muerdo la lengua? No tenía ni idea.

Me vuelvo acercar al espejo dándole un último toque a las pestañas y ahí está, mi lengua atrapada entre los dientes y la cara de suficiencia y disfrute de Eric tras de mí.

—Una provocadora —repite divertido.

Compruebo el resultado final contemplando mi reflejo y... no es que sea

muy alentador que digamos. Termino haciendo un gesto de disgusto con la boca.

—Estás preciosa —asevera Eric con perspicacia.

El tema es que apenas tengo un par de cosas en su casa, entre ellas un par de vaqueros *boyfriend* que están demasiado rotos como para replantearme volver a ponérmelos y no tirarlos a la basura, pero como no me apetecía volver a ponerme el vestido de ayer pues he terminado con ellos puestos. De parte de arriba una camiseta de tirantes blanca que se ha dado de sí algo más de lo que me gustaría. Lo único que se salva es el sujetador negro y de encaje, que en este caso sí que es el más bonito que tengo y teniendo en cuenta que queda bastante a la vista debido a la holgura de la camiseta, se agradece. Para rematar opto por recogerme el pelo en un moño deshecho y no perder el efecto desaliñado de mi *total look*.

—No es mi mejor modelito —aseguro.

—Repito: estás preciosa —me susurra al oído cogiéndome desde atrás por la cintura.

—Voy a hacer un esfuerzo por creerte.

—Sabes que me lo tomaría muy mal si no lo hicieras.

—Lo sé, por eso he dicho que voy a esforzarme —me burlo metiendo el neceser de maquillaje en el bolso.

Me doy la vuelta entre sus brazos contemplando su rostro mientras enredo mis dedos en su pelo aprovechando para despeinarlo un poco simplemente porque me apetece.

—¿Seguro que tienes que irte? —susurra cerrando los ojos disfrutando de mi improvisado masaje mientras ciñe los brazos a mi cintura.

—Te has afeitado —afirmo sorprendida reparando en el hecho de que es la primera vez que le veo sin barba.

—¿No te gusta?

—Me gustas de todas las formas posibles, pero admito que con barba ganas puntos.

—Así que gano puntos, ¿eh?

—Sí.

—¿Y cómo más puedo ganar puntos?

—Dejándome marchar que llego tarde —arguyo dándole un rápido beso en los labios.

—Espera —me pide reteniéndome de la mano—. ¿No vas a comer nada antes de irte?

—No me da tiempo. Ya comeré algo luego.

—Está bien, llévate mi coche.

—¿Tu coche? ¿Seguro?

—Tienes carnet de conducir, ¿no? —bromea arqueando una ceja.

—Lo tengo.

—Pues llévatelo. Las llaves están abajo, sobre la mesa de la consulta.

Yo no lo voy a usar, así que aquí te espero.

—Eric, después de la reunión...

—Sí, has quedado para hablar con Sebas, lo sé. No te preocupes, tómate el tiempo que necesites. Pero te quiero de vuelta sana y salva o las cosas se van a poner feas de verdad.

—Me gusta cuando te pones tan protector, se te forma una arruguita aquí en la frente de lo más sexi —digo muy tontorróna deslizando el pulgar por ella.

—No estoy de broma —me advierte provocando que el pliegue se haga más pronunciado.

—Lo sé. Volveré de una pieza. Y gracias por lo del coche.

—De nada —añade ahora sí más sonriente y distendido.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras tanto?

—Tengo que hacer un par de gestiones antes del viaje.

—Entonces estarás más tranquilo sin mí —reconozco antes de darle un suave beso en los labios—. Te quiero.

No puedo evitar sonreír como una tonta.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta intrigado.

—Se me hace raro decirte que te quiero.

—¿Por qué?

—Porque no pensé que volvería a decir esas palabras a nadie, y ahora no me imagino diciéndoselas a otra persona.

Sonríe sujetándome la cabeza entre sus manos y no me pasa desapercibida la mueca triste con la que lo hace.

—¿Sucede algo?

—Solo que te voy a echar mucho de menos.

—Solo son unos días, Eric.

—Te quiero, *serea*.

Bajo las escasas escaleras que separan la clínica de la planta de arriba y entro directa a la consulta. Encuentro las llaves a la primera, pero cuando voy

a cogerlas y de lo acelerada que voy las tiro al suelo. ¡Genial! Yo y mis manos de mantequilla. Cuando me agacho para recogerlas algo en la papelera llama mi atención, estiro el brazo y saco un periódico en el que encuentro el artículo sobre la visita al Teide que Eric me mandó en una foto por mensaje. Lo desdoble recordando nuestras primeras confesiones bajo aquel manto de oscuridad y estrellas. Fue una gran noche, ¿y las risas que nos echamos con lo de la aspiradora gigante? No olvidaré nunca ese día. Cuando voy a echarlo de nuevo a la papelera y casi de forma casual descubro que el periódico tiene fecha de... hace dos años.

¿Dos años?

Me voy a la portada sintiendo acelerarse el pulso bajo las venas, como si acaso estuviera haciendo algo malo y me fueran a pillar de un momento a otro. Y es que necesito cerciorarme de que no estoy sacando conclusiones precipitadas. Pero efectivamente este periódico es de abril de hace dos años. Ni siquiera entiendo cómo puede tener un periódico de hace tanto tiempo guardado.

A ver, es un poco raro, pero tampoco nada por lo que poner en el grito en el cielo.

Le hago una foto y antes de subir al coche le mando un mensaje.

Con qué señales, eh? A esto lo llamo yo jugar sucio
Reconozco que al menos te esforzaste para conseguir llevarme contigo a ver las
estrellas
Igualmente te quiero, a pesar de que seas un desastre escondiendo pruebas
15:48

Admito que hay algo de reproche en mis palabras ya que una parte de mí se siente ligeramente decepcionada: era más bonito pensar que los astros habían confabulado para que mi historia de amor con Eric saliera adelante, en vez de descubrir que el único que ha confabulado ha sido el propio Eric.

Entro por la puerta del Laguna Negra con ese nudo atado a la boca del estómago que ha ido acrecentándose según llegaba la hora de enfrentarme a la conversación que tengo pendiente con Sebas. Sí, esa de la que llevo huyendo ya varios años.

Al primero que me encuentro al cruzar el umbral es a Roland que, sorprendentemente, no lleva su poncho. También digo que con el calor que

hace hoy en La Laguna podría morir calcinado en el acto. Me acerco y le doy un beso en la mejilla y me apunto a esa cerveza que se está bebiendo, así que no tardo en colarme tras la barra para servirme una.

—¿Es cierto que tienes novio?

—¿En serio eso es lo primero que vas a decirme? —pregunto sorprendida sacando un tercio de la nevera botellero.

—Hola, Ariel ¿qué tal todo? ¿Es verdad que estás saliendo con alguien?

—Sí. ¿Tanto te sorprende?

—Para nada. Eres guapa, lista, sexi y cantas bien. Eres un partidazo. Era por hablar de algo —dice muy resuelto él.

—Qué gracioso eres. ¿Y María? —me intereso.

—Su hermana ha venido de visita, así que las he dejado solas para que se pongan al día —me explica dándole un sorbo a su cerveza.

—Si es que eres el marido ideal—me burlo.

—Lo sé.

—¿Cómo lleva el embarazo por cierto? —pregunto en voz más baja cerciorándome antes de que no hay moros en la costa.

—Ya se le han pasado los vómitos, aunque prácticamente se queda dormida en cualquier lado. ¿Y qué hay de ti y del veterinario? —insiste.

—Ya veo que estás bien informado.

—Por supuesto —refuta con orgullo.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Muy bien.

Darío y Caleb aparecen cargando una caja de botellas cada uno, lo que quiere decir que vienen del almacén, lo que me recuerda lo bien que se lo montan estos dos en la oficina del dueño. Y, por cierto, apenas hemos hablado Darío y yo desde que le pillé en plena escena porno. Me sonrojo pensando en ella, mientras que ellos se miran y se ríen con complicidad porque al parecer es de lo más divertido.

—Ariel, ¿me ayudas un momento en el almacén? —me pregunta Darío.

Le miro poniendo los ojos en blanco. ¿En serio?

—Voy.

Me bajo del taburete de un salto y me bebo un buen trago de cerveza antes de ir. Lo voy a necesitar.

—¿Ya me estás saqueando? —inquire Caleb dándome un beso en la mejilla.

—Esta vez lo apuntas en la cuenta de Darío que me va a invitar por mucho tiempo.

Caleb no puede evitar reírse a carcajada limpia.

—Por cierto, ayer vino una chica muy guapa preguntando por ti.

—¿Por mí?

—Sí. Alta, de piel morena y con aire de fiera —me informa.

—Era un bombón vamos —sentencia Darío—. ¿De qué conoces a esa chica?

—Eso me gustaría saber a mí. ¿No dijo cómo se llamaba o algo? —pregunto tratando de hacer memoria a ver quién narices puede ser. No es que yo tenga muchas amigas precisamente y las que tengo saben dónde encontrarme.

—No dijo mucho la verdad.

—Es que desde que tienes novio no hay quien dé contigo—añade Roland con sorna.

—¡Ni que fuera yo Carmen Sandiego!

—Poco te falta no te creas.

—Sí, el sombrero y la gabardina roja, no te jode.

Darío echa a andar hacia el almacén y yo le sigo pasando un kilo de la desconocida que anda buscándome.

—Espero que no me arrastres al almacén para enseñarme otra escena de esas no apta para todos los públicos —le advierto burlona.

—Anda, entra —me pide sujetando la puerta.

En cuanto cruzo el umbral el peculiar olor a humedad impacta en mis fosas nasales revolviéndome brevemente el estómago, que ya de por sí lo tengo algo delicado. Demasiadas emociones en el día de ayer a la que además hay que sumarle una ligera inquietud, que deduzco se debe a lo que me toca hacer después de la reunión: hablar con Sebas. Darío y yo nos quedamos parados uno frente al otro mirándonos en silencio, y tengo que levantar la cabeza para hacerlo, ronda el metro ochenta y cinco; la misma altura que Eric, aunque tiene menos músculo y la piel más pálida. No tienen nada que ver el uno con el otro vamos.

—Tú dirás —le digo impaciente.

—Coge esa caja.

Señala una a mi espalda que tiene pinta de ser bastante pesada.

—¿En serio me has pedido que venga a por una caja?

No lo pregunto porque me moleste cargar con una; cuando hace falta

soy la primera en echar una mano, sencillamente me llama la atención.

—Para eso y también para pedirte que cuando interrumpas a alguien follando y después de recrearte —añade con sorna—, tengas la decencia de volver a cerrar la puerta de nuevo.

Con la misma se sube una caja al hombro y sale del almacén dejándome allí con cara de idiota. Cuando salgo de mi pasmo cojo yo la que antes había señalado, que como ya intuí pesa mil demonios (claramente se está vengando de mí) y salgo rápido tras él.

—¡Darío, espera! —Me paro un momento para empujar con la rodilla la caja hacia arriba y echo de nuevo andar hasta alcanzarle—. Oye, lo siento. Yo...

—¡Deberías verte la cara! —exclama descojonado de la risa.

—¡Serás gilipollas!

—Es que es muy fácil tomarte el pelo. Además de sumamente divertido.

—¡Imbécil!

—Quería haber hablado contigo ese día, pero ni el Correcaminos te hubiese alcanzado...

—¡No, si te parece me iba a unir!

—Te hubieses quedado un poco de lado, a decir verdad.

—Ya me imagino. Y, por cierto ¿desde cuando...?

—Eso es personal, y ya que estamos, me gustaría que fueras lo más discreta posible.

—No tienes ni que pedirlo. —Hasta me molesta en cierta manera que lo haga.

—Lo sé. Pero nunca está de más hacerlo. Mira, ahí viene la parejita del momento.

Mateo y Daura entran de la mano como la cosa más natural del mundo y vienen directos a mí. Y hacen tan buena pareja, los dos tan rubios y tan guapos...

—Anda, trae, yo llevo eso que ya te estoy viendo con un pie escayolado —arguye Mateo quitándome la caja de los brazos tras darme un beso en la mejilla.

—¿Es que ya es oficial? —le pregunto a Daura que se acerca a darme un abrazo y un beso y que como respuesta asiente mega sonriente.

—¡Enséñale el pedrusco prima! —exclama Darío detrás de la barra.

¿Cómo que el pedrusco?

No tardo en descubrir a qué se refiere Mantis en cuanto la dulce Daura

levanta la mano poniendo en mi visión un brillante solitario de pedida.

—¿Os vais a casar? —Es una pregunta absurda teniendo en cuenta que no es un anillo de caramelo ni tenemos ocho años, pero es que estoy... en shock—. Vaya... ¡Enhorabuena chicos!

—Igual tú eres la siguiente —arguye Mateo guiñándome un ojo junto a la barra.

—¡Qué rápido vuelan las noticias! —rumio sarcástica—. Aunque parece que solo en una dirección, porque yo no sabía nada de esto.

Mis palabras van dirigidas a Darío, porque sé perfectamente que él es el que le ha contado a todos lo mío con Eric como una vieja cotilla.

—Querían decírtelo ellos en persona —se excusa.

—Gracias, chicos. Ah, y, por cierto, no tengo ningún interés en casarme.

Y deduzco que Eric después de un matrimonio fallido tan joven tampoco es que esté demasiado ilusionado con la idea.

¿En serio estoy yo pensando en boda y en si Eric querría casarse de nuevo?

«¡Úrsula, por favor manifiéstate!»

—¿Ariel?

—Hola, no te había visto.

Sebas está a mi lado con las manos dentro de los bolsillos delanteros de sus vaqueros oscuros mirándome con algo de precaución y mucho de arrepentimiento. No hay beso, ni abrazo, ni broma, las cosas están algo tensas entre nosotros en este momento. Tampoco sé si mejorarán después de nuestra charla.

—Estabas en el almacén cuando llegué, y he salido un momento a fumarme un piti. Escucha, quería...

—Luego hablamos, ¿vale? —le corto un poco seca—, cuando acabe la reunión.

—Claro. Solo quería decirte que lo siento. De nuevo.

Asiento sin añadir nada más.

—¡¿Empezamos ya o qué?! —exclama Mateo dando una palmada al aire.

En un *plis* estamos todos acomodados en taburetes altos haciendo un semicírculo.

—Antes de empezar me gustaría decir algo. —Sebas se pone en pie mientras esperamos todos expectantes—. Quería pedir os disculpas a todos por mi comportamiento de las últimas semanas y mi falta de compromiso con

el grupo. Por supuesto no volverá a repetirse.

Me consta que ya se había disculpado con cada uno de forma independiente, pero hacerlo de nuevo frente al grupo completo muestra un nuevo compromiso de su parte por hacer las cosas bien. Mateo es el primero en levantarse y darle un abrazo. Sé que le dice algo al oído que no escucho, no obstante parece satisfacerle.

—¿Le perdonamos?

—No sé... Lo cierto es que te has comportado como un auténtico capullo —añade Darío. Y esta vez sí que detecto el vacile en sus palabras—. ¡Cómo vuelva a repetirse llamo a la guiri *rompehuevos*!

—Después de la noche que tuve ayer créeme, sería hasta una bendición —arguye y creo que de manera casi inconsciente me mira cuando lo hace.

Incómoda aparto rápida la mirada.

—Bueno, aprovechando este momento tan tierno de confesiones y antes de que os pongáis a chupáros las unos a otros, me gustaría decir algo —anuncia Roland.

En su caso ya me imagino por dónde van a ir los tiros.

—No me lo digas: ¡has quemado el poncho! —Se burla Caleb que está tras la barra haciendo lo suyo.

—Quizá deberíais ir pensando en regalarme uno más pequeño. —Todos se miran entre ellos sin entender nada—. Uno en el que quepa un bebé, por ejemplo. —Ahora se han quedado literalmente con la boca abierta—. María está embarazada. —Resuelve al fin. ¡Joder son más espesos! Y como continúan en algún estado límbico decido levantarme la primera para darle la enhorabuena y romper con este extraño momento, pero antes de qué me la oportunidad de hacerlo me detiene con sus palabras—. Hay algo más... Voy a dejar el grupo.

—¿Cómo?

—¿Qué?

—¿De qué estás hablando?

Eso sí que me ha pillado desprevenida. A todos en realidad.

—¿A qué narices viene eso? —Sebas pone voz a mis pensamientos con esa pregunta.

—La verdad es que es algo que llevo tiempo pensando. Ya no tengo veinte años. —De hecho, tiene treinta y cinco—. Y sinceramente el vodka está acabando conmigo —bromea tratando de romper la tensión; aunque sin éxito alguno—. No me llena como antes y... quiero centrarme en formar una

familia.

Obviamente después de esa confesión nadie puede alegar nada, es su deseo y por mucho que nos entristezca o nos joda (hablando mal y pronto) ¿quién somos nosotros para entrometernos?

—Enhorabuena, tío, estoy seguro de que vas a ser un padrazo.

Darío es el primero en acercarse, romper el tenso silencio junto con una felicitación y un sincero abrazo. Lo que anima al resto a hacer lo propio, y cuando estoy a punto de darle de nuevo mi enhorabuena a Roland se escucha un estruendo en la entrada del local. Todos nos callamos de golpe y giramos la cabeza en dirección a la puerta para comprobar que un energúmeno ha entrado con tanto ímpetu (por decir algo) que ha atizado la puerta contra la pared. Poco ha faltado para dejarla incrustada en ella.

—¡¡Cabrón hijo de puta!! —brama el de la entrada triunfal.

Y hasta que no lo veo frente a Sebas golpeándole en la cara con toda su fuerza, no caigo en la cuenta de que es Rayco, el ex de Sonia. Y está completamente fuera de sí.

—¡¡¿Cuánto tiempo has estado acostándote con ella?! —exclama con auténtica fiereza sujetando a Sebas por el cuello de la camiseta.

Lo que más me sorprende ni siquiera es la sangre que está empezando a brotar de la cara de mi amigo, lo peor es que no está haciendo absolutamente nada para detenerlo. Parece un pelele ahí plantado como si nada.

Me está poniendo enferma.

—¡¡Para!! ¡¡Suéltalo!! —chillo con todas mis fuerzas tirando del brazo de Rayco—. ¡¡Haced algo!! ¡¡Paradlo!!

Esta vez mis gritos van dirigidos a mis otros amigos que están flipando con la escena tanto como yo y se han quedado como estatuas mirando el espectáculo. Menos mal que Caleb, que recuerdo: es como el doble de La Roca, logra apartar al enloquecido Rayco con una facilidad que aterra.

—¡No quiero peleas en mi local! —gruñe agarrándole del cuello—. ¡Ni se te ocurra volver por aquí! Y ya puedes rezar porque la puerta esté en perfecto estado —sisea soltándole de un empujón.

Trato de acercarme a Rayco. Se ha pasado diez pueblos, pero en el fondo me da pena, lo está pasando mal con la marcha y el rechazo de Sonia y lo está pagando con Sebas. Lo que me pregunto es cómo se ha enterado, dudo mucho que Sonia le haya contado nada; ni estando en otro continente haría semejante estupidez.

Corro antes de que se vaya y le cojo del brazo para tratar de detenerlo.

—¡Rayco, espera!

—¡No me toques! ¡¿Tú lo sabías verdad?! —brama agarrándome de la muñeca con fuerza encarándose conmigo esta vez—. Seguro que Sonia te lo contó todo.

—Rayco, para, me haces daño. ¡Que me sueltes joder! —exclamo tirando de mi mano logrando liberarme.

Sebas aparece interponiéndose entre nosotros y apartándolo de mí de un golpe en el hombro.

—A ella ni te acerques, ¿me oyes? Si tienes algo que hablar lo haces conmigo.

Rayco se aproxima a él hasta que sus frentes quedan totalmente pegadas, como si tuvieran velcro. Ambos se retan en un duelo silencioso que me pone los pelos de punta. Entonces sí, todo estalla cuando Rayco sisea un «gilipollas» que desata la Tercera Guerra Mundial de maromos cabreados.

Me aparto casi de un salto antes de que me alcance un golpe contemplando la brutalidad entre esos dos titanes. Daura creo que se ha solidificado en piedra sobre la butaca, donde no se ha movido desde que empezó la batalla. Roland, Mateo y Caleb tratan de separarlos esquivando algún que otro golpe. Esta vez ni la magia de «La Roca» parece obrar efecto.

En esa confusión de la que he ido alejándome cada vez más, porque no me gusta la violencia y contemplar como mi mejor amigo y el ex de mi mejor amiga se golpean hasta matarse no es plato de buen gusto, termino junto a la puerta rodeando mi cuerpo con mis brazos rezando porque ninguno de los dos termine en un hospital. Y por la pinta... puede que sea demasiado tarde.

—Tú debes de ser Ariel.

Me giro algo sobresaltada y me encuentro con una impresionante mujer alta, muy delgada, de brillante piel mulata y con unos preciosos ojos rasgados y oscuros que me estudian sin reparo haciendo que me sienta repentinamente incómoda. Y no solo es por su descaro, su sola presencia me intimida. Es guapa, exuberante y algo me dice que el mal estado de mi estómago tiene más que ver con ella, que con Sebas y con todo lo que acaba de suceder. Y por la descripción que antes hicieron los chicos... deduzco que estoy frente a la mujer que me ha estado buscando.

—¿Te conozco? —logro al fin sacar una palabra de mi entumecida boca.

—Soy Nadia.

«¿Nadia? ¿Nadia la...?»

—Eres la exmujer de Eric —pronuncio presintiendo como el corazón

amenaza con parárase bajo las costillas.

Algo en mis palabras le parece gracioso ya que han despertado en ella una larga carcajada, aunque poco sincera y amistosa.

—¿Eso es lo que te ha dicho él? Hasta donde yo sé seguimos estando casados.

Espera... ¿qué? Pálida es poco para como me he quedado.

No consigo juntar dos palabras en mi mente que tengan sentido alguno. Lo único que puedo hacer es observarla y odiarla por ser tan perfecta. Además ha debido de escoger su mejor modelito para venir a dejarme con esta cara de pánfila. Un vestido blanco que no solo realza el color de su piel, sino que se adhiere a cada sinuosa curva de su cuerpo. Lo que daría ahora mismo por ser Carmen Sandiego; un dibujo animado sumamente atractivo y casi imposible de encontrar.

—¿A qué has venido?

Es la única cosa que se me ocurre decirle a la que acabo de descubrir es la *todavía* mujer de Eric. Lo sé, no es que esté yo muy sagaz precisamente.

—A conocer en persona a su *juguetito*. —Esto último lo dice con una mueca de hastío que ni por asomo consigue ensuciar su impecable rostro—. Bien es cierto que él no te ha definido con esa palabra, ha usado el termino «especial» para hablar de ti. Pero qué quieres que te diga, a mí me suena a lo mismo.

—¿Perdona?

No sé si me siento más cabreada por el tono despectivo con el que se ha referido a mí o sorprendida porque Eric le haya hablado de mí. ¿Especial? ¿Qué mierda significa eso? No entiendo absolutamente nada.

—Por lo que veo no te ha puesto al día.

«¿No me digas que se me nota en la cara?»

—Sinceramente, no sé de qué demonios estás hablando.

—Eric y yo teníamos un... acuerdo, digamos.

—¿Un acuerdo?

Parezco idiota con tanta pregunta.

—Hace dos años me ofrecieron un importante contrato para trabajar en Nueva York que no podía rechazar. —La miro sin entender muy bien a qué se refiere, lo que parece no hacerle mucha gracia, no obstante opta por aclararme—. Soy modelo. —No sé si espera una reverencia o algo. Lo digo por la larga pausa que está haciendo—. Como iba diciendo, habíamos decidido trasladarnos a Estados Unidos, pero Eric seguía sin superar la

muerte de Berto —dice con cierto tedio, como si lo que hubiese perdido Eric fuera un juguete y no a su hermano—. Para colmo le dejó esa dichosa carta, por no hablar de la repentina presencia de un sobrino antes inexistente. Así que acordamos darnos dos años para que yo pudiera aceptar esa oferta y él hacer realidad las estupideces que su hermano moribundo le pidió que hiciera.

Me enfurece el desprecio con el que habla del hermano de su marido («¿No, Eric, porque parece que sigues casado?») e incluso de su sobrino. No puedo entender, a parte de la parte física, que ha visto Eric en esta mujer. Somos polos opuestos lo mires por donde lo mires, incluso estoy empezando a dudar que seamos de la misma especie.

—Entonces, ¿estabais separados?

Estoy tratando de encontrarle sentido, alguna razón que explique por qué acabo de pasar la noche ¡miento!, las últimas semanas en la cama de un hombre casado que para colmo dice quererme.

—Físicamente sí. Pero hablamos cada poco. Ah, por cierto, gracias por salvarle la vida.

—Yo no...

—¿No habrás creído de verdad que Eric...? No, no puedes ser tan estúpida —arguye llevándose la palma de la mano abierta al pecho dejando caer a su vez la cabeza hacia atrás.

¡Ojalá se desnucara! Pero es que hasta sin cabeza seguiría siendo preciosa. ¡Joder! Eso ha sonado muy macabro ¿no? Olvidad lo que acabo de decir, por favor. Olvidadlo todo.

—Creo que te estás pasando un poco, ¿no te parece?

—¿No pensarías que Eric se ha enamorado de ti? ¿Tú te has visto? Si pareces sacada de un programa de desintoxicación con ese pelo que parece un estropajo, esos pantalones roídos y esa camiseta que..., si me permites un consejo —añade acercándose lo suficiente para que su perfume caro y dulzón me provoque una arcada y bajando la voz susurra—: No hace falta ser tan vulgar enseñando el sujetador para atraer a los hombres. Tan solo has sido un entretenimiento para él, Ariel. Seguro que hasta te ha dicho que tenía que irse de viaje, ¿verdad? Claro que lo ha hecho, porque vamos a pasar un fin de semana romántico en nuestra casa de Madrid.

—Sigo sin entender qué haces aquí y por qué no estás ahora disfrutando de tu marido —espeto con cierto retintín; no creo que nadie pueda culparme por ello. No puedo decir que tenga el corazón roto, para eso tiene que haber

uno y yo... solo siento un hueco donde antes latía uno.

—De hecho, he quedado ahora con él —arguye muy chula mirando su minúsculo reloj de pulsera—, pero quería pasar primero a hacerte una visita. Por cierto, ¿sabes si se ha quitado ya esa barba de la cara? Es que, entre tú y yo, no me gusta nada con ella —añade arrugando su adorable nariz.

Aunque lo que más me apetecería sería darle con la mano abierta en esa perfecta cara, estoy tan herida que no podría sacar las fuerzas ni para levantar una mano. Las lágrimas ya han comenzado a acumularse en mis ojos y no pienso darle la satisfacción a esta arpía de verme llorar. Porque eso es lo que quiero ahora mismo, esconderme bajo las sábanas y llorar.

Mis dedos envuelven el tirador de la puerta con intención de salir de aquí lo antes posible, pero una mano me detiene.

—Ariel, ¿estás bien?

Tiene que haber visto mi cara descompuesta desde la otra punta del local ahora que ya ha terminado la pelea de gallos. Inconscientemente miro a Nadia que no ha borrado la sonrisa de su rostro desde que ha llegado, claramente está disfrutando del espectáculo y con inquina ya de paso.

—¿Quién cojones eres tú? —le espeta Sebas y no con educación precisamente.

Aunque claro, teniendo en cuenta que tiene media cara magullada, el labio hinchado y está cubierto de sangre no es que esté ahora para muchas contemplaciones.

—Encantada —contesta ella tendiéndole una mano que él mira con desdén absoluto («¡bravo, Sebas!»)—, soy Nadia; la mujer de Eric.

—¿Cómo dices?

No creí que fuera posible superar mi cara de estupefacción, sin embargo, Sebas acaba de triplicarla.

—Ves, Ariel, este es el tipo de hombre con el que deberías estar —se atreve a aconsejarme con la arrogancia de alguien que se cree que todo el mundo ha nacido para estar a sus pies.

«Zorra.»

Eso es lo último que escucho de su boca venenosa antes de soltarme de la mano que me retiene y salir a toda prisa del Laguna Negra sollozando. Herida como nunca antes. Y es que esto no puede estar pasando.

Me niego a creer que esto sea real.

Pero lo es.

Capítulo 51



Huye a toda prisa y la muy inconsciente cruza la calle sin mirar. A punto está de que le atropelle un coche.

—¡Mira por dónde vas pirada!! —le grita el conductor tras el frenazo que Ariel le ha obligado a dar.

Y yo que corro tras ella y no es que esté precisamente de muy buen humor golpeo el capó del coche con la mano cuando paso por su lado invitando al pibe, que apenas debe tener la edad legal para conducir a que me ponga a prueba. No lo hace; chico listo. Por el contrario, me mira asustado y continúa sin añadir una palabra, hasta parece que el coche se ha vuelto híbrido de repente. Intuyo que las pintas que llevo no deben dar mucha confianza como para tentar a la suerte y jugar con la paciencia que ya no me queda.

—¡Ari! ¡Ari, espera por favor!

Al fin la alcanzo, y lo que se dice buen aspecto no tiene. Mis ganas de acabar con la vida de cierto hombre se ven incrementadas en cuanto veo el dolor en los ojos de mi preciosa amiga.

—Sebas, ahora no, en serio. Solo quiero irme a casa y...

No la dejo terminar, la rodeo con los brazos tratando así de calmarla o al igual lo hago para calmarme yo. ¡Vete tú a saber!

—Deja que te lleve a casa —le pido en cuanto se aparta esquivando mi mirada.

No quiere que la vea en este estado. Probablemente porque es como un espejo, y sé perfectamente el conflicto con el que está luchando consigo misma.

—Prefiero estar sola, de verdad. Pero... quizá podrías hacerme un favor —añade como si se hubiera percatado en ese mismo instante de algo.

—Lo que sea, dime.

Considerando que últimamente no he estado precisamente a la altura de lo que se espera de un amigo sería un buen momento para hacer algo loable por mi parte.

—¿Podrías llevarle su coche? —Me entrega las llaves y entonces es cuando me doy cuenta de que estamos parados junto al Suzuki Jimny de Eric—. He venido en él... y no pienso volver a conducirlo. También tengo la guitarra en su casa.

—Dalo por hecho.

No puedo negar que se me ocurren millones de maneras en las que transformar el estado de su coche antes de entregárselo. Pero no lo voy a hacer, sería demasiado fácil.

—Gracias —contesta casi en un susurro.

Me mata verla así, sobre todo porque sé adónde le va a arrastrar esto. Como si la historia se repitiera de nuevo.

—Lo siento, Ari.

Es lo único y más sincero que se me ocurre decirle en este momento.

—¿No vas a decir un «te lo dije» o algo del estilo? —pregunta esbozando la sonrisa más triste de la que yo haya sido testigo en toda mi vida.

—Aunque te cueste creerlo, no disfruto con ello.

—Deberías ir a que te miren eso —añade señalando mi cara—, creo que tienes el labio partido.

El estado de mi cara no es mi prioridad en este momento. Y deduzco que debido a la cantidad de adrenalina que fluye por mis venas no siento ninguna clase de dolor.

—¿Cómo piensas a volver a casa? —le pregunto ignorando por completo su sugerencia.

—Voy a coger un taxi.

—¿Quieres que te acompañe?

Pero ella niega antes de decir:

—Gracias por todo, Sebas.

La veo alejarse calle arriba proyectando una imagen completamente desoladora con los hombros caídos y la cabeza colgando entre ellos.

Y es que al final una mentira no es más que una falsa tranquilidad con fecha de caducidad. Bien lo sé yo.

—¿Todavía no entiendo a qué has venido?

—Principalmente a que no conviertas esa clínica en un rin de boxeo y termines esta noche en el calabozo.

—Puedo hacer esto solo, Darío, no necesito una jodida niñera.

—No estoy del todo de acuerdo. Sé las ganas que le tienes a este tío y, básicamente, no me fío un pelo de ti.

En cuanto le he contado a Mantis porque Ariel se ha marchado repentinamente ha insistido en acompañarme y bueno, una parte de mí lo agradece, porque temo cómo vaya a actuar en cuanto me encuentre cara a cara con ese desgraciado. Sé que me va a traer a la memoria el dolor que he visto hace un rato en los ojos de Ariel y no creo que consiga mantenerme especialmente tranquilo cuando eso ocurra.

—¿Aquí no hay timbre o qué? —espeto mirando la puerta metálica gris cerrada a cal y canto.

No me queda otra que aporrearla. Sí, podría tocar con más delicadeza como las personas normales, pero no, hoy no es un día para sutilezas y tampoco es que yo me clasifique como una persona normal.

Se me hace eterno hasta que abre la dichosa puerta de las narices.

—¿Qué haces aquí? —espeto mirándome con auténtico desprecio centrándose en mí, a pesar de que frente a él haya dos personas—. ¿No deberías estar con Ariel? ¿Dónde está ella? —añade buscándola con la mirada detrás de nosotros.

Parece que las preguntas se le acumulan. Y yo solo puedo pensar en partírle la cara, pero antes incluso de que la idea tome forma en mi cabeza Darío, que me ve venir desde lejos, me retiene con una mano sobre mi pecho y se adelanta a dar las explicaciones pertinentes.

—Hemos venido a traerte tu coche —le informa tendiéndole las llaves que el coge completamente desubicado, casi por inercia—. Está aparcado un poco más arriba, junto a la oficina de Correos.

—¿Por qué no ha venido ella? ¿Acaso le ha pasado algo?

—También hemos venido a recoger sus cosas —le explica muy tranquilo Darío ignorando la ostensible preocupación que Eric muestra por el paradero de Ariel.

La cara de incompreensión de este es indescriptible. No tiene ni idea de lo que pasa, y tener esa ventaja sobre él hasta me excita de una forma casi enfermiza.

—¿Cómo qué sus cosas? —pregunta sacándose el teléfono del bolsillo que se ilumina parpadeante y... creo que voy a disfrutar con esto.

—No te cortes, cógelo —le animo con cinismo cruzando los brazos sobre el pecho regocijándome en este momento con el que me voy a deleitar—. Igual es tu mujer que quiere decirte algo. Nadia, se llama ¿verdad?

Contemplo como se le desenchaja la cara por segundos, hasta se puede leer cada emoción que va pasando por ella como en un jodido desfile de carnaval: pánico, ira, confusión. Lo veo en cómo expulsa el aire con fuerza, en la manera en que traga con cierta dificultad, en la tensión de cada músculo de su cuerpo y hasta atisbo a ver una gota de sudor resbalando por su sien. Parece que el señor calmado ha perdido toda su esencia. Es listo atando cabos; no esperaba menos de él.

—¿Dónde está Ariel? —sisea exigente y con impaciencia.

—Pues mira, precisamente hace apenas media hora estaba hablando con tu mujer. Muy guapa, por cierto, aunque algo arpía para mi gusto. Supongo que por eso hacéis tan buena pareja, ¿no? ¿Cómo es ese dicho, Darío? Dios los cría...

—No tienes ni idea de la paciencia que he tenido contigo. Hasta ahora.

El cabrón es tan rápido que no lo veo venir cuando se lanza sobre mí golpeándome con fuerza en la mandíbula aprovechando mi nula respuesta para retenerme con su otra mano que se aferra al cuello de mi camiseta formando un puño. Hoy no doy para ropa; el cabronazo de Mantis me ha obligado a cambiarme antes de venir. Ah sí, también hemos pasado por el ambulatorio para que me dieran puntos. Una pérdida de tiempo vamos. Especialmente porque el golpe que acabo de recibir me ha abierto la herida y de nuevo, vuelvo a tener la tela en la zona del pecho cubierta de sangre. Y lo mejor de todo es que me da lo mismo. Lo habitual hubiese sido devolverle el golpe por puro instinto, pero sorprendentemente han desaparecido las ganas de romperle la cara y cumplir esa amenaza que le hice ayer mismo, y es que en el fondo creo que recibir una paliza le haría sentirse mejor; así que prefiero disfrutar del espectáculo desde el banquillo. El dolor físico a veces ayuda a bloquear el interior (bien sé yo de eso) y no le voy a otorgar ese gusto, ver el

tormento y la rabia que siente porque sabe que la ha cagado es el mejor regalo que podría llevarme de esta visita.

—Es bastante irónico, ¿sabes? Porque por mucho que me pegues para desahogarte no va a hacer que Ariel deje de odiarte hasta el fin de sus días.

—Si Ariel quiere sus cosas que venga a buscarlas ella misma —espeto cerrándonos la puerta en la cara antes de soltarme de un empujón.

Y por lo que se oye a través de ella, diría que va a tener que renovar el mobiliario de la clínica.

—¿Qué?

Mantis me mira de manera... extraña.

—Nada, solo estoy sorprendido. Al igual tienes arreglo —se mofa de mí.

—¿Tú has visto su cara? Hasta me ha dado lástima.

—¿En serio?

—Claro que no, ¿estás de coña? Si no quemo este lugar con él dentro es porque sé que Ariel no me lo perdonaría.

—Y yo creyendo que estabas cambiando...

—¡No te vayas a enamorar ahora de mí!

—Mucho me la tendrías que chupar para llegar a eso.

—Para eso ya tienes a Caleb.

—Cierto.

—¿Y?

—Todavía le queda...

—Joder, eres peor que yo tío.

Capítulo 52



Recuerdo haberme despertado asustada y sin aliento varias veces a lo largo de la noche, estrangulando además mis muñecas con los dedos: primero una, luego la otra. Cerciorándome de que nada había cambiado, que todo permanecía igual. Es algo que no me ocurría desde hacía tiempo, al menos no con tal intensidad. No con esta angustia atada al pecho que parece extenderse por mis terminaciones nerviosas como ponzoña venenosa. Colapsando todo mi sistema a su paso.

Me he levantado hace horas aburrida de esconderme bajo las sábanas tratando de fingir que no existo y que ese vacío que se ha adueñado de mí no es real. Tengo incluso una extraña resaca, un dolor incómodo aprisionando mi mente desde diferentes puntos, como alfileres apuntando en distintas direcciones amenazando con actuar de manera inminente; esperando la mínima en que algo me derrumbe, para acabar con lo poco que queda de mí.

Y es que ayer, en cuanto me subí al taxi, el llanto que parecía no tener fin se detuvo de golpe y sin razón aparente. En cuanto cerré la puerta del coche sentí como si me hubiera metido en una capsula que me alejaba de lo que acababa de suceder mientras, de camino a casa, un vacío iba adueñándose de cada célula de mi ser que, a su vez, parecía endurecerse con una gélida e irrompible capa de hielo. Es como si hubiera dejado de sentir, lo sucedido era demasiado irreal para ser cierto. Puede que el hecho de no haber recibido siquiera una llamada de Eric hiciera de lo ocurrido algo más inverosímil todavía.

No he sabido absolutamente nada de él desde que me marché de su casa conduciendo su coche. Ni una llamada. Ni un mensaje. Tampoco contestó al que yo le mandé sobre el tema del periódico que, por cierto, tras destaparse toda la verdad ha cobrado un gran sentido. Nunca han existido señales ni el destino ha confabulado para unirnos, todo ha sido puro teatro y manipulación

por parte de Eric. Ya no sé lo que es cierto de lo que no; si acaso hubiese algo que lo fuera. Tan solo he sido un pasatiempo o esa aventurita que contar a los colegas cuando regrese a su vida en Madrid. A la real y no a esta ficticia de la que sin saberlo he formado parte las últimas semanas.

Hoy no he ido a trabajar, ni creo que vaya a ir mañana, ni pasado. Lo más probable y conociéndome es que deje el trabajo de socorrista en el hotel de forma inminente, eso si no me echan antes de que pueda informar mi intención de rescindir el contrato. Dentro de lo que cabe es el que más ha durado: a este paso me voy a quedar sin hoteles en los que solicitar un puesto. He cambiado tanto en los últimos años que al igual voy a tener que mudarme de isla para probar suerte y, siendo honesta, me importa bien poco. En este momento, todo me importa poco. O prácticamente nada. Supongo que es normal cuando una oscuridad oscura y silenciosa es lo único que siento dentro de mí. En la que ni tan siquiera escucho el eco de Úrsula por ningún lado, lo que todavía resulta más turbador si cabe.

Son las dos de la tarde y llevo toda la mañana sentada en el sillón acariciando el lomo de Flounder que no se ha separado de mí y con la tele encendida solo por escuchar algún ruido de fondo; no estoy acostumbrada a este silencio en mi cabeza.

Llaman a la puerta y el timbre hace que se me acelere el corazón y me ponga en alerta. La idea de que la persona que esté al otro lado sea...

—¡Ariel, abre!

Vuelvo a respirar. Es Sebas.

Y no sé si me decepciona, me alegra o me da lo mismo.

Me levanto arrastrando los pies y le abro.

—Así que sabes llamar a la puerta, ¿eh? —saludo haciendo un penoso chascarrillo.

—Por lo que veo estás de humor para bromas, ¿eso es bueno o malo? —pregunta cerrando a su espalda y con cuidado.

—No sabría decirte... ¿Salimos fuera?

Después de todo el día metida en casa voy a agradecer la mezcla de los alisios con la calidez del sol. Sebas me sigue hasta la terraza donde nos acomodamos en las tumbonas uno junto al otro. No tarda en sacar el paquete de tabaco, encender un cigarro para tendérmelo y hacer lo mismo con otro para él.

—Gracias. —No sabe hasta qué punto se lo agradezco—. ¿Tienes mi guitarra?

—La verdad es que la excursión al Parque Jurásico no fue tan satisfactoria como esperaba. Nos cerró la puerta en las narices. Ah, y me llevé otro puñetazo de regalo —apunta señalando un morado en la mandíbula.

—¿Con quién fuiste?

Ha dicho «nos», así que al parecer no estaba solo.

—Mantis. No se fiaba de que no acabara en un calabozo o tirado en una alcantarilla. Así que insistió en acompañarme.

—¿Le devolviste el golpe? —me intereso antes de darle una profunda calada al pití.

—Sorprendentemente... no.

—Sí, es sorprendente.

Teniendo en cuenta que hablamos de Sebas. Y puede que esté feo admitir esto, pero una diminuta parte de mí le decepciona que el perfecto y atractivo rostro embustero de Eric continúe intacto después de lo sucedido, mientras que yo estoy prácticamente devastada. No es justo. Nada de esto lo es.

—Quizá me estoy reformando —arguye esbozando una de sus sonrisas de rompecorazones. Lo que me hace esbozar a mí una como respuesta.

—No tienes tan mal aspecto teniendo en cuenta el repaso que te dio ayer Rayco.

—Fue más espectáculo que otra cosa no te creas.

—No creo que la cara de Rayco opine lo mismo —refuto recordando los chorros de sangre que salían de su nariz.

—Es él quien empezó, así que...

—¿Cómo crees que se enteró de lo tuyo con Sonia?

Opto por centrarnos en otro de los «puntos del día» porque, esperar que Sebas sienta algo de remordimientos es algo así como una quimera.

—Ni idea, y tampoco es algo que me quite el sueño. ¿Cómo te encuentras tú? —se interesa, aunque lo hace con cierta cautela, como si temiera que me fuera a romper de un momento a otro.

—Sinceramente... no sabría darte una respuesta. Creo que todavía no lo he asimilado.

Asiente pensativo y puedo ver como un velo de resignación se pasea por su mirada para quedarse.

—Escucha, Ariel, sé que quizá este no sea el mejor momento para esto, pero creo que necesitamos hablar. Sobre nosotros.

—Te escucho.

—Si mal no recuerdo tú también tenías algo que decir ayer.

Sí, íbamos a tener al fin «La conversación». Eso era antes de que todo se desatara y aparecieran en escena exnovios cabreados e inesperadas esposas modelos de pasarela.

—Quería disculparme por haber sido tan egoísta. —No cabe duda de que lo he sido, durante mucho tiempo—. Siento haberte echado aquel día de esa manera, haber actuado como lo hice y haber fingido durante todo este tiempo que nada había ocurrido entre nosotros obligándote a ti a hacerlo también. Tan solo pensaba en mí y en el miedo que me daba perderte, porque sabía que eso lo estropearía todo. Lo que más siento es haber permitido que aquello ocurriera, Sebas.

Contemplo como apaga el cigarro y arrastra la tumbona en la que estoy sentada hasta que su pierna derecha queda encajada entre las mías, formando una especie de uve doble, en una posición demasiado íntima incluso para ser con Sebas. Los ojos le brillan de una forma especial, diferente.

—Yo no lo siento —sostiene con una gran convicción.

—¿Cómo?

Me coge de las manos antes de darme la respuesta.

—¿Cómo va a ser un error lo mejor que me ha ocurrido nunca? Mira, reconozco que una parte de mí aceptaba que no quisieras enfrentarte a ello, porque yo también temía perderte si te contaba la verdad.

—¿Qué verdad?

—Lo siento, Ari, pero no puedo retener esto por más tiempo.

—Sebas, no... —suplico adivinando lo que va a decir.

—Estoy enamorado de ti. Me robaste el corazón aquel día mientras colgabas carteles en aquella parada de guaguas, y supe que era real después de escucharte hablar horas sentados en aquel bar mugriento, pero que convertiste con tu sola presencia en uno de los mejores recuerdos de mi existencia. ¿No te dice nada que seas la única mujer de mi vida que permanece en ella después de habernos acostado?

—Somos amigos, Sebas —afirmo como si fuera una obviedad.

—Yo no tengo amigas, Ariel. Y... no puedo estar más tiempo a tu lado fingiendo lo que siento.

—¿Pero... qué hay de Alba? Estás enamorado de Alba. Ella es la que te hizo tanto daño... —Según voy pronunciando cada palabra todo comienza a encajar y a cobrar sentido, uno que para variar me he negado a ver todo este tiempo.

—Alba no existe, Ariel. Me lo inventé —refuta con cierto resquemor porque no me haya dado cuenta antes de ello—, era la única forma de darle sentido a mi comportamiento, de poder hablar contigo sin perderte por ello. Y, Ari —añade acariciando la piel de mi mejilla con el pulgar, mirándome de una manera que no entiendo como no había visto antes, porque es amor, puro y sincero—, sé que hay una parte de ti que siente lo mismo por mí. ¿O acaso me equivoco?

No sé qué responder a esa pregunta, así que sencillamente permanezco en silencio permitiendo que sus dedos continúen deslizándose por mi nuca, dejándome hipnotizar por sus ojos que, en este preciso instante están fijos en mis labios. Sé lo que va a hacer en cuanto una tímida sonrisa poco propia en él aparece en escena. Y así es como permito que Sebas, mi mejor amigo, me bese. De nuevo. Dos años después. Pero en esta ocasión no será algo que pueda olvidar con tanta facilidad. Ni mucho menos podré culpar al alcohol por ello. Soy yo con completa conciencia de mis actos.

Rodeo sus muñecas con mis dedos buscando un punto de apoyo, porque siento que todo me da vueltas. Es un beso tierno, aunque lleno de muchas cosas. Despacio hunde su lengua en el interior de mi boca explorando con tiento, con una calma que jamás hubiese esperado de Sebas. De él esperas sexualidad, pasión y desenfreno, jamás la dulzura que muestra presionando mis labios con los suyos unos instantes antes de apartarse.

—Tienes que decidir, Ariel —susurra tras romper el beso.

—¿De qué está hablando?

—Que ahora soy yo el que va a actuar de manera egoísta. Si me quieres en tu vida ha de ser de esta manera.

—¿Y si no...? —El pánico se ha aferrado a mi voz y no soy capaz de terminar la pregunta.

—Entonces, desapareceré de ella.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Lo siento, Ari, pero no eres la única que lo pasa mal. No puedo estar más tiempo a tu lado cogiéndote de la mano cuando en realidad me muerdo por besarte. Es una tortura.

—¡No puedes obligarme a tomar una decisión como esa! —exclamo apartándolo de mí incapaz de creer que me esté pidiendo tal cosa.

—Y tú no puedes obligarme a ver cómo te enamoras de otro hombre y esperar además que me quede a ver cómo te destroza.

—No puedes hacerme esto —repito como si tratara de convencerle.

—Te quiero, Ariel, y no puedes hacer nada por evitarlo. Esta vez no.
Dichas estas palabras se pone en pie y se larga.

Ahí me quedo yo, con cara de imbécil después de que mi mejor amigo se haya declarado, me haya besado con una ternura que jamás hubiese imaginado en él y todo con la intención de despertar unos sentimientos que sabía que sentía hacía él. Obligándome a elegir entre descubrir cómo sería estar juntos como pareja (¿Sebas y yo pareja?) o, por el contrario, lanzarlo fuera de mi vida. Para siempre.

Me descubro con los dedos sobre los labios y esto me enfurece más todavía.

¡¡No puede hacerme esto!! ¡¡No puede obligarme a tomar semejante decisión!!

«Diría que ya lo ha hecho.»

«Vaya, ¿ya has despertado de tu letargo? Que oportuna.»

Y si antes de que llegara Sebas no sentía nada ahora estoy aterrada, como nunca antes. Acaba de ponerme sobre el filo de un abismo desconocido, uno por el que me niego a caminar.

Necesitaba descargar adrenalina y como hacer surf quedaba descartado después de que Eric haya invadido mis últimos recuerdos sobre una tabla he desempolvado los *tenis* [\[13\]](#) y he salido a correr como si no hubiera un mañana, como si el mismísimo diablo fuera tras de mí. Hasta que he sentido que el corazón se me salía por la boca y casi parecía un imposible el solo hecho de respirar.

Y aquí estoy ahora, desnuda frente al espejo de cuerpo entero que hay tras la puerta de mi habitación contemplando mi propio reflejo tratando de hacer un trabajo de aceptación. Pero resulta tremendamente complicado cuando la imagen de una preciosa modelo asalta en mi mente irrumpiendo mi cometido. Mi pelo hecho un estropajo en un moño alto comparado con la melena afro pero brillante y con personalidad de Nadia. Su tez dorada, frente a la mía que a pesar de pasarme muchas horas bajo el sol ha perdido calidez y ahora, después de una intensa carrera, se presenta enrojecida a más no poder. Qué decir de sus labios, carnosos y de lo más sugerentes; los míos: delgados y sin gracia. Su figura, esbelta y ligera como la de una modelo de pasarela. Elegante al caminar. Yo... Aparto la mirada de mi propio reflejo asqueada. Al hacerlo mis ojos van a parar a la cómoda que hay tras de mí, esa en la que

descansa la cámara de fotos con la que animé a Eric a introducirse de nuevo en la fotografía y a enfrentarse a sus miedos. A su lado, varias fotos que nos hicimos un día que pasamos juntos en casa después de haber follado en cada rincón.

¿Os acordáis de esos alfileres aprisionándome mi cabeza esperando a que algo me derrumbara para acabar conmigo? Bien, pues ese «algo» ha llegado.

Casi sin pensarlo me giro y corro hasta el foco que ha provocado el incendio que arde en llamas dentro de mí, y con una rabia aterradora y completamente desconocida empiezo a tirar todo lo que hay sobre la cómoda con un grito ahogado por las lágrimas que inundan mis mejillas y que tan solo es interrumpido por el ruido de las cosas al estrellarse contra el suelo. Todo roto, esparcido sin sentido; abandonado en este lugar tan mío ahora invadido por el caos. Una buena metáfora del resultado del paso de Eric por mi vida. Me siento sola, engañada y utilizada.

¡¡Estúpida!!

¿En qué momento he llegado a... esto? A enamorarme de un tío que básicamente me ha utilizado para... ¿Para qué? ¿Para echar una canita al aire? No entiendo nada, de verdad que no. Cierto que aventuré que esto acabaría mal, pero mal en plan «un polvo y si te visto no me acuerdo». No, «me estoy tomando un par de años sabáticos de mi vida real de hombre casado para seguir las sugerencias que mi hermano muerto dejó escritas en una carta hace cuatro años, y resulta que tú eres “perfecta” para ayudarme en esta etapa».

«Perfecta» repetía mirándome a través del espejo aquel primer día que nos acostamos en mi casa. «¡Cabrón mal nacido!»

Puto Eric.

Putos ojos mágicos.

¡Ojalá nunca le hubiese sacado del agua! Vale, eso no lo digo en serio, pero... ¡puto Eric de humor lamentable y sonrisa encantadora!

¿Y qué hay de ese «te quiero»? ¿Era actuado? ¿Y con qué finalidad? No puedo, simplemente no puedo pensar en ello. Si me detengo a recordar los momentos compartidos... sus «*miña serea*».

Me asfixio.

No sé distinguir lo que es real de lo que no. ¿Acaso hubo algo de verdad?

Soy una completa estúpida y no solo porque fuera su propia mujer la que

me contara toda la verdad. Aún no sé qué me dolió más: la confesión del engaño o las palabras que eligió Nadia tan solo por herirme. Me siento tan... vacía y tan perdida.

Es suficiente, no puedo más. Ni siquiera voy a darle a Úrsula la oportunidad de animarme a hacerlo, no lo necesito. En esta ocasión no voy a culparla a ella, voy a culparle a ellos. A los dos. Simplemente porque puedo hacerlo. A Eric, por lo obvio. A Sebas, por obligarme a elegir. Y me importa una mierda lo infantil que suene, la madurez está sobrevalorada.

Me pongo algo de ropa sin tino, saco la bolsa marrón del armario, el monedero y salgo de casa con la prisa atada al estómago. Y es que por primera vez en mucho tiempo no voy a tratar de luchar contra ello. Demasiadas cosas que no puedo controlar y sea un error o no, esto es lo único que me permite sentir que hay algo que tengo bajo control, lo único en lo que yo tengo la primera y última palabra. Sea o no lo correcto. Sea o no real. Es mi manera de refugiarme en un lugar construido hace muchos años, uno que conozco. Puede que sea un falso control, no obstante a mí me sirve. Y eso es lo único que cuenta.

«Haremos que desaparezca el dolor querida, niña.»

Su voz suena dulce y cariñosa, casi siento que me estuviera abrazando. Y es que Úrsula es lo único que me queda, porque me guste o no, es quien mejor me conoce.

Capítulo 53



Mañana salgo de viaje a Madrid y no puedo irme sin verla, sin hablar con ella, sin darle una explicación; porque la hay, aunque no espero que vaya a entenderla, porque tampoco sé lo que Nadia ha decidido contarle. Y es que Nadia no es una persona fácil. Tiene sus cosas buenas, pero a mala no le gana nadie.

Estos últimos cuatro días han sido los peores que he pasado desde que muriera Berto. Reconozco que me ha superado la situación y aquí estoy, sentado en el borde de la cama con la mirada perdida en mi sillón orejero, pero que ya no es mío, ahora es suyo. Porque es mirarlo y verla ahí, sentada y desnuda tras la guitarra, pellizcando con cariño sus cuerdas. Si me concentro dejando caer los párpados parece que escucho su voz, cantando solo para mí. Y es que Ariel nunca canta sola sin el apoyo de su grupo, para nadie, excepto para mí.

La cuestión es que Ariel forma parte de cada rincón de esta casa. Antes oscura, triste e insulsa hasta que apareció llenándola de luz, la que desprende sin saberlo; de esperanza, porque hizo que volviera a tenerla y de ganas de vivir, esas que me devolvió el día que me regaló su primera sonrisa sincera. Esta casa pertenece a Ariel. Tanto o más como yo le pertenezco a ella. Porque me salvó de morir ahogado en esa existencia insustancial y completamente banal en la que me había sumergido desde hacía años, mucho antes de que Berto dejara este mundo. Cuando me encontró prácticamente me había dado por vencido, había ordenado a mi cuerpo que dejara de luchar por mantenerse a flote. Ariel llegó en el momento exacto. Es el oxígeno que me devuelve a la vida, la luz al final del túnel, la calma dentro del caos y es, sencillamente, esa pieza en el puzle que le da sentido a todo.

Ariel no es alguien que puedas pasar por alto: no si sabes reconocer lo extraordinario. Ariel es insegura, tremendamente sensible y desconfiada. No sabe aceptar un cumplido y puede llegar a ser muy exigente. Huye de los problemas y se esconde de ellos. Pero también es intensa, fuerte, desgarradora, compasiva, pasional y cuando ama, lo hace con todo su ser: vuelca todos sus sentimientos sin máscaras, sin artificios. Ariel es todo lo que ves. No esconde nada. No como yo.

Está decidido, no me perdonaría marcharme sin hablar antes con ella. Con un cosquilleo en la boca del estómago agarro la guitarra y salgo de casa. Me paso todo el

camino con esa sensación atada a la boca del estómago y escuchando Por tu sonrisa en modo repetición. En bucle. Como ella permanece en mí. Disfruto castigándome, a pesar de que daría lo que fuera para que sonara su versión de la canción, que lo hiciera desnuda y dentro de mi cama.

Aparco frente a la puerta de su casa consciente de que me he dejado invadir tanto por los recuerdos compartidos con ella que no he pensado en lo que voy a decirle. Sí, es cierto que he tenido cuatro días, noventa y seis horas para pensar sobre ello, para prepararme un discurso que me disculpe, que consiga dejarme en buen lugar, alguna excusa... Pero es que en realidad no la hay.

Llamo a la puerta, respirando hondo, cuadrando la espalda buscando algo de entereza.

No contesta. De hecho, sería raro si oyera el timbre ya que la música está sumamente elevada y puede escucharse desde aquí fuera; tiene suerte de no tener vecinos pegados puesto que es una casa independiente, porque teniendo en cuenta los decibelios no sería raro que alguien avisara a la policía. Así que llamar de nuevo queda descartado, no me oiría ni con un megáfono.

Sé que me voy a arrepentir de esto, pero... no se me ocurre otra opción. Y como he dicho, no puedo irme sin hablar antes con ella.

Muevo el buzón rezando porque la llave esté en su lugar. Efectivamente, ahí está, solitaria, reluciente, esperando que alguien la utilice.

La música es ensordecedora, la estancia está sumida en una tétrica oscuridad (cortinas y ventanas cerradas a cal y canto) y lo siguiente que capta mi atención es el desorden, hay envases de comida desperdigados por todas partes: sobre el sofá, la encimera e incluso en el suelo. Flounder está junto a la mesa baja del salón con la cabeza metida en una bolsa de patatas fritas. Si hubiera botellas de alcohol pensaría que aquí se ha montado una buena fiesta. Pero no las hay.

Tengo un mal presentimiento.

—¿Ariel?! —exclamo.

Dejo la guitarra en el suelo junto a la puerta y la llave sobre el mueble blanco del recibidor.

Me adentro con pasos inseguros perdiendo la calma que normalmente me acompaña. Cuando alcanzo el pasillo el latido de mi corazón me ensordece incluso sobre el elevado volumen de la música. Todo esto me da muy mala espina. La puerta del dormitorio está abierta, reconozco que respiro más tranquilo en cuanto descubro que no se encuentra dentro. Con nadie. Sí, se me han pasado muchas cosas por la cabeza, bien es cierto que aún no he terminado el recorrido y por la luz que se ve al fondo..., diría que está en el baño. Es débil, pero logro captar un sonido que proviene del allí, algo así como un gemido ahogado. Lo que me impulsa a recorrer el espacio que me separa con pasos largos. Un pánico que nunca antes había sentido acidifica la sangre en mis venas provocándome un miedo irracional. La palma de mi mano empuja la madera de la puerta hasta que esta golpea contra la pared casi rebotando sobre ella.

—Ariel... ¿qué...?

No me siento capaz de verbalizar lo que tengo ante mis ojos: es como si me clavarán en el pecho un hierro candente. Literalmente me he quedado en shock, paralizado con la imagen de Ariel arrodillada con la cabeza dentro del váter y los dedos en el interior de su boca. Sé lo que estoy viendo, pero no puedo entenderlo. Mejor dicho, no puedo asimilarlo. O quizá es que no quiera.

Ella tarda más de lo esperado en notar mi presencia a pesar de que no he sido especialmente silencioso, pero es como si se encontrara en otro lugar, uno muy lejos de aquí.

Cuando al fin posa sus ojos en mí reacciono con un estremecimiento que alcanza cada fibra de mi ser, y es que no encuentro a Ariel en ellos, están vacíos, no hay nada que pueda reconocer o me sea familiar.

—¡¡¿Qué demonios haces aquí?!! —exclama furiosa limpiándose la cara con una toalla que encuentra a su izquierda—. ¡¡¿Quién cojones te ha dado permiso para entrar?!! ¡¡¿Qué eres, un jodido psicópata?!!

No puede ocultar el pánico y la vergüenza de lo que acabo de ser testigo. La sangre ha huido de su rostro, literalmente.

—¿Qué estabas haciendo, Ariel? —pregunto con reprobación. Puede que no sea la manera más correcta de dirigirme a ella, menos con todo lo que ha pasado, pero es que... no puedo evitarlo.

—¡¡A ti qué cojones te importa!! —brama empujándome con fuerza consiguiendo que retroceda varios pasos—. ¡¡Vete de mi casa joder!! ¡¡¿No tienes una mujer?!! ¡¡Pues vete con ella y déjame en paz!!

—¿Por qué te haces eso, Ariel?

Ella me sigue empujando y aunque va perdiendo fuerza no cesa en su intento de echarme fuera de su casa. Con cada golpe doy un paso hacia atrás dejando que descargue toda su rabia sobre mí. Hasta que llegamos al salón donde se detiene para apagar la música.

—¡¡Que te vayas!!

—¿Qué te estás haciendo? —Esta vez suavizo las palabras usando un tono mucho más compasivo e incluso estiro el brazo con intención de tocarla, pero me aparta de un manotazo.

—¡¡Lárgate de mi casa y ni se te ocurra volver!! —Estira la mano en dirección a la puerta indicándome el camino, por si acaso el impacto de verla castigándose de esa manera me haya borrado la memoria.

—Ariel, espera, por favor —le pido más conciliador.

—¡¿Que espere a qué, Eric?! Acabas de descubrir la peor parte de mí. Así que, ¿qué quieres? ¿Quedarte a charlar sobre ello? ¿Acaso has disfrutado con el espectáculo que has visto en el baño? Porque sí, Eric, soy bulímica. Bu-lí-mi-ca. Si quieres saber más hay mucha información en internet sobre el tema. Ahí tienes mi gran secreto. O bueno espera, a lo mejor prefieres que hablemos sobre el tuyo, ¿es eso?

—Esta no eres tú.

—Pues parece que ya nos vamos conociendo, porque el Eric que yo creía conocer no existe. Era una estafa —afirma llena de odio—. ¡Así que deja de fingir que te preocupas por mí y lárgate de una vez!

Harto y dolido por sus palabras le agarro del brazo y la pego contra mi cuerpo, tan cerca que se sienta obligada a mirar hacia arriba para poder mirarme a la cara.

—¿Una estafa? —espeto ofendido—. Mírame a los ojos —le ordeno—. ¿Ves cómo se dilatan mis pupilas cuando te miro? —Permito que se tome su tiempo para cerciorarse de ello contemplando a su vez como a ella le ocurre exactamente lo mismo, incluso su aliento se entrecorta al percibirlo. Cojo su mano temblorosa hasta llevarla sobre mi pecho, presionando la mía encima para mantenerla firme—. ¿Lo recuerdas, Ariel? —pregunto haciendo referencia a la primera vez que nos acostamos y en medio de la noche la encontré en la terraza desvelada lidiando con sus inseguridades—. Ahora no estamos desnudos como aquel día, pero sé que puedes sentirlo, porque sigue latiendo igual que la primera vez. Fuerte, y pesado. Esto no es algo que se pueda fingir. Lo que hay entre nosotros no es ningún cuento.

—¡Aparta!

Me aleja de ella con un brusco empujón y apenas se atreve a mirarme a la cara, es plenamente consciente de cómo su cuerpo la ha puesto en evidencia. Puedo ver cómo le arden las mejillas desde aquí.

—Todo lo que hemos vivido es real, todas las palabras que te dije eran sinceras. No mentía cuando dije que te que...

—¡No lo digas! —me advierte apretando la mandíbula con fuerza.

—Te quiero.

—Vete —me ruega cerrando los ojos—. Por favor, vete.

Esta vez no grita.

—No hasta que...

—¿¿No ves cómo estoy?! ¡¿Acaso no ves lo que has hecho conmigo?! ¡Vete, por favor!

Su última palabra precede un tenso silencio en el que me ruega sin palabras que desaparezca y la deje tranquila. A riesgo de ganarme un bofetón o una llamada a la policía, no me muevo y abro la boca para decir una última cosa:

—Está bien, me voy. Tienes razón, Ariel, lo que yo sienta ahora mismo no importa. Además, me preocupan más tus sentimientos que los míos.

—Uhm, eso haberlo pensado antes ¿no crees?

—Si es cierto que estás así por mi culpa, que yo te he arrastrado a esto, no hay nada más que hablar.

Evidentemente todo lo que había venido a decir ya no tiene ningún sentido.

Grabo en mi mente esta última imagen de ella: una Ariel completamente devastada que incluso así me sigue pareciendo la mujer más perfecta que haya conocido en mi vida.

Me doy la vuelta y cuando mi mano sujeta el picaporte para salir escucho su llanto, ese que no ha soportado retener por más tiempo.

«Adiós, serea.»

Cierro la puerta a mi espalda poniendo el mayor cuidado en hacerlo. Es una lástima que no haya puesto ese mismo empeño con ella.

(Capítulo 54)

Tengo un recuerdo difuso de la primera vez que lo hice, de cómo me sentí y de cuáles fueron las razones que me llevaron a provocarme el vómito en aquella ocasión.

No sé si era un día de diario o un fin de semana, no sé cómo me sentí y tampoco sabría decir en qué estaba pensando para encerrarme en el baño, abrir el grifo del agua e inclinarme con dos dedos en el interior de la boca hasta sentir las primeras arcadas.

Todo fue rápido, borroso y confuso.

Lo único que tuve claro mientras me miraba al espejo escuchando aún el sonido del agua correr, quizá buscando alguna diferencia en mí, es que aquello no estaba bien: era un error. Pero también supe, dicen que por la adrenalina que segregas al purgarte, que no sería la primera vez que lo haría. Ni mucho menos la última.

Epílogo

Nunca lo hubiese creído, pero sí, han sido dos semanas reconfortantes y de completa desconexión.

En cuanto llegué a Fuerteventura le conté todo a mi madre; bien es cierto que yo no soy muy dada a hablar sobre mí misma, pero en esta ocasión necesitaba una opinión objetiva y sabía que de ella podría obtenerla. Empecé por Sebas, mamá lo conoce y lo quiere como a un hijo y, al parecer, no le sorprendió demasiado los sentimientos que mi mejor amigo dice sentir hacia mí; tampoco mi confusión sobre los míos al respecto. Después vino Eric; dejé lo mejor para el final. Esto le cogió más en bragas, especialmente porque conocía mi aversión a relacionarme de nuevo con hombres, sentimentalmente hablando. No es que mi madre conozca mi vida sexual, pero tampoco se ha caído de un guindo. El tema de la bulimia ya es más peliagudo. Ella cree que estoy «curada» y, por el momento, prefiero que siga siendo así. No hay necesidad de preocuparla por una recaída que en unas semanas no será más que un puntual momento de debilidad.

Resumiendo. Mamá me ha dado su franca opinión, la cual, por cierto, he decidido que me voy a reservar. No por nada, no es que no confíe en vosotros, a esta altura sería bastante absurdo teniendo en cuenta que sabéis más de mí que yo misma, pero en esta ocasión voy a optar por quedármelo para mí. Necesito reflexionar sobre sus palabras y sacar alguna conclusión en claro.

Y cómo se agradecen las palabras de una madre, no creo que haya nada más reconfortante que eso. Sus besos, repletos de ternura y esos abrazos que parecen no terminar, porque no hay mejor lugar que ese para refugiarse. Mi madre es lo único que me queda y no sé si esto me pasa solo a mí o es algo más común, pero a pesar de que aún es joven (tiene cincuenta y uno) cada vez que me marcho temo que vaya a ser la última vez que la vea; nunca se saben las vueltas que da la vida. Es por eso que guardo su olor (siempre me ha recordado al de la dama de noche, al menos es igual de fragante) en un lugar único dentro de mí, una cajita especial, como ella. Un espacio reservado

solo para mamá. Para ese (espero que lejano) día en el que ya no esté y pueda disfrutar de ella sin que nada ensucie el recuerdo de cada beso, cada palabra y mucho menos el de cada mirada.

Otra de las cosas que tiene mamá es que es muy persuasiva y no le costó demasiado convencerme para, lo que iban a ser un par de días, se convirtieran en dos semanas. Lo que quiere decir que sí, dejé el trabajo antes de marcharme de Tenerife. Estaba cantado. ¿Y qué puedo decir? Que me han venido de lujo estos quince días de desconexión y exploración personal. ¿Curioso verdad? Teniendo en cuenta que siempre he huido de este tipo de viajes introspectivos, véase las veces que me sentaba junto al Gaviota y terminaba escabulléndome con la excusa de «coger un par de buenas olas». Me he sorprendido a mí misma sentada en la arena mirando al mar y echando en falta su silenciosa pero reconfortante compañía. Decidí que una de las primeras cosas que haría al volver a casa sería ir a buscarle y, por primera vez, escucharle yo a él. Porque sí, lo único que sé de su vida es que era pescador y... muy solitario.

Algo que hice nada más llegar fue entregarle el teléfono móvil a mi madre y pedirle que no me lo devolviera hasta que se despidiera de mí en el aeropuerto. Al principio sentía cierta ansiedad por saber si cierto hombre había tratado de ponerse en contacto conmigo, es cierto que no hubiese cambiado nada si lo hubiese hecho, pero tengo que reconocer que esa extraña necesidad de saber si de alguna manera me había contactado estaba ahí. De saber si pensaba en mí como yo lo hacía. Con el paso de los días simplemente no era algo que ocupara mi mente (al menos no con la misma intensidad) e incluso resultó ser un tremendo alivio desconocer esa respuesta. ¡Pero qué bien se vive en la ignorancia leñe! Por cierto, me refería a Eric (por si a alguien no le ha quedado claro), a Sebas simplemente le mandé un mensaje justo ante de venir diciéndole que me iba a Fuerteventura y que a la vuelta hablaríamos. Él, muy suspicaz, entendió que era un viaje para pensar; no iba muy desencaminado... Su respuesta fue rápida, escueta y... más clara no podía ser: «Espero hayas tomado una decisión a la vuelta». Sin presiones, ¿eh? Bueno, así es Sebas.

Los primeros días pasaron muy despacio, eran casi agónicos. Principalmente porque no era capaz de apartar de mi cabeza a Nadia y su radiante belleza, a Sebas y su revelador beso y, por último, pero no menos importante a Eric. A todo él. Afortunadamente mi madre supo cómo mantenerme ocupada. Empezábamos las mañanas con interminables charlas

mientras desayunábamos en la terraza para ponernos al día, acompañarla al mercado para buscar los ingredientes necesarios para hacer algunos de mis platos preferidos era la siguiente orden del día para luego, poder deleitarme de su buena mano en la cocina. Para terminar, nos dábamos largos paseos por la playa hasta que caía el sol. Esta fue nuestra rutina la primera semana, la siguiente unté de parafina la tabla de surf y no me bajé de ella hasta unos minutos antes de que me tocara embarcar de vuelta a casa. Así que, superado el miedo inicial de subirme a una tabla por atraer recuerdos compartidos con el embustero de Eric (supongo que ha ayudado que fuera en un lugar diferente), logré coger mis primeras olas. Ya no recordaba lo que era levantarse justo antes de que salga el sol con la emoción serpenteando en el estómago sin que importe nada más que disfrutar del momento. Alucinante.

Ha habido algo de catártico en este viaje, al que también podríamos denominar «paréntesis de realidad» o un «Kit-Kat» ¿por qué no? Pero ha llegado a su fin, como todo en la vida. Mamá me dejó en el aeropuerto hace menos de dos horas con los ojos anegados en lágrimas. Y es que a pesar de que vivimos a tiro de piedra, como quien dice, soy su única hija y una despedida siempre es una despedida. Vuelvo más morena, ese color que solía lucir antaño y que me hace sentir más yo, también he sumado un par de kilos: ni todo el ejercicio sobre la tabla han logrado que me deshaga de las calorías de sus pucheros y sus papas con mojo; todo ello vegetarianizado por supuesto. Y por extraño que parezca, no me importa demasiado. No al menos como lo hubiese hecho hace dos semanas. Quizá porque aún retengo en mis venas el subidón de las horas sumergida bajo el agua. Quizá porque no ha habido ningún factor al que permitiera hacerme sentir mal o inferior. Úrsula ha estado pululando, pero mi madre tenía cosas más interesantes que contar.

¡Pues ya estoy en casa! Bueno, en realidad estoy buscando la llave en el enoorme bolso de rafia que mi madre insistió en regalarme el único día que cogimos el coche para ir a un centro comercial, ver escaparates y picar comprando alguna cosa. Yo le regalé unos pendientes de Swarovski en forma de corazón, y ella a mí este precioso bolso que pega con todo y en el que hubiese podido meter a *Gatsby*, mi tabla de surf. El nombre viene por *El Gran Gatsby*, ya os dije que era mi libro preferido. Y cómo no, la tabla que tengo aquí en Tenerife se llama *Daisy*, en honor al personaje femenino del mismo libro. Amo esta tabla, es de un precioso azul turquesa, con un intrínseco mandala en blanco ocupando el centro y unas coloridas flores estilo hawaiano bordeándola. *Gatsby* por el contrario es sencilla, pero tiene

personalidad como el propio Jay Gatsby, porque a pesar de que fuera un tipo avaricioso y de pasado cuestionable, nadie puede negar que había algo... cómo definirlo... cautivador en él. Al menos, así lo recuerdo yo.

¡Al fin encuentro la dichosa llave! La meto en la cerradura..., pero en el instante en el que escucho el chasquido que hace la puerta al abrirse me descubro con la vista clavada en el buzón. Después de que Eric entrara sin permiso en casa tomé la decisión de no volver a esconder ahí jamás una llave. En el caso de que algún día se me olvidara dentro llamaría a un cerrajero o en su defecto, podría confiar en uno de mis vecinos (con los que nunca me he dirigido una palabra) y dejarles una copia, pero se acabó eso de darle vía libre a los hombres de mi vida a invadir lo que en su momento fue mi templo personal, y que en los últimos meses se había convertido en la mansión Playboy entrando y saliendo todo el mundo a su antojo; aunque le pegaría más a Sebas el papel de Hugh Hefner que a mí. ¡Ni de coña uno de conejita!

Bueno, que me lio. A lo que iba. Siento como si algo me estuviera animando a mirar bajo el buzón, no sé qué narices espero encontrar allí, pero me pica la curiosidad.

Lo deslizo hacia la derecha arañando el metal con la pared de piedra con un incompreensible nudo en la garganta y... percibo mi corazón golpeando contra mi tórax como si fuera a salirse del pecho primero, para después, en cuanto distingo una hoja blanca de buganvilla y un sobre bajo esta, disolverse lenta y dolorosamente.

«Eric.»

Con dedos temblorosos y la respiración entrecortada estiro la mano y saco de su guarida esa puta bomba de relojería. De hecho, la sujeto como si lo fuera. Lo más alejada de mi cuerpo posible y mirándola como si fuera a estallar de un momento a otro. Y lo hará, en cuanto descubra lo que hay en su interior.

Entro en casa empujando la puerta con el hombro, arrastrando la maleta con la mano izquierda mientras que la derecha la mantengo alejada lo máximo posible de mí.

Flounder no tarda en venir a recibirme y supongo que pensando algo como: «Cada día eres más rara, *mi niña*». Y lo soy. Mientras serpentea entre mis piernas recuerdo que tengo que llamar a Darío para darle las gracias por venir a darle de comer y cuidar de él estos días.

—¡Hola, pequeño! —saludo tirando el bolso al suelo, dejando la maleta a un lado y colocando cuidadosamente la «bomba» sobre la mesa de la

cocina.

Con Flounder en brazos dándole las atenciones que se merece me dirijo a la nevera, saco la jarra del agua y me sirvo un vaso enorme. De un salto me subo a la encimera clavando la vista en ese sobre que no puedo evitar mirar con recelo esperando deshacer el nudo de la garganta con un largo trago de agua.

Debo llevar cerca de veinte minutos paralizada en el mismo sitio pensando en qué poder sería mejor tener, si el de rayos laser en los ojos para pulverizar el sobre con un pestañeo o el de rayos x para penetrar en su interior y averiguar que esconde. En ambos casos no tendría que volver a tocarlo y eso es lo que más me atrae.

También puedo abrirlo, averiguar qué esconde y luego quemarlo: sería lo mismo, aunque sin serlo.

¡Basta ya de tonterías! Voy a abrirlo.

Aparto la buganvilla a un lado y con algo menos de espanto que antes cojo el impoluto sobre blanco entre mis dedos. Antes no lo había visto, estaba demasiado aterrada con la idea de perder las pocas trizas que estos días he recuperado de mi corazón, pero en el dorso hay algo escrito y, según lo leo, esos pequeños pedazos comienzan a bombear a la vez con fuerza como si fueran uno solo.

¿Crees en las señales?

Sin pensar en la respuesta a esa pregunta y con una urgente curiosidad vuelvo el sobre y lo abro. Hay varias fotos, todas en blanco y negro, pero mi atención se centra rápidamente en un pequeño papel manuscrito que dice:

Llevo mucho tiempo pensando en qué momento exacto te habías metido tanto en mí.

Ahora ya lo sé. Fue antes, mucho, mucho antes.

Comienzo a pasar las fotos entre mis dedos que a cada una se vuelven más trémulos. No tardo en reconocer el lugar: es la playa del Arenal, mi playa y...

—¡No! —exclamo tapándome la boca haciendo que todas las fotografías

terminen desperdigadas por el suelo de la cocina.

De rodillas junto a ellas estudio cada imagen y en todas yo soy el objetivo del fotógrafo, surfeando sobre mi tabla con apenas dieciocho años. Y sé que tenía esa edad porque solo me he cortado el pelo una vez de manera considerable y fue hace ya una década, apenas me rozaba los hombros. Solo hay una en la que no aparezco, porque los protagonistas son dos atractivos y jóvenes hermanos que sonríen frente a la cámara. ¡No, espera! Sí que salgo, al fondo, aunque esta vez no estoy sobre la tabla, sino en la orilla mirando en su dirección desde lejos. Instintivamente le doy la vuelta a la foto.

Siempre estuviste ahí, *miña serea*.

Una lágrima cálida y solitaria resbala por mi mejilla mientras se forma una pregunta en mi mente: «¿Creo en las señales?»

Agradecimientos

Estos van a ser los agradecimientos más atípicos de la historia, pero antes de comenzar con la parte menos convencional, me gustaría agradecer primero a todas mis princesas valientes su apoyo, sus mensajes y correos constantes contándome sus historias, o simplemente dándome las gracias; cuando en realidad, soy yo la que os lo tengo que agradecer. Sois vosotras las que con cada libro me dais una nueva oportunidad, y esta vez con la historia de Ariel, la que sin duda, es la más personal que haya escrito hasta el momento. ¡Gracias por la confianza!

A primeros de año, cuando aún estaba tratando de darle forma a esta historia sucedió algo, podría decir que fruto de la casualidad, pero como no creo que nada suceda por azar mejor diré que por causalidad, una tarde que estaba viendo vídeos en Youtube, di con uno que me señalaría el camino que debía tomar. Una *youtuber* con un gran número de seguidores confesaba en un vídeo de veinte minutos su lucha con la depresión y la bulimia. No tengo ninguna duda de que dar con aquel vídeo era una señal para que en esta ocasión hablara sobre esos temas que he vivido en primera persona. Así es como lo sentí, y así es como lo he hecho. Lo que se cuenta en esta serie de dos libros está basada en mi propia experiencia con el *bullying*, la depresión y la bulimia. Especialmente con la relación que he tenido con esta última por más de diez años. Y es que en cada nueva historia busco, por supuesto, mostrar una apasionante historia de amor, que para eso es género romántico. Pero también es cierto que trato de dar con algo real con lo que vosotras, mis princesas valientes, os podáis sentir identificadas de alguna manera. No hace falta haber sufrido trastornos alimenticios, *bullying*, acoso, violencia de género o depresión, porque cada una de esas circunstancias abarca tanto, que tal y como me habéis hecho saber con vuestros correos y mensajes, os habéis terminado sintiendo identificadas y en conexión tanto con la protagonista como con la historia; os ha hecho reflexionar y replantearos cosas importantes de vuestra vida. Y eso exactamente es lo que busco con cada

nueva historia, que os enamoréis hasta los huesos, pero más aún, que lo hagáis de vosotras mismas. Porque a veces el amor romántico nos hace olvidarnos del amor más importante de todos, el que cada una de nosotras debemos sentir hacia nosotras mismas. Es con esa persona con la que vamos a pasar el resto de nuestra vida.

La mujer que salía en ese vídeo decía una frase que fue lo que terminó por convencerme y decir: «Rachel, es de esto de lo que tienes que escribir». Y lo siento, porque no voy a desvelar ahora cuáles fueron sus palabras, algo que estoy segura que todas las que hemos pasado por ello hemos dicho convencidas alguna vez, una frase que, de hecho, Ariel pronuncia en este libro. No obstante, yo, desde mi propia experiencia terminé descubriendo lo errónea que eran esas palabras. Pero para llegar a saber cómo llegué a esa conclusión, hace falta leer la segunda parte de esta historia.

Hasta aquí la explicación de cómo nació Ariel. Ahora sí, me gustaría empezar a dar las gracias a todas esas personas que me hicieron el camino «complicado» a lo largo de los años, pero que gracias a ellos he llegado a ser la persona que soy y he sido capaz de escribir esta historia. Y por favor, que nadie interprete esto como lo que no es, no estoy tratando de sonar sarcástica, es de corazón los agradecimientos que expongo a continuación.

Voy a empezar por dar gracias a los niños que en la escuela (y fuera de ella) me despreciaban, se reían de mí, me pinchaban las ruedas de la bici, pintaban la puerta de mi casa, me tiraban cosas cuando pasaba por su lado o me insultaban a gritos por la calle. También a aquella profesora en primaria que la tomó conmigo simplemente porque... la verdad es que no lo sé, desconozco los problemas personales que pudiera tener, pero estuve en su punto de mira hasta que la acabaron echando del colegio después del acoso que recibí de su parte. Todo eso me hizo darme cuenta de que siempre fui diferente, y lo distinto nunca es malo, pero para el resto, que no te comprende, resulta incómodo, porque no saben cómo manejarlo.

A aquel vecino que se divertía a mi costa, gracias. Gracias por encerrarme en un cuarto oscuro mal oliente de tres metros cuadrados durante horas. He de reconocer que hoy todavía sigo luchando contra mi claustrofobia, probablemente este sea mi gigante más difícil de derribar, pero

sé que algún día lograré deshacerme de ese miedo irracional ya no a los espacios cerrados, sino a quedarme encerrada y que nadie me saque de ahí. Aún me queda mucho aprendizaje que sacar de esa experiencia.

Gracias papá, porque a pesar de todo el daño causado, aprendí que, en realidad, lo hiciste lo mejor que sabías.

No puedo dejar pasar a la orientadora del instituto que sin muchos rodeos me animó a dejar los estudios, porque sencillamente: «no iba a llegar muy lejos». Gracias, porque aquello me hizo persistir y demostrarme a mí misma que no era menos inteligente que el resto, y que no hay nada imposible más que aquello que uno cree que lo es.

Gracias a vosotros (no recuerdo vuestros nombres) por amenazarme y acosarme simplemente porque el hecho de ser mujer y estar en una discoteca os daba el derecho de hacerlo. Aquello me hizo darme cuenta de que lamentablemente hay hombres que no han conocido el amor y por eso actúan así, y nos odio por ello, solo espero de corazón que un día encontréis el cariño que probablemente os ha faltado.

Gracias H., por todas las mentiras, los engaños e incluso por el desprecio. Tardé, pero eso me hizo darme cuenta de lo poco que me quería a mí misma y que aún quedaba mucho trabajo que hacer ahí.

Hace tres años ya que dejé de vivir en el autocompadecimiento y comencé a hacerme responsable de todo lo que me rodeaba, incluyendo las personas que se han cruzado en mi vida, estoy convencida de que todas ellas vinieron para enseñarme algo sobre mí misma. Así que gracias a todos por enriquecer mi vida y llenarla de aprendizaje. Gracias a ellos he sido capaz de contar esta historia.

Sobre la autora



RACHEL BELS es una apasionada de la novela romántica y el desarrollo personal, en 2015 decidió fusionar esas dos grandes pasiones para crear la «Colección Princesas Valientes», en donde mujeres reales, y no de cuento de hadas, se enamoran, luchan y buscan su lugar en este mundo sin esperar a ser salvadas por ningún príncipe. Se estrenó con la trilogía *Tiger Rose* cosechando gran éxito, llegando a convertirse en *best seller* en apenas unas semanas.

De madre canaria y padre granadino, actualmente vive en Tenerife con su marido y su perra Vilma.

Puedes encontrarla en:

Web: www.rachelbels.com

Facebook: [@RachelBelsWriter](https://www.facebook.com/RachelBelsWriter)

Twitter: [@RachelBels](https://twitter.com/RachelBels)

Instagram: [@rachelbels](https://www.instagram.com/rachelbels)

Youtube: [Rachel Bels](https://www.youtube.com/RachelBels)

Correo: contacto.rachelbels@gmail.com

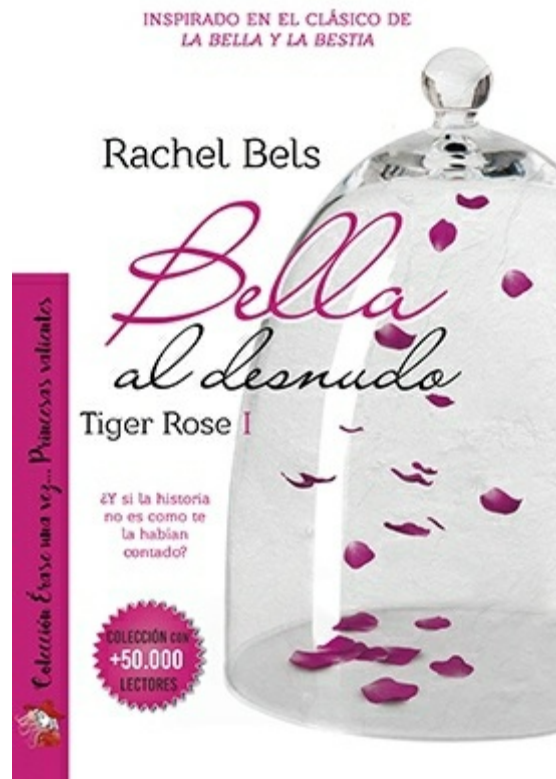
Muchas gracias por leer este libro y espero que hayas disfrutado tanto de él como lo hice yo al escribirlo.

Solo te pido un pequeño favor, deja tu opinión en Amazon, solo te llevará 1 minuto y así me ayudas enormemente a seguir escribiendo y a llegar a más personas.

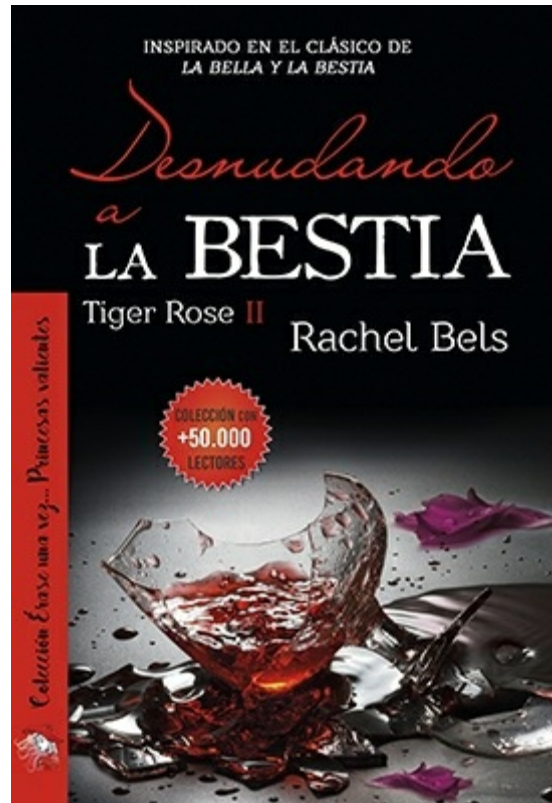
Un beso enorme.

[Pincha aquí para dejar tu opinión](#)

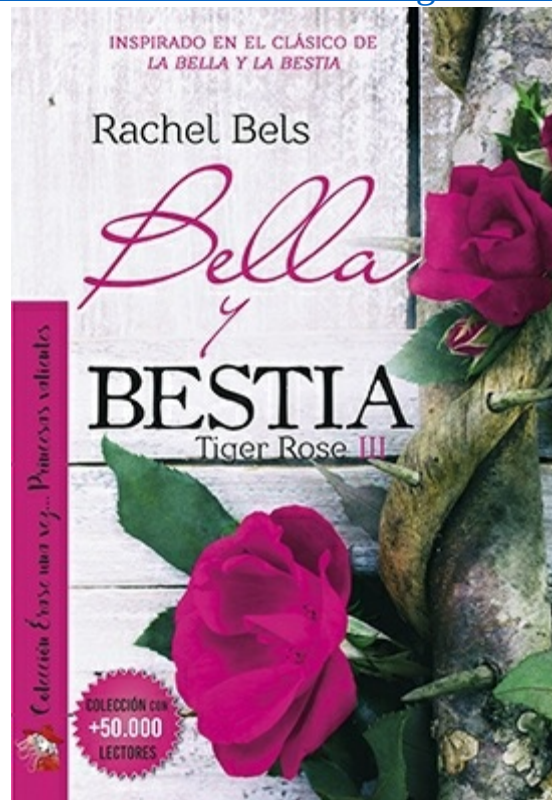
Todos los libros de la autora



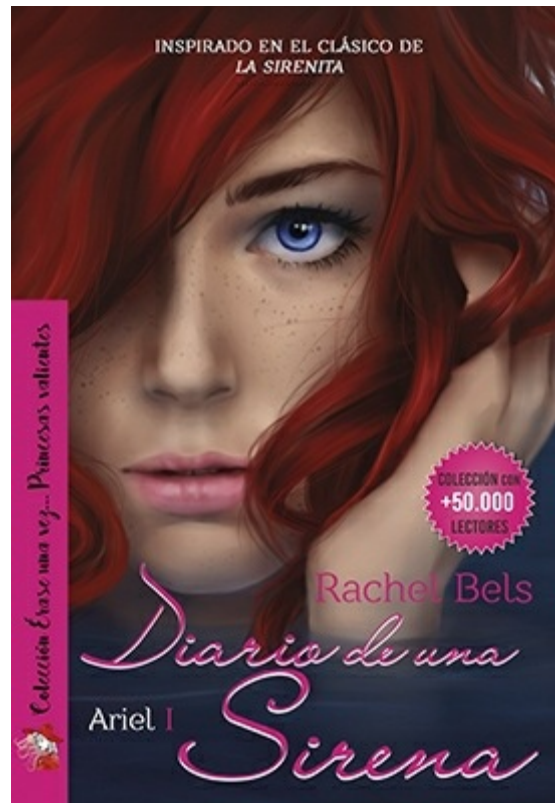
[Bella al desnudo Tiger Rose I](#)



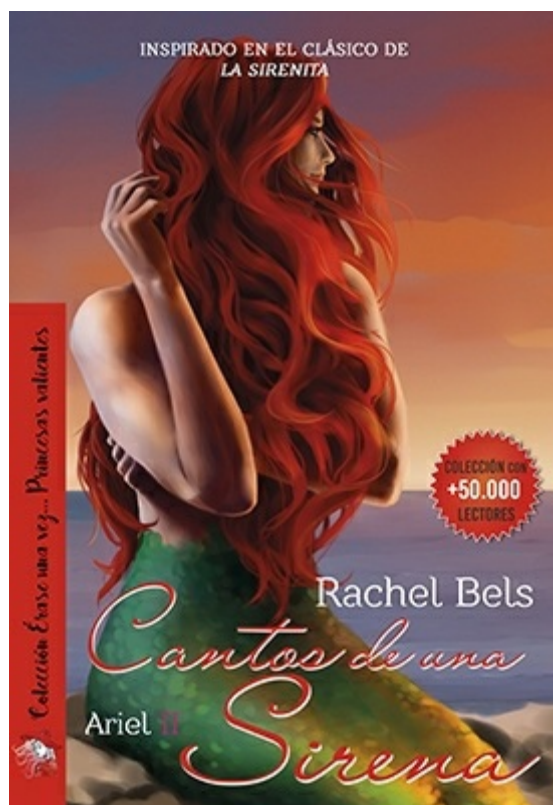
[Desnudando a La Bestia Tiger Rose II](#)



[Bella y Bestia Tiger Rose III](#)



Diario de una sirena Ariel I



Cantos de una sirena Ariel II

[1] N. del A.: Del léxico canario. Una buena fiesta.

[2] N. Del A.: Robert Kelly Slater es un surfista profesional ganador once veces del campeonato del mundo.

[3] N. Del A.: Cuando un surfista se cae justo en la cresta de la ola.

[4] N. Del A.: Elemento de seguridad que mantiene al surfista unido a la tabla por una cuerda hasta el tobillo.

[5] N. Del A.: Del léxico canario. Pasar frío.

[6] N. del A.: Gesto típico de saludo que se suele asociar con Hawái y con la cultura del surf. Se hace extendiendo el pulgar y el dedo meñique mientras los demás dedos permanecen curvados, levantando la mano como para saludar. En ocasiones, se agita la mano de un lado a otro para enfatizar el gesto.

[7] N. del A.: Expresión canaria. Marcharse.

[8] N. del A.: La Escala Douglas es una escala que clasifica los diferentes estados del mar en 10 grados tomando como referencia el tamaño de las olas.

[9] N. del A.: Expresión canaria. Estar como una cabra/regadera.

[10] N. del A.: Del léxico canario. Autobús.

[11] N. del A.: Tripulante de Cabina de Pasajeros.

[\[12\]](#) N. del A.: Del léxico canario. Chancla o chancleta.

[\[13\]](#) N. del A.: Del léxico canario. Zapatillas de deporte.